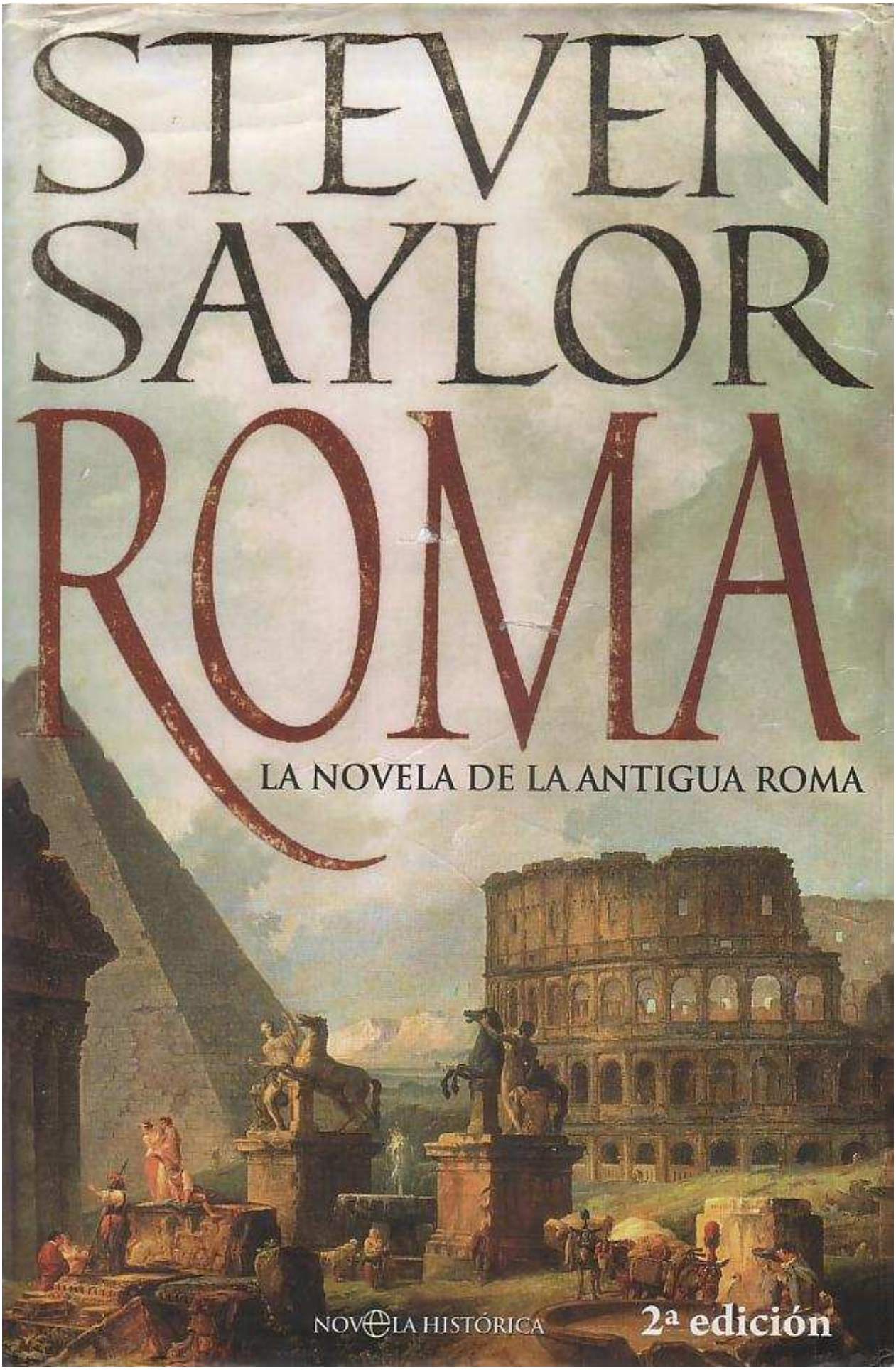
STEVEN SAYLOR

ROMA

LA NOVELA DE LA ANTIGUA ROMA



NOVELA HISTÓRICA

2ª edición

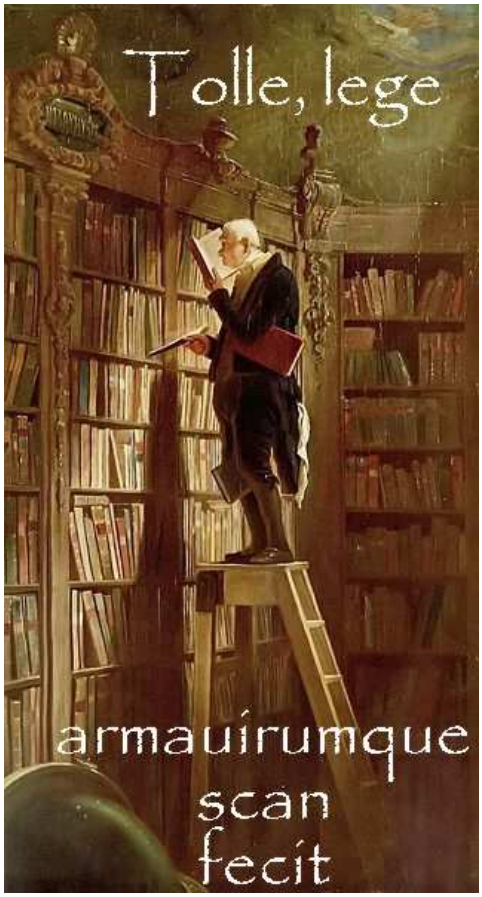
Steven Saylor

ROMA

LA NOVELA DE LA ANTIGUA ROMA

Traducción
ISABEL MURILLO

Primera edición: febrero de 2008
Segunda edición: abril de 2008



Quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización escrita de los titulares del *copyright,* bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier método o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares de ella mediante alquiler o préstamo públicos.

Título original: *Roma: The Novel of Ancient Rome*

Steven Saylor, 2007
© De la traducción: Isabel Murillo, 2008
© La Esfera de los Libros, S. L., 2008
Avenida de Alfonso XIII, 1, bajos
28002 Madrid
Teléf.: 91 296 02 00 • Fax: 91 296 02 06
www.esferalibros.com

ISBN: 978-84-9734-704-4
Depósito legal: M. 19.782-2008
Fotocomposición: J. A. Diseño Editorial, S. L.
Fotomecánica: Unidad Editorial
Imposición y filmación: Preimpresión 2000
Impresión: Huertas
Encuadernación: Huertas
Impreso en España-Printed *in Spain*

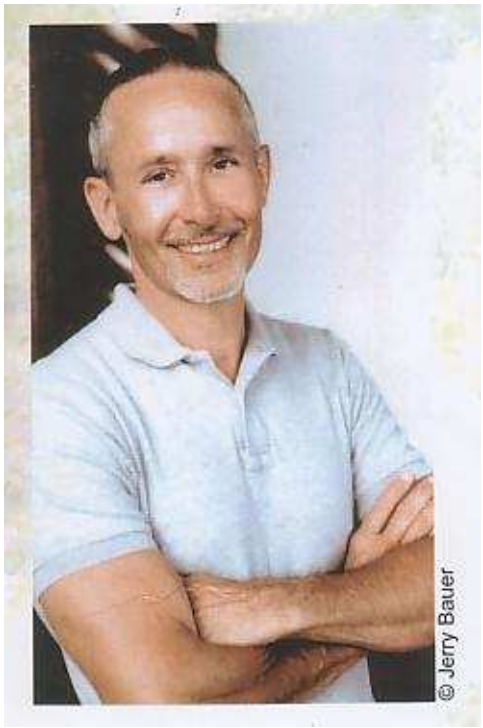
ROMA
LA NOVELA DE LA ANTIGUA ROMA
SAYLOR, STEVEN
La Esfera de los Libros, S. L.
2ª ed. 2008
Colección: NOVELA HISTÓRICA
ISBN: 978-84-9734-704-4
684 páginas

«Saylor evoca el mundo romano de forma más convincente que ningún escritor de su generación».

THE TIMES

En esta nueva novela, Steven Saylor —escritor aclamado por la crítica internacional gracias a sus recreaciones del mundo romano— da vida a la epopeya de los primeros mil años de existencia de la ciudad de Roma, desde antes de su fundación por los gemelos Rómulo y Remo hasta su increíble ascenso como capital del Imperio más poderoso de todos los tiempos.

Siguiendo la variable fortuna de las sucesivas generaciones de dos familias a través de los tiempos, que serán testigos y a veces protagonistas de los acontecimientos, ésta es una saga épica de la ciudad y sus gentes, en la que el autor ha mezclado con inigualable maestría historia, leyenda y los descubrimientos arqueológicos más recientes. Un fascinante relato que narra la tragedia del héroe-traidor Coriolano, el saqueo de la ciudad a manos de los galos, la invasión de Aníbal, el duro enfrentamiento político entre patricios y plebeyos y, finalmente, la muerte de la República con el triunfo y asesinato de Julio César.



Épica en todos los sentidos de la palabra, Roma es una saga histórica y la mejor novela de Saylor hasta el momento

STEVEN SAYLOR se graduó en Historia por la Universidad de Tejas. Su pasión por la escritura le llevó a trabajar de editor y a publicar numerosos artículos y cuentos en diversos periódicos y revistas de San Francisco, tales como *San Francisco Bay Guardian, Ellery Queens Mistery Magazine y Magazine of Fantasy and Science Fiction.*

Su serie de novelas policiacas ambientadas en pleno apogeo del Imperio Romano, que él mismo denominó ROMA *sub rosa (sub rosa: "dícese de lo furtivo y encubierto"),* tienen como protagonista a Gordiano *el sabueso,* sagaz detective y amante de la buena vida que resuelve con aparente desparpajo los casos más enmarañados, tales como los que se plantean en los títulos que componen esta serie.

* * *

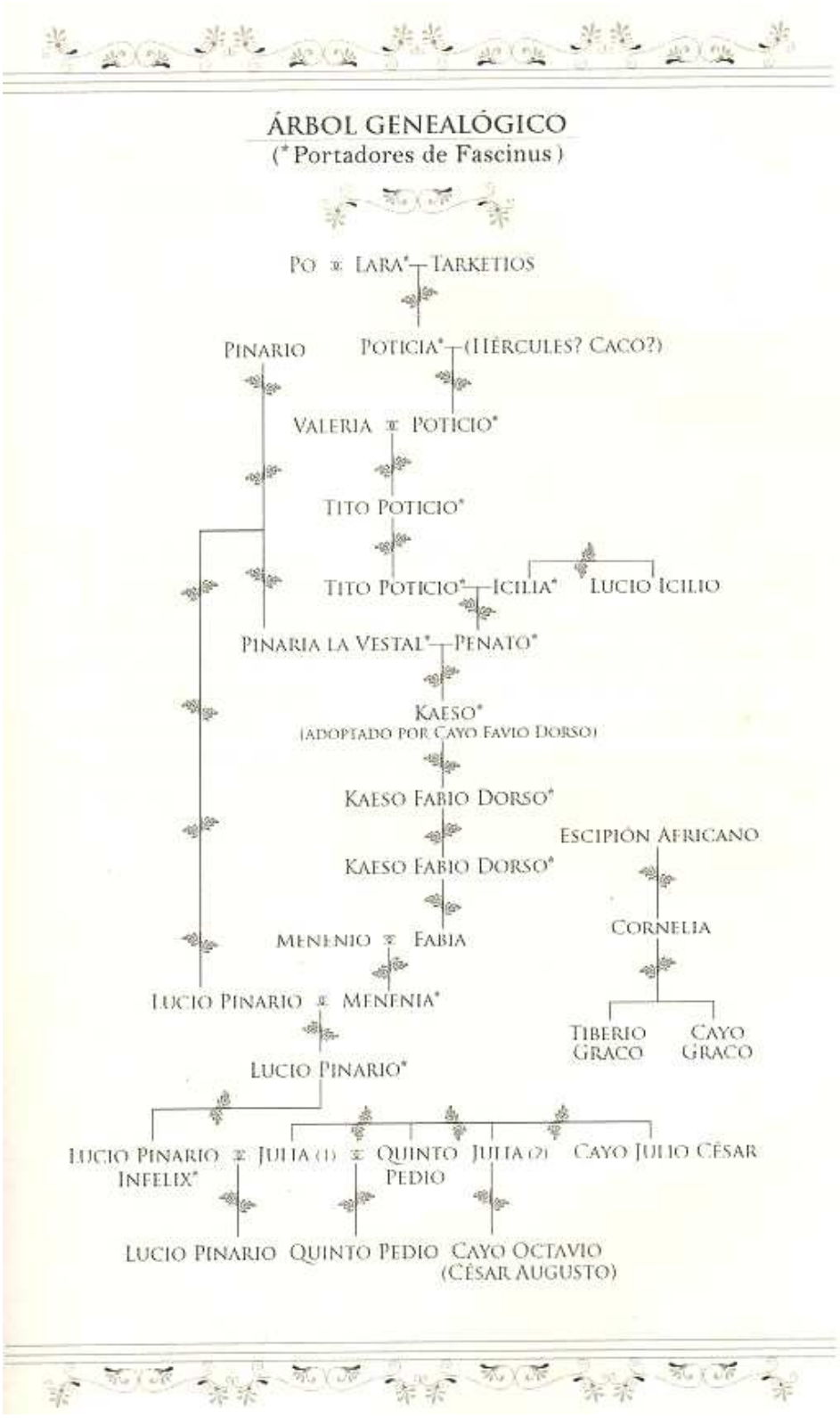
[Quien tenga interés en conocer algo más del autor puede consultar **http://www.stevensaylor.com/bio.html]**

EL MUNDO ROMANO
EN LA ÉPOCA DE LA REPÚBLICA
Lugar de batalla
GALIA
ESCITIA
MAR EUXINO
Hacia el lago Maeotis
BITINIA
PERSIA/ PARTIA
ILIRIA
MACEDONIA
GRECIA
ASIA
FRIGIA
MAR ADRIÁTICO
MAR EGEO
CRETA
CHIPRE
EGIPTO
Nilo
Antioquía
Jerusalén
Alejandría
Pésino
Pérgamo
Troya
Éfeso
Filipos
Atenas
Esparta
Corinto
Parnaso
Delfos
Cirene
LIBIA
MAR MEDITERRÁNEO
ITALIA
MAGNA GRECIA
Cannas
Horca Caudina
Crotona
Siracusa
SICILIA
MAR TIRRENO
Cumas
Alba
ROMA
Tiber
Veyes
Ostia
Tarquinia
Clusium
Rubicón
Padus
Ticino
Mediolanum
Masilia
CÓRCEGA
CERDEÑA
Hacia HISPANIA y las Columnas de Hércules
Cartago
Zama
Tapso
NUMIDIA

Dedicado al espíritu de Tito Livio, que conservó para nosotros los primeros relatos de la antigua Roma.

La leyenda es histórica, igual que la historia es legendaria.

ALEXANDRE GRANDAZZI,
The Foundation of Rome.



NOMBRES DE LOS MESES ROMANOS

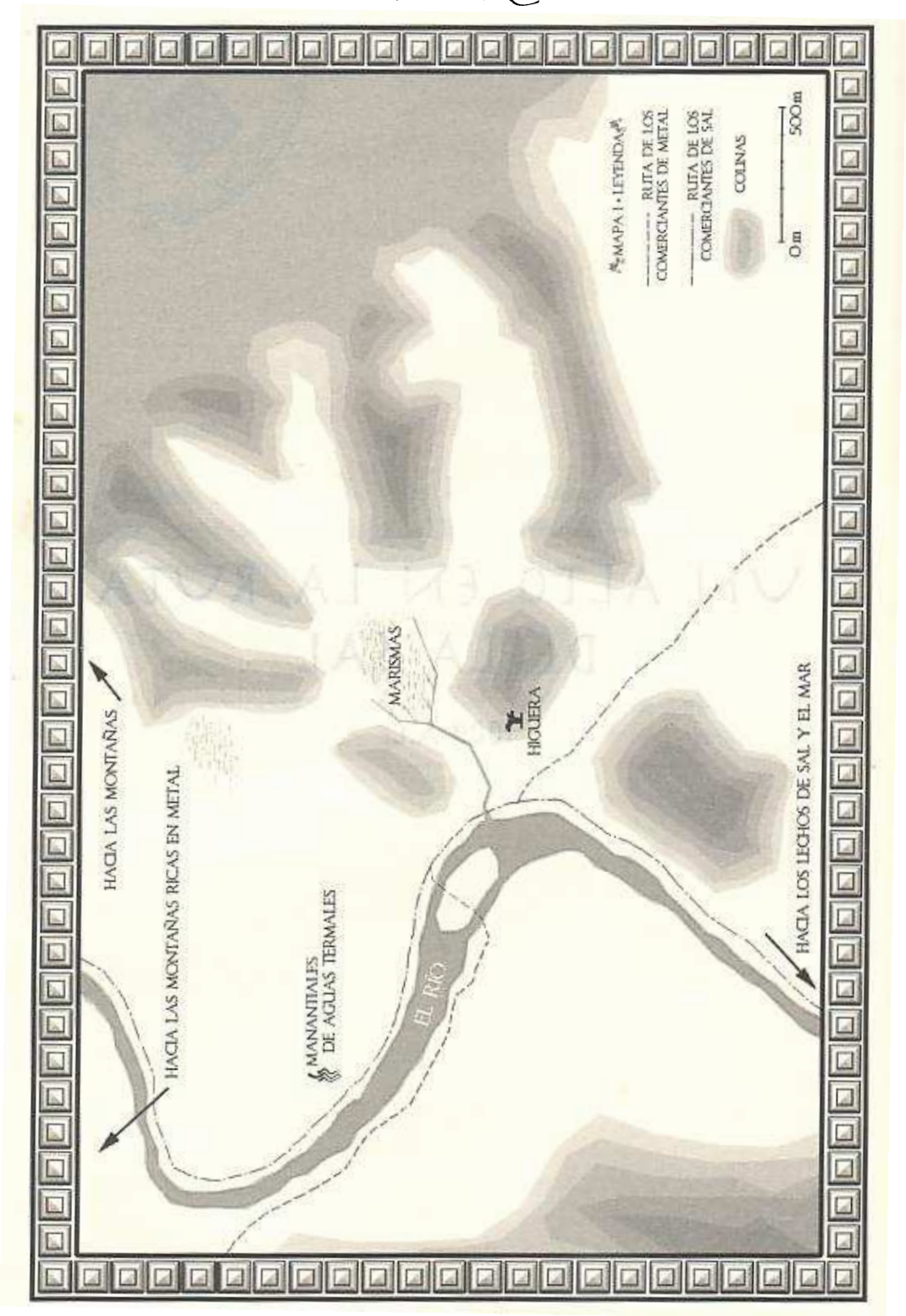
Los nombres de los meses romanos eran *januarius, februarius, martius, aprilis, maius, junius, quinctilis* (posteriormente julius, en honor a Julio César), *sextilis* (posteriormente *augustus,* en honor a César Augusto), *september, october, november* y *december.*

Los primeros días de cada mes eran las calendas. Los idus caían el decimoquinto día de *martius, maius, quinctilis* y *october,* y el día decimotercero de los demás meses. Las nonas caían nueve días antes de los idus.

I

UN ALTO EN LA RUTA DE LA SAL

1000 a.C.



En cuanto doblaron un recodo del camino que seguía el curso del río, Lara reconoció la silueta de la higuera en lo alto de una colina cercana. Hacía calor y los días eran largos. La higuera había echado hojas, pero no había dado frutos todavía.

Lara avistó enseguida otros puntos de referencia: una protuberancia de piedra caliza junto al camino cuya silueta recordaba la cara de un hombre, una zona pantanosa cerca del río donde las aves acuáticas quedaban fácilmente atrapadas, un árbol alto que parecía un hombre con los brazos levantados. Se acercaban al lugar donde había una isla en medio del río. Era un buen lugar de acampada. Aquella noche dormirían allí.

A lo largo de su corta vida, Lara había ido y venido muchas veces por el camino del río. El camino no lo había abierto su gente, pues siempre había estado ahí, como el río, pero sus pies calzados con piel de venado y las ruedas de madera de sus carretillas lo desgastaban sin cesar. El pueblo de Lara se dedicaba al comercio de la sal y su forma de vida les obligaba a estar viajando continuamente.

En la desembocadura del río, el pequeño grupo formado por media docena de familias emparentadas entre sí se dedicaba a recoger sal de los grandes lechos de ese mineral que se formaban junto al mar. Lavaban y tamizaban la sal y la cargaban en carretillas. Cuando tenían las carretillas llenas, la mayoría de los integrantes del grupo se quedaba allí, al cobijo de las rocas de la playa o de sencillos cobertizos, mientras que una partida integrada por una quincena de sus miembros más vigorosos emprendía de nuevo el camino que flanqueaba el curso del río.

Con su valioso cargamento de sal, los viajeros atravesaban las llanuras costeras y se dirigían luego hacia las montañas. Pero el pueblo de Lara nunca llegaba a las cumbres; viajaban únicamente hasta la falda de las colinas. Los bosques y los prados situados a los pies de las montañas estaban muy poblados y los habitantes de la zona se repartían en pequeños pueblos. A cambio de la sal, esa gente entregaba a los familiares de Lara carne secada al sol, pieles de animales, hilo de lana para tejer, utensilios de arcilla, agujas y herramientas hechas de hueso para raspar materiales y pequeños juguetes de madera.

Realizado el trueque, Lara y su gente regresaban al mar siguiendo el camino del río. Y el ciclo volvía a empezar.

Siempre había sido así. Lara no conocía otra vida. Viajaba de un lado a otro, arriba y abajo del camino del río. No había un único lugar que fuera su casa. Le gustaba vivir a orillas del mar, donde siempre había pescado para comer y el delicado chapoteo de las olas la acunaba por las noches hasta que caía dormida. La falda de las montañas le gustaba menos: el camino era más empinado, las noches podían ser frías y la visión de aquellos paisajes tan amplios la mareaba. Se sentía incómoda en los poblados y cuando estaba con desconocidos se mostraba tímida. Donde más se sentía como en casa era en el camino. Le encantaba el olor del río en los días calurosos y el croar de las ranas por la noche. Entre la abundante vegetación que flanqueaba el río crecían uvas y sabrosas bayas de frutos del bosque. Incluso en los días más calurosos, el atardecer traía consigo la brisa fresca del agua, que suspiraba y cantaba entre los juncos y las hierbas altas.

De todos los lugares que había a lo largo del camino, el favorito de Lara era la zona a la que se aproximaban en aquellos momentos, la de la isla en mitad del río.

El territorio que se extendía junto a ese tramo del cauce era prácticamente llano, pero en las cercanías de la isla, el terreno por donde salía el sol era como un pedazo de tela arrugada, con colinas, crestas y valles. La gente de Lara poseía una cuna de bebé hecha de madera, que incluso podía sujetarse a una carretilla mediante cuerdas, y que había ido pasando de generación en generación. La isla tenía la forma de esa cuna, más larga que ancha y puntiaguda en el extremo que

apuntaba río arriba, donde la corriente había erosionado ambas orillas. La isla era como una cuna, y las colinas del lado del río por donde salía el sol eran como mujeres ancianas envueltas en gruesos mantos reunidas para contemplar al bebé que estaba dentro de ella... así era como el padre de Lara le había descrito en una ocasión la configuración del terreno.

Larth hablaba siempre así, conjurando en el paisaje imágenes de gigantes y monstruos. Percibía los espíritus, los llamados *numina,*[*] que moraban en rocas y árboles. A veces incluso hablaba con ellos y escuchaba lo que decían. El río era su más viejo amigo y le explicaba dónde encontrar mejor pesca. A partir del murmullo del viento predecía el tiempo que haría durante los próximos días. Gracias a estas habilidades, Larth era el líder del grupo.

—Estamos cerca de la isla, ¿verdad, papá? —dijo Lara.

—¿Cómo lo has sabido?

—Por las colinas. Primero, a la derecha, empezamos a ver las colinas. Las colinas van aumentando de tamaño. Y justo antes de llegar a la isla, vemos la silueta de esa higuera allá arriba, en la cima de esa colina.

—¡Buena chica! —aprobó Larth, orgulloso de la memoria de su hija y de sus poderes de observación. Era un hombre fuerte y atractivo, con una barba negra salpicada por algunas canas. Su esposa le había dado varios hijos, pero todos habían muerto de pequeños excepto Lara, la última, de cuyo parto falleció su esposa. Lara era para él un bien muy preciado. Tenía el cabello dorado como su madre. Y ahora que había alcanzado la edad fértil, Lara empezaba a exhibir la plenitud de las caderas y los pechos de una mujer. El mayor deseo de Larth era vivir para ver a sus nietos. No todos los hombres vivían para verlo, pero Larth albergaba esperanzas. Había estado sano toda la vida, en parte, creía, porque siempre había procurado ser respetuoso con los *numina* que encontraba durante sus viajes.

Respetar a los *numina* era importante. El *numen* del río era capaz de succionar a un hombre hacia su interior y ahogarlo. El *numen* de un árbol podía hacer tropezar a un hombre con sus raíces, o hacer caer sobre su cabeza una rama podrida. Las rocas podían ceder bajo el paso del hombre y reír a más no poder por la traición cometida. Incluso el cielo, con un furioso rugido, enviaba de vez en cuando lenguas de fuego capaces de chamuscar a un hombre como a un conejo en un asador o, peor aún, de dejarlo con vida después de haberle robado sus sentidos. Larth había oído decir que incluso la tierra podía abrirse y engullir a los hombres; pese a no haber visto jamás una cosa así, cada día seguía llevando a cabo un ritual matutino en el que pedía permiso a la tierra antes de posar los pies en ella.

—Este lugar tiene algo especial —dijo Lara, contemplando el resplandeciente río que corría a su izquierda y, luego, las colinas rocosas y salpicadas de árboles que se elevaban delante de ella y a su derecha—. ¿Cómo se hizo? ¿Quién lo hizo?

Larth frunció el entrecejo. Aquellas preguntas no tenían sentido para él. Los lugares no se «hacían», sino que «eran», simplemente. Era posible que, con el tiempo, se alterasen pequeños aspectos. Arrancado de raíz por una tormenta, un árbol podía acabar cayendo al río. Un peñasco podía decidir ponerse a rodar montaña abajo. Los *numina,* que lo animaban todo, se ocupaban día tras día de dar nueva forma al paisaje, pero las cosas esenciales no cambiaban nunca y siempre habían existido: el río, las colinas, el cielo, el sol, el mar, las salinas de la desembocadura del río.

Estaba intentando encontrar la manera de exponerle estos conceptos a Lara cuando la llegada del grupo sobresaltó a un venado que estaba bebiendo agua en el río. El venado se escondió entre los arbustos de la orilla y luego cruzó el camino. Pero en lugar de correr, el animal se quedó quieto, mirándolos. Y Larth escuchó la palabra «cómeme» tan claramente como si el animal la hubiese pronunciado en voz alta. El venado se presentaba a modo de ofrenda.

Larth se volvió para gritar una orden, pero el cazador más habilidoso del grupo, un joven llamado Po, ya se había puesto en acción. Po empezó a correr, levantó el palo afilado que siempre llevaba con él y lo arrojó de tal manera que pasó silbando entre Larth y Lara.

---

[*] *Numen* o «presencia» (plural *numina)* es un término latino que hace referencia al espíritu sagrado que, según las creencias de la antigua Roma, habita en un lugar u objeto concreto. *(N. de la T).*

Un instante después, la lanza impactaba en el pecho del venado con tanta fuerza que el animal cayó derribado al suelo. Incapaz de incorporarse, sacudió el cuello y agitó sus largas y frágiles patas. Po pasó corriendo por delante de Larth y Lara. Cuando llegó al punto donde había caído el venado, le liberó de la lanza y asestó un nuevo golpe al animal. El venado emitió un sonido apagado, como un grito ahogado, y dejó de moverse.

El grupo estalló en vítores de alegría. Esa noche, en lugar de cenar otra vez pescado, comerían venado.

La distancia que separaba la orilla del río de la isla no era grande, pero en esta época del año (principios de verano) el río estaba demasiado crecido para vadearlo. Hacía ya tiempo que la gente de Lara había construido sencillas balsas con troncos sujetos mediante correas de cuero. Las dejaban a orillas del río e iban reparándolas y sustituyéndolas a medida que era necesario. La última vez que pasaron por allí había tres balsas abandonadas en la orilla este, en buenas condiciones todas ellas. Dos de las balsas seguían todavía allí, pero la otra había desaparecido.

—¡La veo! Allí... sobre la arena de la isla, casi oculta por esas hojas —dijo Po, que tenía la vista muy aguda—. Alguien debe de haberla utilizado para cruzar.

—A lo mejor siguen en la isla —dijo Larth. No veía con malos ojos que otros utilizaran las balsas, y la isla era lo bastante grande como para poder compartirse. De todos modos, la situación exigía precaución. Ahuecó las manos, se las acercó a la boca y lanzó un grito. Al poco apareció un hombre en la orilla de la isla. El hombre les saludó agitando las manos.

—¿Lo conocemos? —preguntó Larth, entrecerrando los ojos.

—Creo que no —dijo Po—. Es joven... de mi edad o más joven, diría. Parece fuerte.

—¡Muy fuerte! —apuntó Lara. Incluso de lejos, la musculatura del joven desconocido resultaba impresionante. Iba vestido con una túnica corta sin mangas, y Lara nunca había visto un hombre con unos brazos como aquéllos.

Po, que era pequeño y delgado, miró a Lara de reojo y frunció el entrecejo.

—No estoy seguro de que me guste el aspecto de ese desconocido.

—¿Por qué no? —se extrañó Lara—. Nos sonríe.

En realidad, el joven sonreía a Lara, y solamente a Lara.

Los dos grupos montaron sus campamentos en extremos opuestos de la isla. Como un gesto de amistad, y hablando con las manos, Larth invitó a Tarketios y a los demás a compartir el venado con ellos. Mientras anfitriones e invitados celebraban el banquete junto a la hoguera donde se había asado la pieza, Tarketios intentó explicar los detalles de su artesanía. El resplandor del fuego iluminaba los ojos de Lara al contemplar a Tarketios señalando en dirección a las llamas y expresando, con gestos de mímica, la acción del martilleo. Cuando él le sonrió, su sonrisa fue como un alarde. Ella nunca había visto unos dientes tan blancos y tan perfectos.

Po vio el intercambio de miradas y puso mala cara. El padre de Lara vio esas mismas miradas y sonrió.

Se llamaba Tarketios. Poco más podía decir Larth aparte de eso, pues el desconocido hablaba un idioma que Larth no conocía y en el que todas las palabras eran tan largas y enrevesadas como su nombre. ¡Comprender al venado había resultado más sencillo que comprender los ruidos extraños que articulaban aquel hombre y sus dos acompañantes! Aun así, parecían amigables, y los tres no representaban ninguna amenaza para los comerciantes de sal, más numerosos.

Tarketios y sus dos compañeros, de más edad, eran habilidosos artesanos del metal y procedían de una región situada a unas doscientas millas en dirección norte, donde las montañas eran ricas en hierro, cobre y plomo. Habían realizado una expedición comercial por el sur y estaban de regreso a

casa. Igual que el camino del río llevaba a la gente de Larth desde la costa hasta las colinas, otro camino, perpendicular al río, atravesaba la extensa llanura costera. La isla era un lugar ideal para vadear el río, y era aquí donde ambos caminos se cruzaban. En esta ocasión, los comerciantes de sal y los comerciantes de metal coincidieron casualmente en la isla el mismo día. Era la primera vez que se encontraban.

La cena terminó. Los comerciantes de metal, después de numerosos gestos de gratitud por el venado, se retiraron a su campamento en el otro extremo de la isla. Antes de desaparecer entre las sombras, Tarketios miró por encima del hombro y regaló a Lara una sonrisa de despedida.

Mientras los demás se ponían a dormir, Larth permaneció despierto un rato más, como era su costumbre. Le gustaba contemplar el fuego. Como todas las demás cosas, el fuego poseía un *numen* que a veces se comunicaba con él, mostrándole visiones. Larth cayó dormido cuando las últimas brasas estaban prácticamente apagadas.

Larth pestañeó. Las llamas, que habían quedado reducidas a casi nada, cobraron fuerza de repente. El aire caliente le azotó en la cara. Sentía los ojos abrasados por unas llamas blancas más brillantes que el sol.

Entre aquel brillo cegador, percibió un objeto levitando por encima de las llamas. Era un miembro masculino, separado del cuerpo pero aun así rampante y erecto. Tenía alas, como un pájaro, y permanecía inmóvil flotando en el aire. Aunque parecía estar hecho de carne, era insensible a las llamas.

Larth había visto ya antes *el* falo alado, siempre en las mismas circunstancias, cuando miraba fijamente una hoguera y empezaba a quedarse dormido. Le había dado incluso un nombre o, más concretamente, el objeto había inculcado un nombre en su cabeza: « Fascinus »

Fascinus no era como los *numina* que animaban árboles, piedras o ríos. Esos *numina* existían sin tener nombre. Todos ellos estaban vinculados al objeto donde moraban, y se diferenciaban poco entre sí. Cuando aquellos *numina* hablaban, no siempre se podía confiar en ellos. A veces se mostraban amistosos, pero otras veces eran maliciosos, hostiles incluso.

Fascinus era distinto. Era único. Existía en y por sí mismo, sin principio ni fin. Era evidente, por su forma, que tenía alguna cosa que ver con la vida y el origen de la vida, pero aun así, parecía provenir de un lugar más allá de este mundo que se dejaba ver por unos instantes a través de una brecha abierta por el calor de la danza del fuego. Las apariciones de Fascinus eran siempre relevantes. El falo alado nunca aparecía sin darle a Larth una respuesta al dilema que venía preocupándole, o sin inculcarle un pensamiento importante en la cabeza. Los consejos de Fascinus nunca habían llevado a Larth por el camino equivocado.

En otros lugares, en tierras lejanas (Grecia, Israel, Egipto), hombres y mujeres veneraban dioses y diosas. Esas gentes construían imágenes de sus dioses, contaban historias sobre ellos y los adoraban en templos. Larth nunca había conocido a esas gentes. Nunca había oído hablar de las tierras donde vivían, y nunca se había topado o había concebido la idea de un dios. El concepto de deidad, tal y como lo entendían aquellas gentes, era desconocido para Larth, pero lo más cercano a un dios, en su imaginación y su experiencia, era Fascinus.

Sorprendido, pestañeó de nuevo.

Las llamas se habían extinguido. Donde antes había aquel brillo insoportable quedaba solamente la oscuridad de una cálida noche de verano iluminada por un débil pedacito de luna. El aire que le daba en la cara ya no era caliente, sino fresco y puro.

Fascinus había desaparecido... pero no sin antes inculcarle un pensamiento a Larth. Salió corriendo hacia aquella especie de pérgola formada por ramas y hojas, junto al río, donde a Lara le gustaba dormir, pensando para sus adentros: « ¡Tiene que hacerse, pues Fascinus ha dicho que así debe ser!».

Se arrodilló a su lado, pero no hubo necesidad de despertarla. Ya estaba despierta.

—Papá, ¿qué sucede?

—¡Ve con él!

Lara no tuvo que pedir explicaciones. Acostada, inquieta e impaciente en la oscuridad, era lo que más deseaba hacer.

—¿Estás seguro, papá?

—Fascinus... —No terminó la frase, pero ella comprendió. Nunca le había visto, pero su padre le había hablado de él. En el pasado, había aconsejado a su padre en muchas ocasiones. Ahora, una vez más, Fascinus le había hecho saber su voluntad.

La oscuridad no le hizo cambiar de idea. Conocía todos y cada uno de los recovecos de todos y cada uno de los caminos de la isla. Cuando llegó al campamento de los comerciantes de metal, encontró a Tarketios acostado sobre un lecho de hojas, apartado de los demás; lo reconoció por su musculosa silueta. Estaba despierto y esperando, igual que ella estaba despierta y esperando cuando su padre fue a verla.

Al verla acercarse, Tarketios se incorporó hasta quedar apoyado sobre sus codos. Pronunció su nombre en un susurro. Su voz tembló, casi con desesperación; su necesidad hizo sonreír a Lara. Suspiró y se tendió a su lado. Bajo la débil luz de la luna, vio que llevaba una especie de amuleto, un objeto colgado al cuello mediante una tira de cuero. Protegido por el vello de su pecho, el pedazo de metal informe parecía capturar y concentrar la débil luz de la luna, emitiendo un resplandor más brillante que la misma luna.

Sus brazos, los brazos que tanto había admirado antes, se cerraron en torno a ella en un abrazo sorprendentemente tierno. El cuerpo de él estaba tan caliente y desnudo como el de ella, pero era mucho más duro y mucho más grande. Se preguntó si Fascinus estaría con ellos en la oscuridad, pues le pareció sentir un aleteo entre las piernas cuando fue penetrada por la cosa que daba origen a la vida.

A la mañana siguiente, mientras los demás empezaban a despertarse y desperezarse, Larth observó que Lara estaba de vuelta en la pérgola donde solía dormir. Se preguntó si le habría desobedecido. Entonces vio, por la mirada de sus ojos y la sonrisa de su rostro al despertarse, que no lo había hecho.

Mientras los demás levantaban el campamento y se preparaban para partir, Larth llamó a Po. El joven se mostró inusualmente lento en responder y apartó la vista cuando Larth se dirigió a él.

—Antes de que partamos esta mañana, Po, quiero que regreses al lugar donde ayer mataste al venado. Rastrilla el suelo y oculta cualquier resto de sangre que quede en el camino. Si ves hojas o piedras salpicadas con sangre, arrójalas al río. Tendríamos que haberlo hecho ayer, pero la luz empezaba a escasear y había mucho trabajo pendiente, debíamos despellejar y asar el venado. Hazlo ahora antes de partir. No podemos dejar sangre en el sendero.

—¿Por qué no? —dijo Po.

Larth se quedó desconcertado. Po nunca se había dirigido a él en un tono tan maleducado.

—La sangre atraerá alimañas y predadores. Independientemente de que el venado quisiera ofrecerse por su libre voluntad, la sangre en el sendero podría ofender a los *numina* que habitan junto al río. Pero no tengo por qué explicarte todo esto. ¡Haz lo que te he dicho!

Po miraba el suelo. Larth estaba a punto de volver a hablar, con más dureza esta vez, cuando le distrajo la llegada de los comerciantes de metal, que venían a despedirse.

Tarketios dio un paso al frente. Con un gran despliegue de movimientos, indicó que deseaba ofrecerle a Larth un regalo. Era un objeto hecho de hierro, tan pequeño que cabía incluso en la palma de la mano, con una abertura en un extremo y una punta muy afilada en el otro. Era una punta de lanza hecha de hierro, una herramienta muy útil para derribar al siguiente venado que cruzase el camino del río. Tarketios dejó claro que no esperaba nada a cambio.

La gente de Larth poseía algunos cuchillos y herramientas de raspado hechas de hierro, toscas en general, nada que ver con una forja tan fina como aquella punta de lanza. Se quedó muy

impresionado. Se la mostró a Po.

—¿Qué piensas de esto? —le dijo. Antes de que Po pudiera responder, Larth alargó el brazo y cogió la lanza de Po—. Eres el mejor cazador que tenemos. Tendrías que tenerla tú. Le pediremos a Tarketios que nos muestre cómo unir esta punta a la vara.

Mientras Po permanecía inmóvil y sin decir nada, Larth le entregó la lanza y la punta de hierro a Tarketios. Tarketios les sonrió a los dos. La visión de aquella dentadura perfecta llevó a Po a contraer los dedos. Con la ayuda de un martillo pequeño y unos clavos, Tarketios se dispuso a ensartar la punta a la vara. Larth observó embelesado su trabajo, sin darse cuenta del rubor encarnado que encendía la cara de Po.

Cuando hubo terminado, Tarketios devolvió la lanza a Po. La nueva punta pesaba más de lo que Po había previsto. La lanza se inclinó hacia delante y la punta de hierro chocó contra el suelo con un ruido sordo.

—El equilibrio es distinto —dijo Larth, riendo al ver la consternación del joven—. Tendrás que volver a aprender a apuntar y lanzarla. Pero la nueva punta debería permitirte una presa más segura, ¿no crees? Ya no tendrás necesidad de lanzar tan fuerte.

Po cogió apresuradamente la lanza y la sujetó con firmeza, agarrando la vara con tanta fuerza que incluso se le pusieron blancos los nudillos.

Un poco después, mientras los comerciantes de sal se preparaban para abandonar la isla a bordo de las balsas, Tarketios se acercó a Lara. La condujo a un lugar apartado. No había palabras que pudieran compartir para expresar lo que ambos sentían. Durante un rato, se limitaron a acariciarse y abrazarse, luego se separaron. En el mismo instante, ambos leyeron la intención del otro: ofrecerse un regalo de despedida. En el momento en que ambos comprendieron la similitud de sus intenciones, se echaron a reír.

A Tarketios, Lara le ofreció el objeto más preciado que tenía: una pequeña vasija de barro con un tapón de corcho que contenía sal blanca y pura.

Tarketios aceptó el regalo. A continuación, se pasó por la cabeza la tira de cuero que llevaba al cuello, junto con el amuleto que colgaba de ella. Era extraño, pues carecía de una forma identificable; no parecía más que un pedacito de metal sin trabajar. Pero era un metal que ella no había visto jamás, muy pesado en la palma de su mano, y de un color fuera de lo común, un amarillo puro parecido a la luz del sol. Lo único que se le había hecho al metal era un pequeño orificio para poder colgarlo del collar de cuero.

Tarketios se lo pasó a ella por la cabeza. Murmuró alguna cosa, nombrando el objeto que acababa de entregarle, pero la palabra no fue más que un sonido extraño en el oído de ella. Lara no podía conocer el valor de aquel pedacito de metal; era el único metal que nunca perdía su lustre. Pero por la mirada de Tarketios, se dio cuenta de que él lo apreciaba mucho, y que el hecho de regalárselo era una forma de honrarla.

Y aunque ella no lo sabía aún, él le había hecho además otro regalo. Una nueva vida empezaba a moverse en su vientre.

El sol estaba ya en lo alto del cielo cuando el pequeño grupo emprendió la marcha. Río arriba, a partir de la isla, las colinas que quedaban a la derecha iban alejándose y el río rodeaba un promontorio bajo y plano con un amplio meandro. El primer punto de referencia al que llegaron fue un sendero que conducía hasta unos manantiales de aguas termales cercanos al río. Cuando hacía más frío, los manantiales eran uno de los lugares favoritos de acampada, pero no con este tiempo.

Larth marcaba el ritmo de la marcha cuando de pronto recordó la tarea que le había asignado a Po antes de partir. Miró por encima del hombro.

—¿Limpiaste la sangre del camino? —preguntó.

Por la cara de Po, vio enseguida que su orden había sido ignorada.

—¡Vuelve entonces y hazlo ahora mismo! —ordenó, exasperado—. No te esperaremos. Tendrás que correr para alcanzarnos.

Sin decir palabra, Po se detuvo en seco. Dejó que los demás lo adelantaran. Observó al grupo seguir su camino hasta que el último rezagado desapareció de la vista.

La lanza que sostenía en la mano pareció estremecerse. Bajó la vista y vio que le temblaban las manos. Una cosa era actuar por impulso... ver un venado y ponerse en acción de inmediato, tirar la lanza y taladrar al animal hasta su muerte, sin apenas pensar en nada hasta que el venado estuviera muerto. Hacer lo que estaba planteándose en aquel momento era algo completamente distinto.

Po permaneció mucho tiempo de pie en medio del camino. Al final, dio media vuelta y emprendió camino de regreso hacia la isla, corriendo a paso ligero, sopesando la lanza y asimilando su peso.

El terreno por donde corría el sendero iba ascendiendo de forma sostenida y el grupo fue siguiendo camino río arriba. Varias veces, en aquellos puntos desde donde había cierta visión, Larth se detenía y le pedía a Lara, cuya vista era mejor que la de él, que mirase hacia atrás y observase el camino por donde habían pasado. No había rastro de Po, ni de nadie más. El sol empezó a bajar, y Po seguía sin reunirse con el grupo. Larth estaba cada vez más asustado. No debería haber enviado solo a aquel joven. La desobediencia de Po había ofuscado su buen juicio.

Pero Po apareció justo cuando el grupo se detenía para instalar el campamento de la noche. Avanzaba hacia ellos a paso regular, sin prisas y sin jadear. Más bien al contrario, se le veía tranquilo y relajado.

—¡Has tardado mucho! —exclamó Larth.

—¿Para qué ir con prisas? Uno puede perderse, siguiendo el camino del río.

—¿Hiciste lo que te dije?

—Por supuesto.

Los ojos de Larth se habían debilitado, pero conservaba un agudo sentido del olfato. Observó a Po más de cerca, prestando especial atención al pelo y las manos. Estaban muy limpios... excepcionalmente limpios.

—Tienes encima el olor de los manantiales de aguas termales.

Transcurrieron varios latidos de corazón sin que Po respondiese.

—Sí. Me detuve a bañarme en los manantiales.

—Incluso has lavado esto. —Larth tocó la túnica de lana del joven. Estaba recién lavada y aún un poco húmeda.

—Notaba... la sangre del venado encima. Dijiste que ocultara todas las pistas. Que los *numina* del camino... —Po bajó la vista—. Sentí la necesidad de lavarme.

Larth asintió. No dijo nada más.

El lugar donde acamparon estaba cerca de una colina alta y empinada. De viajes pasados, cuando su vista era más aguda, Larth sabía que desde la cumbre de la colina podía verse a mucha distancia. Buscó a Lara y le pidió que lo acompañara.

—¿Adónde vamos, papá?

—A la cima de la colina. Rápido, mientras tengamos aún luz de día.

Ella le siguió, sorprendida por su urgencia. Cuando llegaron a la cumbre, Larth se detuvo un momento para recobrar el aliento y a continuación señaló río abajo. Tenían el sol poniente de cara. Proyectaba un resplandor rojizo sobre la tierra y transformaba el serpenteante río en una cinta de fuego. Incluso con su mala vista, Larth podía divisar la región montañosa cercana a la isla, aunque

la isla en sí quedaba escondida. Señaló hacia allí.

—Por allí, hija. Hacia donde está la isla. ¿Ves alguna cosa? Ella se encogió de hombros.

—Montañas, agua, árboles.

—¿Algo que se mueva?

Ella entrecerró los ojos y los protegió con la mano para hacerse sombra. Perfilada contra la bruma rojiza de la puesta de sol, vio una multitud de puntitos negros sobre la isla, trazando círculos lentamente y capeando el viento, como la ceniza revoloteando sobre una hoguera.

—Buitres —dijo—. Veo muchos buitres.

Más tarde, mientras los demás dormían, Larth permanecía despierto, como era su costumbre. Estuvo un rato contemplando el fuego y luego se levantó y caminó sigilosamente hasta el lugar donde estaba acostado Po. El joven estaba durmiendo solo, alejado de los demás, como si quisiese mantenerse a cierta distancia de ellos. Tenía la lanza a su lado. Para cogerla y no despertarlo, Larth tenía que ir con mucho cuidado.

Examinó con detalle la punta de hierro a la luz del fuego. Incluso en los manantiales de aguas termales, era imposible quitar hasta la última gota de sangre de aquel metal clavado a la vara a martillazos. En las fisuras dentadas más diminutas, había aún restos de sangre.

Regresó al lugar donde dormía Po, presionó la punta de la lanza contra la garganta del chico y le dio una patada.

Po se revolvió, dio un brinco y se despertó al instante. Junto a la punta de lanza que seguía presionada contra su cuello apareció una gota de sangre. El chico lanzó un grito sofocado y agarró la vara con ambas manos, pero Larth utilizó todas sus fuerzas para mantenerla en su lugar.

—¡No grites! —masculló, sin querer despertar a los demás—. ¡Aparta tus manos de la lanza! ¡Los brazos en los costados! Eso está mejor. Ahora cuéntame la verdad. ¿Los tres... o sólo Tarketios?

Po no respondió durante un buen rato. Larth vio que sus ojos brillaban en la oscuridad y escuchó su respiración entrecortada. Aunque Po permanecía muy quieto, Larth notaba la trémula tensión que el cuerpo del joven transmitía a través de la vara de la lanza.

—Los tres —admitió por fin Po.

Larth sintió una enorme frialdad cerniéndose sobre él. No había estado seguro de la verdad hasta aquel momento.

—¿Y los cuerpos?

—En el río.

«¡Mi más viejo amigo, manchado de sangre!», pensó Larth. ¿Qué pensaría ahora el *numen* del río de él y de su gente?

—Flotarán hasta el mar —explicó Po—. No dejé huellas...

—¡No! Al menos uno de los cuerpos debe de haberse quedado encallado en la orilla del río.

—¿Cómo lo sabes?

—¡Buitres! —Larth se imaginaba la escena: sangre en el agua, un cadáver entre los juncos, los buitres sobrevolándolo.

Larth sacudió la cabeza. ¡Qué cazador debía ser el chico para acechar y matar a tres hombres! ¡Y qué estúpido! ¿Podía permitirse su gente una pérdida así? ¿Podían permitirse seguir con él? Larth tenía suficiente poder para matarlo, aquí y ahora, pero luego tendría que justificar su acción frente los demás. Más que eso, tendría que justificársela a sí mismo.

Larth suspiró, por fin.

—Sé todo lo que tú sabes, Po. ¡Recuérdalo! —Separó la punta de la lanza de la garganta del joven. Dejó caer la lanza en el suelo. Se volvió y regresó a su lugar junto al fuego.

Podría haber sido peor. Si el chico hubiese sido tan tonto como para matar sólo a Tarketios, los otros dos habrían ido tras él, buscando venganza. Habrían comunicado la noticia a su gente. Habría

corrido la voz de que uno de los comerciantes de sal había cometido el crimen. Las consecuencias y las recriminaciones habrían continuado durante toda la vida, tal vez durante generaciones.

Tal como estaban las cosas, sólo los *numina* del camino lo sabrían, y el río, y los buitres. Y Larth.

Miró el fuego y deseó, con más fervor que nunca, que Fascinus se le apareciera aquella noche. Fascinus inculcaría en su cabeza lo que tenía que hacer. Pero el fuego se apagó y dio pasó a la oscuridad, y Fascinus no apareció.

Nunca volvería a aparecérsele.

Aquella noche, exceptuando los buitres, cuyos gaznates estaban rebosantes de carroña, la pequeña isla del río permaneció desierta.

Mientras Larth siguió con vida, los comerciantes de sal nunca volvieron a acampar allí. Les contó que los lemures*, las sombras de los muertos más inquietos, se habían instalado en la isla. De todos era sabido que Larth poseía grandes conocimientos sobre estos temas, por lo que los demás aceptaron sus palabras sin cuestionarlas.

Cuando el invierno dio paso a la primavera, Lara dio a luz un hijo. El parto fue difícil y Lara estuvo a punto de morir. Pero en el momento en que su sufrimiento era más agudo, por primera y única vez en su vida, tuvo una visión de Fascinus, y una voz en su cabeza le garantizó que tanto ella como su hijo sobrevivirían. Se mantuvo aferrada al pedazo de metal que llevaba colgado al cuello durante todo el tiempo y el frío metal absorbió su dolor. En su delirio, el oro y Fascinus se convirtieron en una sola y única entidad. Después, le contó a su padre que el *numen* del falo alado moraba en aquel pedazo de oro.

Poco después del parto, en una ceremonia sencilla y en un lugar próximo a los lechos de sal junto al mar, Lara se casó con Po. Pese a saber que no era así, Po declaró que el niño era suyo. Lo hizo porque Larth le dijo que lo hiciese, y sabía que Larth tenía razón. Po nunca sería tan sabio como su suegro en lo que a los *numina* se refería, pero incluso él comprendía que la respuesta violenta que había tenido en la isla exigía un acto de contrición. Con la aceptación del hijo del hombre al que había matado, Po compensó el agravio al lémur de Tarketios. Y apaciguó también a los *numina* que hubiesen sido testigos y se hubiesen visto ofendidos por la sangre que había derramado deliberadamente.

Con el paso de los años, los recuerdos que Lara tenía de Tarketios fueron debilitándose, pero el amuleto de oro que él le había regalado, y que creía albergaba el *numen* de Fascinus, nunca perdió su brillo. Antes de morir, le entregó el amuleto a su hijo. La explicación que le dio de su origen no era cierta, pero tampoco era mentira, pues Lara había llegado a creer menos en sus débiles recuerdos que en la fantasiosa historia que había inventado para ocupar su lugar.

—El oro venía del fuego —le contó a su hijo—, el mismo fuego sobre el que tu abuelo vio a Fascinus la última noche en que acampamos en la isla. Sin Fascinus, hijo mío, nunca habrías sido concebido. Sin Fascinus, ni tú ni yo habríamos sobrevivido a tu nacimiento.

Fascinus inspiraba la concepción. Fascinus protegía los nacimientos. Tenía además otro poder: Fascinus podía impedir el mal de ojo. Lara lo sabía por propia experiencia, pues después del nacimiento de su hijo, había visto a otras mujeres susurrando a sus espaldas y las había sorprendido mirándola de forma extraña. La verdad es que la miraban con curiosidad y recelo, pero ella interpretó sus miradas como envidia. Las miradas del envidioso, le había enseñado su padre, podían provocar enfermedades, desgracias, incluso la muerte. Pero con Fascinus colgado al cuello, Lara se había sentido segura, confiada de que el brillo cegador del oro podía desviar incluso la mirada más peligrosa.

Cuando el amuleto y la historia de su origen fueron pasando a sucesivas generaciones, quedó en manos de los descendientes de Lara reflexionar sobre cuál había sido el papel exacto que Fascinus había desempeñado en la continuación del linaje familiar. ¿Había emergido el falo alado de las llamas para fecundar a Lara? ¿Existía antes de aquello, o después, algún ejemplo de relación sexual

* En la mitología romana, los *larvae* o lemures eran los espectros o espíritus de los muertos; la versión maligna de los lares. Se decía de ellos que vagaban perdidos por las noches, atemorizando a los vivos. *(N. de la T).*

entre *numina* y humanos? ¿Era debido a que un *numen* había engendrado a su hijo por lo que las demás mujeres se mostraban recelosas y envidiosas con Lara? ¿Le había hecho Fascinus el regalo del oro sabiendo que Lara lo necesitaría para protegerse y salvaguardar su descendencia?

El amuleto de oro, una vez olvidado su verdadero origen, fue transmitiéndose de generación en generación.

Pasaron muchos años. La advertencia de Larth sobre la presencia en la isla de lemures inquietos cayó en el olvido, y los comerciantes de sal volvieron a acampar allí. Aun así, la isla y sus alrededores siguieron sin ser más que un lugar de paso. Venados, conejos y lobos vagaban por las siete colinas cercanas. Ranas y libélulas abundaban en los terrenos pantanosos que se extendían entre las colinas. Las aves sobrevolaban la zona sin ver en ella la más mínima señal de ocupación humana.

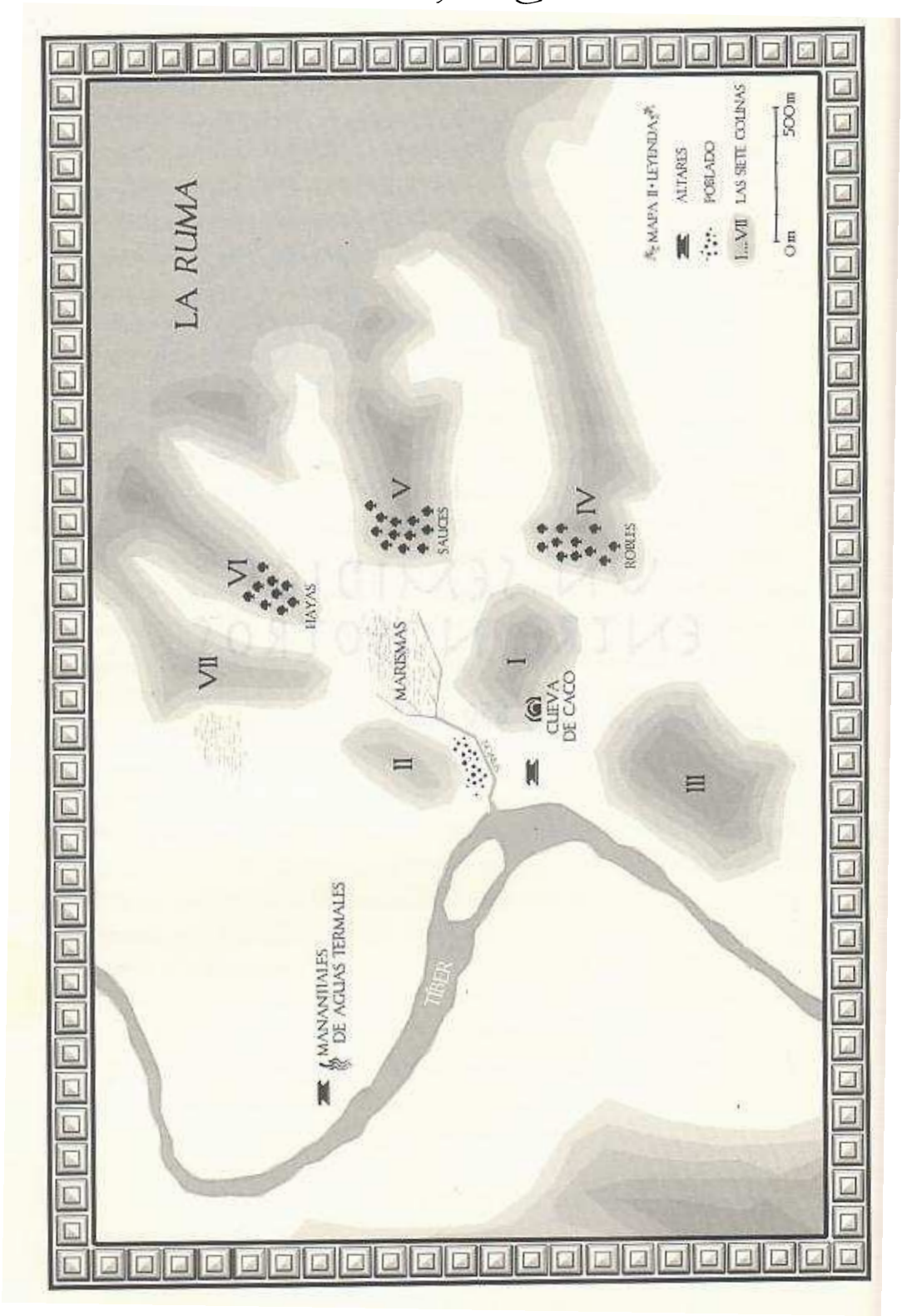
En otras partes del mundo, los hombres construían grandes ciudades, hacían la guerra, consagraban templos a dioses, cantaban a sus héroes y soñaban con imperios. En el lejano Egipto, las dinastías de los faraones llevaban milenios reinando; la gran pirámide de Gizeh tenía más de mil quinientos años de antigüedad. La guerra de los griegos contra Troya había tenido lugar doscientos años atrás; el rapto de Helena y la furia de Aquiles ya formaban parte de la leyenda. En Israel, el rey David había tomado la vieja ciudad de Jerusalén para convertirla en su capital, y su hijo Salomón estaba erigiendo el primer templo al dios Yahvé. Más hacia el este, los emigrantes arios descubrían los reinos de Media y Persia, precursores del gran imperio persa.

Pero la isla del río, y las siete colinas que la rodeaban, seguían sin ser habitadas por el hombre e ignoradas por los dioses, un lugar donde nunca había sucedido nada de especial importancia.

II

UN SEMIDIÓS ENTRE NOSOTROS

850 a.C.



Caco tenía la impresión de que, en el pasado, había sido humano. Caco había nacido en un pueblo situado en lo alto de las montañas. Como todos los demás habitantes del pueblo, poseía dos brazos y dos manos, y caminaba erguido sobre dos pies. Era evidente que no había nacido animal, como la tímida oveja o los lobos salvajes, sino ser humano.

Pero Caco siempre había sido distinto a los demás. Los demás caminaban con un paso más regular; Caco andaba arrastrando los pies, porque una de sus piernas era más corta que la otra y estaba torcida de forma extraña. Los demás podían mantenerse en pie y erguidos, con los brazos caídos a ambos lados del cuerpo; la espalda de Caco tenía una joroba y sus brazos no eran de igual tamaño. Tenía muy buena vista, pero a su boca le sucedía algo extraño; nunca aprendió a hablar, y sólo era capaz de emitir un sonido confuso que sonaba como «caco», de ahí su nombre. Su cara estaba terriblemente deformada; otro niño le dijo en una ocasión que un alfarero le había esculpido la cara con arcilla, la había arrojado al suelo y luego la había pisoteado.

Eran muy pocos los que se atrevían a mirarlo directamente. Los que lo conocían, apartaban la vista porque les daba pena; los desconocidos huían de él por miedo. Sus deformidades deberían haberlo convertido en un candidato a la muerte en el mismo momento de su nacimiento, pero su madre contribuyó a que se apiadasen de él, alegando que el prodigioso tamaño del bebé (era tan grande que ella casi muere al dar a luz) prometía un hombre tremendamente fuerte. Había tenido razón. Siendo aún un niño, Caco era más grande y más fuerte que el hombre más grande y más fuerte del pueblo.

Y cuando eso sucedió, los habitantes del pueblo que habían sentido lástima por él, empezaron a temerle.

Luego llegó la hambruna.

El invierno fue seco y frío. La primavera fue seca y calurosa. El verano fue más seco y más caluroso aún. Los riachuelos se convirtieron primero en un hilillo de agua, luego en nada. Las cosechas se marchitaron y murieron. No se podía alimentar a las ovejas. Y cuando parecía que las cosas no podían ir a peor, una noche, la montaña se sacudió con tanta fuerza que algunas de las cabañas se vinieron abajo. Poco después de aquello, aparecieron por el oeste negros nubarrones; prometían lluvia, pero no mandaron más que tormentas de rayos. Un rayo inició un incendio que se extendió por toda la ladera de la montaña y destruyó la cabaña donde se almacenaba el grano.

Los habitantes del pueblo buscaron el consejo de los ancianos. ¿Había sucedido algo parecido antes? ¿Qué podían hacer?

Uno de los ancianos recordaba una época similar durante su infancia, cuando el número de habitantes era tan grande que una sucesión de malos años llevó al hambre y la desesperación. Existía un ritual que había ido transmitiéndose desde antes de que él naciera, el rito de la primavera sagrada. Consistía en llegar a un pacto con los grandes *numina* del cielo y la tierra: si el pueblo sobrevivía al invierno, al llegar la primavera se seleccionaría un grupo de niños que sería apartado del pueblo y abandonado para que sobreviviera en el mundo sin ninguna ayuda.

Era un remedio cruel, pero los tiempos eran crueles. Los ancianos aconsejaron la práctica del rito de la primavera sagrada. Y los habitantes del pueblo se mostraron de acuerdo.

El número de niños que debían ser separados del pueblo se decidía por augurio. Un día de buen tiempo, los ancianos ascendieron a un promontorio rocoso situado en la ladera de la montaña y que dominaba todo el pueblo. Una vez allí, prendieron fuego a un montón de ramas secas, se retiraron y esperaron hasta que el humo formara una columna en el aire que separara el cielo en dos regiones, una a cada lado de la columna. Los ancianos observaron el cielo y contaron las aves que iban volando de una región a otra, atravesando la línea definida por el humo. Cuando las ramas quedaron reducidas a cenizas y la columna de humo se disipó, se habían visto siete aves cruzando de un lado a otro. Tenían que elegir siete niños.

La elección se hizo por sorteo. Era importante que todos los habitantes del pueblo pudieran ver que el resultado dependía de los *numina* de la suerte, no de las intrigas de ningún padre. Con todos los habitantes del pueblo a modo de testigo, los niños se dispusieron formando una fila. Fueron pasándose un recipiente lleno de guijarros, todos blancos excepto siete negros. Uno a uno, los niños introdujeron la mano en el recipiente y extrajeron un guijarro. Cuando todos tuvieron su guijarro, abrieron las manos a la vez para mostrar la piedra elegida. Cuando se comprobó qué niños habían elegido los guijarros negros, hubo muchos lloros; pero cuando Caco abrió su mano de garra y apareció un guijarro negro, incluso su madre se sintió aliviada.

Aquel invierno fue más suave que el del año anterior. Pese al hambre y las penurias, no murió nadie en el pueblo. Al parecer, el rito de la primavera sagrada había aplacado a los *numina* y mantenido al pueblo con vida. Cuando llegó primavera, y en los árboles florecieron los primeros capullos, se decidió que los niños debían partir.

Según el ritual, un animal guiaría a los niños hasta su nuevo hogar. Los ancianos coincidían en ello, pero ninguno recordaba qué animal debían elegir. El más anciano de todos dijo que el animal se daría a conocer por sí mismo y, efectivamente, la noche antes de la partida de los niños, varios ancianos tuvieron un sueño en el que vieron un buitre.

A la mañana siguiente, los siete niños fueron sacados de sus hogares. Los demás niños y todas las mujeres del pueblo quedaron encerrados en sus casas; el llanto en las cabañas resonaba por las montañas. El anciano de mirada más bondadosa ascendió al promontorio y observó. Por fin dio un grito y señaló hacia el suroeste, donde acababa de ver un buitre volando en círculos sobre el horizonte.

Los hombres cogieron unos garrotes. Tocando tambores y carracas, los ancianos se pusieron al frente entonando un cántico destinado a incitar la valentía y endurecer los corazones. El cántico aumentó su ritmo, su volumen se hizo cada vez más fuerte. Finalmente, gritando y blandiendo los garrotes, corrieron hacia los siete niños y los alejaron del pueblo.

Los días posteriores fueron muy duros. Cada mañana, los niños miraban al cielo en busca de un buitre. Si veían uno, se encaminaban en su dirección. A veces, el buitre los guiaba hacia restos de carroña que aún era comestible; a veces, los guiaba hacia un esqueleto tan nauseabundo que ni siquiera el buitre lo tocaba. La desesperación les enseñó a cazar y pescar y a probar cualquier planta que pudiera ser comestible; incluso así, los niños pasaban hambre muchos días. Caco era demasiado torpe para ser cazador, y los demás lo veían con malos ojos porque necesitaba comer más cantidad. Pero era el más fuerte con diferencia, y cuando los predadores les acechaban por las noches, todos buscaban la protección de Caco.

La primera que murió fue una niña. Debilitada por el hambre, cayó desde un lugar alto y se golpeó en la cabeza. Los niños discutieron qué hacer con su cuerpo. No fue Caco quien sugirió lo impensable, sino otro niño. Los demás se mostraron de acuerdo, y Caco hizo lo mismo que los demás. ¿Fue entonces cuándo empezó a convertirse en algo que no era humano, cuando comió carne humana por vez primera?

Poco a poco, sus andanzas los llevaron hasta las marismas situadas hacia el sur y el oeste de las montañas. Allí, la tierra les ofrecía más posibilidades y los ríos pesca más abundante, y había más plantas comestibles. Pero aun así, seguían pasando hambre.

El siguiente en morir fue un niño que se lesionó el pie. Cuando los niños se tropezaron con un oso y se dispersaron presas del pánico, el chico se quedó rezagado. El oso lo capturó y lo vapuleó, y luego salió huyendo cuando Caco regresó corriendo para asustarlo, gritando y blandiendo una rama. El niño ya estaba muerto.

Cuando cenaron aquella noche, a todos les pareció que lo más correcto era que Caco comiera la porción más grande.

Pasó el verano, y seguían sin encontrar un hogar. Uno de los niños murió después de comer una

seta. Otro murió tras varios días de fiebre. Pese al hambre, los supervivientes temían comerse el cuerpo de los niños fallecidos por envenenamiento o fiebre, así que los enterraron en tumbas poco profundas.

Sólo quedaban Caco y dos más. Aquel invierno fue extraordinariamente intenso y frío. Los árboles temblaban desnudos al viento. La tierra se volvió dura como una piedra. Los animales se esfumaron. Incluso al cazador más habilidoso le habría resultado imposible sobrevivir sin la solución desesperada a la que recurrió Caco.

¿Fue entonces cuando Caco experimentó el cambio, cuando decidió no esperar a una caída o a un oso, o a cualquier otro suceso casual? Decidió hacerlo él mismo. Hizo lo que tenía que hacer, y por el motivo más básico: necesitaba comer. Pero no actuó compulsivamente. No los mató a los dos a la vez. Primero mató al más fuerte, y dejó que el más débil viviera más tiempo. En más de una ocasión, aquel niño, su último compañero, intentó huir de él. Caco esperó todo lo que pudo, hasta que su hambre fue tan descomunal que nadie lo habría soportado. Esperó porque sabía, tan pronto como el otro niño hubo desaparecido, que sufriría entonces lo único que había en el mundo peor que el hambre: la soledad.

Llegó la primavera. Caco estaba solo. Por las noches no podía dormir y permanecía despierto escuchando los sonidos de la tierra, sumergiéndose más y más en un mundo desprovisto de razonamiento humano.

Siguió vagabundeando. De vez en cuando se cruzaba con otros caminantes y llegaba a poblados, pero los humanos no querían tener nada que ver con él. Lo temían, y con razón; más de una vez había robado un niño y se lo había comido. Y cuando eso sucedía, los humanos perseguían a Caco. Algunas veces estuvieron a punto de capturarlo, pero Caco siempre conseguía escapar de los cazadores después de dejar los huesos limpios. Sobrevivir en plena naturaleza le había enseñado a ser astuto y sigiloso. Físicamente, no había hombre que llegara a su altura; Caco se había hecho más grande y más fuerte que cualquier hombre que hubiera visto en su vida.

La rueda de las estaciones pasó una y otra vez. Caco sobrevivió a los veranos secos y a los duros inviernos, siempre solo, siempre vagabundeando.

Un día, vio un buitre cruzando el cielo. Era principio de primavera. El verde de la tierra y la calidez del aire despertaron en su cabeza recuerdos del inicio de su viaje. Decidió seguir al buitre.

Acabó encontrándose en un camino que seguía un río. Al rodear un gran meandro del río, vio enfrente de él una región con abundantes colinas y, más allá de una de las colinas, una columna de humo. Perdió de vista al buitre, pero decidió que el camino que estaba siguiendo era tan bueno como cualquiera. Los caminos conducían a pueblos; en los pueblos había comida que robar. Esta vez, se dijo, permanecería escondido y haría únicamente incursiones nocturnas. Cuanto más tiempo transcurriera sin ser visto, más tardarían los habitantes del pueblo en salir en su persecución.

De pronto, Caco se sintió invadido por la tristeza. Él también había vivido en un pueblo. A veces, los demás se reían de él y lo insultaban, pero, pese a ser tan diferente, lo habían aceptado como uno de los suyos. Después, lo habían expulsado de allí. ¿Por qué? Porque la tierra y el cielo así lo habían exigido; era lo que su madre le había explicado. Antes de abandonar el pueblo, nunca había hecho daño a nadie, pero aun así, el mundo y todo lo que en él vivía se habían convertido en su enemigo. La tristeza que sentía en su interior fue creciendo hasta convertirse en rabia.

Al dar la vuelta a un recodo del camino, tropezó con una joven. Iba cargada con una cesta de ropa y se dirigía al río. Tenía el cabello dorado y en el cuello, colgado de una sencilla tira de cuero, lucía un pequeño amuleto hecho de oro que brillaba a la luz del sol. La chica gritó al verlo. Dejó caer la cesta y echó a correr.

Furioso, llorando de repente, corrió tras ella sin dejar de gritar su propio nombre:

—¡Caco! ¡Caco!

La siguió sólo un momento pues, enseguida, vio las primeras señales que indicaban la existencia de un poblado. En el poblado se oía a la chica que no había parado aún de gritar, luego se escucharon los gritos de los demás preguntándole qué había visto.

¿Qué habría visto la chica al mirarlo? No a un ser humano como ella, eso seguro. Y tampoco un animal; ningún animal, exceptuando quizá la serpiente, inspiraba tanta repugnancia y tanto miedo.

Lo que había visto era un monstruo. Sólo un monstruo podía conseguir que de la garganta de la chica saliera un grito como aquél.

Se había convertido en un monstruo. ¿Cuándo había sido? Caco recordaba que, mucho tiempo atrás, había sido humano...

El poblado junto al río había empezado como un lugar de encuentro de comerciantes. El tráfico por el camino del río, y arriba y abajo de la ruta utilizada por los comerciantes de metal, había aumentado hasta tal punto que siempre había gente yendo y viniendo por la región de las Siete Colinas. Fue un emprendedor descendiente de Po y Lara quien tuvo la idea de establecerse de forma permanente en el cruce de caminos y de instalar un mercado para el intercambio de productos. ¿Qué necesidad tenían los comerciantes de sal de transportar su mercancía hasta las montañas cuando les bastaba con transportarla hasta el intercambiarla allí por los productos que necesitaban y luego regresar a la desembocadura del río en busca de más sal?

El lugar que había sido un cruce de caminos se convirtió en un punto de destino y, para el puñado de colonos que vivían en el mercado, en un hogar. Los colonos prosperaron trabajando como intermediarios y ofreciendo alojamiento a los viajeros.

El poblado, integrado en un principio por una veintena de cabañas, se encontraba a los pies de un abrupto desfiladero, donde un amplio meandro del río ofrecía un fácil acceso al camino y un terreno llano donde establecer el mercado. Un arroyo que se llenaba de agua sólo según la estación del año, conocido como el Spinon, atravesaba la pradera en sentido perpendicular y desembocaba en el río, al que los hombres conocían como el Tíber.

Las cabañas tenían forma redonda y una única habitación, estaban construidas con palitos y ramas entrelazadas y embadurnadas con fango, y tenían tejados puntiagudos hechos con juncos y cañas. A modo de puerta, robustos postes, en algunos casos sofisticadamente tallados, soportaban un dintel de madera; la entrada quedaba cubierta mediante pieles de animal cosidas. Las cabañas, amuebladas con sencillos camastros que servían tanto para sentarse como para dormir, estaban concebidas única y exclusivamente para protegerse de los elementos o para disfrutar de cierta intimidad. La preparación de los alimentos y las actividades sociales tenían lugar en el exterior.

El mercado, en la otra orilla del Spinon y más próximo al río, consistía en diversos cobertizos techados para almacenar la sal, corrales para el ganado, y una zona abierta donde los comerciantes podían estacionar sus carromatos y carretillas y ofrecer en venta sus productos. El ganado consistía en bueyes, vacas, cerdos, ovejas y cabras. En un día cualquiera, los productos que podían encontrarse allí eran lana teñida, alfombras de piel, sombreros hechos de paja o fieltro, bolsas de cuero, recipientes de arcilla, cestas trenzadas, peines y pasadores de carey o de ámbar, abalorios y broches de bronce, y hachas y arados de hierro. Había piñones de las montañas, cangrejos del río, suculentas ranas procedentes del lago de las marismas, tarros de miel, cuencos con queso, jarras de leche fresca, y, cuando era temporada, castañas, frutos del bosque, uvas, manzanas e higos. Había comerciantes que acudían regularmente al lugar y que habían establecido una amistad tanto con sus pobladores como entre ellos, aunque siempre aparecían caras nuevas, hombres de lugares muy lejanos que habían oído hablar de aquel mercado y estaban ansiosos por ver con sus propios ojos la variedad de productos que podía encontrarse allí.

El mercado era también un lugar donde intercambiar noticias y chismorreos, donde escuchar relatos sobre tierras lejanas y oír a cantantes ambulantes. Pasaban por allí hombres con conocimientos de magia, ofreciendo sus servicios. Algunos podían curar a los enfermos o convertir en fértil una mujer estéril. Algunos podían leer el futuro. Algunos podían comunicarse con los *numina* que daban vida al reino no humano.

Con diferencia, los visitantes más insólitos del poblado eran los comerciantes que llegaban en barca, remando río arriba desde el mar, donde navegaban en embarcaciones de mayor tamaño que dejaban amarradas en la desembocadura del Tíber. Aquellos enormes y espléndidos barcos (algunos

de los habitantes del poblado se habían desplazado a veces río abajo para verlos) transportaban a los mercaderes por la costa y, según decían, navegaban también por el gran mar. Aquellos navegantes se denominaban a sí mismos fenicios. Hablaban muchas lenguas, vestían prendas de vivos colores y joyas de exquisita factura, y traían consigo objetos extraordinarios para el trueque, construidos en tierras inimaginablemente lejanas, entre los que destacaban pequeñas figuritas de hombres hechas con metal o arcilla. Al principio, confundidos, los pobladores creyeron que en el interior de aquellas imágenes vivían *numina,* igual que los *numina* vivían en los árboles y en las piedras, aunque la idea de que un *numen* viviera en un objeto hecho por el hombre, por muy esplendido que fuese, parecía descabellada a muchos de ellos. Los fenicios intentaron explicar que los ídolos no albergaban *numina,* sino que eran la representación de algo llamado dios; pero era un concepto demasiado abstracto para que los pobladores del lugar pudieran comprenderlo.

La última descendiente del linaje de Po y Lara era una chica llamada Poticia, hija de Poticio. Criada en el poblado, Poticia tenía permiso, desde su más tierna infancia, para pasear libremente por los alrededores. Río arriba y abajo, conocía todos y cada uno de los escarpados terraplenes y las fangosas playas de sus orillas. Había vadeado el Tíber cuando estaba bajo y lo había cruzado a nado cuando estaba crecido.

Había explorado también el Spinon, que corría por delante del poblado, siguiéndolo río arriba hasta un pequeño valle flanqueado por abruptas laderas donde tenía su nacimiento, un lago cenagoso rodeado de colinas. El lago estaba repleto de animales de todo tipo: ranas, lagartos, libélulas, arañas, serpientes y pájaros diversos. Era maravilloso ver una manada de gansos asustados levantar el vuelo entre las cañas, o contemplar a los cisnes dando vueltas en círculo en el cielo antes de aterrizar en el agua con una elegancia innata.

A medida que había ido creciendo, las exploraciones de Poticia la habían llevado cada vez más lejos del poblado. Un día, aventurándose río arriba, había descubierto los manantiales de aguas termales. Excitadísima, volvió corriendo a casa para contárselo a los demás y tuvo un gran disgusto cuando se enteró de que su padre conocía ya la existencia de los manantiales. ¿De dónde salía la burbujeante agua? Poticio dijo que fluía de un tórrido lugar en el subsuelo. Curiosa, Poticia había inspeccionado los alrededores de los manantiales en busca de una entrada al inframundo, pero no la había encontrado. En una ocasión, los manantiales se secaron, pero luego volvieron a brotar. Alarmados de que el suceso pudiera volver a repetirse, los habitantes del poblado decidieron construir un altar en los manantiales y realizar ofrendas para apaciguar a los fogosos *numina* del interior de la tierra. Poticio había construido el altar con sus propias manos, utilizando bueyes para arrastrar una gran piedra hasta el lugar, cincelando luego la piedra hasta conseguir la forma que le pareció más adecuada. Una vez al año, realizaban una ofrenda de sal, que derramaban primero sobre el altar y esparcían luego por los manantiales de aguas termales. Desde entonces, no habían vuelto a secarse.

E igual que sus exploraciones la alejaban del poblado río arriba, también lo hacían río abajo. La primera de las Siete Colinas que conquistó Poticia fue la que estaba situada directamente detrás de la cabaña de su familia. En el lado que daba al poblado, la colina presentaba un acantilado escarpado que no podía ascender ni el joven más decidido, pero en el lado más alejado de la colina, después de infructuosos intentos, Poticia descubrió un camino que llevaba hasta la cima. La vista era asombrosa. Dando la vuelta por completo a la cresta de la cima se avistaba el lago cenagoso, el poblado y la región de los manantiales de aguas termales, que vio que estaban situados en el extremo de una extensa llanura que ocupaba todo un recodo del Tíber. Observando más allá de los lugares que le resultaban familiares, se dio cuenta de que el mundo era mucho más grande de lo que se imaginaba. El río se extendía en ambas direcciones hasta más allá de donde le alcanzaba la vista. Mirara por donde mirase, el horizonte, inalcanzablemente lejano, se desvanecía hasta convertirse en una mancha de color morado.

Una a una, Poticia conquistó las Siete Colinas. En su mayoría eran más altas que la que había cerca de su casa, pero eran más fáciles de ascender si conocías el mejor lugar donde iniciar la escalada y el camino a seguir. Cada colina tenía su característica distintiva. Una estaba cubierta con un bosque de hayas, otra se veía coronada por un anillo de viejos robles, otra estaba llena de sauces,

y así sucesivamente. Las colinas no tenían aún un nombre propio para cada una. Colectivamente, desde lo que la memoria alcanzaba a recordar, los hombres las llamaban las Siete Colinas. Más recientemente, un viajero de paso por la zona, bromeando, se había referido a la región como la *ruma,* que era la misma palabra que utilizaban los hombres para referirse a los pechos de la mujer, o a la teta de una vaca, y ahora, generalmente, *ruma* era la palabra que utilizaba la gente para referirse a la montañosa región. A los pobladores de la zona les parecía perfectamente natural comparar las características del terreno con las partes del cuerpo.

Poticia había descubierto la cueva en un desfiladero que había enfrente del poblado, más allá de la pradera que se extendía en la otra orilla del Spinon. Situada en una grieta de la empinada colina y oculta por los matorrales que crecían obstinadamente en las rocas, la entrada de la cueva resultaba difícil de diferenciar del terreno que la rodeaba; podía simplemente tratarse de una sombra proyectada por un saliente de roca. Después de muchos intentos fallidos, Poticia llegó a la conclusión de que era imposible descender a la cueva desde arriba. Ascender desde abajo requería pericia y osadía. Sus primeras tentativas en el transcurso del verano dieron como resultado una desagradable caída tras otra, y repetidas regañinas por parte de su madre, a quien no le gustaba en absoluto ver a Poticia con las manos llenas de rasguños, las rodillas ensangrentadas y las túnicas desgarradas.

Al final, Poticia descubrió una manera de llegar a la cueva. Cuando entró en ella por primera vez, supo que todos sus esfuerzos habían merecido la pena. Para los ojos de una niña, aquél era un espacio enorme, casi tan grande como la cabaña de su familia. Se sentó sobre un saliente de roca que formaba un banco natural y dejó descansar el brazo sobre un saledizo que parecía una repisa. La cueva era como una casa hecha de piedra, a la espera de que ella la hiciese suya. A diferencia de los manantiales, nadie en el poblado conocía la existencia de la cueva. Poticia era el primer ser humano que ponía los pies en ella.

La cueva se convirtió en su refugio secreto. Los días calurosos de verano, se escapaba hasta allí para dormir la siesta. Los días húmedos de invierno, se sentaba en el interior, cómoda y seca, y oía caer la lluvia.

A medida que Poticia fue haciéndose mayor, deambular por los bosques y explorar la *ruma* fue perdiendo interés para ella. Empezó a importarle más aprender las habilidades que su madre podía enseñarle, como cocinar y tejer cestas con las cañas que crecían alrededor de la ciénaga. Su madre le dijo que debería empezar a plantearse con qué chico del poblado le gustaría casarse; por diversos signos, el cuerpo de Poticia había empezado a manifestar la proximidad de la pubertad.

Para celebrar que se había convertido en mujer, el padre de Poticia le entregó un precioso regalo. Era un amuleto hecho de aquel metal amarillo que se conocía como oro.

Durante diez generaciones, el pedazo de oro que Tarketios le había regalado a Lara había permanecido en su estado natural; nadie lo había labrado, pues el metal parecía demasiado blando como para poder ser trabajado debidamente. Fue un fenicio quien le enseñó al abuelo de Poticia que el oro podía formar una amalgama con otro metal precioso, llamado plata, y por un precio exorbitante, el herrero fenicio había trabajado el lingote resultante hasta darle la forma deseada por el abuelo de Poticia. Según los elevados estándares de los fenicios, el trabajo realizado con aquel amuleto era vulgar, pero para Poticia era una auténtica maravilla. Hecho para ser colgado de un collar de cuero, el pequeño amuleto tenía la forma de un falo alado. Su padre lo llamaba Fascinus: portador de fertilidad, protector de mujeres y bebés durante el parto, guardián del mal de ojo.

Pese a que había interrogado a su padre sobre el tema y escuchado con atención sus respuestas, Poticia no comprendía muy bien si el amuleto *era,* de hecho, Fascinus, o si contenía a Fascinus, o si sólo representaba a Fascinus, igual que se decía que los ídolos fenicios representaban a sus dioses. Pese a no comprenderlo del todo, Poticia se sentía muy mayor cuando llevaba el amuleto. Había dejado de ser la niña de rodillas lastimadas y pies llenos de barro, la niña que deambulaba alegremente por el pequeño universo de la *ruma.* Incluso así, seguía conservando dentro la capacidad de una niña por maravillarse ante las cosas y la dulce nostalgia de haberse criado en un mundo donde había muy poco a lo que temer y mucho que descubrir.

Hasta hacía muy poco, aquel mundo había permanecido inalterable: un lugar donde los

forasteros se encontraban en buena compañía y donde Poticia esperaba criar a sus propios hijos sin tener que preocuparse por su seguridad, dejándolos deambular libremente, como ella había hecho siempre. Pero ahora, todo había cambiado. El mundo había pasado a ser oscuro y peligroso. Las familias procuraban que sus hijos estuvieran siempre al alcance de su vista. Ni siquiera los hombres adultos se atrevían a caminar solos por la *ruma.*

La llegada del monstruo Caco lo había cambiado todo.

Fue Poticia quien lo vio primero, aquel día que se dirigía al río con una cesta de ropa para lavar. Al verlo, gritó, dejó caer la cesta y huyó corriendo. La criatura salió tras ella, emitiendo un sonido horroroso que ponía los pelos de punta: «¡Caco! ¡Caco!».

Pero justo cuando a ella le flaqueaban las fuerzas y podía haberla atrapado, el monstruo abandonó la persecución. Poticia llegó al poblado sana y salva. Estaba convencida de que Fascinus, y sólo Fascinus, la había salvado. Durante todo el camino de regreso al poblado, corrió llevándose una mano al cuello, aferrando con fuerza el amuleto, suplicando la protección de Fascinus y repitiendo en voz alta: «¡Sálvame, Fascinus! ¡Sálvame, Fascinus! ». Después, temblando de alivio, le habló de nuevo al amuleto, dándole las gracias y prometiéndole su devoción. Lo que murmuró Poticia era una oración, tal y como la habrían entendido los fenicios, hecha no a un *numen* sin nombre que moraba en un objeto o lugar, sino a una entidad sobrehumana y poderosa que poseía la inteligencia necesaria para comprender sus palabras. No le había ofrecido un ritual propiciatorio a un *numen,* sino que había rezado directamente a un dios. En aquel momento, aunque Poticia actuó sin tener ni idea del significado de lo que acababa de hacer,

Fascinus se convirtió en el primer dios nativo venerado en la tierra de la *ruma.*

Pasó mucho tiempo sin que nadie viese al monstruo, excepto Poticia, y hubo quien en el poblado, al escuchar la descripción que ella hizo de Caco, pensó que el encuentro en el camino había sido fruto de la imaginación de la chica. Su familia, al fin y al cabo, era conocida por sus creencias fantasiosas, por exhibir el amuleto al que denominaban Fascinus y por insinuar que su linaje tenía su origen en la unión de un *numen* con una mujer... ¡como si tal cosa fuera posible!

Entonces, poco a poco, se hizo evidente que por los alrededores corría una criatura maliciosa. Empezó a faltar comida, junto con pequeños objetos que nadie tenía motivos para robar. De vez en cuando, aparecían objetos de valor rotos (una rueca, una vasija de arcilla, una carretilla de juguete hecha de madera), como si un niño grande e inmensamente fuerte los hubiera destrozado por despecho. El alborotador actuaba de noche y no dejaba pistas; Caco había adquirido una habilidad enorme y actuaba sin dejar rastro.

Los habitantes del poblado estaban rabiosos y enfadados. Al miedo que les producía el monstruo se sumaba otro: que los comerciantes que frecuentaban el mercado se enteraran de la existencia de Caco y huyeran asustados. Si los comerciantes dejaban de acudir, los colonos perderían su medio de vida y el poblado acabaría desapareciendo.

Una mañana, durante el mercado de ganado más concurrido del año, el poblado entero se despertó por los mugidos del ganado. Junto al corral encontraron una vaca muerta, su cuerpo desgarrado y prácticamente sin carne. La vaca no podía haber saltado la valla, y la puerta seguía cerrada. ¿Qué tipo de hombre tenía la fuerza suficiente como para levantar una vaca en brazos, saltar con ella la tosca valla, matar luego al animal y destriparlo con las manos? El poblado se vio sacudido por una oleada de pánico. Algunos de los comerciantes de ganado recogieron sus rebaños para volver enseguida a sus casas.

Armados con cuchillos y lanzas, por parejas, los habitantes del poblado rastrearon las Siete Colinas. Dos de los cazadores debieron tropezarse con el monstruo. Sus cuerpos fueron

descubiertos en la colina de los sauces, destrozados y destripados, de un modo muy similar a como había quedado el cuerpo de la vaca.

La noticia corrió enseguida por los caminos que llevaban a la *ruma:* al monstruo que acechaba el poblado le gustaba la carne humana. Los comerciantes no dejaron sólo de hacer negocios en el mercado, sino que además se desviaban enormemente para evitar pasar por sus cercanías.

Con la mayoría de los comerciantes desaparecidos y el tráfico de los caminos tan reducido, el monstruo se tornó más osado si cabe. Desapareció una niña. Sus restos fueron encontrados a escasa distancia del poblado, a los pies de la colina empinada situada en la otra orilla del Spinon. Uno de los rastreadores, al levantar la vista para evitar una visión tan horripilante, vislumbró un movimiento en lo alto de la ladera. Una cara horrorosa lo observó por un momento desde detrás de un saliente de piedra cubierto por las zarzas y desapareció acto seguido. Un instante después, los rastreadores se vieron sorprendidos por una lluvia de rocas y huyeron corriendo. Al observar a cierta distancia de seguridad la ladera, descubrieron lo que parecía una cueva, con la entrada cubierta por zarzas. Ninguno veía manera de escalar la ladera de la colina. Y aun pudiendo escalarla, no se atrevían ni a imaginarse lo que podía esperarles si llegaban a la entrada de la cueva.

Cuando estuvieron de regreso al poblado, los rastreadores explicaron lo que habían descubierto. Poticia, horrorizada, se dio cuenta de que el monstruo se había instalado en su cueva secreta, que había dejado de serlo.

Desde su guarida en la ladera de la colina, Caco salía de noche para aterrorizar al poblado. Durante el día, permanecía escondido en la cueva.

Los habitantes del poblado intentaron escalar la colina en más de una ocasión para atacar al monstruo en su cueva. Caco, vociferando su nombre, les lanzaba piedras. Uno de los colonos cayó y se partió el cuello. Otro recibió una pedrada en un ojo y se quedó ciego.

Otro consiguió acercarse más que nadie a la entrada de la cueva, pero murió en el acto de una pedrada en la frente. En lugar de caer, su cuerpo sin vida quedó atrapado entre las afiladas rocas y la maleza. Nadie se atrevió a subir para retirarlo de allí. Y allí permaneció durante varios días y varias noches, un aviso horripilante para todo aquel que pretendiera acabar con el monstruo. Una mañana, el cuerpo ya no estaba allí. Caco se había apoderado de él. Los huesos del hombre, limpios y relucientes, fueron apareciendo uno tras otro a los pies de la colina a medida que Caco fue arrojándolos.

Fue Poticio quien sugirió prender fuego a la ladera de la colina. Si las llamas y el humo no conseguían acabar directamente con el monstruo, como mínimo le obligarían a salir de su guarida. Prendieron fuego a las zarzas a los pies de la colina. Las llamas se extendieron hacia arriba, en dirección a la cueva. Entonces se levantó un viento procedente del Tíber y empujó las llamas en todas direcciones. Las ascuas se elevaron en el aire en espiral, cruzaron el Spinon y prendieron en el techo de paja de una cabaña. Las llamas se propagaron de vivienda en vivienda. Los habitantes del poblado trabajaron desesperadamente para extinguir el fuego con cubos de agua del río. Cuando finalmente el fuego se apagó, la ladera de la colina estaba negra y chamuscada, pero la cueva no se había visto afectada y el monstruo había salido ileso del incendio.

Se tomó la decisión de montar guardia y vigilar la cueva para de este modo poder dar la alarma en el caso de que el monstruo bajara. Hombres y muchachos se turnaban día y noche, acostumbrando la vista para conseguir ver la entrada de la cueva desde abajo.

Uno de los primos de Poticia, un joven fornido y exaltado llamado Pinario, alardeó con ella diciéndole que él acabaría con Caco de una vez por todas. Contagiada por el entusiasmo del muchacho, Poticia le confesó a su primo que había subido muchas veces a la cueva. Aunque apenas podía creerla, Pinario aceptó sus explicaciones sobre cómo llegar hasta allí.

La tarde en que le correspondía montar guardia y vigilar la cueva, Pinario decidió actuar. Era un día caluroso y el ambiente invitaba a dormir. El resto de los habitantes del poblado echaba la siesta,

excepto Poticia, que conocía los planes de su primo y le despidió con un beso de buena suerte antes de que el muchacho empezara su ascenso.

Arriba se oía un ruido débil que supusieron eran los ronquidos del monstruo. Tal vez fuera el zumbido de las moscas, atraídas hacia la cueva por la sangre y la masacre. Poticia recordó las tardes de verano en que echaba la siesta en la fresca oscuridad de la cueva. Se imaginó al monstruo dormido en aquel lugar que tan bien conocía ella y que tanto quería. La imagen la hizo estremecerse, pero la llenó también de una tristeza imposible de explicar. Por vez primera se preguntó de dónde habría salido aquel monstruo. ¿Habría más como él? A buen seguro había nacido de una madre. ¿Qué destino lo habría conducido hasta la *ruma* y convertido en el ser vivo más miserable del mundo?

Pinario ascendió en silencio y con rapidez, pero ya cerca de la cueva llegó a un saliente que le habría llevado en dirección contraria. Poticia, que observaba desde abajo, corrigió su trayectoria con un susurro apenas audible.

El sonido que parecía ser los ronquidos del monstruo se acalló de repente. Poticia sintió un escalofrío de terror.

Pinario llegó a la entrada de la cueva. Se apoyó en el saliente de piedra, recuperó el equilibrio y sonrió a su prima. Sacó el cuchillo y le mostró a ella el filo, desapareciendo a continuación en el interior de la cueva.

El grito que siguió no tenía nada que ver con cualquier cosa que ella hubiera oído en su vida; fue tan fuerte que despertó a todos los que dormitaban en el poblado. Le siguió un sonido de algo desgarrándose, luego el silencio. Instantes después, la cabeza de Pinario salió volando del agujero y rodó montaña abajo. Aterrizó con un ruido sordo en la hierba, justo al lado de Poticia, que cayó al suelo casi sin sentido. Deslumbrada por la luz del sol y prácticamente desvanecida por el calor, levantó la vista y vio a Caco en el saliente de piedra, mirándola. Su cuerpo, gigantesco y deformado, estaba cubierto de sangre y restos humanos. El sonido que salía de su garganta

—«¿Caco? ¿Caco?»— tenía un matiz de urgencia, un tono interrogatorio, como si estuviese contemplando algo que le había dejado fascinado y esperara una respuesta.

—¿Caco? —murmuró de nuevo, ladeando la cabeza y mirándola.

Poticia consiguió ponerse en pie. Corriendo a ciegas, tropezó con la cabeza de Pinario. Lanzó un alarido y se precipitó entonces hacia el poblado, llorando.

La muerte de Pinario llevó a muchos habitantes al límite de lo que podían soportar. Su padre, llamado también Pinario, declaró que había llegado el momento de abandonar el poblado. El monstruo les había provocado un gran sufrimiento y se sentían impotentes contra él; pero más que eso, la llegada de la criatura había desatado el mal en el territorio de la *ruma.* Los *numina* se habían vuelto en contra de los pobladores. La peor de las desgracias había sido el incendio de las cabañas provocado por llamas y vientos traicioneros, pero en los últimos días habían sucedido además muchas desgracias de menor importancia. Los pobladores debían irse de allí, declaró el anciano Pinario. Lo único a debatir era cuándo y hacia dónde, y si debían permanecer juntos o emprender caminos distintos.

—Si nos vamos, primo, ¿qué retendrá al monstruo aquí? —preguntó Poticio—. Creo que nos seguirá. Nos dará caza en el camino. Nuestros hijos serán su presa.

—Tal vez —reconoció Pinario—. Pero a campo abierto, fuera de su cueva, tendríamos al menos una posibilidad de matar a ese ser. Poticio movió la cabeza.

—Esa criatura es un cazador mucho más habilidoso que cualquiera de nosotros. En plena naturaleza no tendríamos ninguna oportunidad contra él. Y, uno a uno, se iría haciendo con todos nosotros.

—¡Pero eso es lo que está haciendo ahora! —exclamó llorando Pinario, pensando en la muerte de su hijo.

La discusión no quedó cerrada, pero Poticia pensó que la opinión de Pinario acabaría imponiéndose en poco tiempo. La *ruma* se había convertido en un lugar de tristeza y desesperación. Pero aun así, se le partía el corazón sólo de pensar en abandonar para siempre las colinas de su infancia.

Entonces llegó el extranjero.

Fueron los mugidos de los bueyes los que despertaron a Poticia aquella mañana. Hacía mucho tiempo que no había bueyes en el mercado. Al principio, pensó que debía estar soñando en los viejos tiempos, antes de la llegada de Caco. Pero cuando se desperezó y se puso en pie, se dio cuenta de que los mugidos de los bueyes continuaban. Salió corriendo de la cabaña y vio lo que sucedía.

Bajo la luz del primer sol del día, un pequeño grupo de bueyes comía tranquilamente la hierba del prado situado en la orilla opuesta del Spinon, a los pies de la colina donde vivía Caco. Junto al rebaño, sentado en el suelo y recostado en el tronco de un árbol, el pastor. Tenía los ojos cerrados y la cabeza echada hacia un lado; daba la impresión de que estaba dormido. Aun viéndolo de tan lejos, Poticia estaba prácticamente segura de que no lo había visto nunca antes. De entrada, era mucho más alto que cualquier hombre que ella conocía, exceptuando a Caco, si es que a Caco se le podía llamar hombre. A diferencia de Caco, no era feo en absoluto ni daba miedo mirarlo. De hecho, sucedía más bien al contrario. Sin darse cuenta, se encontró saltando las piedras a través de las cuales podía cruzar el Spinon y caminando hacia él.

—¡Poticia! ¿Qué haces? —Su padre, junto con la mayoría de los demás hombres del poblado, se había congregado cerca del corral para el ganado, que ahora permanecía vacío. Observaban al desconocido desde una distancia prudente, intentando decidir si debían acercarse a él y quién debería hacerlo. Poticia se dio cuenta de que tenían miedo del desconocido y que ella no compartía su miedo.

A medida que se aproximaba, vio que tenía la boca entreabierta y le oyó roncar suavemente. Tenía el cabello negro y largo. La barba espesa. Todo en él era grande. Su rostro, fuerte y de duras facciones, encajaba a la perfección con su espalda y brazos bien musculados. Poticia decidió que, aunque en aquel momento tuviera un aspecto algo ridículo, allí sentado y roncando, era el hombre más guapo que había visto en su vida.

Sobre los hombros llevaba una capa de piel, atada al pecho mediante las patas delanteras del animal. La piel tenía un tono dorado oscuro y las garras estaban rematadas por unas formidables zarpas. Poticia vio que era la piel de un león, y miró al desconocido con mayor curiosidad si cabe.

Debió de tragarse algún insecto volador, pues el hombre se abalanzó de repente hacia delante y se despertó instantáneamente. Hizo una mueca y escupió de golpe. El grupo congregado junto al arroyo soltó un grito colectivo de alarma, pero Poticia se echó a reír. Para ella, el propietario del rebaño de bueyes estaba de lo más ridículo... y de lo más atractivo.

El hombre cogió la mosca que tenía en la boca, levantó la vista para mirar a Poticia y sonrió.

Poticia suspiró.

—No puedes quedarte aquí.

Él puso mala cara.

—Tus bueyes no están a salvo si sigues aquí —le explicó ella.

Su mirada daba a entender que no comprendía lo que estaba diciéndole. ¿Acaso no había oído hablar de Caco? Debía de venir de muy lejos, pensó Poticia. Y cuando habló, sus sospechas quedaron confirmadas. No entendía ni una palabra de lo que ella estaba diciéndole.

Un perro, que dormía junto a los bueyes, se levantó y se acercó a ellos, meneando la cola. El pastor sacudió la cabeza. Movió un dedo en dirección al perro y le dijo algo en un tono de amable regañina. Era evidente que el trabajo del perro consistía en despertarlo si alguien se acercaba a los bueyes mientras él dormía, y que el perro no había cumplido con su deber.

El pastor se puso en pie y se desperezó estirando sus musculosos brazos por encima de la cabeza. Era más alto incluso de lo que Poticia se imaginaba. Estirando el cuello para mirarlo, se sentía pequeña, como una niña. Inconscientemente, se llevó la mano al cuello y acarició el amuleto de oro. El pastor miró a Fascinus por un momento y luego la miró a ella a los ojos. Aquella mirada despertó en ella ciertas sensaciones, y Poticia supo entonces que había dejado de ser una niña y se había convertido en una mujer.

Por mucho que lo intentaran, los pobladores fueron incapaces de comunicarle al desconocido el peligro al que se enfrentaba quedándose en la pradera, tan cerca de la cueva de Caco. Le indicaron el lugar, se lo explicaron con mímica, se dirigieron a él en los diversos dialectos que habían aprendido de los comerciantes. El hombre no entendía nada.

—No estoy muy seguro de que esté en su sano juicio —dijo el padre de Poticia.

—Mañana nos despertaremos y encontraremos su cuerpo destrozado a los pies de la colina —refunfuñó Pinario.

—¡Qué cosas más terribles dices! Pienso que los dos os equivocáis —dijo Poticia. Sonrió al pastor, quien le devolvió la sonrisa.

Pinario intercambió una mirada de soslayo con su primo y bajó la voz.

—Tenemos opiniones distintas en muchos temas importantes, Poticio, pero me parece que una cosa está clara tanto para ti como para mí. Tu hija se ha enamorado locamente de este extranjero.

—Es un tipo impresionante —dijo Poticio, mirando al hombre de arriba abajo—. ¿Cómo crees que conseguiría esa piel de león que lleva encima? Si a Poticia le parece adecuado...

Pinario sacudió la cabeza y escupió en el suelo.

—El invento fracasará. ¡Recuerda bien lo que te digo!

Cuando el sol de pleno verano azotó con toda su fuerza la *ruma,* la tarde se tomó sofocante. Una brisa caliente, con olor a fango y descomposición, se levantó en la ciénaga y siguió el recorrido del Spinon hasta llegar al Tíber. El canto de las cigarras inundó la pradera, donde los bueyes dormitaban a la sombra.

Igual que los pobladores creían que en el interior de algunos lugares y objetos vivían los *numina,* creían también que los *numina* participaban en ciertos fenómenos, como el caso del sueño. Como otros *numina,* los del sueño podían ser amistosos u hostiles. El sueño podía curar al exhausto y al enfermo y dar consuelo al doliente. El sueño podía también convertir en inútil incluso al hombre más fuerte.

Aquella tarde, los *numina* del sueño descendieron sobre el poblado como una mano sobre la frente del recién nacido, cerrando los ojos de sus habitantes tanto si querían cerrarlos como si no. Los hombres lucharon por mantenerse despiertos, y perdieron la batalla sin darse ni cuenta.

Los bueyes dormían. El perro dormía. El pastor dormía también, recostado contra el árbol donde Poticia lo había visto antes.

Poticia no dormía. Permanecía sentada a la sombra de un roble estudiando al extranjero y preguntándose qué le depararía el futuro.

Había otro que tampoco dormía. Con sus largos brazos y su inmensa fuerza, Caco había encontrado una manera de abandonar su cueva que ni siquiera Poticia conocía. Las zarzas le mantenían oculto durante prácticamente todo su camino de descenso. Si andaba con gran sigilo y no hacía temblar ni una sola hoja, ni bajo sus pies cedía un solo fragmento de piedra, sus movimientos ladera abajo eran casi invisibles. Aun en el caso de que el joven que montaba guardia en la cueva aquella tarde no hubiese estado dormitando, Caco seguramente habría llegado abajo sin ser visto.

Caco no estaba al corriente de la llegada del desconocido, pero había oído los mugidos de los bueyes. Llevaba muchos días sin comer carne animal.

Vio los bueyes al otro lado de la pradera. No se percató ni de la presencia del pastor ni de la de Poticia. Los dos estaban cerca, pero ambos estaban muy quietos y sus formas oscurecidas por la sombra moteada de los árboles. Eligió el buey más pequeño del grupo y avanzó hacia él. Bajo sus pies no se partió ni una sola ramita; era increíble que una criatura tan grande y desgarbada fuera capaz de moverse de un modo tan silencioso. Pero el buey intuyó el peligro. Sacudió la cola, se incorporó y lanzó un leve mugido. El animal vio a Caco, dio un paso atrás y se quedó paralizado.

Caco no dudó ni un instante al llegar junto al buey. Cerró los puños, los levantó en el aire y golpeó la cabeza del buey como si tuviese un martillo en sus manos.

El buey resopló una sola vez, se estremeció y cayó muerto. Se derrumbó en el suelo con un ruido sordo. Los demás bueyes se agitaron y empezaron a dar vueltas. El perro movió las orejas, pero siguió durmiendo.

Poticia, que acababa de dar una cabezada, se despertó sorprendida. Abrió los ojos y vio que el monstruo estaba a diez pasos de distancia de ella. Cogió aire para gritar, pero sintió tanta tensión en la garganta que fue incapaz de emitir ningún sonido.

Se puso de pie de un salto. Su primera idea fue despertar al pastor, pero para hacerlo tenía que pasar corriendo junto al monstruo. Dio media vuelta y echó a correr en dirección opuesta, alejándose del poblado, hacia la cueva.

El movimiento llamó la atención de Caco. La vio correr entre la hierba alta y la reconoció enseguida. Echó a correr tras ella.

Aun siendo de distinto tamaño, sus piernas eran largas y potentes. Si lo deseaba, podía correr a una velocidad increíble. Las moscas que zumbaban junto a los bueyes le siguieron formando un enjambre, atraídas por el olor a sangre y a carne fresca que el monstruo desprendía.

Poticia tropezó con una raíz y salió volando. Tal vez lo que el anciano Pinario había dicho fuera cierto: todos los *numina* de la *ruma* se habían vuelto contra ellos, e incluso las raíces de los árboles conspiraban con el monstruo. ¡Qué tonta había sido al pensar que la llegada del pastor de bueyes era una señal de que iban a llegar mejores tiempos! Cuando cayó dando tumbos contra el duro terreno, calentado por el sol, buscó el amuleto de Fascinus y susurró una oración, suplicándole que el monstruo acabara con ella lo más rápidamente posible.

Pero Caco no tenía intenciones de matarla.

El pastor de bueyes dormía, soñando en la lejana tierra de su infancia. Era un sueño de sol y cálidos prados, bueyes mugiendo y cigarras cantando.

Entonces, de pronto, se despertó.

Tenía a su lado a uno de los bueyes, presionando con premura su frío y húmedo morro contra su mejilla. El extranjero gruñó fastidiado, se secó la cara con el dorso de la mano y miró a su alrededor.

Vio enseguida la causa de la angustia del buey. Uno de sus congéneres estaba tendido en la hierba, completamente inmóvil y en una postura muy poco natural. ¿Dónde estaba el perro? Lo vio acurrucado en la hierba, a escasa distancia. El perro bostezó, abrió brevemente los ojos, volvió a cerrarlos y se instaló más cómodamente aún.

El pastor maldijo entre dientes y se levantó de un brinco.

Oyó entonces el sonido apagado de lo que podía ser el grito de una mujer y corrió hacia allí.

Lo que primero vio fue un enjambre de moscas sobrevolando una zona hundida en la hierba alta. Luego vio un pedazo de piel desnuda y velluda: la espalda jorobada de Caco moviéndose arriba y abajo, de un lado a otro. El pastor se aproximó con cautela, sin saber con exactitud el tipo de hombre o bestia al que estaba acercándose. Interrumpiendo de vez en cuando los gritos sofocados y los gemidos y los sonidos babeantes, se oía otro curioso sonido gutural: «Caco... caco... caco».

Entonces oyó algo que le heló la sangre, el grito que había escuchado antes, el grito de una mujer tremendamente angustiada.

El pastor gritó a su vez. La espalda jorobada dejó de pronto de moverse. Una cara, sorprendentemente horrorosa, apareció entre la hierba y se quedó mirándolo fijamente. La criatura gruñó, lanzó un grito de indignación («¡Caco!») y se irguió totalmente. El miembro viril que exhibía entre las piernas dejaba claro que se trataba de un macho. Debajo de la criatura, oculta aún por la hierba, la mujer soltó un lastimero gemido.

El pastor no estaba acostumbrado a encontrarse nada que caminase sobre dos piernas y fuese tan grande como él; la criatura era aún mayor. Jamás se había tropezado, además, con una criatura tan repelente a la vista como Caco. La sensación de náusea ascendió por su garganta y se sintió invadido por una emoción a la que no estaba habituado: el frío aguijón del miedo. Había matado con sus propias manos al león cuya piel llevaba encima, pero un león era una amenaza sin importancia en comparación con Caco.

El pastor se armó de valor y lanzó un nuevo grito, desafiando a la criatura. Un momento después, con un rugido ensordecedor, Caco echó a correr hacia él.

La masa entera de la criatura se abalanzó contra el pastor con toda su fuerza bruta, tirándolo al suelo. El hedor del aliento de la criatura le llenó la nariz. El sabor del apestoso sudor de la criatura se mezcló en su lengua con el amargo sabor de la tierra al rodar ambos por el suelo. Las moscas que rodeaban a la criatura zumbaban en los oídos del pastor y entraron en los orificios de su nariz y en los ojos, torturándolo y distrayendo su atención.

Con la criatura encima, aplastándolo, el pastor buscó desesperado alguna cosa que pudiera servirle a modo de arma. Su mano palpó una rama caída. La agarró con todas sus fuerzas. Cuando la rama se partió contra el cráneo de la criatura, un impacto estremecedor le sacudió el brazo por entero. El trozo que le había quedado en la mano era aserrado y puntiagudo; se lo clavó a la bestia en el costado. Un grito le taladró los oídos. La sangre caliente empezó a derramarse sobre su mano, obligándolo casi a soltar el arma. La criatura quedó boca arriba y se apartó de él.

El pastor se incorporó tambaleándose. Observó a la bestia extrayendo de su cuerpo aquel trozo de madera y dejándolo caer a un lado. Pensó por un momento que la criatura huiría corriendo. Pero Caco, en cambio, se precipitó sobre él y lo hizo caer al suelo. El pastor consiguió liberarse de su peso y ponerse de nuevo en pie. A escasa distancia, entre las hierbas altas, vio una roca del tamaño de un buey recién nacido y corrió hacia ella. Se sorprendió incluso a sí mismo al levantar la piedra por encima de su cabeza. La arrojó con fuerza contra Caco, que le perseguía de cerca.

Caco consiguió esquivarla, pero sólo en parte; le rozó el hombro y lo mandó rodando al suelo. Rabioso, cogió una piedra más grande aún y la arrojó. El pastor se lanzó hacia un lado. La piedra fue a parar contra un gigantesco roble y destrozó el tronco. El árbol se vino al suelo.

Una bandada de aves graznando emprendió el vuelo entre un estrépito de chirridos y crujidos, y luego todo se quedó en silencio. El pastor intentó recobrar el ritmo de la respiración. La criatura había desaparecido. ¿Habría huido? ¿Habría quedado sepultado entre las ramas del árbol? El pastor bajó la guardia por un instante... y entonces captó una vaharada del hedor de la criatura y escuchó un zumbido de moscas. Se volvió rápidamente y al instante notó dos manos que le agarraban por el cuello.

Empezó a ver puntitos. La pradera se tomó oscura, como si de repente hubiese caído la noche. Tenía la sensación de que la cabeza se le hinchaba como un odre, hasta tener la seguridad de que acabaría explotándole.

Luchaba por separar las manos de Caco de su cuello. La sujeción que ejercía la criatura era inquebrantable. El pastor trató desesperadamente de hacerse con las manos de Caco, y al fin logró agarrarle uno de sus dedos y empezó a doblarlo hacia atrás muy despacio. Oyó el dedo partirse, y el sonido le produjo náuseas, pero Caco seguía sujetándole con fuerza. Le partió otro dedo, en la otra mano de la criatura, y luego otro más. Cuando le quebró un cuarto dedo, Caco soltó un grito sobrenatural y cedió. Dejó de apretarle el cuello.

Antes de que Caco consiguiese escapar, el pastor se deslizó hábilmente por detrás de él y lo agarró por el cuello con el codo. Le sujetó la muñeca con la otra mano, apretándole el cuello con

más fuerza. Caco luchaba por poder respirar, pero le resultaba imposible. Tampoco podía retirar el brazo que le apretaba la garganta, pues tenía los dedos rotos, las manos inutilizadas.

Reuniendo toda la fuerza que le quedaba, el pastor doblegó la cabeza de la criatura hacia un lado y la retorció. El cuello de Caco estaba roto. Se sacudió con convulsiones. El pastor dejó caer el enorme peso de aquel cuerpo. Caco se derrumbó en el suelo con la cabeza ladeada en un ángulo imposible y sus miembros retorcidos.

Tremendamente agotado, el pastor cayó de rodillas, conteniendo las náuseas y respirando con dificultad. Tenía la visión borrosa. Las moscas le zumbaban en los oídos.

El perro, completamente despierto ahora, llegó a su lado corriendo, ladrando sin parar y enseñando los colmillos al ver el cadáver. Se abalanzó sobre el cuerpo sin vida de Caco, se posó sobre él, estiró las orejas y avisó a los pobladores de la *ruma* con un prolongado aullido de triunfo.

Poticia, viendo a retazos la acción que tenía lugar, había sido testigo de toda la pelea.

Cuando el desafío del extranjero llamó la atención de Caco, la chica había conseguido incorporarse y salir huyendo. Tenía la impresión de haber visto, no a dos hombres, sino a dos seres superiores enzarzados en una pelea a muerte. Había sentido la tierra temblando bajo sus pisadas. Los había observando levantar piedras que ningún mortal podría levantar. Había visto un árbol gigantesco caer al suelo, destruido por el combate. Había visto a Caco caer muerto, y al pastor derrumbarse de rodillas en el suelo, a continuación.

Sobrecogida, había corrido hacia el río. Por mucho que se frotara la piel, hasta dejarla roja y casi en carne viva, tenía el hedor del monstruo pegado a ella.

Cuando regresó al poblado, tambaleante, nadie hizo ningún comentario sobre el olor. De hecho, ni se percataron de su presencia. Enterados de la derrota del monstruo, los eufóricos habitantes del poblado habían rodeado al pastor y lo aclamaban enfervorizados, tocándolo tímidamente, intentando levantarlo entre todos y riendo al ver que era demasiado grande y pesado para ellos.

Nadie se dio cuenta de lo que le había sucedido a Poticia excepto el pastor, que le lanzó una mirada que era una mezcla de alivio y remordimiento. Tampoco ella dijo nada al respecto, ni siquiera a su padre.

El cuerpo de Caco fue arrastrado lejos del poblado. Los buitres trataron repetidamente de cernirse sobre él. La gente los apartaba, hasta que el pastor les dio a entender que debían desistir y permitir que los buitres se hiciesen con las delicadezas que allí encontraran. Cuando los buitres salieron volando con los ojos y la lengua de Caco, el pastor los aplaudió.

—Se ve que este hombre tiene en gran estima a los buitres —comentó Poticio—. ¿Y por qué no? ¡Dondequiera que vea un buitre, es posible que sea porque alguno de sus enemigos ha muerto!

Satisfechos después de que los buitres estuvieran saciados, los lugareños apedrearon el cadáver de Caco y le prendieron fuego. Un viento del suroeste arrastró el fétido humo cielo arriba y lo alejó de la *ruma.* Los *numina* del fuego y del aire parecían estar de acuerdo con los habitantes del poblado, a quienes sólo les cabía esperar, desaparecida la perniciosa influencia del monstruo, que los demás *numina* de la región volvieran a mostrarse amables y favorables con ellos.

Aquella noche hubo fiesta en el poblado. El buey que Caco había matado fue despiezado y su carne asada para celebrar un gran banquete en honor al extranjero. Su hambre era voraz; comió todo lo que le pusieron por delante.

Poticio estaba tan emocionado que quiso dar un discurso.

—En nuestro recuerdo no hay nada tan terrible como la llegada del monstruo. Ni nada tan

maravilloso como la destrucción del monstruo. Estábamos al borde de la desesperación y de abandonar este lugar. —Miró entonces de reojo a su primo Pinario—. Y hemos sido salvados por un suceso que seguramente nadie podría haber previsto: la llegada de un extranjero capaz de equipararse con el monstruo. Esto es una señal de que estamos destinados a vivir siempre en la tierra de la *ruma.* Suceda lo que suceda, debemos tener fe en que nuestro destino es especial. En los momentos más oscuros debemos recordar que estamos protegidos por el gran poder de los benéficos *numina.*

El vino había sido siempre un bien excepcional y preciado en el poblado; y más aún después de que los mercaderes dejaran de frecuentar el lugar. Aun así, las reservas que quedaban, mezcladas con agua, fueron suficientes para que todos los asistentes al banquete pudieran tener su ración y el pastor de bueyes disfrutara de raciones adicionales (sin agua y la cantidad que le apeteciera beber, que resultó ser enorme). Animado por las risas y los gritos, imitó repetidamente con gestos su batalla contra Caco, riendo y dando tumbos en torno al asador hasta caer exhausto y profundamente dormido.

Los habitantes del poblado estaban ebrios y saciados. Muchos de ellos llevaban sin dormir bien desde la llegada de Caco, y decidieron acompañar felizmente al extranjero en su viaje hacia la tierra de los sueños.

Todos dormían... excepto Poticia, que temía que el sueño le trajera sólo pesadillas.

Encontró un lugar donde poder dormir sola, alejada de los demás, y se acostó sobre una alfombrilla de lana bajo las estrellas. La noche era cálida e iluminada por la luna. En una noche así, siendo niña, habría subido a la cueva y habría dormido en ella, a salvo y segura. Nunca volvería a repetirse. El monstruo había destrozado para siempre la cueva y los recuerdos que tenía de ella.

Poticia se abrazó y lloró... y dio un brinco al detectar la presencia de alguien. Olió su aliento, cargado de vino. Su imponente silueta bloqueaba el paso de la luz de la luna. Se estremeció, pero cuando él se arrodilló y la tocó con delicadeza, dejó de llorar. Él le acarició la frente. Besó las lágrimas que corrían por sus mejillas.

Se colocó sobre ella, igual que Caco se había colocado sobre ella, pero de una forma muy distinta. El olor de su cuerpo era fuerte pero agradable. Caco había sido brutal y exigente, pero ahora las caricias eran delicadas y reconfortantes. Caco le había hecho daño, mientras que el pastor lo único que le provocaba era placer. Cuando se retiró, temeroso de que su peso la abrumara, ella lo agarró igual que un niño se agarraría a su madre y lo acercó más a ella.

Pasado el paroxismo del primer encuentro, ella se quedó un rato inmóvil, sintiéndose tremendamente relajada, como si flotase en el aire. Entonces, de repente, se puso a temblar. Se estremeció y empezó a llorar de nuevo. Él la abrazó con fuerza. Sabía que había sufrido una dura experiencia que ni siquiera podía imaginarse y se afanó, torpemente pero con una delicadeza exquisita, en consolarla.

Pero ni siquiera Poticia comprendía la causa de su llanto. Recordaba algo que había estado intentando olvidar. En el momento de máximo odio y desesperación, mientras Caco estaba dentro de ella, presionándola y aplastándola por todos lados, ella le había mirado a los ojos. No eran los ojos de una bestia, sino de un ser humano como ella. En ese instante, había visto que Caco tenía dentro más sufrimiento y más miedo de lo que ella podía imaginar. Y entre su odio y su asco, empezó a sentir algo más: pena. Era una sensación que la taladraba como un cuchillo. Ahora, con todas sus defensas bajas, lloraba no por lo que Caco le había hecho, sino por Caco y por lo terrible de su existencia.

Al día siguiente, cuando el poblado entero se despertó con resaca, el extranjero había desaparecido. También sus bueyes y su perro.

Pinario dijo que debían mandar a alguien en su busca, pedirle que regresara. Poticio se opuso a la idea; igual que la llegada del extranjero había sido completamente imprevista, también lo había sido

su partida, y la gente del poblado no haría nada que interfiriese con las idas y venidas de su salvador.

La noticia de la muerte de Caco se difundió enseguida. Uno a uno, los comerciantes empezaron a regresar al poblado. Cuando escuchaban el relato sobre el pastor de bueyes, proponían muchas ideas sobre quién podía ser y de dónde podía haber venido.

Fueron los navegantes fenicios, los más viajados de todos los comerciantes, quienes sugirieron la propuesta más atractiva. Declararon que el pastor era el atleta de sus propias leyendas, un semidiós llamado Melkart. Un semidiós, explicaron, era el descendiente de la unión de un dios con un ser humano. Los pobladores se mostraron de acuerdo en que el extranjero había hecho gala de una fuerza superior a lo meramente mortal.

—Oh, sí, lo más seguro es que el héroe que os ha salvado sea Melkart —declaró el capitán fenicio—. Todos los fenicios lo conocen y unos cuantos incluso se han cruzado con él. El hecho de que vistiera con una piel de león viene a corroborar su identidad. La muerte de un león es una de las hazañas más famosas de Melkart, y se viste con su piel a modo de trofeo. Sí, fue Melkart, seguramente, quien acabó con vuestro monstruo. Deberíais construirle un altar, igual que construisteis altares para los *numina* que habitan en los manantiales de las aguas termales. ¡A buen seguro que Melkart ha hecho más por vosotros que lo que hayan podido hacer esos manantiales! Deberíais ofrecerle sacrificios. Deberíais rezar por la continuidad de su protección.

—Pero ¿cómo es posible que este... semidiós... haya venido hasta aquí, tan lejos de las tierras en las que es conocido? —preguntó Poticio.

—Melkart es un gran viajero. Es conocido en muchas tierras, por muchos nombres. Los griegos le llaman Heracles. Dicen que su padre era el dios del cielo al que llaman Zeus.

Los pobladores de aquel lugar tenían apenas una vaga noción de quiénes eran los griegos, pero el nombre de Heracles les resultaba más agradable al oído que el de Melkart, aunque la pronunciación del capitán cuando hablaba en griego fuese un poco confusa. Decidieron llamarle Hércules.

Tal y como el capitán fenicio había sugerido, erigieron un altar en honor a Hércules, muy cerca del lugar donde Poticia lo había encontrado durmiendo. Y ya que los fenicios sabían más que ellos sobre el culto a los dioses, fueron consultados sobre la mejor manera de rendir honores a Hércules. Decidieron que era necesario mantener a perros y moscas alejados de su altar, pues, durante la batalla, su aliado el perro le había fallado y las moscas habían luchado en su contra. Había favorecido a los buitres, así que se decidió que el buitre sería un animal sagrado en su recuerdo. Quedó decidido también que siempre que se hiciese una ofrenda deberían comerse todas las partes del animal sacrificado, igual que Hércules había hecho, demostrando un apetito sincero y desenfrenado.

Así pues, aunque Fascinus fue el primer dios nativo y el primer dios en recibir las oraciones de un habitante de aquel lugar, una deidad que ya era venerada en otras tierras fue quien, en el territorio de la *ruma,* recibió el primer altar dedicado a una divinidad.

Poticia estaba embarazada. Su padre sospechaba que entre su hija y el extranjero podía haber habido algo más que un simple flirteo, y el embarazo vino a confirmar sus sospechas. Poticio se sentía satisfecho. Según la leyenda de la familia, mucho tiempo atrás, una antepasada había mantenido una relación con un *numen;* Poticia era, en parte, descendiente de Fascinus, cuyo amuleto llevaba. ¿Habría visto en Poticia, el semidiós Hércules, aquella chispa sobrenatural? ¿Sería por esto que la había encontrado merecedora de llevar a un hijo suyo en su vientre? ¿Y sería aquel niño algo nuevo y especial sobre la tierra al llevar en sus venas la esencia de un *numen,* un semidiós y un ser humano? Poticio daba vueltas a esas ideas y se sentía satisfecho.

Poticia cayó presa de los pensamientos más oscuros, pues sabía que existía la misma probabilidad de que el niño tuviese otro padre: Caco. Si lo que llevaba en el vientre era un monstruo horripilante, todo el mundo conocería su vergüenza. ¿Matarían al niño nada más nacer y también a ella? ¿Qué era lo que llevaba dentro, un dios o un monstruo? Las emociones la atormentaban. Su

padre estaba perplejo y consternado por su tristeza.

Se decidió que el primer sacrificio en honor a Hércules no se celebraría el día del aniversario de su llegada, como más tarde se convertiría en costumbre, sino el día en que hacía un año que Caco había sido visto por vez primera, en primavera; de este modo, la primera Fiesta de Hércules borraría el amargo recuerdo de la llegada de Caco. Poticio y Pinario tuvieron sus disputas sobre quién debería asumir el deber de sacrificar un buey, asar la carne y colocar las distintas ofrendas sobre el altar de piedra antes de consumirlas. Finalmente decidieron compartir el deber y realizar conjuntamente los rituales. El banquete sería compartido a partes iguales por sus respectivas familias.

Pero el día elegido para el sacrificio, Pinario estaba ausente. Había ido a visitar a unos familiares que vivían en una granja río arriba y no había regresado aún. Poticio decidió iniciar el ritual sin él.

Se ahuyentó a los perros y se utilizó un plumero hecho con un rabo de buey para espantar las moscas. Sacrificaron el buey, lo despiezaron y lo asaron, y se colocaron las ofrendas sobre el altar. Se entonó una oración de súplica utilizando las frases sugeridas por el capitán de los fenicios. Poticio convocó a los miembros de toda su familia para compartir el festín.

—Debemos comerlo todo —les explicó—, no sólo la carne, sino también los órganos y las entrañas: corazón, riñones, hígado, pulmones y bazo. Ése fue el ejemplo que nos dio Hércules con su voraz apetito. Comer estas partes del animal sacrificado es un privilegio para nosotros y así deberíamos empezar. Ven, hija, a ti te doy una porción correspondiente al hígado.

Mientras Poticia comía, recordó la primera vez que vio a Caco y la oración que le había murmurado a Fascinus; recordó también el terror que había sentido cuando Caco la atacó y la delicadeza del hombre al que ahora llamaban Hércules. Estaba muy próxima a dar a luz, y víctima de tremendas explosiones de júbilo y desesperación. A menudo reía y lloraba al mismo tiempo. Poticio, observándola, viendo lo pálida y demacrada que estaba, se preguntaba si su hija no sería un recipiente excesivamente delicado para recibir la semilla de un semidiós.

El banquete casi tocaba a su fin cuando llegó Pinario, acompañado de su familia.

—Llegas tarde, primo. ¡Muy tarde! Me temo que hemos empezado sin ti —dijo Poticio. El estómago lleno y una buena ración de vino, sólo ligeramente mezclado con agua, le habían puesto de buen humor—. Me temo que ya hemos acabado con las entrañas, pero todavía quedan para vosotros unos cuantos cortes de buena carne.

Pinario, enojado consigo mismo por haberse perdido la ceremonia, se puso más furioso aún con aquel comentario humillante.

—¡Esto es un agravio! Llegamos al acuerdo de que yo tenía que actuar también como sacerdote del altar de Hércules, y que comer las entrañas era un deber sagrado. ¡Pero aun así, no has dejado nada ni para mí ni para mi familia!

—Has llegado tarde —dijo Poticio, sin asomo ya de buen humor—. ¡Comerás lo que el dios te ha dejado!

La disputa subió de tono y sus palabras se tornaron más beligerantes. Los parientes de cada familia empezaron a congregarse alrededor de cada uno de los dos hombres. Daba la sensación de que el primer sacrificio a Hércules acabaría convirtiéndose en un altercado.

Pero un grito interrumpió la discusión de repente. Era de Poticia. Se había puesto de parto.

El nacimiento tuvo lugar ante el altar de Hércules, pues Poticia estaba demasiado angustiada como para poder ser trasladada a otro lugar. El parto fue corto pero intenso, y con grandes complicaciones. El bebé era demasiado grande para salir; las parteras entraron en estado de pánico. Y junto con el dolor físico, Poticia sufría la agonía de la incertidumbre.

Por fin salió el pequeño de su vientre. Era un bebé varón. Poticia lo tocó. Las parteras lo pusieron entre sus brazos. Era grande, muy grande, sí... pero no era un monstruo. Sus miembros eran perfectos, y sus proporciones no diferían de las de cualquier otro bebé. Pero aun así, Poticia tenía sus dudas. Miró al bebé a los ojos, igual que había mirado a los ojos de Caco y también a los ojos del pastor ¡No estaba segura! Los ojos que le devolvían la mirada podían ser los ojos de cualquiera de los dos hombres.

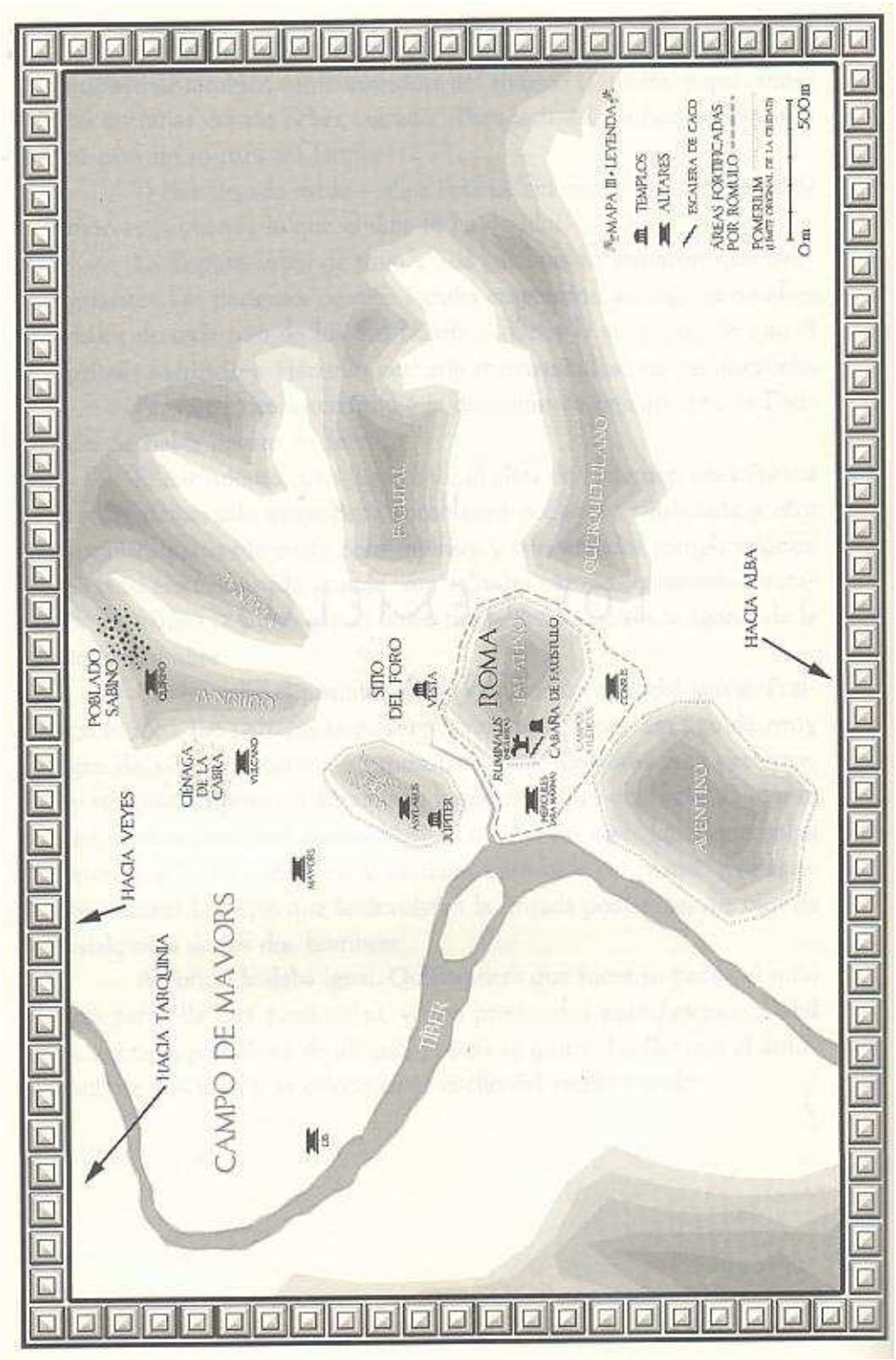
A Poticia le daba igual. Quienquiera que fuese su padre, el niño era para ella una preciosidad, y

una preciosidad para Fascinus. Débil y agotada, pero llena de alegría, Poticia se quitó el collar con el amuleto de Fascinus y lo colocó en el cuello del recién nacido.

III

LOS GEMELOS

757-716 a.C.



Era un día importante para Poticio, el más importante de su corta vida. Había sido testigo del ritual desde pequeño. Más adelante, se había convertido en un participante más del banquete. Ahora, por vez primera, a los catorce años de edad, iba a ayudar a su padre en la realización de los ritos anuales de sacrificio en el altar de Hércules.

Con todos los miembros de las familias de los Poticio y los Pinario congregados para la ocasión, el padre de Poticio se situó frente al altar y recitó la historia de la visita del dios, explicando cómo Hércules apareció en el momento de mayor necesidad del pueblo y mató al monstruo Caco, y cómo desapareció luego repentinamente. Mientras, el joven Poticio daba vueltas lentamente al altar y agitaba el plumero sagrado, hecho con un rabo de buey atado a un mango de madera, para alejar cualquier mosca que pudiera acercarse. Su primo lejano, Pinario, que era de la misma edad y que realizaba también el ritual por vez primera, daba vueltas al altar trazando una órbita más amplia y caminando en dirección contraria; su tarea consistía en alejar cualquier perro que pudiera acercarse.

El padre de Poticio terminó su relato. Se volvió hacia el padre de Pinario, que estaba de pie a su lado. Durante generaciones, las dos familias se habían ocupado conjuntamente del altar y llevado a cabo la ceremonia, intercambiando las tareas de año en año. Aquel año, le correspondía a Pinario padre recitar la oración solicitando la protección de Hércules.

Se sacrificó y despiezó un buey. Mientras se asaba, quedó depositado sobre el altar un pedazo de carne cruda. Los sacerdotes y sus hijos inspeccionaron el cielo. Fue Poticio hijo quien, anunciándolo con un grito de emoción, fue el primero en avistar al buitre volando en círculos por encima de sus cabezas. El buitre disfrutaba de los favores de Hércules; su aparición era el signo de que el dios se sentía satisfecho con la ofrenda y la aceptaba.

Los sacerdotes y sus familias se reunieron para celebrar el banquete con la carne de buey. En todos los demás asuntos relativos a la ceremonia, ambas familias compartían tareas exactamente iguales; pero, continuando con la tradición, comer las entrañas seguía siendo un privilegio concedido únicamente a los Poticio. Se había convertido también en tradición que los Pinario refunfuñaran con soma al respecto («¿Dónde está nuestra parte? ¿Por qué no nos corresponden las entrañas?»), a lo que sus primos ofrecían la tradicional respuesta: «¡Para vosotros no hay entrañas! ¡Habéis llegado tarde al festín!».

Poticio hijo se tomó muy en serio sus tareas. Intentó incluso bromear con Pinario hijo sobre las entrañas, aunque lo único que recibió a cambio fue una mirada taciturna y un gruñido a modo de respuesta. Los dos chicos nunca habían sido amigos.

Terminado el festín, el padre de Poticio habló con su hijo.

—Me siento orgulloso de ti, hijo. Lo has hecho muy bien.

—Gracias, padre.

—Sólo falta un ritual más para completar la jornada. Poticio hizo una mueca.

—Creía que ya habíamos terminado, padre.

—Todavía no. Me parece que ya sabes, hijo mío, aunque apenas hayamos hablado de ello (¡no hay ninguna necesidad de que los Pinario estén más celosos de nosotros de lo que ya lo están!), que nuestros ancestros se remontan directamente al mismo Hércules.

—Sí, padre.

—Sabes también que entre los antepasados de los Poticio hay un dios más antiguo incluso que Hércules. —Acarició con la mano el amuleto de Fascinus que colgaba de su cuello en una cinta de cuero.

Poticio podía contar con los dedos las veces que, había visto el amuleto. Su padre se lo ponía sólo en ocasiones muy importantes. Lo miró, fascinado por el brillo del oro.

Su padre sonrió.

—Cuando tenía tu edad, también tomé parte por primera vez de los rituales del altar de Hércules,

haciendo lo mismo que tú has hecho hoy, espantar las moscas. Acabado el banquete, mi padre me cogió por su cuenta. Me dijo que lo había hecho muy bien. Me dijo que a partir de aquel día había dejado de ser un niño y me había convertido en un hombre. ¿Sabes lo que hizo entonces, hijo mío?

Poticio, muy serio, negó con la cabeza.

—No, padre. ¿Qué hizo?

Como respuesta, su padre retiró la cinta de cuero de su cabeza y la colocó solemnemente en el cuello de Poticio. Sonrió y pasó la mano por el sedoso cabello rubio de su hijo, un gesto de cariño para rubricar el último momento de su infancia.

—Ahora eres un hombre, hijo mío. Te entrego el amuleto de Fascinus.

Tal vez Poticio se hubiera convertido en un hombre, pero después del banquete, terminadas las obligaciones del día y por fin libre para hacer lo que más le apeteciese, volvió a comportarse como un niño. Quedaban aún muchas horas de sol de verano. Había prometido a sus dos mejores amigos que iría a verlos después de la celebración y tenía muchas ganas de estar con ellos.

Desde la época de Caco, el pequeño poblado junto al Tíber había seguido prosperando y creciendo. El mercado junto al río había sido testigo de un floreciente tráfico de sal, pescado y ganado; los tres productos llegaban allí por separado, pero después de ser tratados con sal, la carne y el pescado podían ser transportados a grandes distancias o intercambiados por otros bienes que llegaban al concurrido mercado. Las familias más antiguas y prósperas, como los Poticio y los Pinario, seguían viviendo en el poblado original, cerca del Spinon y del terreno donde se instalaba el mercado, en cabañas no muy distintas de las de generaciones anteriores. El número de cabañas, sin embargo, había aumentado y se construían ahora mucho más pegadas las unas a las otras. Numerosos asentamientos de menor tamaño, algunos integrados por apenas una sola familia, habían ido apareciendo por la *ruma,* algunos en los valles y otros en las cumbres de las colinas. Trillados senderos unían los distintos poblados.

La pronunciación de la palabra *ruma,* haciendo referencia a la región de las Siete Colinas, había variado sutilmente con el paso de los años y su uso repetitivo le había otorgado la categoría de un nombre propio, hasta el punto de que ahora todo el mundo conocía aquella región como «Roma». El nombre era pintoresco y conveniente a la vez, pues transmitía la sensación de un lugar montañoso que alimentaba amorosamente a sus habitantes.

Con la aparición de más poblados y la llegada de más gente había surgido la tendencia a dar nombre a los diversos escenarios naturales del territorio de las Siete Colinas, aprovechando a menudo los nombres de los árboles que más abundaban en la zona. Así fue como la colina de los robles pasó a ser conocida como el Querquetulano, mientras que la colina de los sauces se convirtió en el Viminal, y la colina de las hayas en el Fagutal.

Pastores y porquerizos vivían y cuidaban ahora del ganado en la cima de la colina donde se encontraba la que había sido la cueva de Caco. Esa colina recibía el nombre de Palatino, en honor a Pales, la diosa venerada por los pastores. En cuanto a dioses, entidades antiguamente desconocidas en Roma, los había ahora en abundancia. El número de deidades había crecido al mismo ritmo que la población de mortales, y cada una de las pequeñas comunidades dispersadas por las Siete Colinas reconocía una divinidad local a quien rendía honores. Algunas de estas divinidades conservaban el carácter anónimo y nebuloso de los antiguos *numina,* pero otras habían adquirido nombres y atributos perfectamente definidos. Todo el mundo en Roma reconocía la primacía de Hércules sobre las demás deidades, y de este modo su altar se conocía ahora como Ara Máxima, o Altar Mayor. Se llegó al acuerdo de que el padre de Hércules era el dios del cielo, conocido localmente con el nombre de Júpiter. El papel de los Poticio y los Pinario como guardianes del Ara Máxima les proporcionaba un esta-tus relevante dentro de la comunidad de habitantes de Roma.

Poticio se sentía muy orgulloso de continuar las tradiciones de la familia; pero ahora, cumplidos sus deberes, lo que más le apetecía era reunirse con sus dos amigos, que vivían en el Palatino.

Corrió rápidamente al hogar familiar, un conjunto de cabañas comunicadas entre sí, se despojó de la túnica y el manto de lana fina que había vestido para la ceremonia y se puso una túnica vieja, más adecuada para jugar con chicos. Conservó en el cuello el amuleto de Fascinus, pues quería enseñárselo a sus amigos.

Poticio atravesó corriendo el concurrido mercado y cruzó la pasarela de madera sobre el fangoso Spinon. Pasó por delante del Ara Máxima, donde algunos de sus parientes, ofuscados por el vino, seguían holgazaneando aún en el escenario del banquete. Continuó caminando hasta llegar a los pies del Palatino y empezó a ascender una empinada escalera tallada en la roca de la ladera de la colina. La escalera se había construido hacía muchos años, después de la muerte del monstruo Caco y para eliminar la amenaza que había supuesto esa cueva inaccesible. Gracias a la escalera, se podía subir la ladera de la colina, sin problemas y la cueva en sí, un lugar execrable, estaba llena de piedras y porquería. Por los alrededores habían crecido abundantes zarzas y enredaderas, de modo que apenas quedaban rastros de la cueva: su simple contorno, que únicamente podía adivinarlo quien realmente anduviera buscándolo. Poticio conocía la historia de la Escalera de Caco, el nombre con el que la gente conocía el empinado sendero, y su padre le había enseñado el punto exacto donde se localizaba la cueva; siempre que pasaba por allí, Poticio rezaba una oración de agradecimiento a Hércules. Pero la Escalera de Caco tenía también una función meramente práctica: era el camino más corto hacia la cumbre del Palatino.

Al final de la Escalera crecía una higuera. Era más vieja que Poticio y, por tratarse de una higuera, era muy grande, con ramas que formaban una especie de pérgola. Después de trepar por los altos peldaños, Poticio descansaba siempre bajo la fresca sombra que ofrecía su denso follaje. Hizo una pausa para recuperar el aliento, y lanzó un grito en el momento en que algo le cayó en la cabeza. El proyectil era lo bastante blando como para no hacerle daño, pero lo bastante duro como para molestarle. Poticio recibió un nuevo golpe, y otro más.

Poticio oyó las risas arriba. Frotándose la cabeza, que le escocía de verdad, levantó la vista y vio a sus dos amigos sentados en una rama alta, sonriéndole. Remo empezó a reír con tanta fuerza que daba la impresión de que iba a caerse de la rama. Rómulo sostenía en la mano un higo verde, inmaduro.

—¡Parad ya los dos! —gritó Poticio. Vio que Rómulo levantaba el brazo para arrojar el higo. Poticio trató de esquivarlo, pero demasiado tarde. Lanzó un gruñido al sentir el higo estampándose en su frente. Rómulo era famoso por su puntería y su fuerza.

—¡Parad, he dicho! —Poticio se levantó de un salto y agarró el extremo dé la rama donde los hermanos estaban sentados. Con todo el peso de su cuerpo, empezó a mover la rama arriba y abajo. La blanda madera cedió sin romperse, pero el movimiento fue lo suficientemente violento como para obligar a los gemelos a saltar de la rama. Retorciéndose de risa, ambos acabaron cayendo al suelo.

Y los dos se recuperaron al instante, se abalanzaron sobre Poticio y aunaron el peso de ambos para derribarlo. Los tres estaban sofocados, apenas les quedaba aliento para reír.

—¿Qué es esto? —dijo Rómulo. Cogió el amuleto de Fascinus y lo miró, tensando el collar de cuero. Un rayo de sol, penetrando a través de las hojas de la higuera, refulgió en el oro. Su hermano se unió a la contemplación del objeto.

Poticio sonrió.

—Es la imagen del dios que llamamos Fascinus. Mi padre me lo ha dado, después de la celebración. Dice que...

—¿Y dónde lo compró tu padre? —preguntó Remo—. ¿Se lo robó a algún mercader fenicio?

—¡No seas ridículo! Fascinus es el dios *de* nuestra familia. Mi padre recibió este amuleto de manos de su padre, quien lo recibió a su vez de su padre, y así sucesivamente, hasta el principio de los tiempos. Dice mi padre que...

—¡Debe ser bonito! —cortó lacónicamente Rómulo, sin reír ya pero sujetando aún el amuleto y contemplándolo. Poticio se sintió de repente cohibido, como le sucedía a menudo con sus dos amigos. Poticio provenía de una de las familias más antiguas y respetadas de Roma. Rómulo y Remo eran huérfanos; el porquerizo que los había criado era un hombre de pocas luces y la mujer

del porquerizo tenía mala reputación. Al padre de Poticio no le gustaban los gemelos, y Poticio podía relacionarse con ellos sólo a espaldas de su padre. Poticio los quería a ambos con locura, pero a veces, como ahora, notaba tremendamente la diferencia de estatus existente entre ellos.

—¿Y qué es lo que hace este Fascinus? —se interesó Rómulo. Remo se echó a reír

—¡Yo sé muy bien lo que haría si mi virilidad tuviese alas! —Agitó los brazos e hizo un gesto lascivo a continuación.

Poticio empezaba a arrepentirse de haber ido hasta allí con el amuleto. Había sido un error pensar que los gemelos comprenderían lo que significaba para él.

—Fascinus nos protege —afirmó.

—¡No de los higos voladores! —aseguró Remo.

—Ni de los chicos más fuertes que tú —añadió Rómulo, recuperando el buen humor. Soltó el amuleto, cogió a Poticio del brazo y se lo retorció por detrás de la espalda.

—¡Tú no eres más fuerte que yo! —protestó Poticio—. Puedo con cualquiera de los dos, siempre que no me ataquéis a la vez.

—¿Y por qué tendríamos que hacerlo, si somos dos? —Remo agarró a Poticio por el otro brazo y se lo retorció. Poticio aulló de dolor.

Con los gemelos siempre era igual: actuaban en colaboración, como si compartiesen una sola mente. Su armonía era una de las cosas que Poticio, que no tenía hermanos, más admiraba de ellos. ¿Qué importancia tenía que nadie conociera su linaje?

Fáustulo, el porquerizo, había descubierto a los dos bebés gemelos después de una gran inundación. El Tíber solía desbordarse, pero aquella inundación era la peor que se recordaba. El río había subido tanto que incluso el mercado quedó bajo sus aguas. El lago cenagoso que alimentaba el Spinon se convirtió en un pequeño mar y las Siete Colinas se convirtieron en siete islas. Cuando las aguas se retiraron, el porquerizo Fáustulo encontró en la ladera del Palatino, junto a los restos que había dejado la riada, a dos recién nacidos en el interior de una cuna de madera. La inundación había acabado con la vida de mucha gente que vivía río arriba. Y como nadie reclamó a los gemelos, todo el mundo supuso que los padres habrían muerto. Fáustulo, que vivía a un tiro de piedra de la higuera, en una cabañita minúscula rodeada de pocilgas, los crió como si fueran sus hijos.

La mujer de Fáustulo se llamaba Acca Larentia. Un chiste desagradable, que algunos repetían a espaldas de los gemelos, afirmaba que habían sido criados por una loba. De pequeño, cuando Poticio escuchó el chiste por primera vez (explicado por su primo Pinario, que lo acompañó con una mirada lasciva y un guiño), pensó que era cierto al pie de la letra; sólo después se dio cuenta de que «loba» era un término que se utilizaba también para las prostitutas y que, por lo tanto, era un insulto dirigido a Acca Larentia. Pinario le había explicado también que los nombres que Fáustulo había impuesto a los gemelos eran un grosero juego de palabras: Rómulo y Remo, haciendo referencia a las dos *«ruma»* de Acca Larentia, que Fáustulo disfrutaba contemplando cuando ella amamantaba a ambos bebés a la vez. Y debido a que el lugar donde más le gustaba amamantarlos era a la sombra de la higuera, Fáustulo había puesto a la higuera el nombre de Ruminalis o árbol chupador.

—¡Un hombre vulgar y sucio, apenas mejor que los cerdos que cría! —Ésta era la opinión que el padre de Poticio tenía de Fáustulo—. Y por lo que a Acca Larentia se refiere, cuanto menos se diga, mejor. Me parece que no merecen ser llamados padres, hay que ver cómo dejan a esos niños correr el día entero de aquí para allá. Rómulo y Remo no son precisamente mejores: ¡un par de lobos criados en una pocilga!

Pero incluso los que más desaprobaban a los gemelos no podían negar que eran dos chicos excepcionalmente guapos.

«Sólo Rómulo es más guapo que Remo», decía el refrán popular, en el que los nombres podían intercambiarse sin problemas. «Y sólo Remo puede competir con Rómulo», era la respuesta, pues los gemelos eran, con diferencia, los chicos más rápidos y más fuertes de la zona, y se mostraban encantados ante cualquier oportunidad de poder demostrarlo. Para Poticio, los gemelos eran todo lo que un chico podía desear: guapos, atléticos y libres del control de un padre. Aun cuando a veces le daban un poco de pena, a Poticio le resultaba muy excitante compartir su compañía.

Los gemelos lo soltaron. Poticio gruñó y se frotó los hombros para aliviar el dolor.

—¿Qué te parece? —dijo Rómulo, mirando a su hermano—. ¿Se lo decimos, o no?

—Dijiste que se lo diríamos.

—Pero tengo mis dudas. Con este elegante amuleto de su padre, se le ve grande y todopoderoso. A las personas sin importancia, como nosotros, las mira con aire de superioridad.

—¡Yo no hago eso! —protestó Poticio—. ¿Decirme qué? Remo le miró con picardía.

—Mi hermano y yo estamos tramando un plan. Vamos a divertirnos un rato. La gente pasará días sin hablar de otra cosa.

—¿Días? ¡Arios! —apuntó Rómulo.

—Y tú puedes unirte a nosotros... si te atreves —intervino Remo.

—Claro que me atrevo —aseguró Poticio. Le dolían tanto los hombros que apenas podía levantar los brazos, pero estaba decidido a no demostrar su dolor—. ¿Y de qué va ese plan que tramáis?

—Ya sabes cómo nos llama la gente... lo que dicen de nosotros a nuestras espaldas —dijo Rómulo.

Sin saber muy bien cómo responder, Poticio se encogió de hombros, intentando no hacer una mueca de dolor.

—Nos llaman lobos. Rómulo y Remo son un par de lobos, dicen, amamantados por una loba.

—La gente es estúpida —dijo Poticio.

—A la gente le dan miedo los lobos, eso es lo que pasa —dijo Remo.

—Sobre todo a las chicas —añadió su hermano—. Mira esto. —Buscó algo que guardaba a los pies de la higuera y se lo puso por encima de la cabeza. Era una piel de lobo, arreglada de tal manera que la cabeza del lobo quedaba sobre su cara, convirtiéndose en una máscara que dejaba la boca al descubierto—. ¿Qué te parece?

Con las manos en las caderas y la cara del lobo tapando la suya, Rómulo presentaba una imagen aterradora. Poticio se quedó mirándolo, sin habla. Remo sacó entonces otra piel, se la puso por encima de la cabeza y se colocó junto a su hermano.

Rómulo sonrió con satisfacción, feliz ante la mirada de asombro dibujada en el rostro de Poticio.

—Naturalmente, si lo hacemos sólo Remo y yo, todo el mundo nos reconocerá. Por eso tiene que haber un tercer lobo en la manada, para despistar a la gente.

—¿Un tercer lobo? —dijo Poticio.

Remo le arrojó algo. Poticio dio un brinco, pero consiguió cogerlo.

—Póntelo —dijo Remo.

Era otra piel de lobo. Con manos temblorosas, Poticio se encajó la cabeza sobre el rostro. Un olor a rancio le llenó las narices. Mirando a través de los agujeros de los ojos, se sentía extrañamente escondido del mundo y curiosamente transformado.

Rómulo sonrió.

—Tienes un aspecto muy fiero, Poticio.

—¿De verdad? —Remo rió.

—Pero tienes voz de niño pequeño. Debes aprender a gruñir... así. —Le hizo una demostración a la que se unió también Rómulo. Después de un primer momento de duda, Poticio se esforzó en emularlos.

—Y tienes que aprender a aullar. —Remo echó la cabeza de lobo hacia atrás. El sonido que salió de su garganta provocó un escalofrío que recorrió la espalda de Poticio. Rómulo se sumó a él, y la armonía de sus aullidos fue tan espeluznante que a Poticio se le puso la piel de gallina. Pero cuando él intentó soltar un aullido, los otros dos soltaron grandes carcajadas.

—Es evidente que tendrás que practicar —dijo Rómulo—. Aún no estás preparado. Tienes que aprender a aullar como un lobo, Poticio, y a pensar como un lobo. ¡Tienes que convertirte en un lobo!

—Y cuando llegue ese día, asegúrate de no llevar encima ese amuleto —añadió su hermano—. De lo contrario, alguien podría reconocerlo y delatarnos a tu padre.

Poticio se encogió de hombros. El dolor había desaparecido.

—Siempre puedo llevar a Fascinus por dentro de la túnica, donde nadie lo vea.

—¿La túnica? —Rómulo rió—. ¡Los lobos no llevan túnica!

—¿Y qué llevaremos?

Rómulo y Remo se miraron y se echaron a reír, luego volvieron a cubrirse con las cabezas y aullaron.

El invierno llegó antes de que los gemelos estuvieran convencidos de que Poticio dominaba lo bastante las artes de un lobo. Llevar a cabo su plan con un clima frío y húmedo no merecía la pena. Esperaron hasta la llegada del buen tiempo. Por fin amaneció el día perfecto, una mañana clara y de temperatura suave en la que todos los habitantes de las Siete Colinas estarían fuera de sus casas paseando.

Fueron a cazar a primera hora de la mañana. Los gemelos llevaban varios días siguiéndole la pista a un lobo, observando sus movimientos para descubrir su guarida. Poco después del amanecer, lo obligaron a salir de ella y le dieron caza. Fue Rómulo quien mató al animal con su lanza.

En un altar improvisado (una simple losa de piedra), despellejaron al lobo y se bañaron las manos con su sangre. Cortaron la piel a tiras y se ataron los pellejos a muñecas, tobillos, muslos y brazos. Se llevaron el resto de las tiras en la mano. Poticio tenía la sensación de estar sintiendo la fuerza vital de la bestia emanando aun del caliente y flexible pellejo.

A Poticio ya no le resultaba raro correr desnudo por las colinas. Lo había hecho muchas *veces* con Rómulo y Remo, aunque siempre de noche y lejos de los poblados. Lo que le resultaba extraño era la máscara de lobo que le ocultaba el rostro. Mirar por los agujeros de los ojos, saber que estaba escondido, imaginarse su feroz aspecto... todo aquello le daba una sensación de poder y la intuición de que su relación con todo lo que le rodeaba había cambiado, como si en realidad la máscara le confiriera facultades que no eran humanas.

Corrieron por las colinas y los valles, de poblado en poblado, aullando y ladrando y agitando los pellejos. Siempre que se tropezaban con una chica joven, corrían directamente hacia ella, compitiendo para ver quién la atrapaba primero y le daba de lleno con su tira de piel. Eran los lobos, y las chicas podrían muy bien haber sido las ovejas; igual que las ovejas, casi siempre salían de sus casas en grupo para realizar las tareas matutinas, ir a buscar agua o transportar bultos de un lado a otro. Algunas gritaban asustadas al verlos. Otras se desternillaban de risa.

Poticio no había hecho en su vida nada tan divertido. Se excitó sexualmente. Muchas de las chicas parecían más asustadas ante la visión de su sexo bamboleante que ante la amenaza de su tira de piel de lobo, aunque algunas parecían divertirse también y reían con disimulo mientras se tapaban la cara con las manos y desviaban la mirada. Rómulo y Remo, viéndolo tan excitado, se cernían sobre él. Riendo y ladrando, apuntaban a su sexo con sus tiras de piel de lobo.

—Es una pena que hoy te hayas dejado el amuleto en casa —le susurró Rómulo—. ¡No llevas en el cuello un falo que te proteja del que tienes entre las piernas!

—Deja ya de intentar taparte —dijo Remo, temblando de la risa—. ¡Un buen golpe con una de estas tiras y te convertirás en el más potente del mundo! ¡Tendrás entre las piernas toda la fuerza del lobo!

Los gemelos se calmaron por fin y los tres continuaron dedicándose a la persecución de jovencitas chillonas.

Tal y como los gemelos habían predicho, el incidente se convirtió en *el* chismorreo *de* toda Roma. Aquella tarde, el padre de Poticio reunió a su familia más próxima (Poticio, su madre y sus hermanas) para comentar el tema.

—Tres jóvenes, completamente desnudos sino fuese por una piel de lobo que utilizan para cubrirse la cara como cobardes, han recorrido las Siete Colinas, aterrorizando a todo aquel con

quien se tropezaban... ¡su comportamiento es ultrajante!

—¿Sabes si alguien ha intentado detenerlos? —dijo la madre de Poticio.

—Unos ancianos han intentado llamarles la atención por su conducta; los muy sinvergüenzas se han dedicado a dar vueltas en círculo en torno a esos pobres hombres, aullando como animales, aterrorizándolos. Otros hombres más jóvenes han intentado perseguirlos, pero los alborotadores han corrido más que ellos.

—¿Qué aspecto tenían, esposo mío? ¿Había algo que pudiera identificarlos?

—No los he visto personalmente. ¿Los ha visto alguno de vosotros?

Poticio apartó la vista y no dijo nada. Se mordió nervioso el labio cuando una de sus hermanas, que era algo más joven que él, habló tímidamente.

—Yo los he visto, padre. Estaba visitando a una amiga en el Viminal cuando entraron en el poblado, aullando y gruñendo. El rostro de su padre se quedó rígido.

—¿Te han molestado en algún sentido? La chica se sonrojó.

—¡No, padre! Excepto que...

—¡Habla, hija!

—Todos llevaban un objeto en la mano; me parece que era una tira larga y estrecha de pellejo de lobo. Las volteaban en el aire, como si fueran látigos. Y entonces...

—Continúa.

—Cuando se acercaban a una chica o a una mujer joven, les daban con eso.

—¿Les daban?

—Sí, padre. —Se puso más roja si cabe—. En el trasero.

—¿Y te han dado a ti, hija mía? ¿En el trasero?

—Yo... yo, la verdad es que no me acuerdo, padre. Daba todo tanto miedo, que no puedo recordarlo.

«¡Mentirosa! », le habría gustado poder decir a Poticio. Recordaba el momento bastante bien. Y estaba seguro de que también lo recordaba su hermana. Quien le había dado en el trasero había sido Remo y, lejos de asustarse, ella había corrido tras ellos, riendo como una tonta e intentando vengarse dándole un azote al trasero desnudo de Remo. Pese a su nerviosismo, Poticio tuvo que forzar una sonrisa.

El padre de Poticio movió la cabeza.

—¡Tal y como he dicho, un ultraje! Y lo que resulta aún más vergonzoso es el hecho de que no todo el mundo opina como nosotros respecto al tema.

—¿A qué te refieres, padre? —preguntó Poticio.

—Acabo de hablar con Pinario padre. ¡Y el incidente le hace mucha gracia! Dice que los únicos que tendrían que considerarlo una conducta escandalosa son los viejos. Dice que todos los jóvenes envidian a esos lobeznos salvajes y que todas las jóvenes los admiran. No los envidiarás tú también, ¿verdad, Poticio?

—¿Yo? Por supuesto que no, padre. —Nervioso, Poticio acarició el amuleto que llevaba colgado al cuello. Se lo había puesto nada más llegar a casa, deseoso de tener a Fascinus muy cerca. La verdad es que no estaba diciéndole ninguna mentira a su padre: un hombre no podía sentir envidia de sí mismo.

—Y tú, hija mía... ¿no sentirás admiración por esos alborotadores, verdad?

—Por supuesto que no, padre. ¡Los odio!

—Bien. Tal vez los demás elogien a estos salvajes, pero en esta familia hay que mantener los valores. Los Poticio son un ejemplo para toda Roma. E igual debería suceder con los Pinario, pero me temo que nuestros primos han olvidado el rango que ostentan. —Negó con la cabeza—. La identidad de dos de esos lobeznos es evidente... esos dos sinvergüenzas de Rómulo y Remo. ¿Pero quién sería el tercer lobezno? ¿Qué joven inocente habrán engatusado los chicos del porquerizo para que les acompañe en un juego tan necio como ése? —Miró directamente a Poticio, que se quedó lívido—. ¿Piensas, hijo mío... piensas que podría tratarse de tu primo, el joven Pinario?

Poticio tragó saliva para deshacer el nudo que se le había formado en la garganta.

—No, padre. Estoy casi seguro de que no ha sido Pinario. Su padre refunfuñó y lo miró de

refilón.

—Muy bien. Se acabó de hablar sobre ello. Tengo algo mucho más importante que discutir. Y tiene que ver contigo, hijo mío.

—¿Sí, padre? —dijo Poticio, aliviado ante el cambio de tema. Poticio padre tosió para aclararse la garganta.

—Como sacerdotes de Hércules, nos corresponde un papel muy importante entre la gente. Nuestra opinión sobre los asuntos divinos es sumamente respetada. Pero aún podríamos aprender muchas cosas más sobre la interpretación de la voluntad de los dioses y los *numina.* Dime, hijo mío: cuando el pozo de un campesino se seca, ¿a quién acude para pacificar al rencoroso *numen* que ha bloqueado el caudal de su manantial? Cuando un pescador quiere encontrar un nuevo banco de pesca, ¿a quién acude para que le señale los lugares idóneos del río y para que rece una oración que aplaque a los *numina* del agua? Cuando un rayo mata un buey, ¿a quién consulta el pastor para saber si la carne destrozada está maldita y debería ser consumida por el fuego sobre un altar, o está bendita y debería comerse con alegría?

—Si pueden permitírselo, consultan con un adivino etrusco... lo que los etruscos llaman un *haruspex.*

—Exactamente. Nuestros buenos vecinos del norte, los etruscos, son grandes sabios de la adivinación... y sus arúspices se ganan muy bien la vida con ello. Pero la adivinación no es más que una habilidad, como cualquier otra. Puede enseñarse y puede aprenderse. En la ciudad etrusca de Tarquinia existe una escuela de adivinación. Me han asegurado que es la mejor. Lo he dispuesto todo para que estudies allí, hijo mío.

Poticio se quedó en silencio durante un largo rato.

—Pero padre, yo no hablo etrusco.

—Por supuesto que sí.

—Sólo para hacer trueques con los mercaderes etruscos que acuden al mercado.

—Entonces, aprenderás a hablar el etrusco con fluidez, y luego aprenderás todo lo que los etruscos puedan enseñarte sobre adivinación. Cuando hayas terminado tus estudios, regresarás a Roma como arúspice, y te convertirás en un hombre importante entre los nuestros.

Poticio estaba dividido entre la excitación y el miedo a abandonar a su familia y sus amigos.

—¿Cuánto tiempo estaré fuera?

—Me han dicho que los estudios te llevarán tres años.

—¡Cuánto tiempo! ¿Cuándo me marcho, padre?

—Mañana.

—¿Tan pronto?

—Cuanto más pronto, mejor. Tal y como demuestra con claridad el incidente de hoy con los lobeznos, entre nosotros abundan las malas influencias. Tengo toda la fe depositada en tu carácter, hijo mío. Pero creo que lo mejor es apartarte de esas influencias, y cuanto antes, mejor.

—Pero, padre, no pensarás...

—Pienso que Rómulo y Remo deben ser jóvenes muy convincentes. Pienso que su influencia perniciosa podría poner en graves problemas incluso al joven más sobresaliente. Mi deber como padre es procurar que esto no te suceda, hijo mío. Irás a Tarquinia. Obedecerás a tus instructores en todas las materias. Dominarás las artes etruscas de la adivinación, pues sospecho que tienes aptitudes para estas cosas y que el aprendizaje te resultará fácil. Y no pensarás más en Rómulo y Remo. Los mocosos del porquerizo sólo sirven para una cosa: para crear problemas. ¡Salieron de la nada y no llegarán a nada!

754 A.C.

El padre de Poticio estaba en lo cierto en cuanto a su amor por el aprendizaje y sus aptitudes naturales para la adivinación. Pero en cuanto al destino de los gemelos, no podía estar más

equivocado.

Poticio había sido el primer joven en caer bajo el hechizo de los gemelos, pero no el último. El incidente de los lobeznos había acrecentado su reputación entre los jóvenes más inquietos de Roma, muchos de los cuales estaban dispuestos a convertirse en sus compañeros. Rómulo y Remo atrajeron pronto a un número considerable de seguidores, sobre todo entre aquellos a quienes el padre de Poticio habría tachado de tener mala fama: jóvenes de familias desconocidas y pocos medios que eran muy capaces de robar de vez en cuando una vaca o esquilar una oveja y vender luego su lana sin que su propietario se enterase.

—Acabarán mal —declaró el padre de Poticio, feliz de que su hijo estuviese en Tarquinia dedicado a sus estudios—. Rómulo y Remo y su pequeña banda piensan que sus actividades son inofensivas, que los hombres a quienes roban son demasiado ricos para darle importancia al hecho o demasiado tímidos para plantarles cara. ¡Pero tarde o temprano tropezarán con el hombre equivocado y ésa será la última vez que veamos a Rómulo y Remo!

A punto estuvo de hacerse realidad su predicción el día en que Remo y algunos de sus compañeros, aventurándose más lejos de lo habitual, cayeron en una emboscada tendida por algunos pastores de las afueras de Alba, una ciudad situada en una región montañosa del sureste de Roma. A diferencia de los romanos, los albanos llevaban tiempo sometidos al poder de su hombre más fuerte, que se autodenominaba rey y llevaba una corona en la cabeza. El actual rey de Alba, Amulio, había acumulado grandes riquezas (metales preciosos, joyas de talla exquisita, exóticos recipientes de arcilla y lanas de la mejor calidad) que almacenaba en el interior de un recinto cerrado rodeado por altas estacas de madera y vigilado por guerreros mercenarios. No vivía en una cabaña, sino en un gran pabellón construido en madera.

El motivo de la emboscada fue posteriormente tema de mucho debate. Muchos supusieron que Remo y sus hombres estaban intentando robar algunas ovejas cuando los pastores albanos los sorprendieron; Remo declararía posteriormente que fueron los pastores quienes iniciaron la discusión con sus hombres, provocándolos con insultos hacia su hombría y difamaciones contra el pueblo de Roma. Fuera cual fuese la causa, Remo fue quien se llevó la peor parte. Algunos de sus hombres murieron, otros fueron capturados y unos pocos lograron escapar. El mismo Remo fue hecho prisionero, atado con cadenas de hierro y conducido en presencia del rey Amulio. Remo mantuvo una actitud desafiante. El rey, que no estaba acostumbrado a que le llevaran la contraria, ordenó que Remo fuese colgado de una viga y torturado con hierros candentes, cuchillos afilados y látigos de cuero.

Cuando la noticia del cautiverio de Remo llegó a oídos de su hermano en el Palatino, Rómulo convocó a todos los jóvenes de las Siete Colinas, llamándolos no sólo a rescatar a Remo, sino también a defender el orgullo de Roma. Se sumaron a la causa incluso hombres de destacadas familias, que nunca antes se habían relacionado con los gemelos. Sabiendo que los mercenarios de Amulio irían bien armados, reunieron todas las armas que pudieron encontrar (varas de pastor que servirían a modo de cayados, cuchillos de carnicero, hondas, arcos y flechas de cazador) y partieron.

Al llegar a las murallas de Alba, Rómulo exigió al rey que liberara a su hermano y a los demás prisioneros. Amulio, flanqueado por sus mercenarios en el parapeto, examinó al variopinto grupo y se negó.

—¿Exiges una cantidad como rescate? —preguntó Rómulo.

Amulio rió.

—¿Qué podría pagar gente como tú? ¿Unas cuantas pieles de oveja comidas por las polillas? No, cuando acabe de torturar a tu hermano y a sus amigos, les cortaré la cabeza a todos y las colgaré sobre este muro de estacas, a modo de aviso para otras gentes de su calaña. ¡Y si tú continúas en mi reino cuando salga el sol, joven idiota, tu cabeza acabará junto a la de tu hermano!

Rómulo y sus hombres se retiraron. La altura de las estacas que rodeaban el recinto del rey les desanimó de entrada, igual que los arqueros que vigilaban la muralla. No se veía forma de irrumpir en el recinto sin ser recibido por una lluvia de flechas. Pero por la noche, bajo la protección de la oscuridad, Rómulo consiguió prender fuego a una zona poco vigilada de la muralla. El fuego se

extendió con rapidez. En el caos consiguiente, sus hombres se mostraron más valientes y sanguinarios que los mercenarios de Amulio. Los soldados del rey fueron masacrados.

Rómulo hizo su entrada en el gran pabellón, localizó a Amulio y le exigió ver a su hermano. El rey, temblando de miedo, le llevó hasta la habitación donde tenía a Remo encadenado, sacó una llave y le liberó de los grilletes. Demasiado débil para mantenerse en pie, Remo se derrumbó sobre el suelo. Mientras Remo observaba, Rómulo derribó a Amulio, lo pateó y le pegó hasta dejarlo sin sentido y, luego, le cortó el cuello. La corona del rey, un sencillo círculo de hierro, cayó rodando al suelo, empezó a girar y, con un ruido metálico, acabó descansando en el suelo justo delante de Remo.

—Cógela, hermano —dijo Rómulo—. ¡Ahora nos pertenece!

Pero Remo, con el cuerpo desnudo lleno de quemaduras y cortes, estaba tan débil que ni siquiera podía levantar la corona. Llorando al ver a su hermano en aquel estado, Rómulo se arrodilló ante él, cogió la corona y se dispuso a colocarla sobre la cabeza de Remo.

Dudó entonces. Retiró la corona de la frente de su hermano.

—Esta corona nos pertenece a los dos, hermano. Pero sólo uno puede llevarla. Deja que la lleve yo primero, para así poder presentarme frente a aquellos que combatieron hoy conmigo y demostrarles que la corona de Alba es ahora nuestra. —Rómulo se colocó la corona de hierro en la cabeza, se incorporó y salió para declarar la victoria ante sus hombres.

Al apoderarse del tesoro de Alba, Rómulo y Remo se convirtieron en hombres ricos, mucho más ricos que cualquier otro hombre de Roma. Cuando Remo estuvo recuperado para poder viajar, regresaron a casa triunfantes, rodeados por sus leales compañeros y seguidos por carromatos cargados con el botín.

No todo el mundo en Roma estaba feliz con su éxito. El padre de Poticio se reunió con los otros ancianos y se hizo eco de sus dudas.

—Si Remo fue capturado por los pastores de Amulio cuando intentaba robar sus ovejas, entonces el rey Amulio estaba en su derecho de hacerlo prisionero y exigir un rescate. En ese caso, el ataque que Rómulo llevó a cabo en Alba estaría injustificado. La muerte del rey sería un asesinato y la toma del tesoro, un robo. ¿Vamos a convertir en héroes a unos bandidos?

Pinario padre no estaba de acuerdo con esa opinión.

—¿Qué hacía Remo en Alba? No importa. Cuando lo hubo hecho prisionero, Amulio no exigió ningún tipo de rescate o compensación, sino que se dedicó a torturar a Remo y dejó clara su intención de matarlo. Para salvar a su hermano, a Rómulo no le quedó otra elección que hacerse con las armas. Amulio era un loco y tuvo la muerte que merecía. La riqueza que Rómulo usurpó en Alba es suya de pleno derecho.

—Los albanos no pensarán lo mismo —intervino Poticio padre—. Un incidente así podría iniciar un derramamiento de sangre que se prolongaría durante generaciones. Y los gemelos podrían, además, haber ofendido a los dioses. Deberíamos consultar a un arúspice para determinar la voluntad de los dioses en lo relativo a este asunto.

—¡Perdona un momento, voy a pedirle permiso a un etrusco para ir a mear! —interrumpió Pinario, con una voz llena de sarcasmo.

—Resulta, primo, que no necesitamos ningún arúspice etrusco. Mi hijo ha terminado sus estudios. Vuelve a casa un día de éstos. Poticio podrá llevar a cabo los rituales necesarios.

—Qué suerte que el chico estuviese convenientemente ausente cuando tuvo lugar la batalla de Alba y se librara así de cualquier peligro —dijo Pinario, cuyo hijo había luchado al lado de Rómulo.

—¡Esas palabras sobran, Pinario, y son indignas de un sacerdote de Hércules! —De hecho, Pinario padre se sintió aliviado de que su hijo no hubiese regresado a casa a tiempo de ser reclutado por Rómulo, pero la insinuación de cobardía 'que acababa de hacer Pinario era injusta—. Es necesario llevar a cabo un ritual de adivinación para determinar la voluntad de los dioses.

—¿Y si la adivinación va en contra de Rómulo? ¿Entonces qué? —preguntó Pinario—. No, creo que tiene que haber una manera mejor de asegurarnos de que todos los implicados, incluidos los albanos, ven que es justo y adecuado que Rómulo se hiciese con la corona y el tesoro del rey Amulio. —Por el brillo malicioso de sus ojos, Poticio se dio cuenta de que Pinario había puesto ya en marcha algún tipo de plan.

Poticio llegó a casa procedente de Tarquinia al día siguiente. La familia lo recibió con gran alegría y mucha curiosidad, pues iba vestido con el típico atuendo de un arúspice etrusco. Sobre una túnica amarilla llevaba un manto largo y plisado recogido en el hombro mediante una fíbula de bronce, y en la cabeza lucía un sombrero cónico que se sujetaba con una cinta que le pasaba por debajo de la barbilla. Su padre se dio cuenta con orgullo de que seguía llevando al cuello el amuleto de Fascinus. En su día, cuando le había entregado el amuleto a Poticio, le había dicho que se había convertido en un hombre, aun sin creerlo del todo en su corazón. Pero Poticio había madurado mucho durante los años que había estado ausente. Su porte confiado y su modo concienzudo de hablar eran los de un hombre, no los de un niño.

Su padre le contó el asedio de Alba y el regreso triunfante de los gemelos. En lugar de dar muestras de excitación al escuchar el relato, lo que más pareció preocuparle a Poticio fueron las heridas sufridas por Remo, y esta exhibición adicional de madurez volvió a dejar muy satisfecho a su padre.

—Sé que eras su amigo, hijo mío, pese a que yo lo desaprobaba. Ve a verlos. Háblales con sentido común. Muéstrales cuál es la voluntad de los dioses. En este momento, todo el mundo en Roma los elogia. Lo único que hacen estúpidos como Pinario es animarlos a llevar a cabo más incursiones. Cada vez serán más temerarios, hasta que caiga sobre nosotros, por su culpa, la ira de algún señor de la guerra. Roma no tiene murallas, como las que Amulio construyó en Alba. Nuestra seguridad depende completamente de la buena voluntad y los intereses de los que acuden aquí para hacer negocios. Si los gemelos siguen derramando sangre y saqueando a sus víctimas, si convierten a nuestros jóvenes en una banda de bandoleros, tarde o temprano acabarán mordiendo la cola de un lobo más grande que ellos, y el pueblo de Roma pagará un precio terrible por todo ello.

Poticio fue a visitar a sus viejos amigos a la mañana siguiente. Pese a su reciente riqueza, los gemelos vivían todavía en la cabaña del porquerizo en el Palatino. Poticio se sintió invadido por una oleada de nostalgia al ascender la Escalera de Caco, y susurró una oración de agradecimiento a Hércules al pasar junto a la cueva. Llegó a la cumbre y se situó bajo la higuera. Las ramas estaban cargadas de fruta madura. La sombra era tan opaca que al principio no vio las tres figuras que estaban sentadas en círculo cerca del tronco.

Oyó a alguien que hablaba en voz baja.

—Lo veis, ya os dije que había vuelto. Y más arrogante que nunca... ¡mirad que sombrero más elegante lleva!

Cuando sus ojos se acostumbraron a la oscuridad, Poticio se dio cuenta de que el que había hablado no era ninguno de los gemelos, sino su primo, Pinario.

Rómulo se incorporó de un salto. Se había dejado crecer la barba y estaba más musculoso que nunca, pero su luminosa sonrisa era la de siempre. Fingió sorpresa ante la exótica vestimenta de Poticio, y levantó una ceja y chasqueó los dedos en dirección al sombrero cónico. Poticio le imitó levantando una ceja y señalando la corona que Rómulo lucía en la cabeza. Ambos estallaron en carcajadas.

Remo se incorporó lentamente. Su sonrisa era débil y caminaba con una leve cojera. Extendió los brazos y abrazó a Poticio.

Pinario se quedó en su lugar, observando a Poticio con los brazos cruzados y una expresión de cinismo.

—Me alegro de que estés de vuelta, primo. ¿Te fueron bien los estudios?

—Estupendamente bien... en cuanto mis maestros consiguieron meterme en la cabeza la cantidad suficiente de etrusco como para que pudiera seguir adecuadamente las clases.

—Un bravo para tus maestros. Pues por aquí, los gemelos se han dedicado a enseñarnos una lección un poco distinta: ¡cómo derrocar a un rey y hacerse con su corona!

—Sí, ya me lo ha contado mi padre. Doy gracias a Hércules de que sigas con vida, Remo.

—Tal vez Hércules me haya ayudado, pero fue mi hermano quien le cortó el cuello a ese desgraciado de Amulio.

Rómulo sonrió.

—Sí, precisamente estábamos hablando de eso con Pinario. Pinario miró con cautela a Poticio.

—Tal vez sea mejor que me marche y continuemos más tarde con la discusión.

—¡No hay ninguna necesidad! Poticio puede unirse a ella —dijo Rómulo.

—¿De verdad crees que es buena idea? —La mirada de su primo era tan gélida que Poticio dio media vuelta dispuesto a irse, pero Remo lo retuvo sujetándolo por el brazo.

—Quédate, Poticio. Necesitamos tu consejo.

Los cuatro se sentaron a la sombra de la higuera. Rómulo continuó la discusión.

—El problema es el siguiente: hay quien dice que lo que hicimos en Alba estuvo mal, que matar a Amulio fue un asesinato y que quedarnos con su tesoro fue un robo. No es necesario decir que no son más que estupideces; si la gente piensa mal de nosotros, tendremos problemas en el futuro. Nadie quiere un baño de sangre con los familiares de Amulio, ni más problemas entre Alba y Roma. No me malinterpretéis: pelearé con cualquier hombre que quiera pelear contra nosotros y mataré a cualquier hombre que nos lleve la contraria. Pero todo sería más fácil si la gente viera que teníamos razón. Si ya no lo ven así, ¿cómo podemos convencerlos? Remo y yo llevamos días reflexionando sobre esta cuestión, sin llegar a ninguna parte, y entonces, esta mañana temprano, aparece Pinario con una idea tan brillante que ilumina incluso el cielo. ¿A que es muy brillante, Remo?

—Tal vez. —Su tono era menos entusiasta que el de su hermano.

—Remo y yo no somos pensadores, somos hombres de acción. Por eso un tipo como Pinario es un amigo muy valioso para nosotros. En Alba luchó como un león... ¡y además tiene la cabeza sobre los hombros!

Pinario miró a Poticio con aire de suficiencia.

Poticio puso mala cara.

—¿De qué estás hablando, Rómulo?

—¡Del plan de Pinario! O más bien debería decir, de la verdad que Pinario nos ha revelado, y que revelaremos al resto del mundo. ¿Le cuento yo la historia o lo haces tú, Remo?

Remo sonrió débilmente.

—Cuéntaselo tú, hermano. Tengo miedo de olvidarme alguna cosa.

—Muy bien. ¿Recuerdas la historia sobre cómo nos encontró Fáustulo? Fue el año de la gran inundación. Remo y yo íbamos a la deriva en el interior de una cuna de madera que fue a embarrancar en la ladera del Palatino, justo allá arriba. Allí fue donde nos encontró Fáustulo. Hubo tantos ahogados que todo el mundo supuso que éramos dos huérfanos más. ¿Por qué no dejar, entonces, que Fáustulo y su mujer nos criaran como hijos suyos? Siempre han sido buenos con nosotros, nadie puede negarlo. Puedo llamarles madre y padre, y me siento orgulloso de hacerlo.

Apartando la vista de los gemelos, el rostro de Pinario se iluminó con una sonrisa. Poticio sabía que estaba pensando en el chiste grosero que afirmaba que los hermanos habían sido amamantados por una loba.

—Pero resulta que, después de andar por Alba preguntando un poco, Pinario ha descubierto algo —prosiguió Rómulo—. Recuerda: todo esto sucedió el año de la gran inundación. Por aquel entonces, Amulio no era aún el rey de Alba, sino que el rey era su hermano Numitor. Pero Amulio, un desgraciado hambriento de sangre de toda la vida, mató a su hermano y le usurpó la corona. Eso sí fue un asesinato; *eso* sí fue un robo. Creo que no existe crimen peor que ése: ¡un hombre que

mata a su propio hermano! La única persona que quedó con vida y que podía ser un problema para Amulio era la hija de su hermano, Rea Silvia. ¿Y si tenía un hijo y ese hijo decidía algún día vengar la muerte de su abuelo y recuperar la corona? Para evitar que eso ocurriera, Amulio obligó a Rea Silvia a convertirse en sacerdotisa de Vesta (Vesta es la diosa del hogar que veneran allí en Alba). Sus sacerdotisas son las vestales y hacen votos para permanecer vírgenes, bajo pena de muerte. Amulio se creyó muy listo. Dejó con vida a su sobrina, evitando así mancharse las manos con más sangre, y encontró la manera de impedir que llevara en su vientre un posible rival. Además, lo hizo de tal modo que siempre podía decir que estaba complaciendo los deseos de la diosa.

—Pero el plan de Amulio no salió bien del todo. Pese a sus votos, pese a vivir recluida en un bosque consagrado al dios de la guerra, Mavors, Rea Silvia se quedó embarazada. Hay en Alba quien dice que Amulio pudo violarla, ya que era el único hombre que tenía acceso a ella, y cualquier hombre capaz de asesinar a su propio hermano no pondría objeciones a violar a su propia sobrina. Pero hay otros en Alba que cuentan una historia más curiosa aún. Piensan que debió de ser Mavors quien cautivó a Rea Silvia, pues era en su bosque donde estaba recluida.

—Quienquiera que fuese el padre, Rea Silvia consiguió ocultar su embarazo hasta el momento del parto. Cuando Amulio fue informado del asunto, se puso furioso. Rea Silvia dio a luz... pero murió muy poco después. Podría ser que Amulio la hubiese asesinado; podría ser que muriera de parto. Pero ahora la historia se pone aún más interesante, pues la gente de Alba dice que Rea Silvia dio a luz *gemelos*. Y entonces uno se pregunta: ¿qué fue de esos dos niños, de los nietos del asesinado rey Numitor?

Poticio lo miró dubitativo.

—¿Qué estás sugiriendo, Rómulo?

—Recuerda, Poticio, que todo esto sucedió el año de la gran inundación... el mismo año en que Fáustulo nos encontró a Remo y a mí.

—¿Y pensáis que...?

—Los gemelos recién nacidos desaparecieron... pero ¿cómo se los quitó de encima Amulio? Podría afirmar que tenía derecho a matar a Rea Silvia porque ella había incumplido su voto de castidad, pero ni siquiera Amulio querría ver sus manos manchadas con la sangre de dos recién nacidos inocentes. Según dicen en Alba, hizo lo que la gente suele hacer cuando quiere quitarse de encima un recién nacido deforme o no deseado... ordenó a un criado que se llevase a los gemelos a algún lugar lejano y los abandonara.

Poticio movió afirmativamente la cabeza, muy serio.

—Nadie es responsable de matar a unos niños abandonándolos en plena naturaleza. Mueren por la voluntad de los dioses.

—Pero ¿mueren siempre? Todo el mundo ha oído historias sobre niños abandonados en plena naturaleza y criados por animales salvajes, o rescatados porque los dioses o los *numina* consideraron que era adecuado ayudarlos. ¿Quién puede decir que esos dos bebés, abandonados el uno junto al otro en el interior de una cuna de madera en alguna montaña remota, no fueron arrastrados por la gran inundación hasta un lugar alejado de Alba, donde nadie los conocía, donde fueron criados en un ambiente tranquilo y humilde, alejados de Amulio hasta que llegó el momento en que los dioses consideraron oportuno guiarlos hacia su destino?

Poticio negó con la cabeza.

—Rómulo, este tipo de habladurías son tonterías. Es una locura.

—Por supuesto que lo es... ¡una locura brillante! Reconozco que todo el mérito es de Pinario, que fue quien descubrió la historia, vio la conexión evidente que existe y vino aquí hoy a exponernos los hechos.

Remo se movió inquieto. Hizo una mueca. ¿Le dolía algo, o se sentía incómodo ante el entusiasmo de su hermano?

—No puede decirse que sean hechos, Rómulo. Son especulaciones descabelladas.

—Tal vez. Pero ¿no es precisamente el tipo de historia que a la gente le gusta creer?

—¿Te la crees tú, Rómulo? —dijo Poticio. Su formación como arúspice le había inculcado un gran respeto por la búsqueda de la verdad. Buscar la verdad solía ser complicado; los ojos y los

oídos propios eran poco fiables, igual que las historias de los demás, e incluso en las mejores circunstancias, la voluntad de los dioses podía ser oscura y abierta a diversas interpretaciones. El estilo superficial con que su amigo jugaba con la verdad le incomodaba, igual que veía que incomodaba también a Remo.

—A lo mejor me la creo —respondió Rómulo—. ¿Puedes decir el nombre de la mujer que nos parió a mí y a Remo, Poticio? No. ¿Por qué no decir entonces que fue Rea Silvia?

—Pero... eso convertiría a Amulio en vuestro padre... ¡al hombre que mataste a cambio de una corona!

—Tal vez. ¿O fue Mavors, el dios de la guerra, quien nos engendró? ¡No te burles, Poticio! Tú dices que eres descendiente de ese dios que llevas colgado al cuello y afirmas que por tus venas corre la sangre de Hércules. ¿Por qué no podríamos Remo y yo ser hijos de Mavors? De todos modos, la historia nos convierte en los nietos y herederos del viejo rey Numitor. ¡Cuando eliminamos a Amulio y tomamos su tesoro, no hicimos más que vengar el asesinato de nuestro abuelo y reclamar lo que era nuestro con todo derecho!

Hubo un largo silencio, hasta que por fin habló Remo.

—Igual que Poticio, tengo mis reservas. Pero debo admitir que reclamar un linaje real nos solucionaría muchísimos problemas, no sólo ahora, para pacificar a los habitantes de Alba, sino también después, si la gente de por aquí tiene dudas en cuanto a su lealtad hacia nosotros o está celosa de nuestra buena suerte.

Rómulo dejó caer una mano en el hombro de Remo y sonrió.

—Mi hermano es el hombre más sabio de todos. Y tú, Pinario, eres el más inteligente. —Pinario le devolvió la sonrisa—. Y es una suerte que, en un día como hoy, podamos dar de nuevo la bienvenida a nuestro más antiguo y leal amigo, después de tantos años lejos de aquí. —Miró de reojo a Poticio con una mirada tan cálida y tan cariñosa que la sensación de incomodidad de Poticio se desvaneció al instante, igual que la bruma matutina sobre el Tíber se desvanece bajo el sol naciente.

753 A.C.

Durante los meses siguientes, los gemelos siguieron cosechando los resultados de sus éxitos en Alba. Diseminados por la campiña, a una distancia de unos pocos días a caballo de Roma, vivían numerosos hombres que habían acumulado suficiente riqueza y poder como para mandar sobre sus vecinos, rodearse de guerreros y autodenominarse reyes. Uno a uno, Rómulo y Remo fueron encontrando motivos para desafiar a esos hombres y, uno a uno, los derrotaron en batalla, reclamaron sus riquezas e invitaron a sus guerreros a unirse a ellos en Roma. Los gemelos eran luchadores feroces y temerarios. Y a medida que sus victorias se acumulaban, fueron adquiriendo una reputación de invencibles. A todo el mundo le resultaba fácil creer que eran los hijos de Mavors.

Su fama fue extendiéndose, y más y más hombres se apiñaron para unirse a ellos, atraídos por la posibilidad de vivir aventuras y disfrutar de una parte del botín. Cada día aparecían en el mercado nuevos forasteros preguntando por los gemelos. Eran hombres muy distintos de los mercaderes honrados que llevaban generaciones frecuentando la región, o de los esforzados trabajadores que pasaban por allí, buscando empleo temporal en los mataderos y en las instalaciones dedicadas al salazón. Los recién llegados eran hombres de aspecto duro. Algunos iban armados, llevaban cascos de bronce o piezas de armaduras desparejadas y lucían las cicatrices de anteriores batallas. Otros llegaban con nada más que los harapos que vestían, y muchos tenían un aspecto sospechoso y guardaban un hermético silencio sobre su pasado. Unos cuantos eran jóvenes inocentes, ilusos y sedientos de aventura, impresionados por las historias que se contaban de los gemelos y ansiosos por entrar a su servicio.

—¿Qué le han hecho a nuestra Roma? —se lamentaba Poticio padre—. Recuerdo el tiempo en

que podías rodear las Siete Colinas y no encontrarte con nadie a quien no conocieras por su nombre. Conocías a tu vecino; conocías a sus abuelos, y sabías quiénes eran sus primos y qué dioses veneraban más en su familia. Las familias llevaban generaciones viviendo aquí. ¡Ahora, cada vez que salgo de la cabaña, tengo la sensación de encontrarme en una reunión de descastados y ladrones de ganado! Ya me parecía terrible cuando todos esos extranjeros empezaron a aparecer por aquí, vagabundeando, sin que nadie los invitara. ¡Pero ahora los gemelos han puesto un anuncio invitándolos a venir a Roma! «¡Venid, uníos a nosotros!», dicen. «Da lo mismo quién seas, o dónde hayas estado, o lo qué hayas hecho para andar huyendo. ¡Si vales para luchar y estás dispuesto a hacer un voto de fidelidad, toma tus armas y vente a saquear con nosotros!». Cualquier cortador de cuellos y bandido, desde las montañas al mar, encuentra un hogar en Roma, en la cumbre de la colina del Asylum. ¿Y por qué no? ¡Lo único que buscan Rómulo y Remo son cortadores de cuellos y bandidos!

Poticio, que tenía ahora su propia cabaña en el Palatino, cerca de donde vivían los gemelos, había ido a casa de su padre sólo para una breve visita, pero se había encontrado atrapado por los exaltados discursos de su padre. La referencia que había hecho su padre a la colina del Asylum era especialmente hiriente. A medida que el número de seguidores de los gemelos había ido aumentando, se había encontrado espacio dónde alojarlos en la cima de la colina, directamente encima del mercado. Era un lugar natural donde albergar un ejército; los dos puntos más elevados, en los extremos opuestos de la colina, proporcionaban una visión dominante sobre todo el paisaje, y las laderas empinadas de la colina la convertían en el lugar mejor defendible de Roma. El nombre que la gente le había dado últimamente a la colina, Asylum, procedía del altar que los gemelos habían mandado construir allí, dedicado a Asylaeus, el dios de los vagabundos, los fugitivos y los exiliados, un dios que ofrecía refugio a aquellos que no lo encontraban en ninguna otra parte. Como arúspice, y gracias a su formación como sacerdote de Hércules, Poticio había presidido la consagración del altar de Asylaeus. Las duras palabras de su padre contra el Asylum y sus habitantes fueron para Poticio como un reproche personal.

Pero la diatriba de Poticio padre estaba sólo empezando.

—Y tú, hijo mío..., los acompañas en sus incursiones. ¡Te unes a sus saqueos!

—Viajo con Rómulo y Remo como su arúspice, padre. Cuando tenemos que atravesar un río, pregunto a los *numina* cuál es el mejor paso. Antes de cada batalla, hago los auspicios leyendo las entrañas de las aves para determinar si el día es propicio para la victoria. Cuando hay tormentas, estudio los rayos en busca de señales de la voluntad de los dioses. Fueron las cosas que me enseñaron a hacer durante mi estancia en Tarquinia.

—Antes de convertirte en arúspice, hijo mío, te convertiste también en sacerdote de Hércules. Por encima de todo, eres el responsable del Ara Máxima.

—Lo sé, padre. Pero piensa en lo siguiente: Hércules era hijo de un dios y un héroe del pueblo. Igual que Rómulo y Remo.

—¡No! Los gemelos no son más que un par de huérfanos criados por un porquerizo y la prostituta de su esposa. Se parecen más a Caco que a Hércules.

—¡Padre!

—Piensa, hijo mío. Hércules salvó al pueblo y se marchó, sin pedir nada a cambio. Caco mataba y robaba sin remordimientos. ¿A quién de los dos se parecen más tus queridos gemelos?

Poticio lanzó un grito sofocado ante la temeridad de las palabras de su padre. Si alguna vez él había tenido pensamientos de esa índole, los había eliminado en cuanto tomó la decisión de permanecer al lado de los gemelos y unir su destino al de ellos.

—Y, ahora —prosiguió su padre—, tienen pensado rodear una buena parte de Roma con una muralla, más alta y más fuerte aún que las estacas que rodeaban la gran casa de Amulio en Alba.

—Padre, ten por seguro que una muralla es algo bueno. Roma se convertirá en una ciudad respetada. Si nos atacan, la gente podrá ponerse a salvo detrás de las murallas.

—¿Y por qué alguien se plantearía atacar al bueno y honesto pueblo de Roma, si no fuera por el hecho de que los gemelos han provocado un baño de sangre y miseria en otros pueblos y se han llevado a casa un botín más grande del que nunca necesitaron? Hijo mío, existen dos maneras de

abrirse camino en el mundo. Una es la que siguieron nuestros antepasados: comerciando pacífica y justamente con los demás, ofreciendo hospitalidad a los forasteros, acumulando las riquezas justas para vivir con comodidad y tratando con diligencia de no ofender ni a los hombres ni a los dioses. La gente debe trocar los bienes que necesita; Roma era un lugar seguro y honesto donde poder hacerlo, y todo el mundo sabía que podía salir de Roma sin que nadie le hubiese agraviado. Y como nunca acumulamos riquezas, nunca atrajimos la envidia de los avariciosos y los violentos.

—Pero hay otra forma de vivir, la forma de vivir de hombres como Amulio, y como Rómulo y Remo: tomar por la fuerza lo que otros han ido acumulando con su duro trabajo. Sí, su forma de vivir es un camino rápido hacia la acumulación de grandes riquezas... y, a buen seguro, hacia el derramamiento de sangre y la ruina. Está muy mal lo de amedrentar y robar a tus vecinos, y luego utilizar el tesoro que has robado para pagar a forasteros que te ayuden a amedrentar y robar a más vecinos. Pero ¿qué sucederá cuando todos estos vecinos se unan y lleguen aquí buscando venganza, o cuando aparezca en escena un bribón más grande y decida robar el tesoro de los gemelos?

—Sí, pero si sucede lo que tú dices, tendremos una muralla que nos mantendrá a salvo. ¡Qué tontería! ¿Acaso no aprendieron nada los gemelos de su victoria sobre Amulio? ¿Le sirvieron de algo sus murallas a Amulio? ¿Le salvaron la vida sus guerreros mercenarios? ¿Le sirvió todo su tesoro para comprar un poco de aire que poder respirar cuando Rómulo le cortó el cuello?

Poticio negó con la cabeza.

—Todo lo que dices tiene mucho sentido, padre, pero existe una gran diferencia entre Amulio y los gemelos. Amulio perdió el favor de los dioses; la fortuna se volvió contra él. Pero los dioses aman a Rómulo y Remo.

—¡Querrás decir que tú los amas, hijo mío!

—No, padre. No hablo como su amigo, sino como sacerdote y arúspice. Los dioses aman a los gemelos. Es un hecho manifiesto. En toda batalla, especialmente cuando se trata de una batalla a muerte, tiene que haber un vencedor y un perdedor. Rómulo y Remo siempre vencen. Eso no sucedería a menos que los dioses no lo quisieran así. Hablas con desprecio del camino que ellos han elegido, pero yo te digo que su camino está bendecido por los dioses. ¿Cómo se explican si no sus éxitos? Por eso los sigo, y por eso utilizo todas las habilidades que poseo para arrojar luz en el camino que tienen por delante.

Su padre, incapaz de contradecir estas palabras, se quedó en silencio.

Los gemelos acordaron la construcción de una muralla, pero no su lugar de asentamiento.

Rómulo se decantaba por una muralla que rodease el Palatino. Remo consideraba que la muralla debía construirse alrededor del Aventino, más al sur. Día tras día, Poticio los oía discutir.

—Tus razones son puramente sentimentales, hermano —dijo Remo—. Nos criamos aquí, en el Palatino, por lo tanto quieres convertirlo en el centro de Roma. Pero en el Palatino no vive nadie, excepto unos cuantos pastores y sus rebaños. ¿Por qué construir una muralla en torno a una ciudad de ovejas? ¿O pretendes ahuyentar a los pastores y llenar el Palatino de edificios? Yo digo que dejemos esta colina en su estado natural, tal y como estaba cuando éramos niños, y construyamos la ciudad en otra parte. El lugar natural de expansión es al sur del Spinon, cerca de la margen del río. El mercado, los almacenes de sal y los mataderos se acumulan ya a los pies del Aventino. Ésa es la colina que deberíamos rodear con una muralla, sobre la cual deberíamos empezar a construir una ciudad respetable.

—¡Tus palabras suenan perfectamente razonables, hermano! —rió Rómulo. Los dos hermanos, junto con Poticio y Pinario, estaban paseando por el Palatino. El cielo lucía un azul resplandeciente con nubes blancas dibujadas sobre el horizonte. La colina estaba cubierta de hierba verde y de flores, pero no se vislumbraba ni una sola oveja; las ovejas habían sido encerradas en sus corrales, que estaban adornados con ramos de enebro y guirnaldas de hojas de laurel. Era el día de las Palilia, el festival de la diosa Pales. Aquí y allí, columnas de humo ascendían hacia el cielo. Cada familia

había instalado su altar en honor a Pales y sobre estas piedras levantadas quemaban diversas sustancias: en primer lugar, puñados de azufre para la purificación, que emitían un humo azul celeste; después, ramitas de fragante romero, laurel y enebro sahino; a continuación, una ofrenda formada por tallos de judías mezclados con la ceniza de becerros calcinados, rociado todo con sangre de caballo. Con las ramas de enebro, los pastores esparcían el humo sobre los animales encerrados en los corrales; el humo sagrado de Pales mantenía a las ovejas sanas y fértiles. Después, los pastores lo festejaban comiendo pasteles de mijo y bebiendo tazones de leche caliente rociada con mosto de vino tinto.

—Perfectamente razonables —repitió Rómulo—. Pero no es una cuestión de razonamiento, hermano, sino de crear una ciudad digna de dos reyes. Dices que me inclino por el Palatino porque soy un sentimental. ¡Pues claro que lo soy! ¿Cómo puedes tú pasear por esta colina el día de las Palilia y no sentir que estás en un lugar especial? Sus razones tendrían los dioses para dejar nuestra cuna en la ladera del Palatino. ¡La verdad es que estamos en el corazón de Roma! Y la muralla tiene que construirse rodeando el Palatino, para honrar el hogar que nos crió. Los dioses bendecirán nuestra obra.

—¡Esto es ridículo! —espetó Remo, con una dureza que sorprendió a todos—. Si no atiendes a la razón, ¿cómo pretendes gobernar la ciudad?

Rómulo se esforzó por mantener un tono de voz inalterable.

—Hasta ahora, hermano, he hecho un buen trabajo formando un ejército y liderándolo en la batalla.

—Gobernar una ciudad es completamente distinto. ¿Tan tonto eres que no lo ves?

—¿Te atreves a llamarme tonto, Remo? No fui precisamente yo el tonto que se dejó capturar por Amulio y necesitaba ser rescatado...

—¿Cómo te atreves a echarme eso en cara? ¿O acaso te gusta recordarme las horas que pasé sufriendo, innecesariamente, porque tú perdiste el tiempo aquí en Roma...?

—¡Eso no es justo, hermano! ¡No es verdad!

—Y ya que tú acabaste con Amulio, tú llevas la corona a diario, aunque prometiste que la compartiríamos a partes iguales.

—¿Es eso lo que te ocurre? ¡Cógela! ¡Póntela! —Rómulo se quitó la corona de hierro, la depositó en el suelo y se alejó con paso majestuoso. Pinario corrió tras él.

De pequeños, los gemelos nunca discutían. Pero ahora discutían constantemente, y sus discusiones eran cada vez más acaloradas. Desde pequeño, Rómulo había sido el más cabezota e impulsivo, y Remo había sido siempre el que refrenaba a su hermano. Pero la tortura que había recibido de manos de Amulio había provocado cambios en Remo.

Su cuerpo nunca se había recuperado del todo; seguía caminando con una leve cojera. Más que eso, su temperamento tranquilo le había abandonado; se enfadaba ahora con la misma rapidez que su hermano. Rómulo también había cambiado desde lo de Alba. Seguía tan fogoso como siempre, pero era más disciplinado y resuelto, y más seguro de sí mismo y arrogante que nunca.

En Alba, Remo había sufrido las torturas de Amulio; Rómulo había disfrutado del resplandor del triunfo y de la satisfacción de rescatar a su hermano. Uno se había convertido en la víctima y el otro en el héroe. Esta disparidad había generado una fisura entre ellos, pequeña al principio pero que seguía creciendo sin parar. Poticio sabía que la pelea de la que acababa de ser testigo no era por la muralla, sino por algo que iba terriblemente mal entre los gemelos, algo a lo que ninguno de los dos podía ponerle nombre ni sabía cómo solucionar.

La corona desechada había ido a parar a los pies de Poticio. Se inclinó para recogerla de la hierba, sorprendido al notar su peso. Se la ofreció a Remo, quien la cogió pero no se la colocó en la cabeza.

—Este asunto de la muralla debe solucionarse de una vez por todas —dijo en voz baja Remo, mirando la corona—. ¿Qué opinas, Poticio? —Vio la mirada preocupada en la cara de su amigo y rió casi de pena—. No, no te pido que tomes partido. Te pido consejo como arúspice. ¿Cómo solucionar este asunto consultando la voluntad de los dioses?

Y en un abrir y cerrar de ojos, una sombra pasó sobre ellos. Poticio levantó la vista y vio un

buitre en lo alto.

—Me parece que conozco una manera —dijo.

La competición se celebró al día siguiente. No fue Poticio quien lo calificó de competición, sino los gemelos, pues era evidente que lo veían así. Para Poticio era un rito muy solemne que requería toda la sabiduría que había aprendido en Tarquinia.

El rito se llevó a cabo simultáneamente en las dos colinas en competencia. Rómulo se colocó en un punto elevado del Palatino, de cara al norte; a su lado estaba Pinario, en su papel de sacerdote de Hércules. Remo, acompañado de Poticio, se situó en el Aventino, de cara al sur. En ambos lugares habían clavado previamente al suelo una cuchilla de hierro en el suelo para que su sombra pudiera determinar *el* momento exacto del mediodía. Habían trazado también una marca en la tierra, a cierta distancia de la hoja, para que el movimiento de la sombra proyectada por la hoja de hierro señalara el paso de un determinado espacio de tiempo. Durante este lapso de tiempo, cada hermano y su sacerdote acompañante observarían el cielo en busca de buitres. Los sacerdotes contarían cada buitre que avistaran trazando un surco en la tierra con una lanza.

¿Por qué buitres? Poticio había explicado su razonamiento a los hermanos:

—El buitre es un animal sagrado para Hércules, quien siempre se alegró al avistarlo. Entre todas las criaturas, es la menos dañina; no provoca daños ni en cultivos, ni en frutales, ni en el ganado. Nunca mata o hace daño a los seres vivos, sino que rapiña sólo carroña, e incluso así, nunca rapiña otras aves; mientras que las águilas, los halcones y las lechuzas atacan y matan a los de su propia especie. De todas las aves, es la más difícil de ver y muy pocos son los que pueden decir que han visto a sus crías. Debido a esto, los etruscos creen que los buitres vienen de otro mundo. Por lo tanto, dejemos que sea el avistamiento de buitres lo que determine la voluntad del cielo en lo que al asentamiento de la ciudad de Roma se refiere.

Llegó el mediodía. Remo, en la cima del Aventino, levantó el brazo y señaló al cielo.

—¡Ahí hay uno!

Poticio reprimió una sonrisa. Su formación como arúspice le había enseñado a reconocer a gran distancia todo tipo de aves.

—Me parece que es un halcón, Remo.

Remo forzó la vista.

—Sí que lo es.

Siguieron vigilando. El tiempo parecía pasar muy lentamente.

—Veo uno, allá —dijo Poticio. Remo siguió su mirada y asintió. Poticio presionó la lanza contra el suelo y marcó un surco.

—¡Y allí hay otro! —gritó Remo. Poticio lo confirmó y marcó un segundo surco.

Y así siguieron hasta que la sombra de la hoja alcanzó la marca que señalaba el fin de la competición. Había seis surcos en el suelo, indicando los seis buitres avistados por Remo. Sonrió, dio unas palmadas, se le veía satisfecho. Poticio le comentó que era una cifra considerable, que daba buenos presagios.

Descendieron del Aventino. Fueron a reunirse con Rómulo y Pinario en la pasarela sobre el Spinon, pero después de una larga espera, Remo empezó a impacientarse. Se dirigió a la Escalera de Caco, y Poticio lo siguió. Al subir, Remo tropezó con algunos escalones. Poticio se percató de que aquel día su amigo cojeaba mucho.

Encontraron a Rómulo y Pinario sentados sobre un árbol caído, no muy lejos del lugar donde habían montado la vigilancia en el Palatino. Los dos estaban riendo y charlando, muy animados.

—Teníamos que reunirnos en el Spinon —dijo Remo—. ¿Por qué estáis aún aquí?

Rómulo se incorporó. Sonrió de oreja a oreja.

—¿Por qué debería el rey de Roma abandonar el centro de su reino? Te dije que el Palatino es el corazón de Roma, y hoy los dioses han dejado claro que están de acuerdo con ello.

—¿Qué dices?

—Compruébalo por ti mismo. —Rómulo señaló el lugar donde Pinario había marcado los surcos en el suelo.

Cuando Poticio vio el número de surcos, soltó un suspiro.

—¡Imposible! —musitó.

Había tantos surcos que no podían contarse de un solo vistazo. Remo los contó en voz alta.

—... diez, once, doce. ¡Doce! —Se volvió hacia Rómulo—. ¿Estás diciéndome con eso que has visto doce buitres, hermano mío?

—Son los que he visto.

—¿No eran gorriones, ni águilas, ni halcones?

—Buitres, hermano. El ave más sagrada de Hércules, y la más excepcional. Dentro del periodo permitido de tiempo, he visto y *contado* en el cielo doce buitres.

Remo abrió la boca para decir algo, luego la cerró, atónito. Poticio se quedó mirando fijamente a Pinario.

—¿Es esto cierto, primo? ¿Has verificado el recuento con tus propios ojos? ¿Has marcado tú todos esos surcos en la tierra? ¿Has llevado a cabo el ritual franca y honestamente frente a los dioses, tal y como es digno de un sacerdote de Hércules?

Pinario le devolvió la mirada con frialdad.

—Naturalmente, primo. Todo se ha hecho debidamente. Rómulo ha avistado doce buitres y yo he hecho doce marcas. ¿Cuántos buitres ha visto Remo?

Si Pinario mentía, Rómulo mentía también, engañando a su propio hermano y sonriendo al mismo tiempo. Poticio miró a Remo; la mandíbula de su amigo temblaba y pestañeó a toda velocidad. Desde la tortura que había sufrido a manos de Amulio, la cara de Remo se veía ocasionalmente presa de violentas convulsiones, pero hoy había algo más. Remo estaba reprimiendo las lágrimas. Sacudiendo la cabeza, incapaz de hablar, se marchó apresuradamente, cojeando de mala manera.

—¿Cuántos ha visto Remo? —volvió a preguntar Pinario.

—Seis —musitó Poticio.

Pinario asintió.

—Entonces, la voluntad de los dioses está clara. ¿No estás de acuerdo, primo?

Cuando Rómulo habló luego por su cuenta con él para pedirle consejo como arúspice en relación a la construcción de las murallas de la ciudad, Poticio se le resistió. A punto estuvo de acusar a Rómulo de mentiroso, y Rómulo le leyó el pensamiento. Sin admitir en ningún momento el engaño, desterró las dudas de Poticio acerca del recuento de buitres. Había habido un desacuerdo, el desacuerdo tenía que solventarse, había quedado solventado y ahora debían seguir adelante.

Con sutiles lisonjas, Rómulo acabó convenciendo a Poticio de que su participación era esencial para el establecimiento de la ciudad. Había una forma correcta y una forma incorrecta de hacerlo y a buen seguro, por el bien de los habitantes de Roma y sus descendientes, todo debía hacerse de acuerdo con la voluntad de los dioses... ¿y quién sino Poticio podía adivinar de forma fiable su voluntad? Rómulo declaró su fervoroso deseo de que Remo se encargara de una parte del ritual equivalente a la de él, y convenció a Poticio para que los ayudara a hacer las paces.

Gracias a Poticio, cuando llegó el día de establecer el *pomerium,* los límites sagrados de la nueva ciudad, todo se hizo debidamente y ambos gemelos tomaron parte en el ritual.

Los ritos se llevaron a cabo según las antiguas tradiciones transmitidas por los etruscos. En el lugar que Poticio determinó como el centro exacto del Palatino, y por lo tanto el centro de la nueva ciudad, Rómulo y Remo iniciaron la obra y cavaron un hoyo profundo, utilizando una pala que fueron pasándose el uno al otro. Todos los que deseaban ser ciudadanos fueron acercándose uno a

uno para echar un puñado de tierra al hoyo, diciendo: «Éste es un puñado de tierra de...», pronunciando el nombre de su lugar de procedencia. Los que llevaban generaciones viviendo en Roma, realizaron el ritual junto con los recién llegados, pues la mezcla de tierras simbolizaba la fusión de la ciudadanía. Incluso el padre de Poticio, pese a sus reservas respecto a los gemelos, tomó parte en la ceremonia, echando en el hoyo un puñado de tierra que había sacado con su pala del terreno situado justo enfrente del umbral de la cabaña de su familia.

Cuando el hoyo estuvo lleno, se colocó sobre él un altar de piedra. Poticio pidió a Júpiter, dios del cielo y padre de Hércules, que cuidara de la fundación de la ciudad. Rómulo y Remo invitaron a Mavors y Vesta a ser testigos del hecho: el dios de la guerra que se rumoreaba era su padre y la diosa de la tierra, a quien se había consagrado su supuesta madre, Rea Silvia.

Con anterioridad, los gemelos habían dado la vuelta al Palatino y decidido la mejor disposición de la red de fortificaciones que iba a rodearlo. Durante la ceremonia, descendieron a los pies de la colina, donde habían amarrado un arado de bronce a un yugo tirado por un toro blanco y una vaca blanca. Turnándose, los hermanos araron un surco continuo para marcar los límites de la nueva ciudad. Mientras uno araba, el otro caminaba a su lado luciendo una corona de hierro. Rómulo inició el surco; Remo se hizo acrgo del último tramo y unió el final del surco con su comienzo.

La multitud que había seguido cada paso del ritual lanzaba vítores, reía y lloraba de alegría. Los hermanos levantaron sus rendidos brazos en dirección al cielo, se volvieron el uno hacia el otro y se abrazaron. En aquel momento, Poticio tuvo la sensación de que los dioses amaban de verdad a los gemelos y que ningún poder terrenal podría derribarlos.

Aquel día, en el mes que posteriormente recibiría el nombre de *aprilis,* en el año que posteriormente sería conocido como 753 a.C., nació la ciudad de Roma.

La construcción de las fortificaciones empezó enseguida. En comparación con las grandes murallas que se habían edificado en otras partes del mundo, como las de la antigua Troya, éste era un proyecto muy modesto. El plan no era construir una muralla de bloques de piedra; esto habría sido imposible, ya que no había canteras que pudieran suministrar la piedra, ni picapedreros expertos para dar forma a los bloques y montarlos, ni nadie con las habilidades de ingeniera necesarias para diseñar una muralla de ese tipo. La nueva ciudad estaría defendida por una red de zanjas, terraplenes y estacas de madera. En algunos lugares, la pendiente pronunciada de la ladera proporcionaría en sí misma una defensa adecuada.

Por modesto, incluso primitivo, que el proyecto le hubiera parecido a un tirano griego o a un constructor de templos egipcios, las primeras fortificaciones de Roma fueron una obra de un tamaño nunca visto hasta entonces en la región de las Siete Colinas. Rómulo y Remo buscaron la mano de obra entre los habitantes de la colina del Asylum que los habían acompañado en sus incursiones, así como entre los jóvenes del lugar con quienes se habían criado. Pocos de ellos tenían experiencia en las tareas que les impusieron los gemelos. Los errores frecuentes y la gran cantidad de esfuerzo inútil desembocaron en muchas peleas durante la obra.

Siempre que alguna cosa salía mal, era Rómulo, más que Remo, quien cedía a los ataques de rabia. Gritaba a los trabajadores, los amenazaba y, a veces, incluso les pegaba. Cuanto más protestaban los trabajadores defendiendo su inocencia, más furioso se ponía Rómulo, y, mientras, Remo se mantenía al margen y observaba las explosiones de ira de su hermano sin apenas ocultar lo mucho que se divertía con ello. Al principio, Poticio tenía la impresión de que las cosas estaban volviendo a la normalidad, siendo de nuevo Rómulo el más acalorado de los gemelos y Remo el más tranquilo. Pero después de que la escena se repitiera numerosas veces (un fallo en las fortificaciones, explosiones de rabia por parte de Rómulo, los trabajadores defendiendo su inocencia, y Remo observando en silencio el incidente), Poticio empezó a albergar una inquietante sospecha.

Y no era el único. Pinario estaba también allí cada día, y pocos detalles se le escapaban. Una tarde, habló con Poticio.

—Primo, esta situación no puede continuar. Pienso que deberías hablarlo con Remo... a menos, naturalmente, que seas tú quien esté empujándolo a esto.

—¿De qué me hablas, Pinario?

—Hasta el momento, no le he mencionado nada a Rómulo sobre mis sospechas. No deseo crear más problemas entre los gemelos.

—¡Habla sin rodeos! —dijo Poticio.

—Muy bien. Ha habido demasiados problemas con la construcción de estas fortificaciones. Tal vez los hombres no sean constructores expertos, pero no son estúpidos. Ni son todos unos gandules, ni unos cobardes incapaces de asumir la responsabilidad de un error que realmente han cometido. Pero los errores son continuos, y nadie asume las culpas. Rómulo está cada día más enfadado, mientras que Remo apenas puede disimular su risa. Unas travesuras sin mala intención es una cosa. Pero la traición deliberada es otra completamente distinta.

—¿Pretendes decirme que alguien está saboteando la construcción?

—Tal vez no sea más que una serie de bromas. La intención podría ser simplemente hacer enfadar a Rómulo, pero el daño va mucho más allá de eso. Rómulo está quedando como un necio. Su autoridad está viéndose socavada. La moral de los hombres cae por los suelos. Detrás de todo esto hay alguien muy inteligente. ¿No serás tú, primo?

—¡Por supuesto que no!

—¿Quién entonces? Alguien próximo a Remo, alguien que pueda charlar libremente con él, tiene que hablarle del tema muy seriamente. Yo no, pues piensa que soy el hombre de Rómulo. A lo mejor tendrías que ser tú, primo.

—¿Y acusarle de traición?

—Utiliza las palabras que consideres oportunas. Pero asegúrate de que Remo comprende que la situación no debe continuar así.

Pero cuando Poticio habló con Remo, con mucho cuidado y abundantes indirectas, sin acusarlo de nada pero sugiriéndole que alguien estaba dificultando el progreso de las fortificaciones, Remo rechazó la idea.

—¿Quién haría una cosa así? La verdad es que no se me ocurre nadie. ¿Te has planteado, buen Poticio, que podría ser que el proyecto en sí estuviera maldito? Si existe una voluntad que desea frustrar la construcción, ¿no podría tratarse de una voluntad que no fuese humana?

Poticio negó con la cabeza.

—Se ha hecho todo lo necesario para aplacar a los *numina* y atraer la bendición de los dioses. Tú mismo invocaste a Mavors y a Vesta...

—Sí, pero ¿crees que la primera adivinación se llevó a cabo correctamente?

Poticio lo tomó como una afrenta personal.

—La competición para avistar los buitres se diseñó adecuadamente. Recurrí a todos los principios de adivinación que aprendí en Tarquinia...

—No digo que te equivocases en nada, Poticio, ni que tus habilidades como arúspice no fuesen suficientes. Pero ¿crees que el recuento de los buitres fue correcto... y honesto? De no ser así, la elección del Palatino estaría basada en una falsedad, y la ciudad concebida por mi hermano Rómulo sería una ofensa a los dioses... que tienen distintas maneras de dar a conocer su voluntad.

Poticio negó con la cabeza.

—Pero si crees que es así, Remo...

—No he dicho que lo crea. Sólo lo sugiero como posibilidad. Como mínimo es tan creíble como tu sugerencia de que alguien está provocando daños con malicia. Te repito la pregunta, Poticio: ¿quién haría una cosa así? ¿Quién desearía causar tantos problemas, y tendría el atrevimiento y la

astucia para hacerlo?

Remo levantó una ceja y le respondió con una sonrisa indulgente para demostrar que, por lo que a él se refería, la idea de su amigo estaba olvidada. Pero Poticio, más inquieto que nunca, se encontró albergando una nueva sospecha. Ahora estaba seguro de que Remo no había hecho nada para entorpecer la construcción, por mucho que le hicieran gracia los enfados de su hermano. Si había entre ellos un agitador, una persona que decía una cosa y luego hacía otra, que parecía tener siempre sus propios motivos secretos... ¿no sería esa persona su primo Pinario?

Poticio no comentó nada sobre su nueva sospecha. Decidió observar y esperar, y mantenerse en silencio mientras tanto. Más adelante desearía haber hablado, no sólo con Remo, sino también con Rómulo; pero tal vez nada de lo que pudiera haber hecho habría alterado el curso de los acontecimientos.

Llegó el verano, y con él los días largos y sofocantes. El trabajo en las fortificaciones continuaba, pero despacio y con continuos contratiempos. Los hombres empezaban a cansarse de tanto trabajo duro y agotador; querían volver de nuevo a los saqueos. Fue en un día particularmente caluroso y húmedo, estando ya muy bajos los ánimos, cuando se produjo la peor de las desgracias.

Los hombres estaban trabajando en una sección del perímetro en la que el terreno era llano en su mayor parte y en la que, por lo tanto, la parte que había que fortificar era considerable. Primero se construyó una pared de estacas dividiéndola en distintas secciones. Cada sección estaba construida con varias estacas afiladas colocadas las unas junto a las otras y unidas mediante fuertes correas de cuero. Una vez unidas las estacas, se excavaba una trinchera en la que se colocaban verticales las diversas secciones de estacas, que se iban uniendo luego entre sí, de manera que cuando después se rellenaba la trinchera con tierra bien prensada, la muralla de estacas quedaba estable y firme. Pero a Rómulo no le gustó la altura de la muralla una vez finalizada. Muchos de los troncos de árbol y de las ramas que se habían utilizado a modo de estacas apenas tenían la altura de un hombre, y una vez enterradas en la trinchera, eran incluso más bajas; si frente a la muralla acababan acumulándose desechos (o cadáveres), cualquier atacante con las piernas largas y los nervios templados se atrevería a saltar por encima de las estacas. Rómulo decidió que era necesario disponer otra línea de defensa a lo largo de aquella sección, de modo que ordenó a los hombres excavar una trinchera adicional en el exterior, que les cubriera hasta las rodillas, y llenarla también con estacas.

Cavar la tierra era lo que más odiaban los hombres, sobre todo cuando ésta estaba calcinada por el sol. Chorreaban de sudor, gruñían entre dientes y comentaban que sería mucho más agradable subirse a un caballo y montar con el aire caliente dándoles en la cara, salir en busca de un botín y sangre y mujeres.

De pronto, primero en algunos puntos y luego a lo largo de toda la zanja, el banco de tierra entre la muralla y la trinchera empezó a desmoronarse. Los hombres habían cavado demasiado cerca de las estacas. La tierra prensada que sostenía la muralla, cedió. De repente, la muralla entera se derrumbó hacia delante, cayendo directamente sobre los hombres que estaban cavando la trinchera.

Rómulo estaba cerca del lugar del suceso, discutiendo con Remo, Poticio y Pinario los detalles del nuevo tramo de fortificaciones. Al oír los gritos de los hombres, corrieron todos y presenciaron una escena de desesperación. La muralla caída pesaba demasiado para poder levantarla. Era necesario arrastrar a los hombres que habían quedado atrapados debajo para sacarlos de allí. Cuando esto era imposible, los rescatadores empezaron a desmontar la muralla, cortando con cuchillos las correas de cuero y separando las estacas. Muchos de los hombres habían resultado gravemente heridos, con dedos rotos, huesos fracturados y cabezas partidas. Sujetaban con fuerza sus heridas y aullaban de dolor.

En medio de aquel caos, Poticio vio que Pinario había llamado a Remo y le estaba hablando al oído. Poticio no había visto nunca una mirada tan furibunda en el rostro de Remo. ¿Qué estaría diciéndole Pinario?

Poticio se acercó y alcanzó a oír a Pinario, que hablaba con un ronco murmullo.

—¡No ha sido idea mía, te lo juro! Rómulo insistió, y tenía miedo a negarme...

—¡Lo sabía! —exclamó Remo—. Lo sospechaba, pero hasta ahora nunca tuve la certeza. ¡El muy mentiroso!

Cuchillo en mano, apartó a Pinario y avanzó en dirección a su hermano dando grandes zancadas. Rómulo, que estaba asistiendo a un trabajador herido, se incorporó al verlo acercarse. Palideció al ver la mirada de Remo y dio un salto hacia atrás.

Remo no le atacó, sino que señaló con el cuchillo en dirección a la muralla caída.

—Ya ves, hermano, ¿te das cuenta de lo que has conseguido con tus confabulaciones y tus mentiras? ¿Estás ya feliz?

Rómulo lo miró fijamente, confuso.

—Te quejabas de que la muralla no era lo bastante alta —dijo Remo—. ¡Mírala ahora! Cualquier hombre podría saltarla, incluso un hombre con cojera. —Cogió carrerilla y saltó sobre la muralla caída. Se volvió entonces para mofarse aún más de Rómulo—. ¿Para qué sirve una muralla, si no se sostiene en pie? ¿Y por qué no se sostiene en pie? Porque los dioses están burlándose de ti, hermano. Los has enojado. A mí puedes mentirme, puedes mentir a todos los habitantes de Roma, pero no puedes engañar a los dioses. ¡Se ríen de ti, hermano, igual que yo me río de ti!

—¡Los dioses están de mi lado! —gritó Rómulo—. Eres tú quien ha estado destrozando mi duro trabajo. ¿Cómo te atreves a traicionarme a mis espaldas y luego echar la culpa a los dioses? ¿Cómo te atreves a reírte de mí? —Rómulo, gritando de rabia, cogió una pala de hierro y la arrojó contra su hermano.

Los gemelos tenían fuerzas demasiado similares para que la pelea se decantara rápidamente hacia un bando u otro. Desde que había sufrido tortura, Remo era el más débil, pero disponía de un arma superior. La rabia de Rómulo entorpecía sus movimientos y lanzó la pala sin pensarlo, dejando su cuerpo descubierto ante el cuchillo de Remo. Los cortes oblicuos que recibió lo pusieron más furioso si cabe, pero también lo agotaron, y el dolor le restó fuerzas. Consiguió darle unas cuantas veces a Remo con la pala, golpeándole en hombros y caderas lo bastante fuerte como para derribarlo, pero Remo se incorporó rápidamente, recuperó el equilibrio y manejó hábilmente el cuchillo. Por fin, Rómulo consiguió darle a Remo en la mano y el cuchillo salió volando por los aires.

Rómulo levantó la pala y se situó en posición para vapulear con todas sus fuerzas al indefenso Remo. Los que observaban la escena se quedaron sin respiración. Pero en lugar de darle, Rómulo lanzó un grito y arrojó la pala al suelo. Se abalanzó sobre Remo, buscándole la garganta, y los dos cayeron rodando al suelo.

Poticio se llevó la mano al pecho. Hasta aquel momento, había temido que uno de los hermanos matara al otro. Pero ahora, enlazados y luchando sólo con los puños, acabarían agotando su rabia y recuperando el sentido común. Alzó las manos hacia el cielo y musitó una oración a Hércules. Y mientras articulaba el nombre del dios, creyó oírlo pronunciado en voz alta. Al volverse vio a Pinario también con las manos alzadas, susurrando una oración. ¿Pero con qué fin estaría rezando Pinario?

Los gemelos rodaron por el suelo. La ventaja pasaba continuamente del uno al otro mientras se daban puñetazos, se agarraban por el cuello y casi se arrancaban los ojos.

Aquel día, le tocaba a Remo lucir la corona de hierro. La llevaba muy encajada y por ello se había mantenida firme en su cabeza durante el combate, hasta que Rómulo la cogió de repente y se la arrancó de la frente. Remo gritó e intentó quitársela de las manos. Los dos gemelos lucharon con ambas manos por la corona. Siguieron así hasta empezar a luchar arrodillados, cada uno tirando con todas sus fuerzas del círculo de hierro, que parecía estar suspendido en el aire, inmóvil, entre ambos hermanos. Sus nudillos se quedaron blancos. La sangre empezó a fluir de sus dedos tiñendo la corona de rojo.

Remo perdió la sujeción. Levantó los brazos y cayó hacia atrás. Rómulo reculó también, pero consiguió volver a arrodillarse. Antes de que Remo pudiera incorporarse de nuevo, Rómulo levantó la corona en el aire y la hizo descender con todas sus fuerzas.

Poticio, que en ningún momento había abandonado sus fervientes oraciones, oyó el crujido del hueso bajo la piel rasgada. El sonido fue tan agudo y ensordecedor como el de una rama que se parte en dos un día de invierno. El golpe sobre la cabeza de Remo fue tan fuerte que dejó en su cráneo una mella del tamaño del puño de un hombre.

Rómulo respiraba con dificultad, temblando de agotamiento. Miró un instante la cara destrozada de su hermano y se incorporó tambaleante. Encajó la ensangrentada corona en su cabeza. Rodeó el cuerpo de su hermano, pisando fuerte y balanceándose como un borracho, observando el círculo de rostros conmocionados en torno a él.

Señaló a Remo.

—¡Ahí está! ¿Lo habéis visto todos? ¡Esto es lo que le sucederá a cualquier hombre que se atreva a saltar sobre mis murallas!

Parte de la multitud allí congregada lanzó un grito sofocado. Algunos lloraban. Unos pocos, los más duros y sanguinarios de los vagabundos que habían llegado a Roma en busca de la protección de Asylum, gruñeron dando así su salvaje aprobación. De ruido de fondo, Poticio seguía oyendo los lamentos de los hombres todavía atrapados bajo la muralla caída.

Poticio veía sólo puntitos negros y sentía náuseas. El momento que vivía se convirtió en irreal. El mundo de la vigilia se había desvanecido y una pesadilla había ocupado su lugar.

Rómulo se detuvo en seco. Sus hombros se hundieron bruscamente. Su mirada siguió la línea de su propio brazo hasta llegar al dedo sangriento que señalaba el suelo y, luego, hasta la cara destrozada de su hermano. Su pecho empezó a subir y bajar de forma convulsiva. Echó la cabeza hacia atrás, se derrumbó sobre sus rodillas y soltó un alarido como ninguno de los presentes había oído en su vida. Los hombres se taparon los oídos para acallarlo. Al oír aquel bramido, Poticio tuvo la sensación de que su cuerpo dejaba de latir y de que su sangre se convertía en hielo.

Rómulo se derrumbó sobre el cadáver de su hermano, llorando incontrolablemente.

Poticio apartó la vista. Se puso a buscar a Pinario, que contemplaba sin pestañear el espectáculo del dolor de Rómulo. Más que nunca, Poticio se dio cuenta de que aquello tenía que ser una pesadilla, pues ¿cómo podía un hombre contemplar el horror de lo que Rómulo acababa de hacer y reaccionar, como estaba haciendo Pinario, con una débil sonrisa?

Remo fue enterrado en la cima del Aventino, en el lugar donde había estado avistando el cielo en busca de buitres. Poticio supervisó los ritos funerarios. Rómulo estuvo presente entre los asistentes. No lloró. Tampoco habló; fue Poticio quien recitó la elegía. De hecho, Rómulo jamás volvería a hablar de su hermano, ni, después del funeral, volvería a permitir que nadie pronunciara el nombre de Remo en su presencia.

Fue un hecho curioso, del que todo el mundo se percató, el que después de la muerte de Remo la serie de contratiempos cesase. La construcción de las fortificaciones continuó sin más desventuras y el grandioso proyecto fue culminado rápidamente.

¿Habría mentido Remo a Poticio cuando negó cualquier responsabilidad sobre los daños? No. Poticio creía que había otro responsable que había dejado de actuar después de la muerte de Remo para que pareciese que Remo había sido el culpable. Esa misma persona había trabajado para envenenar la mente de Rómulo y ponerlo en contra de su hermano y, del mismo modo, había incitado a Remo contra Rómulo diciéndole, el día de su muerte, que la competición de los buitres había sido un simulacro.

Pero Poticio no tenía manera de demostrar sus sospechas y, sin pruebas, sus ideas no valían para nada; su influencia sobre el rey había disminuido. Después de la muerte de Remo, Rómulo confiaba más que nunca en el consejo de Pinario.

Por consejo de Pinario Rómulo, como rey de Roma, fue tomando cada vez más responsabilidades sobre los deberes religiosos de la ciudad, deberes que, de otro modo, habrían recaído sobre Poticio. Poticio seguía siendo el sacerdote heredero de Hércules y el guardián del Ara

Máxima, y seguiría siéndolo para el resto de su vida; de vez en cuando, el rey Rómulo seguía solicitando sus habilidades de arúspice, pero con más frecuencia era el rey, y no Poticio, quien se dedicaba a leer el cielo en busca de señales de la voluntad de los dioses y quien determinaba la voluntad del cielo. ¿Y por qué no? Rómulo era el hijo de un dios.

717 A.C.

Rómulo tenía sólo dieciocho años cuando fundó la ciudad y se convirtió en su rey. Treinta y seis años después, seguía siendo el rey de Roma.

Durante aquellos años se habían llevado a cabo muchas empresas. Se había luchado en muchas batallas. En su mayoría habían sido poco más que incursiones de saqueo estacionales para hacerse con el botín de los vecinos y establecer el dominio de Roma sobre otros hombres que se autodenominaban reyes. Recientemente, se habían desarrollado diversas batallas más importantes contra la ciudad cercana de Veyes, que intentaba reclamar la propiedad de los lechos de sal de la desembocadura del Tíber y hacerse con el control del comercio de la sal. Por la fuerza de las armas, Rómulo obligó a los veyenses a renunciar a sus demandas. Estableció la supremacía de Roma como emporio de la sal sin que hubiese más disputas y garantizó su permanente prosperidad. Pero Veyes sólo había sido vencida, no conquistada; la ciudad seguiría estando en guerra con Roma durante muchas generaciones.

Se habían erigido altares consagrados a muchos dioses y diosas y también se habían construido templos. El primer templo de Roma fue levantado por Rómulo en la cima de la colina del Asylum y fue dedicado al rey de los dioses, Júpiter. Se trataba de un pequeño edificio rectangular construido en madera, cuyo lado más largo medía tan sólo quince pasos y cuya fachada era tremendamente sencilla, con un frontón desprovisto de decoración soportado por dos columnas. En su interior no había estatuas, sólo un altar, pero albergaba los botines de guerra que Rómulo había usurpado a otros reyes.

En honor a Rea Silvia, su madre, Rómulo hizo construir un templo a la diosa Vesta. Se trataba de un edificio de forma redonda con paredes de mimbre y tejado de paja; su forma era muy similar a la de la cabaña donde se había criado Rómulo, pero mucho más grande. En su interior había un hogar donde ardía la llama sagrada, de la que se ocupaban sacerdotisas vírgenes. En honor a Mavors, su padre, erigió un altar en la amplia llanura que circundaba el brazo del Tíber, un lugar muy adecuado para servir como campo de formación de sus soldados. La zona acabó conociéndose como el Campo de Mavors.

E igual que había fortificado el Palatino, Rómulo acabó fortificando asimismo la colina del Asylum, y también el Aventino, satisfaciendo así las ambiciones de su hermano. Drenó el lago cenagoso que alimentaba el Spinon llenándolo de escombros y tierra prensada. El valle resultante, accesible desde la totalidad de las Siete Colinas, se convirtió en un cruce de caminos natural y en un lugar de reunión; los hombres le dieron el nombre de Foro.

Para sí mismo, Rómulo construyó una residencia real, más grande y majestuosa que el pabellón de Amulio en Alba. La cabaña en la que se había criado fue consagrada como lugar sagrado para, de este modo, poder ser conservada para la posteridad en sus condiciones humildes como un monumento a los orígenes del fundador. Del mismo modo, el árbol debajo del cual había sido amamantado, fue declarado sagrado y se acordó que allí siempre habría una higuera plantada que recibiría el nombre de Ruminalis, o árbol chupador.

Para recompensar a sus guerreros más aguerridos y a sus seguidores más fieles, Rómulo estableció un cuerpo de élite al que dio el nombre de Senado. Otorgó a sus cien miembros privilegios especiales y les delegó tareas exclusivas también. Poticio fue uno de los primeros senadores. También lo fue Pinario.

Rómulo alteró y sumó actividades al calendario de festivales. Desde tiempos inmemorables, cada primavera se celebraba las Palilia; debido a la proximidad de esa celebración con la ceremonia de

fundación de Roma, las Palilia se habían convertido también en la ocasión para celebrar el nacimiento de la ciudad. Sólo los hombres que superaban los cincuenta, como Poticio, recordaban la época en que las Palilia habían sido un festival por sí mismo, sin relación alguna con la fundación de Roma.

La carrera de los lobeznos se había convertido también en un evento anual que divertía mucho a Poticio. ¡Hasta qué punto su fallecido padre, en su senectud, se había opuesto a la celebración! Cada invierno, en el aniversario de la fecha en que Rómulo, Remo y Poticio corrieron desnudos por las Siete Colinas, los romanos celebraban las Lupercalia, un festival en honor a Luperco, dios de los rebaños. Se sacrificaba una cabra. Los hijos pequeños de los senadores parrandeaban desnudos por la ciudad, pero en lugar de adornarse con pieles de lobo y blandir tiras de pellejo de lobo, utilizaban pellejos de la cabra sacrificada. Las jóvenes ofrecían sus muñecas para recibir sus azotes, creyendo que el contacto con el vellocino sagrado garantizaba su fertilidad. Lo que era evidente era que nueve meses después de las Lupercalia se producían muchos nacimientos. El ritual que empezó como una celebración de los predadores, celebraba ahora el rebaño, tal y como correspondía a un pueblo civilizado que vivía dentro de un recinto protegido y bajo el gobierno de un rey.

Hubo otras tradiciones que permanecieron intactas e invariables a lo largo del prolongado reinado del rey. El Banquete de Hércules seguía llevándose a cabo en el Ara Máxima cada año, tal y como se había hecho durante muchas generaciones, con los Pinario simulando llegar tarde al banquete y los Poticio reclamando el privilegio exclusivo de comer las entrañas ofrecidas al dios.

Por quincuagésima cuarta vez en su vida (y aunque no lo sabía, por última vez), Poticio había participado en el Banquete de Hércules. Su nieto mayor, por vez primera, se había sumado al ritual con la tarea de ahuyentar las moscas del Ara Máxima con el rabo sagrado de buey. El chico había hecho un buen trabajo. Poticio estaba orgulloso de él y había estado de buen humor todo el día, a pesar del calor y del inevitable desagrado que anualmente le suponía tener que tratarse con Pinario, su compañero sacerdote y primo.

El banquete había acabado. Poticio se había retirado a su cabaña en el Palatino y se había acostado para dormir la siesta. Valeria, su esposa desde hacía muchos años, estaba acostada a su lado, con los ojos cerrados. Había comido abundantemente en el banquete y se sentía también soñolienta.

Poticio miró a su esposa y se sintió inundado por el amor y la ternura. Tenía el cabello casi tan gris como él, y la cara casi tan arrugada como la suya, pero contemplarla seguía siendo un placer. Había sido una esposa fiel, una madre sabia y paciente, y una buena compañera. Como mínimo, la vida le había dado a Valeria. O, por decirlo debidamente: como mínimo, Rómulo le había dado a Valeria.

En cuestión de pocos días, el pueblo de Roma celebraría el gran festival de mitad del verano, las Consualia. Poticio no podía pensar en Valeria sin pensar en las Consualia; no podía pensar en las Consualia sin pensar en Valeria, y recordar...

Rómulo celebró las primeras Consualia al principio de su reinado, aunque el festival no recibiría ese nombre hasta más adelante. Rómulo había decretado la celebración de un festival de competiciones atléticas en el extenso valle que se abría entre el Palatino y el Aventino: carreras pedestres, saltos mortales, demostraciones de piruetas a caballo y competiciones de lanzamiento de piedras. Rómulo invitó a algunos de los vecinos de la ciudad a unirse a los jóvenes de Roma en competición amistosa, especialmente a los miembros de una tribu conocida como la de los sabinos que se habían establecido en la más septentrional de las Siete Colinas. Los sabinos dieron el nombre de Quirinal a aquella colina, en honor a su principal dios, Quirino.

El evidente objetivo de esas primeras Consualia eran las competiciones atléticas; pero Rómulo tenía una sorpresa reservada para los ingenuos visitantes.

Poticio había protestado de forma elocuente al enterarse del plan secreto de Rómulo. La hospitalidad hacia los visitantes era una ley decretada por los dioses. Y todos los sacerdotes de cualquier lugar estaban de acuerdo con ella: un viajero con intenciones honestas siempre debía ser bienvenido, y el deber del anfitrión era ofrecerle seguridad. Lo que Rómulo tramaba (animado, sin lugar a dudas, por su asesor, Pinario) iba en contra de cualquier ley de hospitalidad conocida.

Poticio intentó disuadirle de la idea, pero el rey se mostró inflexible.

—En Roma hay demasiados hombres y faltan mujeres, y cada día siguen llegando hombres —insistió—. Los sabinos del Quirinal tienen un exceso de mujeres jóvenes. Le he hecho proposiciones a su líder, Tito Tacio, invitándolo a enviar esposas para mis hombres, pero se niega; las madres de las jóvenes dicen que los romanos son demasiado toscos. Quieren que sus hijas se casen con sabinos, aunque eso signifique abandonar el Quirinal para vivir con las tribus en las montañas. ¡Una tontería! Mis hombres merecen tener esposa. ¿Acaso no son lo bastante buenos para las mujeres sabinas? Y en cuanto a si se trata de una irreverencia, he rezado al dios Consus para pedirle consejo sobre la materia.

—¿El dios de los consejos secretos?

—Sí. Y me ha demostrado que está de acuerdo conmigo haciéndome llegar diversas señales.

Rómulo había llevado a cabo su plan. Los jóvenes sabinos llegaron para tomar parte en la competición. Los sabinos mayores y las mujeres acudieron también como espectadores. Resultaba sencillo adivinar qué mujeres estaban solteras, pues las matronas formaban un grupo y las vírgenes otro. Los sabinos llegaron desarmados, tal y como debían hacerlo los invitados. Las competiciones avanzaron. Los jóvenes sabinos dieron lo máximo de sí mismos, agotándose, mientras que los romanos fueron comedidos y ahorraron fuerzas. Al recibir la señal convenida por parte de Rómulo, algunos de los romanos capturaron a las sabinas solteras y las llevaron al interior de la ciudad fortificada, mientras los demás tomaban las armas. Los sabinos, desarmados y exhaustos, fueron fácilmente ahuyentados.

Pero ése no fue el final del asunto. Tito lacio, decidido al principio a recuperar a sus mujeres, pidió ayuda a sus parientes de las diversas tribus sabinas, pero no consiguió reunir la cantidad de hombres necesaria para sitiar la ciudad de Roma. Hubo más de una escaramuza y emboscada; mientras, Rómulo se dedicó a animar a sus hombres para que cortejaran a las mujeres cautivas y las conquistaran sin hacer uso de la fuerza. Muchas de las mujeres acabaron casándose voluntariamente con sus pretendientes y dieron a luz hijos; incluso las que se sentían infelices en Roma empezaron a darse cuenta de que no podían regresar a sus hogares en el Quirinal, pues los demás sabinos las considerarían comprometidas e inadecuadas para el matrimonio. Al final, Tito lacio decidió sacar ventaja de una mala situación y terminar la disputa con una negociación. Rómulo llegó a un acuerdo por el cual se entregarían bienes a las familias de las mujeres capturadas y, a cambio, los sabinos reconocerían los matrimonios y accederían a reanudar las relaciones pacíficas. La confusión de sentimientos siguió presente durante un tiempo, pero al final, la endogamia entre los dos grupos terminó uniéndolos hasta el punto de que Rómulo y Tito lacio acabaron estableciendo una alianza duradera.

Poticio no dejó de mostrarse contrario al plan del rapto de las sabinas... hasta el momento en que puso los ojos en Valeria. Era una de las vírgenes sabinas retenidas contra su voluntad en el patio rodeado de una elevada tapia de la casa del rey. Asustada y triste, no era la más bella de las sabinas, pero hubo algo en ella que atrajo la mirada de Poticio y que le impidió apartar la vista. Pinario le vio mirándola y le susurró al oído:

—¿La quieres, primo? ¡Tómala... o lo haré yo!

Cuando los dos hombres se aproximaron a ella, Valeria se encogió de miedo ante el brillo predatorio de los ojos de Pinario, pero cuando vio a Poticio, que parecía tan triste como ella, su rostro se iluminó con una emoción muy distinta. En aquel momento se estableció un vínculo entre ellos que iba a durar toda una vida. De todas las mujeres sabinas, Valeria fue la primera en casarse voluntariamente con uno de sus raptores. Su hijo fue el primero en nacer de un romano y una sabina.

Rómulo se casó también con una de las sabinas, Hersilia. Su matrimonio fue feliz, pero estéril. Poticio, que tuvo muchos hijos, se preguntaba si los dioses habrían maldecido a Rómulo con la desgracia de no tener hijos por haber violado de un modo tan flagrante las sagradas leyes de la hospitalidad al raptar a las mujeres sabinas. Si el rey albergó alguna vez esos pensamientos, nunca lo dio a conocer.

Rómulo, pese a todo, desarrolló ideas muy fuertes respecto al matrimonio y la vida familiar.

Como rey, convirtió sus ideas en ley. El matrimonio no podía disolverse, aunque el marido tenía derecho a condenar a muerte a su esposa si ella cometía adulterio o bebía vino (pues beber vino, creía Rómulo, conducía a las mujeres al adulterio). El padre ostentaba durante toda su vida el control absoluto sobre sus hijos y sobre los hijos de sus hijos; podía emplearlos como trabajadores, encarcelarlos, pegarles e, incluso, condenarlos a muerte. Ningún hijo superaba la autoridad legal de su padre. Era la ley del paterfamilias, el cabeza supremo de la casa, y permanecería absoluta e indiscutida en Roma durante muchos siglos.

En todo esto pensaba y reflexionaba Poticio, recordando a Valeria y las primeras Consualia, y el llamado rapto de las sabinas. Como mínimo, Rómulo le había dado a Valeria...

A su lado, Valeria dormía. Poticio lo sabía porque la oía roncar levemente. Examinando su rostro, recordando todos los años que llevaban juntos, decidió que su matrimonio habría sido un éxito con las severas leyes de Rómulo o sin ellas, igual que sus hijos se habrían criados respetuosos y obedientes tanto si el rey hubiera decretado la ley del paterfamilias como si no lo hubiera hecho. El padre de Poticio había desaprobado a menudo sus decisiones, pero nunca habría invocado una ley para castigarlo o quebrar su voluntad. ¿Qué sabía Rómulo, que no tenía hijos ni hijas, que afirmaba no tener un padre humano, sobre criar hijos o respetar a un padre? Y aun así, el mundo que llegó después de Rómulo sería muy distinto *del* mundo anterior a él, debido a las leyes que impuso a las familias de Roma.

Alguien llamaba a la puerta de su cabaña. Levantándose con rapidez, aunque con cuidado para no despertar a Valeria, Poticio corrió a la puerta a responder la llamada. La luz del sol de la tarde le deslumbró al abrirla y convirtió al visitante en una silueta. Poticio no lo reconoció hasta que habló.

—Buenas tardes, primo.

—¡Pinario! ¿Qué haces aquí? El banquete ha terminado. ¡Pensé que no volvería a verte la cara en un año como mínimo!

—Muy grosero por tu parte, primo. ¿Me invitas a pasar?

—¿Acaso tenemos alguna cosa que decirnos?

—Invítame a pasar y lo descubrirás.

Poticio puso mala cara, pero se hizo a un lado para que Pinario entrase. Cerró la puerta.

—Habla bajo. Valeria está durmiendo. —Detrás de la cortina de mimbre que escondía su cama, seguían oyéndose sus leves ronquidos.

—He tenido tiempo de mirarla bien hoy, durante el banquete —dijo Pinario—. Sigue siendo una mujer guapa. Si hace tantos años yo hubiese actuado un poco más rápido que tú...

—¿Por qué has venido?

Pinario bajó incluso más la voz.

—Se aproxima un cambio, primo. Algunos sobreviviremos a él. Otros no.

—Habla claro.

—Siempre has tenido diferencias con el rey. Te has opuesto a él una y otra vez, desde el principio de su reinado. ¿Derramarías una sola lágrima si te dijera que su reinado terminará muy pronto?

—¡Tonterías! Rómulo está más sano que cualquier hombre de la mitad de su edad. Sigue liderando a sus guerreros en la batalla y combate en primera línea. Vivirá hasta los cien.

Pinario suspiró y movió la cabeza.

—No tienes ni idea de lo que sucede, ¿verdad, primo?

Pinario siempre le hablaba igual, con acertijos, con una mezcla de lástima y burla. Pero Poticio se dio cuenta de que esa vez su primo iba en serio y de que estaba hablando de algo muy grave.

—Cuéntamelo, entonces. ¿Qué sucede a espaldas del rey?

—Los senadores se quejan de que el rey se ha vuelto excesivamente arrogante, de que ha reinado demasiado tiempo, de que da por sentado su poder y abusa de él. Ya has visto cómo se pasea por el Palatino con su túnica escarlata y su manto ribeteado en púrpura, rodeado por su camarilla de hoscos guerreros jóvenes. Lictores, les llama, utilizando la palabra etrusca que hace referencia a un guardaespaldas real... uno más de sus remilgos. El otro día, cuando se negó a asistir a una reunión del Senado, se sentó en su lujoso trono y nos contempló a todos desde arriba, sin siquiera prestarnos

atención; se dedicó entonces a reír y bromear con sus lictores. Aguzó los oídos sólo cuando un despilfarrador, un porquerizo holgazán, apareció ante él inventándose una queja contra un respetable terrateniente. ¿Y cómo falló Rómulo? ¡A favor del porquerizo y en contra del senador! Y mientras estábamos todos aún boquiabiertos de rabia, anunció que repartiría entre sus soldados una parcela de tierra de cultivo de primera calidad recién conquistada... sin consultarnos previamente, y sin darnos ni una parte a nosotros. ¿Qué será lo siguiente? ¿Empezará el rey a echar del Senado a sus viejos camaradas para sustituirlos con porquerizos y personas sin importancia que llegaron a Roma ayer mismo?

Poticio se echó a reír.

—Rómulo ama a la gente normal y corriente, y la gente normal y corriente ama a Rómulo. ¿Y por qué no? ¡Fue criado por un porquerizo! Tal vez viva en un palacio, pero tiene el corazón en la pocilga. Ama a sus soldados, y ellos le aman a él. Nació para ser un alborotador y un demagogo. ¡Lo siento por los pobres senadores que se han vuelto demasiado avariciosos y demasiado gordos para conservar el amor del rey! Te quejas de su arrogancia, pero ¿qué más te da que Rómulo se pasee por ahí con un manto de color púrpura? Lo único que te importa es proteger tus privilegios de los recién llegados y de la gente corriente que no conoce cuál es su lugar.

Pinario tensó la mandíbula.

—Tal vez sea así, primo, pero las cosas no pueden continuar de esta manera. Se acerca un día de ajuste de cuentas, un día marcado en el calendario de los cielos.

Poticio refunfuñó.

—Siempre ha habido confabulaciones contra Rómulo... y Rómulo siempre las ha impedido. ¿Estás aquí para decirme que se está tramando otra confabulación? ¿Estás pidiéndome que tome parte en ella?

—¡Primo, siempre adivinas mis pensamientos! —Pinario sonrió—. Nunca te cuento la verdad... pero no tengo secretos para ti. Poticio negó con la cabeza.

—No tengo nada que ver con cualquier confabulación que pretenda hacer daño al rey. —Detrás de la cortina, Valeria suspiró y siguió durmiendo—. No quiero oír hablar más del asunto. Deberías irte.

—Eres tonto, Poticio. Siempre lo has sido.

—Tal vez. Pero nunca seré un traidor.

—Entonces, como mínimo, mantente a distancia del rey si quieres conservar la cabeza en su sitio. ¿Cómo es aquel dicho etrusco? «Cuando la guadaña corta las malas hierbas, corta también la hierba verde». Sabrás que ha llegado el momento del ajuste de cuentas cuando caiga la luz del sol y el día se convierta en noche.

—¿De qué hablas?

—Tus etruscos te enseñaron muchas cosas sobre adivinación, Poticio, pero no te enseñaron nada sobre los fenómenos celestiales. Ese estudio estaba reservado para mí. Hace años, Rómulo me encargó que buscara hombres sabios capaces de predecir los movimientos del sol, la luna y las estrellas, para de este modo concretar mejor las estaciones y fijar los días de los festivales. Existen formas de conocer de antemano cuándo se producirán ciertos sucesos excepcionales. Está a punto de llegar un día en el que, durante un breve momento, la luz del sol desaparecerá y los dioses retirarán sus favores al rey Rómulo. Rómulo abandonará esta tierra, junto con cualquiera que esté demasiado cerca de él. ¿Lo has comprendido?

—¡Comprendo que estás más loco aún de lo que pensaba!

—Ya te he alertado, primo. He hecho todo lo posible para salvarte. Pero si sueltas una palabra de todo esto a alguien, la encantadora Valeria se quedará viuda antes de lo necesario.

—¡Sal de mi casa, primo!

Sin decir nada más, Pinario se fue.

Después de la visita de Pinario, Poticio sufrió noches de insomnio. No tenía la menor duda de que lo que su primo sabía sobre una confabulación contra el rey era cierto; tampoco dudaba de la sinceridad de la amenaza de Pinario al salir de su casa. ¿Tenía que avisar a Rómulo? Mentalmente, Poticio se imaginaba haciéndolo, una y otra vez, pero no encontraba la fuerza necesaria para actuar.

¿Sería porque temía a Pinario? ¿O sería porque, pese a sus exhibiciones de lealtad, sus relaciones con el rey estaban tan tensas como las de los demás senadores?

Pinario le había dejado con la sensación de que el atentado contra Rómulo era inminente. Sólo unos días después, Roma celebraba el festival de las Consualia, con los habituales rituales y competiciones para conmemorar los primeros juegos atléticos y el rapto de las sabinas. Los deberes de Poticio como arúspice exigían su asistencia al acto junto al rey, y el día de las Consualia fue una agonía de suspense. Se realizó el sacrificio en honor a Consus, el dios de las deliberaciones secretas, a quien Rómulo había rezado cuando formuló su plan para raptar a las sabinas, y a quien Rómulo había erigido un altar después de su éxito. El altar de Consus se mantenía enterrado durante todo el año y se sacaba a la luz sólo para las Consualia, cuando el rey solicitaba al dios que siguiera bendiciendo sus planes secretos. ¿Había, acaso, un día más apropiado para un atentado planeado en secreto contra Rómulo? Pinario asistió también al rey en los rituales, y Poticio lo observó con suma atención; pero Pinario no mostró signos de tensión ni de grandes emociones. El sacrificio a Consus fue propicio, los juegos fueron bendecidos con un tiempo espléndido y el día transcurrió sin incidentes.

Pasaron más días sin ningún atentado contra Rómulo, pero Poticio seguía sin quitarse de encima la ansiedad que le impedía dormir. Se descubrió observando al rey y a los senadores bajo una nueva perspectiva. Todo lo que Pinario había dicho era cierto. El rey se había vuelto arrogante e indiferente, y manifestaba abiertamente su desprecio hacia sus antiguos camaradas. Los senadores ocultaban su rabia en presencia del rey, pero después de que hubieran pasado por delante de ellos el rey y sus jóvenes lictores, el odio estallaba en sus rostros y se ponían a murmurar... murmullos que cesaban en el instante en que Poticio se acercaba lo suficiente como para escucharlos.

716 A.C.

El verano dio paso al otoño, el otoño al invierno, el invierno a la primavera. Se acercaba otro verano y los senadores seguían sin actuar. El reinado del rey parecía más inquebrantable que nunca. ¿Habrían cambiado de idea los conspiradores? ¿Acaso no se habría producido el fenómeno celestial vaticinado por Pinario? ¿O habría sido la invitación de su primo de unirse a la confabulación, y la negación de Poticio, motivo suficiente para su cancelación? Poticio no tenía manera de saberlo, pues los demás senadores lo habían excluido de sus consejos. Dejando pasar tanto tiempo, había perdido la oportunidad de alertar al rey; ¿cómo explicarle a Rómulo su retraso ante una amenaza de ese calibre? Poticio se encontraba solo y sin amigos.

Se decía a sí mismo que la confabulación contra Rómulo, como todas las confabulaciones anteriores, se había quedado en nada. Pero la sensación de desgracia inminente seguía allí. No podía quitársela de encima.

Hacía tiempo que Poticio había tomado la decisión de romper con una vieja tradición familiar. En lugar de pasar el amuleto de Fascinus a su hijo cuando el chico alcanzó la pubertad, se había guardado el amuleto para él con la intención de llevarlo en ocasiones especiales hasta el momento de su muerte. Su razonamiento era que su decisión estaba de acuerdo con la ley del paterfamilias decretada por Rómulo, según la cual Poticio seguiría siendo el jefe supremo de su casa mientras siguiera con vida.

Pero acuciado por una horrible premonición, Poticio decidió pasar el amuleto a su nieto mayor. Al principio, pensó en honrar la tradición y hacerlo con motivo del siguiente Banquete de Hércules, pero su premonición era tan urgente que reunió a la familia un mes antes de la fecha del festival. Lloró al verlos a todos juntos, con la seguridad de que aquélla era la última vez; todos se preguntaron por sus lágrimas, que él no intentó explicar. Con toda solemnidad, llevó a cabo la ceremonia de quitarse el talismán del cuello y colgarlo en el cuello de su nieto. Una vez hecho esto, Poticio se sintió tremendamente aliviado. Fascinus era el dios más antiguo de su familia, más antiguo aún que Hércules, y ahora que Poticio había traspasado sin problemas el amuleto del dios,

la obligación más antigua legada por sus antepasados quedaba cumplida.

Al día siguiente, Poticio fue reclamado para llevar a cabo los auspicios de la dedicación de un altar a Vulcano, el dios de las regiones subterráneas. El lugar era la Ciénaga de la Cabra, en el extremo occidental del Campo de Mavors, donde un riachuelo que recorría el valle situado al norte del Quirinal terminaba en un pozo de arenas movedizas calientes y burbujeantes. Con los años, más de una cabra había caído en el traicionero pozo; de ahí su nombre y la idea de que debía de ser un lugar sagrado para Vulcano. Era un lugar donde el dios reclamaba sacrificios, independientemente de que los hombres se los ofrecieran o no.

Rómulo había decidido acompañar el acto con gran pompa. Había ordenado la asistencia de todos los senadores y ciudadanos de Roma. A lo largo de la mañana, la gente, procedente de hogares repartidos por la totalidad de las Siete Colinas, fue congregándose en el Campo de Mavors. Los guerreros que habían combatido en las numerosas campañas del rey llevaban los trofeos que habían capturado en batalla: armaduras de bronce finamente trabajadas, cascos decorados con penachos de crin de caballo teñida de vivos colores, cinturones de cuero labrado con hebillas de hierro. Incluso los ciudadanos más pobres llevaban encima lo mejor que tenían, aunque fuera una sencilla túnica sin un solo agujero.

A la hora señalada, el rey y su séquito se abrieron paso entre la multitud. Poticio iba vestido con su manto ceremonial amarillo y su sombrero cónico. El rey llevaba un manto nuevo cuyo tinte no estaba aún seco del todo; Poticio olió el aroma característico del tinte encarnado que se obtenía a partir de la roja tintoria. Los jóvenes lictores del rey iban uniformados con armaduras en perfecto estado que brillaban bajo el sol de mediodía. En una tradición que se había tomado prestada de la realeza etrusca, las armas que llevaban eran haces de varas y hachas: varas para flagelar a cualquiera que pudiera ofender al rey y hachas para ejecutar en el acto a cualquiera que el rey declarara su enemigo.

El nuevo altar se había labrado a partir de bloques de piedra caliza y se había erigido sobre un montículo de tierra. Estaba decorado con elaboradas figuras en relieve que describían escenas de batalla de la reciente guerra contra los veyenses y la procesión triunfal de Rómulo, a pie, por las calles de Roma. Para esculpir el altar se había contratado a los mejores artistas etruscos. Cuando Poticio contempló los resultados de su intrincado trabajo, pensó en lo simple y sencilla que parecía en comparación el Ara Máxima, totalmente desprovista de adornos.

En las proximidades, la cabra que tenía que sacrificarse balaba lastimeramente, como si fuera consciente de su destino. Rómulo realizaría el sacrificio personalmente, matando a la cabra sobre el altar con la ayuda de un cuchillo ritual. El papel de Poticio consistía en examinar antes el animal para asegurarse de que no tenía ningún tipo de defecto. Verificó que los ojos de la cabra fueran transparentes, que sus orificios no tuvieran restos, que su piel estuviera intacta, sus miembros enteros y sus pezuñas en buen estado. Poticio informó a Rómulo de que la cabra era apta para el sacrificio. Mientras ataban a la cabra, Poticio observó los rostros de los senadores situados en las primeras filas. Su mirada conectó con la de Pinario.

La expresión de su primo era extraña. Sonreía, pero su mirada era triste. Con una punzada de aprensión, Poticio supo que el día que le había comentado Pinario había llegado por fin. Y aun así, ¿cómo alguien podía atreverse a atentar contra el rey en aquel lugar, en aquel momento? Estaba rodeado por sus lictores, todo el pueblo de Roma se había congregado allí y aquél era un acto sagrado.

Atada y balando, la cabra fue colocada sobre el altar. Rómulo levantó el cuchillo del sacrificio y se volvió para saludar a la gran multitud que se había reunido en el Campo de Mavors.

—¡Cuánta gente! —murmuró. Habló tan bajo que sólo Poticio, que estaba pegado a él, pudo oírlo—. ¿Pensaste alguna vez, cuando éramos jóvenes, que llegaría un día como éste? ¿Que tendríamos tanta gente ahí enfrente llamándonos rey y que sólo los dioses estarían por encima de nosotros?

Poticio oyó las palabras del rey, pero sabía que no iban dirigidas a él; era con Remo con quien hablaba Rómulo. En aquel instante, Poticio supo por qué nunca había alertado al rey de la confabulación que se tramaba en su contra. No era porque temiese a Pinario, ni por sus pequeños

motivos de queja contra el rey. En los rincones más profundos de su corazón, nunca había perdonado a Rómulo el asesinato de Remo. Ni siquiera Rómulo se había perdonado a sí mismo.

El murmullo de la multitud se apaciguó ante la inminencia de la invocación del rey a Vulcano. Poticio observó aquel mar de caras. Tuvo entonces la sensación de que se estaba produciendo un cambio gradual de luz, una penumbra cada vez mayor y de lo más peculiar, casi misteriosa. No era el único que se había percatado del cambio. Algunas personas entre la multitud volvieron la cabeza hacia el sol.

Lo que vieron era extraño e inexplicable. Una gran parte del sol se había vuelto negra como el carbón, como si parte de sus llamas se hubiesen extinguido.

La gente señalaba hacia el astro y gritaba alarmada. En un instante, todo el mundo estaba contemplando el sol. Su fuego mermó hasta convertirse en una bola de carbón negro con un borde de fuego. La multitud lanzaba gritos sofocados de sorpresa y respeto reverencial, luego los gritos se llenaron de pánico.

Al mismo tiempo, Poticio sintió un fuerte viento azotándole la cara. Era un día prácticamente sin nubes, pero ahora, por occidente, inmensos nubarrones negros avanzaban para cubrir un cielo ya oscuro. El viento le arrancó el sombrero cónico de la cabeza. Intentó en vano recuperarlo, pero acabó dejándolo marchar revoloteando en el aire. Una mano invisible pareció levantarlo por encima del altar, estrujarlo y luego dejarlo caer sobre la resbaladiza superficie de la Ciénaga de la Cabra. Aun siendo el sombrero muy ligero, las burbujeantes arenas movedizas lo engulleron en un abrir y cerrar de ojos.

Poticio se volvió de nuevo hacia la multitud. Con una luz espectral que a cada momento se tornaba más oscura, vio que el Campo de Mavors se había convertido en un escenario de caos. Por encima del aullido del viento, se oían gritos de dolor y terror. La gente corría de un lado a otro, arrollando y pisoteando a los que caían al suelo. Los jóvenes lictores de Rómulo estaban tan asustados como los demás; en lugar de formar un cordón alrededor del rey, se habían dispersado como hojas caídas. Un rayo aserrado rasgó el cielo negro y cayó sobre la colina del Asylum. El estruendo del trueno que le siguió le rompió los oídos y a punto estuvo de tirarlo al suelo. El destello le había cegado por completo, de modo que cuando avanzó, pensando en encontrar al rey Poticio palpó el vacío, como un hombre sin ojos.

Apedreaban su cara goterones duros como piedras. Olía a roja tintoria, por lo que imaginó que Rómulo estaba cerca. Sus dedos rozaron la vestimenta de otro hombre. Agarró el tejido de lana y se aferró a él con fuerza. Un nuevo rayo rompió el cielo. Gracias a su luz blanca sobrenatural, vio enfrente de él no a Rómulo, sino a Pinario. Su primo sujetaba en una mano una espada ensangrentada. En la otra, agarrándola por un mechón de pelo, sostenía una cabeza cortada. La cara miraba hacia el otro lado, pero Poticio vio sobre la cabeza la corona de hierro de Rómulo.

El día en que Remo murió, Poticio creyó vivir una pesadilla. Ahora, pese al horror del momento, notaba su cabeza excepcionalmente lúcida, como si estuviese despertándose de un sueño. Un nuevo rayo de luz iluminó la escena. Observó, con un desapego curioso, cómo Pinario echaba la espada hacia atrás. Poticio alargó la mano con un reflejo para acariciar el amuleto de Fascinus, pero el talismán no estaba allí; se lo había regalado a su nieto el día anterior. El amuleto, como mínimo, estaba a salvo.

Con un alarido, Pinario hizo descender la roja espada sobre su cuello.

Júpiter aprobaba lo que acababa de hacer. O al menos eso creía Pinario, pues pese a que hacía mucho tiempo que había vaticinado la llegada del eclipse y planeado aprovechar el terror y la confusión que el fenómeno inevitablemente inspiraría, nunca podía haber adivinado la magnífica tormenta que lo acompañaría. Los rayos eran la mano de Júpiter. Los truenos eran su voz. El dios en persona había iluminado el recorrido de Pinario hasta el altar. El dios había rugido dando su aprobación en el momento en que Pinario había separado la cabeza de Rómulo de sus hombros.

Pinario había alertado a su primo para que no estuviese cerca del rey. Todos los demás, incluso

los lictores de Rómulo, habían salido huyendo y aun así, en el momento posterior al acto, allí estaba Poticio, agarrado a sus ropajes y mirándolo fijamente. La decisión de matarlo había sido instantánea y correcta. Júpiter había rugido con un trueno ensordecedor, dando su aprobación.

Rápidamente, Pinario y sus cómplices desnudaron el cuerpo descabezado de Rómulo y lo arrojaron a la Ciénaga de la Cabra, donde se hundió sin dejar rastro. Lo mismo hicieron con el cuerpo de Poticio. Aun en el caso de que la ciénaga acabara algún día revelando sus secretos, ¿quién podría identificar dos cuerpos desnudos y sin cabeza? Varios de los senadores abandonaron el lugar con diversas prendas escondidas bajo sus mantos, dispuestos a quemar aquellas piezas de evidencia acusadora tan pronto llegaran a casa.

Pinario retiró la corona de la cabeza de Rómulo y colocó el círculo de hierro sobre el altar, donde pudiera ser fácilmente encontrado. Su intención era librarse personalmente de la cabeza de Rómulo, pero acabó entregándosela a uno de sus cómplices y le ordenó que la enterrara en un lugar secreto. La muerte de Poticio implicaba para él una obligación más apremiante. Había sido un imbécil, pero era familiar de Pinario y sacerdote de Hércules como él; ocuparse de su cabeza seccionada era el mínimo y último favor que Pinario podía hacer para Poticio.

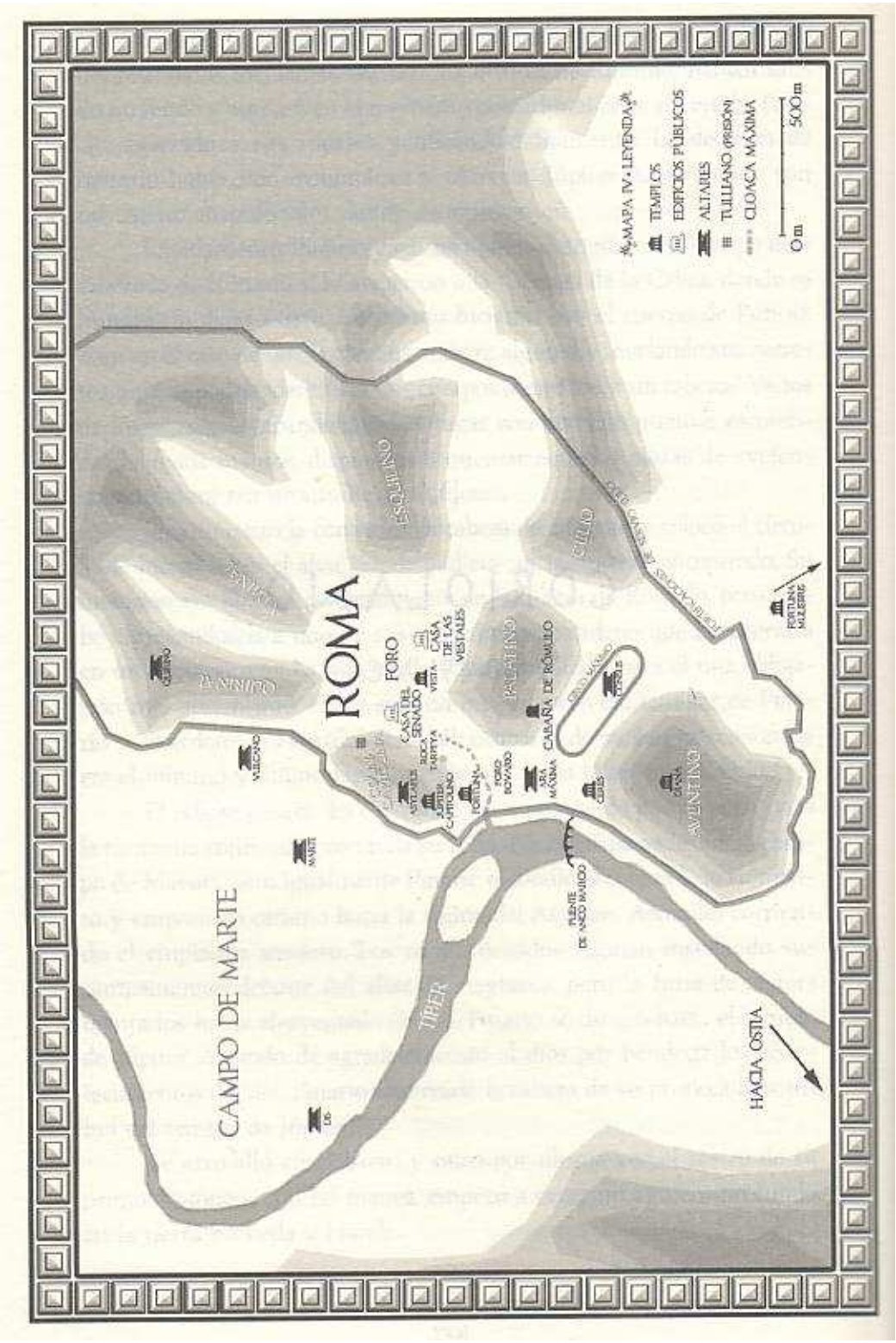
El eclipse pasaba. La oscuridad iba menguando poco a poco, pero la tormenta continuaba con toda su furia. No quedaba nadie en el Campo de Mavors, pero igualmente Pinario escondió la cabeza bajo su manto y emprendió camino hacia la colina del Asylum. Ascendió corriendo el empinado sendero. Los recién llegados seguían instalando sus campamentos delante del altar de Asylaeus, pero la furia de la tormenta los había ahuyentado de allí. Pinario se dirigió hacia el templo de Júpiter. A modo de agradecimiento al dios por bendecir los acontecimientos del día, Pinario enterraría la cabeza de su primo a la sombra del templo de Júpiter.

Se arrodilló en el barro y miró por última vez el rostro de su primo. Entonces, con las manos, empezó a cavar un agujero profundo en la tierra húmeda y blanda.

IV

Coriolano

510-491 a.C.



El chico, de doce años de edad, estaba sentado en el suelo, con las piernas cruzadas y recitando sus lecciones. Su abuelo estaba sentado delante de él en una sencilla silla plegable de madera con bisagras de bronce. Pese a que la silla no tenía respaldo, el anciano permanecía con la espalda recta, dando ejemplo al chico.

—Ahora cuéntame, Tito, qué pasó el día en que el rey Rómulo abandonó esta tierra.

—Fue en las nonas de *quinctilis,* hace 206 años.

—¿Cuántos años tenía?

—Cincuenta y cinco.

—¿Y dónde sucedió eso?

—En el altar de Vulcano que hay enfrente de la Ciénaga de la Cabra, en el extremo occidental del Campo de Marte.

—Muy bien, pero ¿lo llamaban ya Campo de Marte en aquella época?

El chico frunció el entrecejo. Entonces, al recordar lo que había aprendido, su rostro se iluminó.

—No, abuelo. En la época del rey Rómulo, la gente lo llamaba el Campo de Mavors, porque así es como llamaban antiguamente a Marte: Mavors.

—¿Y qué aprendemos de este ejemplo?

—Que las palabras y los nombres pueden variar con el tiempo, que normalmente se hacen más cortos y más sencillos, pero que los dioses son eternos.

El anciano sonrió.

—¡Muy bien! Y ahora descríbeme la ascensión del rey Rómulo.

—Hubo un eclipse de sol y una gran tormenta, y la gente salió huyendo de miedo. Por eso el festival que se celebra cada año ese día recibe el nombre de Populifugia, «el pueblo que salió huyendo». Hubo sólo un hombre, un antepasado de los Pinario, que se quedó allí. Se llamaba simplemente Pinario; por aquel entonces, la gente solía tener un único nombre, no dos, como ahora. Pinario fue testigo del milagro que se produjo. El cielo se abrió y descendió un remolino en forma de embudo. Era la mano de Júpiter que levantó al rey Rómulo para llevárselo al cielo. Antes de partir, el rey se quitó su corona de hierro y la depositó sobre el altar de Vulcano para su sucesor. De este modo, el rey Rómulo se convirtió en el único hombre en toda la historia que nunca murió. Simplemente abandonó la tierra, para ir a vivir como un dios entre los dioses.

—¡Muy bien, Tito! Veo que has estudiado mucho, ¿verdad?

—Sí, abuelo. —Satisfecho consigo mismo, el joven Tito Poticio acarició el amuleto de Fascinus que llevaba colgado al cuello con una cadena de oro. Su padre se lo había entregado con motivo del último Banquete de Hércules, cuando Tito lo ayudó por vez primera en el altar como sacerdote.

—Ahora dime, ¿quiénes fueron los reyes que siguieron a Rómulo y cuáles fueron sus mayores logros?

—El rey Rómulo no tenía hijos, así que después de su partida, los senadores se reunieron a debatir quién le sucedería. Esto sentó un precedente que continuaría después: la sucesión de los reyes no es hereditaria, sino que el Senado elige un rey que sirve a Roma durante toda su vida. Eligieron a Numa Pompilio, un hombre de sangre sabina que nunca había puesto los pies en Roma. Esto sentó otro sabio precedente, que el nuevo rey podía ser de fuera y no proceder de los escaños del Senado, lo que provocaría peleas entre los senadores por hacerse con la corona. El reinado de Numa fue largo y pacífico. Era muy piadoso e hizo mucho por la organización de los colegios de sacerdotes y la veneración de los dioses.

—Luego vino Tulo Hostilio, que era tan guerrero como pacífico había sido Numa. Destruyendo a sus rivales, convirtió a Roma en la principal ciudad de todos los pueblos de habla latina de Italia. Tulo Hostilio construyó el gran salón de reuniones del Foro, donde se reúne hoy el Senado.

—Luego vino Anco Marcio, que era nieto de Numa. Construyó el primer puente sobre el Tíber.

Fundó también la ciudad de Ostia en la desembocadura del río, para que ejerciera las funciones de puerto marítimo de Roma.

—El quinto rey fue Tarquinio, el primer rey de esta procedencia. Era de sangre griega pero venía de la ciudad etrusca de Tarquinia, de la que tomó el nombre. Era tanto un gran guerrero como un gran constructor. Construyó la gran alcantarilla subterránea, la Cloaca Máxima, que sigue el antiguo curso del Spinon y desagua el Foro. Realizó el trazado del gran hipódromo en el extenso valle que se encuentra entre el Palatino y el Aventino, al que conocemos como Circo Máximo, y construyó las primeras tribunas. Y trazó los planos e inició los cimientos del edificio más grande concebido en la tierra, el nuevo templo de Júpiter en la colina Capitolina.

Tito se levantó del suelo y se acercó a la ventana, donde los postigos estaban abiertos para que corriese el aire. La casa de los Poticio estaba situada en lo alto del Palatino, de modo que la ventana proporcionaba una vista espléndida sobre el gigantesco proyecto arquitectónico de la vecina colina Capitolina. Rodeado de andamios repletos de artesanos y trabajadores, el nuevo templo había empezado a tomar forma. Se trataba de un diseño etrusco conocido como areóstilo, con un gran frontispicio decorado colocado sobre columnas muy espaciadas y una única entrada grandiosa desde el pórtico adosado. Tito contempló la vista, fascinado.

Su abuelo, buen pedagogo siempre, inició entonces una divagación.

—¿Sabes si la colina se ha conocido siempre como la colina Capitolina?

—No, en la época del rey Rómulo se la conocía como la colina del Asylum, pero ahora la gente ha empezado a llamarla Capitolina, que significa colina de la cabeza.

—¿Y por qué?

—Porque cuando, durante el reinado del primer rey Tarquinio, los trabajadores empezaron a excavar los cimientos del nuevo templo, se encontraron con algo asombroso. Descubrieron la cabeza de un hombre, muy antigua pero tremendamente bien conservada. Los sacerdotes dijeron que era una señal de los dioses, una señal de excelencia que auguraba que Roma se convertiría en la cabeza del mundo. —Tito hizo una mueca—. ¿Cómo pudo suceder eso, abuelo? ¿A quién se le ocurriría enterrar en el Capitolio una cabeza sin cuerpo, y cómo es que se conservó tan bien?

El anciano tosió para aclararse la garganta.

—Hay misterios que ningún hombre puede explicar pero que, no obstante, son ciertos, pues así nos lo dice la tradición. Si dudas de la veracidad de la historia, te aseguro que yo mismo, siendo joven, tuve el privilegio de ver la cabeza poco después de que la encontraran. Las facciones del hombre se veían algo deterioradas, pero se observaba claramente que tenía el cabello rubio con algunas canas, igual que la barba.

—Se parecería a ti, abuelo.

El anciano enarcó una ceja.

—¡Yo aún no me he ido! Y ahora, volvamos a la lista de los reyes. Después del primer Tarquinio...

—Al primer Tarquinio le sucedió Servio Tulio. Había sido esclavo de la casa real, pero alcanzó tal prominencia que, cuando murió Tarquinio, su viuda lo propuso como su sucesor. Reforzó y extendió las fortificaciones hasta que la totalidad de las Siete Colinas quedó cercada por estacas, muros, terraplenes y trincheras. Excavó además la celda subterránea de la cárcel a los pies del Capitolio, lo que conocemos como el Tuliano, donde los enemigos del rey son ejecutados mediante estrangulación. Se dedicó a todos estos proyectos, de modo que las obras del nuevo templo quedaron paralizadas.

—Y después de Servio Tulio vino el actual rey, el hijo de Tarquinio, que se llama también Tarquinio. Nuestro rey es famoso por haber adquirido los Libros Sibilinos, que están llenos de profecías que guían al pueblo en tiempos de crisis.

—¿Y cómo fue eso?

Tito sonrió, pues se trataba de una de sus historias favoritas.

—La sibila vive en una cueva en Cumas, en la costa. El dios Apolo la forzó a escribir centenares de extraños versos en hojas de palma. Cosió luego las hojas de palma hasta obtener nueve rollos, que trajo a Roma y ofreció en venta al rey Tarquinio, diciendo que el hombre capaz de interpretar

correctamente sus versos podría predecir el futuro. Tarquinio se sintió tentado, pero le dijo que el precio era demasiado elevado, a lo que ella respondió con un movimiento de mano y tres de los rollos se incendiaron. A continuación le ofreció en venta los seis rollos restantes... ¡por el mismo precio que antes le ofrecía los nueve! Tarquinio se enfadó y se negó de nuevo a la oferta, con lo que la sibila quemó tres rollos más, ofreciéndole de nuevo el mismo precio por los restantes. El rey Tarquinio, pensando en todos los conocimientos que ya había perdido, acabó cediendo. Pagó el precio que ella le había pedido por nueve libros y obtuvo sólo tres. Los Libros Sibilinos son muy sagrados. Deben consultarse sólo en caso de emergencia extrema. Para albergarlos, Tarquinio decidió finalizar el gran templo que su padre había empezado.

Tito miró de nuevo por la ventana. Los trabajos en el templo estaban en marcha desde que nació. Con las enormes columnas y el gigantesco frontón colocado ya en su lugar, su forma final empezaba a hacerse más evidente a medida que pasaban los meses. Incluso hombres que habían viajado muy lejos de Roma, hasta las grandes ciudades de Grecia y Egipto, decían no haber visto nunca un edificio tan grandioso.

—No me extraña que le llamen Tarquinio el Soberbio —murmuró Tito.

El anciano se puso tenso.

—¿Qué has dicho?

—Tarquinio el Soberbio... he oído que los hombres llaman así al rey.

—¿Qué hombres? ¿Dónde?

Tito se encogió de hombros.

—Desconocidos. Tenderos. Gente que pasa por el Foro o por la calle.

—No los escuches. ¡Y no repitas lo que dicen!

—Pero ¿por qué no?

—¡Tú limítate a hacer lo que yo te digo!

Tito bajó la cabeza. Su abuelo era el Poticio de más edad, el paterfamilias. Su voluntad dentro de la familia era ley, y Tito no podía jamás cuestionarlo.

El anciano suspiró.

—Te lo explicaré, pero sólo una vez. Cuando los hombres utilizan esta palabra para referirse al rey, no lo hacen como un cumplido. Más bien al contrario: se refieren a que es arrogante, terco y vanidoso. De modo que no digas esto en voz alta, ni siquiera a mí. Las palabras pueden ser peligrosas, sobre todo aquéllas pensadas para hacer daño a un rey.

Tito asintió, muy serio, y luego frunció el entrecejo.

—Hay una cosa que no entiendo, abuelo. Dices que la monarquía no es hereditaria, pero el padre del actual rey Tarquinio también fue rey.

—Sí, pero la corona no pasó directamente de padre a hijo.

—Lo sé; en medio estuvo Servio Tulio. Pero ¿no lo mató Tarquinio y así fue como se convirtió en rey?

El anciano soltó aire, pero no respondió. Tito era lo bastante mayor como para aprender la lista de los reyes y sus principales logros, pero no lo suficiente como para aprender sobre las maquinaciones políticas que habían llevado a cada rey al trono y los escándalos que habían salpicado cada reinado. Frente a un joven que todavía no podía comprender la importancia de la discreción, dudaba en hablar mal incluso de reyes que llevaban tiempo muertos y, mucho más, de hablar mal sobre un rey vivo. Sobre Tarquinio y los asesinatos que lo habían llevado hasta el trono, y sobre todos los asesinatos posteriores, había poco que decir que resultara adecuado para los oídos del joven. Ambicioso por convertirse en un rey como su padre, Tarquinio se había casado con una de las hijas del sucesor de su padre, Servio Tulio, pero cuando ella demostró ser más leal a su padre que a Tarquinio, éste decidió que prefería a la otra hermana, más cruel. Cuando falleció la esposa de Tarquinio, así como el esposo de su cuñada, y los dos afligidos viudos contrajeron matrimonio, la palabra «veneno» corrió por toda Roma. En poco tiempo, Tarquinio y su nueva esposa asesinaron al padre de ella, y Tarquinio se declaró rey, eximiéndose de las formalidades de la elección por parte del pueblo y de la confirmación por parte del Senado.

Habiendo llegado al trono por la fuerza, Tarquinio gobernaba con el miedo. Los reyes anteriores

habían consultado al Senado en cuestiones importantes y habían requerido su opinión como jurado. Pero lo único que el Senado le inspiraba a Tarquinio era desprecio. Había reclamado autoridad única para juzgar los casos más importantes, y utilizaba esa autoridad para castigar a inocentes con la muerte o el exilio; confiscaba las propiedades de sus víctimas para subvencionar sus grandiosos planes, incluyendo el nuevo templo. El Senado había crecido hasta contar con trescientos miembros, pero el número de senadores fue disminuyendo a medida que el rey destruía uno tras otro a sus hombres más ricos y destacados. Sus hijos se criaron tan arrogantes como su padre, y corrían rumores de que Tarquinio planeaba nombrar heredero a uno de ellos, aboliendo directamente las antiguas reglas de sucesión no hereditaria y de elección por parte del pueblo.

El anciano suspiró y cambió de tema.

—Ve a buscar tu estilete y tu tablilla de cera. Practicaremos la escritura.

Tito cogió obedientemente los instrumentos de la caja donde éstos se guardaban. La tablilla era un trozo de madera lisa enmarcada sobre el que se había extendido una gruesa capa de cera. El estilete, una varilla de hierro fuerte con una punta afilada, con el grosor adecuado para que la mano de un niño pudiera adaptarse a ella cómodamente. La cera se había utilizado escasas veces y se alisaba de nuevo después de cada lección.

—Escribe el nombre de los siete reyes, en orden —dijo el abuelo.

Los romanos habían aprendido de los etruscos la habilidad de la escritura; los etruscos la habían aprendido de los pueblos de la Magna Grecia (griegos que en generaciones recientes habían colonizado el sur de Italia, llevando con ellos las ventajas de una cultura más avanzada y refinada que la de los italianos nativos). La escritura, en concreto, era una habilidad muy valiosa. Servía para conservar registros y listas, para tener por escrito proclamas reales y leyes, para realizar correcciones y adiciones al calendario, y para enviar mensajes de un lugar a otro. El dominio de la escritura exigía mucha diligencia, y era mejor aprenderla desde pequeño. Como sacerdote heredero de Hércules, como miembro de la clase patricia (descendiente de una de las familias fundadoras de Roma) y con la perspectiva de convertirse algún día en senador como su abuelo, el joven Tito saldría muy beneficiado si aprendía a leer y escribir.

Normalmente, Tito era muy meticuloso al dibujar las letras, pero aquel día le resultaba imposible concentrarse. Cometía errores constantemente, los borraba y volvía a empezar. Miraba hacia la ventana sin parar. En lo que a captar la atención de un jovencito se refiere, escribir letras sobre cera no podía competir con la construcción del nuevo templo. Tal vez no fuera mala cosa la fascinación que Tito sentía por el proyecto; saber cómo se había construido aquel edificio tal vez le resultara útil algún día.

El abuelo esperó hasta que Tito consiguió con gran esfuerzo escribir la última letra de la palabra «Tarquinio» y le dio entonces una palmadita en la cabeza.

—Ya es suficiente —dijo—. Tus lecciones han terminado por hoy. Puedes irte.

Tito lo miró sorprendido.

—¿No te he dicho que te marches ya? —dijo su abuelo—. Hoy estoy un poco cansado. ¡Haberme comparado con la cabeza descubierta en el Capitolio me ha hecho sentir la edad que tengo! Alisa la cera, guarda el estilete y lárgate. ¡Y saluda a tu amigo Vulca de mi parte!

La tarde era cálida y soleada y quedaban aún muchas horas de luz. Tito bajó corriendo hasta el Foro desde su casa familiar en el Palatino, para luego volver a subir hasta la cima del Capitolio. No paró hasta llegar a la roca Tarpeya, el escarpado pico desde donde lanzaban al vacío a los traidores. La roca proporcionaba además una vista panorámica de la ciudad a sus pies. A su amigo Cneo Marcio le encantaba jugar con soldaditos de madera, imaginando ser su comandante; Tito prefería contemplar la ciudad de Roma como si sus edificios fuesen de juguete, e imaginarse reordenándolos y construyendo otros nuevos.

Roma había cambiado mucho desde la época de Rómulo. Si en su día las Siete Colinas

estuvieron cubiertas de bosques y pastos, y los poblados eran pequeños y diseminados, ahora había edificios por donde quiera que alcanzara la vista, construidos los unos junto a los otros y con calles de tierra y gravilla abriéndose entre ellos. Había ciudadanos que seguían viviendo en cabañas de paja y guardando sus animales en cobertizos, pero la mayoría de las casas estaban ahora construidas en madera, algunas tenían una altura de dos pisos, y las de las familias ricas —como los Poticio— eran grandes edificaciones construidas en ladrillo y piedra, con ventanas y postigos, patios interiores, terrazas y tejados de tejas. El Foro se había convertido en el centro cívico de Roma y estaba atravesado por una calle pavimentada conocida como la Vía Sacra. Allí se encontraban numerosos templos y santuarios, así como el Senado. El mercado junto al río se conocía ahora como el Forum Bovario, de la palabra *«bovinus»,* un nombre que hacía referencia a su antiguo y permanente rol como mercado de ganado; se había convertido en el gran emporio de la Italia central. El poblado original a los pies del Capitolio, incluyendo la primera cabaña de los Poticio, había desaparecido tiempo atrás para construir sobre sus restos una ampliación del mercado. En el corazón del Forum Bovario se alzaba el Ara Máxima, donde una vez al año Tito y su familia, junto con los Pinario, celebraban el Banquete de Hércules.

Roma había prosperado y crecido bajo el gobierno de los reyes. Ahora, el signo más grandioso del progreso de la ciudad empezaba a erigirse en la cumbre del Capitolio. Dando la espalda a la vista panorámica, Tito contempló el majestuoso proyecto que día a día iba acercándose a su finalización. Desde su última visita al lugar, habían instalado una nueva sección de andamiaje en la parte frontal del templo.

Los obreros que trabajaban en la zona superior estaban enyesando la superficie en bajorrelieve del frontón.

—Tito, amigo mío! Llevaba tiempo sin verte. —Quien hablaba era un hombre alto y de barba canosa, aproximadamente de la edad del padre de Tito. Su túnica azul estaba manchada con polvo de yeso. Llevaba en la mano un estilete y una pequeña tablilla de cera para realizar bocetos.

Vulca! Últimamente estoy muy ocupado con mis estudios. Pero hoy mi abuelo me ha dado permiso para salir antes.

—¡Excelente! Tengo algo muy especial que enseñarte. —El hombre sonrió y le indicó con un gesto que lo siguiese.

Vulca era un etrusco famoso en Italia entera como arquitecto y artista. El rey Tarquinio lo había empleado no sólo para supervisar la construcción del templo, sino también para decorarlo interior y exteriormente. El edificio estaba construido con materiales comunes (madera, ladrillo y yeso), pero cuando Vulca hubiese acabado con la pintura, el resultado sería deslumbrante: amarillo, negro y blanco para paredes y columnas, rojo para los capiteles y las bases de las columnas, más rojo para la orla del frontón, y diversos tonos de verde y azul para destacar los pequeños detalles arquitectónicos.

Pero la creación más impresionante de Vulca serían las esculturas de los dioses. Estrictamente hablando, las esculturas no eran ornamentos; no decoraban el templo, sino que el templo se construía para albergar las esculturas sagradas. Vulca le había descrito sus intenciones a Tito repetidas veces, y le había dibujado bocetos en su tablilla de cera a modo de ilustración, pero Tito no las había visto todavía; las esculturas de terracota se preparaban con gran secreto en un taller escondido en el Capitolio, al cual únicamente tenían acceso Vulca y sus artesanos más expertos. Tito se quedó muy sorprendido cuando el artista lo condujo hasta una puerta improvisada abierta en una zona cercada junto al templo, y más sorprendido aún cuando dieron la vuelta a una esquina y apareció frente a ellos una estatua de Júpiter.

Tito lanzó un grito sofocado. La escultura era de terracota roja, aún sin pintar, pero la impresión de que el dios estaba físicamente presente era abrumadora. Sentado en un trono, el barbudo y fornido padre de los dioses le miraba desde arriba con un semblante sereno. Júpiter iba vestido con toga, unos ropajes muy similares a los del rey, y en la mano derecha, en lugar de un cetro, sostenía un rayo.

—La toga se pintará en morado, con un remate de pan de oro —le explicó Vulca—. El rayo será también dorado. El rey puso impedimentos cuando se enteró del precio del pan de oro, hasta que le

indiqué lo que le costaría un rayo hecho de oro macizo.

Tito estaba sobrecogido.

—¡Es magnífico! —musitó—. Nunca imaginé que... es decir, me habías descrito cómo sería la estatua, pero en mi imaginación nunca pude... es tan... mucho más... —Sacudió la cabeza. No le salían las palabras.

—Naturalmente, nadie verá nunca al dios tan de cerca. Júpiter será colocado en la parte posterior de la cámara principal sobre un pedestal decorado, para que mire desde arriba a todo aquel que entre en el templo. Las otras dos esculturas se situarán en sus propias cámaras, de menor tamaño, Juno a la derecha y Minerva a la izquierda.

Apartando a regañadientes la vista de Júpiter, Tito vio dos figuras más. No estaban tan avanzadas. La de Juno aún no tenía cabeza. La de Minerva era poco más que un armazón que sugería su futura forma.

Luego su mirada fue a parar a una imagen más fantástica aún que la de Júpiter. Su grito sofocado fue tan fuerte que Vulca se echó a reír.

La pieza era enorme, y tan compleja que nublaba incluso la imaginación de Tito. Era una escultura de tamaño mayor que el natural de Júpiter en una cuadriga, un carruaje tirado por cuatro caballos. Aquel Júpiter, de pie, sujetando en alto su rayo, resultaba más impresionante aún que el Júpiter entronizado. Los cuatro caballos, todos ellos distintos, estaban esculpidos con todo detalle, desde los ojos brillantes y los hocicos a punto de estallar, hasta los musculosos miembros y las majestuosas colas. El carruaje estaba hecho de madera y bronce, como uno de verdad, pero en tamaño gigante, con dibujos y extravagantes motivos decorativos en todas sus superficies.

—Todo son piezas separadas, por supuesto, para luego poder ensamblarlas en lo alto del frontón —le explicó Vulca—. Los caballos se pintarán de blanco, cuatro majestuosos corceles blancos como la nieve y dignos del rey de los dioses. La unión de esta escultura al frontón será el paso final de la construcción. En cuanto Júpiter y la cuadriga estén firmemente colocados en su lugar y completamente pintados, el templo estará listo para su consagración.

Tito se había quedado boquiabierto.

—Me cuesta creer que estés enseñándome todo esto, Vulca. ¿Quién más lo ha visto?

—Sólo mis artesanos. Y el rey, naturalmente, ya que es él quien paga.

—¿Y por qué me lo enseñas a mí?

Vulca dijo algo en etrusco que luego tradujo al latín:

—Si la mosca revolotea el tiempo suficiente, tarde o temprano acabará viéndole las pelotas al perro.

Cuando Tito lo miró con cara de no entender nada, Vulca soltó una carcajada.

—Se trata de un dicho etrusco vulgar y muy antiguo, jovencito, que tu muy formal abuelo a buen seguro desaprobaría. ¿Cuántas veces te vi rondando por mi obra antes de que te llamara y te preguntase cómo te llamabas? ¿Y cuántas veces has regresado aquí desde entonces? ¿Y cuántas preguntas me has formulado sobre las herramientas y los materiales y todos los procesos? ¡Me parece que no sé contar tanto! Me atrevería a decir que no hay hombre en toda Roma, excepto yo, que conozca este edificio mejor que tú, Tito Poticio. Si yo muriese mañana, tú podrías explicar a los obreros todo lo que queda por hacer.

—¡Pero tú no vas a morirte, Vulca! ¡Júpiter nunca lo permitiría!

—Ni lo permitiría el rey, no hasta que termine su templo. Tito se acercó a uno de los caballos y se atrevió a tocarlo. —Nunca imaginé que serían tan grandes, y tan bonitos. Será el templo más grande que se haya construido nunca, en todo el mundo.

—Me gustaría creer que es así —dijo Vulca.

De pronto, Tito gritó. Se frotó el lugar donde una pequeña piedra acababa de darle en la cabeza. Vio de reojo otra piedra que se cernía sobre él caída del cielo y saltó hacia un lado.

Desde el otro lado del muro que ocultaba el avance de las obras llegaba el sonido de risas infantiles.

Vulca levantó una ceja.

—Me parece que son tus dos amigos, Tito. Me temo que *no* están invitados a ver las esculturas,

de modo que si quieres estar con ellos, tendrás que salir de aquí.

—¡Tito! —lo llamó uno de los chicos que estaban fuera—. ¿Qué haces ahí? ¿Acaso está molestándote ese etrusco loco? —Hubo más risitas.

Tito se sonrojó. Vulca alborotó el pelo rubio del chico y sonrió.

—No te preocupes, Tito. Hace tiempo que las bromas de los colegiales han dejado de ofenderme. Corre a ver qué quieren esos dos de ti.

A regañadientes, Tito se separó de Vulca y salió del recinto cerrado. Escondidos detrás de un montón de ladrillos, sus amigos, Publio Pinario y Cneo Marcio, escenificaron una emboscada, agarrándole uno de ellos por los brazos mientras el otro le hacía cosquillas. Tito consiguió liberarse. Los otros dos le persiguieron hasta llegar a la roca Tarpeya, donde se detuvieron todos en seco, riendo y luchando por recuperar el aliento.

—¿Qué estaba enseñándote el etrusco allí dentro? —preguntó Cneo.

—Me parece que estaban jugando a algo —dijo Publio—. Decía el etrusco: «Te enseñaré mi vara de medir si tú me enseñas tu Fascinus». —Dio un golpecito al amuleto que Tito llevaba colgado al cuello.

—Eso no es un juego —afirmó Cneo—. ¡Todo el mundo puede ver el Fascinus de Tito!

Tito hizo una mueca y guardó el amuleto en el interior de su túnica, para que nadie lo viera.

—Ninguno de los dos se merece mirar al dios, de todos modos.

—¡Yo *sí!* —protestó Publio—. ¿No soy sacerdote de Hércules como tú? ¿Y no soy tan patricio como tú? ¿Acaso no corrí a tu lado el pasado febrero, en las Lupercalia? Mientras que nuestro amigo Cneo aquí presente...

Cneo le lanzó una mirada de rabia. Publio acababa de tocar un tema respecto al cual Cneo se mostraba cada vez más sensible. Publio y Tito eran de clase patricia, descendientes de los primeros senadores a quienes Rómulo había dado el nombre de padres, o *paters,* de Roma. Los patricios guardaban celosamente los antiguos privilegios de su clase. El resto de la ciudadanía, ricos y pobres, eran simplemente la gente corriente, o plebeyos. Los plebeyos podían hacerse ricos con el comercio y ser distinguidos en el campo de batalla. Podían incluso alcanzar mucho poder (un familiar lejano de Cneo, Anco Marcio, había sido rey), pero nunca podrían tener el prestigio vinculado a los patricios.

Ciertamente, la madre de Cneo era patricia; Veturia procedía de una familia casi tan antigua como los Poticio y los Pinario. Pero su fallecido padre era plebeyo y, siguiendo la ley del paterfamilias, los hijos quedaban asignados a la clase de su padre. Para Tito y Publio, el estatus plebeyo de su amigo tenía pocas consecuencias; Cneo era el mejor atleta, el jinete más ágil y el chico más guapo e inteligente que conocían. Pero para Cneo, la clase era muy importante. Su padre había muerto en batalla siendo él un niño y se identificaba más con su madre y la familia de ella. Veturia lo había criado para que fuera una persona tan orgullosa como cualquier patricio, y le exasperaba pensar que ser patricio fuera lo único que nunca podría conseguir en la vida. Cruelmente, no sentía la más mínima simpatía hacia los plebeyos, que afirmaban que las diferencias de clases debían abolirse; Cneo siempre estaba del lado de los patricios y no mostraba más que desprecio hacia los que denominaba «plebeyos advenedizos».

Cneo solía comportarse con una confianza en sí mismo que lo convertía en distante, una característica que Tito admiraba mucho; su comportamiento encajaba con su semblante atractivo y altanero. Pero lo irónico de su lealtad de clase era el punto débil de su armadura; Publio, que disfrutaba fastidiándolo, no podía resistirse a aludir a cada momento a la categoría de plebeyo de Cneo. En esta ocasión, Cneo apenas si pestañeó. Se quedó observando fijamente a su amigo con una mirada acerada.

—Muy pronto, Publio Pinario, los tres llegaremos a la edad de poder entrar en batalla. Todos los romanos entran en batalla; es el deber más elevado que Roma exige a sus ciudadanos, que cada primavera se entrenen y cada verano salgan en busca de nuevos botines. Pero no todos los romanos alcanzan el mismo grado de gloria. Los plebeyos más pobres, con sus espadas oxidadas y sus desvencijadas armaduras, que tienen que combatir a pie porque no pueden permitirse un caballo, lo pasan muy mal; sólo podemos sentir lástima por ellos y esperar poca gloria de sus matanzas. Pero

de los terratenientes, como nosotros, que pueden permitirse las mejores armas y armaduras, que tienen tiempo para entrenarse y la oportunidad de dominar el arte de la equitación, los romanos esperan mucho más. Lo que más importa en este mundo es la gloria. Sólo el guerrero más grande obtiene la gloria más elevada. Y en eso pretendo convertirme, aunque sólo sea para que mi madre se sienta orgullosa de mí: en el mayor guerrero que Roma haya visto nunca. Así que por ahora, Publio, puedes burlarte de mí todo lo que quieras, porque aún no somos más que niños, sin gloria. Pero pronto seremos hombres. Entonces los dioses verán quién de nosotros puede llamarse romano con más orgullo.

Publio movió la cabeza.

—¡Advenedizo! ¡Plebeyo petulante!

Cneo dio media vuelta y se marchó con la cabeza bien alta.

Tito reaccionó ante el discurso de Cneo de un modo muy parecido al que había tenido ante la escultura de Vulca y, siguiendo a su amigo con la vista, murmuró la misma palabra:

—¡Magnífico!

Publio lo miró de reojo y le dio una palmada en la nuca.

—Me parece que estás más enamorado de Cneo que de tu pederasta etrusco. —Publio acababa de aprender la palabra, de origen griego, y le encantaba utilizarla.

—¡Calla la boca, Publio!

Aquella noche, el abuelo de Tito presidió una gran cena familiar a la que asistieron el padre de Tito y sus tíos con sus familias. Había además dos invitados: un joven primo del rey Tarquinio, llamado Cola-tino, y su esposa, Lucrecia. Las mujeres cenaron con los hombres pero después de la comida, cuando una criada llegó con una jarra de vino,

no se les ofrecieron copas a las mujeres. Cuando Colatino hizo un brindis por la salud del rey, las mujeres se limitaron a mirar.

Era un hombre de aspecto agradable y carácter alegre, un poco chillón y dominante, pero no tan arrogante como los hijos de Tarquinio. Su trato afable era el principal motivo por el que el anciano Poticio había decidido cultivar una relación con él, pensando que Colatino le proporcionaría acceso al monarca sin tener que pasar por la desagradable situación de tener que tratar con los hijos del rey.

Después del brindis, en lugar de beber sólo un sorbo, Colatino acabó con su copa de un trago.

—Un vino excelente —declaró, relamiéndose y mirando de reojo a su esposa—. Es una pena que no puedas probarlo, querida.

Lucrecia bajó la vista y se sonrojó. En aquel momento, la mirada de todos los hombres de la estancia se posó en ella, incluyendo la de Tito, que creía no haber visto en su vida una mujer más bella. El sonrojo sólo servía para aumentar la perfección de su blanca piel. Tenía el cabello oscuro y brillante, y tan largo que era posible que no se lo hubiera cortado nunca. Aunque iba vestida con modestia, con una estola de manga larga de lana azul oscuro, las líneas de la ropa sugerían un cuerpo de proporciones exquisitas. Cuando el sonrojo aminoró, sonrió y volvió a levantar la vista. El corazón de Tito dio un vuelco cuando sus verdes ojos se cruzaron por un breve instante con los suyos. Luego, Lucrecia miró a Colatino.

—A veces cuando me besas, esposo mío, recibo un débil sabor a vino de tus labios. Con eso me basta.

Colatino sonrió y le cogió la mano.

—¡Lucrecia, Lucrecia! ¡Cómo eres, esposa mía! —Se dirigió a los demás—. Fue una ley muy sabia la que promulgó el rey Rómulo prohibiendo a las mujeres beber vino. Dicen que los griegos que viven en el sur permiten beber a sus mujeres y tienen conflictos continuamente. Hay incluso gente en Roma que se ha vuelto permisiva y deja hacer, hombres de los rangos más altos, que deberían de tener más juicio. —Tito intuyó que Colatino se refería a sus reales primos—. Pero eso no puede traer nada bueno, y me alegro de ver que esa vieja virtud y ese sentido común siguen estando vigentes entre los Poticio, tal y como corresponde a la categoría de una de las familias más

antiguas de Roma.

El abuelo de Tito movió afirmativamente la cabeza para agradecer el cumplido y sugirió un nuevo brindis.

—¡Por la vieja virtud!

Colatino apuró de nuevo su copa. Tito, al ser un muchacho, bebía el vino mezclado con agua, pero Colatino bebía el vino sin diluir y empezaba a notar sus efectos.

—Si brindamos por la virtud —dijo—, entonces deberíamos hacer un brindis especial por la persona más virtuosa que tenemos hoy aquí... mi esposa Lucrecia. ¡No hay mujer mejor en toda Roma! Después del brindis, os contaré una historia para demostrar a qué me refiero. ¡Por Lucrecia!

—¡Por Lucrecia! —dijo Tito.

Se sonrojó ella de nuevo y volvió a bajar la vista.

—Hace unas noches —dijo Colatino—, estaba yo en casa de mi primo Sexto. Sus dos hermanos se hallaban también presentes, así que estábamos allí reunidos todos los hijos del rey y yo. Bebimos, tal vez un poco más de lo que deberíamos... ¡esos hijos de Tarquinio lo hacen todo con exceso! ... y surgió un debate sobre quién de todos nosotros tenía la esposa más virtuosa. Bueno, acabo de decir que «surgió un debate» pero de hecho, quizá, fui yo quien sacó el tema a relucir, ¿y por qué no? ¿Por qué tiene que guardar silencio el hombre que se siente orgulloso de algo? Mi esposa Lucrecia, les dije, es la más virtuosa de las mujeres. No, no, dijeron ellos, nuestras mujeres son también las más virtuosas. Tonterías, dije yo. ¿Os atrevéis a apostar por ello? ¡Los Tarquinio nunca se resisten a una apuesta!

»De modo que, uno a uno, fuimos a visitar a nuestras esposas. Encontramos a la esposa de Sexto lejos de su ala de la casa, jugando a un juego de mesa y chismorreando con uno de sus criados. ¡Poca virtud en su caso! Salimos y fuimos a casa de Tito. Su esposa... que debe de ser como tres Lucrecias... estaba tumbada en un triclinio, comiendo un pastelito de miel tras otro, rodeada por una montaña de migas. ¡La glotonería no esconde mucha virtud! Fuimos entonces a por la esposa de Arruno. Siento deciros que la encontramos, junto con algunas amigas, *bebiendo vino*. Cuando Arruno fingió sorprenderse, ¡ella le dijo que no fuese tonto y le sirviera otra copa! Es evidente que es una costumbre en ella y que no tiene el menor temor a ser castigada. «Me ayuda a dormir», dijo. ¡Ya podéis imaginaros!

»Entonces fuimos a ver a Lucrecia. Empezaba a ser tarde. Supuse que estaría ya durmiendo, pero ¿sabéis qué estaba haciendo? Estaba sentada en su rueca, tejiendo mientras cantaba una nana a nuestro bebé recién nacido, acostado en la cuna a su lado. ¡Os lo digo, en mi vida me había sentido más orgulloso! No sólo gané la apuesta, sino que deberíais haber visto la cara que pusieron los hermanos Tarquinio cuando vieron a Lucrecia. Siempre está bella, pero sentada allí en su rueca, con un vestido sencillo de color blanco sin mangas, sus brazos desnudos, el resplandor de la lamparilla en su cara... me quedé sin aliento. ¡Los Tarquinio estaban celosos! Me hiciste sentir muy orgulloso, querida.

Colatino cogió la mano de su esposa y la besó. Tito suspiró, imaginándose a Lucrecia a la luz de la lámpara y con los hombros y los brazos desnudos, pero su abuelo puso mala cara y se agitó, inquieto.

El anciano cambió rápidamente de tema y la conversación pasó de nuevo a la política. Poco a poco y con cautela, el anciano Poticio intentó determinar con qué grado de sinceridad podía hablar ante Cola-tino. Cuanto más vino bebía Colatino, más evidente se hacía que no le tenía mucho afecto a su primo el rey. La tendencia aristocrática de su política, aunque no los detalles concretos, le hacía pensar a Tito en su arrogante amigo Cneo Marcio.

—Tantos mimos a los plebeyos por parte del rey... y no a los plebeyos de la mejor clase, gente respetable a quien tanto tú como yo invitaríamos a cenar, sino trabajadores vulgares y holgazanes; no me gusta nada, te lo aseguro —dijo Colatino—. Naturalmente, es muy inteligente por parte del rey quitarle poder al Senado mientras se granjea los favores de la chusma. Persigue a los ricos, les confisca sus riquezas y luego utiliza dichas riquezas para construir gigantescas obras públicas que dan empleo a la gentuza; esa monstruosidad de templo es el ejemplo más evidente. Envía a los patricios más valientes y osados a luchar contra los vecinos de Roma; los territorios conquistados se

convierten en colonias donde pueden instalarse los plebeyos sin tierras. ¡La sangre de los mejores guerreros romanos derramada para que cualquier mendigo pueda tener su propio campo de nabos!

»Si se hubiese convertido en rey siguiendo la antigua tradición, por elección, nadie podría quejarse. Dicen que los senadores de antaño tuvieron que arrodillarse y suplicarle al rey Numa que tomara el puesto. ¡Pero el primo Tarquinio tiene senadores suplicándole que no les usurpen sus propiedades! Incluso el sabio Numa necesitaba el consejo del Senado, pero Tarquinio no; siempre dispone de una fuente más elevada de conocimientos. Siempre que hay una cuestión de orden público, sea sobre hacerle la guerra a un vecino o sobre reparar una grieta en la Cloaca Máxima, Tarquinio saca de repente los Libros Sibilinos, elige un pasaje al azar, lo lee en voz alta en el Foro y declara que es una prueba de que los dioses están de su lado. ¡Tarquinio el Soberbio, claro! Tengo la boca terriblemente seca. ¿Podría beber un poco más de vino?

—A lo mejor preferirías beber un poco de agua —sugirió el abuelo de Tito.

—No me imagino por qué, teniendo el vino tan bueno que tenéis en esta casa. Ah, ahí está la criada. ¡Llénala hasta el borde, por lo que más quieras! Excelente, éste sabe aún mejor que el otro. ¿Qué estaba diciendo? Ah, sí... los Libros Sibilinos. Al final, el rey le pagó a la sibila por ellos, con la máxima rectitud, aun llevándose la peor parte del trato. Normalmente, se limita a coger lo que le apetece, aun de los miembros de su propia familia. Mira lo que le ha hecho a su sobrino, Bruto. La gente ama a Bruto; todo el mundo murmura que habría sido un rey mucho mejor que su tío. Es uno de los pocos hombres a quien Tarquinio no se atreve a destruir directamente. Lo que ha hecho ha sido ir despojando poco a poco a Bruto de su riqueza, hasta dejarlo en un auténtico estado de indigencia. Bruto ha soportado todo tipo de humillación sin decir palabra contra su tío, el rey. La gente le respeta al máximo por su demostración de fortaleza y abnegación.

Colatino pronunció su discurso arrastrando las palabras y con los párpados caídos; de pronto parecía haberse quedado sin energía. El abuelo de Tito, que tenía la sensación de que ya se había hablado demasiado, vio la oportunidad de dar por terminada la velada. Hizo ademán de levantarse, pero antes de poder despedir a sus visitas, Colatino habló de nuevo.

—Mi primo Tarquinio podría quitármelo todo a mí también, igual que se lo ha quitado todo a Bruto. ¡Podría hacerlo así! —Chasqueó los dedos—. ¡Como un rayo de Júpiter! ¡Arruinarlo todo como un terremoto enviado por Neptuno! Podría perderlo todo, excepto una cosa, ¡doy gracias a los dioses!, que el rey y sus hijos nunca podrán quitarme, la más perfecta y la más preciada de todas mis posesiones: ¡Mi Lucrecia!

A lo largo de toda la velada, ella había estado escuchándolo pacientemente, riendo elegantemente de sus chistes, sin mostrarse incómoda cuando él hablaba gritando, y sonrojándose dulcemente cuando él le lanzaba un cumplido. Le cogió graciosamente la mano entre las suyas y se puso en pie, arrastrándolo con ella. Se había dado cuenta de que era tiempo de irse, y sin ningún esfuerzo ayudó a su ebrio esposo a realizar una salida elegante.

Tito, observándola, pensó que debía de ser muy inteligente y cariñosa, además de bella.

Unos días después, Tito, con sus amigos Publio y Cneo, estaban sentados en un saliente de piedra cercano a la roca Tarpeya, observando a los trabajadores subidos al andamio que rodeaba el nuevo templo. Estaba Tito explicando cómo subirían hasta el frontón la cuadriga con Júpiter —Vulca le había descrito el proceso con todo detalle—, cuando Cneo lo interrumpió bruscamente. Cneo tenía la costumbre de cambiar de tema cuando empezaba a aburrirse.

—Dice mi madre que habrá una revolución.

—¿A qué te refieres? —dijo Publio, aburrido también con el discurso de Tito sobre el templo.

—Los días del rey Tarquinio están contados. Eso es lo que dice mi madre. La gente, o al menos la gente que cuenta, está harta de él. Cogerán su corona y se la darán a alguien que la merezca más.

—Ya, y me imagino que Tarquinio agachará humildemente la cabeza y permitirá que le quiten la corona —dijo Publio, mofándose—. ¿Qué sabe tu madre, de todos modos? No es más que una mujer. Mi bisabuelo dice más bien lo contrario. —Publio estaba orgulloso de que su bisabuelo

siguiera con vida y con todos sus sentidos funcionando a la perfección, y fuera el paterfamilias de la familia Pinario—. Dice que Tarquinio ha cortado las piernas de cualquiera que pudiera oponerse a él, de hombres como su sobrino Bruto, y que mejor que vayamos haciéndonos a la idea de que uno de sus hijos ocupará su lugar cuando él no esté. «Habrá un Tarquinio en el trono durante tanto tiempo como ha habido un Pinario cuidando del Ara Máxima», eso es lo que dice mi paterfamilias. ¿Qué dice tu abuelo, Tito? ¿Qué dice el cabeza de familia de los Poticio sobre nuestro amado rey, cuando no lo duermes explicándole detalles sobre la construcción del templo?

A Tito no le gustaba admitir que su abuelo evitaba hablar directamente con él de asuntos tan serios como aquél. Aun teniendo alguna idea sobre las opiniones de su abuelo, sabía también que éste no querría que las comentase abiertamente con Publio, que tenía fama de irse rápidamente de la lengua.

—Seguramente, mi abuelo diría que los chicos de nuestra edad no debemos entregarnos a chismorreos peligrosos.

—Se trata de chismorreo sólo cuando hablan mujeres mal informadas, como la madre de Cneo. Cuando quienes hablan son hombres de mundo como nosotros, estamos ante una discusión seria de política —dijo Publio.

Tito se echó a reír y a punto estaba de decir algo desdeñoso sobre el abultado ego de Publio, cuando Cneo se abalanzó de repente sobre el otro chico.

Publio no podía equipararse en fuerza a Cneo, sobre todo si le pillaba por sorpresa. En un abrir y cerrar de ojos, estaba boca arriba en el suelo, agitando inútilmente brazos y piernas.

—¡Pedirás disculpas por haber insultado a mi madre! —le exigió Cneo.

Tito intentó retirarlo, pero los brazos de su amigo eran duros como una piedra.

—¡Suéltalo, Cneo! ¿Cómo quieres que hable si no dejas de apretujarle el cuello? ¡Suéltalo, Cneo! ¡Acabarás ahogándolo! —Tito estaba espantado de verdad. Pero, por otro lado, no podía evitar reírse. Publio tenía la cara colorada como la toga del rey, y los sonidos atronadores que emitía parecían salir del otro extremo de su cuerpo.

Tito rió a carcajadas, hasta que empezó a sentir agujetas. Cneo, intentando mantener la cara seria, explotó en risas de repente y soltó a su amigo. Publio se liberó y rodó hacia un lado. Se llevó las manos al cuello y miró fijamente a Cneo. Entre toses y estornudos, consiguió proferir un graznido de protesta.

—¡Estás loco, Cneo Marcio! ¡Podrías haberme matado!

—Debería haberte matado, por insultar a mi madre y afrentar mi honor.

—¡Tu honor! —Publio negó con la cabeza—. Debería estar prohibido por ley que un plebeyo como tú pudiera posar ni siquiera un dedo sobre un patricio como yo.

Cneo ni se movió, sino que permaneció absolutamente inmóvil. Su rostro se volvió encarnado.

—¿Cómo te atreves a decirme esto?

—¿Que cómo me atrevo a llamarte plebeyo? ¡Es lo que eres, Cneo Marcio! Sólo un tonto no puede aceptar su destino, es lo que dice mi paterfamilias.

Tito movió la cabeza. ¿Por qué seguiría Publio incitando a Cneo? ¿Pretendía que lo echara rodando por la roca Tarpeya? Tito empezaba a preguntarse si debería salir corriendo en busca de ayuda cuando oyó un ruido procedente de la ciudad, a los pies de la colina.

—¿Qué es eso? —dijo.

—¿El qué? —Publio no apartaba la mirada de Cneo. —Ese ruido. ¿No lo oís? Cómo un gran gemido...

—O un rugido. Sí, ya lo oigo. Como lo que se oye en el interior de una caracola de mar.

El ruido distrajo incluso a Cneo de la rabia que sentía.

—O un sollozo —dijo—. El sonido de un número impresionante de mujeres llorando todas a la vez.

—Algo ha pasado —dijo Tito—. Viene del Foro.

Se acercaron al borde del acantilado y miraron hacia abajo. Los trabajadores del templo también lo habían oído. Los hombres treparon del andamio hasta el tejado para ver mejor.

En el Foro se había congregado una multitud. Y llegaba más gente de todas direcciones. En el

pórtico del Senado había un grupo de senadores, vestidos con sus togas. Entre ellos, incluso a una distancia como aquélla, Tito reconoció el rostro demacrado del sobrino del rey. En lugar de toga, Bruto vestía una túnica harapienta que apenas si serviría a un mendigo... una demostración de la pobreza a la que le había reducido el rey. Se dirigía a la multitud.

—¿Oyes lo que dice? —preguntó Tito.

—Está demasiado lejos y la gente grita mucho —dijo Cneo—. ¿Por qué no se callarán?

Los integrantes de la multitud más cercanos al Senado permanecían en silencio, atentos y vueltos en una dirección, escuchando a Bruto. La gente que se movía eran los que estaban más al fondo, que agitaban los brazos al aire, gritaban y lloraban. Estaban separándose para abrir camino a alguien que intentaba pasar entre ellos y acercarse al Senado.

—¿Quién es ese hombre y qué lleva? —preguntó Tito.

—¿Qué hombre? —inquirió Publio, con voz ronca, frotándose el cuello.

—No puedo ver quién es, pero sí lo que lleva —intervino Cneo—. Una mujer. Lleva una mujer en brazos. Está completamente inmóvil. La gente se aparta para abrirle paso. Me parece que lleva la túnica manchada de sangre. Creo que la mujer debe de estar...

—Muerta —repuso Tito, que sentía un nudo duro y frío en la boca del estómago.

El hombre se abrió camino entre la multitud, paso a paso. Por donde quiera que pasara, se producía una conmoción, seguida de un silencio reverencial. Cuando llegó a los pies de la escalinata del Senado, la muchedumbre estaba sumida en un silencio estremecedor. Tambaleándose, como si la carga que portaba se hubiese tornado insoportablemente pesada, ascendió los peldaños del pórtico. Bruto y los senadores inclinaron la cabeza y se hicieron a un lado. El hombre se volvió hacia la multitud.

—¡Lo sabía! —susurró Tito—. Es Colatino. Eso significa que la mujer que lleva en brazos...

El cuerpo sin vida iba vestido con una estola de manga larga de color azul oscuro, manchada de sangre a la altura del pecho. Tenía la cabeza echada hacia atrás, ocultando la cara, y el cabello oscuro colgaba, tan largo que rozaba los pies de su esposo.

Bruto dio un paso al frente. Ahora, con aquel profundo silencio, Tito pudo oírlo con claridad.

—Cuéntaselo, Colatino. A mí no me creerán. No quieren creer algo tan terrible. Cuéntales lo que ha sucedido.

El llanto de dolor de Colatino reverberó en el Foro e hizo estremecer a la multitud. Durante un interminable momento, parecía incapaz de recuperar la compostura. Cuando por fin habló, sus palabras sonaron alto y claro.

—Lo ha hecho Sexto Tarquinio. ¡El hijo del rey! Ha violado a mi esposa, mi amada Lucrecia. Mientras yo no estaba, se dirigió a mi casa. Fue bienvenido como un huésped de honor, invitado a cenar, y se le ofreció una habitación. A medianoche, decidió ir a verla. La obligó a acostarse en su cama... ¡en nuestra cama! La amenazó con una daga en la garganta... ¡aquí se ve cómo la daga le hirió la carne! Una criada la oyó suplicando piedad, pero uno de los hombres de Sexto vigilaba la puerta. La criada me mandó llamar, pero cuando llegué, Sexto ya se había ido. Lucrecia estaba llorando, inconsolable, loca de dolor. Sexto dejó en casa el cuchillo que había utilizado para amenazarla. Y antes de que yo pudiera detenerla, ella se lo hundió en el corazón. ¡Ha muerto en mis brazos!

Como si el peso se hubiera vuelto de repente tremendamente pesado, Colatino cayó de rodillas, sin dejar de acunar el cuerpo entre sus brazos. Dejó caer la cabeza y lloró.

Bruto dio un paso al frente y levantó en alto la daga ensangrentada.

—¡Éste es el cuchillo! —gritó--. El mismo cuchillo que Sexto Tarquinio utilizó cuando violó a Lucrecia, el cuchillo que ella ha utilizado para matarse. —Esperó a que los gritos sofocados de la multitud se acallaran—. ¿Cuánto tiempo más soportaremos esto? ¿Qué más se permitirán arrebatarnos el tirano y sus hijos? Este estado de cosas intolerable termina aquí y ahora, ¡hoy! —Bruto sujetó el cuchillo en el aire y se volvió hacia el Capitolio, como si estuviese dirigiéndose a Júpiter en el templo inacabado de la cima de la colina. Tito tuvo la impresión de que aquel hombre serio y enjuto se volvía de repente para mirarles directamente a él y a sus amigos. La sensación era inquietante y Tito se estremeció.

—Por la sangre inocente de este cuchillo —declaró Bruto—, y por los dioses, juro que con fuego y espada, y con todo aquello que pueda proporcionar fuerza a mi brazo, perseguiré a Tarquinio el Soberbio, a su malvada esposa, y a todos sus hijos, ninguno de los cuales se merece vivir en la compañía de hombres decentes y, mucho menos, gobernar sobre ellos. ¡Los expulsaré de aquí y nunca permitiré que ellos o cualquier otro hombre sea el rey de Roma!

La multitud explotó en un tumulto de gritos. Las mujeres se tiraban del pelo. Los hombres chocaban sus puños. La muchedumbre ascendió la escalinata del Senado y levantó a Bruto sobre sus hombros. Parecía estar flotando por encima del gentío, su brazo levantado y dirigiendo hacia el cielo el ensangrentado cuchillo.

Incluso desde la seguridad que ofrecía el Capitolio, Tito notó una punzada de miedo. Nunca había presenciado un espectáculo como aquél; la furia de la muchedumbre era como una fuerza de la naturaleza desbocada. El corazón le latía con fuerza en el pecho. Tenía la boca demasiado seca para poder hablar.

—¿Qué pensáis que ha querido decir con eso? —preguntó Cneo. Su voz parecía increíblemente tranquila.

—No podía haberlo dicho más claramente —dijo Publio, con la voz rota—. Bruto se refiere a expulsar a Tarquinio de Roma.

—Sí. ¿Y luego qué?

Publio bufó exasperado.

—Bruto ocupará su lugar, naturalmente.

—No, Publio, no es eso lo que ha dicho. «Nunca permitiré que ellos o *cualquier otro hombre* sea el rey de Roma». Bruto se refiere a derrocar al rey y a no poner a nadie en su lugar.

Publio hizo una mueca.

—Y si no hay rey, ¿quién gobernará la ciudad?

Igual que sus amigos, Tito se sentía confuso. Estaba asustado y emocionado a la vez, sin habla por el dolor que le provocaba pensar que Lucrecia... la bella, sabia y cariñosa Lucrecia, había sufrido aquel horrible destino. Lo que acababa de presenciar lo abrumaba. Aquel día algo había acabado, y algo más había empezado, y las vidas de todos cambiarían para siempre.

509 A.C.

Vestido con sus ropajes sacerdotales y luciendo orgulloso el talismán de Fascinus —pues aquel día estaba presente tanto por su papel ancestral como sacerdote de Hércules, como por el de vástago de los Poticio—, Tito permanecía de pie entre su padre y su abuelo en las primeras filas de la multitud que se había congregado en el Capitolio delante del nuevo templo de Júpiter. Los Pinario estaban también allí, ocupando un lugar de honor similar. El bisabuelo de Publio tenía un aspecto muy frágil y parecía bastante confuso; pero ¿a quién no le daba vueltas la cabeza después de los tumultuosos acontecimientos del pasado año?

La ocasión no era otra que la consagración del templo. Hasta el último minuto, Vulca había estado trabajando frenéticamente dando los toques finales aquí y allá: embadurnando con pintura el codo descascarillado de Minerva, puliendo las grandes bisagras de bronce de las puertas, dando órdenes a sus hombres para que movieran el trono de Júpiter una pulgada más hacia la izquierda porque la escultura no estaba exactamente centrada sobre su pedestal. No importaba que Vulca percibiera aún diminutas imperfecciones por todas partes; para Tito, nunca había habido nada tan bello como el templo. Era auténtico merecedor de su enclave dominante en la cumbre del Capitolio, lo que lo convertía en el edificio más destacado de toda Roma; pues dominaba el horizonte desde cualquier punto panorámico. Con el andamio por fin desaparecido, Tito pudo apreciar finalmente la perfección de sus proporciones y la línea ascendente de las columnas que soportaban el frontón. Sobre el frontón, la escultura de Júpiter en su carruaje tirado por cuatro caballos evocaba majestuosamente al rey supremo de dioses y hombres. El templo poseía una belleza terrenal que

inspiraba respeto religioso.

Uno junto al otro, en el pórtico del templo, supervisando la consagración, estaban los dos cónsules, Bruto y Colatino. Aunque su rostro estaba más escuálido que nunca, Bruto había dejado de vestir con los harapos de un mendigo. Al igual que Colatino, lucía una toga con una franja de color púrpura que indicaba su categoría como uno de los dos más altos magistrados de la nueva República.

«República», la palabra era todavía nueva para Tito y le sonaba extraña a los oídos. Su origen se encontraba en las palabras *«res»* (cosa, circunstancia, estado de existencia) y *«publica»* (del pueblo). *Res publica:* el estado del pueblo. Tras la repentina caída y marcha de Tarquinio (el alzamiento fue tan abrumador que la revolución se produjo sin apenas derramamiento de sangre), los dirigentes del Senado habían decidido que gobernarían ellos mismos el Estado, sin un rey. El pueblo había insistido clamorosamente en que debía tener una asamblea propia y leyes que lo protegieran, pues el favor del rey había sido su único baluarte contra los caprichos de los ricos y poderosos patricios.

—¡Leyes, leyes y más leyes! —se quejaba el abuelo de Tito, después de asistir a las primeras y ruidosas reuniones del nuevo gobierno—. Cuando ningún hombre es el rey, todo hombre es el rey, y piensa que debería hacerlo a su manera o, como mínimo, tal y como él dice. ¡El resultado es el caos! Discusiones interminables y ningún acuerdo sobre nada, excepto que tiene que haber nuevas leyes que supriman cualquier ley antigua anteriormente acordada. Nadie está contento. Todo el mundo piensa que los demás están sacando mejor tajada. ¡Casi es suficiente como para empezar a sentir nostalgia de aquel a quien llamábamos el Soberbio!

A pesar de todos los problemas que acuciaban al nuevo Estado, aquél era un día de celebración. La consagración del nuevo templo, que tendría que haber sido el logro más destacado del rey Tarquinio, serviría en cambio para conmemorar el primer año de la nueva República. De hecho, para Tito, la majestuosidad de las esculturas pintadas, obra de Vulca, y la imponente perfección de su arquitectura ejemplificaban el atrevido y nuevo espíritu de la ciudad de Roma.

A un visitante podría parecerle que los dos magistrados del pórtico eran co-gobernantes, una situación apenas distinta a la de un rey. Su vestimenta los distanciaba del resto y, al igual que reyes, estaban protegidos por lictores armados con varas y hachas. Ni siquiera el hecho de que hubieran sido elegidos para el cargo los diferenciaba de los reyes, excepto de Tarquinio, que no había sido proclamadas para el puesto, y eso aun teniendo en cuenta que algunos habían sido nombrados más libremente que otros. Pero los dos cónsules, que gobernaban conjuntamente de modo que uno actuaba cotejando lo que hacía el otro, iban a hacerlo sólo durante un año, momento en el cual cederían sus puestos a los dos cónsules que ganaran las siguientes elecciones. Con la división de los poderes de los cónsules y la celebración de elecciones anuales, se esperaba que el Estado pudiera servir al pueblo, y que Roma no volviese a caer nunca bajo el dominio de un tirano como Tarquinio.

La ceremonia pública llegó a su fin. Se abrieron las grandes puertas del templo. Los cónsules hicieron su entrada seguidos por un grupo muy selecto de ciudadanos, pues el santuario sólo podía acomodar a una parte muy pequeña de la multitud allí congregada. El abuelo de Tito estaba entre los elegidos, al igual que el bisabuelo de Publio, que ascendió los peldaños con dificultad, apoyado en el brazo del otro sacerdote de Hércules. Tito no tenía permiso para asistir a la ceremonia más exclusiva que tendría lugar en el interior del santuario, pero, gracias a Vulca, había visto ya terminadas las cámaras que albergaban las esculturas de Júpiter, Juno y Minerva, y había podido contemplar los dioses a su antojo.

La muchedumbre empezó a dispersarse. En el ambiente se respiraban aires de felicidad. Los hombres se saludaban con abrazos y risas. Tito se sentía inspirado y de buen humor.

Cuando vio a Cneo por allí, su buen humor mejoró más si cabe, hasta que Publio le murmuró al oído:

—¡Mira! Por allí corre tu amigo plebeyo, Cneo Marcio. ¿Cómo ha conseguido ponerse tan adelante? Hoy debe haberse hecho pasar por un Veturio, fingiendo que la sangre de su madre *le* convierte en uno de los nuestros.

—¡Cierra el pico, Publio! No digas nada que pueda insultarlo. Provocar desavenencias

deliberadamente en un día como hoy es una falta de respeto hacia Júpiter.

Publio se echó a reír.

—¡Por todos los dioses, siento haber ofendido tu sensibilidad religiosa, Tito! Me limitaré a pasar de largo, entonces. Saluda a ese pequeño plebeyo ostentoso si piensas que puede ser del agrado de Júpiter.

Después de que Publio desapareciera, Tito llamó a Cneo, que le devolvió la sonrisa.

—Tenías toda la razón respecto a Vulca y el templo —dijo Cneo—. Extranjero o no, nos ha dado un edificio verdaderamente magnífico, algo de lo que toda Roma puede sentirse orgullosa. Tengo ganas de ver las esculturas del interior.

Tito se limitó a asentir. Delante de Publio se habría jactado con orgullo de haber visto ya las esculturas, pero Cneo podría pensar que se mostraba superior a él y tomárselo como una ofensa.

La sonrisa de Cneo se esfumó.

—Estabas más cerca de los cónsules que yo. ¿No te ha parecido que Bruto estaba un poco ojeroso?

—Tal vez. Mi abuelo dice que corre el rumor de que no se encuentra bien.

—¡Si sólo fuera eso!

—¿A qué te refieres?

Cneo cogió a Tito del brazo y tiró de él para apartarlo de la muchedumbre. Le habló en voz baja.

—¿No has oído los rumores sobre los hijos de Bruto?

Los dos hijos del cónsul eran unos años mayores que Tito, que los conocía lo bastante como para saludarlos por el nombre cuando los veía por el Foro.

—¿Rumores?

Cneo sacudió la cabeza.

—Que tu abuelo siga tratándote como un niño no significa que tengas que pensar como un niño, Tito. Eres demasiado mayor para eso. Y los tiempos que corren son peligrosos. Tendrías que interesarte más por lo que sucede a tu alrededor.

Tito sonrió tímidamente y acarició el talismán de Fascinus que llevaba colgado al cuello.

—Lo único que en realidad me interesa es aprender a ser constructor, como Vulca.

—Deberías dejar esos asuntos para los artesanos. Los hombres como nosotros hemos nacido para ser guerreros.

—Pero los templos nos acercan a los dioses. Construir un templo es tan importante como ganar una batalla.

Cneo bufó.

—¡Ni siquiera te responderé a eso! Pero estábamos hablando de Bruto y de sus hijos. Ya que veo que no estás al corriente de la situación, te informaré. Este estado de cosas precario, la llamada República, está colgando de un hilo. Nuestros vecinos están forjando alianzas para librar una guerra contra nosotros. Sin un rey, piensan que somos débiles, y tienen razón. Tantos antagonismos y riñas han socavado nuestra fuerza. La peor chusma de la ciudad quedó aplacada por una temporada, después de que los usurpadores les permitieran desvalijar las propiedades de la familia de Tarquinio... ¡una vergüenza que Bruto y Colatino permitieran ese ultraje! Pero ahora, la chusma empieza a sospechar de los nuevos magistrados, y piensa que su asamblea debería ocupar el lugar del Senado. ¡Que los dioses ayuden a Roma si esto llega a suceder! Y ahora... —Bajó incluso más el tono de voz—. Ahora hay una confabulación para devolver el rey al trono. Están implicados algunos de los hombres más respetados de Roma.

Tito se quedó sin aliento.

—¿Es eso posible?

—No sin un gran derramamiento de sangre. Pero sí, es posible. Mientras Tarquinio y sus hijos sigan con vida, nunca dejarán de conspirar para recuperar el trono.

—¿Y quién les ayudará a hacer una cosa así? Después de lo que Sexto Tarquinio le hizo a Lucrecia...

—¿Y eso qué es? Un hombre violó a la esposa de otro, no fue la primera vez, ni tampoco la última. Fue un crimen, eso seguro, pero no un motivo para abolir todo el sistema de reinado que

convirtió Roma en una ciudad fuerte. No lo olvides, fue un rey quien nos dio el templo del que tan orgulloso te sientes. Los enemigos de Tarquinio simplemente utilizaron la violación como un medio para incitar la ira contra el rey, para poder ocupar su lugar.

Tito sintió un cosquilleo de miedo.

—Cneo, ¿no estarás implicado en esta confabulación para el retorno del rey, verdad? ¡Respóndeme, Cneo!

Cneo mostraba una expresión misteriosa y distante, y Tito vio que su amigo disfrutaba al observar su consternación.

—No, no lo estoy —dijo por fin—. Pero tampoco me parecen del todo mal esos que piensan que Roma estaba mejor con un rey.

—Pero, Cneo, incluso para alguien como tú... —Tito se dio cuenta de que debía hablar con cuidado para no ofender a su amigo; por otro lado, quería demostrarle que no era tan ignorante en cuestiones políticas como Cneo parecía pensar—. Colatino es un patricio, pero Bruto no; su madre era la hermana del rey, pero su padre era plebeyo. Al ganar las elecciones al consulado, estos dos han sentado un precedente para el futuro. En la República, cualquier hombre de valía, sea patricio o plebeyo, tendrá oportunidad de gobernar el Estado.

Cneo resopló.

—¡Durante un año! ¿Y eso para qué sirve?

Tito siguió presionándolo.

—También se han sumado más hombres al Senado. Tarquinio mató a tantos senadores que Bruto y Colatino están nombrando a diario nuevos miembros, para que vuelva a haber los trescientos que había antes. No sólo patricios, sino también plebeyos.

—¡Peor aún! ¿Es eso lo mejor que un hombre puede esperar que le suceda? ¿Convertirse en uno de esos trescientos?

Tito puso mala cara, perplejo.

—Me parece que no lo entiendes, Cneo. —No podía evitar imaginarse los pocos rodeos con que Publio habría expuesto el caso: «Tal vez en la nueva República tengas aún un lugar que ocupar, Cneo, ¡aunque no seas más que un pobre plebeyo!».

—No, Tito, el que no lo entiende eres tú. Esta República, este gobierno del pueblo... ¿qué puede ofrecer a un hombre excepto la oportunidad de convertirse en un simple senador, uno de los trescientos, o como máximo llegar a ser cónsul, el primero entre iguales, y además un componente de una pareja, elegido sólo por un año? Mientras Roma tuvo un rey, había esperanza; había algo por lo que un hombre podía luchar.

—No te entiendo.

—¡Esperanza, Tito! Un hombre ambicioso, un gran hombre, un luchador aguerrido... un hombre con la cabeza y los hombros por encima de los demás hombres, un hombre así, en los viejos tiempos, podía esperar llegar a ocupar el trono algún día, convertirse en un auténtico gobernador de hombres, ser el rey de Roma. Pero ahora que la monarquía ha desaparecido, que se ha visto sustituida por esta patética República, ¿qué esperanza le queda a un hombre así?

Tito miró a su amigo, fascinado y sobrecogido. ¿Se habría imaginado de verdad Cneo que algún día llegaría a ser rey de Roma? ¿De dónde salía esa ambición tan desenfrenada? ¿Tenía que temerla o admirarla? Casi deseaba que hubiera estado presente Publio para que desinflara las ideas fantásticas de Cneo con un comentario sarcástico.

Tito movió la cabeza.

—¿Cómo hemos llegado hasta aquí? Tú ibas a contarme algo sobre Bruto... y sus hijos...

—No importa —dijo Cneo. Cambió de cara, pero en su voz Tito seguía escuchando toda la rabia, el dolor y la exasperación de un joven cuyos sueños nadie comprendía, ni siquiera su mejor amigo.

Cneo se alejó sin decir nada más.

Del mismo modo que su abuelo había hecho hincapié en que Tito dominara la lectura, también Bruto había procurado que sus dos hijos supieran leer y escribir. Y fue esta habilidad la que los condenó. El hermano menor de la esposa de Bruto estaba muy metido en la conspiración para restaurar la monarquía. Fue este hombre, Vitelio, quien convenció a sus sobrinos para que se sumaran a la revuelta, con promesas de que serían ampliamente recompensados durante el segundo reinado de Tarquinio. Emisarios secretos portaban mensajes entre el rey y los conspiradores. A medida que se acercaba la fecha del proyectado regreso de Tarquinio, un día que convertiría el Foro en un lago de sangre, el inquieto rey presionaba para conseguir más garantías de sus seguidores. Exigía cartas donde quedaran expresadas todas las intenciones, con promesas explícitas de fidelidad y firmadas de puño y letra. Los dos hijos de Bruto, Tito y Tiberio, firmaron esa carta y la dejaron en manos de un esclavo propiedad de su tío Vitelio.

El esclavo había sido sobornado por Bruto para que lo mantuviera informado sobre la conjura. Bruto sabía que su cuñado estaba implicado y, como no sentía ningún tipo de afecto hacia Vitelio, estaba decidido a desenmascararlo. Bruto no sabía que sus propios hijos se hallaban también implicados.

—¿Cuántas? —dijo Bruto.

—Veinte cartas —dijo el esclavo—, firmadas por veintiún hombres.

Bruto hizo una mueca.

—¿Hay una de las cartas con dos nombres?

—Sí, cónsul.

Una a una, Bruto cogió las cartas y las leyó, pasándoselas a continuación a Colatino. Algunos de los nombres no representaban ninguna sorpresa para Bruto; otros lo dejaban conmocionado. Consciente de la gravedad del momento, se mantenía completamente inexpresivo.

El esclavo apartó la vista al entregarle la última carta a Bruto. El cónsul se la quedó mirando tanto rato, manteniendo una rigidez tan poco natural, que Colatino, a la espera de que le pasase la carta, se preguntó si Bruto habría sufrido algún tipo de parálisis. Impacientándose, le arrancó la carta de las manos. Y cuando vio los dos nombres que la firmaban, se quedó sin respiración.

Bruto seguía sin mostrar ningún tipo de reacción. Su voz salió carente de toda emoción.

—Tenemos sus nombres. Tenemos una prueba de su culpabilidad. Sabemos dónde viven todos esos hombres. Enviaremos a los lictores para apresarlos lo más rápidamente posible, para que ninguno pueda alertar a los demás.

—¿Y entonces? —musitó Colatino.

—No hay ninguna necesidad de juicio. El Senado nos ha conferido poderes de urgencia para solventar circunstancias como ésta. Actuaremos con rapidez y seguridad para salvar la República.

Al día siguiente, los ciudadanos fueron convocados en asamblea en el Campo de Marte, donde los cónsules ocuparon sus asientos sobre una tribuna elevada.

Los condenados fueron llevados ante su presencia. Iban completamente desnudos. Eran todos jóvenes y de familias respetables. De lejos, podrían parecer atletas desnudos desfilando ante la multitud congregada en el Circo Máximo, exceptuando el hecho de que los atletas habrían saludado al gentío y aquellos hombres llevaban las manos atadas a sus espaldas.

Todas las miradas estaban clavadas en los hijos de Bruto. Si como mínimo algo habían aprendido de su madre, era a mantener la compostura. Mientras que algunos de los conspiradores maldecían o suplicaban piedad, o lloraban, o se peleaban con los lictores, Tito y Tiberio permanecían erguidos, con la boca cerrada y la mirada fija en el horizonte.

Delante del tribunal se había colocado una hilera de gruesos troncos de árbol. Se ordenó a los prisioneros que se colocaran delante de los troncos, que se arrodillaran a continuación en la arena y que se inclinaran hacia delante hasta que su pecho quedara apoyado en la madera. Pasaron entonces una larga cuerda en torno al cuello de cada hombre, atándolos a todos juntos; los fragmentos de

cuerda que quedaban entre cada hombre se anclaron mediante abrazaderas de hierro clavadas en el suelo. De este modo, quedaron los prisioneros controlados y preparados para recibir el castigo.

Primero fueron azotados. Los lictores se lo tornaron con calma. Los hijos de Bruto y su tío Vitelio fueron azotados exactamente igual que los demás. Los latigazos continuaron hasta que la sangre tiñó de rojo la arena. Algunos de los prisioneros se desmayaron. Los refrescaron con agua para reanimarlos.

De haberse tratado de guerreros de otra ciudad hechos prisioneros, de criminales comunes o de esclavos rebeldes, la multitud se habría burlado y reído de ellos; pero la situación hacía que no se oyera prácticamente nada excepto, de vez en cuando, el llanto amortiguado de hombres que escondían su rostro y no podían soportar el espectáculo. La gente, en su mayoría, hacía lo posible para emular a Bruto que, sentado en su trono tan rígido como una estatua, observaba sin encogerse el castigo a los traidores.

Uno a uno, los prisioneros fueron decapitados. Los lictores se repartieron ese deber, pasándose el hacha de hombre a hombre, limpiándola de sangre y de restos antes de volver a utilizarla. Los hijos de Bruto estaban situados en la parte central de la fila, el uno junto al otro. Cuando los lictores se acercaron a Tito, ya habían sido ejecutados diez hombres; sus cabezas permanecían allí donde habían caído, sobre los charcos de sangre que seguía rezumando de los cuellos cortados. Algunos de los hombres del extremo de la fila lloraban; otros, presas de ataques de pánico, luchaban frenéticamente para liberarse de la cuerda. Algunos habían perdido el control del intestino y la vejiga; el hedor a orina y heces se sumaba al de la sangre. Vitelio, que estaba en el último puesto de la fila, gritaba sin cesar. Uno de los lictores, incapaz de aguantar más aquel sonido, lo amordazó con un trapo ensangrentado.

Se pasó el hacha una vez más. El lictor limpió la hoja, la elevó en el aire y la hizo descender sobre el cuello de Tito. Tiberio, que mantenía los ojos fuertemente cerrados, fue decapitado a continuación. Quedaban nueve prisioneros más. Los lictores continuaron con su trabajo.

Observando la escena desde el tribunal, y después de la ejecución de sus hijos, el rostro de Bruto seguía tan imperturbable como antes. Los ciudadanos lo miraban sobrecogidos.

Cuando llegó su turno, Vitelio consiguió deshacerse de la mordaza y empezó a gritar de nuevo. El hacha se izó y cayó. Los gritos terminaron de repente. El Campo de Marte quedó sumido en el silencio más absoluto.

Colatino se puso en pie. Su porte era rígido; sólo el movimiento repetido de abrir y cerrar los puños dejaba entrever su agitación. A su lado, Bruto se levantó también de la silla. Por un breve instante, se le vio tambalearse. La multitud contuvo la respiración, temerosa de que sus piernas cedieran bajo su peso. Colatino, instintivamente, alargó la mano para sujetar al cónsul del brazo, pero se detuvo justo antes de tocarlo y retiró la mano.

Colatino se dirigió a él en voz baja; estaba ofreciéndose para llevar a cabo la tarea que previamente habían acordado recaería sobre Bruto. Bruto negó con la cabeza, declinando el ofrecimiento. Extendió el brazo derecho. Uno de los lictores colocó un báculo en su mano abierta.

—¡Vindicio, acércate! —gritó Bruto.

El esclavo que había delatado a su amo Vitelio y a los demás conspiradores, se acercó al tribunal. Bruto lo miró.

—Se te prometió una recompensa por tu papel en el salvamento de la República de sus enemigos, Vindicio. Durante la breve vida de la República, nunca antes un esclavo se había convertido en ciudadano. Tú serás el primero. Por el toque de este báculo, te otorgo los derechos, deberes y privilegios de un hombre libre de Roma.

Vindicio inclinó la cabeza. Bruto le tocó la coronilla con el báculo.

La voz de Bruto, elevada hasta alcanzar el tono de un orador, seguía siendo algo estridente, pero no se rompió.

—Que quede visto que un esclavo puede convertirse en ciudadano por servir a la República. Y que quede visto que no habrá piedad para ningún ciudadano que traicione a la República. Todos los hombres ejecutados aquí hoy eran culpables de traición. Traicionaron a nuestra ciudad y a sus conciudadanos. Algunos eran además culpables de otro crimen: traicionaron a su padre. Para la

deslealtad hacia el padre, o hacia la patria, sólo puede haber un castigo, y lo habéis visto hoy aplicado. Lo hemos llevado a cabo en el Campo de Marte, sin que nada nos ocultara de los ojos del cielo. Dejemos que los dioses sean testigos. Que ellos ratifiquen, con la continuidad de sus favores, que lo que hemos hecho ha sido lo correcto.

Bruto descendió del tribunal con la cabeza erguida. Mantenía el paso firme, pero apoyándose sobre el báculo que sujetaba con la mano derecha. Nunca había necesitado apoyarse en una vara para caminar, y nunca más volvería a poder caminar sin ella.

En primera fila del gentío, observando la marcha del cónsul, se encontraban Tito Poticio y Cneo Marcio.

Tito, debido al estatus de su familia, estaba acostumbrado a ocupar los primeros puestos de cualquier tipo de asamblea; aquel día, habría deseado estar en otra parte. Varias veces, especialmente durante las decapitaciones, había sentido debilidad y náuseas, pero, con su abuelo al lado, no se había atrevido a apartar la vista. Su amigo Cneo, que solía situarse en las últimas filas, le había suplicado a Tito que le dejase estar a su lado para tener la mejor visión posible de los acontecimientos. Cuando Tito se había sentido débil, había acariciado con una mano a Fascinus y con la otra, como un niño, había buscado la mano de Cneo. Cneo, aun sintiéndose un poco infantil, le había dado la mano a su amigo sin protestar; al fin y al cabo, le debía a Tito su puesto en primera fila.

Cneo no era aprensivo; la visión de tanta sangre no le mareaba. Tampoco sentía lástima por los prisioneros. Habían corrido un riesgo terrible, conociendo sus posibles consecuencias. De haber tenido éxito, no habrían mostrado más compasión hacia sus víctimas que la que se había mostrado hacia ellos.

Y en cuanto a Bruto, Cneo no sabía muy bien qué pensar. Aquel hombre tenía una voluntad de hierro; si había un mortal que mereciese ser rey, ése era Bruto, y, aun así, no tenía el menor interés en reclamar el trono; su odio hacia la monarquía parecía realmente genuino. Bruto había invertido todas sus esperanzas y sueños en el curioso concepto de la *res publica,* el estado del pueblo. La *res publica* se había llevado a sus propios hijos, y le había exigido llevar a cabo personalmente aquel castigo. Incluso un dios que requiriera un sacrificio tan cruel como aquél podría sentirse despreciable... ¡pero Bruto seguía venerando la *res publica!*

Cneo había sido testigo del nacimiento de un nuevo mundo, un mundo en el que dominaban los patriotas, no los reyes. El mundo había cambiado, pero Cneo no; seguía decidido a ser el primero de entre todos los hombres, a ser estimado por encima de los demás. No sabía cómo iba a conseguirlo en aquel nuevo mundo, pero tenía fe en su destino. El tiempo y los dioses le mostrarían el camino.

504 A. C.

La llegada de Atta Clauso a Roma fue motivo de gran pompa y celebración. Todos los implicados reconocieron que fue un evento trascendental, aunque nadie podía imaginarse el alcance que llegarían a tener sus efectos.

Los primeros cinco años de la nueva República habían estado marcados por muchos contratiempos y retos. Los enemigos internos habían conspirado para devolver el trono al rey. Los enemigos externos habían intentado conquistar la ciudad y someterla. Los ciudadanos estaban agitados y descontentos, y el poder iba cambiando de un bando a otro en una contienda implacable entre distintas voluntades.

Entre los enemigos externos de la ciudad se encontraban las tribus sabinas del sur y del este, que llevaban tiempo unidas contra Roma. Cuando uno de sus líderes, Atta Clauso, empezó a trabajar para lograr la paz entre los sabinos y Roma, los demás señores de la guerra se volvieron contra él y Clauso se encontró inmerso en un peligro inminente. Solicitó urgentemente al Senado permiso para emigrar a Roma, junto con un pequeño ejército de guerreros y sus familias. El Senado debatió el tema y autorizó a los cónsules a negociar con Clauso. Clauso fue bienvenido en Roma a cambio de

una sustanciosa contribución al agotado tesoro del Estado y de la inclusión de sus guerreros en las filas romanas. Sus incondicionales recibieron la promesa de unas tierras a orillas del río Anio y Clauso fue admitido dentro de los patricios y recibió un escaño en el Senado.

El día de su llegada, una enorme multitud de simpatizantes se agolpó en el Foro y lo recibió con vítores cuando hizo su entrada en la Vía Sacra en compañía de su familia. A su paso se lanzaron pétalos de flores. Trompas y cuernos entonaron la melodía festiva de una vieja canción sobre Rómulo, su adquisición de las esposas sabinas y sus felices resultados. La procesión llegó al Senado. Mientras su esposa y sus hijos permanecían al pie de la escalinata, Clauso ascendió hasta el pórtico.

Como era habitual, Tito Poticio se encontraba entre las primeras filas del gentío, desde donde podía ver bien al famoso señor de la guerra sabino. Quedó impresionado por su porte distinguido y su majestuosa mata de cabello oscuro con destellos de plata. El abuelo de Tito se encontraba entre los magistrados y senadores que dieron la bienvenida a Clauso en el pórtico y le obsequiaron con una toga senatorial. La túnica sabina que lucía Clauso era una espléndida prenda de color verde con lujosos bordados en oro, pero hizo toda una exhibición de buenas maneras al levantar los brazos y permitir que le envolvieran con la toga y se la sujetaran debidamente. Le sentaba bien y tenía todo el aspecto de haber nacido como un auténtico senador romano.

Siguieron entonces los discursos. La atención de Tito empezó a dispersarse y se se puso a estudiar a los miembros de la familia de Clauso que tan cerca de él tenía. La esposa del nuevo senador era una mujer impactante y los hijos eran los vástagos de un padre y una madre muy guapos. Una de las hijas llamó especialmente la atención de Tito. Era una belleza morena de nariz larga, labios sensuales y brillantes ojos verdes. Tito no podía apartar la vista de ella. La chica se dio cuenta y le devolvió la mirada, contemplándolo durante un largo momento antes de sonreírle y apartar la vista; en el pórtico, el padre de ella había empezado a hablar. El corazón de Tito dio un vuelco como no lo había dado desde que vio por vez primera a la desgraciada Lucrecia.

Clauso hablaba en latín con un agradable acento sabino. Expresó su agradecimiento al Senado de Roma sin hacer mención alguna al pueblo, se percató Tito y prometió continuar con sus esfuerzos para convencer a los demás líderes sabinos de que era necesario llegar a un acuerdo de paz con Roma.

—Pero si no es posible pacificarlos en la cámara del consejo, tendrán que ser aplastados en el campo de batalla, y yo tomaré parte de esa empresa. Los guerreros sabinos que he traído conmigo son ahora orgullosos guerreros romanos, igual que yo soy ahora un orgulloso senador romano. De hecho, vistiéndome con esta toga dejo de lado mi nombre sabino. Esta mañana me desperté como Atta Clauso, pero a partir de este momento me declaro Apio Claudio. ¡Creo que este nombre me sienta bien, del mismo modo que la toga me sienta bien! —Sonrió y se volvió lentamente para exhibir su nuevo atuendo, despertando los aplausos y las risas amistosas. La multitud le amaba.

Tito sintió igualmente una oleada de amor y también de esperanza, pues acababa de conocer el nombre del objeto de su deseo. La hija de cualquier hombre que se llamara Claudio llevaría el nombre de Claudia.

« Claudia!», pensó. « ¡Estoy enamorado de la chica más bonita del mundo y se llama Claudia! ».

—Según Apio Claudio, dejará que sea la chica quien tome la decisión. ¡Ese hombre es un personaje extraño!

—Sí, abuelo —dijo Tito, asintiendo nervioso—. ¿Y?

—¿Y qué?

—¿Cuál ha sido su decisión?

—Por Hércules, jovencito, no tengo ni idea. He pasado toda la visita hablando con su padre. Ni siquiera he visto a la chica. Si se parece en algo a tu abuela, no tomará ninguna decisión en el acto. ¡Dale tiempo para que lo reflexione!

En los días siguientes a su llegada a Roma, Apio Claudio y su familia habían sido invitados a las casas de todas las familias más importantes. Entre los primeros anfitriones estuvieron los Poticio, pues Tito había animado a su abuelo a invitarlos a cenar lo antes posible. Tito había aprovechado la oportunidad para conocer a Claudia y había conseguido hablar con ella en privado durante unos instantes. Había resultado ser más fascinante aún de lo que él se imaginaba; su voz sonaba a música, y las palabras que murmuró lo arrastraron hacia un reino mágico. Claudio, a quien los romanos empezaban a considerar un poco excéntrico a medida que lo conocían, se había ocupado tanto de la educación de sus hijas como de la de sus hijos. Claudia sabía leer y escribir, y cuando Tito le mencionó su interés por la arquitectura, ella le habló de lo mucho que le había impresionado el gran Templo de Júpiter en la cumbre del Capitolio.

—Imagínatelo, abuelo —había dicho Tito después—. ¡Una mujer que sabe leer y escribir! Una mujer así sería una compañera muy útil para su esposo.

—¡O una amenaza, a buen seguro! ¿Una esposa capaz de leer los documentos privados de su esposo? ¡Una idea terrible! ¿Pero qué dices, Tito? ¿Quieres a esta chica como esposa?

Y así había empezado el cortejo de Tito con Claudia. Le fue permitido visitarla unas cuantas ocasiones más, siempre con la doncella de Claudia a modo de carabina. Él salía cada vez más encantado de sus breves visitas. Las negociaciones de matrimonio fueron llevadas a cabo por los paterfamilias de ambas casas; el abuelo de Tito enviaba peticiones a Apio Claudio, quien respondía siempre de forma positiva. Un vínculo matrimonial sería ventajoso para ambas familias. Claudio era inmensamente rico; su hija aportaría una dote considerable, y los Poticio necesitaban una inyección de riqueza. Ellos, a su vez, eran una de las familias más antiguas y distinguidas de Roma; una unión matrimonial con un Poticio garantizaría a los Claudio legitimidad instantánea entre los patricios de la ciudad.

Las negociaciones matrimoniales marcharon muy bien hasta el día en que el abuelo de Tito volvió a casa con noticias inquietantes. Tito no era el único pretendiente interesado en la joven Claudia.

—¿Quién más? —quiso saber Tito—. Quienquiera que sea, le... le... —No estaba seguro de lo que le haría, pero sintió una oleada de agresividad como nunca había experimentado.

—Se trata de tu amigo Publio Pinario —dijo su abuelo—. ¡Te lo imaginas! Al parecer, Publio vio a la chica aquel primer día delante del Senado, igual que tú, y los Pinario invitaron a cenar a los Claudio justo el día después de que nosotros lo hiciéramos. Publio ha estado cortejando a la chica desde entonces, con la misma asiduidad que tú. Esto coloca a Apio Claudio en una situación un poco complicada. Dice, y yo no puedo negarlo, que hay muy poco que distinga a los Poticio de los Pinario en cuanto a ventajas para su familia. Nuestros linajes son igual de antiguos, se han visto igualmente distinguidos a lo largo de la historia de la ciudad.

—¡Exceptuando que los Pinario llegaron tarde al Banquete de Hércules!

Su abuelo se echó a reír.

—Sí, está eso, pero no creo que una metedura de pata cometida hace varios centenares de años sea suficiente para inclinar la balanza a nuestro favor. Con todo igual entre Publio y tú, Claudio dice que dejará que sea la chica quien tome personalmente la decisión.

—¿Cuándo decidirá?

—Mi querido chico, como ya te he dicho, no tengo ni idea. Tampoco le he dado una fecha límite a su padre.

—A lo mejor deberías haberlo hecho. ¡No creo que pueda soportar la espera! Esto es peor que la primera vez que entré en batalla. Al menos entonces tenía la sensación de que todo dependía de mí, tanto si lo hacía bien como si no. Pero esto es terrible; he hecho todo lo que he podido y ahora sólo me queda esperar. ¡Estoy totalmente a su merced!

Tito empezó a deambular de un lado a otro. En el patio central de la casa había un pequeño jardín. En cada esquina del mismo, rosales. Tito caminó a grandes zancadas de una esquina a otra, sin percatarse ni de las flores ni de su aroma. Su abuelo agitó la cabeza y sonrió, recordando, vagamente, la sensación de deseo apasionado de un joven aun soltero.

—Poniéndote nervioso no conseguirás nada —dijo—. A lo mejor deberías...

Llegó entonces un esclavo anunciando una visita.

El anciano levantó una ceja.

—Aquí podríamos tener nuestra respuesta. Claudio dijo que enviaría un mensajero tan pronto como la chica tomara su decisión.

—No se trata de un mensajero —dijo el esclavo—. Se trata de la joven señora que ya nos ha visitado otras veces.

—¿Claudia? —Tito, de pronto casi sin aliento, pasó corriendo junto al esclavo. Un corto pasillo conducía hasta el vestíbulo de la parte delantera de la casa. Desde la claraboya abierta en el techo, un rayo del brillante sol de mediodía iluminaba el *impluvium,* el pequeño estanque donde se recogía el agua de lluvia. Los destellos de luz reflejados danzaban sobre Claudia y su carabina.

—¡Has venido! —dijo Tito, pasando junto a la doncella y atreviéndose a coger la mano de la chica entre las suyas.

Claudia bajó la vista.

—Sí. Tenía que comunicar mi pesar a...

El corazón de Tito le dio un vuelco.

—... a Publio Pinario. El mensajero de mi padre debe de estar llamando a su puerta en estos momentos. Pero he querido venir personalmente aquí, para poder decírtelo: ¡Sí! Seré tu esposa, Tito Poticio.

Tito echó la cabeza hacia atrás y se puso a reír, la cogió entonces entre sus brazos. La doncella volvió discretamente la cabeza, pero el abuelo de Tito, entre las sombras, observó el primer beso de la joven pareja con la sonrisa de satisfacción que le producía que sus negociaciones hubieran llegado a buen término. Lo único que esperaba era que el joven Publio Pinario no se tomase muy mal su rechazo.

Las ceremonias de matrimonio de la mayoría de los romanos eran sencillos asuntos familiares, sin acompañamiento de ritos religiosos. Muchas parejas contraían matrimonio sin ningún tipo de ceremonia; para que su unión fuese reconocida, solamente era necesario que un hombre y una mujer declararan que estaban casados y viviendo juntos.

El matrimonio de dos patricios era otro cantar.

En primer lugar, el padre de Tito buscó los auspicios que determinaran un día favorable para la ceremonia. Se excluyeron de inmediato diversos días del calendario con ritos religiosos que entraban en conflicto con los rituales señalados que la novia debía llevar a cabo en su nueva casa. Del mismo modo, y por una larga tradición, se creía que los meses de *februarius* y *maius* no eran propicios. El abuelo de Tito colocó sobre el Ara Máxima un pergamino donde había escrito cinco posibles fechas. Fue colocando una piedra sobre cada una de ellas, observó el vuelo de las aves en el cielo en busca de señales que indicaran el favor del cielo y determinó el día más propicio para la ceremonia.

Era la primera boda romana en la familia de Apio Claudio y el hombre estaba decidido a observar todas las tradiciones locales. Cuando preguntó sobre los orígenes de cada costumbre, los romanos pudieron explicar algunos pero no otros, que venían llevándose a cabo desde tiempo inmemoriales.

El día señalado, a la puesta del sol, el cortejo nupcial salió de casa de Apio Claudio. La procesión estaba encabezada por el más joven de la casa, el hermano menor de Claudia, que portaba una antorcha de pino encendida en el hogar de la familia; cuando llegaran a la casa de Tito Poticio su llama se sumaría a la del hogar del novio.

Siguiendo al portador de la antorcha iba una virgen vestal, vestida con los ropajes de lino típicos de su orden, con una estrecha diadema de lana roja y blanca trenzada adornando su corto cabello. Portaba un pastel hecho con cereales consagrados y rociado con sal sagrada; la pareja comería un poco de pastel durante la ceremonia y, después, el resto se repartiría entre los invitados.

A continuación iba la novia. El velo de Claudia era de color amarillo pálido, igual que su calzado. Su túnica larga y blanca iba ceñida a la cintura con un fajín morado atado a la espalda mediante una lazada especial conocida como el «nudo de Hércules»; más tarde, sería el privilegio, y el reto, del novio, deshacer aquel nudo. Llevaba en las manos utensilios de costura, una rueca y un huso con lana. Flanqueándola, haciendo alarde de sujetarla por los brazos, iban dos primos de la novia, chiquillos de una edad similar a la del portador de la antorcha. Al principio, los escoltas se tomaron muy en serio sus deberes y salieron de la casa con expresión grave, pero cuando el portador de la antorcha tropezó, estallaron en risitas tan contagiosas que incluso la virgen vestal se echó a reír.

Siguiendo a la novia iban el padre y la madre y el resto del cortejo nupcial, cantando una canción romana de boda muy antigua, titulada Talasio. Los Claudio, de origen extranjero, tuvieron que aprenderse la canción de arriba abajo, una letra perfectamente apropiada para las circunstancias. Cuando las mujeres sabinas fueron capturadas por Rómulo y sus hombres, la mujer más bella fue la raptada por los hombres de confianza de un tal Talasio, un fiel lugarteniente del rey, que la había observado y elegido de antemano. Cuando fue raptada, la mujer sabina quiso saber dónde la llevaban aquellos hombres, y así decía la canción:

¿Dónde me lleváis?
¡A Talasio el Respetuoso!
¿Por qué me lleváis?
¡Porque él cree que eres muy bella!
¿Cuál será mi destino?
¡Casarte con él, ser su pareja!
¿Qué dios me salvará?
¡Todos los dioses han bendecido este enlace!

El cortejo nupcial llegó a casa de Tito Poticio. Delante de la casa, a cielo abierto, a la luz de candelas untadas en cera, se había sacrificado y despellejado un cordero sobre un altar. Su pellejo cubría las dos sillas en las que se sentarían el novio y la novia. Se consideraron los auspicios y se declaró su bondad. Se solicitó a los dioses la bendición de la unión.

Claudia, aún con su huso y su rueca, se levantó de la silla y fue escoltada por su madre hasta la puerta de la casa, que estaba decorada con guirnaldas y flores. La madre la abrazó. Imitando un ataque, Tito se adelantó y arrancó a la novia de los brazos de su madre. Se trataba de un nuevo eco del rapto de las sabinas, igual que lo que vino a continuación: Tito, tremendamente ruborizado, cogió a la novia, abrió la puerta de una patada y cruzó cargando con ella el umbral, como si fuera su cautiva.

La madre de Claudia lloró. Su padre reprimió las lágrimas con risas. El cortejo nupcial lanzó gritos de alegría y aplaudió.

Dentro de la casa, Tito depositó a Claudia sobre una alfombra de piel de cordero. Ella dejó por fin su rueca y su huso. Él le entregó las llaves de la casa y le preguntó, excitado y casi sin aliento:

—¿Quién es esta recién llegada a mi casa?

Claudia respondió tal y como ordenaba el antiguo ritual.

—Cuándo y dónde tú estés, Tito, allí y entonces estará Titia. —De este modo, el novio le otorgaba un primer nombre, la forma femenina del primer nombre del esposo, algo que no existía en ningún lugar del mundo para las mujeres y que sólo sería utilizado en privado entre ellos dos.

El banquete de boda fue básicamente un acontecimiento familiar, aunque estaban invitados también algunos amigos íntimos del novio y la novia. Tito había reflexionado largo y tendido sobre la posibilidad de invitar a Publio Pinario. Al final había seguido el consejo de su abuelo y lo había

hecho y, tal y como su abuelo había vaticinado, Publio había evitado la que sería una situación incómoda para todos haciendo llegar sus disculpas, diciendo que no podría asistir porque su familia estaría en aquella fecha visitando a unos parientes en el campo.

Cneo Marcio sí aceptó la invitación de Tito. También él había contraído recientemente matrimonio con una chica plebeya llamada Volumnia. Si no haber conseguido un matrimonio con una chica patricia había sido un desengaño para él, no lo demostraba. Su conducta era tan arrogante como siempre; de hecho, la seguridad que tenía en sí mismo había aumentado, estimulada por sus primeras correrías en batalla. Hasta el momento, Cneo estaba aún a cierta distancia de alcanzar su sublime objetivo, convertirse en el mayor guerrero de la historia de Roma, pero había tenido buenos comienzos y llamado la atención de sus superiores al demostrar repetidamente su valentía en combate.

Ocupado aceptando los mensajes de buenos deseos de todos los invitados, Tito apenas pudo prestar atención a Cneo. Le preocupaba que su amigo pudiera sentirse un poco desplazado entre tantos Claudio y Poticio o, dada su sensibilidad, que pudiera experimentar cierta envidia, quizá incluso resentimiento, al ser testigo de la parafernalia de una boda patricia que él nunca podría tener. Pero entonces Tito vio, por encima del gentío, que Cneo estaba enfrascado en una conversación con Apio Claudio. Los dos parecían muy serios en un momento dado, pero luego rompían a reír en carcajadas, para a continuación recuperar el tono sobrio de la discusión.

¿De qué estarían hablando? Tito se abrió paso entre la gente hasta situarse lo bastante cerca como para escucharlos.

—Y aun así —estaba diciendo Claudio—, según tengo entendido, incluso antes de la llegada de la República había importantes fricciones entre las mejores familias y el pueblo. Me parece injusto culpar a Bruto de haberse metido en un avispero. Su intención, seguramente, era repartir los poderes que Tarquinio había acaparado para sí, de modo que los mejores hombres pudieran turnarse al timón de Roma, por decirlo de algún modo.

—La revolución que Bruto inició continúa aún, y podría des-controlarse en cualquier momento —decía Cneo—. Las revoluciones empiezan por arriba y luego van bajando. El truco está en detener el proceso antes de que los peores maten a los mejores y se hagan con el control.

—Pero la República parece estar funcionando —dijo Claudio—. Cierto es, y a veces es una desgracia que incluso los ciudadanos inferiores tienen permitido votar a los magistrados; por otro lado, sólo los mejores son elegibles para gobernar. Y los ciudadanos no votan como individuos, sino como unidades tribales, y esos votos tienen un peso determinado; las unidades que incluyen a las mejores familias y los que de ellas dependen cuentan mucho más que los de la chusma. Parece un sistema razonable.

—A lo mejor, si el pueblo se sintiera satisfecho con él. Pero ¿has oído a los alborotadores del Foro? Dicen que se deberían perdonar las deudas a los pobres. ¿Te imaginas el caos que se produciría? Dicen que los plebeyos deberían poder elegir a sus propios magistrados, para «protegerse» de los patricios. ¡Quieren dos gobiernos en lugar de uno! Dicen que el pueblo llano debería plantearse una secesión de la ciudad... irse y encontrar una nueva ciudad y abandonar Roma a la merced de sus enemigos. ¡Así hablan los traidores!

—Cuestiones muy serias, sí —dijo Claudio—. Gracias a los dioses que Roma tiene jóvenes de cabeza brillante como tú, Cneo Marcio, capaz de reconocer que hay bestias que han nacido para tirar del arado y otras para guiarlo.

—Y gracias a los dioses, Apio Claudio, que un hombre tan sabio y honorable como tú ha elegido unir su destino al de nuestra amada Roma.

Tito sonrió y se marchó, satisfecho pero no del todo sorprendido de que su aristocrático suegro y su elitista mejor amigo se hubieran descubierto mutuamente como espíritus afines.

493 A. C.

El esclavo entró en el estudio de su amo con un gran pergamino enrollado. Tosió para aclararse la garganta.

—Discúlpame, senador. Creo que éstos son los planos que has solicitado.

Tito Poticio, que estaba inclinado sobre una mesa, estudiando un pergamino similar bajo la luz del sol que entraba por la ventana, levantó la vista y movió afirmativamente la cabeza, sin prestar mucha atención.

—¿Qué? ¡Oh, sí, los planos para el templo de Júpiter en el Capitolio! Quería ver los viejos dibujos de Vulca. Tal vez me ayuden a solucionar un problema que tengo con los planos del nuevo templo de Ceres. Deja aquí el pergamino, en esa esquina. Lo miraré más tarde.

El esclavo obedeció, luego se acercó de nuevo a Tito y tosió otra vez para aclararse la garganta.

—¿Sí? ¿Alguna cosa más?

—Me pediste que te recordara, amo, el momento en que el triunfo estuviese cerca.

—¡Naturalmente! ¡He estado tan ocupado que casi me olvido! No debo llegar tarde. Me atrevería a decir que al viejo Cominio no le importa si aparezco o no por allí, pero Cneo nunca me perdonaría no estar presente y ser testigo de su momento de gloria. Ve a buscar mi toga y ayúdame a ponérmela.

Una hora después, Tito se encontraba entre sus colegas en la escalinata del Senado. Su abuelo había fallecido poco después de la boda de Tito; su padre había muerto tres años atrás. Ahora, con veintinueve años de edad, Tito era el paterfamilias de su linaje y uno de los miembros más jóvenes del Senado. Como siempre, a lo largo de toda su vida, su pedigrí le daba derecho a un lugar de honor, en este caso en uno de los peldaños superiores, lo que le proporcionaba una vista espléndida. En el peldaño por encima de Tito estaba su suegro, Apio Claudio, que había alcanzado gran prominencia en el Senado; sólo los cónsules y los demás magistrados estaban situados más arriba, en el pórtico del edificio. En el peldaño inferior estaba su viejo amigo Publio Pinario. Delante del Senado, el hijo de Tito se hallaba situado en el mismo lugar donde él se colocaba de pequeño, delante de todos los patricios que se habían congregado allí para ver la procesión triunfal por la Vía Sacra.

El motivo del triunfo era el exitoso final de una guerra contra el pueblo de los volscos, al sur de Roma. El cónsul Postumio Cominio había liderado la campaña. Sucintamente, sus tropas se habían hecho con las ciudades volscas de Antium, Lóngula, Polusca y con el premio gordo, Corioles. Un Senado agradecido había votado entusiasta para premiar a Cominio con un triunfo, un honor que antaño lo otorgaban únicamente los reyes, pero que ahora concedía el Senado a aquellos cónsules que conseguían una gran victoria militar.

Tito oía el sonido estridente de las flautas tocando una marcha militar. Rodeado por los músicos, un buey blanco lideraba el desfile. Sería posteriormente sacrificado, junto con una parte del botín de la batalla, en un altar colocado delante del templo de Júpiter, en la cumbre del Capitolio.

Detrás del buey venían los guerreros volscos capturados en batalla. Habían sido despojados de sus armaduras e iban vestidos con harapos. Sucios y desgreñados, avanzaban con los pies atados con grilletes, sus cabezas inclinadas hacia delante. La multitud reía y se mofaba de ellos. Los chicos les lanzaban piedras para acobardarlos. Un soldado romano, desdentado y de pelo canoso, se adelantó entre la multitud para escupirles. Cuando finalizara el desfile triunfal, habiendo servido a su propósito ornamental, los prisioneros más afortunados serían devueltos a sus familias en el caso de que éstas hubieran pagado el rescate convenido. Los demás serían vendidos como esclavos.

Tras ellos desfilaban los prisioneros de élite, los hombres más destacados de las ciudades

capturadas. A ellos no les esperaba ni la libertad ni la esclavitud. Mientras los sacerdotes sacrificaban el buey en honor a Júpiter, estos prisioneros serían depositados en el Tuliano, la cárcel situada a los pies del Capitolio, y estrangulados por los verdugos. Según los sacerdotes, las ofrendas satisfacían más a los dioses cuando iban acompañadas por la muerte de aquellos que habían sido los líderes de los enemigos de Roma.

A continuación venía el botín de la batalla: las armas confiscadas y la insignia de los volscos, así como carretones llenos de monedas, joyas y objetos frágiles entre los que destacaban jarrones y espejos de plata, es decir, todos los objetos de valor transportables confiscados durante los saqueos de las ciudades caídas. El mayor de todos era el botín de Corioles, donde los volscos más ricos vivían con grandes lujos.

Detrás del botín de guerra iban los lictores del general, vestidos con túnicas rojas, marchando en fila india con las hachas en alto, gritando el cántico de la victoria: *«Io triumphe! Io triumphe! Io triumphe!»*. Les seguía el general montado en un carruaje tirado por cuatro caballos y decorado con placas de bronce grabadas en relieve con imágenes de victorias aladas. Al ver el carruaje, Tito sonrió. Oía en su cabeza la voz reprobadora de su abuelo: « ¡Cuando Rómulo celebraba sus triunfos lo hacía caminando por la Vía Sacra; sus pies le bastaban! Esto de montar en una cuadriga empezó sólo con el primer Tarquinio». A los cánticos de los lictores se sumó entonces el estrépito de los cascos de los caballos, sonidos ambos que acabaron engullidos por el rugido de la multitud.

Cominio iba vestido con una túnica con flores cosidas y un manto bordado en oro. Lucía en la cabeza una corona de laurel. En la mano derecha llevaba una rama de laurel y en la izquierda un cetro rematado por un águila. Su hijo menor iba montado a su lado en el carruaje y llevaba las riendas.

Para conmemorar la sangre del enemigo derramada bajo sus órdenes, Cominio llevaba las manos y la cara manchadas con cinabrio rojo. Levantó el cetro para saludar a los senadores, que le devolvieron el saludo.

Siguiendo al general marchaban los soldados que habían combatido bajo sus órdenes. Liderándolos, ocupando un lugar de honor, estaba el viejo amigo de Tito, Cneo Marcio, el héroe de la batalla de Corioles.

Durante años, batalla tras batalla, Cneo había ido adquiriendo una reputación de audaz luchador, pero en Corioles, donde había servido como lugarteniente de Cominio, sus proezas lo habían elevado a un nuevo nivel de gloria. En un momento crítico del asalto, los defensores se habían atrevido a abrir las puertas y enviado a sus luchadores más aguerridos. El derramamiento de sangre posterior había sido terrible, pero hubo un romano que en ningún momento vaciló mientras iba derribando a un enemigo tras otro: Cneo Marcio. Impulsado por una fuerza que parecía sobrehumana, se abrió camino hacia las puertas abiertas y entró en la ciudad, solo. Los soldados y los ciudadanos de Corioles se amontonaron a su alrededor, decididos a matarlo, pero nadie pudo detener a Cneo. Rodeado de cadáveres, buscó una antorcha y prendió fuego a todo lo que podía arder. El gran incendio aterrorizó y distrajo de tal modo a los defensores, que las puertas quedaron sin vigilancia. Los romanos entraron en la ciudad y lo que siguió fue una carnicería.

Terminada la batalla, Cominio elogió el heroísmo de Cneo delante de todas las tropas. Le obsequió con un majestuoso caballo de guerra ornado con una parafernalia digna de un general. Le prometió además a Cneo toda la plata de Corioles que pudiera llevarse y diez prisioneros a su elección que podría convertir en sus esclavos. Cneo aceptó el caballo, diciendo que le ayudaría a combatir contra los enemigos de Roma, y un solo prisionero, un hombre a quien reconoció porque había luchado valientemente contra él y a quien liberó en el acto. Rechazó los demás obsequios, diciendo que había hecho nada más y nada menos que lo que cualquier soldado romano debía hacer. La conquista de Corioles era el único regalo que deseaba.

Aquel día, Cneo Marcio se convirtió en un héroe para sus compañeros. Ahora, marchando detrás de él en la procesión triunfal, empezaron a entonar, en voz baja primero y luego cada vez más fuerte: «¡Coriolano! ¡Coriolano! ¡Coriolano!», un título honorífico para aclamarlo como el conquistador de Corioles.

Tratándose de un título que sería más digno de un comandante, Tito pensó que los soldados se

referían a Cominio. Al parecer, el general pensaba lo mismo, pues esbozó una amplia sonrisa, se volvió en el carruaje para colocarse de cara a sus hombres e izó el cetro en dirección a ellos. Pero al instante se hizo evidente a quién aclamaban los soldados. Una parte de ellos rompió filas, corrió hacia delante y levantó a Cneo Marcio en hombros. Empezaron a dar vueltas a su alrededor, sin dejar de gritar: « ¡Coriolano! ¡Coriolano! ¡Coriolano!».

Un hombre de categoría inferior habría permitido que un destello de celos lo traicionara al ver a un subordinado tan aclamado el día de su propio triunfo, pero Cominio era tan astuto como político que como comandante. Su sonrisa implacable se convirtió en una sonrisa dirigida a Cneo Marcio. Su cetro izado se transformó en un saludo al héroe de Corioles. Cuando la multitud empezó también a entonar el cántico, Cominio aprovechó la oportunidad. Llamó por señas a los soldados que llevaban a Cneo en hombros. Avanzaron hacia él, riendo como chiquillos, y depositaron a su camarada en el carruaje, junto al comandante.

Varias personas entre el gentío quedaron sorprendidas ante tal falta de decoro. Tito escuchó a Publio Pinario, en el peldaño inferior al suyo, soltar un grito sofocado y murmurar:

—Por Hércules, ¿habíais visto alguna vez algo tan audaz?

Pero la mayoría de los espectadores estaba excitada aclamándolo y, luego, llorando incluso, sobre todo cuando Cominio abrazó afectuosamente a Cneo y colocó la mano de Cneo en el cetro, junto a la de él, e izó el instrumento.

—¡Pueblo de Roma, os doy a Cneo Marcio, el héroe de Corioles! ¡Aclamad todos a Coriolano!

—¡Coriolano! —entonó la muchedumbre. El nombre reverberó por el Foro como un trueno.

Desde el peldaño superior, Apio Claudio se inclinó para hablarle a Tito al oído.

—Siempre supe que ese amigo tuyo se haría un nombre. Hoy lo ha conseguido, y todo el mundo en Roma lo corea. —Claudio se mantenía erguido, las manos pegadas a la boca, gritando con los demás—. ¡Coriolano! ¡Aclamad todos a Coriolano!

—¿La consagración del templo será entonces pronto? —dijo Cneo Marcio.

Tito rió.

—Sí, muy pronto. Te agradezco que me lo preguntes, Cneo... ¿o debería llamarte ahora Coriolano? Pero ambos sabemos que los templos te interesan muy poco, e incluso menos la arquitectura. Apenas nos vemos últimamente y creo que deberíamos hablar de temas que nos interesaran a ambos.

Estaban cenando, solos, en el jardín de la casa del Palatino donde vivía Cneo con su madre y su esposa. El día anterior, varios ciudadanos habían organizado banquetes privados después del desfile triunfal. Las comidas habían sido tan suntuosas y Tito había comido tanto, que pensaba que nunca más volvería a sentir hambre. Pero un día después, su estómago volvía a estar vacío y deseoso de una comida sencilla. Y más aún deseaba la compañía de su antiguo amigo Cneo, solos los dos, lejos de los enjambres de desconocidos y simpatizantes que habían rodeado a Cneo el día anterior con sus incesantes gritos de « ¡Aclamad a Coriolano! ». Así que cuando Cneo lo invitó a una cena privada para disfrutar del potaje de garbanzos con mijo de su madre, Tito aceptó de buena gana.

—Cierto es que nuestras vidas han seguido caminos distintos en los últimos años —dijo Cneo—. Pero tal vez esto esté a punto de cambiar.

—¿Sí? ¿Estaré yo a punto de abandonar el Senado y los proyectos de construcción que me han encomendado para unirme contigo en batalla? Nunca fui muy bueno, lo sabes. Supongo que podría ser tu portador de lanzas o dedicarme a abrir la puerta de las ciudades enemigas para que tú pudieses entrar.

—Me refiero más bien a lo contrario. Seré yo quien invada tu dominio.

—¿Mis proyectos de construcción?

—¡No! Me refiero al Senado.

—Pero ¿qué dices?

Cneo sonrió.

—Cominio me lo prometió ayer, después de invitarme a subir a su carruaje. Mientras pasábamos entre la muchedumbre que me aclamaba, me susurró al oído: « ¡Mira cómo te quieren, mi chico! ¡Es asombroso! ¡Nunca había visto nada así! Un hombre como tú pertenece al Senado, donde podrás hacer incluso más bien por Roma que el que hiciste en Corioles. Prepararé un nombramiento especial y, por eso solo, los hombres dirán que mi año como cónsul ha estado bien empleado».

—¡Esto es maravilloso, Cneo! Excepto que ahora, la verdad, no sé cómo voy a llamarte. ¿Senador? ¿Coriolano? Senador Cneo Marcio Coriolano... ¡se me llena la boca con tanta palabra!

—Entonces mejor que te llenes la boca con potaje de garbanzos y mijo —dijo Cneo. Rió, pero un instante después, Tito vio que los labios de Cneo articulaban en silencio su impresionante nuevo título, y que aquello le satisfacía.

—¡Los dioses deben quererte mucho! Siempre dijiste que te convertirías en el mayor guerrero de Roma, y así lo has hecho. Ahora puedes convertirte en el político más amado de Roma. Cominio no es tonto. No te nominaría para el Senado si no viese el gran potencial que llevas dentro. Apio Claudio lo ve también. Recuerda mis palabras, a su debido tiempo, serás elegido cónsul.

—Tal vez. Mientras, necesitaré que alguien me enseñe los entresijos del Senado. Y tú eres el hombre adecuado, Tito.

—¡Me parece que no! Tu hombre es Apio Claudio. Él me acogió bajo su protección cuando entré en el Senado. Fue gracias a su influencia que me otorgaron la responsabilidad de la construcción del templo de Ceres. Hará lo mismo contigo, suponiendo que un chico tan capaz necesite estar protegido por alguien.

—Está bien gozar de la amistad de un hombre como Claudio. Pero nada puede sustituir a un amigo de la infancia. Siempre que llevo las de perder, es a ti a quien acudo, Tito. —Cneo posó la mano en el hombro de Tito.

Tito asintió.

—Coriolano me honra.

Cneo se echó hacia atrás y sonrió.

—Y bien... ¿Cómo van las obras en el templo de Ceres?

—¡Un tema que no te interesa en lo más mínimo!

—No le interesa a un soldado, quizá. Pero como senador, es posible que el proyecto me interese mucho más.

—Entonces, vente mañana a comprobarlo por ti mismo. Es un lugar especial, bastante espectacular... una estribación del Aventino que se asoma sobre las puertas en construcción del Circo Máximo. Se trata de un areóstilo etrusco, igual que el templo de Júpiter en el Capitolio. No tan grande, pero estará decorado con idéntica majestuosidad. Vulca ya no está con nosotros, es una pena, pero hemos contratado a los mejores escultores etruscos para la imagen en terracota de Ceres. Para ejecutar los frescos y los relieves de las paredes, hemos traído a dos artistas griegos, Gorgaso y Damófilo. Ya casi han acabado, y su trabajo es asombroso. Y... —Tito se dio cuenta de que Cneo no le prestaba atención. Tenía la mirada fija en una distancia intermedia, una mirada distraída.

Cneo se dio cuenta de que Tito había dejado de hablar y le sonrió irónicamente.

—Tienes razón, Tito, la arquitectura del templo o sus adornos me importan muy poco. Lo que me interesa es toda la política que hay detrás.

—La hambruna —dijo Tito, sin más rodeos—. Fue la hambruna de hace tres años la que inspiró la construcción del templo. Hubo tantos hombres llamados a filas que aquel año no había nadie para sembrar, y los campos que pudieron ser sembrados fueron devastados por más guerras. Roma tenía pocas reservas y la gente se murió de hambre... la gente más pobre, claro está. Mi padre también murió aquel año, no directamente de la hambruna, porque los de nuestra clase nunca pasamos hambre, sino de unas fiebres; las enfermedades van de la mano del hambre, y de las fiebres nadie se libra. Se consultaron los Libros Sibilinos y se decretó que debía consagrarse un templo a Ceres. Teníamos que atraer a la diosa de la cosecha para prevenir otra hambruna. ¡A veces, los consejos de los versos sibilinos tienen sentido!

—¿O acaso había otros asuntos en el orden del día? —dijo Cneo. Su tono se volvió serio de

repente—. Ceres es la deidad favorita de los plebeyos. ¿No es cierto que el festival anual para conmemorar su templo será organizado única y exclusivamente por plebeyos, igual que el festival anual para conmemorar el templo de Júpiter lo organizan los patricios?

—Sí. Y así tendremos un nuevo festival plebeyo para estar a la altura del viejo festival patricio. ¿Qué hay de malo en eso? —preguntó Tito, con un suspiro. Sabía dónde quería ir a parar Cneo con su argumentación, pues la había oído ya antes, en boca de Apio Claudio; resultaba realmente asombroso lo próximos que estaban los puntos de vista de Cneo de los del suegro de Tito. Ambos se mostraban eternamente recelosos de cualquier cosa que pudiera suponer un avance del poder político de los plebeyos. Claudio había maniobrado para que Tito supervisara la construcción del templo de Ceres, no porque aprobara el proyecto, sino por razones más bien contrarias: « ¡Si tiene que hacerse, mejor que te tengamos a ti de responsable del proyecto, hijo mío, antes que a cualquier adulador cuyos únicos deseos sean congraciarse con la chusma! ».

La política dejaba apático a Tito; pero si tenía que decantarse hacia algún bando, simpatizaba con las luchas de los plebeyos. Sus prioridades eran determinar el mejor diseño para un determinado proyecto, emplear a los mejores artistas y artesanos a los mejores precios, y ver cómo el edificio progresaba desde la imaginación hasta convertirse en una realidad espléndida.

Cneo sacudió la cabeza.

—Si los plebeyos siguen abriéndose camino, Tito, una mañana te despertarás en un mundo que no reconocerás para nada, donde los inferiores lo habrán usurpado todo a los superiores y donde el prestigio de muchos años de un nombre como Poticio no valdrá para nada. ¿Acaso no ves que el nuevo festival plebeyo indica un cambio peligroso en el equilibrio de poder? Desde el nacimiento de la República, por un medio u otro, con pequeños detalles y también a lo grande, las masas plebeyas han conspirado sin cesar para arrebatar el poder a los patricios, siempre en detrimento de la seguridad y la prosperidad de Roma.

—Hay quien diría que simplemente intentaban escabullirse del peso de los patricios —dijo Tito.

—¡Se han negado a pagar sus deudas, y eso es robo! ¡Algunos se han negado a cumplir con el servicio militar, y eso es traición! Y el año pasado, realizaron la hazaña más ultrajante de todas, lo que ellos llaman su «secesión» de la ciudad. Miles de plebeyos, hombres, mujeres y niños, cogieron sus bártulos y abandonaron Roma. Llegaron a paralizar la ciudad y se negaron a regresar hasta que sus demandas fueran satisfechas.

—¿Encuentras irracionales sus demandas?

—¡Por supuesto que sí! Apio Claudio luchó como un león para impedir que sus compañeros senadores capitularan, pero lo hicieron. Las demandas de los plebeyos fueron satisfechas y eso acabó con la secesión. Ahora tienen permiso para elegir a sus propios magistrados. ¿Y qué van a hacer esos supuestos ediles de los plebeyos?

—Su principal función es sagrada... guardar el nuevo templo de Ceres.

—¿Y qué se guardará en el templo? Un archivo de los decretos del Senado. Ésa fue otra de las exigencias de los plebeyos, que todos los decretos del Senado quedaran por escrito, para que todo aquel que lo desee pueda investigarlos en busca de discrepancias y examinarlos con detalle en busca del trato injusto para los plebeyos.

—¿Y consideras que es malo, Cneo, que las leyes y las proclamas queden por escrito? Los reyes gobernaban con la palabra. Podían hacer promesas en un momento y retirarlas al siguiente. Podían echar a perder la vida de un hombre a su antojo y luego negar toda responsabilidad. Mi abuelo, que Hércules lo bendiga, me enseñó a respetar la palabra escrita. No creo que sea malo que las leyes estén debida y precisamente registradas por escrito.

Cneo permanecía inalterable.

—Peor incluso que los ediles, mucho peor, son esos funcionarios a quienes los plebeyos pueden ahora elegir, los llamados tribunos. Desde la antigüedad, el pueblo ha estado dividido en tribus y por eso denominan tribunos a esos representantes... ¡yo los llamo matones y advenedizos! Esos tribunos de la plebe, bajo el pretexto de proteger a los ciudadanos de a pie de los supuestos abusos de magistrados y senadores, pueden confiscar sumariamente la propiedad de cualquiera... ¡de cualquiera que consideren que ha amenazado el bienestar físico de un ciudadano! ¿Y dónde se

depositarán los bienes confiscados? ¡En el templo de Ceres, bajo la custodia de los ediles! ¡Y si alguien osara a amenazar o interferir las acciones de un tribuno, podrá ser exiliado o incluso condenado a muerte!

Tito suspiró.

—Ha habido abusos contra los plebeyos. En una ocasión, en el año de la hambruna, vi a un anciano veterano acosado por los rufianes contratados por un senador. El veterano estaba mutilado y vestía harapos. Tal vez le debiera dinero al senador, pero era evidente que carecía de medios para devolver la deuda y no estaba en condiciones de trabajar para devolverla, por mucho que los rufianes lo acosaran. El anciano les suplicó piedad. Finalmente se arrancó su túnica para enseñarles sus cicatrices de guerra, las heridas que había recibido luchando por Roma. ¡Si los tribunos hubieran existido entonces, podrían haber puesto fin a aquel vergonzoso espectáculo! Y si el templo de Ceres hubiera existido, el veterano podría haber acudido allí en busca de protección, porque, entre sus demás funciones, servirá como refugio a los plebeyos.

Cneo bufó.

—He oído cientos de veces esta cansina historia sobre los abusos a un veterano de guerra y nunca me la he creído. Ningún hombre merecedor de ser llamado veterano de guerra romano mostraría sus cicatrices para evitar pagar una deuda.

Tito negó con la cabeza.

—El templo albergará también un centro para distribuir alimentos a los pobres. ¿Te ofende eso también?

—¡Por supuesto que sí! ¿Cómo comprarán los ediles esa comida? ¡Con la riqueza confiscada a los patricios que hayan osado ofender a los tribunos! —Cneo levantó una ceja, luego se recostó hacia atrás y se cruzó de brazos. Exhaló un prolongado suspiro—. Tito, querido Tito. Pienso que me gustaba más cuando yo era guerrero y tú eras constructor, y no teníamos intereses en común.

—Ser miembros del Senado no une precisamente a las personas —dijo con cautela Tito—. Pero si mi suegro y yo podemos llevarnos bien a pesar de nuestras diferencias, también nosotros podemos, Cneo. Verás que tengo pocas opiniones fijas; en cuestión de política, acato el consenso. Lo único que realmente me importa es mi pasión por la construcción.

Una voz femenina se sumó a la conversación.

—¿He oído algo sobre distribuir mi comida a los pobres, Tito Poticio? ¿Encuentras mi potaje de garbanzos con mijo demasiado vulgar para tu gusto?

Tito se levantó para saludar la aparición de la madre de Cneo en el jardín. Bastaba con observar a la elegante Veturia para ver el modelo que había inspirado la postura erguida de su hijo y su conducta arrogante.

—¡Veturia! Has malinterpretado mis comentarios. ¡Por lo que a tu potaje se refiere, sólo tengo alabanzas!

—¡Bien! Lo he hecho yo misma. ¡La cocina de los esclavos no está hecha para mi hijo y menos en las excepcionales ocasiones en que vuelve al hogar después de combatir contra los enemigos de Roma! —Desde atrás, se inclinó para abrazar a Cneo, que permaneció sentado y levantó los brazos para cogerle las manos y darle un beso. La viuda Veturia seguía siendo una mujer muy bella, y Cneo la adoraba con insolencia. «Aunque sea sólo para que mi madre se sienta orgullosa de mí», había dicho Cneo en una ocasión, declarando su ambición infantil de convertirse en el mayor guerrero de Roma. En aquel momento, la madre de Coriolano se sentía muy orgullosa.

No puede decirse que fuera frecuente que los primeros discursos de un senador delante del augusto incitaran casi un motín en el interior de la cámara, y un motín en toda regla en el exterior de la misma.

El nombramiento especial del héroe Coriolano como miembro del Senado se hizo velozmente. Fue investido con una toga senatorial, y el día de su admisión, aun sin ser tan trascendental como el

de Apio Claudio, estuvo marcado por las consabidas ceremonias y discursos de bienvenida.

El hecho de que Cneo fuera un plebeyo no supuso un impedimento para su admisión. En las filas del Senado ya habían sido admitidos diversos plebeyos ricos y poderosos. Un puñado de ellos habían resultado elegidos cónsules, empezando por el gran Bruto, aunque para cualquier hombre que no fuera un patricio la consecución del consulado suponía un difícil reto. Una cosa era alcanzar la *nobilitas,* la categoría de estar entre «los conocidos», algo que ser miembro del Senado confería al implicado y a sus descendientes; pero otra muy distinta era alcanzar los elevados honores de la nobleza. Tal y como Publio Pinario le había hecho notar a Tito en una ocasión: «Para alcanzar la cumbre de nuestra valiente nueva República, no basta simplemente con ser noble; es necesario que esa nobleza esté cubierta de púrpura como el viejo vino, que sea antigua y esté oxidada como el hierro. ¡Ese tipo de estatus se consigue sólo con muchas generaciones de cultivo! ».

Si alguien podía oponerse a la inclusión de Cneo en sus filas, habría sido la minoría plebeya del Senado, que regularmente proponía cambios radicales y conocía muy bien dónde estaban las lealtades de Cneo; pero los plebeyos esperaban el momento oportuno y no hablaron contra él. Fue Cneo quien habló contra ellos.

Los senadores más conservadores siempre se habían opuesto al nombramiento de los tribunos como protectores de la plebe. Algunos de los que, para acabar con la secesión de los plebeyos, habían capitulado ante la necesidad, se arrepentían ahora de ello. Pero ninguno, ni siquiera el reaccionario Apio Claudio, se había atrevido a solicitar públicamente la abolición de los tribunos. Había interrogantes sobre si sería legal hacerlo; interferir en el trabajo de los tribunos era un crimen castigado con el exilio o la muerte, y ¿no podía argumentarse que solicitar su abolición equivalía a interferir en su trabajo?

Así fue como quedó en manos de un hombre que no conocía el miedo llevar a cabo lo que Apio Claudio y sus colegas tanto temían hacer.

La mañana en que Cneo fue investido como miembro del Senado, los asuntos que se trataban en la cámara eran los habituales. Era necesario destinar fondos a la reparación de una sección de la Cloaca Máxima. Se necesitaban también fondos para la reconstrucción de una parte de una vía situada al sur de la ciudad y que las últimas lluvias habían dejado intransitable. Una parte de la muralla que protegía el Aventino precisaba también reparación. Hubo un debate sobre a quién deberían adjudicarse los contratos; había ciertos senadores famosos por llevarse siempre los contratos más lucrativos y por cobrar demasiado, además. Después de cáusticos enfrentamientos, la cuestión de los fondos fue pospuesta y programada para un debate posterior.

Se preguntó a Tito Poticio sobre las obras del templo de Ceres.

—Me alegro de poder informar que el trabajo de los artistas griegos, Gorgaso y Damófilo, está casi completado. Algunos habéis visto ya los resultados. Creo que puedo afirmar, sin exageración, que cuando nuestros nietos, y sus nietos, contemplen este templo, elogiarán a sus antepasados por haber creado un regalo de tan exquisita belleza para la diosa. Cuando vivamos años de abundancia, tendremos un lugar donde darle las gracias. En años magros, tendremos un lugar donde reclamar sus favores.

Recorrió la cámara un murmullo de aprobación. Tito era una persona apreciada y su competencia quedaba fuera de toda duda.

La atención del Senado se volcó entonces en su nuevo miembro, que había solicitado turno para hablar. Cneo, que ocupaba un asiento entre Apio Claudio y Tito, se puso en pie y se aproximó al centro de la cámara, para poder así moverse libremente y dirigirse por igual a todos los senadores.

—Colegas, permitidme que os diga de entrada que no soy hombre de palabras delicadas. Mis habilidades para la oratoria no las he aprendido en el Campo de Marte, donde los hombres que se presentan para cónsules suplican los votos. No estoy acostumbrado a adular a nadie, y mucho menos a mis inferiores. Aprendí a hablar en el campo de batalla, animando a los demás hombres a luchar y a derramar su sangre por Roma. Hoy, me encuentro en otro campo de batalla, donde se decide el destino de Roma. ¡Vosotros, senadores, sois los guerreros a quienes debo congregar para que tomen las armas y luchen por Roma!

»No hace mucho tiempo, cuando los plebeyos protagonizaron su llamada secesión, uno de los

vuestros, el distinguido Menenio Agripa, dirigió al pueblo un discurso apasionado, intentando hacerlo entrar en razón. Les contó una fábula que decía más o menos así: hace mucho tiempo, no todas las partes del cuerpo humano estaban en armonía, como lo están ahora, sino que cada una tenía sus propios pensamientos e ideas. Los miembros, siempre trabajadores, y los ojos y los oídos, siempre en estado de alerta, se dieron cuenta de que el estómago estaba siempre sin hacer nada, simplemente esperando a que las demás partes lo alimentaran, «Todos trabajamos para satisfacer al estómago, ¿pero qué hace el estómago por nosotros?», decían. « ¡Vamos a darle una lección al estómago! ». Así que conspiraron para retirarle el alimento. Los miembros se negaron a recoger el trigo, los ojos se negaron a buscar las presas, las manos se negaron a llevar la comida a la boca, la boca se negó a abrirse. Cuando el estómago vacío empezó a protestar —no una demanda egoísta, sino una alerta de peligro—, las demás partes del cuerpo se limitaron a reír. ¡Qué ingenuas, qué malévolas eran esas partes tan rencorosas! Porque, muy pronto, los miembros empezaron a debilitarse, las manos a temblar, los ojos y los oídos a aturdirse. Las partes debilitadas cayeron presa de todo tipo de enfermedades. Finalmente, se dieron cuenta de que también el estómago desempeñaba una parte esencial en el gran esquema de las cosas, pues era el estómago quien mantenía al resto del cuerpo, y sin él las demás partes del cuerpo no podían existir. La rebelión cesó entonces. Se recuperó el orden natural. El cuerpo recuperó poco a poco la salud y las demás partes nunca volvieron a conspirar contra el estómago. Cuando el estómago pedía alimento, todas las partes trabajaban en conjunto para dárselo, sin cuestionarlo.

»¡Ojalá la fábula que explicó Agripa hubiese bastado para que esos descontentos comprendiesen el error de su actuación! Una ciudad debe ser gobernada por sus hombres de mayor valía y más sabios, y dichos hombres deben recibir el respeto y los privilegios que se merecen. ¡Los demás ciudadanos tienen también un propósito, que *no* es el de gobernar la ciudad! Existen para llenar las filas del ejército, para establecerse en nuevas colonias que sirvan para expandir el poder de Roma y rodearla de obedientes aliados, para cultivar las cosechas y para construir las calzadas. ¡El lugar de la chusma no es el gobierno, pero aun así insiste en sus temerarios intentos de derrocar a los mejores y ocupar su lugar! Lo único que conseguirán es fracasar, pues, igual que los miembros que se rebelaron contra el estómago, lo que pretenden va en contra del orden natural del universo, contra la voluntad de los dioses.

»¡Y estos descontentos han infligido ya graves daños al Estado, y lo han hecho con la cobarde cooperación de una mayoría dentro de esta cámara! Esta política condescendiente debe acabar. Más aún, hay que volver atrás, antes de que el daño sea irreparable. No se trata de una simple cuestión interna, de una falta de acuerdo entre ciudadanos. No olvidéis nunca que Roma está rodeada de enemigos, y que estos enemigos siempre están vigilando. ¡Cómo deben regocijarse viendo nuestros aprietos! Uno a uno, los mejores hombres de Roma serán derrocados por la chusma. ¿Quién defenderá entonces la ciudad contra sus enemigos? Y del mismo modo que los hombres de menor valía destruirán a los mejores hombres de Roma, las ciudades inferiores se unirán para destruir a Roma. Vuestras fortunas y vuestras tierras os serán usurpadas. Vuestras familias serán vendidas como esclavas. Nuestra amada Roma dejará de existir... ¡y los hombres dirán que su destrucción empezó con la creación de los tribunos de la plebe!

Hubo un estruendo en la cámara. Los miembros gritaban: «¡Este asunto está ya cerrado!» y «¡Los plebeyos no son enemigos!». Pero otros se sentían animados por las palabras de Cneo, incluyendo entre ellos a Apio Claudio, que se puso en pie y gritó:

—¡Aclamad a Coriolano, el hombre que se atreve a decir la verdad!

Cneo levantó las manos. Cuando la algarada disminuyó, un senador gritó:

—¿Qué es lo que nos propones exactamente, Cneo Marcio?

—¿Qué te parece? Propongo la abolición de los tribunos.

—¡Esta propuesta es ilegal! —gritó un senador—. ¡Retírala enseguida!

—¡No lo haré! Respaldo mis palabras y os pido, colegas, que las respaldéis también. ¡Se cometió un grave error y debe ser rectificado, por el bien de Roma!

Si Cneo esperaba sacar adelante una propuesta formal y pedir el voto, fracasó. Los senadores de la cámara se pusieron en pie y exigieron en voz alta reconocimiento. Los gritos desembocaron en

insultos, y después en empellones. En pleno caos, Cneo, que estaba acostumbrado a la disciplina del ejército y a sus claras normas de autoridad, alzó los brazos asqueado y salió de la cámara dando grandes zancadas.

Tito lo atrapó mientras descendía la escalinata del Senado.

—¿Adónde vas, Cneo?

—A cualquier parte con tal de escapar del tumulto. El Senado es tal y como me lo esperaba: todo reyes y ninguna corona. No entiendo cómo consiguen hacer algo. Aunque no te lo creas, justo esta mañana Cominio estaba diciéndome que debería plantearme presentarme a cónsul. Pero ¿me ves tú buscando los favores de esa tropa y, además, de la chusma? ¡Me parece que no!

—Normalmente no hay tanto... desorden. —Tito rió—. La verdad es que los has enfurecido.

—Lo he hecho, ¿verdad? ¡Porque lo necesitaban! —La sonrisa de Cneo desapareció de repente. Estaban en el centro del Foro, encarados con un numeroso grupo de hombres. Uno de ellos dio un paso al frente.

—¿Eres Cneo Marcio, a quien llaman Coriolano?

—Sabes bien quién soy. ¿Quién eres tú?

—Espurio Icilio, tribuno de la plebe. Me han informado de la amenaza que has proferido contra mí y contra el bienestar de todos los plebeyos.

—¿De qué me hablas?

—¿No has hecho, hace sólo un momento, una propuesta en la cámara del Senado pidiendo la abolición del tribunal de la plebe y has amenazado, por lo tanto, la seguridad y la protección de todos los plebeyos?

—¿Y cómo lo sabes? ¿Tienes espías dentro del Senado?

—Los ojos y los oídos de los tribunos están por todas partes. Somos los protectores del pueblo.

—No sois más que unos gamberros.

—¿Has amenazado a los tribunos o no?

—Lo que antes dije frente al Senado, te lo diré a ti a la cara: ¡los tribunos deben ser abolidos por la supervivencia de Roma!

—Cneo Marcio, te arresto por amenazas a un tribuno de la plebe y por interferir en su misión. Tu destino será decidido por votación de la asamblea del pueblo.

—¡Esto es ridículo!

—Vendrás conmigo.

—¡No lo haré! ¡Quítame las manos de encima! —Cneo rechazó al tribuno con tanta fuerza que el hombre tropezó y cayó de espaldas al suelo.

Algunos de los hombres que acompañaban a Icilio sacaron garrotes y se pusieron desafiantes. Cneo golpeó a uno de ellos directamente en la nariz y lo envió rodando al suelo y, a continuación, esquivó hábilmente una porra que pretendía darle en la cabeza. Golpeó a otro hombre y lo noqueó. Tito, contagiado por la excitación, se unió a la lucha justo en el momento en que llegaban más hombres armados con porras.

—¡Debemos huir, Tito! —gritó Cneo.

—¿Huir? ¡Creía que Coriolano nunca huía! —Tito esquivó un palo.

—¡Cuando va desarmado y le superan en número, incluso Coriolano se decanta por una retirada estratégica!

Los hombres del tribuno bloquearon el camino de regreso al Senado. Tito y Cneo corrieron en dirección contraria, hacia el Capitolio, con el tribuno y sus hombres persiguiéndolos. La última vez que los dos habían subido a la colina había sido el día del desfile triunfal, cuando Cneo había recibido su título por aclamación popular. Tito pensó que era muy posible que algunos de los que les perseguían hubieran estado entre los que aquel día gritaban «¡Coriolano!». ¡Cuánto amaban a Cneo aquel día y cuánto lo odiaban ahora! Pero creía que Cneo tenía razón. La chusma era caprichosa y voluble y no merecía tener a un guerrero como Coriolano luchando sus batallas.

Subieron corriendo el sinuoso camino y se aproximaron a la cima.

—¿Se te ha ocurrido que cuando lleguemos arriba ya no tendremos dónde ir? —preguntó Tito, respirando con dificultad.

—¡No existe retirada estratégica sin estrategia! —dijo Cneo—. Entraré en el templo de Júpiter y pediré asilo. ¡Si la chusma encuentra asilo en el templo de Ceres, estoy seguro de que Júpiter podrá dar cobijo a un senador!

Pero cuando se acercaban a la escalinata del templo, fueron bloqueados por un grupo de hombres que había conseguido llegar allí antes que ellos. No les quedaba otra elección que seguir corriendo, hasta que llegaron a la roca Tarpeya y ya no pudieron correr más.

El más rápido de sus perseguidores, pisándoles los talones, gritó a los demás:

—¿Podéis creerlo? ¡Los dioses los han conducido directamente al lugar de ejecución!

—¡Apartaos! —exclamó el tribuno Icilio—. Hoy nadie será ejecutado. Este hombre queda arrestado.

Pero a medida que la muchedumbre se acercaba, se oían con más fuerza gritos de «Justicia rápida!» y «¡Empújale!» o «¡Mátale ahora mismo! ».

Tito, mareado después de tanto correr, miró por el precipicio y se tambaleó. Sentía náuseas y el corazón le latía con fuerza.

—Ahora vemos el tipo de hombres que en realidad sois —dijo Cneo—. ¡Asesinos a sangre fría!

—¡Nadie será asesinado! —insistió Icilio. Se abrió camino hacia la vanguardia de la multitud. Le seguía una oleada de gente. Bajó el tono de voz.

—Senador, apenas puedo contener a estos hombres. ¡No hagas nada que los provoque aún más! Por tu seguridad, senador, debes acompañarme.

—¡No lo haré! No reconozco que nadie tenga autoridad para arrestar a un ciudadano romano que simplemente expresa lo que piensa. ¡Aparta tus chuchos, tribuno, y déjame en paz!

—¿Te atreves a llamarnos perros? —Uno de los hombres situados detrás de Icilio arrojó su porra. Pasó rozando a Cneo, pero tocó de refilón la sien de Tito. Tito perdió pie y se tambaleó sobre el precipicio. Cneo saltó para sujetarlo y, por un instante, pareció que ambos acabarían cayendo. Cneo consiguió finalmente recuperar el equilibrio y tiró de Tito hasta salvarlo.

La muchedumbre, que había contemplado la escena excitada y casi sin respirar, rugió defraudada y se abalanzó sobre ellos. Icilio extendió los brazos para retenerlos, pero eran demasiados.

De pronto, se produjo un alboroto en la retaguardia del gentío. El cónsul Cominio acababa de llegar con sus lictores. Las porras de la chusma no eran nada comparadas con las hachas de los lictores, que se abrieron camino entre la multitud.

—¿Qué está sucediendo aquí, tribuno? —preguntó Cominio. —Voy a arrestar a este hombre.

—¡Eso es mentira! —exclamó Cneo—. Estos gamberros nos han perseguido a mi colega y a mí desde el Foro, con la clara intención de asesinarnos. Antes de tu llegada, estaban a punto de arrojarnos por la roca Tarpeya.

—¡Te mereces la muerte de un traidor! —gritó uno de los hombres. ¡Muerte a cualquier hombre que intente echar abajo a los protectores del pueblo!

—¡Retírate! —gritó Cominio—. Espurio Icilio, acaba con esta locura. Retira a tus hombres y retira el arresto.

—¿Te atreves a interferir en los deberes legales de un tribuno, cónsul? —Icilio clavó su mirada en Cominio, que acabó bajando la vista.

—Que haya un juicio, si insistes —dijo Cominio—. Pero mientras, deja libre a Coriolano.

Icilio se quedó mirando un largo rato a Cneo, y asintió a continuación.

—Muy bien. Dejemos que el pueblo decida su destino.

Poco a poco, refunfuñando y escupiendo con desdén a los pies de los lictores, la muchedumbre se dispersó e Icilio se retiró. Cneo rompió a reír y se aproximó para abrazar a su antiguo superior, pero la expresión del cónsul era sombría.

Tito, un poco mareado por el golpe que había recibido en la cabeza, se sentó sobre la roca Tarpeya. Parecía estar en un sueño, rodeado de fantasmas. Se encontró contemplando el templo y la majestuosa cuadriga de Júpiter en el frontón. ¡Cuánto le gustaba aquel edificio construido por Vulca!

—A veces pienso que incluso los dioses se han vuelto contra mí —susurró Cneo. Deambulaba de un lado a otro del jardín iluminado por la luz de la luna. Su rostro quedaba oculto entre las sombras, igual que los de aquellos que habían acudido en respuesta a su llamamiento. No había lámparas encendidas; el mínimo destello de luz podría alertar a sus enemigos de la reunión que estaba teniendo lugar a medianoche en casa de Cneo Marcio.

Tito estaba allí. Igual que Apio Claudio y el cónsul Cominio. Había también varios hombres vestidos con armadura, como si estuvieran listos para entrar en batalla. Daba la impresión de que eran muchos, apretujados como estaban debajo de la columnata que rodeaba el jardín. A la luz de la luna llena, Tito apreció que en su mayoría eran jóvenes y, por la calidad de las armaduras, comprendió que todos eran hombres de recursos.

En los últimos días, Cneo había atraído a muchos jóvenes guerreros, patricios en su mayoría, u hombres como él, de clase plebeya pero con sangre patricia. La devoción que sentían hacia Cneo, o hacia Coriolano, como siempre lo llamaban, rozaba el fanatismo. No menos fanática era la determinación del tribuno Icilio y sus seguidores plebeyos de ver destruido a Cneo. La acalorada disputa sobre su destino había dividido a Roma en dos. El juicio iba a celebrarse al día siguiente.

—Los dioses nada tienen que ver con esta farsa —dijo amargamente Apio Claudio—. La culpa es de los hombres. ¡Hombres débiles y estúpidos! El senado debería haberte aplaudido como un héroe, Cneo. Pero, en cambio, te ha abandonado.

—La cuestión nunca ha sido tan sencilla —dijo Cominio, suspirando—. El derecho a elegir a los tribunos lo obtuvieron los plebeyos sólo después de luchar fieramente por ello. Cuando Cneo decidió usurpárselo, se cruzó en el camino de un toro rabioso.

—¿Y no vamos a hacer nada mientras ese toro arrolla al mejor hombre de Roma? —dijo Tito, con la voz quebrada. El día en que la chusma los persiguió hasta la roca Tarpeya había significado un momento decisivo en su vida. En su interior había empezado a crecer una rabia enorme; había endurecido el corazón de Tito respecto a los plebeyos y lo había acercado más que nunca a su amigo de la infancia. ¿Cómo era posible que hubiese estado ciego durante tanto tiempo ante la amenaza que suponían los plebeyos? ¿Cómo era posible que no hubiera visto que Cneo siempre había llevado la razón? Tito se sentía culpable por no haber apoyado a Cneo con más entusiasmo desde el principio. Cuando Cneo fue abucheado por hombres más débiles por haber dicho la verdad en el Senado, Tito debería haber tenido preparado su propio discurso de apoyo.

—No te preocupes por el toro rabioso, Tito —dijo Cneo. Posó la mano en el hombro de su amigo—. ¡Esa bestia nunca me tocará! Antes moriré con mi propia espada que someterme al castigo de esa chusma.

—Esa *chusma,* como tú la llamas, es la asamblea del pueblo —dijo Cominio—, y me temo que su derecho a juzgarte es indiscutible. La cuestión se ha debatido ya en el Senado...

—¡Una vergüenza! —murmuró Apio Claudio—. ¡Hice todo lo posible por convencerles, pero no hubo manera!

—Y de este modo, esta parodia de justicia, este supuesto juicio, tendrá lugar mañana —dijo Cneo—. ¿Crees de verdad que no hay esperanzas, Cominio?

—Ninguna. Icilio ha incitado a los plebeyos hasta la locura. Esperaba que la influencia de sus mejores hombres sirviera para enfriar su sed de sangre, pero ni siquiera el soborno más flagrante ha funcionado. Mañana serás juzgado ante la asamblea del pueblo y te encontrarán culpable de poner en peligro a los tribunos y en tela de juicio su dignidad. Tus propiedades serán confiscadas y puestas a subasta; lo que se obtenga será donado al fondo para los pobres del templo de Ceres. Tu madre y tu esposa se quedarán sin nada.

—¿Y yo?

Cominio dejó caer la cabeza.

—Serás azotado públicamente y ejecutado.

—¡No! ¡Jamás! —gritó uno de los jóvenes guerreros desde la sombra de la columnata. Sus compañeros se le sumaron con gritos de rabia. Cneo levantó las manos para acallarlos. Se volvió hacia Cominio.

—¿Y si esta noche abandono Roma, por propia voluntad? ¿Y si huyo al exilio?

Cominio respiró hondo.

—Icilio podría juzgarte *in absentia,* pero creo que podría convencerlo de no hacerlo. Se habría apuntado la victoria que anda buscando, establecer la inviolabilidad de los tribunos. Si no hay juicio, tus propiedades permanecerán intactas. Tu madre y tu esposa tendrán con qué contar.

—Mi vida no me importa —dijo Cneo—. Que me azoten y se coman mi carne, si es lo que quieren. ¡Pero nunca permitiré que mis propiedades caigan en manos de los ediles para alimentar a la chusma holgazana de Roma! —Volvió la cara hacia la luna llena. Bajo la luz blanca, sus atractivas facciones parecían esculpidas en mármol—. ¡El exilio! —musitó—. ¡Después de todo lo que he hecho por Roma! —Bajó el rostro, envolviéndolo de nuevo en las sombras. Se dirigió a los guerreros que lo rodeaban.

—Algunos de vosotros, la última vez que nos vimos, disteis la palabra de que levantaríais la espada para derramar la sangre de un plebeyo antes que verme ejecutado o si no que me seguiríais hacia el exilio. Pero ahora que ha llegado el momento de tomar la decisión, no pido que ningún hombre cumpla su palabra.

—¡Hicimos un juramento! —objetó uno de los hombres—. ¡Un romano jamás rompe sus juramentos!

—Pero si abandonamos Roma, para no regresar nunca, ¿seguimos siendo romanos? ¡Pensad en lo que significa ser un hombre sin ciudad! Es lo que me ha marcado el destino. Pero no puedo pedir que sea el destino de otros.

Uno de los hombres dio un paso al frente.

—Esta noche hemos venido todos aquí armados y dispuestos a luchar... dispuestos a morir, si es necesario. ¡Si tu decisión como comandante nuestro es la retirada en lugar de enfrentarnos al enemigo, iremos contigo, Coriolano!

—¿Incluso más allá de las puertas de Roma?

—¡Sí, igual que te seguimos al cruzar las puertas de Corioles! Aquel día, luchaste para entrar solo en la ciudad y el resto te seguimos, como colegiales que llegan tarde. ¡Hoy no va a ser así! ¡Permaneceremos a tu lado, Coriolano!

—¿Estáis todos de acuerdo?

—¡Estamos todos de acuerdo! —gritaron los guerreros. Cneo soltó una carcajada.

—¡Habéis despertado al Palatino entero con este grito! Toda Roma empezará muy pronto a preguntarse qué se trama en casa de Cneo Marcio. ¡No nos queda otra elección que partir ahora mismo!

Mientras los demás se preparaban, Cneo se despidió de Cominio y de Claudio. Vio a Tito entre las sombras y se aproximó a él.

—Ya me he despedido de mi madre y de mi esposa. Cuídalas, Tito, con el mismo cariño que cuidas a Claudia.

—Debería ir contigo.

Cneo negó con la cabeza.

—Ya has oído lo que les he dicho a mis guerreros. Se trata de un sacrificio que no puedo exigir a nadie.

—Pero aun así, te siguen.

—Es su elección.

—Debería ser también la mía.

Cneo permaneció un largo rato en silencio. La sombra le ocultaba el rostro, pero Tito sentía sus ojos clavados en él.

—Tienes un templo que finalizar, Tito.

—¡Maldita sea el templo de Ceres y todo lo que conlleva! Cneo hizo una mueca.

—Un hombre debe tener algo en lo que creer.

—¿Igual que tú antes creías en Roma?

—Cree en Roma, Tito. Cree en el templo de Ceres. Olvídate de que Coriolano existió. —Cneo se volvió y se marchó. Sus seguidores le rodearon. La comitiva abandonó el jardín.

La casa de Tito estaba a escasa distancia de allí. Claudio se ofreció a acompañarlo, pero Tito

prefirió ir solo.

La noche era cálida. Los postigos estaban abiertos. La luz de la luna bañaba la estancia donde Claudia dormía. Tito contempló su rostro durante mucho rato. Entró en la habitación donde dormía su hijo y contempló su rostro más rato aún si cabe.

Seguía pensando en la imagen que Cominio le había metido en la cabeza, la de Cneo enfrentado a un toro corriendo en estampida. Hércules, cuyo altar había sido responsabilidad de la familia de Tito durante muchas generaciones, había luchado contra un toro en la lejana isla de Creta. Los dioses exigían sacrificios; los héroes se merecían lealtad. ¿No era Coriolano un héroe igual que lo había sido Hércules?

En su estudio, a la luz de la luna, pues temía que encender una lámpara despertara a todos los que dormían, escribió un mensaje para Apio Claudio. «Suegro, te lo suplico, cuida de tu hija y de tu nieto. He hecho lo que sé que debía hacer».

Entró en la habitación de su hijo. Se quitó el talismán de Fascinus del cuello y, con cuidado, lo pasó por el cuello de su hijo. Inmerso en un sueño profundo, su hijo alargó la mano y acarició el talismán, pero sin despertarse.

Si Tito se daba prisa, alcanzaría a Coriolano y a sus hombres antes de que cruzaran las puertas de la ciudad.

491 A.C.

—El camino que nos ha traído hasta aquí ha sido muy largo —dijo Cneo.

—Un camino muy largo, sí —dijo Tito, sonriendo tristemente.

Sabía que su amigo no se refería literalmente al camino que pisaban, que los estaba acercando a Roma, con cada nuevo golpe de los cascos de los caballos. Cneo se refería a las curiosas vueltas que sus vidas habían dado desde la noche en que salieron huyendo de la ciudad, dos años atrás.

Un hombre como Cneo, con sus conocimientos del arte de la guerra y su reputación de valentía, y acompañado por guerreros que lo adoraban fanáticamente, habría sido bienvenido en muchas ciudades. Era una ironía, aunque tal vez predecible, que hubiera elegido hacer una propuesta a los volscos. Cierto era que había derramado mucha sangre volsca, pero siempre en el transcurso de justos combates, y ¿quiénes mejor que los volscos para reconocer su auténtica valía? Había sido curioso, sorprendiendo de entrada a Tito, que aquellos contra quienes Cneo había luchado tan ferozmente pudieran acogerlo entre sus filas con tanto entusiasmo. Así eran los guerreros: por un simple vuelco del destino y en un abrir y cerrar de ojos, el enemigo podía convertirse en aliado.

Naturalmente, Cneo, siendo Cneo, se había convertido en mucho más que un aliado. Se había convertido rápidamente en el guerrero más destacado de los volscos y luego, con la misma rapidez, en el comandante de todo su ejército. La campaña para vengarse de Roma no había sido idea suya, sino de los ancianos del pueblo volsco, que tuvieron que discutir con él largo y tendido para superar su resistencia. ¿Quién mejor para anticipar y frustrar cualquier estrategia romana que el hombre que había sido el mejor guerrero de Roma? ¿Qué mayor triunfo para los volscos que ver a Coriolano haciendo en Roma lo que él mismo había hecho en Corioles? ¿Qué venganza más dulce para Cneo Marcio que doblegar a la ciudad que lo había desdeñado?

En la campaña contra Roma, Cneo se había superado. El hombre que había proclamado su deseo de convertirse en el mayor guerrero de Roma se había convertido en el mayor guerrero de toda Italia, y también en el general más osado. Tito, que había luchado al lado de Cneo batalla tras batalla, tenía la impresión de que los dioses le habían echado una mano a su amigo para conseguir tantas victorias.

Los hombres bajo el mando de Cneo desarrollaron una fe supersticiosa en su liderazgo; la magia de su presencia, no su valentía, eran el secreto de la victoria. Tito estaba personalmente convencido de que el antiguo espíritu de Hércules vivía de nuevo en Coriolano, el héroe de su época. Esta convicción religiosa suponía un gran consuelo para Tito en aquellos momentos en que la añoranza

de Roma y de su familia amenazaba con superarlo.

Ahora llegaba la batalla final. El sonido de los cascos de los caballos en el camino acercaba a Cneo y al ejército de los volscos a las puertas por donde había huido de la ciudad. Los ejércitos de Roma habían sido derrotados batalla tras batalla. Sus filas estaban menguadas, sus depósitos de armas habían sido capturados y confiscados. El pueblo estaba también debilitado. Habían quemado cosechas, las colonias romanas habían sido saqueadas y las reservas de urgencia de cereales procedentes de Sicilia habían sido interceptadas. Y mientras Roma se debilitaba, todos los enemigos que se habían visto humillados por ella durante los últimos años se apiñaban para sumarse a las filas de Cneo y lo volscos. El ejército liderado por Coriolano era invencible.

Cuando los invasores estaban aún a dos días de viaje al sur de Roma, llegaron emisarios de la ciudad deseosos de reunirse con Cneo. Le recordaron su linaje romano. Le imploraron que retirara su ejército. Cneo los trató con cinismo, pero les permitió regresar a Roma con la cabeza unida al cuerpo.

—El hecho de que los romanos supliquen la paz demuestra que están seguros de su derrota —le dijo a Tito.

Al día siguiente llegaron dos nuevos emisarios. El polvo que sus carruajes levantaban en una jornada sin viento anunció su llegada mucho antes de que se acercaran lo suficiente como para ser reconocidos. Tito se quedó casi sin respiración al ver los rostros ojerosos de Apio Claudio y Postumio Cominio.

Cneo ordenó a sus hombres mantenerse alejados mientras él cabalgaba para recibir a los dos senadores. Tito le acompañó. Mientras Cneo saludaba a los dos hombres, Tito se mantuvo a un lado, incapaz de mirar a los ojos a su suegro.

En primer lugar, Cominio le aseguró a Cneo que su madre y su esposa estaban bien; pese a la traición de Cneo, nadie se había vengado de su familia y ahora nadie se atrevería a hacerlo.

—Mi hija Claudia y el joven Tito Poticio también están bien —añadió Claudio, aunque Tito evitó su mirada. Hablando en nombre de los cónsules y del Senado, los dos hombres reconocieron la gran equivocación que se había cometido con Cneo. Le prometieron la devolución de la ciudadanía y de su puesto en el Senado, y plena inmunidad en el juicio por parte de los tribunos.

Cneo escuchó con respeto a sus dos viejos mentores y preguntó a continuación:

—¿Y qué hay de los tribunos de la plebe, y de los ediles? ¿Serán abolidos? ¿Será derribado el templo de Ceres?

Cominio y Claudio bajaron la vista. Su silencio daba la respuesta. Cneo se echó a reír.

—¡Pensabais hacer retroceder a Coriolano con unas cuantas palabras, pero ni todo el poder del Senado sirve para doblegar a la plebe! Las promesas vacías no me detendrán. Si realmente amáis a Roma, regresad allí y aconsejad a vuestros colegas que rindan la ciudad. No tengo deseos de derramar más sangre de la necesaria, y los deseos de pillaje de mis hombres quedarán fácilmente controlados si toman la ciudad sin batalla de por medio. Tanto si os resistís como si no, mañana a esta hora Roma será mía.

—¡Una amarga vuelta a casa! —dijo Cominio.

—Pero una vuelta a casa, de todos modos.

—Y si tomas la ciudad, ¡que Júpiter lo impida!, ¿qué harás después? —preguntó Claudio.

Cneo cogió aire.

—Si todavía no se han suicidado, algunos de mis antiguos enemigos recibirán su merecido. Creo que ya sabéis quién encabeza la lista.

—El tribuno Espurio Icilio —dijo Cominio.

—¡Será un placer arrojarlo desde la roca Tarpeya!

—¿Y el Senado? —dijo Claudio.

—Tal vez permita que su existencia continúe, una vez recupere las funciones que desempeñó con los reyes de dar consejo y asistencia al poder real. Sus miembros menos útiles serán expulsados y sustituidos por nuevos miembros de sangre volsca.

Cominio reprimió un grito de desesperación. Claudio lanzó una mirada penetrante a Tito.

—¿Qué tienes tú que decir a todo esto, yerno?

Tito le devolvió la mirada, imperturbable.

—Cuando era un niño, mi abuelo me hizo aprender la lista de los reyes: Rómulo, Numa Pompilio, Tulo Hostilio, Anco Marcio, Tarquinio el Mayor, Servio Tulio. Tarquinio el Soberbio tenía que ser el último, el definitivo, expulsado y sustituido para siempre por algo llamado República. ¡Una farsa! ¡Un error! ¡Un experimento fracasado! Hoy es el último día de la República. Mañana, los hombres entonarán en el Foro: «¡Aclamad todos al rey Coriolano! ».

Sacó la espada y levantó el brazo en dirección a Cneo. Su caballo se encabritó sobre las patas traseras.

—¡Aclamad todos al rey Coriolano! —gritó.

La camarilla de guerreros leales que había abandonado Roma junto a Cneo, que siempre cabalgaba al frente del ejército, oyó el grito de Tito y lo repitió: « ¡Aclamad todos al rey Coriolano!».

El grito se extendió entre las filas del inmenso ejército: «¡Aclamad todos al rey Coriolano! ». Los hombres izaron sus espadas a modo de saludo, las hicieron repicar luego contra sus escudos, formando un estrépito amedrentador mientras gritaban, una y otra vez: « ¡Aclamad todos al rey Coriolano! ».

Claudio pareció consumirse, Cominio dio media vuelta al carruaje. Una nube de polvo se levantó tras ellos mientras volvían corriendo hacia Roma.

En aquel mismo lugar, a pocas millas al sur de la ciudad, el ejército de Coriolano instaló su campamento.

A la mañana siguiente, el ejército se levantó al amanecer dispuesto a iniciar la marcha hacia la batalla.

Como siempre, Coriolano cabalgaba a la cabeza de su ejército, con Tito a su lado y sus guerreros romanos montando inmediatamente detrás. A cada paso que daban, más se acercaban a Roma.

Se aproximaban a la cresta de una colina de poca altura. Cuando llegaran allí, las colinas de Roma se verían a lo lejos.

Por encima del ruido de los cascos de los caballos y del murmullo generado por un inmenso ejército en marcha, Tito escuchaba otro sonido, leve al principio y luego más alto. Venía de más allá de la cresta de la colina. Algo sucedía al otro lado, algo que aún no era visible, algo que emitía un sonido horrible, distorsionado, amedrentador, un sonido como el que debía de oír el hombre que descendía al reino de Plutón, un sonido de tremenda desesperación y desesperanza.

Cneo lo escuchó también. Hizo una mueca y dirigió el oído hacia aquella dirección.

—¿Qué es *eso?* —susurró.

—No lo sé —dijo Tito—, pero me produce escalofríos en la nuca. —Una sensación de miedo y superstición le recorrió de la cabeza a los pies. ¿Y si los dioses amaban a Roma más de lo que amaban a Coriolano? ¿Y si, por traicionar a Roma, Tito y Cneo habían pecado contra los dioses? ¿Qué tipo de criatura sobrenatural habían conjurado los dioses para que se cruzase con ellos en el camino hacia Roma? ¿O acaso se había abierto una inmensa fosa en la tierra, en la que todos caerían, para no salir nunca de allí? Así era como sonaba aquello, como los lamentos y los aullidos del gran coro de la muerte.

Cuando llegaran a la cresta de la colina, lo sabrían.

Los nudillos de Cneo, que sujetaban las riendas del caballo, se volvieron blancos. Tito tragó saliva con dificultad. Miró a sus espaldas. Oyendo aquel sonido enervante, palidecieron incluso los guerreros que ocupaban las primeras filas, endurecidos por tantas batallas.

Llegaron a la cresta.

Ante ellos, como una serpiente negra gigantesca recorriendo el camino, llegando hasta la puerta de la ciudad, a lo lejos, había una procesión de mujeres dolientes. Era como si todas las mujeres de Roma hubiesen salido de la ciudad.

El sonido sobrenatural era el sonido colectivo generado por sus lamentos. Algunas lloraban en

voz baja. Otras estaban destrozadas por el llanto. Algunas se tambaleaban y gemían. Unas cuantas se retorcían de risa, enloquecidas. Algunas caminaban muy rígidas, como sonámbulas, mientras que otras se arrastraban presas del frenesí y barrían el suelo bajo sus pies con su cabello suelto.

En contraste con las demás, las mujeres que lideraban la procesión avanzaban con gran dignidad. Caminaban en silencio y con la cabeza bien alta. Entre ellas, por sus diademas de lana roja y blanca trenzada y su cabello corto, Tito reconoció a las vírgenes vestales. Había cinco de ellas, pues una, como siempre, se había quedado para cuidar de la llama sagrada en el templo de Vesta; en momentos de crisis, era más vital que nunca que la llama no se extinguiera. Por delante de las vestales iban tres mujeres que, pese a su porte orgulloso y de clase alta , iban vestidas de negro, con harapos, como mendigas en duelo. Andaban incluso descalzas, aunque era evidente que no estaban acostumbradas a hacerlo, pues tenían los pies ensangrentados. Pese a la agonía que debían de sentir, en ningún momento tropezaron ni dieron un traspiés.

Igual que había hecho el día anterior cuando se acercaron los senadores, Cneo indicó al ejército que se detuviese mientras él se adelantaba, con Tito a su lado.

—¡Qué vergüenza para el Senado! —dijo Tito—. ¡Los emisarios de la ciudad no consiguieron detenerte y ahora se rebajan enviando a mujeres!

Viendo que Cneo no respondía, Tito lo miró de soslayo. Pero en lugar de una expresión irónica como la suya, la mirada reflejada en el rostro de su amigo era de preocupación y tenía los ojos brillantes. El corazón de Tito le dio un vuelco. Tuvo una premonición de lo que iba a suceder.

Al recibir una señal de las vestales, las mujeres que iban tras ellas se detuvieron. Las tres mujeres vestidas con harapos que lideraban la procesión siguieron avanzando y se detuvieron sólo cuando tuvieron prácticamente encima a los dos jinetes. En el centro, Tito reconoció a Veturia, la madre de Cneo. Parecía mucho mayor que la última vez que se vieron. Aunque se mantenía erguida, requería la ayuda de las dos mujeres que la flanqueaban. A su derecha estaba la esposa de Cneo, Volumnia. Y en cuanto Tito vio a la tercera mujer, lanzó un grito sofocado. No había visto a Claudia desde el día en que abandonó Roma. Tenía la mirada consumida de preocupación. Bajó la vista y no lo miró.

Veturia, por otro lado, clavó la mirada en su hijo.

—¡Cneo! —exclamó.

—¡Madre! —musitó él.

—¿Piensas seguir amenazando a tu madre, mirándome desde ahí arriba como un amo mira a su esclava?

Cneo desmontó en el acto. Tito siguió su ejemplo. Pero cuando Cneo se adelantó, Tito se quedó rezagado. Se agarró a las riendas, más para sostenerse que para sujetar a los caballos. De pronto se sentía mareado. Fue como la sensación que había experimentado en la roca Tarpeya cuando recibió un golpe en la cabeza. Todo lo sucedido entre ese momento y aquél parecía un sueño, y tenía miedo de despertarse de repente. El corazón le retumbaba en el pecho.

Cuando Cneo llegó junto a su madre, extendió sus brazos, pero ella rechazó su abrazo. Él retrocedió.

—¿Por qué no me abrazas, madre? ¿Por qué estás tan rígida?

—Si me soltara del apoyo que están dándome Volumnia y Claudia, me caería al suelo.

—Yo te cogería.

—¡Mentiroso!

—¡Madre!

Ella le miró fijamente.

—Siempre pensé que, si llegaba a una edad en la que no pudiera mantenerme en pie, sería el brazo fuerte de mi hijo el que estaría allí para darme su apoyo. Pero cuando ha llegado el momento en que he necesitado un brazo, Cneo, tú no estabas ahí. Tuve que apoyarme en otros... ¡para vergüenza mía! ¡Qué los dioses me dejen inválida del todo si alguna vez he podido apoyarme en tu brazo!

—¡Duras palabras, madre!

—Ni la mitad de duras que el destino que has arrojado sobre mí.

—Lo que hice, lo hice porque me vi forzado a ello. Por mi dignidad...

—Arrojaste por la borda tu dignidad el día en que alzaste las armas contra Roma. Ese día, pusiste un puñal contra el peche de tu madre. Y hoy pareces decidido a clavarme ese puñal en el corazón.

—No, madre. Lo que he hecho, lo he hecho por ti. Siempre me enseñaste...

—¡Nunca enseñé a mi hijo a ser un traidor! ¡Si te oigo decir una cosa así, extraeré tu espada de su vaina y me lanzaré sobre ella, antes que seguir respirando!

—Madre, madre...

Veturia tiró de repente del brazo que le sujetaba su nuera. Con todas sus fuerzas, le atizó un bofetón a Cneo. El sonido del golpe fue sorprendentemente fuerte. Los caballos relincharon y tiraron de las riendas, quemándole a Tito la palma de la mano.

Veturia iba a caerse, pero las mujeres consiguieron sujetarla. Cneo se había quedado pasmado. Pasado un largo rato, le indicó a Tito que se acercara. Le susurró al oído:

—Explica a los hombres que he ordenado un descanso. Que instalen mi tienda junto al camino. Tenemos demasiados ojos mirándonos. Es necesario que me reúna con mi madre en privado.

¿Qué se dijo en aquella tienda? ¿Qué promesas o amenazas se hicieron? ¿Qué recuerdos o sueños se reavivaron? Nadie, excepto Coriolano y su madre, lo sabría nunca.

Veturia fue la primera en salir de la tienda. Volumnia y Claudia, que aún no había mirado a Tito a los ojos, se adelantaron enseguida para ayudarla. Sin pronunciar palabra, las tres regresaron junto a las vestales, que las aguardaban. Veturia se dirigió a las vírgenes en voz baja, y ellas a su vez gesticularon en dirección a las mujeres que tenían detrás indicándoles que dieran media vuelta y regresaran a la ciudad. Cuando la inmensa procesión inició la retirada, la multitud de mujeres ni lloraba ni se mostraba alegre, sino que mantuvo en todo momento un misterioso silencio.

Cneo permaneció mucho rato en el interior de la, tienda. Cuando por fin salió, su rostro mostraba una mirada de determinación que Tito no había visto nunca.

Cneo montó su corcel y convocó a su vanguardia romana. Los guerreros a caballo se congregaron delante de él. Tito estaba entre ellos, temeroso de lo que estaba a punto de escuchar.

—No habrá ningún ataque contra Roma —dijo Cneo. Los hombres se quedaron boquiabiertos.

—Cuando partimos de Roma, lo hicimos en busca de nuestro destino. El destino nos ha guiado hasta casi completar un círculo. Nos hemos acercado mucho a Roma... pero no nos acercaremos más. Más allá de las montañas, allende los mares, existe un mundo inmenso que se extiende lejos de las tierras de los romanos y los volscos. Es allí, tal vez, donde está nuestro destino.

Los hombres se miraron ansiosos, pero su nivel de disciplina era tan elevado que ninguno de ellos pronunció una palabra de protesta.

—Vamos a regresar hasta las filas de los volscos. Cuando lleguemos a la parte posterior del ejército, nos limitaremos a seguir cabalgando.

—¿Y los volscos? —dijo Tito.

—Si quieren atacar Roma, que lo hagan.

—¡Nunca lo harán! Tú eres su talismán. Sólo Coriolano puede guiarlos hasta la victoria.

—Entonces, supongo que también darán media vuelta. —Cneo chasqueó las riendas y el caballo empezó a trotar. Le siguió la vanguardia romana. Tito lo alcanzó y se situó junto a Cneo. Los soldados volscos de a pie se apartaron para abrirles paso, mirándolos sorprendidos y confusos.

—¡Ha sido cosa de esa mujer! —gritó uno de ellos—. ¡Ha puesto a su hijo contra nosotros!

—¡Coriolano deserta!

—¡Imposible!

—¡Compruébalo tú mismo!

—Pero ¿por qué nos ha guiado hasta aquí?

—¡Es una trampa! ¡Coriolano nos ha engatusado para venir hasta aquí, y ahora los romanos deben tenernos reservada alguna trampa!

La consternación se extendió rápidamente entre las filas. Tito tenía la sensación de estar

cabalgando entre un mar de caras rabiosas. El rugido del mar era cada vez más fuerte. Sus corrientes iban de un lado a otro cada vez con mayor violencia.

—¡Regresa, Coriolano! —gritaban los volscos—. ¡Regresa! ¡Lidéranos! ¡De lo contrario...!

Tito recibió una pedrada en el casco. El ruido reverberó en su cabeza. Recordó de nuevo el día en que recibió un golpe de porra junto a la roca Tarpeya y Cneo le salvó la vida. Cada vez más, el mundo a su alrededor le parecía extraño, como un sueño, silencioso y distante.

Siguió recibiendo pedradas en la armadura. Tito apenas las sentía. Los volscos habían empezado con piedras, pero no tardaron mucho en izar sus espadas. Los romanos a caballo hicieron lo mismo. El sonido metálico del hierro sonaba en los oídos de Tito extrañamente amortiguado. Siguió luego un movimiento confuso. Sorprendido, vio que su espada estaba manchada de sangre y sintió entonces un dolor punzante en el costado. El mundo daba vueltas y se ponía cabeza abajo. Tito se dio vagamente cuenta de que debía de estar cayendo del caballo, pero en ningún momento sintió que golpeaba el suelo.

En los días siguientes, el Senado de Roma decretó que el día de la salvación de la ciudad de manos de Coriolano sería un día de acción de gracias y que se rendirían honores especiales a las valientes mujeres de Roma, que habían conseguido lo que ni la fuerza de las armas ni la diplomacia habían logrado.

Esas decisiones fueron fáciles. Las que seguirían serían más complicadas.

El debate en torno al Ara Máxima fue tremendamente enconado. Desde el principio de los tiempos, el altar de Hércules había estado al cargo de las familias de los Pinario y los Poticio, los sacerdotes hereditarios que celebraban conjuntamente el Banquete de Hércules. Teniendo en cuenta el deshonor que Tito Poticio había causado a su familia, ¿debería permitirse a dicha familia continuar como responsable del altar, o debería usurpársele su papel y transferirlo a otra familia o a sacerdotes designados por el Estado?

Apio Claudio estaba entre los que defendían que el Estado no tenía derecho a interferir en los acuerdos religiosos que el mismo Estado había establecido. Hércules había elegido, personalmente, a las dos familias que debían encargarse de los cuidados de su santuario. Ninguna acción del Estado podía deshacer lo que un dios había decidido en tiempos inmemoriales. Ésa era su postura de cara al público. En privado, Claudio había comentado a sus colegas que la vergüenza ocasionada por su yerno era un tormento casi insoportable; desheredó a su hija y a su nieto, y declaró que mientras él o cualquier descendiente suyo que llevara su nombre tuviera alguna influencia en las cuestiones del Estado, ningún hombre con el nombre de Poticio volvería a ser elegido para un alto cargo.

El argumento de Claudio convenció al Senado. La conservación del Ara Máxima seguiría en manos de la familia, inalterable. Pero el cónsul recién elegido, Publio Pinario, anunció que su familia no llevaría a cabo sus deberes tradicionales junto a los deshonrados Poticio.

—Después de innumerables generaciones, renunciamos a nuestro puesto como guardianes del altar. ¡Que lo hagan los Poticio ellos solos!

Entre la élite de Roma hubo mucho chismorreo en torno a aquellas dos antiguas familias patricias y sobre los curiosos giros del destino que habían llevado a Publio Pinario hasta el consulado, la culminación de la fortuna de su familia, mientras los Poticio alcanzaban su punto más bajo con la desgracia de Tito Poticio.

Años después, un vagabundo harapiento se encontraba a pocas millas al sur de Roma. Era un hombre sin ciudad ni tribu, condenado a vagar eternamente, a sobrevivir con su ingenio, que a menudo dejaba perplejo a todo el mundo, y a depender de la misericordia de los desconocidos; un

hombre roto, sin esperanzas ni sueños. Llevaba muchos años sin pasar por allí.

Apenas era consciente de dónde se hallaba, pero sabía que el pequeño templo junto al camino no estaba antes allí. Se trataba de un edificio sencillo, pero de elegante ejecución y bellamente decorado. En sus escaleras descansaba un joven pastor.

—Dime, chico —dijo el vagabundo—, ¿qué es este templo? ¿A qué dios está dedicado?

De entrada, el chico miró al vagabundo con cautela, pero luego se dio cuenta de que el canoso desconocido era inofensivo.

—No está dedicado a ningún dios, sino a una diosa... Fortuna, la primera hija de Júpiter. Ella es quien decide los altibajos de la vida.

—Me parece recordar que en Roma hay muchos templos dedicados a Fortuna —comentó el vagabundo, en tono fantasioso.

—Sí, pero éste es distinto. Lo llaman el templo de Fortuna *Muliebris,* la Fortuna de las mujeres.

—¿Por qué?

—Porque las mujeres de Roma pagaron su construcción, hay que creerlo. Es justo aquí donde impidieron el paso al villano Coriolano.

—¿Es aquí? —dijo el vagabundo, con voz temblorosa.

—Por supuesto que sí. Y después de aquello, las mujeres pensaron que debía construirse un templo aquí, para señalar el lugar. El Senado y los sacerdotes lo aprobaron, y las mujeres recaudaron el dinero para su construcción. Es un edificio bonito, ¿verdad?

—Sí. —El vagabundo observó con admiración la estructura—. Yo era constructor.

—¿Tú? —El pastor lo miró dubitativo, y luego se dio una palmada en el muslo y se echó a reír —. ¡Y yo era senador! ¡Pero mírame ahora, aquí cuidando estas sucias ovejas!

De modo que aquél era el lugar. La cabeza de Tito se vio inundada de recuerdos reprimidos durante mucho tiempo. Apenas recordaba el sangriento final de Cneo; ni siquiera el mayor guerrero de Italia pudo con la totalidad del ejército que el mismo había entrenado para el combate. Al final, Cneo había muerto luchando. Vagamente, ¡vagamente gracias a los dioses!, Tito recordaba las torturas a las que le habían sometido los volscos antes de dejarlo marchar.

Todo parecía muy lejano, como un sueño casi olvidado. Todos los días de su vida eran iguales, ayer, hoy todos iguales.

—Si te gusta ver templos —dijo el pastor—, camina hasta la cresta de la colina. Desde allí verás la ciudad. El más grande de todos es el templo de Júpiter. ¡Eso sí que es un templo! Se asienta en el Capitolio como una corona en la cabeza de un rey. Incluso desde aquí se ve lo grandioso que es. Ve, échale un vistazo.

El corazón de Tito latía con fuerza en su pecho. Como aún solía hacer en momentos de gran emoción, después de tantos años. Tito buscó el talismán de Fascinus colgado en su cuello. No estaba allí, naturalmente. Se lo había entregado a su hijo, que dormía la noche que abandonó Roma. ¿Cómo estaría el chico? ¿Seguiría con vida? ¿Habría prosperado? ¿Seguiría practicando los antiguos ritos de Hércules, como habían hecho antes que él sus antepasados?

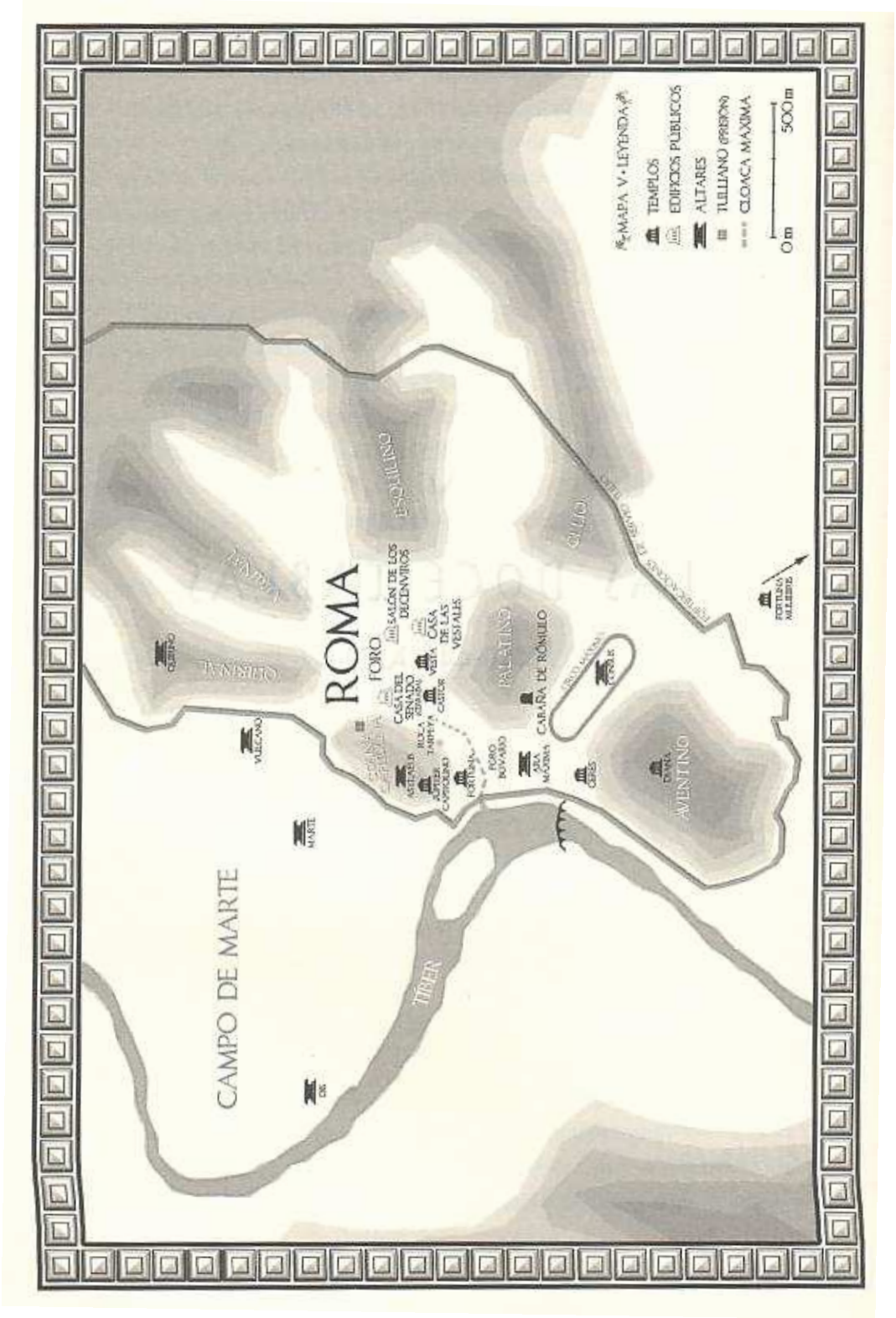
—Adelante —dijo el pastor—. Sube hasta arriba y echa un vistazo a la ciudad.

El harapiento vagabundo, sin decir nada, dio media vuelta y emprendió camino en dirección contraria.

V

LAS DOCE TABLAS

450-449 a.C.



¡Otro brindis! —anunció Lucio Icilio.

—¿Qué? ¡Otro más no! —Lucio Verginio rió con ganas. Era como un hombre oso, ancho de espaldas, a quien le encantaba el vino, y su protesta era sólo aparente.

—Como anfitrión, debo insistir —dijo Icilio. Con una señal de su brazo, largo y huesudo, indicó a la criada que llenara de nuevo las copas.

La ocasión se lo merecía: una cena para celebrar la próxima boda del hijo de Icilio, el joven Lucio, con Verginia, la hija de Verginio. El matrimonio uniría a dos de las familias plebeyas más distinguidas de Roma. Los Verginio llevaban tanto tiempo como algunas familias patricias destacando en la ciudad. La rama de Lucio Verginio, aun sin ser rica, era insigne por sus gestas en el campo de batalla; en campañas recientes contra los sabinos y los ecuos. Lucio Verginio había superado el coraje de sus antecesores. Los Icilio eran pudientes, políticamente activos y llenos de vitalidad y ambición. Hombres de ambas familias habían sido tribunos de la plebe.

El vínculo matrimonial entre los Icilio y los Verginio reforzaría a ambos clanes. Era, además, un matrimonio por amor; el amor entre Lucio y Verginia había sido un flechazo. Aquella noche, a escasos días de la boda, las dos familias cenaban juntas bajo el techo de Icilio .para celebrar su inminente unión.

Icilio levantó la copa.

—¡Un brindis por las madres! Nunca debemos infravalorar el poder de una matrona romana. Hace más de cuarenta años, cuando Coriolano quiso atacar Roma, ¿qué fue lo único que consiguió hacerlo retroceder? Ni las espadas, ni las murallas, ni siquiera el comportamiento servil de los senadores. Sólo la súplica de una madre fue lo bastante fuerte como para salvar a Roma. ¡Por las madres del novio y de la novia!

—¡Por las madres! —coincidió Verginio, levantando su copa.

—¡Sí, por nuestras madres! —dijo el joven Lucio, con los ojos brillantes por haber bebido más vino del que estaba acostumbrado a tomar.

Las protagonistas del brindis bajaron modestamente la vista y no bebieron con los demás. Ni tampoco la hermana menor del novio, Icilia, una belleza morena. Ni tampoco la joven Verginia, que nunca había probado el vino. No necesitaba ninguna bebida intoxicante para que sus ojos azules brillaran o para aumentar el color de sus mejillas, que eran tan suaves como pétalos de rosa. Verginia era tan pálida como Lucio era moreno; ella era bajita y voluptuosa, en contraste con su prometido, alto y delgado. Sus diferencias físicas no eran más que un complemento de su respectiva belleza; todo el mundo coincidía en que formaban una pareja encantadora.

Icilio apuró la copa y se secó los labios.

—Os preguntaréis por qué, en tan agradable compañía, debería mencionar el inmundo nombre de Coriolano, que inspira odio en el pecho de cualquier patriota.

—Porque tiene que ver con la protagonista de tu brindis... ¡la influencia de una madre! —dijo Verginio, arrastrando un poco las palabras.

—Ah, sí, pero más que eso, menciono ese execrable nombre para que recordemos la gran dádiva que a Roma hizo uno de mis parientes, el gran tribuno Espurio Icilio. Fue Espurio quien echó a Coriolano de Roma. Tal vez fuera una madre quien impidiera de nuevo su, entrada, pero fue un Icilio quien lo expulsó en primer lugar. Menciono esto, Verginio, para demostrarte que la familia en la que entra tu hija por matrimonio, aunque tal vez no posea una historia tan prolongada como la tuya, *ha hecho* también historia. ¡Y con un joven vástago tan notable como mi hijo Lucio, la familia continuará haciendo historia!

—¡Y por qué no, con los estupendos hijos que mi Verginia le dará! —exclamó Verginio.

Verginia se sonrojó. Y también Lucio, aunque lanzó una risa varonil para ocultar su timidez.

Icilia, cuya piel era incluso más morena que la de su hermano, apenas podía mostrar su sonrojo, pero era evidente que una conversación de aquel tipo la incomodaba; los demás, si se percataron de ello, atribuyeron su expresión de dolor a la modestia de una doncella.

—Pero, hablando en serio... —Icilio hizo una pausa; necesitaba toda su concentración para reprimir un eructo. El momento crítico pasó—. Como estaba diciendo, en un tono ya más serio: han pasado cuarenta años desde que el perverso Corolario osó amenazar a los tribunos, y fue debidamente castigado por ese crimen; y aun así, en muchos sentidos, la lucha de clases es ahora más feroz que nunca. Hoy en día, sólo rara vez sale un plebeyo electo para el consulado, y esto no es casualidad. Los patricios, por su parte, están cada vez más celosos de sus privilegios. Ponen todos los impedimentos posibles para que ni siquiera el plebeyo más cualificado pueda llegar a los puestos de magistrado más elevados. Sabes bien que lo que digo es cierto, buen Verginio.

El otro hombre asintió.

—Por desgracia, buen Icilio, es cierto.

Lucio refunfuñó.

—No, papá. ¡Esta noche, nada de política!

Icilio lo hizo callar.

—Esto no es política, hijo mío. Se trata de una conversión familiar seria. Los Verginio y los Icilio representan lo mejor de la plebe. La unión de nuestras familias es mucho más que *el* matrimonio entre una preciosa chica y un atractivo joven; este matrimonio representa la esperanza del futuro.

—¿Habrá alguna vez una paz duradera entre los patricios y nosotros? Hay que empezar por admitir que ha habido abusos por ambas partes. Desde los tiempos de Coriolano, los plebeyos no hemos protagonizado más secesiones, pero a veces, quizá, hemos estado demasiado dispuestos a aprovechar el poder de los tribunos para castigar a patricios arrogantes. Algunos tribunos han incitado al populacho sin necesidad, y han ejercido su poder de manera imprudente. Sin duda alguna, más de algún patricio, a través de medios retorcidos, ha eludido el castigo y ha engañado a la justicia. Los fallos y los abusos por ambas partes han desembocado en más recriminaciones, lo que a su vez ha dado lugar a más antagonismos y falta de entendimiento.

—En estos días oscuros, pese a los mejores esfuerzos de hombres honestos, las dos clases parecen estar cada vez más distanciadas. ¡Lo único que podemos esperar es que los hijos de Lucio y Verginia hereden una Roma mejor que aquélla donde nacieron sus padres!

—¡Muy bien! —dijo Verginio—. ¡Bien dicho, Icilio! Esta noche tendrían que estar aquí los decenviros, para oírte hablar.

El joven Lucio, algo achispado, levantó su copa.

—¡Por los decenviros!

Los hombres de más edad lanzaron de pronto una mirada a Lucio que le hizo empequeñecer. Pero el ambiente era demasiado jovial para que aquel momento de tensión se prolongara. Verginio fue el primero en sonreír, luego Icilio.

—¿Un brindis por los decenviros, hijo mío? —A Icilio se le trababa la lengua—. Un brindis implica felicitaciones, y en el caso de los decenviros, creo que eso sería prematuro. Nadie ha visto aún el fruto de su trabajo, aunque nuestros diez pequeños Tarquinios han puesto ya un sabor amargo en la boca de muchos buenos ciudadanos.

—¿Los diez Tarquinios? Eso suena un poco duro, ¿no? —dijo Verginio.

—¿Tú crees? —Icilio levantó una ceja.

La discordia en Roma había alcanzado niveles tan extremos dos años antes, que patricios y plebeyos habían acordado una medida extraordinaria: se cancelaron las elecciones, el Senado fue desmantelado y los magistrados, incluyendo los tribunos, fueron sustituidos en sus labores. Se otorgó el poder temporal para gobernar el Estado a un gabinete integrado por diez hombres, los decenviros, que tenía además encomendada la tarea de redactar un detallado código jurídico. En aquel momento pareció una buena idea: los diez hombres más sabios de Roma determinarían por qué el Estado había llegado a una situación de estancamiento, ejercerían el poder necesario para resolver los problemas, concebirían leyes justas y grabarían esas leyes sobre piedra para que todo el

mundo las viera. La plebe llevaba tiempo ansiosa por tener un código jurídico escrito, creyendo que una lista clara de ofensas y la enumeración de los derechos de los ciudadanos conseguiría poner fin a los abusos arbitrarios de los patricios. Pero el proceso llevaba ya dos años en marcha, sin resultados visibles, y los decenviros empezaban a mostrarse imprudentes y a abusar de su poder.

Icilio dijo, trabándosele la lengua:

—Todos esperábamos, con optimismo, tal vez tontamente, que los decenviros siguieran el ejemplo de Cincinato...

—¡El bueno de Cincinato! ¡Un brindis por Cincinato! —exclamó Verginio, que había servido bajo las órdenes del famoso comandante. Ocho años antes, cuando un ejército romano se encontró atrapado por los aqueos y se hallaba en dificultades, el general convertido en granjero, Lucio Quinto Cincinato, estaba ya retirado; fue nombrado dictador y le fue otorgado el poder total sobre el Estado mientras durara la crisis. De mala gana, Cincinato dejó de lado su arado, lideró una fuerza para rescatar al ejército, derrotó a los aqueos, dimitió de su puesto y regresó a su granja... todo ello en un plazo de quince días. Se decía que, cuando regresó a su granja, el arado estaba exactamente en el mismo lugar donde lo había dejado y que lo primero que hizo fue terminar el surco que había dejado empezado, como si no hubiese habido ningún tipo de interrupción. Expeditivo y modesto, Cincinato se había convertido en una leyenda viva.

Pero los decenviros no habían seguido el ejemplo de Cincinato. Por medios tortuosos, habían ampliado los términos originales de su mandato y continuaban gobernando como dictadores absolutos mientras el pueblo seguía a la espera de la publicación del nuevo código jurídico. En los últimos meses, sus abusos se habían tornado más flagrantes y reprimían sin escrúpulos a cualquiera que cuestionara su autoridad. Habían muerto hombres por oponerse a ellos; pero los decenviros, mientras se mantuvieran en su puesto, eran inmunes a cualquier tipo de acusación por asesinato.

—La buena noticia —digo Icilio—, es que el nuevo código jurídico aparecerá publicado cualquier día de éstos. Los decenviros lo llaman las Doce Tablas. Esperemos que su trabajo sea excelente y las virtudes de las Doce Tablas nos hagan olvidar los terribles vicios de los diez Tarquinios.

El joven Lucio frunció el entrecejo.

—El otro día oí un rumor sobre esas nuevas leyes.

—¿Un rumor? —dijo su padre.

—Mi tutor, Xenón, dice que tienen pensado declarar ilegal el matrimonio entre patricios y plebeyos.

—¡Una idea execrable! —dijo Verginio.

Icilio puso cara larga.

—¿Y cómo se entera de esas cosas tu tutor griego?

Lucio se encogió de hombros.

—Xenón es también tutor de otros chicos, incluyendo algunos de los nietos de los decenviros. Escucha rumores de todo tipo. Icilio observó su copa vacía.

—No cabe duda de que hay quien cree, tanto patricios como plebeyos, que la respuesta a las enfermedades sociales de Roma está en tener *más* separación de clases, no menos. La prohibición del matrimonio entre clases no sería mala cosa.

—Supongo, entonces, que debería considerarme afortunado —dijo Lucio— de que la chica más bonita de Roma sea una plebeya y sea mi prometida. —Miró radiante a Verginia, quien sonrió y bajó la vista.

Nadie miraba en aquel momento a la hermana de Lucio, Icilia, cuya oscura belleza se vio de repente desdibujada por una mueca. Verginio refunfuñó.

—Así que llamas a los decenviros «los diez Tarquinios». ¡Apio Claudio debe de ser el peor del lote! Hace unas generaciones, los Claudio no eran ni siquiera romanos. ¡Ni siquiera eran los Claudio! ¿Cuál era ese vulgar nombre sabino con el que nació su abuelo?

—Atta Clauso —dijo Icilio.

—¡Ah, sí! Y ahora el nieto es el jefe de los decenviros. Un tipo tremendamente desagradable, siempre pavoneándose, rodeado por sus lictores, luciendo su toga de color púrpura y esperando a

que todo el mundo le haga la reverencia. ¡A ese hombre le gusta demasiado ser un decenviro! Y ahora propone prohibir el matrimonio entre clases. ¡Patricio hipócrita! Hace pocos meses me pidió la mano de Verginia.

—¡Papá! —exclamó Verginio—. Me parece que no deberías mencionar...

—¿Por qué no? No se trata de que tú o yo hayamos fastidiado a alguien en algún sentido. ¡Que me parta un rayo de Júpiter si miento! Hace unos meses, Apio Claudio me propuso casarse con Verginia.

—¿Y tú qué le dijiste? —preguntó Icilia.

—¡Le dije que no, naturalmente! No porque el enlace fuera inadecuado; Apio Claudio, viudo con hijos mayores, tal vez sea un poco mayor para Verginia, pero los Claudio se han hecho un nombre en tres breves generaciones, y *son* patricios, aunque sean de reciente acuñación. —Verginio hablaba en tono informal, aunque era evidente que no le importaba que Icilio supiera que su hija podría haberse casado con un patricio, de haberlo decidido así Verginio—. ¡Rechacé a Apio Claudio como pretendiente porque no me gusta ese tipo... así de simple! No podía soportar la idea de tenerlo como yerno, o como padre de mis nietos. Te prefiero mucho más a ti, Lucio. ¡Y lo que es más importante, también te prefiere Verginia!

Verginio rió con ganas y se levantó del triclinio para darle un beso a su hija. Ella volvió la cara para ofrecerle la mejilla. Hacerlo le sirvió, además, para esconder su expresión a todos los presentes en la estancia.

—¡Otro brindis, entonces! —exclamó Icilio.

—¿Otro? —Verginio se recostó en su triclinio y fingió refunfuñar.

—¡Sí! ¡Un brindis por el amor!

—¡Por el amor! —repitió Verginio—. Por Venus, la diosa del amor, que ha bendecido esta unión con la chispa del deseo mutuo. ¿Qué mejor que una unión basada en el amor verdadero y que ambos padres aprueban?

Los hombres bebieron más vino y soltaron grandes carcajadas. Las madres rieron también, contagiadas por la alegría de los hombres. Incluso la morena Icilia abandonó su expresión hosca, echó la cabeza hacia atrás y rió.

Verginia era la única que no reía. Desde el momento en que su padre había mencionado a Apio Claudio, el decenviro, y el deseo frustrado de aquel hombre de casarse con ella, una expresión de inquietud había hecho mella en su rostro.

Al día siguiente, Icilia y Verginia fueron a comprar juntas al mercado, escoltadas por sus respectivas madres.

Las dos chicas se habían criado en círculos distintos y tenían pocas amistades en común; aun así, y ya que pronto se convertirían en cuñadas, todo el mundo esperaba de ellas que empezaran a actuar como si fuesen viejas amigas. Sus recientes salidas juntas, desde el anuncio del compromiso de Verginia con Lucio, les parecían a ambas forzadas y artificiales; sus madres, eternamente preocupadas por los detalles de la boda, tenían más de qué hablar que ellas. Para complicar la cuestión, cada una de las chicas tenía un problema que la acuciaba, aunque ninguna de las dos se sentía preparada aún para compartir su secreto con la otra. Paseaban por el mercado la una junto a la otra, conversando a ratos, inmersas las dos en sus propios pensamientos.

—¿Qué te parece esto, Verginia? —Icilia acariciaba una madeja de tejido amarillo de lana fina.

El comerciante sonrió.

—De Siracusa, en la isla de Sicilia. ¡Los mejores productos vienen de Siracusa, y los ofrezco también a los mejores precios!

Siracusa había sido fundada por colonos procedentes de Corinto y era casi tan antigua como Roma. Era una de las principales colonias griegas, no sólo de Sicilia, sino también de la parte sur de Italia, una región colonizada por los griegos hasta tal punto que los romanos la conocían como la

Magna Grecia, la «Gran Grecia». Los romanos llevaban generaciones comerciando con esas ciudades y hasta el momento habían evitado enredarse en las interminables guerras que mantenían los unos contra los otros. En los últimos años, Siracusa sobresalía como la ciudad más brillante, más próspera y más libre del Mediterráneo occidental. La flota siracusana dominaba el mar Tirreno. Los mercaderes siracusanos habían construido almacenes en Ostia, en la desembocadura del Tíber, para albergar los productos que mercadeaban con Roma y sus vecinos. En más de una ocasión, los cereales de Siracusa habían salvado a Roma de la hambruna. Eruditos siracusanos impartían sus enseñanzas en las mejores familias romanas; el tutor de Icilio, Xenón, era originario de Siracusa.

—Me parece bien, supongo —dijo Verginia, sin apenas mirar la tela. Era evidente que tenía la cabeza en otra parte.

—A lo mejor, a las jóvenes señoras les interesan más la cerámica y los objetos de loza —sugirió el comerciante—. Las jóvenes señoras tal vez no tengan aún su propia casa, pero pronto dos jóvenes tan bellas estarán casadas y necesitarán copas y jarras para sus invitados. —El comerciante sabía, por las túnicas sencillas y de manga larga que ellas vestían, que las chicas estaban aún solteras; no llevaban las estolas más sofisticadas que vestían sus madres. Les mostró una jarra de color negro—. Este modelo es especialmente bello. El remate en rojo es una variación poco común de un tradicional diseño griego...

Icilia, que había puesto mala cara y mirado hacia otro lado tan pronto el hombre mencionó el matrimonio, vio de pronto un rostro familiar entre el gentío del mercado. El corazón le pegó un brinco. Mirando por encima del hombro, vio que las madres, enfrascadas en su propia conversación, seguían caminando por delante de ellas. Con un impulso, Icilia agarró a Verginia por el brazo, la apartó del charlatán y le susurro al oído:

—¡Verginia, tienes que hacerme un favor!

—¿Qué quieres, Icilia?

—Por favor, te lo suplico...

—¿Qué sucede, Icilia?

—No sucede nada. Pero debo dejarte por un momento... ¡sólo un momento, te lo prometo! Si nuestras madres regresan y no me ven, diles... diles que he tenido que ir a las termas de mujeres que hay sobre la Cloaca Máxima.

—¿Y si preguntan por qué no te he acompañado o si deciden ir a buscarte?

—Entonces diles... ¡yo qué sé!

Verginia sonrió. No estaba segura de lo que se traía entre manos Icilia, pero por diversos detalles, había empezado a sospechar que la hermana de Lucio debía de tener un pretendiente secreto; a lo mejor todo esto tenía que ver con él. Si Icilia no estaba aún preparada para compartir con ella los detalles, tenía por delante una oportunidad para ganarse su confianza y para que ambas iniciaran una amistad más íntima. ¿No era exactamente eso lo que deseaban sus madres?

—Naturalmente que te ayudaré, Icilia. Haz lo que debas... ¡pero no tardes mucho! No tengo mucha experiencia en contarle mentiras a mi madre.

—¡Que Fortuna te bendiga, Verginia! Iré muy rápido, te lo prometo. —Después de lanzar una última mirada a las madres, que se habían adelantado bastante, desapareció entre el gentío.

Él la había visto en el mismo instante en que ella lo vio. La esperaba justo en la esquina donde ella lo había visto, con una sonrisa ansiosa dibujada en su rostro.

—¡Icilia!

—¡Tito! ¡Oh, Tito!

Era todo lo que podía hacer para no besarlo allá mismo; pero pese a que se habían apartado un poco del lugar más concurrido del mercado, aún podían verlos. Impaciente, él la cogió por el brazo y la condujo hacia otra esquina, hacia un espacio estrecho entre dos edificios que quedaba protegido de las miradas por el follaje de un ciprés.

La atrajo hacia él y le dio un largo beso. Icilia no era tímida; la imposibilidad de su relación la animaba a abandonar toda su moderación durante los excepcionales y fugaces momentos que pasaba junto a él. Le acarició sus anchos hombros, introdujo las manos por el cuello de su túnica hasta alcanzar su pecho, cubierto por un fino vello rubio. Sus dedos encontraron el talismán que

llevaba al cuello. «Fascinus» era el nombre que él daba al curioso colgante, y decía que era un dios que había protegido a su familia durante muchos siglos.

Icilia no podía evitar pensar que Fascinus no había hecho bien su trabajo durante las últimas generaciones. Resultaba difícil creer que los Poticio habían sido ricos en su día; incluso las mejores túnicas de Tito estaban raídas. La primera vez que Icilia lo vio, iba vestido con la única prenda que tenía que no estaba hecha jirones, la túnica sacerdotal que utilizaba en el Ara Máxima. Al verlo oficiar en el altar junto a su padre, se había sentido atraída por su belleza. Después, había necesitado una cantidad considerable de ingenio por su parte para darse a conocer. La pasión que había surgido entre ellos había sido tan inmediata y tan abrumadora que creía que era la mano de Venus la que les condujo el uno hacia el otro. Pero cuando Icilia mencionó a Tito Poticio a su padre con una indirecta, el hombre reaccionó con una vehemencia que la dejó sorprendida.

Al principio, Icilia había imaginado que lo que ofendía a su padre era la pobreza de Tito, o simplemente su clase patricia, y esperaba que fueran barreras fáciles de superar. Fue su hermano Lucio quien le explicó el motivo de la caída en desgracia de los Poticio: el abuelo de Tito había luchado en el bando de Coriolano. ¡No era de extrañar que su padre hubiese reaccionado de un modo tan violento! El nombre de Coriolano estaba condenado en su casa, igual que el nombre de cualquier traidor que hubiera sido su aliado. Su padre nunca accedería a que se casara con un Poticio; ni tampoco el padre de Tito aprobaría ese enlace, pues había sido un Icilio quien organizó el exilio de Coriolano y, por tanto, la ruina del abuelo de Tito.

La relación era imposible. Aquellos breves momentos robados eran todo lo que conseguiría tener con Tito. Pero su ansia por vivir aquellos encuentros era casi más de lo que podía soportar y en los días que transcurrían entre ellos apenas podía pensar en otra cosa. Cuando Tito empezó a levantar el borde de su túnica, así como el de la de Icilia, y a presionar su dureza contra las piernas de Icilia, ella no le ofreció ninguna resistencia. Más bien al contrario, se aferró a él, con todas sus fuerzas, rezando a los dioses para que detuviesen el tiempo e hicieran que aquel momento se prolongara eternamente.

Tito la penetró. Se movió dentro de ella. Notaba ella su aliento caliente en el oído. Sentía una hoguera encendida en el fondo de su ser, irradiando hacia el exterior, aumentando hasta convertirse en una liberación de éxtasis. La pasión alcanzó su cenit; el placer era tan intenso, tan perfecto... ¿Cómo dudar de la autenticidad de su unión? Amar a Tito tenía que ser la voluntad de los dioses, y esto invalidaba las objeciones de los insignificantes mortales, incluyendo a su padre.

Después, recuperando el aliento, Tito le susurró al oído.

—Tenemos que volver a intentarlo. Debemos hablar con nuestros padres y suplicarles que nos permitan casarnos. Tiene que haber una forma de convencerlos.

—¡No! Mi padre nunca... —Icilia dejó la frase sin terminar y negó con la cabeza. La sensación de éxtasis desapareció rápidamente para ser sustituida por la desesperación—. Aunque lo aprobara, daría lo mismo. Las nuevas leyes... ese rumor tan terrible...

—¿De qué hablas?

—Mi hermano lo ha oído en boca de su tutor. Las nuevas leyes de los decenviros... quieren prohibir por ley los matrimonios entre patricios y plebeyos. ¡Si eso sucede, no habrá ninguna esperanza!

Tito apretó la mandíbula.

—Yo también he oído el rumor. ¡Todo el mundo conspira contra nosotros! —Suspiró y la besó en la boca.

Icilia se puso rígida.

—Tengo que irme, Tito.

—¿Ahora? ¿Tienes miedo de que Verginia te delate?

—No, pero vamos con nuestras madres. Seguramente estarán ya echándome de menos. Si...

Tito la acalló presionando su boca contra la de ella y dejándola sin respiración. Pero cuando ella le respondió, él la soltó. Se separó de él. Su última caricia fue la de un dedo acariciando el talismán que él llevaba colgado al cuello, y luego desapareció.

—¡Vete, hombre horroroso!

En el mercado, Verginia se vio abordada, y no era la primera vez, por aquel hombrecillo lisonjero que se hacía llamar Marco Claudio. Era evidente que aquel hombre no podía haber nacido como un Claudio,pensó; debe de ser un esclavo que adoptó el nombre de la familia de su amo al ser liberado, según era costumbre. Marco Claudio tenía los modales serviles y aduladores de un esclavo, ladeaba constantemente la cabeza como si fuera a esquivar un golpe, se relamía los labios y la miraba de reojo.

—¿Pero por qué no vienes, querida niña? Lo único que él quiere es hablar contigo.

—No tengo nada de que hablar con Apio Claudio.

—Pero él quiere decirte muchas cosas.

—¡No quiero oírlas!

—Será sólo un momento. Está aquí mismo. —El hombre le indicó un edificio en el otro extremo del mercado.

—¿En la tienda de especias?

—Es el propietario. En el piso superior hay un pequeño y confortable apartamento. ¿Ves esa ventana con los postigos entreabiertos? Te está observando incluso ahora.

Verginia miró por encima de los toldos del mercado y vio el edificio en el extremo opuesto. La luz del sol la obligó a pestañear y a protegerse los ojos con la mano. Era imposible distinguir algo de aquel oscuro interior, pero creyó adivinar una figura en las sombras, junto a la ventana.

—¡Vete, por favor! —dijo—. Le diré a mi padre...

—Eso sería poco inteligente. Al decenviro no le gustaría —dijo Marco, subrayando el título de Apio Claudio—. Es un hombre poderoso.

De repente, Verginia se quedó sin aliento.

—¿Estás amenazando a mi padre?

—¡No, joven señora, no! ¿Quién es el despreciable Marco Claudio para pensar en hacer daño a un guerrero tan grande como Verginio? Oh, no, para llevar a tu padre a la ruina se necesitaría un hombre poderoso, un hombre muy poderoso, de hecho; un decenviro, tal vez.

Verginia miró hacia la ventana. Definitivamente, entre las sombras se dibujaba la silueta de un hombre barbudo.

—Mira, ¿lo ves? —dijo Marco—. ¡Tiene un regalo para ti!

La figura se acercó más a la ventana; su perfil se hizo más claro. El hombre sujetaba algo en la mano. Cuando la extendió, un rayo de sol iluminó el objeto.

Marco le susurró al oído.

—¿Lo ves? Un regalo bonito para una chica bonita... un collar de plata con cuentas de lapislázuli. ¡Estas joyas azules contrastarían con la hermosura de tu blanco cuello! —El hombre rió tontamente—. ¡Me parece que en la otra mano tiene otro regalo para ti!

Mientras la figura de la ventana levantaba el collar, su otra mano parecía estar presionando y sobando alguna cosa debajo de su túnica, cerca de la parte central de su cuerpo.

Verginia ahogó un grito y se alejó corriendo de Marco. Tropezó directamente con Icilia.

—¿Dónde has estado? —gritó—. Te he buscado y te he buscado, y entonces, ese hombre horrible...

—¡Ah, allí están! —La madre de Icilia, de puntillas, las llamaba desde el otro lado de la calle.

—¿Qué hombre? —susurró Icilia.

Verginia miró a sus espaldas. Marco había desaparecido entre el gentío. Miró a la ventana situada en la planta superior de la tienda de especias. Los postigos estaban cerrados.

Sus madres acababan de llegar, y por mucho que las dos chicas quisieran hacerse confidencias, no pudieron.

Unos días después, los pergaminos que contenían la primera parte de las Doce Tablas fueron colgados en el tablón de anuncios del Foro.

Se había congregado allí una gran multitud, integrada tanto por patricios como por plebeyos. Un hombre con buena vista y voz clara se presentó como voluntario para leer en voz alta los pergaminos para que todo el mundo pudiera conocer su contenido, incluyendo la gran mayoría que no sabía leer. Las exclamaciones y las preguntas lo interrumpían con frecuencia y, cuando hubo acabado, la muchedumbre inició una acalorada discusión en la que se alzaron muchas voces:

—Es evidente que las nuevas leyes afirman los derechos tradicionales del paterfamilias. ¡Muy bien! Pues mientras quede algo de aliento en su cuerpo, todo hombre *debería* tener el control sobre su esposa y sus descendientes, y también sobre las esposas y los descendientes de éstos.

—¿Y qué hay de este derecho del cabeza de familia a poder vender a sus hijos y nietos como esclavos y luego comprarlos de nuevo?

—Esto ya se hace, a diario. Si un hombre contrae una deuda, canjea a su hijo para que cumpla un periodo de servidumbre. La nueva ley, simplemente, codifica una práctica que ya es común... y establece un límite en cuanto a las veces que esto puede hacerse, lo cual es bueno para los hijos y los nietos.

—¿Y qué me dices sobre la ley que otorga a los esclavos liberados los derechos completos de la ciudadanía?

—¿Por qué no? En la mayoría de los casos, los esclavos son hijos bastardos de su amo, hijos de alguna esclava de la casa; si al amo le parece bien liberar al bastardo, entonces éste debería convertirse en un ciudadano como los demás hijos del amo.

—A lo mejor, al final resulta que los decenviros no han hecho tan mal su trabajo.

—¡Ojalá ahora les pareciera bien abandonar sus despachos, reunir de nuevo el Senado y dejarnos elegir nuevos cónsules!

—¡Eso sin olvidar a los tribunos de la plebe, los protectores del pueblo!

—Los matones del pueblo, querrás decir.

—¡Por favor, ciudadanos, por favor! ¡No nos dejemos arrastrar por esa vieja discusión! El objetivo de las Doce Tablas es acabar con las desavenencias dentro de la ciudad y permitirnos seguir adelante...

Un poco alejada de la muchedumbre, Icilia se afanaba por escuchar lo que los hombres decían. Pese a que estaba desesperada por saber si la rumoreada prohibición del matrimonio entre clases aparecía entre las leyes publicadas, no estaba bien visto que una joven se adentrara allí o formulara una pregunta. Ella y Verginia se dirigían al templo de Fortuna para consultar a un arúspice que elegiría una nueva fecha para el casamiento de Verginia. Verginio había tenido que ausentarse urgentemente por cuestiones militares y la boda tenía que retrasarse como mínimo un mes. Sus madres iban charlando un poco por delante de ellas, y cuando Icilia vio el gentío y se dio cuenta de lo que estaban comentando, le suplicó a Verginia que se quedase allí con ella un momento.

—Esto no es buena señal —murmuró finalmente, negando con la cabeza—. Nadie habla del matrimonio; sólo sobre la esclavitud y los poderes del paterfamilias. Vámonos ya, Verginia. ¿Verginia?

Miró a su alrededor. Verginia no estaba por ningún lado.

Las dos madres las habían perdido y venían de vuelta, con mala cara.

—¡Icilia! —gritó su madre—. Tienes que seguir nuestro paso. ¡Nada de perder el tiempo! Hoy tenemos mucho que hacer. ¿Dónde está Verginia?

—No lo sé.

—¿No estaba contigo?

—Sí, pero nos paramos un momento. Me volví y cuando miré de nuevo...

Icilia fue interrumpida por un hombre que llegó corriendo hasta ellas, alarmado.

—¿Eres la esposa de Verginio? —dijo.

La madre de Verginia asintió.

—¿Dónde está tu marido? ¡Tiene que venir enseguida!

—No está en la ciudad.

—¿Dónde está?

—Fuera, cumpliendo sus deberes militares. ¿Qué sucede?

—No estoy seguro, pero es muy extraño. Tu hija, Verginia...

—¿Qué le ha pasado?

—¡Ven y lo verás!

El hombre las guió a través del Foro hacia el edificio donde se reunían los decenviros. Enfrente del edificio se había congregado una pequeña multitud. En el centro de la misma, flanqueado por los lictores que acostumbraban a vigilar la entrada, estaba Marco Claudio. Sujetaba una cuerda cuyo extremo estaba atado al cuello de Verginia, que permanecía temblando a su lado con la mirada clavada en el suelo y ruborizada.

La madre de Verginia gritó horrorizada.

—¿Qué significa esto? —exclamó, abriéndose camino entre la gente. Los hombres se apartaron para abrirle paso, pero cuando intentó retirar la cuerda del cuello de su hija, los lictores levantaron sus hachas y sus porras.

Se estremeció y retrocedió.

—¿Quién eres? ¿Qué le has hecho a mi hija?

—Me llamo Marco Claudio. —La miró por encima—. Y esta mujer no es tu hija.

—Por supuesto que lo es. Es mi hija, Verginia.

—¡Mientes! Esta mujer nació en mi casa, como esclava. Desapareció hace años, la robaron a medianoche. Sólo ahora he descubierto que fue llevada a la casa de un tal Lucio Verginio. Al parecer, el muy sinvergüenza ha estado haciéndola pasar por su hija e incluso ahora conspira para prepararle un matrimonio bajo falsos supuestos.

La madre de Verginia se quedó estupefacta.

—¡Esto es una locura! Por supuesto que Verginia es hija mía. Yo la parí. ¡Es mi hija! ¡Suéltala enseguida!

Marco Claudio sonrió con satisfacción.

—Robar el esclavo de otro y perpetrar un matrimonio fraudulento son crímenes muy graves bajo las nuevas leyes decretadas por los decenviros. ¿Qué tienes que decir en tu defensa, mujer?

La madre de Verginia escupió y se echó a llorar.

—Cuando mi esposo...

—Sí, ¿dónde está el sinvergüenza?

—Fuera de la ciudad...

—¡Ya entiendo! Debe de haberse enterado de que he descubierto su ardid y ha decidido huir.

—¡Esto es ridículo! ¡Es absurdo! —La madre de Verginia miró suplicante a la multitud que se agrupaba a su alrededor. Algunos de los hombres la miraban con lástima, pero otros con desprecio. Algunos la miraban abiertamente de manera lasciva, excitados por el espectáculo de una chica supuestamente de buena familia exhibida como esclava con una cuerda alrededor de cuello, mientras que la mujer que afirmaba ser su madre arremetía desesperadamente contra la situación.

La madre de Icilia se adelantó para tratar de calmarla, pero Icilia se percató de que estaba tensa y de que su expresión era difícil de interpretar. ¿Habría sembrado la duda en su cabeza aquel hombre que decía llamarse Marco Claudio? Afirmaba que Verginio había cometido un fraude; de ser eso cierto, las víctimas del fraude eran los Icilio. ¿Qué tipo de hombre ofrecería a una hija en matrimonio y entregaría en su lugar a una esclava, a una esclava robada, además?

A Icilia sólo se le ocurría una cosa que hacer: ir en busca de su hermano. Volvió a casa corriendo lo más rápido que le era posible.

Marco Claudio se cruzó de brazos.

—Es evidente, esposa de Verginio, que ya que no piensas confesar el robo de mi esclava, e insistirás, en cambio, en afirmar que se trata de tu hija, tendrá que ser un tribunal quien confirme su identidad. El tribunal que normalmente se ocupa de este tipo de disputas está actualmente suspendido y son los decenviros quienes gestionan estos casos. Creo que el decenviro responsable de este tipo de disputas en concreto es...

—¡Entonces llama enseguida a los decenviros! —gritó la madre de Verginia—. ¡Pero, mientras,

devuélvemela!

Marco se acarició la barbilla y frunció los labios.

—Me parece que no. Si su supuesto padre estuviera presente, tal vez me convenciera de entregársela... pero no a una mujer, que no puede tener derecho legal.

—¡Yo soy su madre!

—Eso dices, pero ¿dónde está el hombre que refrende tal afirmación? Ya que Verginio no está presente, sólo renunciaré a la posesión de esta mujer ante las autoridades competentes.

Diversos hombres de la multitud, incluso los que parecían simpatizar con la madre de Verginia, asintieron y refunfuñaron dando su aprobación, persuadidos por el razonamiento legal que esgrimía Marco.

—Sólo la entregaré a un decenviro. ¡Ah, mirad allí! Precisamente aquí está el hombre que necesitamos. Éste es el decenviro responsable de decidir sobre este tipo de casos.

Acababa de aparecer Apio Claudio, por lo visto por casualidad. Iba vestido con la toga de color púrpura rematada en oro que los decenvires habían adoptado como prenda oficial e iba acompañado por una guardia de lictores. Caminaba con gran dignidad. Su pelo entrecano y su barba bien recortada le proporcionaban un aspecto distinguido. Con una expresión de inocente curiosidad, avanzó entre la multitud.

Verginia, que había permanecido sin moverse durante mucho rato, paralizada por la vergüenza, se abrazó el cuerpo y se puso a temblar violentamente. La madre de la chica cayó a los pies de Apio Claudio.

—¡Decenviro, ayúdanos! —exclamó.

—Naturalmente que te ayudaré, buena mujer —dijo sin perder la calma, alargando la mano para tocarle la frente. Se dirigió a Marco—. ¿Qué está sucediendo aquí, ciudadano? —Hablaba en voz baja y firme, aunque un ligero temblor, casi imperceptible, revelaba la pasión de la excitación que brillaba detrás de su mirada.

—Permíteme que me explique, decenviro —dijo Marco—. Acabo de recuperar a esta esclava huida, que escapó de mi casa hace muchos años.

Verginia agarró de pronto la cuerda que llevaba atada al cuello e intentó deshacer el nudo; pero Marco, reaccionando al instante, tensó más la cuerda y cuando Verginia llegó al extremo de la correa, fue derribada y cayó al suelo. Su madre dejó escapar un grito de horror.

Apio Claudio levantó una ceja.

—Me parece que he llegado en el momento preciso. Es evidente que esta situación exige la sabiduría y la autoridad que sólo un decenviro es capaz de proporcionar.

En aquel momento, Icilia llegó acompañada de su hermano, ambos respirando con dificultad después de su carrera a toda velocidad.

—¡Suéltala! —gritó Lucio.

—¿Y quién eres tú, joven? —dijo Apio Claudio.

—Lucio Icilio. Esa chica va a ser mi esposa.

Marco gruñó y le lanzó una mirada cáustica.

—Esta mujer es mi esclava. Una esclava no puede ser esposa de ningún hombre. Ahora bien, si yo decidiera engendrar en esta ramera...

Lucio corrió hacia él, gritando de rabia y agitando los puños. Los lictores le impidieron el paso.

—¡Acaba enseguida con este atropello! —gritó Apio Claudio—. Estás perturbando la paz.

—¡Este hombre pretende raptar a una chica nacida libre! —gritó Lucio—. ¡El atropello es *ése!* Si tuviéramos aún tribunos que nos protegieran...

—Ah, ahora ya sé quién eres —dijo Apio Claudio—. El vástago de los Icilio, una familia famosa por ser instigadora y agitadora. Bien, joven, laméntate todo lo que quieras de la ausencia de los tribunos; los decenviros son los únicos funcionarios del Estado, y un decenviro será quien decida sobre este asunto. Y como resulta que yo soy el decenviro responsable de estas disputas sobre propiedad...

—¡Ésta no es una disputa sobre propiedad! ¡Es un secuestro!

—Tal vez, joven; pero eso lo decidiré yo.

—Decenviro, tú conoces a esta chica. Es Verginia, hija de Lucio Verginio. ¿No pediste tú...? —Lucio se interrumpió. El hecho de que Apio Claudio hubiera pedido a Verginia en matrimonio, un hecho revelado por Verginio después de beber grandes cantidades de vino, no era asunto que Lucio quisiera discutir en público.

—Joven, si insistes en esta provocación, en incitar a la muchedumbre a la violencia, no me quedará otro remedio que ordenar a mis lictores que te detengan. Los autorizaré a utilizar toda la fuerza necesaria. En cuanto dé esa orden, podrían matarte aquí mismo.

Icilia lo agarró por el brazo.

—Hermano, haz lo que te dice. Cálmate.

Lucio se liberó de su hermana. Su rabia se transformó en lágrimas.

—Decenviro, ¿no ves lo que pretende este hombre? ¿No te das cuenta de lo que quiere hacerle a Verginia? Esta chica es virgen. Va a ser mi desposada. ¡Por el bien de la decencia, no puede pasar ninguna noche bajo el techo de otro hombre que no sea su padre!

—Comprendo tu preocupación —dijo Apio Claudio, que aprovechó la oportunidad para repasar de arriba abajo a Verginia. Ella seguía donde había caído, a cuatro patas y con la cuerda atada al cuello, sofocada y temblorosa, tremendamente aterrorizada. El decenviro separó los labios. Entrecerró los ojos. Todos los hombres allí congregados contemplaban a Verginia; nadie se percató de la mirada lujuriosa del rostro de Apio Claudio, incluso Lucio, al ver a Verginia en una postura tan vejatoria, apartó la vista.

Apio Claudio enderezó la espalda y levantó la barbilla.

—Pese a su exaltación, el joven Icilio tiene razón: hasta que no se determine que es de su propiedad, la mujer no puede quedar en posesión de Marco Claudio. Pendientes como estamos del regreso de Verginio, y mientras no pueda realizarse un juicio informado sobre la condición de la mujer, me encargaré yo mismo de su custodia. Dispongo de una cámara privada en el salón de reuniones de los decenviros. La chica estará completamente a salvo allí. Ciudadano, entrégame la cuerda.

Marco, inclinando y ladeando la cabeza, entregó la soga a Apio Claudio.

El decenviro se inclinó para acariciarle a Verginia la mejilla, mojada por las lágrimas.

—En pie, chica. Acompáñame. —La cogió por el brazo para levantarla. Pocos se percataron de lo fuerte que la agarraba, clavándole los dedos en la carne hasta hacerla gimotear de dolor. Temblando de miedo, Verginia tropezó. Apio Claudio le pasó el brazo por el hombro y le susurró al oído. Cualquier espectador se imaginaría que estaba susurrándole palabras de consuelo y alivio. De hecho, incapaz de seguir reprimiéndose por más tiempo, estaba diciéndole todo lo que desde hacía tanto tiempo soñaba decirle, explicándole con detalle lo que pretendía hacerle en cuanto estuvieran a solas en sus estancias. Verginia se puso rígida y abrió la boca, conmocionada, pero de ella no salió ningún sonido.

Cuando Apio Claudio la conducía hacia el interior del edificio, Verginia consiguió sujetarse al umbral de la puerta para emitir un débil grito pidiendo ayuda. Lucio gritó angustiado y salió corriendo tras ellos.

Los lictores se abalanzaron sobre él. Lo hicieron caer al suelo y lo golpearon con sus porras. Enojados al ver a uno de los suyos recibir una paliza en público, un grupo de jóvenes plebeyos se precipitó hacia los lictores y ayudó a Lucio a ponerse en pie. Los gritos desgarraron el ambiente y la sangre se derramó sobre el suelo adoquinado.

Salieron más lictores del edificio. La multitud se dispersó rápidamente.

Debilitado y ensangrentado, Lucio regresó cojeando a casa, ayudado por su madre y su hermana. La madre de Verginia les seguía, llorando de forma incontrolable.

Las acciones llevadas a cabo por Apio Claudio aquel día, y en los días que siguieron, fueron

tema de especulación durante mucho tiempo después.

Cuando toda la historia salió a la luz, la gente pensó que el decenviro había caído presa de algún tipo de locura. A buen seguro, ningún hombre en sus cabales habría creído que la patraña expuesta por Marco Claudio se sostendría sin ser verificada, o que el destino de Verginia dejaría indiferente al pueblo de Roma. Y aun así, Apio Claudio había reflexionado en todos los detalles, pues cada paso de su plan había sido elaborado de antemano y cuidadosamente ejecutado; resultó incluso que la orden que reclamaba a Verginio en el ejército había partido del decenviro. Apio Claudio no se había limitado a aprovecharse de la situación, o a caer en una repentina tentación que superaba su buen juicio; la había orquestado deliberadamente y la había puesto en marcha con una crueldad inquebrantable.

Una hora después del secuestro de Verginia, Lucio envió un mensajero al campamento militar situado fuera de la ciudad donde Verginio había sido destinado. Verginio cabalgó toda la noche y llegó a Roma a la mañana siguiente.

Los dos hombres, el padre de Verginia y su prometido, partieron de inmediato en dirección al Foro, donde explicaron su historia a todo aquel que quisiera escucharla. Por la noche, la noticia del incidente había corrido por toda la ciudad, convirtiéndose la situación apremiante de Verginia en la comidilla de Roma. Cuando la gente se enteró de que Lucio y Verginio iban a hablar en público, se apiñaron para escucharlos.

Presentaban los dos hombres un aspecto lastimoso. Después de una noche de insomnio y angustia, Verginio estaba ojeroso y ronco. Lucio había recibido una salvaje paliza por parte de los lictores; llevaba la cabeza envuelta en un ensangrentado vendaje y la cara llena de contusiones, con un ojo morado e hinchado. Se había dislocado el hombro derecho y llevaba el brazo en cabestrillo.

—¡Ciudadanos! —gritó Verginio—. Muchos de vosotros me conocéis. Muchos más habéis oído mencionar mi nombre. He luchado en muchas batallas por Roma. ¡Luché contra los aqueos bajo las órdenes de Cincinato! Si algún hombre se ha ganado vuestro respeto como soldado, ése soy yo. Pero ¿para qué luchamos cuando arriesgamos la vida en la batalla? ¡Luchamos para que nuestras esposas y nuestros hijos estén a salvo! Y aun así, mirad lo que ha ocurrido. Cuando estaba en el campo, preparándome para entrar en batalla, ha sucedido precisamente lo que más temo, justo aquí en el Foro... mi hija, una virgen pura como cualquier vestal, fue arrancada de su madre y mantenida fuera de casa toda la noche contra su voluntad. ¿Obra de algún invasor extranjero? ¡No! Fue tomada por un patricio, un hombre que muchos de vosotros admiráis y respetáis, aunque no os equivocaríais mucho si alguno de vosotros le llamara invasor sabino. ¡Atta Clauso se llamaba su abuelo, y maldigo el día en que ese cerdo sabino fue admitido en el Senado!

Hubo quien lanzó vítores, pero otros lo abuchearon. Un hombre gritó:

—¡Esa chica no es ni siquiera tu hija! ¡Es la esclava de otro!

—¡Eso es mentira! La identidad de mi hija es incuestionable. Ha sido secuestrada, en plena luz de día, y con un único objetivo... satisfacer la lujuria del decenviro Apio Claudio. Ciudadanos, ¿os imagináis lo doloroso que es para mí tener que hablar de esto, la vergüenza que siento por tener que suplicar vuestra ayuda en este asunto? ¿Acaso no hay padres entre vosotros capaces de imaginarse lo que sospecho?

—¡Esto es ridículo! —gritó otro hombre—. Yo estaba allí. Vi lo que sucedió. Sugerir que el decenviro lo ha tramado todo... es muy rebuscado. Un hombre como Apio Claudio tiene demasiado que perder comportándose de un modo tan temerario. Ahora bien, es posible que ese sombrío personaje de Marco Claudio estuviera tramando un plan...

—O tal vez la historia de Marco sea cierta —dijo el hombre que había interrumpido a Verginio en primer lugar—. ¡Siempre ha habido cosas raras! Rómulo y Remo eran príncipes, pero fueron criados por un porquerizo. ¿Qué impediría que una esclava robada fuera criada como hija de un ciudadano?

—¡Verginia es mi hija, de mi propia carne y mi propia sangre!

—Tal vez —dijo el hombre—. Y tal vez Marco Claudio cometió un error evidente. En ese caso, el decenviro tiene toda la razón para hacerse cargo de la situación. ¡En lugar de tirarte de los pelos y lanzar acusaciones gravísimas contra Apio Claudio, deberías estarle agradecido!

—¡Esto es una locura! —exclamó Lucio—. ¿No veis lo que ha sucedido? Un patricio se ha llevado a una chica plebeya en contra de su voluntad y en contra de la voluntad de su padre y su prometido. ¿Quién sabe lo que le habrá hecho esta noche? ¡Me vuelvo loco sólo de pensarlo!

Un grupo de plebeyos de la multitud, incitados por las lágrimas de Lucio, se enfurecieron de tal modo que empezaron a golpear a los hombres que discutían con Verginio, acusándolos de ser agentes pagados por Apio Claudio. Pero, pagados o no, entre la multitud había más fieles al decenviro de lo que los fanáticos se imaginaban. Iniciada la pelea, los dos bandos quedaron igualados. Al final, los lictores salieron del salón de los decenviros y dispersaron al gentío.

Verginio y Lucio permanecieron el día entero en el Foro, hablando con todo aquel que quisiera escucharlos. Una y otra vez, se congregaban multitudes y se desataba la violencia. Las masas insubordinadas fueron dispersadas repetidamente, pero cada vez regresaban al lugar en mayor número.

Por fin, a última hora de la tarde, Apio Claudio salió del salón de los decenviros, protegido por los lictores. Se le veía tremendamente sereno; de hecho, se le veía satisfecho.

—Estoy listo para emitir mi juicio en la cuestión de la mujer conocida como Verginia —anunció—. ¡Reunid al tribunal!

Instalaron enseguida una tribuna donde se colocó una silla presidencial. Apio Claudio subió a la tribuna y tomó asiento, resplandeciente en su toga de color púrpura. Lucio se abrió camino hasta las primeras filas de la muchedumbre. La expresión engreída del decenviro le provocaba náuseas. Los lictores rodeaban la tribuna. Uno de los hombres que le habían golpeado el día anterior le sonrió burlonamente. Lucio tembló de rabia.

Apio Claudio tosió para aclararse la garganta.

—He escuchado ya, en mi cámara y en privado, los argumentos presentados por Marco Claudio. Su caso es convincente. Me ha mencionado una característica física concreta de la chica esclava que le fue robada. He podido verificar con mis propios ojos la presencia de esta marca distintiva, examinando personalmente a la chica.

—¿Qué marca? —gritó Lucio.

—No hay ninguna necesidad de revelar esa información.

—¿Qué marca? —exigió Lucio.

El decenviro sonrió tímidamente.

—Preferiría ser menos explícito, pero ya que insistes en saberlo, la chica tiene una pequeña marca de nacimiento en la parte interior del muslo izquierdo. El lugar donde se encuentra la marca es tal que es muy posible que ningún hombre la haya visto, exceptuando un esposo o, como en el caso de Marco Claudio, un ciudadano que tuviera la oportunidad de inspeccionar íntimamente a sus esclavas.

Lucio se tapó la cara y se echó a llorar.

—De todos modos —dijo Apio Claudio—, estoy aún pendiente de escuchar lo que Verginio tenga que decir. La acusación de secuestrar la esclava de otro hombre e intentar casarla como una chica nacida libre es bastante grave.

—¡Esto es una farsa de justicia! —gritó Lucio—. ¡La has desnudado! ¡Has visto lo que había que ver y lo que Marco Claudio ha decidido reclamar como la «marca distintiva» con la que poder identificarla!

—Tranquilízate, joven, a menos que desees una nueva paliza. No creo que sobrevivieras a ella. De hecho, estoy seguro de que no lo harías.

El lictor, que seguía con su sonrisa burlona, golpeó con su porra la cabeza vendada de Lucio. Lucio gritó y cayó de rodillas. Adelántate, Verginio!

Como un fantasma, Verginio se abrió camino hasta el tribunal. A su lado iba una mujer mayor vestida con una sencilla túnica.

—¿Quién es esta mujer? —dijo Apio Claudio.

Verginio tenía la voz muy ronca.

—Decenviro, ésta es una de mis esclavas, la nodriza que se ocupó de Verginia siendo ella un bebé. Sigue viviendo en mi casa. Como puedes ver, es muy mayor, pero sigue teniendo una

memoria excelente. La he hecho venir aquí porque... —Dudó, como si fuese un hombre que ha perdido el hilo de la historia—. La he hecho venir aquí porque se me ocurre que... que existe una posibilidad... de que quizá, cuando mi hija era aún muy pequeña, me fuera robada y dejaran una esclava en su lugar. También mi hija recién nacida tenía una marca distintiva. Si la mujer que la crió pudiera examinar a Verginia... como tú mismo has podido examinarla... —Apretó los dientes—. Si lo permites, decenviro, entonces quizá, al final, me convenza de que la chica, que siempre he pensado que era mi hija, no lo sea.

Apio Claudio movió la cabeza.

—No puedo darte la custodia de la chica con este propósito. Podrías fugarte con ella.

—No pido la custodia, decenviro. Si la nodriza y yo pudiéramos simplemente ver a Verginia, por un momento, en un lugar privado... El decenviro se acarició la barba y no dijo nada.

La muchedumbre estaba cada vez más inquieta. Un ciudadano gritó:

—¡Déjale ver a la chica!

Se le sumaron otros.

—¡ Sí, deja que Verginio la vea!

Finalmente, Apio Claudio asintió.

—Muy bien. Tú y la nodriza entraréis en mis estancias y examinaréis a la mujer. Os escoltarán dos de mis lictores.

Verginio y la mujer se desplazaron hasta la entrada del edificio. Lucio corrió tras ellos, pero Verginio negó con la cabeza.

—No, Lucio. Esta tarea no es para ti.

—¡Pero tengo que verla!

—¡No! Verginia es mi hija, no tu esposa. Es un deber que recae sobre mí, y sólo sobre mí.

Verginio y la nodriza entraron en el edificio. La sala de reuniones estaba vacía. Uno de los lictores los guió hasta las estancias de Apio Claudio. El lictor permitió que Verginio y la nodriza entraran solos en la habitación, pero no les dejó que cerraran la puerta a sus espaldas.

—¡Entonces, aparta la vista! —le exigió Verginio.

El lictor lo miró echando chispas por los ojos, pero volvió la cara.

La habitación era pequeña y oscura, y lo bastante alejada del abarrotado Foro como para no oír ningún sonido procedente del exterior. Mientras Verginio y Lucio habían pasado el día arengando a la ciudadanía, allí era donde Apio Claudio se había encerrado, a solas con Verginia.

Verginio arrugó la nariz.

El lictor gruñó.

—Huele como a prostíbulo, ¿verdad?

Verginia estaba sentada en un triclinio cubierto con una colcha arrugada. Se levantó y se cubrió el pecho. Tenía la cara roja de tanto llorar.

—¡Papá! ¡Gracias a los dioses, por fin!

Verginio apartó la mirada.

—Nodriza, examínala. ¡Lictor, no mires!

La vieja nodriza dio un paso al frente. Al verla, Verginia pareció convertirse en una niña. Se mantuvo en pie, pasivamente, sin resistirse en absoluto cuando la mujer le levantó la túnica y se agachó para mirarle entre las piernas.

La voz de Verginio era un murmullo ronco, apenas audible.

—¿Qué ves?

—Amo, la niña ya no es virgen. —La anciana se estremeció y empezó a sollozar. El lictor rio con burla.

Verginia se apartó de la nodriza y se bajó la túnica. Le temblaban los labios.

—¿Papá? —dijo. Bajó la vista al suelo, sin mirar a su padre, y su voz tembló de miedo.

Verginio avanzó rápidamente hacia ella. Verginia abrió de pronto los brazos, en la postura de la mujer que espera un abrazo o recibir una bofetada.

Verginio hurgó en el interior de su túnica y extrajo de allí una daga. Con lo que le quedaba de voz, lanzó un grito angustiado. El sonido que emergió fue fantasmagórico... un gemido ronco y

sofocado. Fue el último sonido que oiría Verginia.

Verginio salió del edificio momentos después de haber entrado en él, llevando a su hija en brazos.

El lictor, sofocado, salió corriendo tras él.

—¡Decenviro, todo ha sucedido antes de que pudiera impedirlo! ¡Nunca pensé...!

Apio Claudio se levantó de su asiento. Apretó los puños, pero su rostro era inexpresivo.

Como un viento cálido sobre un campo de trigo, un murmullo atravesó la muchedumbre, viajando desde los que podían observar a Verginio de espaldas hasta los que no lo veían. A medida que la gente se adelantaba para mirar, el murmullo iba seguido por jadeos y gritos sofocados. Unos cuantos, viendo sólo de refilón el cuerpo de la chica, pensaron que estaba viva y que su padre la llevaba en brazos como a una niña; gritaron triunfantes al ver que Verginio había rescatado a su hija. Entonces observaron que el brazo de la chica se balanceaba a cada peldaño, tan inmóvil y desprovisto de vida como su cabello; vieron la mancha roja en su pecho. Los gritos de alegría se transformaron en gritos de angustia.

Apareció Marco Claudio, levantando los brazos para impedirle el paso a Verginio. Miró por encima del hombro al decenviro, una mirada de pánico. Apio Claudio apenas si movió una ceja.

—¿Qué has hecho, loco? —gritó Marco Claudio—. La chica... mi propiedad...

—Es obra tuya —dijo Verginio—. Tuya y del decenviro. No me disteis otra elección. Era mi hija. Hice la única cosa que un padre podía hacer. Que los dioses me juzguen. Que te juzguen también a ti. —Se encaró al tribunal y levantó el cuerpo que llevaba en brazos—. ¡Y que los dioses te juzguen a ti, Apio Claudio!

La cara del decenviro parecía de piedra. Sólo sus ojos mostraban un destello de emoción, que algunos interpretaron como miedo, otros como sarcasmo.

La multitud se vio entonces sorprendida por un grito agónico. Apareció Lucio, las manos en la cabeza, con el rostro desdibujado en una mueca que lo hacía prácticamente irreconocible. Cayó de rodillas frente a Verginio. Cogió la mano de Verginia, aferrándose desesperado a ella. Se la acercó a los labios, la dejó caer entonces, horrorizado por el contacto con la piel sin vida. Cogió mechones de su cabello y escondió la cara entre sus trenzas.

En el tribunal, anticipándose a lo que estaba por llegar, Apio Claudio reunió a sus lictores. Fue como si toda Roma cogiera aire por última vez, y entonces se inició el motín.

Toda la violencia anterior no era nada comparada con la furia que barrió el Foro y se extendió por las calles adyacentes. La ciudad entera cayó inmersa en una especie de locura. La rabia de la muchedumbre ante el destino de Verginia dio rienda suelta a un enorme acopio de ira y de rencor que no tenían nada que ver con la singular vileza cometida por Apio Claudio. En medio del tumulto, los hombres actuaron siguiendo sus más crueles impulsos y se entregaron a los más oscuros deseos de venganza y desquite. Hubo hombres perseguidos por las calles y golpeados sin piedad. Irrumpieron en casas y las saquearon. Las viejas heridas quedaron saldadas con una violencia incontrolable.

Aquel día se derramó mucha sangre en Roma... aunque no la sangre de Apio Claudio. Sólo su muerte habría satisfecho a las masas enfurecidas; sólo la visión de su cadáver junto al de Verginia habría acallado el motín. La silla presidencial estaba destrozada y el tribunal desmantelado; pero Apio Claudio no se hallaba entre los escombros. Los hombres se abrieron paso entre los lictores, irrumpieron en el salón de reuniones y recorrieron todas las estancias; el decenviro no estaba por ningún lado. Su inexplicable desaparición fue como una jugarreta contra las masas, un insulto deliberado a su justificada rabia.

Casi olvidado entre tanto caos, Verginio depositó el cuerpo de su hija en el suelo y se arrodilló a su lado, junto a Lucio. Padre y amante lloraron desconsoladamente, sumando sus lágrimas a la

sangre que manchaba el pecho de Verginia.

449 A.C.

Las cosas en Roma habían cambiado mucho cuando el embarazo de Icilia empezó a hacerse evidente.

El cambio que íntimamente más la afectó fue la muerte de su padre. Un día, mientras caminaba por el Foro, Icilio se había llevado la mano al pecho y había caído al suelo. Cuando llegó a casa, transportado en una litera, su corazón había dejado ya de latir.

Después de la muerte de su padre, Lucio, el hermano de Icilia, se convirtió en el paterfamilias. Era Lucio quien decidiría el destino de Icilia, y el destino del hijo aún por nacer.

En la ciudad se habían producido también grandes cambios.

El trágico final de Verginia había sacudido los cimientos de Roma. ¿Se habría imaginado Apio Claudio las fuerzas que acabaría desencadenando su loco plan? Resultaba difícil pensar cómo un hombre, por muy cegado por la lujuria o la arrogancia que estuviese, podía haber llevado adelante un proyecto tan temerario. Durante generaciones, su nombre se convertiría en sinónimo de lo que los griegos denominaban *hybris,* un orgullo tan abrumador que lo mismos dioses se ven coaccionados a aniquilar al infractor.

¿Habría anticipado Apio Claudio la intención de Verginio de matar a su hija? ¿Habría permitido que sucediese expresamente, habiendo determinado a sangre fría que ésa era la mejor línea de actuación? Después de la insubordinación, algunos eran de esta opinión. Decían que Apio Claudio ya había conseguido lo que quería de la chica y que ya no la necesitaba para nada más. Se había convertido en una carga para él y su muerte le aliviaría de la responsabilidad de determinar su identidad, y ¿qué mejor solución que incitar a su padre para que cometiera aquel acto? Apio Claudio pensó que había encontrado la manera de conseguir lo que quería sin tener que pagar un precio por ello. Si un hombre tenía poder, y era listo y lo bastante desvergonzado como para llevar adelante un plan malévolo, entonces podía albergar esperanzas de evitar el castigo aun habiendo cometido el crimen más terrible.

Otros decían que ni siquiera Apio Claudio podía llegar a ser tan frío y calculador. Habiendo deseado a Verginia con tanta desesperación como para llevar a cabo un plan tan peligroso, era evidente que un día y una noche no podían agotar el apetito que de ella tenía. El hecho de que su rostro no mostrara reacción alguna ante su muerte era porque la acción de Verginio lo había dejado conmocionado.

Fueran cuales fuesen sus intenciones, el deseo que el decenviro pudiera sentir por Verginia no había tenido nada que ver con la política, pese a que el padre de la chica y su prometido lograron convencer a sus compañeros plebeyos de lo contrario. Un patricio despiadado había desflorado a una virgen plebeya, golpeado y humillado a su ultrajado pretendiente plebeyo y conducido a su desesperado padre plebeyo a cometer un acto de tremenda vergüenza y desesperación.

Todo el descontento acumulado por la tiranía de los decenviros alcanzó su punto crítico con el ultraje cometido contra Verginia. Por vez primera en toda una generación, los plebeyos protagonizaron una secesión, similar a la que los había llevado a obtener el derecho a elegir tribunos. Los plebeyos residentes en la ciudad la abandonaron, los campesinos plebeyos dejaron de lado sus arados, los soldados plebeyos se negaron a combatir. Sus exigencias fueron el fin de los decenviros y, en particular, supusieron el arresto, juicio y castigo de Apio Claudio.

Al final, después de mucha grandilocuencia y numerosas negociaciones, los diez decenviros abdicaron de su cargo. Algunos consiguieron evadirse del juicio. Otros fueron declarados culpables de mala conducta y se les prohibió abandonar la ciudad. Entre estos últimos estaba Apio Claudio, que se parapetó en su bien protegida casa y se negó a salir de ella. Sus abusos eran los más flagrantes de todos los cometidos por los decenviros, pero parecía el menos compungido.

Amargado e inquebrantable hasta el final, Apio Claudio acabó ahorcándose antes de enfrentarse al juicio en los tribunales.

Marco Claudio, el cómplice del decenviro, fue demasiado cobarde para seguir el ejemplo de su maestro; fue llevado a juicio y condenado. Verginio solicitó personalmente que el villano fuese exculpado de la pena de muerte, y Marco recibió permiso para exiliarse. Se decía que el día que abandonó Roma, el fantasma de Verginia, que durante meses había estado vagando por las casas de las Siete Colinas, llorando y lamentándose por las noches, aterrorizando a niños y rompiendo en pedazos los corazones de sus padres, encontró por fin la paz y dejó de rondar por la ciudad.

Se reorganizó el Senado. Se eligieron nuevos magistrados. Entre los nuevos tribunos de la plebe estaban Verginio y el joven Lucio Icilio.

El rencor que inspiraban los decenviros, como hombres y como tiranos, era casi universal, pero su trabajo como legisladores fue ampliamente respetado. Las Doce Tablas fueron aceptadas por el consenso tanto de patricios como de plebeyos, y se convirtieron en la ley del territorio.

Las nuevas leyes se grabaron en tablillas de bronce y fueron colocadas en el Foro para que cualquier ciudadano pudiera leerlas, o pudiera pedirle a alguien que se las leyera. La ley romana dejaría así de ser una cuestión de tradición oral (una acumulación de precedentes dispersos, caprichos momentáneos, conjeturas nebulosas y recónditas deducciones) conocida tan sólo por senadores y juristas experimentados; las Doce Tablas estaban allí para que todos pudieran verlas. Prácticamente todo ciudadano tenía alguna que otra pega relacionada con un par de cláusulas de las nuevas leyes, pero estas objeciones quedaban arrinconadas por el abrumador valor de las Doce Tablas en su conjunto. En su día, la palabra hablada de los reyes había sido la máxima autoridad, después lo fue la de los cónsules elegidos; ahora imperaba la palabra escrita, a la que todo ciudadano tenía acceso.

El día en que se expusieron las tablillas de bronce, Icilia se vistió con la sencilla túnica de una de sus esclavas y salió a hurtadillas de casa. Esperó en el lugar solitario cerca del mercado, donde había sido concebido su hijo. Tito tenía que reunirse allí con ella. No conocía aún la existencia del niño.

Tito llegó tarde. Consiguió esbozar una sonrisa al aparecer por entre el denso follaje del ciprés. La besó. Pero al retirarse, la sonrisa había desaparecido. Su mirada lúgubre reflejaba la de ella.

—Vengo del Foro —dijo—. Han publicado las Doce Tablas.

—¿Las has leído?

—No del todo. Pero he leído la parte referente al matrimonio. —Bajó la vista—. Justo lo que nos temíamos. No puede haber matrimonio entre patricios y plebeyos.

Icilia respiró con dificultad. Tenía la ilusión, aunque sin esperanza, de que el matrimonio con Tito fuera aun posible. Se había aferrado con desesperación y durante mucho tiempo a esa fantasía; y se había esfumado. Pese a los brazos que la rodeaban, tenía miedo y se sentía tremendamente sola.

—Tito, tengo que decirte una cosa.

Él le apartó un mechón de pelo que le caía sobre la mejilla y notó la calidez de sus lágrimas en los dedos.

—¿Qué tienes que contarme, Icilia? Sea lo que sea, no puede ser tan malo como lo que yo acabo de decirte.

—Tito, llevo un bebé en mi vientre. Tu hijo.

Los brazos de él se quedaron rígidos. Pasado un instante, la abrazó con fuerza y entonces, con la misma brusquedad, se retiró, como si temiera hacerle daño. La expresión de su rostro era completamente nueva para ella, feliz y desesperada al mismo tiempo.

—¿Y tu hermano?

—Lucio aún no lo sabe. Nadie lo sabe... excepto tú. Lo he ocultado a todo el mundo. Pero no puedo seguir haciéndolo por más tiempo.

—¿Cuándo? ¿Será pronto?

—No estoy segura. No sé mucho sobre estas cosas... ¡y no se lo puedo preguntar a nadie! —Sus mejillas volvieron a cubrirse de lágrimas.

—¡Icilia, Icilia! ¿Qué vamos a hacer? Tendrás que explicárselo a Lucio. Siempre habéis estado muy unidos. A lo mejor...

—¡Ya no! Ahora le tengo miedo. Desde que Verginia murió, es una persona distinta. Sufre por los golpes que le dieron los lictores; uno de sus ojos ha quedado dañado para siempre. Está lleno de rabia, de amargura. Antes no odiaba a los patricios, pero ahora se muestra más vengativo incluso que mi padre. No habla de otra cosa que no sea hacer daño a los que odia. No podemos pedirle ayuda, Tito.

—Pero tendrá que enterarse, tarde o temprano. La decisión es suya.

—¿Decisión? —No estaba muy segura de a qué decisión se refería Tito.

Él se apartó, lo suficiente para poder retirar el collar que llevaba colgado. El talismán dorado al que llamaba Fascinus se iluminó con un rayo de sol.

—Para nuestro hijo —dijo, pasándoselo a ella por la cabeza.

—Pero Tito, esto pertenece a tu familia. ¡Es tuyo por derecho de nacimiento!

—Sí, ha pasado de generación en generación desde el principio de los tiempos. El hijo que llevas dentro es mío, Icilia. Y quiero darle el talismán a mi hijo. La ley impide nuestro matrimonio. Y aun permitiéndolo la ley, tu hermano lo prohibiría. Pero ninguna ley, ningún hombre, ni siquiera los dioses, pueden impedir que nos amemos. La vida que llevas dentro es prueba de ello. Te doy a Fascinus, y tú se lo darás al hijo que llevas dentro.

Icilia sentía el colgante frío junto a su piel, y sorprendentemente pesado. Tito decía que traía buena suerte, pero Icilia recordaba perfectamente bien sus dudas.

—Oh, Tito, ¿qué será de nosotros?

—No lo sé. Lo único que sé es que te quiero —susurró él. Él se refería a los dos, pero Icilia pensaba en sí misma y en la vida indefensa que llevaba en su seno. En aquel momento, notó al bebé moverse y dar una patada, como si los temores de su madre lo hubieran despertado.

Cuando Lucio, furioso, consultó a las comadronas, todas coincidieron en lo mismo: pese a que había formas de acabar con un embarazo (la inserción de una fina rama de sauce o la ingestión de un veneno llamado cornezuelo), era demasiado tarde para hacerlo sin poner a Icilia en grave peligro. A menos que su hermana no le importara, debía permitírsele tener el niño.

La noticia contrarió a Lucio. La comadrona más anciana y decrépita de todas, que había visto de todo en cuanto a nacimientos se refiere, lo cogió por su cuenta y le dijo:

—Cálmate, tribuno. En cuanto el bebé haya nacido, es fácil eliminarlo. Si deseas salvar a tu hermana y evitar los chismorreos, eso es lo que yo te aconsejo...

Icilia fue enviada lejos de Roma y se instaló en casa de una pariente de la comadrona que vivía en un poblado de pescadores cercano a Ostia. Lucio no necesitó inventarse excusas para explicar la ausencia de su hermana. Una mujer joven y soltera tenía escasa vida pública; poca gente echó de menos a Icilia, y los que lo hicieron aceptaron sin problemas la explicación de que estaba recluida y seguía de luto por su padre.

El parto de Icilia fue largo y laborioso. Se prolongó durante un día y una noche, el tiempo suficiente para avisar a su hermano en Roma, y también para que él llegara al poblado mientras el bebé aún estaba naciendo.

Después, cuando Icilia recuperó el sentido, lo primero que vio en aquella habitación en penumbra fue a Lucio cerniéndose sobre ella. Una pequeña luz de esperanza hizo que el corazón le diera un vuelco. A buen seguro, no se habría desplazado desde Roma si pretendía ahogar al bebé en el Tíber o arrojarlo al mar.

—¡Hermano! Ha sido tan doloroso...

Él movió afirmativamente la cabeza.

—He visto las sábanas. La sangre.

—El bebé...

—Un niño. Fuerte y sano. —Su voz sonaba inalterable. Resultaba difícil leer algún tipo de expresión en su cara. Ya no sonreía nunca, y dejó caer el párpado superior de su ojo lastimado.

—¡Por favor, hermano, tráemelo! —Icilia estiró los brazos. Lucio negó con la cabeza.

—Es mejor que no veas nunca a ese niño.

—¿Pero qué dices?

—Tito Poticio vino a verme hace unos días. Me pidió... no, me *suplicó,* que le permitiese adoptar a tu hijo. «No es necesario que nadie sepa de dónde viene», dijo. «Diré que era un huérfano de las guerras, o el hijo de un primo lejano. Le he pedido a mi padre que me deje hacerlo, y me ha concedido su permiso». —Lucio sacudió la cabeza—. Y le dije a Tito Poticio: «Pese a todo, seguirá siendo un bastardo». «Eso no importa», me dijo él. «Si es un niño, le daré mi nombre y lo criaré como mi hijo». Y por eso hoy he venido, hermana.

—¿Para poder entregarle el niño a Tito? —Icilia sollozaba, en parte de alivio, en parte de tristeza.

Lucio gruñó.

—¡Todo lo contrario! Le dije a esa escoria patricia que bajo ninguna circunstancia tendría nunca el niño en su poder. Por eso he venido. Temía que Poticio descubriese tu paradero e intentara ponerle la mano encima al bebé. Me aseguraré de que esto no suceda.

Icilia lo agarró por el brazo.

—¡No, hermano... no debes matarlo!

Lucio levantó una ceja, lo que hizo que la otra cayera más aún.

—Ésa era mi intención. Pero ahora que he visto al niño, he tenido una idea mejor. Me lo llevaré a Roma conmigo, donde lo criaré como esclavo, para que me sirva a mí y a mi casa. ¡Imagínatelo! ¡Un patricio bastardo, sirviendo a base de azotes en una casa plebeya! —Sonrió torvamente, satisfecho con la idea.

—Pero Lucio, este niño es tu sobrino.

—¡No! El niño es mi esclavo.

—¿Y qué será de mí, hermano?

—Conozco un mercader griego de Crotona, un rincón lejano de la Magna Grecia. Ha accedido a tomarte como esposa. Mañana partirás en barco desde Ostia. Nunca hablarás del niño. Nunca volverás a Roma. Tu vida será aquélla en la que quieras convertirla. Tú y yo no volveremos a hablarnos jamás.

—¡Lucio! Qué crueldad...

—Las Parcas son crueles, Icilia. Fortuna es cruel. Me robaron a Verginia...

—¿Y por eso me robas tú ahora a mi hijo?

—El niño es un bastardo y no merece vivir. No es más que un acto de clemencia, hermana.

—¡Déjame verlo!

—No.

Icilia vio que no lo haría cambiar de idea.

—Haz una cosa por mí, hermano. ¡Sólo te pido una cosa! Dale esto, de mi parte. —Con manos temblorosas, se pasó el collar por la cabeza.

Lucio se lo arrancó de las manos y lo examinó, enojado.

—¿Qué es esto? ¿Algún tipo de talismán? No es de nuestra familia. Te lo dio Tito Poticio, ¿verdad?

—Sí.

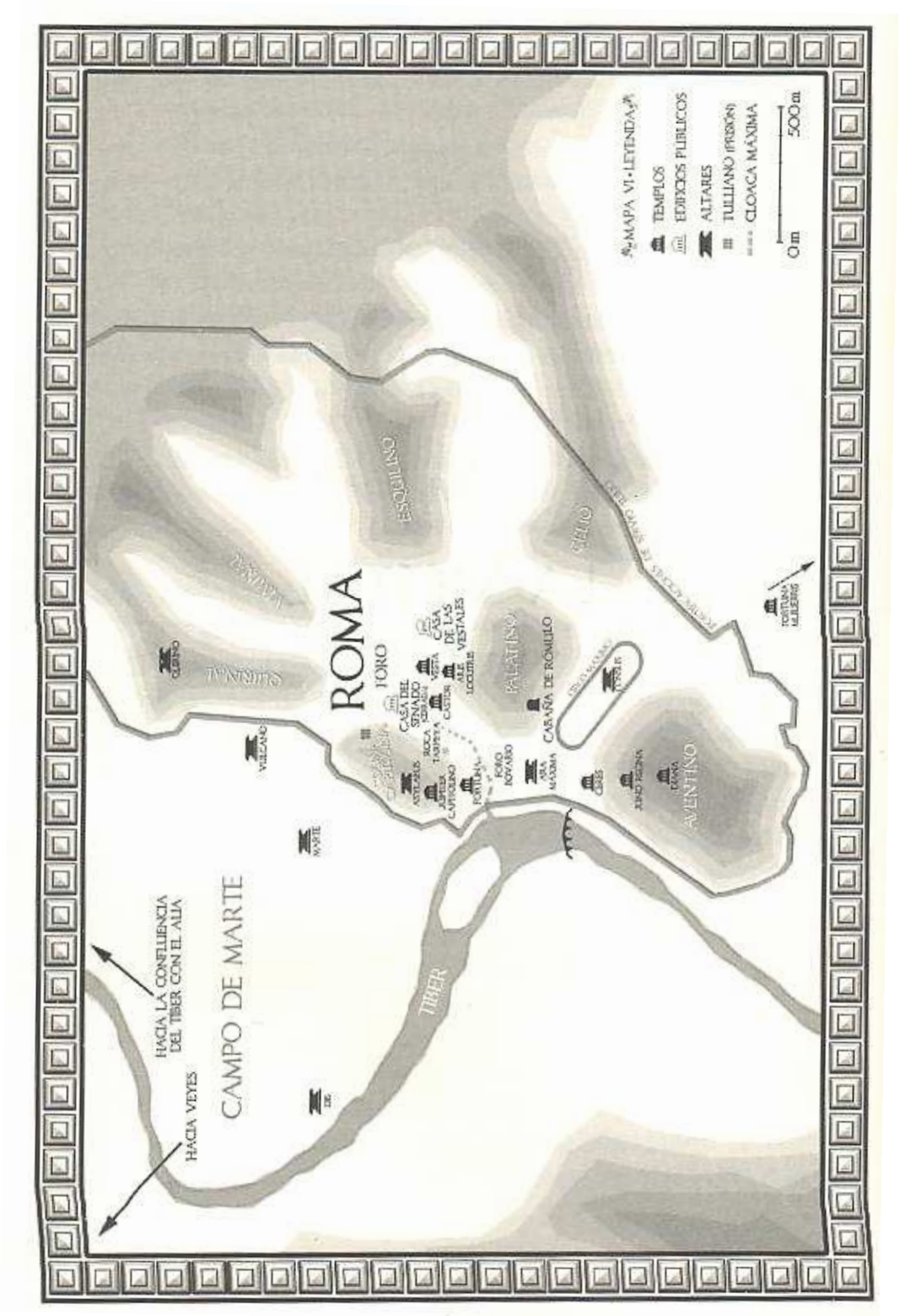
Lucio lo miró fijamente durante un prolongado momento, y luego movió la cabeza lentamente.

—¿Por qué no? Parece ser de oro; podría fácilmente quedármelo para mí y fundirlo para que me den lo que vale, pero haré lo que me pides. Dejaré que lo lleve el esclavo, una baratija chillona que le adorne el cuello. Servirá para que yo recuerde su origen. ¡Que el antiguo linaje de los Poticio continúe en sus venas de esclavo, y que el esclavo luzca este talismán como señal de su vergüenza!

VI

LA VESTAL

393-373 a.C.



En vísperas de la mayor catástrofe que acaecería sobre la ciudad, el confiado pueblo de Roma se encontraba celebrando su mayor triunfo. Acababa de rendirse uno de los más viejos rivales de la ciudad.

La ciudad de Veyes estaba apenas a veinte millas de Roma. Un hombre de piernas fuertes podía recorrer esa distancia a pie en un solo día. Un jinete a caballo podía ir y venir de ella en cuestión de horas. Pero generación tras generación, aun habiendo conquistado enemigos más lejanos, Veyes seguía manteniéndose orgullosamente independiente, a veces en paz con Roma, a veces en guerra con ella. En el transcurso de las últimas generaciones, Veyes se había hecho inmensamente rica. Sus alianzas »con otras ciudades de la región empezaban a amenazar el dominio de Roma sobre la ruta de la sal y el tráfico del Tíber.

Los ejércitos romanos habían sitiado Veyes durante diez veranos seguidos, pero cada año, con la llegada del invierno y el cese de la guerra, Veyes seguía sin ser conquistada. Para acabar con Veyes se necesitaba un gran general, decían los hombres. Y por fin ese general apareció. Se llamaba Marco Furio Camilo.

Nadie que lo presenciara podría olvidar jamás el desfile triunfal de Camilo. Todo el mundo estaba de acuerdo en que era el triunfo más grandioso que se recordaba; el número de prisioneros, la magnificencia del botín exhibido —gracias a la opulencia de Veyes— y la alegría que se vivía superaban con creces cualquier desfile triunfal anterior. Pero, por impresionantes que resultaran, no fueron estos detalles los que lo convirtieron en un evento inolvidable; fue el espectáculo de Camilo montado en un carruaje tirado por cuatro caballos.

En la tribuna reservada para los dignatarios religiosos, la vestal Pinaria dejó escapar un grito. Susurró algo a la vestal que tenía a su lado:

—¿Habías visto en tu vida una cosa así, Foslia?

—Diría que no. ¡Nadie ha visto nunca una cosa así! ¡Cuatro caballos blancos!

Pinaria sacudió la cabeza, maravillada.

—Igual que la cuadriga de Júpiter del frontón del templo del Capitolio.

—Esto no lo había hecho nunca ningún general —declaró Foslia. Con diecisiete años de edad, Pinaria era la más joven de las seis vestales. Foslia era sólo cinco años mayor, pero era muy estudiosa y un poco sabelotodo. Dominaba en especial la historia de los ritos religiosos y, como todo acto público que se celebraba en Roma, un desfile triunfal era un ritual religioso—. Rómulo caminaba a pie en sus procesiones triunfales. Tarquinio el Mayor fue el primero que utilizó una cuadriga. ¡Pero ningún general se había atrevido a emular a Júpiter enganchando cuatro caballos blancos a su carruaje!

—¿Piensas que es un acto profano? —preguntó Pinaria.

—No soy yo quien debería decirlo —dijo Foslia, modestamente.

—De todos modos, vaya espectáculo.

—Pues sí que lo es. —Foslia sonrió—. Y el general es tan atractivo... ¡aun con la cara pintada de rojo!

Las dos jóvenes se miraron y se echaron a reír. La virgo máxima no aprobaba aquel tipo de conversaciones, pero todas las vestales se recreaban con ellas. Pinaria tenía la sensación de que, cuando no hablaban de temas religiosos, solían hacerlo de hombres, y en particular de Camilo. Con cincuenta años de edad, el general era mucho más robusto que la mayoría de los hombres de treinta, lucía una espléndida mata de pelo blanco, era ancho de espaldas y tenía los brazos fuertes.

—¿Piensas que sabe lo bien que sientan esos caballos blancos con su pelo blanco? —preguntó Foslia.

—Estoy segura de que al hombre que conquistó Veyes no le queda tiempo para las vanidades —

dijo Pinaria.

—¡Tonterías! ¿Quién puede haber más vanidoso que un general, sobre todo el día de su triunfo? Pero mira allí, detrás de él... ¡es la estatua de Juno Regina!

De todos los objetos usurpados a los veyenses, éste era el más preciado: la gigantesca estatua de la divina patrona de la ciudad, la reina madre de los dioses, Juno, en cuyo honor se había construido el mayor templo de toda Veyes. Durante generaciones, Juno Regina había protegido a los veyenses. En la víspera de la batalla final, Camilo había jurado que si Veyes caía, traería a Juno Regina a Roma y edificaría un templo aún más grande para ella. En aquellos momentos, estaba cumpliendo la primera parte de su juramento.

Los hombres que se habían quedado afónicos aclamando a Camilo alzaron más la voz si cabe al ver la estatua. Había sido transportada en un carretón enorme tirado por prisioneros veyenses, entre ellos los antiguos sacerdotes de Juno, que habían sido desposeídos de sus ropajes y encadenados. Era una escultura de madera en la que no se veía ninguna junta; los mejores escultores etruscos la habían esculpido y pulido, y cubierto con pintura y un brillo dorado. Juno Regina estaba sentada en un trono, sujetando un cetro en una mano y un jarro de libaciones en la otra, con un pavo real a sus pies.

—¡Magnífica! —declaró Foslia—. No existe otra imagen de Juno que rivalice con ésta. Ni siquiera puede comparársele la escultura que realizó el gran Vulca para el templo de Júpiter. Ésta es mucho más grande... ¡tres veces el tamaño de cualquier mortal! ¡El aspecto y el rostro de la diosa son verdaderamente sublimes! Y ese pavo real gigante, con sus alas extendidas... ¿Habías visto alguna vez tal explosión de colores?

Mientras miraban, un chico, incitado por sus amigos, salió disparado de entre el gentío. Agarró el taparrabos de uno de los sacerdotes hechos prisioneros, se lo arrancó y se adentró corriendo en la multitud, dando gritos de alegría y agitando en el aire el taparrabos como si fuese un trofeo. El sacerdote, un hombre de mediana edad que caminaba ya a tropezones debido al agotamiento, se sonrojó y lloró de vergüenza, incapaz de cubrirse porque tenía las manos encadenadas a la cuerda que le pasaba por encima del hombro. Pinaria lanzó un grito y Foslia levantó una ceja, pero ninguna de las dos apartó la vista.

—Me pregunto qué piensa la diosa de eso —dijo Pinaria. —Tú sigue mirando. ¡Hablará de un momento a otro!

—¿Lo dices en serio?

—¿Por qué no? Ya conoces la historia. Cuando Camilo envió a sus soldados a hacerse con la estatua del templo de Veyes, uno de ellos, simplemente por divertirse, hizo una reverencia y le preguntó a la diosa si le gustaría que la llevasen a su nuevo hogar. La sorpresa que se llevaron esos tipos cuando la estatua movió afirmativamente la cabeza... ¡y luego habló en voz alta! Pensaron que alguien estaba gastándoles una broma, así que volvieron a preguntárselo y, con la misma claridad con la que yo te hablo ahora, dijo la diosa: « ¡Sí, llevadme enseguida a Roma!». Dicen que parecía enfadada; a Juno Regina no le gusta repetirse. Naturalmente que quería venir. De no haber perdido el cariño de los veyenses, nunca habrían sido conquistados. Camilo ha ordenado la construcción de un nuevo templo en el Aventino especialmente destinado a albergar la estatua. Las riquezas de los veyenses pagarán los materiales. Las obras correrán a cargo de esclavos veyenses. Ese sacerdote desnudo puede empezar a olvidarse de sus sonrojos. Un esclavo no necesita ropa para cavar una trinchera o transportar ladrillos de un lado a otro.

—¿Crees que los griegos trataron a los troyanos así, después de conquistarlos? —preguntó Pinaria. Entre las vestales había habido muchas discusiones últimamente comparando la caída de los veyenses con la caída de Troya, una historia que los romanos habían aprendido a partir de los colonos griegos del sur. El sitio de Troya había durado diez años, igual que el sitio de Veyes. Los griegos acabaron tomando la ciudad con engaños, utilizando el famoso caballo de Troya concebido por Odiseo, y los romanos habían triunfado por fin gracias a una inteligente estratagema, cavando túneles bajo las murallas de modo que los soldados romanos pudieran entrar sigilosamente en a ciudad durante la noche y abrir las puertas.

—Por supuesto que sí —dijo Foslia—. Las mujeres troyanas, incluyendo a la reina Hécuba y las

princesas, fueron tomadas como esclavas. Lo mismo sucedió con los hombres, al menos con los que no murieron. Ninguna ciudad se conquista a menos que su pueblo haya ofendido a los dioses; que los conquistadores maten o esclavicen a sus habitantes equivale a complacer a los dioses. El pueblo de Roma siempre lo ha sabido. La humillación de nuestros enemigos es una de nuestras maneras de complacer a los dioses, y complaciendo a los dioses seguiremos prosperando.

Como era habitual, la lógica religiosa de Foslia era irrefutable, y Pinaria alegremente confió en su juicio, pese a que la visión del desgraciado sacerdote veyense la incomodara. Volvió la cabeza y contempló entonces el carruaje triunfal, alejándose ya de ellas en dirección al Capitolio. Camilo, volviéndose hacia un lado y otro para saludar a la muchedumbre, miró por encima del hombro. Su mirada cayó de repente sobre Pinaria. Dejó de saludar, ladeó la cabeza, como intrigado, y le lanzó una sonrisa enigmática.

Foslia la agarró del brazo y chilló, encantada.

—¡Pinaria, está mirándote a ti! ¿Y por qué no? Eres encantadora, incluso con el pelo corto. ¡Oh, si me mirara así, creo que me moriría!

Pinaria se puso colorada y bajó la vista. Cuando se atrevió a levantarla de nuevo, el carruaje había dado la vuelta a la esquina y ya no se veía.

Escuchó un estallido de risas y aplausos entre la multitud. Siguiendo la estatua de Juno Regina llegaba una bandada de ocas. Las aves blancas se contoneaban en el aire, extendiendo y agitando sus alas, estirando el cuello y graznando. Eran las ocas sagradas de Juno, capturadas en Veyes junto con la estatua, objetos de veneración religiosa pero también motivo de alegría. Las consentidas criaturas parecían comprender su augusta posición; observaban a la multitud con altanería y la cabeza bien alta. De pronto, una de las ocas se precipitó hacia delante, hacia el sacerdote que había quedado desnudo y le atizó un mordisco en el tobillo. El sacerdote soltó un grito lastimero.

—Se la está devolviendo a su antiguo cuidador por alguna infracción cometida, no me cabe la menor duda —susurró Foslia.

La multitud estalló en carcajadas.

Durante la última hora de luz de día, después del sacrificio de un buey blanco sobre un altar situado enfrente del templo de Júpiter y del estrangulamiento ritual de los prisioneros de más alto rango en el Tuliano, cuando los festejos y los bailes empezaban a decaer en las calles, las vestales se retiraron al templo de Vesta.

Mientras las demás presenciaban el desfile triunfal, una de ellas, como siempre, se había quedado en el templo de planta circular para atender el fuego sagrado. Sus cinco hermanas vírgenes se unieron a ella para la recitación de las oraciones de la noche, dirigidas por la mayor de ellas, Postumia, la virgo máxima. Mantener encendido el fuego sagrado era la principal obligación de la orden. En caso de que el fuego se apagara, las catástrofes y las desgracias caerían sobre Roma.

El mantenimiento de los votos de castidad era otra de sus obligaciones destacadas. En el caso de que una vestal rompiera su voto, tal vez podría esconder su crimen a los demás mortales, pero nunca a la diosa. Vesta se enteraría y, como consecuencia de ello, el fuego sagrado chisporrotearía y menguaría. Sólo una virgen pura podía mantener una llama estable en el hogar de Vesta.

Las vestales unieron sus manos y formaron un círculo en torno a la llama. Mientras las demás se balanceaban y cantaban en armonía, la virgo máxima entonó la oración de la noche:

—Diosa Vesta, escúchanos. Hemos mantenido tu llama encendida un día más, ahora cae de nuevo la noche, y su oscuridad está iluminada como siempre por tu luz imperecedera. Nos das calor. Iluminas nuestro camino. El mismo fuego inquebrantable que consoló al pequeño Rómulo en su nacimiento nos consuela aquí en tu templo.

Postumia era la mayor, pero su cabello gris y corto conservaba aun mechones negros, y su voz era fuerte, sin temblores. Tarareó y se cimbreó con las demás vírgenes durante un momento, contemplando la llama, y reinició entonces la oración.

—Te ofrecemos treinta años a tu servicio, diosa Vesta. Llegamos a ti antes de los diez años de edad; pasamos diez años aprendiendo; diez años realizando ritos públicos; diez años enseñando a las recién llegadas. Luego somos libres para irnos... o quedarnos.

—¡Bendíceme, diosa Vesta! Mis treinta años han pasado, pero elijo seguir a tu servicio. Permíteme quedarme, diosa, mientras tenga ojos para contemplar la llama sagrada y fuerza para atenderla, mientras tenga las palabras y la sabiduría suficiente para enseñar a las vírgenes jóvenes.

—Bendícenos a todas, diosa Vesta, y abraza especialmente a la más joven de nosotras, Pinaria. Lleva siete años entre nosotras. Ahora que Foslia ha entrado en su décimo año, Pinaria es nuestra única novicia. Tiene aún mucho que aprender. Ofrécele especialmente tu guía, diosa Vesta.

Pinaria, que había entrado en una especie de trance mientras tarareaba y contemplaba la llama, dio un pequeño salto de sorpresa al oír mencionar su nombre. No era muy frecuente que la virgo máxima mencionara a las vestales por su nombre en las oraciones. ¿Por qué lo haría, y por qué mencionaría a Pinaria? Lo que dijo a continuación, inquietó a Pinaria más si cabe.

—Rezamos, diosa, para que recuerdes a todas las vestales que estuvieron antes que nosotras, remontándonos a los días del rey Rómulo, que nombró a las primeras cuatro vestales de Roma, y del rey Tarquinio el Mayor, que elevó nuestro número a seis y quien, con su sabiduría, impuso un castigo mucho más terrible que la simple muerte para cualquier vestal que rompiera sus votos, el castigo que sigue vigente en la actualidad.

Pinaria cogió aire, igual que las demás vestales, sus serenos pensamientos se vieron invadidos repentinamente por imágenes de la más terrible de las muertes. El canturreo y los movimientos se detuvieron. El pequeño templo quedó inmerso en un profundo silencio roto sólo por el crepitar del fuego. El corazón de Pinaria latía con tanta fuerza que pensó que incluso las demás podrían oírlo. ¿Por qué la habría mencionado en su oración la virgo máxima, y por qué acto seguido habría mencionado el terrible castigo para toda aquella que se descarriara?

—Danos toda tu fuerza, diosa Vesta —susurró Postumia—. El camino de la vestal no siempre es fácil, y es más duro para unas que para otras. Sólo la presencia de tu fuego sagrado en nuestro corazón nos permite seguir puras.

La oración finalizó. Las vestales se soltaron de las manos. Al otro lado de la puerta del templo, el atardecer se había convertido en oscuridad total.

—Que cada una encienda un cirio con la llama sagrada para iluminar su camino de regreso a la casa de las vestales. Le corresponde a Pinaria el turno de atender la llama durante las próximas cuatro horas. Ya que es novicia, me quedaré un rato con ella.

—Pero virgo máxima, ya me ocupado de la llama muchas veces, yo sola. Ya sé cómo... —Pinaria vio la mirada fulminante de Postumia y bajó la vista—. Por supuesto, virgo máxima, me honra que te quedes conmigo.

Las demás, con sus cirios, empezaron a desfilar. Foslia, la última en irse, miró a Pinaria con una mirada de culpabilidad antes de cerrar la puerta a sus espaldas.

Postumia permaneció mucho rato contemplando la llama y sin decir nada. Por fin, cogió aliento.

—Tal vez te resulte difícil imaginarlo, Pinaria, pero en su día yo también tuve tu edad. No era tan bella como tú... oh, no, ni mucho menos. Para mejor o para peor, Pinaria, con tu cabello castaño rojizo y tus luminosos ojos verdes, eres una chica excepcionalmente encantadora. Pero yo fui joven, y aceptablemente bonita, y muy, muy vanidosa, como sólo puede serlo una jovencita. Me tomé muy en serio mi voto de castidad pero, pese a ello, no veía que hiciese ningún mal arreglándome. Llevaba pulseras de plata y a veces un collar de cornalina que había pertenecido a mi abuela; le comentaba a la gente que creía que aquella piedra roja quedaba muy bien con la cinta blanca y roja que llevamos en la cabeza, cuando lo que pensaba en realidad era que resaltaba el brillo rosado de mis mejillas. Me untaba las manos y la cara con aceites aromáticos procedentes de Egipto... o al menos eso decía el mercader que se acercaba una vez al mes a la casa de las vestales para ofrecernos sus productos.

—¿Y lo permitía la virgo máxima? —dijo Pinaria. Postumia no permitía que sus vestales llevasen joyas o utilizasen ningún tipo de perfume o ungüento, y pese a que los hombres tenían permitida la entrada en la casa de las vestales durante el día (nunca después del anochecer), podían

hacerlo sólo por cuestiones oficiales o por relación familiar con alguna de las vírgenes. ¡Jamás se permitiría el paso a un vendedor de aceites aromáticos!

—La virgo máxima de aquella época era muy permisiva. Adoraba a las vestales más jóvenes. Me adoraba particularmente a mí, era su favorita. Me animaba. «Qué bonito te queda este collar, Postumia», me decía. O «Tienes una piel encantadora, tan inmaculada y suave». No la culpo de mi vanidad, pero la verdad es que ella no hacía nada para desalentarla. Ni tampoco cortaba las alas a mi naturaleza coqueta. La vanidad conduce al coqueteo, ya sabes. ¿Para qué sirve ser bonita si nadie se da cuenta de ello? ¿Y cómo puede una chica darse cuenta de que gusta si no ve cómo la miran los demás? Primero, acepta las miradas de admiración y, después de eso, acepta los cumplidos verbales, y después de eso... —Postumia movió la cabeza—. Este tipo de comportamiento es peligroso para una vestal. ¡Muy peligroso! Y todo empieza con los ojos. Un hombre nos mira, y aceptamos complacer esa mirada, y ese placer, que tan inocente parece, nos lleva a desear otros placeres.

Pinaria puso mala cara.

—Virgo máxima, no entiendo por qué me cuentas todo esto. Yo nunca llevo joyas; tú no lo permites, y aunque lo permitieses, no tengo ningún deseo de...

—Camilo te ha mirado hoy.

Pinaria pestañeó.

—Quizá.

—Te ha mirado con placer.

Pinaria se encogió de hombros.

—¿Sí? No podía decir si...

—Y eso te ha dado placer, ¿verdad? Que un hombre tan importante, el héroe del momento, tan fuerte y atractivo, deseara mirarte. Pinaria se sonrojó.

—Yo no he hecho nada malo, virgo máxima.

—Le has devuelto la mirada.

—¡A lo mejor, pero sólo un momento! —Pinaria frunció el entrecejo. Por un breve e irreverente instante, se imaginó que la virgo máxima estaba celosa de la mirada que le había lanzado Camilo—. Virgo máxima, estoy segura de que Camilo es un hombre piadoso. Ningún romano es más respetado por los dioses o más querido por ellos. Antes del sitio final a los veyenses, prometió construir un nuevo templo para Juno Regina y, a cambio, la diosa le permitió capturar la ciudad. Además, prometió una décima parte del botín al dios Apolo...

—No estoy cuestionando la piedad de Camilo. Pero un hombre piadoso sigue siendo un hombre, de todos modos. ¡Pinaria, Pinaria! No quiero decir que Camilo suponga una amenaza para ti... a menos que tú lo incitaras. La amenaza está en ti misma.

—Pero, virgo máxima...

—¡Silencio! —El pecho de Postumia ascendió y descendió en un repentino acceso de emoción. Observó las llamas hasta calmarse un poco—. Escúchame, Pinaria. Como te he dicho, cuando yo tenía tu edad, era muy vanidosa. Me arreglaba. Aceptaba las miradas de los hombres... y las devolvía. Reía cuando ellos decían cosas graciosas. Intentaba responder con ingenio, y cuando los hombres reían, me excitaba. No hacía nada malo... nada que traicionara los votos que le había hecho a Vesta. Pero mi comportamiento llamaba la atención.

—El año en que pasé de novicia a sacerdotisa, hubo una serie de malos presagios. Nació una cabra con dos cabezas. Cayó en verano una tormenta de ranas diminutas. Lo peor de todo, un augurio tras otro indicaba desgracias en el campo de batalla. La gente estaba alarmada. Querían conocer la causa. ¿Se habrían equivocado los mandos militares en sus sacrificios a los dioses? ¿Sería el culpable el pontífice máximo... habría abandonado sus deberes la más alta autoridad de la religión del Estado? ¿O se habrían equivocado los sacerdotes encargados de los Libros Sibilinos en la interpretación de sus profecías y llevado por mal camino al pueblo? Se investigaron todas esas posibilidades, pero no se encontró ningún fallo en la realización de los rituales sagrados, ni se detectó ninguna impureza en los responsables de llevar a cabo dichos rituales. Y entonces, la investigación se cernió sobre mí.

Una vez más, Postumia cayó en un prolongado silencio, contemplando la llama.

—¿Sabes cuál es la pena que se impone a la vestal que ha perdido su virginidad?

Pinaria sólo pudo responder en un susurro.

—Por supuesto que lo sé, virgo máxima.

—Entonces, explícamela.

Pinaria tragó saliva.

—Si a una vestal se la acusa de por haber roto sus votos de castidad, el pontífice máximo investiga personalmente el asunto. Se forma un tribunal de sacerdotes que lleva a cabo el juicio. Si la encuentran culpable...

—Continúa.

—Los sacerdotes la despojan de sus vestidos. El hombre con quien ha roto sus votos es conducido en su presencia, encadenado y golpeado hasta la muerte delante de ella. Entonces los sacerdotes vuelcan toda su ira sobre la vestal. La azotan con un látigo hasta que no se sostiene en pie. La visten como un cadáver, toda de negro, y la atan con correas de cuero a un ataúd funerario, tan fuerte que ella no puede ni gritar. Colocan el ataúd sobre un carruaje funerario, forrado de negro y el carruaje desfila por la ciudad para que todo el mundo lo vea, como si la vestal ya estuviese muerta y aquello fuera su funeral...

—Continúa.

—La llevan a un lugar donde se ha excavado una cripta, debajo de las murallas de la ciudad. La desmontan del carruaje y la bajan a la cripta. Sellan herméticamente la entrada y la tapan con una montaña de tierra. No se llevan a cabo ritos funerarios. Nunca se vuelve a hablar *de* ella. —Pinaria tenía la boca tan seca que apenas podía hablar—. Nadie la mata. Nadie la ve morir. Lo que sucede en la tumba sólo lo sabe Vesta.

Postumia asintió, muy seria.

—¿Quién fue la última vestal que recibió este castigo?

Pinaria arrugó la frente.

—¡Vamos, vamos, Pinaria! Foslia habría respondido al instante.

—Ya me acuerdo. Fue hace casi cien años...

—Fue hace setenta y nueve años, exactamente —dijo Postumia, secamente—, en la época de mi abuela.

—Como tú digas, virgo máxima.

—¿Cuáles fueron las circunstancias? ¿Cómo se llamaba la vestal?

—Se llamaba Urbinia. Las mujeres de Roma habían caído presas de la peste, sobre todo las embarazadas; los abortos eran continuos. El pontífice máximo sospechó que había algún tipo de impureza. Se descubrió que Urbinia se había entregado no sólo a un hombre, sino a dos, y aun así se atrevía a seguir cuidando de la llama sagrada. Urbinia fue juzgada y encontrada culpable. Después de su castigo, la peste cesó y las mujeres volvieron a parir hijos sanos.

Postumia asintió.

—Urbinia fue la vestal que más recientemente fue encontrada culpable de impureza y castigada. Pero no fue la primera. Procedes de una familia muy antigua, ¿verdad, Pinaria?

—Sí, virgo máxima.

—Una familia más antigua que la República, más antigua que los reyes; una familia que ha dado a Roma muchos cónsules y magistrados, muchos guerreros y sacerdotes, y algunas vestales. Pero incluso las familias más respetables tienen manchas en su historia. Fue el rey Tarquinio el Mayor quien inició el método con el que son castigadas actualmente las vestales. ¿Y cuál era el nombre de la primera vestal que fue castigada según esa práctica?

—Se llamaba... —A Pinaria le dio un vuelco el corazón.

—¡Vamos, niña! Conoces la respuesta.

—Se llamaba como yo, Pinaria. Una antepasada mía fue la primera vestal que fue...

—¡Enterrada viva! —susurró Postumia. Suspiró—. Enterrada viva... eso fue lo que hicieron con Pinaria y con Urbinia. Eso fue lo que querían hacerme a mí. Incluso ahora, me cuesta hablar sin que se me quiebre la voz.

—Pero estoy segura de que eras inocente.

—¡Por supuesto que lo era, niña estúpida! ¡De no haber sido inocente, no estaría hoy aquí! Al final, gracias a la diosa, fui capaz de convencer al pontífice máximo de ese hecho. Pero la investigación... el miedo que sentí... la humillación... el terror... las pesadillas que aún sigo sufriendo después de todos estos años. —Postumia tosió para aclararse la garganta—. Cuando me convertí en virgo máxima, me prometí que ninguna vestal a mi cargo pasaría por una experiencia tan dolorosa como aquélla. Mantener los votos no es suficiente. ¡La inocencia no es suficiente! Una vestal debe estar por encima de la tentación, sí... y también por encima de toda sospecha. ¿Lo entiendes, Pinaria?

—Sí, virgo máxima, lo entiendo. —Pinaria se estremeció y se echó a llorar.

Postumia la abrazó, estrechándola con fuerza y acariciando su pelo casi al cero.

—¡Vamos, vamos! Te he asustado, pequeña. Pero es por tu bien. Lo hago por el bien de todas nosotras.

Aunque la puerta estaba cerrada, una repentina corriente de aire atravesó la estancia, como si el templo hubiese respirado. El fuego sagrado osciló de un lado a otro, vaciló y por un instante pareció apagarse por completo.

390 A.C.

—Por supuesto, la prohibición del matrimonio entre plebeyos y patricios nunca debería haber sido revocada —dijo Postumia. Foslia rió.

—Pero, virgo máxima, ¿qué puede tener que ver esto con la llamada Cuestión Veyense?

Postumia, que estaba a punto de darle un mordisco a una hoja de parra rellena que sujetaba con delicadeza entre sus dedos índice y pulgar, dejó el exquisito bocado sobre la mesa y tosió para aclararse la garganta. Estaba un poco azorada por la risa irrespetuosa de Foslia.

—Todas las cuestiones del bien y el mal tienen que ver las unas con las otras. En temas religiosos, y no hay temas que no sean religiosos, todo es relevante entre sí.

Foslia seguía escéptica.

—Una prohibición del matrimonio entre clases... ¿no crees que estuvo en vigor tan poco tiempo debido a lo impopular que era? Y de eso hace ya mucho. ¡La gente de mi edad ni siquiera sabe que en su día existió esa prohibición!

La conversación tenía lugar durante una cena en la casa de las vestales. Hacía buen tiempo. Las sacerdotisas estaban cenando en el jardín, al aire libre, reclinadas en triclinios. El de la virgo máxima encabezaba el grupo. En un triclinio enfrente de la virgo máxima estaba instalada la más joven de todas ellas, que seguía siendo Pinaria, pues en los tres años transcurridos desde el triunfo de Camilo, no se había retirado ni fallecido ninguna vestal y, en consecuencia, no se habían reclutado nuevas novicias.

Las criadas se movían en silencio entre ellas, trayendo platos con comida y retirando los vacíos.

«Los ojos y los oídos del pontífice máximo», llamaba Foslia a sus criadas. «Nos vigilan como halcones», le había comentado en una ocasión a Pinaria. «Escuchan todo lo que decimos. Si alguna vez una vestal se descarría, el pontífice máximo, gracias a sus espías, lo sabrá incluso antes que la diosa se entere». Foslia decía esas cosas en broma, pero a Pinaria no le hacían ninguna gracia.

Ni tampoco le hizo gracia a la virgo máxima el desdén con que Foslia trató su comentario sobre el matrimonio.

—Permite que te recuerde, Foslia, que un matrimonio entre dos patricios exige un ritual religioso, mientras que un matrimonio en el que se incluya un miembro de la plebe es pura cuestión civil. En la época de los decenviros, este hecho fue uno de los principales argumentos contra el matrimonio entre clases. En cualquier unión mixta, la parte patricia de la pareja se pierde su ceremonia religiosa, un estado de cosas que a buen seguro ofende a los dioses. Un patricio debería casarse sólo con otro patricio, y hacerlo siguiendo los rituales religiosos. Sí, la prohibición fue revocada... pero eso no significa que no pueda volver a instaurarse.

Postumia dio un mordisco a la hoja de parra rellena, depositó lo que quedaba en un platillo de plata e indicó a una criada que lo retirara. Había terminado de comer y estaba preparada para hablar por el bien de las vestales más jóvenes.

—Las épocas de devoción y falta de devoción van por ciclos. Yo me crié en una época permisiva, pero ahora vivimos en un momento bastante similar al de la época de los decenviros. En los últimos años, y debido a la presión constante de las guerras, la elección de los cónsules ha quedado suspendida y Roma está gobernada por seis tribunos militares. Por lo que al conflicto de clases se refiere, en todo caso, podría ser peor que en la época de los decenviros, porque los patricios se repliegan continuamente y los plebeyos no dejan de exigir también más concesiones... más tierras donde instalarse, más liberación de sus deudas, más derechos de voto. Si nuestros líderes utilizaran su poder para instaurar de nuevo la prohibición del matrimonio entre clases, en esa esfera, y al menos en Roma, estaríamos de nuevo en armonía con la voluntad de los dioses, y las clases retomarían el papel que les corresponde en el Estado. Esta idea no es mía, sino de nuestro padre sagrado, el pontífice máximo, que justo ayer me explicó que pretende solicitar a los tribunos militares la reinstauración de la prohibición del matrimonio entre clases. Y, en esta casa, nunca contradecimos al pontífice máximo. Si tu opinión está en conflicto con ésta, Foslia, resérvatela.

—Naturalmente, virgo máxima. —El tono cínico de Foslia parecía indicar que, aunque se reservaría sus opiniones, seguiría teniéndolas, ni más ni menos—. Y, naturalmente, tienes razón al decir que el matrimonio, al menos cualquier matrimonio en el que esté implicado un patricio, es un asunto religioso. Pero estábamos hablando de la Cuestión Veyense, y lo que es evidente es que el tema versa sobre dos cosas: dinero y política.

Postumia negó con la cabeza.

—Todo lo contrario, Foslia, ¿acaso no ves que la Cuestión Veyense es básicamente un asunto religioso? Pinaria, estás muy callada esta noche. Tal vez sigas siendo la más joven, pero ya no eres una novicia. Habla.

Pinaria engulló una aceituna rellena con queso de cabra.

—Muy bien, virgo máxima. Tengo la sensación, ahora más que nunca, de que la conquista de Veyes por parte de Roma es un espejo de la conquista de Troya por parte de los griegos. En primer lugar, se necesitaron diez años. En segundo lugar, fue resultado de una estratagema inteligente y no de la fuerza bruta. En tercer lugar, pese a que en su momento pareció que iba a solucionar todos nuestros problemas, descubrimos después, igual que los griegos con Troya, que la conquista simplemente provocó más disconformidad en la ciudad.

Postumia asintió, pensativa.

—Continúa.

—Veyes era tan rica que la gente pensó que hacerse con un botín como aquél serviría para aliviar las tensiones entre clases. Pensaron que habría suficiente, y más que suficiente, para todos los ciudadanos de Roma. Pero cuando llegó el momento de dividir el botín, nadie quedó satisfecho. El templo dedicado a Juno Regina y las ceremonias de consagración del templo costaron mucho más de lo que se esperaba. A eso se le sumó la décima parte prometida por Camilo a Apolo y sus sacerdotes. Los plebeyos dijeron que les robaban el botín por el que habían derramado su sangre. En respuesta a eso, los patricios dijeron que era sacrílego por parte de los plebeyos intentar reclamar un botín que se había prometido a los dioses.

—¿Y el resultado de todo ello?

—Amargas acusaciones de injusticia y avaricia por ambos bandos.

—Lo que no es nada nuevo —dijo Foslia, que nunca podía mantenerse apartada de una discusión durante mucho tiempo—. Durante generaciones, los patricios han argumentado, y con bastante lógica, que todo el mundo debe trabajar conjuntamente por el bien común. Debemos mantenernos unidos bajo nuestros líderes, dispuestos al sacrificio ante las amenazas de nuestros numerosos enemigos. Y también durante este mismo periodo, los plebeyos, egoístas y cortos de vista, no han hecho más que quejarse. ¡A veces, se niegan incluso a cumplir con el servicio militar!

—Naturalmente... —dijo Pinaria, luego dudó. Había determinadas ideas que había oído por casualidad fuera de la casa de las vestales que no siempre eran bienvenidas por sus compañeras,

especialmente por la virgo máxima.

—Adelante —dijo Postumia.

—Sí, adelante —dijo Foslia, con un brillo malicioso en la mirada y ganas de ver a la virgo máxima desafiada.

Pinaria habló despacio y con cuidado.

—No son ideas mías, ya me entendéis; pero una escucha cosas. Por ejemplo, hay quien dice que, pese a que el templo es en honor de Juno Regina, el dinero para construir el templo va a parar a los bolsillos de los constructores elegidos por el Estado. Los constructores son en su mayoría patricios, que ya son ricos de por sí. Y como esos constructores acostumbran a utilizar esclavos, —hombres capturados en las guerras y que el Estado les vende a precio muy barato—, los trabajadores plebeyos no obtienen ningún tipo de beneficio en este proyecto.

—¡Su beneficio es la buena voluntad de la diosa, que se siente satisfecha con su nuevo templo! —declaró la virgo máxima—. Reducir la construcción de un templo, un acto sagrado, a una pelea por dinero es nada menos que un sacrilegio, de los que lanzan los peores alborotadores. La verdad, Pinaria, creo que tienes que aprender a permitir que este tipo de cosas te entren por un oído y te salgan por el otro. Piénsalo bien: la razón dicta que los dioses deben recibir siempre la primera y mayor parte del botín. De lo contrario, podríamos perder sus favores y ¿qué sería entonces de nosotros? ¡Los veyenses nos habrían conquistado, en lugar de ser al contrario! Después de los dioses, son nuestros líderes, responsables y trabajadores, los hombres que garantizan la correcta veneración de los dioses, quienes deben recibir la parte que les corresponde. Y después de eso, la chusma plebeya tendría que quedar satisfecha con lo que quede del botín... ¡igual que tendrían que sentirse satisfechos por casarse dentro de su propia clase! En lugar de alimentar ideas descabelladas como que son gente capaz de gobernar el Estado, deberían someterse a aquellas familias que han demostrado ser capaces de guiar el destino de Roma. Estamos en un mundo peligroso, lleno de enemigos. Sólo el liderazgo demostrado y satisfactorio para los dioses podrá protegernos de la catástrofe.

Pinaria inclinó la cabeza.

—La virgo máxima habla con sabiduría.

Las demás vestales, incluida Foslia, asintieron y repitieron sus palabras.

—¡La virgo máxima habla con sabiduría!

—Y aun así... —La voz de Postumia tembló de emoción—. Y aun así, a veces parece que nuestros peores enemigos viven dentro de la ciudad, no fuera. Tal vez la chusma no sea capaz de gobernar, pero sigue teniendo tribunos y hombres poderosos que proveen por ella, como ha quedado perfectamente demostrado estos últimos días.

Las demás vestales dejaron de comer. La virgo máxima aludía a un tema doloroso para todas.

Foslia fue quien rompió el incómodo silencio.

—¿Hay alguna esperanza para Camilo, virgo máxima? Postumia suspiró.

—La situación sigue igual. En este mismo momento, Marco Furio Camilo está preparándose para abandonar Roma. En lugar de afrontar el juicio, marchará al exilio. Todos sabemos de dónde surgió este lamentable estado de cosas: en su furia por hacerse con el botín de Veyes, la chusma decidió descargar su odio sobre el hombre principal responsable de la distribución de dicho botín. Acusaron a Camilo de infringir la ley. Afirman que se dedicó a enriquecer a sus amigos y familiares.

—Pero seguro que no es culpable —dijo una de las vestales. La virgo máxima movió la cabeza.

—Los hombres que conocen los procesos de los tribunales me dicen lo contrario. Según el estricto idioma de la ley, Camilo cometió incorrecciones. Es incapaz de dar cuenta de toda la riqueza que se distribuyó. Los tribunales se toman estas cosas muy en serio y no pueden hacer la vista gorda. La verdad es que estas leyes están escritas como si se hubieran pensado intencionadamente para proporcionar un arma a los enemigos de cualquier hombre que tenga una vida pública. Cuanto más arriba asciende un hombre y más alcance tienen sus decisiones, más vulnerable se vuelve a las acusaciones de corrupción. Y de este modo, Camilo, ¡nuestro amado Camilo!, se ve alejado de Roma. Sólo tres años atrás, cualquier hombre, mujer o niño gritaba su

nombre en las calles, elogiándolo como nuestro salvador. ¡Y ahora, esto! Que Vesta me perdone por decir lo que voy a decir, pero si Camilo levantara las armas contra nosotros, como hizo Coriolano, me costaría negar que la ciudad se lo merecería. Pero, naturalmente, nunca hará eso. Camilo es un hombre demasiado grande y demasiado fiel a Roma, por mucho que sus enemigos lo hayan convertido en un desterrado. Esta noche, cuando nos reunamos en el templo, debemos recordarlo en nuestras oraciones. Que Camilo tenga el consuelo y el calor del fuego de Vesta, por mucho que se aleje de este hogar.

—¡Que el fuego de Vesta lo mantenga caliente! —dijeron las demás vestales, y algunas de ellas empezaron a llorar en silencio; en los últimos días se habían derramado muchas lágrimas en la casa de las vestales por la desgracia de Camilo. En los años transcurridos desde su triunfo, todas las vestales, incluyendo la virgo máxima, habían llegado a tener en gran respeto al conquistador de Veyes. Hablaban en tono reverencial de sus triunfos militares y de sus grandiosas obras públicas; hablaban en susurros de sus facciones definidas y su constitución musculosa, el prototipo de la hombría romana. Las vestales habían creado un verdadero culto en torno a Camilo y su caída las había dejado devastadas.

Pinaria no lloraba. Recordaba el día del desfile triunfal de Camilo y la conmoción que había experimentado al ver los cuatro caballos blancos tirando del carruaje. Estaba segura de que Júpiter, que lo observaba todo desde las nubes, había visto también aquellos caballos blancos. ¿Habría pensado dios que un humano se burlaba de él? La virgo máxima veía la voluntad de los dioses en todas las cosas, entonces ¿por qué no también en la caída de Camilo? Pero Pinaria ya había provocado a la virgo máxima aquella noche y no le importaba volver a hacerlo imputando cualquier falta a un hombre a quien las vestales tenían en tan alta estima.

Se le ocurrió a Pinaria que, en el transcurso de las divagaciones de la velada, el tema que originalmente se había sacado a relucir era el que nadie había discutido: la Cuestión Veyense.

El botín de Veyes había sido reivindicado; los prisioneros habían sido vendidos en calidad de esclavos y la ciudad conquistada fue desprovista de todos sus ornamentos, igual que los buitres dejan el esqueleto sin carne. Pero incluso los buitres más voraces dejan los huesos, y los huesos de Veyes seguían ahí: sus casas, murallas, pozos, fuentes, salones de reunión, calles, jardines y templos. Las casas de los veyenses estaban vacías. Veyes era una ciudad sin ciudadanos.

¿Qué hacer con Veyes?

Una facción, liderada por un tribuno de la plebe llamado Sicinio, defendía que la mitad de la población de Roma debería abandonar sus hogares y trasladarse a Veyes para ocupar las casas vacías de la ciudad. Los arrendatarios podrían así convertirse en propietarios; los hombres acosados por las deudas podrían empezar de nuevo. Los campesinos que habían recibido la promesa de pequeñas granjas en el lejano territorio conquistado a los volscos, podrían recibir parcelas en las afueras de Veyes y disfrutar de las comodidades de la ciudad ya construida y vivir cerca de sus amigos y familiares de Roma. Con dos ciudades enteras para acomodar a la población de una, la disparidad entre los propietarios y los desposeídos de Roma quedaría eliminada de la noche a la mañana.

Los defensores de la propuesta de Sicinio eran muy entusiastas, pero la oposición era rabiosa. Los terratenientes y los prestamistas de Roma tenían con ello todo que perder y nada que ganar. Los que gobernaban la ciudad veían su autoridad diluida; ¿y si Veyes se convertía no en un anexo de Roma, sino en una ciudad rival, con sus propios magistrados y sacerdotes? Los opositores acusaban a Sicinio de confabular para enriquecerse controlando la distribución de las propiedades en Veyes; a lo mejor pretendía incluso convertirse en rey de Veyes. Para la oposición, la migración propuesta era nada más y nada menos que una nueva secesión de la plebe, sólo que esta vez la secesión sería permanente. Los dioses habían favorecido a una ciudad, Roma, y Roma debía seguir tal y como estaba. Veyes debía ser destruida, derribada, y sus edificios reducidos a cenizas.

Camilo estaba entre los que con más vehemencia se habían opuesto a la ocupación de Veyes. En un discurso en el Senado, había pronunciado una frase que se convertiría en el grito de guerra de la oposición: «¡Una ciudad abandonada por los dioses nunca debería ser habitada por los hombres!». Había quien decía que su exilio era el precio a pagar por su oposición a Sicinio y su facción. Habían

acusado a Camilo de corrupción y él no había podido defenderse, pero el tema de fondo era la postura de Camilo respecto a la Cuestión Veyense.

¿Debía ser Roma una ciudad o dos? ¿Debía habitarse Veyes o ser destruida? El tema sin resolver eclipsaba cualquier otra preocupación relativa a la ciudad. El debate era salvaje e implacable, y a menudo acababa dando lugar a situaciones violentas en el Foro. Al parecer no había término medio; la migración o bien prometía la solución a todos los problemas, o bien amenazaba con aniquilar Roma. Había muchos intereses en juego. ¡No era de extrañar que Foslia se hubiese reído ante la singular divagación sobre el matrimonio entre clases que había hecho la virgo máxima cuando surgió el tema de la Cuestión Veyense!

Con todo y con eso, tal y como Postumia había argumentado, todas estas preguntas estaban relacionadas entre sí a cierto nivel. La política divide cada pregunta en diversas cuestiones, todas ellas exasperantes y sin solución: cada uno afirmaba su propia voluntad y acababa prevaleciendo el que fuese más fuerte en un momento dado. La religión unía todas las preguntas en una, para la que había una única respuesta: la voluntad de los dioses.

Pinaria tenía a menudo la impresión de que el mundo fuera de la casa de las vestales era un torbellino de caos, violencia e incertidumbre. Los enemigos de Roma buscaban su destrucción, igual que Roma buscaba la de ellos. Los ciudadanos de Roma peleaban sin cesar por la riqueza y el poder; incluso en el seno de las familias, los hijos peleaban entre sí y a veces desobedecían a su paterfamilias, mientras que las esposas se rebelaban contra sus maridos. Pero estas luchas eran una simple sombra de algo mucho mayor, y aun así difícil de ver, igual que a una hormiga puede resultarle difícil ver un templo, por su propia enormidad: la voluntad de los dioses. La sabiduría no venía de dentro, ni de otros mortales: la sabiduría estaba en determinar el deseo de los dioses. Incluso después de sus muchos años de estudio, era frecuente que el camino le resultara oscuro a Pinaria.

Se alegraba de que la cena hubiese tocado a su fin y de que la conversación hubiera terminado; las vestales se dirigirían ahora al templo de la diosa para la oración de acción de gracias de la noche. Por mucho placer que los juegos de palabras proporcionaran a personas inteligentes como Foslia, o a maestras como la virgo máxima, hablar nunca solucionaba nada. La paz se obtenía sólo a través de la realización del ritual, y la mayor paz se obtenía a partir de aquellos preciosos momentos en los que Pinaria contemplaba, sin interrupciones y libre de todo pensamiento ajeno, la llama sagrada de Vesta, sabiendo que era la única cosa en el mundo pura e imperecedera.

—¡Vienen de camino! ¡Vienen de camino! ¡Tengo que avisar a todo el mundo! ¡Vienen de camino!

El loco se había abierto paso entre las criadas de la entrada de la casa de las vestales. Había cruzado corriendo el vestíbulo y entrado en el atrio, y ahora se encontraba en el centro del *impluvium.* Era mediodía y el sol le daba de lleno. Como un niño en plena pataleta, metió los pies en el agua, que le llegaba a la altura de las rodillas; la luz del sol centelleó y creó un arco iris en el agua.

—¡Vienen de camino! —gritaba, apretando los puños a ambos lados de su cuerpo y juntando las cejas, enfurruñado—. ¿Por qué nadie me escucha?

Las vestales y las criadas se apiñaron manteniéndose a cierta distancia, observándolo fascinadas. Foslia, que acababa de llegar, le dijo a Pinaria al oído:

—¿Quién es esta criatura?

—No lo sé. Pero lo he visto por las calles, en el trayecto que lleva al templo de Vesta.

—Parece un mendigo, a juzgar por sus harapos. ¡Y ese pelo y esa barba horrorosa y mal cuidada! ¿Ha amenazado a alguien?

—No. Parece que quiere alertamos de alguna cosa. La virgo máxima ha ido a buscar al pontífice máximo...

—Bromeas. Más bien tendría que haber ido a buscar a algunos lictores armados para que se llevasen a este hombre encadenado.

—Me ha dado la sensación de que la virgo máxima se lo tomaba en serio.

En la entrada reinaba la confusión. Postumia y el pontífice máximo aparecieron en el vestíbulo y entraron en el atrio, seguidos por una comitiva de sacerdotes y agoreros.

El loco cayó de rodillas, el agua salpicó a su alrededor.

—¡Pontífice máximo! ¡Por fin! Escucharás la verdad de lo que digo.

El alto sacerdote lucía una túnica con numerosos pliegues recogidos en un nudo justo por encima de la cintura; el bonete que le cubría la cabeza durante las ceremonias estaba echado hacia atrás y dejaba al descubierto una coronilla calva rodeada de pelo blanco. Se acarició su larga barba blanca y miró por encima de la nariz al hombre arrodillado en el *impluvium.*

—¡Marco Cedicio! Qué bajo has caído en este mundo... y no lo digo porque hayas caído de rodillas.

—¿Conoces a este hombre, pontífice máximo? —dijo Postumia.

—Lo conozco. Cedicio era un plebeyo respetable, un abatanador dedicado al lavado y al tinte de la lana; observa las manchas oscuras de sus uñas. Pero hace un tiempo abandonó su establecimiento y se convirtió en un vagabundo. Frecuenta un rincón particular en la calle que hay por encima del templo de Vesta. ¿No lo has visto nunca andando de aquí para allá, hablando solo? Veamos, Cedido, ¿qué son estas tonterías? ¡En qué estabas pensando, entrando por la fuerza en esta morada sagrada y aterrorizando a las vírgenes! ¿Qué dices en tu defensa?

—¡Oh, pontífice máximo, tienes que escucharme!

—*Te escucho,* loco. ¡Habla!

—He oído una voz. Estaba en la calle, solo... no había otro mortal a la vista, lo juro... y me ha hablado una voz, con la misma claridad con la que yo te hablo ahora. ¡Una voz de la nada! —Cedicio se retorcía las manos y se mordió el labio inferior.

—¡Por Hércules, hombre, suéltalo! ¿Crees que no tengo nada mejor que hacer? ¿Qué ha dicho esa voz?

—Ha dicho: «¡Los galos están de camino!». Eso es lo que ha dicho, así como lo oyes: «¡Los galos están de camino!».

El pontífice máximo frunció la frente.

—¿Los galos?

Uno de sus subordinados se colocó a su lado.

—Una tribu de salvajes de una tierra del norte muy lejana, pontífice máximo, más allá de la gran cordillera montañosa que llaman los Alpes. Hace unos años, descubrieron un paso entre los Alpes. Algunos pasaron a Italia y fundaron una ciudad llamada Mediolanum. Dicen los poetas que fue el deseo de vino lo que llevó a los galos hasta Italia; en su tierra natal no lo tienen. Se dice que su idioma, una combinación de gruñidos, es muy tosco y desagradable al oído.

—Sí, he oído hablar de esos galos —dijo el pontífice máximo—.¿Y por qué tendrían que venir aquí, Marco Cedicio, y por qué debería importarnos?

Cedicio hundió las manos en el agua poco profunda, a punto de llorar.

—¡Los galos están de camino! ¿No lo entendéis? ¡Su llegada será terrible, lo peor que haya sucedido jamás! ¡Perdición! ¡Muerte! ¡Destrucción! ¡Avisad a los magistrados! ¡Ve enseguida y llévate contigo a las vestales! ¡Reza a los dioses por nuestra salvación!

Un sacerdote bajito y fornido de la comitiva que seguía al pontífice máximo llevaba un buen rato examinando un pergamino, dando vueltas a los cilindros con ambas manos y estudiando el texto. El hombre dio un salto de pronto, lo que llamó la atención de Pinaria.

Foslia se dio cuenta también. Agarró a Pinaria por el brazo y le dijo al oído:

—¿Te has dado cuenta de lo que lleva ese sacerdote? ¡Es uno de los Libros Sibilinos!

—Seguro que no —susurró Pinaria—. ¿No los guardan en el Capitolio, en una bóveda debajo del templo de Júpiter?

—Claro, allí es donde los sacerdotes estudian los versos en griego, los traducen al latín y debaten su significado. Ese tipo gordinflón debe de ser uno de los sacerdotes, ¡y ése debe de ser uno de los

Libros Sibilinos!

—Jamás pensé que llegaría a ver uno —dijo Pinaria, temblando de miedo. Los versos arcanos se consultaban solamente en situaciones terribles.

El sacerdote dio un nuevo brinco y exclamó excitado:

—¡Pontífice máximo, he encontrado algo! Sabía que había visto esta referencia alguna vez y por fin la he encontrado. La sibila vaticinó personalmente este momento. Escribió un verso para guiamos.

—¿Qué dice? Lee el oráculo en voz alta.

El pequeño sacerdote levantó la mirada del pergamino. Observó durante un largo rato a Marco Cedido con los ojos abiertos de par en par, pestañeó, tosió para aclararse la garganta y leyó:

Un hombre se arrodilla en el agua y no se hunde.
Habla a los sabios para hacerlos pensar.
No deben encogerse ante su aviso.

El pequeño sacerdote dejó el pergamino a un lado. Todos los allí reunidos miraron al hombre arrodillado en aguas poco profundas, que decía haber oído una voz incorpórea que le enviaba un aviso: « ¡Los galos están de camino!».

Poco después de que Cedicio diera la alerta, llegó la noticia de que un inmenso ejército de galos venía barriendo el territorio desde el norte y estaba sitiando la ciudad de Clusium, situada junto a un afluente del Tíber, a cien millas de Roma, río arriba.

Los padres de la ciudad conferenciaron. Se debatió la profecía de Cedicio y las palabras de la sibila. Se decidió enviar una delegación a Clusium para observar directamente a los galos. Si eran tan numerosos como afirmaban los rumores y tan amenazadores como creía Cedicio, los enviados intentarían hacer uso de la diplomada (promesas, pactos o amenazas) para alejar a los galos de Clusium o, como mínimo, disuadirlos de seguir con su avance hacia el sur y poner su objetivo en Roma.

Los embajadores romanos eran tres hermanos de la distinguida familia de los Fabio. Los galos los recibieron con educación, pues habían oído hablar de Roma y sabían que la ciudad era una fuerza a tener en cuenta. Pero cuando los Fabio preguntaron a los galos qué mal les habían hecho los clusianos para querer atacar la ciudad y si hacer la guerra injustamente no era una ofensa para los dioses, el caudillo de los galos se limitó a reírse de ellos. Breno era un hombre de mandíbula fuerte, con una erizada barba pelirroja y una desgreñada melena, tan fornido y musculoso que parecía esculpido a partir de un bloque de granito. Los galos eran casi una raza de gigantes, y Breno se engrandeció ante uno de los embajadores romanos. Pese a que hablaba con cierto humor tosco, los romanos tuvieron la impresión de que los menospreciaba.

—¿Que cómo nos han ofendido los clusianos? —preguntó Breto—. ¡Teniendo demasiado, mientras nosotros tenemos muy poco! ¡Siendo tan pocos, mientras nosotros somos tantos! En cuanto a las ofensas a los dioses, tal vez seáis distintos a nosotros, pero la ley de la naturaleza es la misma en todas partes. El débil somete al fuerte. Y sucede igual entre dioses, animales y hombres. Por lo que he oído de vosotros, creo que los romanos no sois distintos. ¿No habéis tomado nunca las pertenencias de los demás, no habéis convertido hombres libres en esclavos simplemente porque sois más fuertes que ellos y porque es lo que os conviene? ¡Creía que sí! De modo que no pidáis que sintamos lástima por los clusianos. Tal vez deberíais ser vosotros quienes sintierais lástima por los pueblos que *habéis* conquistado y oprimido. Tal vez tendríais que decidir liberarlos y devolverles sus bienes. ¿Os gustaría, romanos? ¿Qué decís? ¡Ja!

Breno se rió en su cara. Los Fabio se sintieron tremendamente insultados, pero mantuvieron la

boca cerrada.

La cuestión podría haber terminado ahí, pero Quinto Fabio, el más joven y cabezota de los hermanos, estaba decidido a derramar sangre gala. Todas las razas, incluyendo los galos, reconocían la categoría de protegidos divinos de los emisarios; estaba universalmente acordado que los embajadores debían recibir hospitalidad y no sufrir ningún daño, y ellos a cambio no levantarían las armas contra sus anfitriones. Quinto Fabio violó aquella ley sagrada. Al día siguiente, vistiéndose con la armadura de un clusiano, se unió a las fuerzas de la ciudad sitiada y entró en batalla contra los galos. Después de elegir a un galo especialmente alto, cabalgó directamente hacia él y lo mató de un solo golpe de espada. Deseoso de un trofeo, Quinto Fabio saltó de su caballo decidido a despojar al fallecido de su armadura, y al hacerlo su casco clusiano se le cayó de la cabeza. Breno, que estaba combatiendo en la cercanía, vio su cara y lo reconoció enseguida.

El jefe galo se sintió ultrajado. De haber podido enfrentarse a Quinto Fabio en el campo de batalla, la muerte de uno de los dos habría acabado con el asunto, pero la presión de la batalla distanció a los dos hombres y ambos acabaron ilesos la jornada.

Los Fabio regresaron a Roma. Breno, un hombre impulsivo y orgulloso, pasó la noche entera cavilando. Por la mañana anunció el fin del sitio de Clusium. Los romanos merecían su castigo por haberlo insultado, primero sugiriendo que había ofendido a los dioses y después por quebrantar de manera flagrante la ley divina al tomar las armas contra él. Breno anunció que el ejército galo al completo, más de cuarenta mil soldados, emprendería enseguida su marcha hacia el sur.

En Roma, el pontífice máximo pidió el castigo para Quinto Fabio, diciendo que toda la culpa debía recaer en un solo hombre para exonerar de este modo al resto de los ciudadanos y evitarles el merecido desquite divino. Pero la opinión popular aplaudió a Quinto Fabio por su imprudencia. La gente *se* burlaba del desquite de los dioses o de los galos. ¿Acaso no había demostrado Quinto Fabio lo fácil que era matar a un galo, por gigantesco que fuera, y acaso los dioses no lo habían devuelto sano y salvo a casa? Las elecciones estaban a la vuelta de la esquina y, en lugar de castigar a Quinto Fabio, el pueblo lo eligió como tribuno militar, junto con sus hermanos. Breno, al enterarse, se enfureció más aún. Sus discursos incitaron a los galos. La inmensa horda descendió a toda velocidad por el valle del Tíber y se acercó rápidamente a Roma.

Había un hombre con capacidad demostrada para unificar las fuerzas romanas y liderarlas hacia la victoria, incluso ante un contingente tan apabullante como aquél, pero ese hombre estaba en el exilio: Camilo. De noche, las vestales rezaban por su retorno, aunque vieran presagios por todos lados vaticinando un desastre. Pero nadie hizo volver a Camilo de su exilio, ni se nombró un dictador para gestionar la emergencia, sino que los Fabio y los otros tres tribunos militares consideraron adecuado dividirse el mando entre ellos. A pesar de que consiguieron reunir un ejército que equiparaba en número al de los galos, la inmensa mayoría de los reclutados eran soldados rasos. Muchos no habían sujetado en su vida una espada, ni arrojado una lanza; fanfarrones como sus líderes, eran desobedientes, indisciplinados y excesivamente confiados. En vísperas de la batalla, y todavía en desacuerdo con el sacerdocio que había exigido el castigo de Quinto Fabio, los comandantes se negaron a escuchar los auspicios o a ofrecer más sacrificios a los dioses. Roma iba a enfrentarse a los galos sin Camilo, sin un ejército lo suficientemente entrenado y sin el favor de los dioses.

La batalla tuvo lugar en el solsticio de verano. El día más largo del año se convirtió en el día más triste de la historia de Roma.

Las fuerzas romanas avanzaban río arriba junto al Tíber, mal agrupadas y desordenadas debido a las instrucciones contradictorias que recibían de sus mandos. A medida que se aproximaban a la confluencia donde el río Alia corría a lo largo de un abrupto cañón para unirse con el Tíber, a unas diez millas de distancia de la ciudad, oyeron un sonido similar al de una multitud de animales bramando. El sonido se hizo más fuerte y más cercano, hasta que los romanos se dieron cuenta de que debía de tratarse de una marcha entonada por los galos en su tosco idioma. Los soldados de reconocimiento no habían avisado de nada y parecía imposible que los galos hubieran llegado tan lejos con tanta rapidez. Un escalofrío de terror recorrió las primeras filas. Y al instante se encontraron cara a cara con el enemigo.

El pánico cundió entre los romanos, rompieron filas y salieron corriendo. Fueron empujados a miles al río, muriendo muchos de ellos ahogados. Miles más huyeron en dirección al estrecho cañón, y los que no fueron arrollados por sus propios hombres, fueron masacrados por los galos. Los que sobrevivieron a la batalla lo hicieron sólo porque Breno, sorprendido ante la facilidad de la victoria, sospechaba una trampa. Impidió que sus hombres avanzaran a la velocidad que les habría gustado, lo que permitió a los romanos arrojar sus armas, deshacerse de sus armaduras y correr más que sus perseguidores, salvándose pero despojándose de cualquier vestigio de dignidad. Al estar más cerca, muchos huyeron hacia Veyes, no hacia Roma. Sólo un puñado de ellos consiguió llegar a la ciudad y comunicar la noticia del desastre.

El ejército romano quedó destruido. Lo que quedaba del mismo fue desarmado y se dispersó. Regocijados con su buena suerte, pero agotados después de la carnicería, los galos descansaron aquella noche. Al día siguiente, se dedicaron a hacerse con el botín de los muertos en combate: había tantos romanos que pasaron el día entero dedicado a ello.

A la mañana siguiente, los galos se dirigieron a Roma. A su llegada, al caer la noche, tomaron una ciudad con las puertas abiertas y sin ningún centinela en las murallas. Todo estaba tranquilo y en silencio. Tan misterioso era aquello, que aquella noche Breno acampó fuera de las murallas, temiendo de nuevo una trampa. Esperó hasta el nuevo día para aventurarse en la ciudad indefensa.

Sola en el templo de Vesta, Pinaria dormía. Ni siquiera la diosa estaba presente, pues la llama sagrada de Vesta se había extinguido. En el hogar no quedaban más que cenizas.

El día anterior, mientras las demás se preparaban para huir, corriendo de un lado a otro de la casa de las vestales presas del pánico, Pinaria se había visto superada por el deseo de pasar unos momentos más en el templo de Vesta, antes de marchar. Pretendía hacer una escapada rápida al templo para volver luego con toda prontitud, pero las masas de gente que invadían las calles habían frustrado sus intenciones. Los ciudadanos de Roma salían de ella a millares. Algunos huían a pie, sin nada más que las prendas que llevaban encima. Otros empujaban carretillas cargadas con sus pertenencias. Y otros más habían enganchado asnos a sus carretas para llevarse con ellos todas sus posesiones.

Mientras Pinaria se abría camino entre el tropel de gente, algunos, viendo sus atuendos sagrados, intentaban abrirle paso, pero en muchos puntos la multitud estaba demasiado apiñada. Pinaria recibió empellones por todos lados. El calor del día de pleno verano era abrasador y sofocante. La gente lanzaba lastimeros gemidos de angustia. Una mujer gritaba y lloraba porque su hijo había caído al suelo y estaba atrapado entre los pies de la gente. Pinaria se volvió a mirar, pero la multitud la arrastró en contra de su voluntad.

Llegó por fin al templo. Se apartó del gentío y subió corriendo los peldaños vacíos. La puerta estaba abierta. En el interior no había nadie. Pinaria cerró la puerta a sus espaldas y respiró hondo.

¿Por qué había vuelto? Vesta ya no estaba allí; dondequiera que estuviese la llama, allí se encontraría la diosa. La llama eterna había sido trasladada a un brasero portátil para ser llevada lejos de Roma, a un lugar seguro. El pontífice máximo y la virgo máxima habían supervisado la lúgubre ceremonia mientras las vestales observaban y lloraban; siempre y cuando la llama de Vesta se conservase, habría una oportunidad, por débil que fuese, de que la ciudad de Roma sobreviviera.

El santuario circular se hallaba oscuro y vacío. La cámara estaba inmersa en un sorprendente silencio; las pesadas puertas amortiguaban el vocerío de la muchedumbre en el exterior. Y cuando se encontró sola en el templo de Vesta, Pinaria se sintió inundada por una increíble sensación de calma.

—¿Para qué ha servido la profecía? —dijo en voz alta, aunque no había nadie allí que la oyera.

Marco Cedicio había alertado a magistrados y sacerdotes sobre la llegada de los galos, pero su advertencia no había servido para nada. Pese a sus esfuerzos por impedir su llegada, de hecho, debido precisamente a esos esfuerzos, los galos estaban ahora entrando en Roma y nada podía

detenerlos. La profecía de Cedicio no había sido más útil que las profecías de la princesa troyana Casandra, que vaticinó la desgracia de su ciudad pero, aun así, no pudo hacer nada por evitarla. ¿Sería el destino de Troya también el destino de Roma?

Pinaria se estremeció y cerró los ojos. De repente estaba rendida. Se arrodilló en el suelo y se recostó en el hogar vacío.

No pretendía quedarse dormida. De hecho, creía que era imposible dormirse, teniendo en cuenta el estado de sobreexcitación tanto de la ciudad como de ella misma. Somnus, el dios del sueño, se apoderó de ella, acompañado por su hijo Morfeo, el creador de sueños.

Pinaria se despertó. Lo hizo de repente, con una molesta sensación de estar desubicada en el tiempo y el espacio.

¿Dónde estaba? Pestañeando, se dio cuenta de que se hallaba en el templo de Vesta. Sintió una punzada de pánico. ¿Se había quedado dormida atendiendo la llama sagrada? Miró el hogar. ¡Estaba frío y oscuro, y la llama apagada! El corazón se le aceleró y se sintió mareada, pero entonces lo recordó: los galos venían de camino. Habían retirado la llama para transportarla a un lugar seguro.

Intuyó que habían transcurrido muchas horas desde que había entrado en el templo. El murmullo de la multitud había dejado de traspasar las gruesas puertas, no se oía ningún ruido procedente del exterior. No era de noche, la luz del sol se filtraba a través del estrecho hueco que se abría bajo las puertas.

Pinaria abrió las puertas y se protegió los ojos, deslumbrada por la potente luz diurna. La mano de Somnus había caído con fuerza sobre ella, haciéndola dormir un día entero.

Morfeo la había visitado también, pues ahora recordaba el sueño que la había obsesionado toda la noche. Foslia aparecía en él, charlando sin parar, exhibiendo toda su erudición. Todo lo que decía contrariaba a Pinaria y la inquietaba cada vez más...

«Rómulo desfilaba a pie en sus procesiones triunfales. ¿Crees que Breno paseará por Roma montado en una cuadriga, como Camilo? Me pregunto si Breno es tan atractivo como...».

Había más, aunque en el sueño Pinaria protestaba e intentaba no escuchar.

«Las mujeres troyanas fueron tomadas como esclavas. ¿Crees que las vestales nos convertiremos en esclavas? No me imagino que los galos permitan que sigamos siendo *vírgenes* durante mucho tiempo...».

Y aunque Pinaria protestaba, Foslia continuaba, decidida a dejar patente su irrefutable lógica religiosa.

«Ninguna ciudad es conquistada a menos que su pueblo haya ofendido a los dioses. Matar o esclavizar a los habitantes de una ciudad conquistada satisface a los dioses. Ahora los galos han conquistado Roma. ¿Qué crees que significa, Pinaria? ¿Qué nos dice eso sobre Roma?».

¡Una pesadilla terrible! Pinaria tiritó, pese al calor del día. Cuando bajó por la escalinata del templo y miró a su alrededor, lo que vio era tan inquietante como su sueño, e igual de extraño.

La calle estaba llena de objetos desechados, cosas que la gente había pensado poder llevarse en su huida pero que había abandonado al verse vencida por el pánico o el sentido común: objetos de alfarería, sacos llenos de ropa, cajas atiborradas de baratijas y recuerdos, juguetes hechos de madera o paja, incluso sillas y mesas de trípode. Carretas y carretillas abandonadas y volcadas, con su contenido esparcido al lado.

No se veía ni un alma, ni se escuchaba una voz. Pinaria había vivido toda la vida en la ciudad, estaba acostumbrada a su tremenda energía, a sus alborozadas multitudes. Ver la ciudad sin gente era extraño. Roma era como una concha vacía. Como una tumba sin cuerpo.

Incluso los dioses se habían ido. Antes de huir, los romanos habían despojado los templos de cualquier objeto sagrado. La llama sagrada de Vesta, las estatuas de los dioses, los talismanes sagrados de los reyes, los Libros Sibilinos... todo estaba guardado en lugar seguro o enterrado en

rincones secretos de la ciudad. Únicamente Somnus y Morfeo seguían allí; tal vez rondaban aún cerca de Pinaria, pues se sentía como si estuviese caminando por el extraño e irreal paisaje de una pesadilla.

Deambuló por el Foro, sorprendida a veces por el eco de sus propias pisadas en los espacios públicos vacíos. Al volver una esquina, se quedó sin aliento. No estaba sola. En una silla sin respaldo, frente a la entrada de su residencia oficial, estaba el pontífice máximo. El hombre, que había oído su grito sofocado, dio un brinco y volvió la cabeza, tan sorprendido de verla como ella lo estaba de verlo a él.

Corrió hacia él. Él permaneció en su lugar, sentado con la espalda erguida y la frente fruncida.

—¡Pinaria! ¿Qué haces aquí? Todas las vestales se fueron ayer. Ella se arrodilló junto a la silla.

—Sí, pontífice máximo, y yo tenía que ir con ellas. Pero quise visitar el templo de Vesta una última vez. Pretendía que sólo fuese un momento, pero...

—Silencio. ¿Lo has oído?

Pinaria ladeó la cabeza. El sonido era lejano y vago al principio, pero fue acercándose poco a poco y haciéndose más claro. Era el sonido de hombres hablando, salpicado por gritos y risas.

—Los galos —murmuró el pontífice máximo—. ¡Por fin han llegado!

—Pero, pontífice máximo, ¿por qué sigues aquí? ¿Por qué no has huido?

—Porque hay algunos que seguimos siendo romanos. ¿Huir de la ciudad? ¡Jamás!

—Pero cuando los galos te encuentren...

—No soy el único. Si caminas por la ciudad verás que hay más gente. En su mayoría hombres de edad, como yo; hombres que jamás en su vida han huido del enemigo y no tienen intención de hacerlo ahora. Tampoco nos esconderemos en nuestras casas. Todos hemos sacado una silla frente a nuestro domicilio para sentarnos y esperar lo que tenga que venir, con nuestra dignidad romana intacta.

—¡Pero los galos son monstruos! Son gigantes, miden el doble que un hombre normal. ¡Beben sangre humana y queman vivas a sus víctimas!

—Tal vez puedan destruir mi cuerpo, pero no me robarán la dignidad. Pero escucha, Pinaria..., ¡se acercan! ¡Tienes que huir!

—¿Dónde?

—¡Cruza la calle, rápido! Escóndete entre las ramas de ese tejo y no hagas ruido, veas lo que veas. ¡Vete!

A regañadientes, Pinaria se alejó de él. Se escondió justo en el momento en que una tropa de galos asomaba por la calle, riendo y agitando las espadas por la simple emoción de oír los filos cortando el aire. Eran grandes, aunque no tan gigantescos como imaginaba Pinaria. Tampoco eran tan feos como pensaba; algunos incluso podría decirse que eran atractivos, pese a su cabello curiosamente trenzado y sus barbas sin recortar.

Los galos vieron al pontífice máximo y se quedaron un momento en silencio. Se acercaron, observándolo con curiosidad. Estaba sentado tan quieto, con las manos posadas sobre las rodillas y mirando al frente, que a lo mejor pensaron que era una estatua pintada. Lo rodearon lentamente, gruñeron algo en su salvaje idioma, rieron y simularon atizarlo con sus espadas. Él no reaccionó de ninguna manera, ni siquiera pestañeó. Por fin, uno de los galos, un gigante pelirrojo que daba órdenes a los demás, se agachó y miró fijamente al pontífice máximo, ojo con ojo y nariz con nariz. Le agarró por su larga barba blanca, sonrió y le dio un fuerte tirón.

La reacción del pontífice máximo fue instantánea. Le cruzó la cara al galo con un bofetón. El crujido del golpe resonó por toda la calle. Pinaria sofocó un grito.

El galo retrocedió de un salto y rugió. Extrajo una larga espada y la hizo circular en el aire. El pontífice máximo no se movió, pero su rostro se quedó blanco como la sal. Con todas sus fuerzas, el galo hizo oscilar su espada junto al cuello del pontífice máximo. Se produjo un sonido repugnante y la cabeza del sacerdote salió volando por los aires, la barba blanca siguiéndola como la cola de un cometa. Aterrizó en la calle, rebotó una vez y siguió rodando hasta detenerse a escasos pasos de donde estaba escondida Pinaria.

Aun sin quererlo, ella abrió la boca para gritar, pero una mano apareció por detrás y se la tapó, y

un brazo la sujetó con tanta fuerza que no le quedó aire ni para gritar.

El cuerpo decapitado del pontífice máximo se convirtió en un surtidor de sangre. Sus miembros se sacudieron de forma espasmódica y los dedos se retorcieron salvajemente. Los galos se echaron a reír, refrescándose con la lluvia de sangre que caía sobre ellos. La visión era tan horripilante que Pinaria luchó con todas sus fuerzas contra los brazos que la sujetaban, desesperada por poder huir de ellos, pero el hombre no la soltaba. Notaba en la espalda el corazón de aquel hombre latiendo a tanta velocidad como el suyo. El cuerpo de la vestal era intocable; Pinaria no estaba acostumbrada a que la tocaran. La sensación de ser agarrada con tanta fuerza resultaba aterradora y, a la vez, extrañamente reconfortante.

Los galos hicieron caer de la silla el cuerpo del pontífice máximo, le dieron algunas patadas y continuaron su camino. El líder ladró una orden a uno de sus hombres, que corrió a recoger la cabeza cortada. El hombre se acercó tanto a Pinaria que podría haberla visto perfectamente de haber mirado entre el follaje del tejo, pero mantuvo la mirada clavada en la cabeza mientras la cogía por la barba y salía corriendo, haciéndola rodar por encima de su propia cabeza.

Los galos desaparecieron.

Poco a poco, el hombre fue soltando a Pinaria. Cuando se liberó y se volvió vio que se trataba de un hombre joven como ella. Iba vestido con una túnica harapienta. Sus zapatos eran simples retales de cuero, tan gastados que ni siquiera merecía la pena llevarlos. Pinaria miró la mano que le tapaba la boca, luego a la que le había rozado el pecho.

—¿Dónde está tu anillo? —dijo.

El joven se limitó a levantar una ceja. Tenía los ojos azules y era muy guapo, pese a que lucía un corte de pelo tan zarrapastroso que su claro cabello caía de uno y otro lado como penachos de paja.

—¿Tu anillo de ciudadano? —preguntó Pinaria—. ¿Dónde está? —Siguiendo una costumbre de los griegos, todo ciudadano romano llevaba un anillo, normalmente un sencillo aro de hierro. A veces, éstos estaban grabados con iniciales o símbolos; los que tenían motivos para enviar cartas o documentos, utilizaban el anillo para grabar su insignia en el lacre de cera.

—No tengo anillo —afirmó el joven—. Pero tengo esto. —Le señaló un amuleto que llevaba colgado al cuello con una tira de cuero. Parecía estar hecho de plomo, esculpido muy toscamente en forma de miembro viril con alas.

Pinaria se quedó lívida.

—Eres un esclavo, ¿verdad?

—Sí.

—¡Un esclavo ha osado tocarme!

El joven rió.

—¿Preferirías que te hubiese dejado gritar? Esos galos te habrían encontrado, seguro, y luego también me habrían encontrado a mí. Y como yo soy más guapo que tú, ¿quién sabe a quién de los dos habrían violado? Yo no sé qué opinas tú, pero no me apetece convertirme en el juguete de uno de esos gigantes sedientos de sangre.

Pinaria se quedó mirándolo, boquiabierta. Jamás un hombre le había hablado de una manera tan cruda. De hecho, pocos esclavos le habían dirigido la palabra, salvo para responder a sus órdenes. Nadie nunca la había mirado a los ojos y le había sonreído de una forma tan descarada.

El esclavo la miró de arriba abajo.

—Debes de ser una vestal.

—¡Lo soy!

—¿Qué haces todavía aquí? Creía que os habíais marchado ayer. De pronto, Pinaria notó que estaba a punto de estallar en lágrimas. Respiró hondo para tranquilizarse.

—Eres muy impertinente.

—¿Es eso lo que le dirás a Breno cuando te ate a una estaca, despatarrada, en el centro del Foro y una hilera de galos haga cola para que te conozcan hasta el Aventino?

Pinaria le dio un bofetón, y a continuación se echó a llorar sin poder remediarlo. El esclavo no hizo ningún ademán de tocarla, sino que dio un paso atrás y se cruzó de brazos.

—¿Te he asustado?

—¡ Sí!

—¡Bien!, porque en cualquier momento aparecerán por aquí más galos y éste no es muy buen lugar para esconderse.

Pinaria reprimió las lágrimas.

—Tengo que salir de la ciudad.

—Imposible.

—Y entonces ¿dónde voy?

—Dame la mano.

—¿Qué?

—Se acercan más galos. ¿Es que no los oyes?

Pinaria prestó atención. Oyó muy cerca la voz de hombres entonando una marcha en el horroroso idioma de los galos. Parecían borrachos.

—Me llamo Penato, por cierto. Ahora, dame la mano y larguémonos. Vamos a tener que correr, muy rápido.

—¿Hacia dónde?

—¿Y cómo quieres que lo sepa? Confiemos en que los dioses nos guíen.

—Los dioses han abandonado Roma —dijo Pinaria, pero igualmente le dio la mano.

Corrieron de un lado a otro, subiendo y bajando colinas, hacia ninguna parte, esforzándose por evitar a los galos. A medida que iban apareciendo más galos, invadiendo la ciudad igual que las ratas invaden un navío, eludirlos iba haciéndose más complicado. A veces los veían, y los galos gritaban y corrían tras ellos, pero siempre conseguían escapar. Penato parecía conocerse todos los callejones y todos los agujeros de todas las paredes de la ciudad.

Vieron muchas cosas terribles. Igual que el pontífice máximo, otros habían decidido también recibir a los galos sin miedo, sentados como estatuas delante de sus casas. Algunos, como el pontífice máximo, habían sido decapitados. Otros habían sido estrangulados o apuñalados hasta la muerte. A otros los habían ahorcado colgándolos de los árboles.

Había un número sorprendente de romanos en la ciudad que, al igual que Pinaria, habían intentado huir pero no habían podido hacerlo antes de la llegada de los galos. La ciudad se había convertido en un coto de caza: los galos eran los cazadores, los romanos la presa. Pinaria vio cómo asesinaban a hombres y violaban a mujeres y niños.

Las tiendas estaban siendo saqueadas. Los edificios incendiados. Los galos se quedaban boquiabiertos ante las opulentas casas del Palatino y más boquiabiertos aún ante la sencilla Cabaña de Rómulo, conservada como un monumento rústico en medio de las moradas más lujosas de la ciudad. ¿Podían unas criaturas sin sentimientos y medio humanas comprender lo que representaba la cabaña sagrada? Mientras Pinaria observaba entre las sombras, un grupo de galos borrachos formó un círculo en torno a la cabaña y orinó en ella, pasándoselo en grande y haciendo una fiesta de su profanación. Ninguna de las cosas que había visto a lo largo del día ofendió más profundamente a Pinaria, o la hizo sentir con más desesperación que la historia de Roma había terminado para siempre.

Aquel terrible día parecía interminable. Al fin, pasando por debajo de la roca Tarpeya, Pinaria y Penato oyeron unas voces que los llamaban desde arriba.

—¡Aquí! ¡Aquí arriba! ¡Estaréis a salvo si conseguís llegar a la cima del Capitolio!

Al levantar la vista vieron diminutas figuras oteando por encima de la roca. Las figuras les hacían señas y luego señalaron frenéticamente en una dirección.

—¡Galos! ¡Los tenéis muy cerca, justo detrás de ese edificio! ¡Corred! ¡Daos prisa! Si conseguís llegar al camino que serpentea hacia la cima del Capitolio...

Pinaria estaba demasiado asustada para pensar, demasiado agotada para moverse. Fue Penato quien la arrastró, llevándola de la mano. Al cruzar el Foro, fueron avistados por la misma tropa de

galos que había decapitado al pontífice máximo; uno de los gigantes seguía cargando con la cabeza del sacerdote a modo de trofeo, arrastrándola por la barba. Pinaria gritó. Los galos rieron y corrieron tras ellos.

Llegaron al camino que los conduciría hasta la cima del Capitolio, la misma ruta que seguían las procesiones triunfales hasta llegar al templo de Júpiter. Agotada por el dolor, inmovilizada por el terror, Pinaria había llegado al límite de su resistencia pero, aun así, con Penato tirando todo el rato de ella, tuvo la sensación de que volaba ascendiendo el tortuoso camino. Pensó que aquel esclavo debía de tener alas de verdad, tal y como su nombre sugería, pues ¿cómo estaba siendo transportada si no, si sus miembros ya no podían más y su voluntad estaba totalmente agotada?

Con sus empinadas cuestas, el Capitolio siempre había sido una de los enclaves naturales más defendibles de las Siete Colinas. Con el paso de las generaciones, la acumulación de monumentos y edificios unidos entre sí por muros y terraplenes había convertido el lugar en una fortaleza. Los defensores que se encontraran en la cima sólo tenían que rellenar con cascotes unas cuantas aberturas y pasajes para asegurar su perímetro. Y eso es lo que estaban haciendo cuando Penato y Pinaria llegaron al final del serpenteante camino.

Quedaba aún un estrecho hueco entre las piedras y los restos de madera que estaban apilando a toda prisa para bloquear el paso. En la abertura había un hombre que les hacía gestos como un loco.

—¡Tenéis los galos pisándoos los talones! —gritaba.

Apareció otro romano en lo alto de la barrera, levantó un arco y lanzó una flecha que casi le parte la cabeza a Pinaria. El zumbido de la flecha fue seguido por un grito, tan cercano que Pinaria se estremeció. Los perseguidores estaban muy cerca, su aliento prácticamente lo tenían pegado al cuello.

Penato se precipitó en el interior de la brecha, tirando de ella. Pinaria tropezó con los cascotes y se arañó el hombro al rozar con un trozo de madera antes de entrar en la zona de seguridad.

En el aire silbaban más flechas mientras los hombres acababan de rellenar la brecha. El arquero lanzó un alarido de triunfo.

—¡Se están retirando! Le he dado a uno en el ojo y a otro en el hombro. Incluso los gigantes dan media vuelta y salen corriendo si les demuestras quién está al mando de la situación.

El arquero saltó de la barricada, y su armadura emitió un ruido metálico. Cuando se quitó el casco, apareció un rostro perfectamente afeitado, unos ojos verdes y una mata de pelo negro. Se cuadró y se puso firmes.

—Cayo Fabio Dorso —anunció con voz profunda, disfrutando hasta tal punto al pronunciar su nombre que el efecto fue casi cómico. Observó los ropajes de ella—. ¿Es posible que seas una de las vestales?

—Me llamo Pinaria —dijo ella, intentando que su voz sonara firme.

—¿Qué es esto? —Dorso le miró el hombro. El tejido del vestido estaba roto, la pálida piel mancillada por una herida y gotas rojas de sangre. Apartó la vista, consciente de la santidad del cuerpo de la mujer—. ¿Cómo ha sucedido? ¡El esclavo debe haberte tratado sin ningún cuidado! Si necesita ser castigado...

—No seas ridículo —dijo Pinaria—. La herida no es nada, y el esclavo me ha salvado la vida.

Se tapó la herida con la mano e hizo una mueca, consciente de repente del dolor. Miró a Penato. Quizá no era tan guapo como le había parecido; viéndolo al lado de Cayo Fabio Dorso y con su pelo tan mal cortado y sus harapientos ropajes, tenía un aspecto un poco ridículo. Pero de todos modos, cuando él le sonrío (¡vaya desfachatez por parte de un esclavo!), ella no pudo evitar devolverle la sonrisa. Se sonrojó y bajó la vista.

—Si de verdad tuvieras alas, podrías salir volando de aquí —dijo Pinaria—. Si...

Estaba situada detrás de un terraplén del Capitolio desde donde se dominaba el Foro y las colinas que lo rodeaban. Habían transcurrido muchos días desde la llegada de los galos. La visión de Roma ocupada por salvajes, terrible y extraña al principio, casi imposible de comprender, se había

convertido en algo normal. Rara vez oían los romanos asediados en la cumbre del Capitolio los gritos de algún desventurado ciudadano descubierto por los galos en su escondite cuando era torturado y violado. Los que habían permanecido escondidos habían sido en su mayoría descubiertos durante los primeros días de la ocupación; unos pocos afortunados habían conseguido instalarse en el Capitolio. De todas maneras, los ataques de los galos sobre la ciudad continuaban, día tras día. Después de saquear una casa, los galos solían incendiarla, aparentemente sin más motivo que disfrutar con su destrucción o enojar a los romanos que lo observaban desde el Capitolio. Aquel día, grandes columnas de humo se alzaban en el aire desde distintos puntos de la ciudad. En lo alto de las colinas, el humo se fundía en una nube grisácea que oscurecía el sol de pleno verano y convertía la luz del mediodía en penumbra.

El puñado de defensores instalado en la cumbre del Capitolio (Cayo Fabio Dorso insistía en considerarse así, y no como cautivos, pues eran romanos y permanecían en suelo romano) tenían, de momento, suficiente para comer y beber. Durante los primeros días de la ocupación, habían estado muy ocupados reforzando sus defensas. Clavaron estacas, cavaron trincheras e incluso picaron la tierra para que las laderas de la colina fueran aún más abruptas. Mientras mantuvieran la guardia día y noche, su posición era virtualmente inexpugnable. Pero la desesperación les rondaba. La visión de su amada ciudad demolida casa por casa, la pérdida de todo contacto con los que habían huido, el temor de que los dioses los hubieran abandonado... todas esas ansiedades hacían mella en sus pensamientos mientras permanecían despiertos y teñían luego sus pesadillas.

Si alguno de ellos tuviera alas; si alguno de ellos pudiera volar...

A su lado, Penato sonrió. Siempre sonreía, a pesar de lo terrible de su situación. No se parecía a nadie con quien se hubiera relacionado Pinaria. La mayoría de los esclavos que había conocido eran callados y humildes, deseosos sólo de pasar desapercibidos. La mayoría de los hombres libres con quien había tratado eran tímidamente respetuosos en su compañía, se sentían incómodos y se mostraban distantes. Penato no era nada de todo aquello. Bromeaba constantemente y tomaba a la ligera su situación, y el rango superior de ella parecía no tener importancia para él. Carecía de escrúpulos religiosos e, incluso, de creencias religiosas. Decía a menudo cosas que eran auténticos sacrilegios, no tanto por desacreditar a los dioses como por rechazar su existencia.

Pinaria nunca había conocido a una persona así, ni siquiera había imaginado que una persona así existiese. Parecía como si a Penato no le diese miedo hablar de nada. A veces pensaba que debía de estar flirteando con ella, aunque tenía tan poca experiencia en esos temas que tampoco podía afirmarlo. Si Foslia estuviese con ella, al menos Pinaria tendría alguien con quien comentar las desconocidas sensaciones que le provocaba aquel peculiar esclavo.

—Para bien o para mal —dijo Penato—, a pesar de mi nombre, no tengo alas, ni las he tenido nunca. ¿No te he explicado nunca de dónde procede mi nombre?

Pinaria negó con la cabeza.

—Me lo dio mi amo cuando era un bebé. Era también el amo de mi madre.

—¿Y tu padre?

Penato se encogió de hombros.

—Nunca lo conocí. Por lo que sé, el viejo amo me engendró. Pinaria se sonrojó. Penato chasqueó la lengua.

—¿Es verdad que a las vestales no os enseñan nada sobre los detalles de la procreación? Claro, por supuesto que no. ¿Qué propósito práctico tendría para una virgen vestal?

Ella se sonrojó más si cabe.

—¡De verdad, Penato! Rezaré a Vesta para que te vuelvas más respetuoso con sus sirvientes.

—¿Por qué preocuparse? No soy más que un esclavo. Me parece que a tu diosa le intereso tan poco como ella a mí.

Pinaria suspiró, exasperada.

—Estabas contándome de dónde procede tu nombre.

—Del colgante que llevo. Como ves, tiene alas. Mi madre lo llevaba. La protegió durante el parto, pero después quiso que lo llevara yo. Me lo puso colgado de una cuerda alrededor del cuello poco después de nacer. El viejo amo tenía mala vista, y lo único que sabía del talismán era que tenía

alas, así que me llamó Penato, que quiere decir alado. Yo era muy pequeño cuando mi madre murió. Su regalo me ayuda a recordarla.

Pinaria observó el objeto negro, posado en el pecho de Penato. Su túnica era de corte rudimentario, y la abertura ancha para pasar la cabeza dejaba al descubierto gran parte de su torso, de modo que el talismán quedaba siempre visible. No era la primera vez que Pinaria se daba cuenta de la pronunciada musculatura de sus pectorales y de la piel firme y dorada por el sol cubierta por suave vello rubio.

—¿De qué está hecho el amuleto?

Él sonrió de forma curiosa, como si aquello fuera una broma privada.

—¿A ti qué te parece?

Ella se encogió de hombros.

—¿De plomo?

Él canturreó y movió afirmativamente la cabeza.

—¿Y qué amo se molestaría en arrebatarle a un esclavo un colgante de plomo sin ningún valor? Ahora bien, si estuviese hecho de un metal precioso, de plata o incluso de oro, más de un amo querría el talismán para él, para lucirlo o para venderlo. Lo haría incluso un viejo amo amable, indulgente y chocho.

—Me lo imagino —dijo Pinaria, que apenas había pensado nunca en la vida de los esclavos y los problemas y humillaciones a los que tenían que enfrentarse. El mundo era tal y como los dioses lo habían creado, y nadie cuestionaba este hecho. Pero siendo como Penato, que al parecer no creía en los dioses, qué distintos debían de ser el mundo y la gente...

Penato había tenido suerte. Su amo lo trataba bien y, a cambio, Penato había sido muy fiel al anciano, que necesitaba cuidados constantes. Cuando llegaron los galos, el amo estaba demasiado frágil para ser trasladado. Penato se había quedado con él y con ello había perdido la oportunidad de huir de la ciudad. La conmoción de los acontecimientos había sido demasiado fuerte para el anciano. Su corazón había dejado de latir la misma mañana en que los galos llegaron a la ciudad, dejando a Penato solo para que se apañase por su cuenta. Éste era el motivo de que Penato anduviera dando vueltas por la ciudad cuando tropezó con Pinaria.

Pinaria suspiró y contempló las columnas de humo que se elevaban por toda la ciudad. Un ruido llamó su atención. Abajo en el Foro, un grupo de galos borrachos atacaba con palos de madera una estatua de mármol de Hércules. Los palos se partían al chocar contra el mármol, pero los galos, acalorados y riendo como locos, seguían insistiendo en su ataque. Por fin se partió un dedo de la estatua y cayó con estrépito sobre el adoquinado. Los galos se encabritaron y lanzaron alaridos de triunfo.

Penato rió.

—¡Vaya idiotas!

—¡Vaya monstruos! —A Pinaria no le hacía ninguna gracia. El lamentable espectáculo la dejó desanimada y llena de tristeza. Levantó la vista hacia la inmensa nube de humo que enmascaraba el sol rojizo.

—Si de verdad tuvieras alas, Penato, ¿no volarías lejos de aquí enseguida? ¿Muy, muy lejos?

Él levantó una ceja.

—Tal vez. O tal vez mantendría mis alas plegadas y me quedaría aquí contigo.

—¡Vaya tontería que acabas de decir! —murmuró Pinaria, pero de pronto se sintió menos triste.

Se miraron durante un prolongado momento y se volvieron al unísono al oír unos pasos que se aproximaban. Cayo Fabio Dorso venía hacia ellos. Como siempre, caminaba con su erguido porte militar, pero no iba vestido con la armadura. Lucía una toga ceñida con un cinturón ceremonial de oro y tela de color púrpura, y una diadema en la cabeza del mismo material, como si estuviera a punto de tomar parte en algún tipo de ritual religioso. En sus manos, torpemente, llevaba varios recipientes pequeños de cobre labrado.

—¿Estás listo, Penato? Yo puedo llevar los recipientes con el vino y el aceite, pero necesitaré que tú lleves los cuencos con la sal y el mijo molido.

Penato asintió. Se adelantó para sujetarle los cuencos a Dorso.

—¿Qué sucede? —preguntó Pinaria.

Dorso se mantenía muy erguido y levantó la barbilla.

—Es el día del sacrificio anual de los Fabio en el Quirinal. Ya que soy el único Fabio que queda en Roma, me encargaré personalmente del ritual.

—¿Y dónde ofrecerás el sacrificio?

—En el antiguo altar del Quirinal, naturalmente.

—Pero ¿cómo? Entremedias debe de haber un millar de galos.

—Sí, y un millar más pululando como ratas por el Quirinal. De todos modos, de mí depende llevar a cabo el ritual, y así lo haré.

—¡Pero, Dorso, eso no es posible!

—El ritual se ha llevado a cabo este día, cada año sin falta y durante muchas generaciones. Hace mucho tiempo, durante la primera guerra contra Veyes, un ejército integrado completamente por los

Fabio, trescientos siete en total, fue a luchar por Roma. Hubo una-terrible emboscada, de la que sólo regresó un, único Fabio. Para evitar la repetición de un desastre como aquél, cada año realizamos una ofrenda al padre Rómulo en su representación divina como dios Quirino. Hoy es el día.

—¡Pero, Dorso, abandonar el Capitolio sería una locura!

—A lo mejor. Pero prescindir del sacrificio sería una locura mayor, a buen seguro. Querida vestal, creía que tú, de entre toda la gente, lo comprenderías. Cruzaré la ciudad e iré directamente al altar. Llevaré a cabo el ritual. Regresaré directamente. Si los galos me desafían, les diré que están interponiéndose en el camino de una procesión sagrada. Estos galos son una gente peculiar. Parecen tener pocos conocimientos sobre dioses, pero son muy supersticiosos y se les puede intimidar fácilmente.

—¡Pero si tú no hablas su idioma!

—Verán que llevo recipientes sagrados. Por mi cara sabrán que voy con un objetivo divino. El dios Quirino me protegerá.

Pinaria movió la cabeza. Miró de reojo a Penato y tragó para deshacer el nudo de la garganta.

—¿Tienes que llevarte a Penato contigo?

—La costumbre es que un esclavo acompañe al Fabio que lleva a cabo el ritual, para ayudarle a transportar los recipientes.

—Pero Penato no es tu esclavo.

—No, no lo es, y no le obligo a acompañarme. Le he pedido si quería ir y ha dicho que sí.

—¿Es esto cierto, Penato?

El esclavo se encogió de hombros y esbozó una sonrisa torcida.

—En aquel momento me pareció razonable. Me aburro aquí, atrapado un día tras otro. Pienso que puede ser una gran aventura. Pinaria negó con la cabeza.

—No, eso no está bien. Penato... ¡Penato no es creyente! No puede tomar parte en un ritual así. No muestra más respeto por los dioses del que los galos puedan tener.

—¡Mejor! —declaró Dorso—. Si no los intimido, a lo mejor los galos ven en Penato un ser bondadoso y nos dejan tranquilos por él. —Sonrió a Penato, quien le devolvió la sonrisa.

La inverosímil amistad que había crecido entre aquellos dos jóvenes dejaba asombrada a Pinaria. No había dos mortales que pudieran ser más distintos. Cayo Fabio Dorso era un guerrero piadoso y un patricio; curiosamente, resultaba agradable, pese a ser bastante vanidoso y engreído. Penato era un esclavo incrédulo que no parecía respetar a nada ni a nadie. Y aun así, juntos en la cumbre del Capitolio, en una situación en la que no existían las restricciones normales de la sociedad, aquellos dos hombres habían descubierto en su mutua compañía un gran placer que cada día se hacía más profundo. Ahora, para sorpresa y consternación de Pinaria, estaban a punto de emprender juntos una loca aventura que a buen seguro acabaría con ambos.

Pinaria dio un paso al frente y posó la mano en el brazo de Dorso.

—¡Por favor, te lo imploro, no lo hagas! Olvídate del ritual. Los dioses, si aún sienten algún tipo de amor hacia nosotros, lo entenderán y perdonarán.

El contacto intimidó a Dorso. Bajó la vista.

—Por favor, vestal, necesito tu bendición, no palabras de desánimo. La verdad es la siguiente: volvía a la ciudad después de la batalla del río Alia y me quedé aquí, pese a la llegada de los galos, con el objetivo expreso de llevar a cabo este ritual. Soy... —Respiró hondo y bajó la voz hasta convertirla en un susurro—. Soy plenamente consciente del papel desempeñado por mis familiares al levantar la ira de los galos sobre Roma, y a lo mejor la ira de los dioses. No puedo volver atrás en el tiempo y deshacer el daño cometido por mi impetuoso e incrédulo primo, Quinto. Por su crimen, Quinto debería haber sido castigado, así lo dijo el pontífice máximo, pero fue en cambio alabado por el pueblo de Roma y nombrado comandante de las legiones. Ahora nos ha superado el desastre y recae en mí la labor de honrar a los dioses y a mis antepasados llevando a cabo este antiguo ritual. Si... —Cogió aire de nuevo—. Si muriera en el intento, a lo mejor mi sangre aplacaría a los dioses. A lo mejor aceptarían mi sacrificio en lugar del de mi primo Quinto y devolverían sus favores a Roma.

Pinaria estaba tan conmovida que pasó un largo rato sin poder hablar. Reprimió las lágrimas y dijo por fin:

—Si la virgo máxima estuviera aquí, te bendeciría... pero la virgo máxima no está, y tampoco las demás vestales. Soy la única que queda en Roma, así que te bendigo, Cayo Fabio Dorso. Ve y haz el sacrificio... ¡y regresa sano y salvo!

Dorso la saludó inclinando la cabeza, luego se volvió y se encaminó hacia la barricada, portando los recipientes de vino y aceite.

Penato se quedó un momento atrás. Le lanzó a Pinaria una mirada extraña; sus ojos sonreían, pero sus labios no. Bajó la vista hacia los recipientes de mijo y sal, frunció el entrecejo, luego infló las mejillas y dio la impresión de que tomaba una decisión.

—¡Bien, entonces! Le dije que iría y así lo haré.

—¡Regresa sano y salvo, Penato! —musitó ella. A punto estuvo de tocarle el brazo, igual que había hecho con Dorso, pero retiró la mano en el último momento. A la diosa no le gustaría que una vestal tocase a un esclavo.

Penato se cuadró y respiró hondo.

—Por supuesto que regresaré. ¿Acaso no me protegerán tus dioses? ¡Si nos amenazan los galos, extenderé mis alas y volveré volando a ti!

Con Dorso en cabeza y Penato caminando tras él, los dos hombres cruzaron el Capitolio. Había corrido la voz de la noticia de las intenciones de Dorso y la multitud se había congregado para verlos marchar. Los soldados corrieron a ayudarlos a escalar la barricada, sujetándoles los recipientes rituales. No se derramó ni un solo grano de sal o de mijo, ni una sola gota de aceite o de vino, lo que fue considerado como un buen presagio. Los soldados se apiñaron junto a la barricada para ver cómo Dorso y Penato descendían por el sinuoso camino.

Cuando Pinaria escaló la barricada para unirse a los soldados, las cabezas se volvieron y los espectadores se sumieron en un silencio reverencial. Se apartaron para dejarle sitio a la vestal. Ella observó la pequeña procesión de dos personas y empezó a mover los labios sin emitir sonido alguno. Pensando que se unían a su oración, los hombres murmuraron súplicas al dios Quirino para que guardara a sus devotos, pero las palabras que articulaban los labios de Pinaria no iban dirigidas a ningún dios.

—¡Vuelve! —suplicaba en silencio—. ¡Vuelve a mí, Penato!

Las horas pasaron lentamente. El sol de la tarde tiñó el cielo humeante con un resplandor espeluznante y empezó a descender hacia las lejanas colinas, más allá del Tíber. En la barricada, los vigías con mejor vista observaban el Quirinal, pero no veían nada que indicara el destino de Dorso y Penato.

Pinaria iba de un lado a otro por los espacios abiertos del Capitolio. Murmuraba oraciones a Vesta de manera autómata, pero en el fondo de su corazón sabía que estaba hablándole al vacío. La

llama sagrada de la diosa ya no estaba en Roma y su templo había sido profanado por salvajes ateos. Vesta debía de estar lejos, muy lejos, pensaba Pinaria, lejos incluso del alcance de la más devota de sus vestales. Y aun en el caso de que la diosa estuviera presente, y pudiera oírla, ¿no leería el corazón de Pinaria y comprendería que su oración era profana? Una cosa era que una vestal rezara para que Dorso llevara a buen término aquel ritual; se trataba de un ciudadano romano en misión sagrada. Pero la oración que surgía espontáneamente de los labios de Pinaria no era para Dorso, ni tenía nada que ver con el cumplimiento de los rituales sagrados. ¿Qué pensaría la diosa si escuchara a una de sus vírgenes suplicar con tanta desesperación el retorno de un esclavo? Era mejor que la diosa estuviera ausente, que fuera incapaz de escuchar la oración de Pinaria, antes de que Vesta la oyera y percibiera el deseo del corazón de Pinaria.

El grito de uno de los vigías la despertó de su melancólico ensueño.

—¡Allí! ¡A los pies del Capitolio! ¡Los veo! Dorso y el esclavo... y galos, centenares de galos...

Las palabras proporcionaron a Pinaria un destello momentáneo de esperanza y la hundieron luego en la desesperación. Se imaginó a Dorso y Penato corriendo a toda velocidad, perseguidos por los guerreros; se imaginó sus cabezas cortadas y portadas sobre palos por galos desdeñosos. Corrió hacia la barricada, ascendió hasta arriba y observó la empinada ladera de la colina.

—¡Allí! —repitió el vigía—. En el camino, vienen hacia aquí.

Lo que vio era lo último que esperaba ver. Caminando orgullosamente erguidos, portando en las manos los recipientes del sacrificio ya vacíos, Dorso y Penato ascendían el sinuoso camino con paso firme y sin prisa. Les seguía una gran cantidad de galos, portando espadas y lanzas pero manteniéndose a distancia y sin hacer nada para impedir su avance.

El oficial responsable de la barricada movió la cabeza.

—¡Estos galos y sus crueles juegos! Esperarán hasta que Dorso esté casi en la barricada y lo atacarán mientras nosotros lo observamos. ¡Criaturas malvadas! Tendríamos que dispararles ahora que Dorso aún tiene la oportunidad de salir corriendo. ¡Arqueros! ¡Preparad los arcos!

—¡No! —gritó Pinaria—. ¿Es que no les ves sus caras? Es justo lo que Dorso vaticinó. Los galos le tienen respeto. ¿No ves cómo se mantienen retrasados? ¿Ves cómo susurran entre ellos y se dan empellones para tratar de verlo mejor? Es como si los hubiera embrujado. ¡Bajad los arcos! ¡No hagáis nada! ¡No digáis nada!

Los hombres de la barricada enfundaron los arcos y guardaron silencio.

Siguiendo el sinuoso camino, Dorso y Penato se acercaban cada vez más. Los galos los seguían tenazmente. Pinaria notaba el corazón martilleándole el pecho. La espera era atroz. ¿Por qué caminaban tan despacio? En cuanto apareció por el último recodo pudo verle la cara a Dorso; observó la expresión serena de un hombre en paz consigo mismo y con su destino, preparado para vivir o morir, según los dioses creyeran conveniente. Entonces vio a Penato. El corazón le dio un brinco cuando sus miradas se encontraron. Él le sonrió... ¡y luego le guiñó el ojo!

Los dos hombres llegaron a la barricada. Salieron manos por todos lados para coger los recipientes y ayudarlos a trepar. Dorso subió hasta arriba y miró por encima del hombro.

—¡Estúpidos galos! —masculló—. ¡Arqueros! ¡Ahí tenéis vuestra oportunidad de matar a unos cuantos de esos locos! ¡Apuntad y disparad enseguida, antes de que salgan corriendo!

Las flechas silbaron en el aire, seguidas de gritos y de los sonidos caóticos emitidos por los galos al huir aterrorizados.

Dorso apartó enseguida a Penato de la barricada, retirándolo del ángulo de tiro.

—Ha sido tu bendición, vestal, con eso los hemos engañado —susurró—. He tenido la sensación de que la diosa de la llama sagrada nos protegía a cada paso que dábamos en el camino.

—¿De verdad? ¿De verdad habéis sentido la presencia de Vesta? —Pinaria miró a Dorso y a Penato.

—Alguna cosa nos ha protegido —dijo Penato—. ¡Ha sido asombroso! Los galos se quedaron boquiabiertos. Caían sobre nosotros por todos lados, como el cereal que corta la guadaña. Ninguno se atrevió a acercarse. Ni siquiera hubo uno que alzara la voz.

Dorso y Penato se miraron y se fundieron en un espontáneo abrazo, riendo como dos chiquillos después de una gran aventura. Pinaria deseaba unirse al abrazo. Y en especial deseaba abrazar a

Penato y ser abrazada por él, para asegurarse de que seguía vivo y respiraba, para sentir el calor de su cuerpo, el contacto de su torso velludo donde el talismán negro colgaba sobre sus fuertes músculos. Aquellas ideas la hacían sentirse débil y sofocada, pero era incapaz de controlarlas.

¿Podría ser lo que había dicho Dorso? ¿Podría ser que Vesta hubiera vigilado y protegido a los dos hombres a pesar de los sentimientos impuros de Pinaria? ¿O había sobrevivido Penato sólo porque, o precisamente porque, la diosa estaba ausente, porque ya no estaba presente para castigar a una vestal descarriada y al objeto de su deseo?

O Vesta conocía la pasión que Pinaria sentía por el esclavo, y lo aprobaba —¡una idea loca!—, o Vesta se había ido, quizá para siempre, y ya no ejercía ningún influjo sobre su virgen... —otro pensamiento loco—. En cualquier caso, Pinaria supo, en un destello cegador, que ya no había ningún impedimento que la obligara a reprimir sus sentimientos. Darse cuenta de aquello la dejó ofuscada. Era como si el suelo cediese bajo sus pies y el cielo se abriera.

Miró a Penato. Él le devolvió la mirada. Sus ojos hablaban un idioma secreto. Sabía que él sentía lo mismo.

En aquel momento, Pinaria estaba perdida, y lo sabía. Estalló en lágrimas. Los que se habían congregado en el lugar para recibir a Dorso supusieron que eran lágrimas de alegría y alivio, y los hombres inclinaron la cabeza al ver a una virgen sagrada tan profundamente conmovida por la evidencia de que los dioses seguían favoreciendo al pueblo de Roma.

Los defensores de la cima del Capitolio disfrutaban de poca intimidad, pero la vestal que vivía entre ellos sí gozaba de ella. Mientras los demás dormían al raso, o apiñados en el interior de los templos y los edificios públicos, Pinaria disponía de una pequeña cámara para ella sola en los sótanos del templo de Júpiter.

La entrada a la habitación de Pinaria estaba en la parte trasera del templo, fuera de la vista de la gente. Fue Penato quien le sugirió a Dorso que sería adecuado instalar una cerradura sencilla en la parte interior de la puerta, para que nadie pudiera sorprender a la vestal sin previo aviso o por casualidad. Como Penato sabía cómo fabricar la cerradura, fue el encargado de hacer el trabajo.

—¡Eres un chico listo! —comentó Dorso, una vez la cerradura estuvo instalada.

Una noche, llamaron suavemente a la puerta de Pinaria.

Era tarde, pero Pinaria no dormía aún. Se levantó de la cama y vio la cabeza y los hombros de él perfilados por la luz de la luna. Su primer pensamiento fue que estaba loco por haberse desplazado hasta allí en una noche de luna casi llena que podía delatar sus movimientos. ¿Y si alguien lo había visto?

Pero al instante había entrado, cerrando la puerta a sus espaldas. Y al momento la abrazaba y presionaba su cuerpo contra el de ella. Fue Pinaria quien inició el beso. Nunca había besado a un hombre. Pero tenía la sensación de que respiraban el mismo aire y que sus corazones compartían el mismo latido.

No estaba acostumbrada a estar desnuda, ni siquiera entre las vestales, pero él la quería así. Le permitió desnudarla, luego fue ella quien lo ayudó a él a quitarse la túnica; no quería fingir que las cosas se hicieran sólo porque él las pedía, o en contra de su voluntad. Lo que sucediera, no ocurriría simplemente porque ella lo había permitido, sino porque ella había hecho que así fuera.

Sabía muy poco sobre el acto sexual más básico, pero nunca se habría imaginado las sensaciones que lo acompañaban. El contacto de la piel de él contra la suya era emocionante, pero nada comparado con la sensación que experimentó cuando una parte del cuerpo de él penetró en el de ella y empezó a moverse en su interior. Al principio sintió un dolor agudo, pero muy soportable en comparación con el placer posterior. El ritmo del acto era como una danza complicada, o como una canción de belleza sobrenatural, a veces lento y lánguido, a veces acelerado y jadeante. El ritmo de él le inspiró para encontrar su propio ritmo interior; trató de seguir sus movimientos, gritando de frustración ante su repentina sorpresa y, luego, riendo sin parar, amarrándose a sus caderas,

exigiéndole que fuera él quien siguiese su ritmo. Él obedecía, se resistía, obedecía de nuevo. Estuvieron un rato inmersos en una especie de competición, y luego casi peleándose, y más tarde, sin previo aviso, encontraron una armonía perfecta y el éxtasis.

Llegaron juntos al cenit. Ella notó que se estremecía y se convulsionaba en su interior, y al mismo tiempo, una exquisita oleada de placer sacudió el cuerpo de ella por entero.

Estaba hecho. Ya no podía haber marcha atrás.

La ocupación de los galos continuó durante la totalidad del caluroso verano y hasta el otoño. Los días más frescos supusieron cierto alivio para los defensores del Capitolio, pero el hambre aumentó. Las raciones fueron reducidas a un pedazo de pan y una copa de vino al día. Casa por casa, los galos seguían saqueando e incendiando la ciudad, contaminando el aire con humo. Después del fracaso de sus intentos iniciales, los galos habían dejado de sitiar el Capitolio, pero los centinelas seguían montando guardia constantemente en todo el perímetro.

Una noche de otoño, cuando el ambiente era frío pero el olor acre debido al humo, Pinaria y Penato yacían desnudos en la cama de ella. Un rayo de luna que entraba por una pequeña ventana en lo alto iluminaba sus cuerpos bañados por el sudor. Era medianoche, pero los amantes no dormían; quedaba aún en sus cuerpos mucho placer que disfrutar para pensar en dormir.

Pinaria estaba entusiasmada, aunque no sorprendida, con el hecho de que Penato fuera un amante insaciable. Lo que sí le había sorprendido era la profundidad de su propio deseo, que era tan intenso como el de él, si no más. La devoción con que en su día se había entregado al cuidado de la llama sagrada, la repetía ahora cuidando del fuego que ardía en ellos cada vez que sus cuerpos se encontraban. Cuando se unía a Penato, tenía la sensación de ser transportada a un lugar más allá del mundo de los mortales, a un reino místico como aquel en el que debían morar los dioses. Veneraba su cuerpo, el vehículo que la transportaba hacia aquel lugar divino; adoraba su sexo, aquella parte de él, tan potente y a la vez tan expuesta y vulnerable, que él con ilusión protegía en el interior de ella. Eran pensamientos blasfemos, no le cabía la menor duda; pero los dioses se habían ido, la vestal ya no era virgen y un esclavo se había convertido en su amo. El mundo era un lugar loco y destrozado, pero Pinaria nunca se había sentido tan viva y completa.

A través de la ventanita, muy débilmente, oyeron el grito de « ¡Pasó el peligro!» lanzado por el centinela más próximo. El grito se repitió en diversos puntos del perímetro de las barricadas. En el silencio que siguió, una oca dejó escapar un único intento de graznido. Para salvarlos de los galos, habían trasladado las ocas sagradas de Juno desde el nuevo templo edificado en honor a la diosa en el Aventino y las tenían encerradas en un recinto próximo al templo de Júpiter.

—Tendremos que comérnoslos pronto —dijo Penato.

—¿A las ocas? Son sagrados para Juno —dijo Pinaria.

—¿Pero para qué le sirven las ocas a una diosa si todos los que la veneran acaban muriéndose de hambre?

—Nadie se atrevería a tocarlos.

—Pero me he dado cuenta de que les han reducido su ración de grano. Estas ocas están poniéndose escuálidas. Pronto no tendrán carne que merezca la pena ser comida. Mejor comerlas ahora, mientras aún sirvan para sustentarnos.

—¡Antes se comerían a los perros!

—Pero al menos los perros sirven para algo. Vigilan de noche, junto con los centinelas. A mi viejo amo le gustaba mucho el hígado de pato, que es similar. Decía que era delicioso.

—¡Penato, a veces dices cosas terribles!

Se acurrucó contra ella.

—¿Como las que te digo al oído cuando estoy dentro de ti?

Ella se estremeció y posó la mano en su sexo, que estaba erecto y duro. Habían terminado hacía sólo un instante y volvía a estar en erección. Él le acarició el pecho y le besó un pezón. Pinaria se sintió inundada por una oleada de puro placer.

Suspiró.

—Camilo llegará mucho antes de que nadie se plantee comerse las ocas sagradas.

Ésta era la esperanza que corría en boca de todos. Hacía sólo unos días, un soldado intrépido, Poncio Comino, había conseguido superar las defensas de los galos y llegar hasta los defensores del Capitolio. Se había llenado la túnica con pedazos de corcho y flotado Tíber abajo; entonces, al caer la noche, había avanzado con sigilo por las calles y escalado el Capitolio por un punto que era tan escarpado y peñascoso que los galos nunca lo vigilaban. El centinela romano que había sido testigo de su llegada se había sorprendido al ver un ser humano trepando la cara rocosa de la pendiente como una araña, y más sorprendido aún cuando el hombre le había hablado en su idioma. Poncio Comino traía la noticia de que las fuerzas romanas estaban reagrupándose bajo el liderazgo del exiliado Camilo, que solicitaba que los pocos senadores atrapados en el Capitolio le invistieran formalmente con los poderes de dictador. Los senadores habían enviado a Poncio Comino de vuelta a Camilo con la garantía de todo su apoyo y promesas de rezar por su victoria. ¿Habría superado con éxito el mensajero las fuerzas galas y habría conseguido llegar hasta Camilo? Nadie lo sabía, pero las noticias del exterior habían traído nuevas esperanzas al Capitolio. Camilo estaba en marcha y llegaría en cualquier momento. ¡Camilo, el conquistador de Veyes, los rescataría y expulsaría a los galos de Roma!

Penato se apartó de ella y quedó tendido boca arriba. Ella notó en la mano que su miembro estaba más flácido.

—Y entonces ¿qué? Volverás a ser vestal y yo volveré a ser esclavo.

El sudor que bañaba el cuerpo de Pinaria se enfrió de repente. Soltó su sexo y se tapó con la colcha hasta el pecho. El futuro que Penato sugería, una vuelta al estado de cosas anterior a la llegada de los galos, era mucho menos horrible que el que ella se imaginaba. Pinaria sabía perfectamente bien lo que se le hacía a la vestal encontrada culpable de haber roto sus votos, y lo que se le hacía al amante de la vestal.

—¿Quién puede decir lo que nos traerá el futuro? —susurró—. ¿Quién sabía que Camilo sería exiliado, o que llegarían Breno y los galos y lo cambiarían todo? ¿Quién sabía que te convertirías en mi amante... quién podía imaginarse eso? ¿Quién sabía que yo...?

El repentino silencio provocó una mueca en Penato.

—Continúa, Pinaria. ¿Qué ibas a decir?

Ella cogió aire.

—Quizá esté equivocada. Podría ser la tensión del sitio lo que hubiera provocado la interrupción. Pienso que es lo que les sucede a las mujeres a veces... cuando hay una crisis terrible, o si pasan hambre.

—¿Qué estás diciendo, Pinaria?

—La luna llena ha llegado y se ha ido, y ha vuelto a venir, y aún... la sangre no ha fluido de mi cuerpo. No entiendo mucho de estas cosas... ¡pero incluso yo sé lo que significa cuando a una mujer se le interrumpe la menstruación!

Él se incorporó, apoyándose en los codos, y se quedó mirándola. Las sombras escondían su rostro.

—¿Estás esperando un niño?

—No lo sé, no lo sé seguro. Como te he dicho, a lo mejor hay otra explicación...

Él se aproximó a ella. La luz de la luna mostró su expresión sobrecogida.

—¡Pero si esto es maravilloso! ¡Terrible y maravilloso al mismo tiempo!

Pinaria temblaba y se abrazó su propio cuerpo.

—Tarde o temprano empezará a notarse. ¿Qué haré entonces?

—A lo mejor nadie se da cuenta.

—¿Que no se darán cuenta? ¡Yo engordaré mientras todos los demás adelgazan!

—Puedes llevar la ropa suelta. Decir que necesitas permanecer recluida. Yo te vigilaré y no permitiré que nadie se acerque. Y a lo mejor Camilo llega pronto y nos libera, y podemos abandonar el Capitolio...

—¿Para ir adónde? Nunca podría ocultar mi condición en la casa de las vestales.

—Entonces nos esconderemos. O huiremos. ¡Huiremos a la Galia y viviremos entre salvajes ateos! No sé lo que haremos, Pinaria, pero ya pensaremos alguna cosa. Es justo lo que acabas de decir, nadie sabe lo que el futuro nos deparará.

Él se deslizó debajo de la colcha y se acostó a su lado. Sus manos buscaron las suyas y las apretaron con fuerza. Juntos, miraron los rincones oscuros de aquella estancia.

—Sé que tienes miedo —dijo—. Miedo de lo que nos harán los demás si lo descubren. Pero... ¿es algo más que eso?

—¿A qué te refieres?

—¿Te sientes infeliz porque... porque el niño que llevas dentro es hijo de un esclavo?

—¡Penato! Jamás esperé llevar el hijo de un hombre dentro de mí. No sé lo que siento. En ningún momento he dicho que me sintiera infeliz.

—Porque... porque hay algo de mí que tú no sabes. Podría marcar la diferencia.

Ella se volvió hacia él. Le acarició la mejilla y lo miró a los ojos, que brillaban a la pálida luz de la luna.

—Sé que eres muy valiente, Penato. Y muy divertido. Y malvado a veces... ¡con esas cosas que dices! Sé que no te pareces a nadie que haya conocido nunca, y que te quiero. Y sé que me quieres. ¡El amor entre nosotros es algo precioso! A veces pienso que debe de ser un regalo de la diosa, aunque sé que eso es imposible. Nunca podría arrepentirme de que me hayas dado un hijo, Penato. Sólo que desearía...

—Yo también desearía que las cosas fuesen distintas. Desearía que no fueses una vestal. ¡Desearía no haber nacido esclavo! Si no fuera por la amargura del destino, podría haber sido de alta cuna corno tú, Pinaria. Tengo en mí sangre de patricio.

—¿A qué te refieres?

—El talismán que llevo... es más de lo que parece. ¡Igual que yo! —Cogió la imagen de Fascinus. El amuleto negro brillaba apagado a la luz de la luna—. No está hecho de plomo, Pinaria. Simplemente ha sido sumergido en plomo para esconder lo que hay debajo y que el amo no se moleste en cogerlo. Si rascas el plomo, verás el brillo amarillo puro que hay debajo. Está hecho de oro, Pinaria. Es una joya de familia. Es muy antiguo, incluso más que Roma... ¡más antiguo que todos los dioses y diosas de Roma! Fascinus fue el primero, antes incluso que Júpiter.

Ella movió la cabeza.

—¿Más blasfemias, Penato? Esto no tiene gracia.

—Esto no es ni una blasfemia ni un chiste. Es la verdad, Pinaria. Antes de morir, mi madre me explicó de dónde venía yo y quién soy en realidad. Nací esclavo, sí, igual que ella, pero su padre era el hijo de Tito Poticio, un romano de la sangre patricia más antigua, y de Icilia, la hermana de Lucio Icilio, que fue tribuno de la plebe. El hijo de Tito Poticio e Icilia era ilegítimo, y fue hecho esclavo al nacer por despecho de su tío. Pero incluso siendo esclavo, llevaba colgado al cuello el talismán de los Poticio, y el mismo Tito Poticio, en secreto, le explicó la historia de su nacimiento. Ese esclavo pasó el talismán a su hija, mi madre. Ella nació esclava en casa de los Icilio, pero más tarde fue vendida a mi amo, en cuya casa nací yo. Antes de morir, me entregó el talismán. Representa al dios Fascinus, la deidad más antigua venerada por los mortales en Roma. Fascinus era incluso conocido antes que Hércules y Júpiter, y mucho antes de los dioses que nos llegaron con los griegos.

Pinaria se quedó un largo rato en silencio.

—Nunca me lo habías contado.

—Es el más profundo de mis secretos, Pinaria.

—Te burlas de los dioses.

—¡Pero creo en Fascinus!

—Te burlas de los nacidos libres. Te burlas de la vanidad de los patricios.

—Yo *soy* un patricio... ¡por sangre, aunque no por nacimiento! Tito Poticio era mi bisabuelo. Lo ves, Pinaria, el niño que llevas dentro no es el descendiente de un don nadie, de un esclavo salido de la nada, que no tiene antepasados que merezca la pena recordar. El niño que llevas dentro lleva la sangre de los primeros pobladores de Roma, por parte de madre y por parte de padre. Por mucho

que los demás digan, e independientemente de cómo me denomine la ley, no tienes que avergonzarte de tu hijo. ¡Puedes sentirte orgullosa, aunque sea en secreto!

—¡Penato! No me avergüenzo de lo que hemos hecho, o de lo que resulte de ello. A lo mejor ni siquiera es pecado. Si Vesta se ha ido de verdad, y todos los dioses han abandonado sus templos del Capitolio, podría ser que tu dios Fascinus prevalezca en Roma, solo, como hace tanto tiempo, y tú y yo estemos acatando sus órdenes, y todo sea correcto. ¿Quién puede decirlo, en un mundo donde todo puede cambiar en un abrir y cerrar de ojos? No, Penato, no estoy avergonzada. Pero tengo miedo, por ti, y por mí, y por el niño. —Movió la cabeza—. No pretendía decírtelo. Pero ha sido un impulso lo que me ha llevado a hablar. Pensaba guardármelo para mí hasta estar segura, si no...

Se mordió la lengua y no dijo más. ¿Por qué decirle a Penato hacia dónde la habían llevado sus pensamientos siempre que se imaginaba el niño que podía estar llevando en su seno? Había maneras de expulsar del vientre de una mujer un bebé no deseado. Pinaria tenía una vaga idea de que existían venenos que se bebían, algunos terriblemente eficaces, o que una rama fina, tal vez de flexible madera de sauce, podía ser insertada en su cuerpo para provocar la expulsión. Pero Pinaria no entendía mucho de estos temas, y no había nadie a quien pedir consejo o ayuda, como tampoco había manera de conseguir la dichosa poción. ¡En el Capitolio no había ni un solo sauce! Y ahora que le había comentado a Penato lo del niño, que él había respondido compartiendo con ella su más profundo secreto y que había demostrado un desmesurado orgullo en el acto de darle un hijo...

Movió la cabeza. La voz de la vestal sagrada que seguía morando en su interior le susurró: «¡Vaya cosa, que un esclavo se sienta orgulloso de su descendencia! ¡Y vaya mundo, donde una vestal puede embaucarse a sí misma pensando que su embarazo podría satisfacer a un dios!».

De pronto, en el silencio de la noche, una de las ocas sagradas de Juno dejó escapar un estruendoso graznido. El inesperado sonido rompió la tensión entre ellos. Penato se echó a reír, Pinaria consiguió esbozar una sonrisa torcida.

La oca graznó otra vez, y una más.

—Si esto sigue, me parece que cierta oca acabará desplumada, sea sagrada para Juno o no —murmuró Penato. Le acercó los labios. Se besaron. Se dispuso a abrazarla, pero se retiró. A la solitaria oca se le habían sumado las demás y ahora todas gritaban con el mismo graznido alborotador—. ¡Suerte que no estábamos intentando dormirnos!

—Es culpa del centinela, que las ha despertado gritando con lo de « ¡Pasó el peligro!» —dijo Pinaria.

—Pero eso ha sido hace mucho rato. Lo bastante para que esas ocas se volvieran a dormir. —Penato puso mala cara—. A lo mejor lo bastante para que el centinela se durmiera...

Los graznidos de las ocas continuaban.

—Quédate aquí —susurró Penato—. Cierra la puerta con llave cuando me haya ido. Habrá más gente despierta por culpa de las ocas. Tal vez esta noche no pueda regresar sin que me vean. ¡Dame un beso, Pinaria!

Penato se separó de su abrazo, cogió su espada —Dorso había insistido en que fuera armado, a pesar de su clase— y salió por la puerta. Esperó hasta oír la llave y corrió entonces hacia el puesto de vigilancia situado junto al corral de las ocas.

La pendiente rocosa del Capitolio era muy empinada en aquel punto, de hecho, era el lugar por donde Poncio Comino había realizado su espectacular ascensión; si él lo había hecho, también podían hacerlo otros. ¿Podría una compañía de galos, en una noche de luna, haber hallado los puntos de apoyo de pies y manos con los que Poncio Comino había alcanzado la cima del Capitolio?

Parecía imposible. Y a buen seguro, con la quietud de la noche, un centinela habría oído a cualquiera que pretendiera realizar la ascensión y asomado la cabeza para cerciorarse mucho antes de que llegara arriba. A menos que...

Las ocas seguían graznando.

Penato vio al centinela, en su puesto al borde del acantilado... y entonces se dio cuenta de que la figura apenas iluminada por la luz de la luna no era la del centinela, sino la de un galo. Mientras Penato observaba, aparecieron dos galos más, encaramándose sobre el saliente e incorporándose al

superarlo.

Se le heló la sangre. Apretó con fuerza la espada. De hecho, nunca había utilizado un arma como aquélla, excepto cuando practicaba con Dorso. Acarició la imagen de Fascinus e hizo algo que nunca antes había hecho: susurró una oración pidiendo fuerza y valentía.

—¡Apártate de mi camino, esclavo! —Una figura vestida con armadura lo apartó y pasó corriendo por su lado. Penato reconoció a Marco Manlio, amigo de Dorso y antiguo cónsul. El entrecano veterano corría en dirección a los galos. Lanzando un alarido, golpeó al primero con su escudo. El hombre se tambaleó y cayó gritando por el acantilado, arrastrando a los otros dos con él.

Se encaramaban más galos por el saliente. Manlio iba golpeándolos con el escudo y clavándoles la espada. Penato dio un grito y corrió en su ayuda.

Su espada golpeó el metal con un ruido ensordecedor. Embistió de nuevo y se hundió en la carne. El terrible impacto pareció retroceder hacia su brazo y todo su cuerpo. Penato no había derramado sangre humana prácticamente nunca, y mucho menos había matado a nadie. Bajo la luz de la luna, la sangre en el pavimento brillaba y parecía negra.

Oyó un grito, se volvió y vio a Dorso. El guerrero clavaba la espada con tanta fuerza en el cuello de un galo que casi lo decapita. De la herida surgió un surtidor de sangre. La mirada reflejada en el rostro de Dorso era feroz y amedrentadora, llena de amargo odio. Los galos habían destruido su ciudad, alejado a sus dioses, arruinado su mundo. Ahora, por fin, Dorso tenía una oportunidad de vengarse dando muerte o hiriendo al menos a unos cuantos galos.

¿Qué le habían hecho los galos a Penato? Su invasión le había aportado una libertad inesperada, una amistad que nunca había conocido antes y un amor que nunca se habría atrevido a imaginar. Temía a los galos, pero nunca podría odiarlos como Dorso. Entonces pensó en Pinaria. Si tomaban el Capitolio, todo estaría perdido. Pinaria, el ser más exquisito y perfecto del mundo... ¿Qué le harían a Pinaria?

Milagrosamente, el galo atacado por Dorso seguía vivo y daba bandazos de un lado a otro. Con un grito terrible, Penato corrió hacia él, levantó la espada y acabó lo que Dorso había iniciado. La cabeza del galo salió volando por los aires. Desapareció en el precipicio, donde aún había más galos escalando.

Las ocas graznaban como locas. Los hombres gritaban y chillaban. De pronto había muchos más galos y un número equivalente de romanos. Lo que había empezado como una escaramuza se convirtió de repente en una batalla, con estruendo de espadas y sangre por todas partes. La batalla a la luz de la luna fue increíblemente intensa y a la vez tremendamente irreal para Penato, como un sueño extraño; aunque no más extraño, y no menos peligroso, que el sueño despierto en el que Penato se había convertido en el amante secreto de una vestal caída.

Los galos fueron repelidos. Por ser el primero en correr en defensa de los romanos, Marco Manlio fue declarado héroe y recompensado con raciones adicionales de pan y vino. A la oca sagrada que había alertado a los defensores con sus graznidos se la premió también con una ración completa de grano.

En cuanto a los centinelas que estaban de servicio aquella noche, los mandos militares declararon que serían condenados a muerte por negligencia. Igual que los perros que vigilaban con ellos. Se suponía que se habían quedado dormidos en el puesto, y también los perros, pues no había ladrado ni uno solo de todos ellos. ¡Las ocas habían dejado claro que eran mejores vigilantes!

Dorso protestó contra aquel castigo en masa, destacando que los romanos no podían permitirse perder muchos hombres, y entre los soldados rasos hubo también grandes protestas. Se decidió que únicamente sería castigado el centinela responsable de la zona donde se había producido el asalto.

El hombre negó haberse quedado dormido. En la quietud de la noche, dijeron, habían oído a un hombre y una mujer hablando. Distraído y aburrido, abandonó su puesto y se acercó al templo de Júpiter para tratar de averiguar de dónde venían las voces. Nadie se compadeció de su excusa. Fue

colgado del saliente donde los galos habían iniciado el ataque hasta morir ahogado. Como castigo simbólico, un único perro guardián fue arrojado por el acantilado.

Los romanos aumentaron la vigilancia. Y también los galos, decididos a que no llegaran más mensajeros del exterior hasta la cumbre del Capitolio.

La ocupación y el sitio continuaron a lo largo del invierno. La lluvia proporcionó agua potable a los romanos, pero la comida escaseaba cada vez más.

—Ojalá llovieran peces —dijo Penato un día, observando un chaparrón bajo el frontón del templo de Júpiter.

—¡O pasteles de miel! —apuntó Dorso.

—¡O pedazos de buey seco! —dijo por su parte Marco Manlio, a quien le encantaban las típicas raciones militares.

La situación en la cima del Capitolio era cada vez más desesperada, aunque también lo eran las circunstancias de los galos. Al no haber vivido nunca en una ciudad, no sabían nada sobre saneamiento o sobre cómo eliminar sus propios desechos. Habían convertido Roma en una pocilga y se propagaba la peste. Morían con tanta rapidez que los supervivientes dejaron de enterrar los cuerpos y apilaban los cadáveres para luego prenderles fuego.

Una vez más, como en los inicios del sitio, el fuego y las columnas de humo rodeaban el Capitolio. La visión de las piras en llamas era fantasmagórica. El humo y el hedor de los cuerpos quemados eran sofocantes. Tal y como Penato le comentó cautelosamente a Dorso:

—Estos galos están locos por quemarlo todo. ¡Han acabado con las casas y ahora se prenden fuego ellos mismos!

Los galos empezaban también a padecer hambre. En los inicios del sitio, habían quemado despreocupadamente diversos almacenes llenos de cereales. Y ahora echaban dolorosamente de menos ese grano. Aunque los romanos del Capitolio no podían saberlo, las fuerzas de Camilo habían tomado el control de prácticamente toda la campiña y los galos ya no podían ir saqueando a voluntad para reabastecer sus almacenes. Las ciudades que habían reclamado como premio estaban convirtiéndose ahora en una trampa y una tumba.

Públicamente, Pinaria se sumaba a las oraciones diarias para que Camilo llegara pronto a rescatarlos. En privado, vivía en un miedo constante. Hacía todo lo posible para ocultar las pruebas visibles de su embarazo. Hasta entonces lo había conseguido, a lo mejor porque el niño que crecía en su interior era pequeño y estaba desnutrido. Pero ¿qué ocurriría cuando diera a luz? Aun escondiéndose en su habitación y pariendo al niño en secreto, ¿cómo conseguiría esconder el llanto de un niño? ¿Sería capaz de matar al bebé nada más nacer? A diario estaban permitiendo que murieran recién nacidos, sobre todo si tenían defectos, pero ni siquiera la madre con menos sentimientos podía matar a su hijo con sus propias manos; lo apartaban de ella y lo abandonaban al aire libre para que muriera a merced de los elementos o de las bestias salvajes. La forma más rápida y sencilla de eliminar al niño sería arrojándolo desde el Capitolio, pero incluso eso sería imposible, pues en todos los puntos del perímetro se mantenía una vigilancia acérrima. ¿Lo haría Penato si ella se lo pedía? ¡Qué terrible pedirle a un padre que asesinara a su propio hijo!

Pero aun así, si el niño nacía y le permitía vivir, acabaría siendo descubierto, sería la prueba de su crimen, y los tres serían condenados a muerte. Muchas veces, Pinaria se despertaba con pesadillas en las que veía a Penato golpeado hasta morir y donde ella era encerrada en una cámara subterránea sin luz ni aire. El bebé era enterrado con ella, y en la tremenda oscuridad de la cripta, su llanto era el último sonido que podía oír.

En momentos oscuros, se permitía imaginarse que el bebé nacería muerto. Eso acabaría con el miedo y el terror... ¡pero cómo podía desear una madre que su hijo naciera muerto! Tal vez sería mejor que Pinaria se lanzase directamente por el precipicio, y que lo hiciese pronto, antes de que el niño que llevaba dentro creciera aún más. Que los galos descubrieran su cuerpo destrozado y lo

quemaran en una pira. Los hombres honrarían su memoria, entonces; dirían que se había ofrecido, una vestal pura como ella, a modo de sacrificio para los dioses. El niño nonato moriría con ella, y Penato nunca sería hallado culpable. Esclavo o no, un chico tan inteligente como él tenía una vida por delante que merecía la pena ser vivida. Pronto les olvidaría a ella y al niño que habían engendrado. Sería como si Pinaria no hubiese existido nunca...

El único resultado que no se permitía imaginarse, porque era imposible y demasiado doloroso, era que el bebé naciera vivo y sano, y que ella pudiera verle la cara, y mostrarlo a todo el mundo con orgullo, y quererlo con toda la devoción y cariño de cualquier madre normal. Eso nunca sucedería.

Estas ideas desesperadas la consumían. Se había distanciado de Penato. Habían dejado de hacer el amor. Veía ahora el acto que tanto placer le había proporcionado como una traición, una trampa en la que había caído tontamente. Durante un tiempo siguieron viéndose en secreto, y en lugar de hacer el amor, conversaban... pero no había conversación que no girara en torno al sufrimiento que les había infligido el sitio, e incluso el mayor sufrimiento que les aguardaba. De vez en cuando no le permitía a Penato entrar en su habitación privada, diciéndole que lo hacía por la seguridad de él, cuando en realidad lo que no podía soportar era estar a solas con él.

Se acercó más a Dorso, que siempre la trataba con deferencia y respeto. Penato, como amigo de Dorso, solía estar presente en su compañía, pero sabía que no debía tratarla con exceso de familiaridad. Penato ocultaba su dolor y su confusión haciendo comentarios irónicos y chistes amargos, y nadie se había dado cuenta de que su comportamiento fuera distinto al de antes. La gente se había percatado del cambio experimentado por Pinaria, y hablaba sobre él. Los hombres la llamaban la vestal melancólica, pero pensaban que su sufrimiento era por ellos y honraban su tristeza como un signo de su santidad.

Los galos llevaban en Roma siete meses de ocupación, desde mitad de verano a mitad de invierno. Fue en los idus de *februarius* cuando Pinaria, atravesando el Capitolio, con la cabeza nublada por oscuros pensamientos, recibió la noticia por parte de Dorso.

Él corrió hacia ella. Le dijo algo. Estaba tan distraída que no escuchó sus palabras, pero por su expresión animada se dio cuenta de que había sucedido algo muy importante. Percibió un movimiento por el rabillo del ojo. Miró a su alrededor y vio que en el Capitolio reinaba una gran conmoción. La gente corría de un lado a otro, se abrazaba, hablaba en murmullos y lanzaba gritos, reía, lloraba.

—¿Qué está pasando, Dorso?

—Ha llegado un emisario... ¡un romano! Los galos le han permitido el paso. Subió por el camino.

—¿Un emisario? ¿Quién lo envía?

—¡Camilo, naturalmente! Ven, vamos a oír qué cuenta el hombre. —La acompañó hacia el templo de Júpiter donde un soldado, vestido con armadura pero sin armas, se erguía en el peldaño más alto para dirigirse a la multitud. La gente se hizo a un lado para que Pinaria pudiera situarse en primera fila.

Los hombres preguntaban a gritos al emisario, que levantaba la mano.

—¡Tened paciencia! —decía—. Esperad a que haya llegado todo el mundo. De lo contrario, tendré que repetirme cien veces.

—¡Mira ahí! —gritó Marco Manlio—. Cayo Fabio Dorso acaba de llegar con la vestal melancólica. ¡Ésos son los que cuentan! ¡Di lo que tengas que decir!

La gente se echó a reír. Todo el mundo estaba animado porque, por la cara del emisario, se veía que era portador de buenas noticias.

—Muy bien. En el transcurso de los últimos meses, nuestros ejércitos se han reagrupado bajo el liderazgo del dictador Marco Furio Camilo...

Hubo grandes vítores.

—... que se ha tenido con los galos pequeñas reuniones. No podemos decir que hayamos derrotado al enemigo, pero los hemos estado acosando repetidamente y los galos ya han tenido bastante. Están dispuestos a abandonar Roma.

Los vítores se tornaron ensordecedores. El emisario les indicó que se calmaran.

—Pero los galos no se irán si no es a cambio de un rescate.

—¿Un rescate? —gritó Manlio—. ¿Es que no han saqueado ya todo lo que había de valor en Roma?

—Lo han hecho, pero aún piden más. Tiene que producirse una entrega de joyas y metales preciosos. Camilo ha reunido todo lo que ha podido de los romanos en el exilio, y ha convencido a nuestros amigos para que contribuyan...

—¡Los habitantes de Clusium deberían pagar el rescate! —gritó Manlio—. ¿Acaso no nos sacrificamos nosotros para salvarlos del saqueo de los galos?

—Los clusianos han contribuido, muy generosamente, igual que muchos más —dijo el emisario—, pero sigue sin ser suficiente. Camilo espera que los que estáis en el Capitolio, los que nunca abandonasteis Roma, ayudéis a completar la cantidad final del rescate.

Hubo gritos de protesta.

—¿Nosotros? —dijo Manlio—. ¡Llevamos meses comiendo harina llena de moscas y bebiendo agua de lluvia! ¡A esta gente no le queda nada que dar!

—¿Estás seguro? A lo mejor alguno sabe dónde se enterró el tesoro, para esconderlo de los galos. A lo mejor hay mujeres que conservan aún algunas joyas. Todas las mujeres romanas en el exilio han contribuido ya con todas las joyas que poseían.

—¡Esto está mal! —gritó Manlio—. Nuestras mujeres no deberían ser desposeídas de sus adornos por el simple hecho de satisfacer la avaricia de Breno.

—No queda otro remedio —dijo el emisario—. Debemos pagar a los galos. En cuanto se marchen, la ciudad volverá a ser nuestra y podremos iniciar su reconstrucción.

Dorso miró a Penato por encima del hombro y sonrío.

—A lo mejor podrías donar ese pequeño talismán que luces con tanto orgullo.

Penato cogió la imagen de Fascinus. Frunció el entrecejo y lo agarró con tanta fuerza que los nudillos se le quedaron blancos. Dorso se echó a reír.

—¡Relájate, Penato! Sólo bromeaba. ¡Ni siquiera un galo querría ese pedazo de plomo sin ningún valor!

El rescate fue pagado en el Foro.

Breno insistió en celebrar una ceremonia formal en la que Camilo estuviera presente. Los que estaban en el Capitolio observaron la transacción con una mezcla de abatimiento y alivio. Los galos sacaron unas balanzas tan grandes que podrían pesar incluso un buey. En un plato se colocaron los pesos de plomo. Los emisarios romanos amontonaron el rescate en el otro. El tesoro compuesto de lingotes, monedas y joyas fue creciendo y creciendo hasta que, por fin, las pesas de plomo empezaron a subir.

Los dos lados de la balanza alcanzaron el equilibrio. La multitud congregada en el Capitolio suspiró al ver pagar una fortuna como aquélla para recuperar la ciudad que era suya por pleno derecho.

En el Foro, Breno se pavoneó delante de las balanzas y rió.

—¡No es suficiente! —gritó.

Camilo lo miró sombríamente.

—¿Pero qué dices? La balanza está equilibrada.

—Olvidé incluir esto. Querías que la dejara de lado, ¿verdad? —Breno extrajo su espada y la colocó sobre las pesas de plomo.

Entre la delegación romana surgieron gruñidos de rabia y disgusto. Algunos hicieron ademán de

coger sus espadas, pero Camilo levantó una mano para impedírselo.

—Tenemos aún algo en reserva. Colocadlo en la balanza.

Se añadieron más objetos para rescate, hasta que ambos lados quedaron de nuevo equilibrados. Breno soltó un rugido de triunfo y aplaudió. Los galos lanzaron vítores y carcajadas. Incluso desde el Capitolio, los espectadores pudieron ver el rostro de Camilo sonrojándose de rabia y consternación.

Pinaria, que estaba observando junto al resto de la gente, sintió de repente la presencia de Penato a su lado. La mano de él buscó la de ella. Y cedió, entrelazando sus dedos con los de él.

—¡Pase lo que pase, Pinaria, te quiero! —susurró él.

—Y yo... —No podía pronunciar las palabras. Sofocó un grito, retiró la mano y se la llevó al vientre. El bebé pataleaba. Intuyó que el momento estaba muy cerca.

Los galos marcharon de Roma como la marea alta cuando se retira. El proceso duró varios días; eran muchos y no tenían prisa. Sus habituales pillajes e incendios continuaron hasta el último momento de la ocupación.

Los romanos del Capitolio, pese a su impaciencia, esperaron hasta que el último galo se hubiese marchado antes de empezar a trepar por encima de las barricadas y descender por el sinuoso camino. Alborozados al verse libres por fin, pero horrorizados ante los estragos causados en su amada ciudad, se dispersaron por las Siete Colinas, buscando algún hogar que quedara en pie, y esperaron el regreso de Camilo y los exiliados.

Dorso, con Penato a su lado, acompañó a Pinaria hasta la puerta de la casa de las vestales. La estructura parecía intacta, aunque las puertas estaban rotas y abiertas y colgaban de las bisagras.

Temblando, Pinaria entró. Dorso hizo el ademán de seguirla, pero Pinaria negó con la cabeza.

—No, quédate aquí. Lo que tengo que hacer aquí, tengo que hacerlo sola.

—Pero no podemos estar seguros de que éste sea un lugar sano y salvo. No puedo dejarte aquí, vestal.

—¡Por supuesto que puedes! ¿Piensas que la diosa ha estado protegiéndome tanto tiempo para permitir ahora que una desgracia caiga sobre mí en la casa de las vestales? Vete, Dorso. Déjame para que pueda purificar el lugar antes de que regresen las demás vestales. ¿No estás impaciente por ver qué ha sido de tu casa?

Dorso hizo una mueca.

—¿Y tú, Penato? ¿Dónde irás?

Penato se encogió de hombros.

—Volveré a casa de mi antiguo amo, me imagino... si es que queda algo de ella.

—Muy bien, entonces —dijo Dorso. Y se separaron los tres.

Sólo instantes después de que Pinaria cruzara el umbral, rompió aguas y empezaron los dolores. A duras penas, consiguió llegar a su dormitorio. La habitación estaba sucia, la cama deshecha; un galo había dormido allí durante su ausencia. Sintió una oleada de asco, pero no podía hacer otra cosa que derrumbarse en la cama.

Abrió los ojos un poco después. Penato estaba a su lado. En su delirio, creyó que era una imagen enviada por Vesta para ponerla nerviosa y hacerla sentirse culpable, pero cuando Penato sonrío, supo que era de verdad. Se quitó la cuerda del cuello y se la pasó a ella por la cabeza.

—Fascinus protege a las mujeres durante el parto —susurró—. ¡No te preocupes, Pinaria! Estaré a tu lado.

—¿Y qué sabes tú de partos?

Él sonrió.

—¿Y qué no sé yo? Cuando era pequeño, veía a las chicas esclavas que daban a luz a los hijos bastardos de mi amo. Y cuando me hice mayor, llevaba y traía a las comadronas. Sé qué hacer, Pinaria. Conmigo estarás a salvo, y también el bebé.

—¡Penato, Penato! ¿Dejarás algún día de sorprenderme?

—¡Nunca! Te quiero, Pinaria.

—Eso es lo que más me sorprende de todo.

Era un parto prematuro y el bebé era muy pequeño, pero sano; dio un gran grito cuando Penato lo cogió en brazos para examinarlo en busca de defectos. Pinaria lo tuvo luego una hora en su regazo.

Era un día corto de invierno y las sombras empezaban a caer. En la calle se oían voces. Los primeros exiliados habían entrado ya en la ciudad. Las vestales llegarían en cualquier momento.

—¿Qué vamos a hacer con el niño, Penato?

—Ha nacido entero y sano. Eso significa que los dioses quieren que viva.

—¿Realmente lo crees?

—Yo quiero que viva, me da igual lo que piensen los dioses.

—¡Blasfemia, Penato! —Movió la cabeza y consiguió emitir una risa lastimera—. Qué absurdo que te regañe. ¡Yo que acabo de dar a luz un hijo en la casa de las vestales!

—¿Te quedarás aquí, Pinaria?

—No puedo ir a ningún lado.

—El bebé no puede quedarse aquí contigo.

—No.

—¿Podrás soportar abandonarlo, Pinaria?

Ella miró al bebé que tenía en brazos.

—¿Dónde te lo llevarás, Penato? ¿Qué harás con él?

—Tengo un plan.

—¡Siempre los tienes! Mi inteligente Penato...

Con cuidado, cogió al bebé. Las lágrimas caían lentamente por las mejillas de Pinaria. Acarició el talismán que llevaba colgado al cuello.

—Tienes que llevártelo también, para el bebé.

Penato negó con la cabeza.

—Fascinus es para ti. Ahuyenta el mal de ojo. Te protegerá del escrutinio de las demás vestales.

—No, Penato...

—Fascinus es mi regalo para ti. Deja que sirva para que te acuerdes de mí, Pinaria, igual que a mí me sirvió para acordarme de mi madre.

—Tu madre está muerta, Penato.

—Y también lo estoy yo en el mundo al que debes regresar. Nunca volveremos a vernos, Pinaria, al menos no de este modo. Nunca volveremos a estar los dos solos, nunca volveremos a decirnos palabras de amor. Pero tú sabrás que nuestro hijo está vivo y bien, una prueba del amor que compartimos en el Capitolio. ¡Te lo prometo!

Ella cerró los ojos y lloró. Cuando volvió a abrirlos, Penato y el bebé se habían ido. La habitación fue oscureciéndose. Pasó tiempo y más tiempo, y la habitación volvió a iluminarse. Escuchó voces en el interior de la casa, no identificables al principio, luego más cercanas y más fuertes. Eran voces de mujeres, hablando excitadas.

Reconoció la voz de la virgo máxima, y la de Foslia. La llamaban.

—¡Pinaria! ¡Pinaria! ¿Estás aquí?

Las vestales estaban de vuelta.

—Cuéntame de nuevo dónde y cuándo has encontrado al recién nacido —dijo Dorso, poniendo mala cara.

—Ayer, abandonado entre los arbustos, junto a los restos de la casa de mi viejo amo —dijo

Penato—. Es evidente que la madre acababa de parirlo.

—¿Y quién podría ser la madre?

—Una gala no, a buen seguro. El niño es demasiado guapo para ser galo, ¿no crees?

Dorso examinó al bebé.

—Es un bebé guapo. ¡Y demasiado pequeño para ser galo! ¿El hijo de una romana que ha regresado, entonces?

—Eso es lo que me dicta mi intuición. Sin duda alguna la madre pasó penurias durante la ocupación, y cuando regresó a la ciudad y encontró que todo lo que conocía estaba incendiado y en ruinas, no pudo afrontar la perspectiva de cuidar del recién nacido. Otro duro legado de los galos, que las mujeres de Roma se vean tan asediadas por el temor y la incertidumbre que acaben viéndose empujadas a abandonar a sus hijos. ¡Y un niño tan bonito como éste!

—Veo que te has encariñado con este recién nacido, Penato.

—Le veo algo muy especial. ¿No lo intuyes tú también? Creo que ha sido una señal que encontrara a este niño el mismo día de la partida de los galos y el regreso de los romanos... un compromiso de los dioses con el renacimiento de la ciudad, que anuncia que los mejores años están aún por llegar.

—¿Palabras de piedad y optimismo de tu boca, Penato?

—Soy un hombre diferente después de los meses que pasé en el Capitolio.

—Y serás también un hombre libre, si tengo derecho a decir algo sobre el tema. Me acompañaste a realizar el sacrificio en el Quirinal. Combatiste a nuestro lado cuando los galos alcanzaron la cumbre y pusieron en alerta a las ocas. Te has ganado de sobra tu libertad, y tu amo ha muerto y ya no te necesita. Tengo intención de hablar con sus herederos, pagarles una suma razonable y conseguir que te den la libertad. ¿Qué dices a esto, Penato?

—Los dioses me sonríen, porque rescatar a este niño y recibir esta promesa por tu parte, en sólo dos días... Pero...

—¿Qué sucede, Penato? ¡Habla!

—Si de verdad deseas recompensar a un humilde esclavo por sus servicios en el Capitolio, tengo una petición distinta que hacerte. No tanto por mí, pues qué soy yo sino una hebra rota en el gran tapiz tejido por las Parcas, sino por el bien de este niño indefenso e inocente.

Dorso apretó los labios.

—Continúa.

—¿Para qué me sirve a mí la libertad? Por mi cuenta, en una ciudad devastada como ésta, un tipo torpe como yo seguramente se moriría de hambre. Preferiría más que me comprases tú y me mantuvieses como esclavo. Te prometo que me esforzaré a diario para demostrar mi valía como sirviente de confianza. Tendré el honor de ser el esclavo del descendiente más valiente de la más valiente de todas las casas romanas, los Fabio. Y si algún día, después de mis años de servicio, encuentras oportuno liberarme de la esclavitud, llevaré orgulloso un nombre de liberto que honre a mi antiguo amo: Cayo Fabio Dorso Penato.

Dorso no era inmune a los halagos, ni siquiera por parte de un esclavo.

—Te comprendo. Satisfaré con placer tu petición. Serás el más destacado de los esclavos de mi casa, y mi amigo de confianza.

—Y también... y aunque sé que es una petición extraordinaria, me siento obligado a hacerla... te pido que adoptes a este huérfano, y que lo críes como a tu propio hijo. —Viendo la mirada de sorpresa en el rostro de Dorso, Penato siguió presionando—. ¿Acaso no existe un antiguo precedente? Rómulo y Remo eran huérfanos y fueron encontrados junto a los restos dejados por una gran inundación; este niño también quedó entre las ruinas cuando los galos se retiraron. Fáustulo adoptó a los gemelos y nunca tuvo motivos para arrepentirse de ello, pues los dioses querían que lo hiciese, y estoy seguro de que tú tampoco te arrepentirás de adoptar a este huérfano.

Dorso levantó una ceja. ¿Por qué estaría Penato tan interesado en el niño? Decía ver en el recién nacido un presagio, pero creer en los presagios y acatar la voluntad de los dioses no era propio del carácter de Penato, a menos que su cautividad en el Capitolio lo hubiera transformado de verdad. ¿No sería más probable que la preocupación de Penato por el recién nacido tuviera su origen en un

motivo más personal? En su cabeza, Dorso había hecho ya unos simples cálculos. La ocupación y el sitio se habían prolongado durante siete meses; un embarazo normal duraba en torno a los nueve meses. No resultaba difícil imaginar que Penato hubiera disfrutado de algún flirteo justo antes de la llegada de los galos y que entonces, durante la ocupación, se hubiera visto separado de su amante... probablemente una esclava, pero posiblemente una mujer libre, quizá incluso de alta cuna, porque estas cosas solían suceder. Ahora Penato, al descender del Capitolio, había descubierto que era padre de un recién nacido. Fuera esclava o libre, la madre se había visto obligada a prescindir del niño por no poder mantenerlo, y ahora el astuto esclavo buscaba, mediante aquella estratagema, ¡convertir a su hijo ilegítimo en un Fabio!

Dorso sintió el impulso de arrearle un bofetón a Penato y exigirle que le contara la verdad. Pero aun así... los dioses actuaban de maneras muy misteriosas, utilizando incrédulos y escépticos, e incluso esclavos, a modo de emisarios involuntarios. Tal vez Penato estuviera pensando que estaba aprovechándose de su nuevo amo; pero, de hecho, bien podría ser que los dioses estuvieran guiando a ambos hombres para que hicieran exactamente lo que los dioses deseaban.

Dorso recordó el largo trayecto desde el Capitolio hasta el Quirinal, con Penato siguiéndole. Pensándolo en retrospectiva, la loca osadía de aquel acto lo dejaba sin respiración, pero era lo mejor que había hecho en su vida, o que probablemente haría. Esa acción lo había convertido en un hombre famoso; su nombre sería recordado y reverenciado hasta mucho después de su muerte. Aquel día, Dorso se había convertido en inmortal... y Penato había estado a su lado, a cada paso del camino, ayudándole a mantener su coraje con el simple hecho de no mostrar miedo. Penato había hecho lo mismo que Dorso, pero quedaría olvidado en la posteridad. ¿Acaso no tenía Dorso una deuda con Penato, una deuda tan grande que exigía un pago tan osado como osada había sido la excursión hasta el Quirinal?

Dorso asintió muy serio.

—Muy bien, Penato. Adoptaré a tu... adoptaré al niño. Será mi hijo. —Cogió al bebé en brazos y sonrió al diminuto recién nacido, luego rió al ver la mirada de perplejidad reflejada en el rostro de Penato—. ¿No esperabas que te dijera que sí?

—Lo esperaba... lo soñaba... rezaba por ello... —Penato cayó de rodillas, agarró la mano de Dorso y la besó—. ¡Que los dioses te bendigan, amo! —Como un autómata, fue a buscar el talismán de Fascinus, pero sus dedos tocaron sólo la carne desnuda de su torso.

Los exiliados regresaron a Roma. Poco a poco, el orden quedó restablecido en la devastada ciudad. El Senado volvió a reunirse. Los magistrados recuperaron sus despachos.

La Cuestión Veyense volvió a surgir casi enseguida. Camilo estaba decidido a solucionar el tema, de una vez por todas.

Algunos de los tribunos de la plebe más radicales argumentaron que la ciudad estaba tan sumida en ruinas y sus lugares sagrados tan contaminados por los galos, que Roma debería ser abandonada. Proponían que la totalidad de la población se trasladara enseguida a Veyes, donde muchos exiliados se habían cobijado durante la ocupación y donde se habían empezado a sentir como en casa. Ignorando todas las demás posibilidades, Camilo se valió de este argumento y decidió plantear el debate como una cuestión de todo o nada: ¿Abandonarían por completo los ciudadanos Roma para trasladarse a Veyes, o derribarían todos los edificios de Veyes para conseguir materiales para la reconstrucción de Roma?

Con el Senado unido y dándole su apoyo, Camilo se presentó ante el pueblo reunido en el Foro. Se subió a la tribuna del orador para dirigirse a ellos.

—Compañeros ciudadanos, tan dolorosas han sido para mí las controversias agitadas por los tribunos de la plebe, que en todo el tiempo que viví en el amargo exilio mi único consuelo era estar alejado de este interminable altercado. Nunca habría regresado para batallar por esta nimiedad, ni aunque me lo hubieseis solicitado con mil decretos senatoriales. Pero regresé porque mi ciudad me

necesitaba... y ahora vuelve a necesitarme, para librar una batalla más desesperada si cabe, ¡la de su propia existencia! ¿Por qué sufrimos y derramamos nuestra sangre para recuperar Roma de manos de nuestros enemigos si ahora pretendemos desertar de ella? Mientras los galos retuvieron la ciudad, una pequeña banda de hombres valientes resistieron en la cumbre del Capitolio, negándose a abandonar Roma. Ahora los tribunos harían lo que los galos no pudieron hacer: obligarían a estos valientes romanos, así como al resto de nosotros, a abandonar la ciudad. ¿Es esto una victoria, perder lo que más queremos?

»Por encima de cualquier otra preocupación, debemos considerar la voluntad de los dioses. Si seguimos el mandato divino, todo va bien. ¡Cuando lo ignorarnos, el resultado es un desastre! Una voz de los cielos anunció a Marco Cedicio la llegada de los galos, una advertencia clara motivo de preocupación, pero, poco después, uno de nuestros embajadores a los galos violó de manera flagrante la ley sagrada y tomó las armas contra ellos. En lugar de ser castigado por el pueblo, el ofensor fue recompensado. Poco después, los dioses nos castigaron permitiendo que los galos tomaran nuestra querida Roma.

»Pero durante la ocupación) se produjeron actos de tan g con gran piedad que conseguimos recuperar el favor de los dioses. Con todo en contra, Cayo Fabio Dorso llevó a cabo una hazaña milagrosa. Para honrar al divino fundador de la ciudad, abandonó la seguridad del Capitolio y caminó hasta el Quirinal, desarmado e ignorando el peligro. ¡Tan abrumadora era el aura piadosa que lo protegía, que regresó ileso! Y aunque los defensores del Capitolio sufrieron un hambre terrible, respetaron las ocas sagradas de Juno... un acto de piedad que dio como resultado su salvación.

»Qué afortunados somos de poseer una ciudad fundada por Rómulo con la aprobación divina. Los que lo siguieron la llenaron de templos y altares, para que los dioses moraran en cada rincón de la ciudad. Algunos locos dirán: «Los dioses pueden venerarse igual de bien en Veyes que aquí en Roma». ¡Tonterías! ¡Blasfemia! Si los dioses desearan vivir en Veyes, nunca habrían permitido su conquista. Si no desearan vivir en Roma, jamás nos habrían permitido recuperar la ciudad. ¡El favor divino hacia un lugar no es algo que pueda guardarse en la cajuela del carro y llevarse a otro lado!

»Sí, Roma está en ruinas, y durante un tiempo tendremos que soportar incomodidades. Pero ¿qué pasa si tenemos que volver a vivir en cabañas? ¡Rómulo vivió en una cabaña! Nuestros antepasados eran porquerizos y refugiados, pero construyeron una ciudad en pocos años, de la nada, sólo de bosques y pantanos. Seguiremos su ejemplo y reconstruiremos la ciudad mejor de lo que era antes.

»El desastre de los galos no es más que un breve episodio. Roma tiene un gran destino. Su historia no ha hecho más que empezar.

¿Habéis olvidado de dónde obtuvo su nombre el Capitolio? Aquí se exhumó una cabeza humana, algo que los sacerdotes declararon como un poderoso augurio: en este lugar residirá un día la cabeza y el poder soberano y supremo del mundo. Ese día no ha llegado aún, ¡pero lo hará! Abandonar Roma es abandonar nuestro destino, es condenar a nuestros descendientes al olvido.

»¡Mirad vuestros corazones, romanos! *Esta* tierra es como vuestro corazón. Permitidme que os diga, por mi propia experiencia, que no hay nada peor que languidecer de nostalgia por la patria. En mi exilio, nunca dejé de soñar con estas colinas y valles, los meandros del Tíber, las vistas desde las cumbres o el cielo interminable debajo del cual nací y me crié. Pertenezco a este lugar. Y a este lugar pertenecéis *vosotros.* ¡Sois de aquí y de ningún sitio más, ahora y siempre!

La multitud estaba intensamente conmovida pero seguía sin decidirse. Respondieron a las últimas palabras de Camilo con un silencio prolongado e incómodo.

Justo en aquel momento, apareció en el fondo del Foro una compañía de soldados que regresaba de su turno de guardia. Los soldados que iban a relevar a la compañía iban con retraso. El exasperado comandante ordenó detenerse a sus hombres.

—No tiene ningún sentido ir a ningún lado —dijo—. Podemos quedarnos aquí perfectamente.

La acústica del Foro era tal, que sus palabras resonaron alto y claro para todos los que escuchaban a Camilo, casi como si vinieran del cielo. La gente se miró maravillada. Hubo risas nerviosas y gritos de asombro.

—¡Es un presagio! —exclamó alguien—. ¡Un presagio de los dioses! La voz que habló a Marco

Cedicio antes de que empezara todo esto. ¡Esa voz vuelve a hablarnos ahora! «Podemos quedarnos aquí perfectamente».

—¡Quedémonos aquí! —entonó la gente—. ¡Quedémonos aquí! ¡Quedémonos aquí!

La multitud irrumpió en un rugido de vítores, risas y lágrimas de alegría. Camilo, que podía ver hasta el otro extremo del Foro y sabía exactamente de dónde provenía la voz, estaba tremendamente disgustado. Pese a toda su elocuencia y pasión, había sido un comentario casual de un soldado anónimo lo que había hecho decantar la balanza.

Ocupando un lugar de honor, manteniendo la compostura a pesar del rugido de la muchedumbre, estaban las vestales. La virgo máxima permanecía bien erguida, permitiéndose una débil sonrisa. Foslia, más fascinada que nunca por Camilo, miraba embelesada al dictador. Su mano buscó la de Pinaria y la apretó con fuerza.

—¡Oh, Pinaria! —musitó—. Hemos pasado por tanto... tú, más que todas nosotras. Pero todo volverá a estar bien. Vesta nunca dejó de cuidar de nosotros, y ahora su siervo Camilo nos guiará en el camino de regreso a la virtud.

Pinaria no respondió. La pérdida del bebé y su separación de Penato la habían sumido en un profundo pesar. La reanudación de sus deberes diarios como vestal no le suponía ningún consuelo. La contemplación de la llama sagrada sólo la llenaba de dudas. Las demás vestales le aseguraban que, durante el paréntesis de su estancia fuera de Roma, la llama nunca había vacilado en lo más mínimo, sino que había ardido con la misma firmeza de siempre. ¿Cómo podía ser eso, habiendo Pinaria roto repetidamente sus votos de castidad? ¡Sus transgresiones deberían haber extinguido la llama por completo!

¿Qué significaba que Pinaria hubiese pecado y no hubiera habido consecuencias? ¿Sería la diosa ajena al tema, o la habría perdonado, o simplemente significaba que no existía? De haber cometido un pecado, Pinaria estaría muerta. ¡De no haber habido pecado, nunca debería haberse separado de su bebé!

Foslia le apretó la mano y le regaló una sonrisa de compasión. ¡Pobre Pinaria, había sufrido tanto en cautividad que no era de extrañar que llorara! Cuando Pinaria inclinó la cabeza y se llevó la mano al pecho, Foslia pensó que su hermana vestal sufría algún dolor, inconsciente del talismán escondido bajo los ropajes de Pinaria.

373 A.C.

Los ciudadanos votaron la demolición de Veyes y la reconstrucción de Roma. A modo de celebración, se levantó un templo en el lugar donde Marco Cedicio había recibido el divino aviso. Estaba dedicado a una nueva deidad llamada Aius Locutius, el Orador Anunciante.

Camilo decretó además una ceremonia anual para rendir honores a las ocas que habían salvado a los romanos en el Capitolio. Se celebraría una procesión solemne que iría liderada por una oca sagrada de Juno posada sobre una litera de paja cubierta con una colcha, la cual iría seguida por un perro empalado en una estaca.

La ciudad fue reconstruida de forma veloz y a veces caótica. Los vecinos edificaban atravesando las líneas de propiedad de los demás. Las nuevas construcciones invadían a menudo las zonas de paso público, convirtiendo las calles en callejones estrechos o bloqueándolas por completo. Las disputas sobre la propiedad continuarían durante generaciones, igual que las quejas porque las alcantarillas que originalmente corrían por debajo de las calles públicas lo hacían ahora directamente por debajo de las casas privadas. A lo largo de los siglos venideros, los visitantes de Roma comentarían que el plano general de la ciudad recordaba más un poblado de ocupantes ilegales que una ciudad debidamente planificada, como las de los griegos.

El hijo de Pinaria y Penato, que sin saberlo llevaba la sangre patricia tanto de los Pinario como de los Poticio, fue debidamente adoptado en la igualmente antigua familia de los Fabio. Dorso le impuso el nombre de Kaeso y lo crió con el mismo cariño que si fuese de su propia carne. En todo

caso, el joven Kaeso recibía más favores que sus hermanos, pues era para Dorso un recordatorio constante de los mejores días de su juventud. Ninguna época de su vida sería nunca tan especial para Dorso como aquellos meses de cautividad en la cumbre del Capitolio, cuando nada parecía imposible y cada día de supervivencia era un regalo de los dioses.

Penato vivía su vida como esclavo fiel de Cayo Fabio Dorso. Su inteligencia y su discreción sacaron a su amo de muchos problemas a lo largo de los años, a menudo sin que ni siquiera Dorso se enterara. Penato cuidaba especialmente del joven Kaeso. Amigos de la familia atribuían el cariño especial de Penato por el joven al hecho de haber sido él quien había descubierto y rescatado al huérfano. Verlos a los dos caminando por el Palatino, Penato mimando al chico y éste observando al esclavo con total confianza, era una visión conmovedora.

Pinaria siguió siendo vestal toda su vida, aunque llena de dudas que mantenía en secreto y no comentaba con nadie. No tan secretamente, guardaba mucho cariño al regalo que Penato le había hecho, del que con cuidado retiró el plomo hasta recuperar su brillo dorado, y que lucia abiertamente después de que Postumia muriese y Foslia fuese nombrada virgo máxima. Cuando las demás vestales expresaron su curiosidad, ella les explicó la antigüedad de Fascinus sin revelar en ningún momento su procedencia.

Foslia se sentía especialmente intrigada por las cualidades protectoras de Fascinus. Como virgo máxima, introdujo la práctica de incorporar a Fascinus en las procesiones triunfales. Tenía una copia hecha a partir del original de Pinaria y lo colocaba en un lugar no visible debajo del carruaje del general victorioso, donde sirviera para impedir cualquier maleficio que pudiera ser lanzado por unos ojos envidiosos. A partir de aquel momento, el emplazamiento debajo del carruaje de este objeto, que recibió el nombre de *fascinum,* se convirtió en un deber tradicional de las vestales. Pronto se hizo común la utilización de amuletos similares hechos con metales humildes. Con el tiempo, prácticamente cualquier romana embarazada lucía su propio *fascinum* para protegerla a ella y a su bebé de los maleficios. Algunos tenían alas, pero la mayoría no.

Pinaria se había encariñado mucho de Dorso durante el periodo de cautiverio en el Capitolio. Después, cuidó en todo momento de mantenerse a una distancia respetable de él, por miedo a que su amistad despertara sospechas moralmente ofensivas. Sus caminos, de todos modos, se cruzaban con frecuencia en las ceremonias públicas. En estas ocasiones, Pinaria podía ver a veces a Penato. Evitaba mirarlo a los ojos y nunca hablaba con él.

Estas ocasiones permitieron también a Pinaria ver a su hijo en las distintas fases de su crecimiento. Cuando Kaeso alcanzó la mayoría de edad y celebró su decimosexto cumpleaños vistiéndose con una toga de hombre, nadie, incluido el mismo Kaeso, encontró extraño que Pinaria fuese invitada a la celebración. Todo el mundo sabía que la vestal había sido testigo de la famosa caminata de su padre más allá de las barricadas y que su padre la tenía en especial estima.

Pero el joven Kaeso quedó algo sorprendido cuando Pinaria le pidió que se reuniese a solas con ella en el jardín. Y más sorprendido aún con el regalo que ella le ofreció. Era una cadena de oro de la que colgaba un brillante amuleto dorado con la forma que se conocía como *fascinum.*

Kaeso sonrió. Con su pelo rubio e indomable y sus brillantes ojos azules, seguía siendo un niño para Pinaria.

—Pero si yo no soy un bebé. ¡Ni tampoco una mujer embarazada! Soy un hombre. ¡Precisamente todo el día de hoy gira en torno a esto!

—Incluso así, quiero que lo tengas. Creo que una fuerza primitiva, un poder más antiguo que los dioses, acompañó a tu padre y lo protegió en su famosa caminata. Esa fuerza reside en este amuleto.

—¿Estás diciendo que mi padre lo llevaba cuando caminó entre los galos?

—No, pero lo tenía muy cerca. ¡Muy cerca! No se trata de un *fascinum* normal, de los que cualquiera puede comprar en el mercado por unas cuantas monedas. Éste es el primero de esos amuletos, el original. Éste es Fascinus, que moró en Roma antes que cualquier otro dios, antes incluso que Júpiter o Hércules.

Kaeso estaba algo desconcertado. Unas palabras muy extrañas en boca de una vestal. La imagen de un órgano masculino generador de vida era un regalo curioso por parte de una virgen sagrada. Pero de todos modos, se pasó obedientemente el colgante por la cabeza. Examinó el amuleto. El

paso del tiempo había erosionado sus bordes.

—Parece muy antiguo.

—Es muy antiguo... tan antiguo como el poder divino que representa.

—¡Pero es demasiado valioso! No puedo aceptarlo de ti.

—Puedes. ¡Debes! —Le cogió de las manos y se las apretó con fuerza—. En éste, tu decimosexto cumpleaños, yo, la vestal Pinaria, te regalo, Kaeso Fabio Dorso, a Fascinus. Y te pido que lo luzcas en ocasiones especiales y que, con el tiempo, lo pases a tu hijo. ¿Harás eso por mí, Kaeso?

—Por supuesto que sí, vestal. Me honras con ello.

Ambos oyeron un leve ruido y se volvieron. El esclavo Penato los observaba desde el pórtico. Su mirada era tal que Kaeso, que conocía al esclavo de toda la vida, jamás la había visto reflejada en su cara, una expresión extraordinaria mezcla de dolor y alegría, de plenitud y pesar. Confuso, Kaeso miró de nuevo a la vestal y se quedó asombrado al ver la misma expresión reflejada en su rostro.

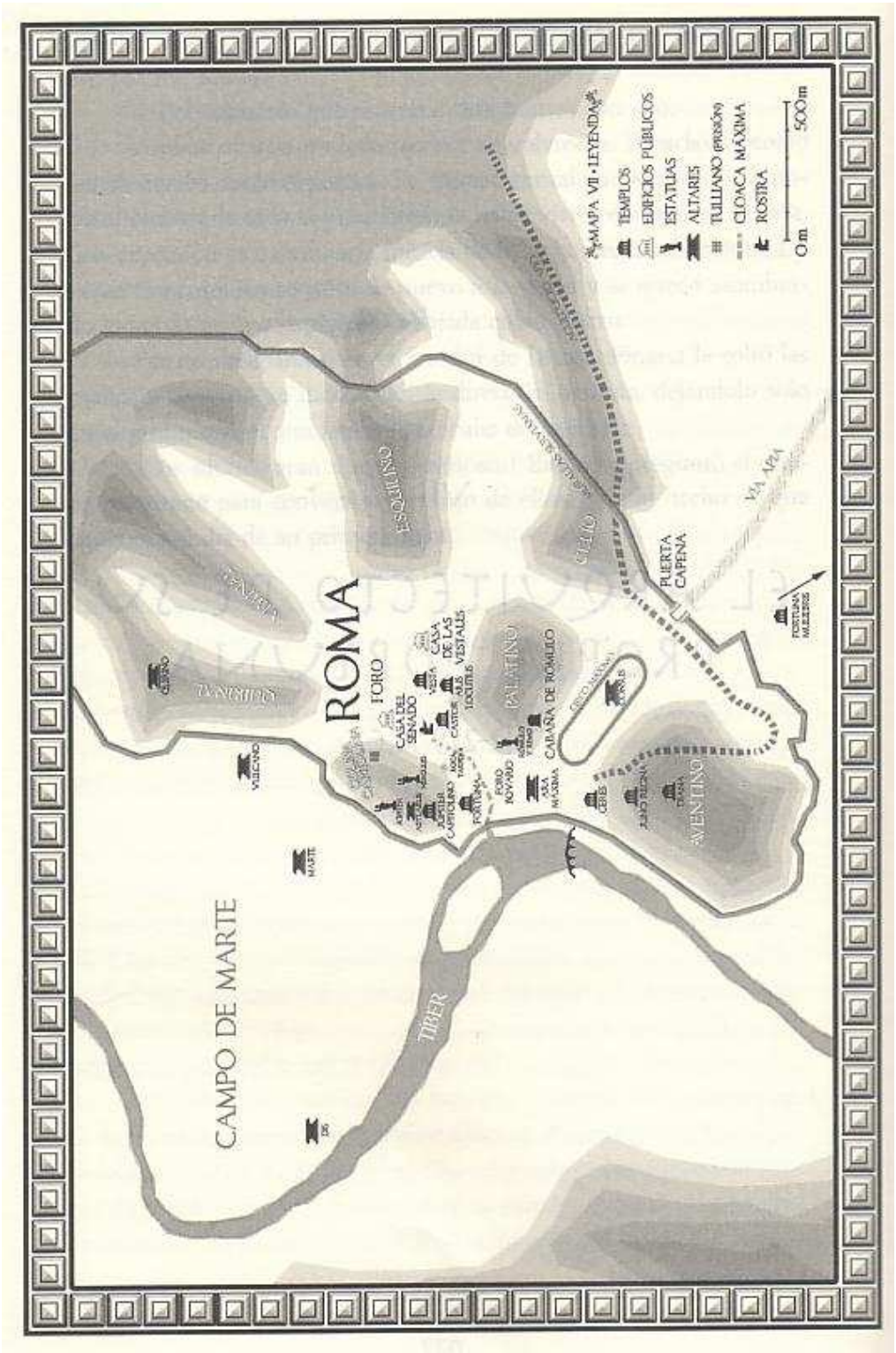
Penato desapareció en el interior de la casa. Pinaria le soltó las manos a Kaeso y se marchó en la dirección opuesta, dejándolo solo en el jardín con el amuleto que acababa de regalarle.

¡Los adultos eran muy misteriosos! Kaeso se preguntó si estaba preparado para convertirse en uno de ellos, pese al hecho de que aquél era el día de su primera toga.

VII

EL ARQVITECTO DE SU PROPIA FORTVNA

312-279 A.C.



—Y bien, joven, es tu día de la toga... ¡y hace un tiempo espléndido, por cierto! Cuéntame, ¿qué tal te ha ido hasta ahora la celebración?

Rodeado por majestuosos jardines en el centro de su majestuosa casa, luciendo su mejor toga para la ocasión, Quinto Fabio estaba sentado con los brazos cruzados, arrugando su pronunciada frente, regañando aparentemente a su invitado. Al joven Kaeso le habían advertido ya sobre la expresión severa de su eminente primo; el mayor general de Roma no era famoso por su sonrisa. Kaeso intentaba no sentirse intimidado. Incluso así, tuvo que toser para aclararse la garganta antes de responder.

—Pues bien, primo Quinto, me he levantado muy temprano. Mi padre me ha obsequiado con una herencia de la familia, un *fascinum* dorado colgado de una cadena de oro que se ha quitado de su propio cuello para colocarlo en el mío. Hay una historia relacionada con él; la famosa vestal Pinaria se lo regaló a mi abuelo hace mucho tiempo. Después, mi padre me ha regalado la toga, y me ha ayudado a ponérmela. ¡Nunca imaginé que sería tan complicado conseguir que los pliegues cuelguen correctamente! Dimos un largo paseo por el Foro, donde me ha presentado a sus amigos y colegas. Me han dado permiso para subir a la tribuna del orador, para ver cómo se ve el Foro desde la perspectiva de los Rostra.

—Naturalmente, cuando yo era niño —dijo Quinto, interrumpiéndolo—, la tribuna del orador no se conocía aún como los Rostra, porque todavía no había sido decorada con esos mascarones de naves. ¿Sabes cuándo fue eso?

Kaeso volvió a toser antes de hablar.

—Creo que fue durante el consulado de Lucio Furio Camilo, el nieto del gran Camilo. Las armas romanas sometieron la ciudad costera de Antium y sus habitantes fueron obligados a retirar los mascarones de proa, los llamados «rostra», de sus barcos de guerra y a enviarlos a Roma como tributo. Los mascarones fueron entonces instalados como decoración en la tribuna del orador; de ahí el nombre de dicha tribuna, los Rostra.

Quinto frunció el entrecejo y movió afirmativamente la cabeza.

—Continúa.

—Después de subir a los Rostra, fuimos al Capitolio. Allí seguimos una tradición de la familia Dorso, recorrer el camino que siguió mi bisabuelo, Cayo Fabio Dorso, cuando caminó desde el Capitolio hasta el Quirinal desafiando a los galos. En el altar de Quirino, un augur hizo las predicciones. Vio volar un único halcón de izquierda a derecha. El augur dijo que era un presagio favorable.

Favorable, por supuesto! El halcón cuidará de ti en la batalla. ¿Y qué se siente, jovencito, vestido con toga?

—Una sensación muy buena, primo Quinto. —De hecho, la prenda de lana era más pesada y calurosa de lo que Kaeso imaginaba.

Quinto asintió. Pensaba que la toga resultaba algo inapropiada para en el joven Kaeso, pues servía sólo para destacar su atractiva cara de niño, sus rizos rubios, sus mejillas sonrosadas y barbilampiñas, sus labios carnosos y sus brillantes ojos azules. En voz alta, Quinto se limitó a decir:

—Ahora eres un hombre, felicidades.

—Gracias, primo Quinto. —Kaeso forzó una sonrisa.

De todos los acontecimientos de la jornada, aquella visita podía ser el más importante de todos los actos; en honor a su llegada a la edad adulta, había sido invitado a cenar, a solas, con el más eminente de los Fabio, el miembro más destacado de las muchas ramas de la familia, el gran estadista y general Quinto Fabio. Nervioso y cansado, pero decidido a quedar bien, Kaeso estaba sentado muy erguido en una silla sin respaldo, enfrentándose a la acerada mirada de su primo.

—Bien, entonces, pasemos al comedor —dijo Quinto—. Tú y yo comeremos y beberemos como

dos hombres de mundo, y hablaremos sobre tu futuro.

De hecho, la discusión giró básicamente sobre el pasado. Mientras disfrutaban de diversos bocados exquisitos (hígado de cerdo con apio acompañado con salsa de vino, tripa guisada con canela y nuez moscada, cordero con crema de hinojo), Quinto fue explicándole retazos de la historia familiar. Kaeso había oído ya la mayoría de esos relatos, pero nunca de la manera en que los explicaba el gran Quinto. El bisabuelo de Kaeso seguía todavía con vida cuando Quinto era joven; Quinto había coincidido en varias ocasiones con el ilustre Dorso y había oído la historia de la famosa caminata directamente de su protagonista.

Quinto relató también la más famosa y trágica proeza de los Fabio, su gran sacrificio durante una guerra contra Veyes, cuando la familia llamó a filas a todo un ejército y todos, excepto uno, murieron en una terrible emboscada.

—De los trescientos siete guerreros, sólo aquel joven sobrevivió para seguir llevando el nombre de la familia —dijo Quinto—. Como un bosque de árboles de madera noble destruido por el fuego, la familia se regeneró a partir de una única semilla... una prueba de la determinación de los dioses de que los Fabio tenían que desempeñar un papel importante en la historia de Roma.

Quinto tampoco se andaba corto pregonando sus logros. Al principio de su carrera, como caballerizo mayor del dictador Lucio Papirio Cursor, había entrado en batalla con los samnitas desobedeciendo las órdenes expresas del dictador. Aunque alcanzó una rotunda victoria, había tenido que enfrentarse a la pena de muerte por su desobediencia.

—Allí estaba yo en el Foro, con mi padre arrodillado ante Papirio, suplicando por mi vida. Sólo un gran clamor por parte del Senado y el pueblo impidieron que el dictador ordenara a sus lictores que me ejecutaran allí mismo con sus porras y sus hachas. Aunque me despojaron del cargo, conservé mi cabeza... ¡a duras penas! Pero los giros de la fortuna pueden ser rápidos. Sólo tres años después, me convertí en uno de los hombres más jóvenes elegido cónsul. Volví a derrotar a los samnitas y fui recompensado con un gran desfile triunfal. Al año siguiente, los cónsules que me sucedieron entregaron a los samnitas una de sus mayores victorias sobre nosotros. Para bien o para mal, no estuve presente en el desastre de las Horcas Caudinas. Supongo que conoces aquella vergonzosa historia.

Kaeso dejó rápidamente la aceituna que iba de camino a su boca.

—Sí, primo. Un ejército romano, bajo el mando de los cónsules Tito Veturio Calvino y Espurio Postumio, buscando un atajo, pasó a través de un estrecho desfiladero y se adentró en un cañón más angosto incluso que en su extremo. Cuando el ejército llegó a la parte más estrecha, se dieron cuenta de que el paso estaba completamente bloqueado por árboles caídos y otros escombros. Regresaron corriendo hacia la entrada y descubrieron que el enemigo les había cerrado también el paso, haciéndolo intransitable. Esos estrechos desfiladeros eran las Horcas Caudinas, entre las cuales quedó atrapado todo el ejército. Pasaron los días. Y en lugar de permitir que los hombres murieran de hambre o intentar una huida imposible que habría resultado en una masacre, los cónsules aceptaron los términos de rendición de los samnitas.

—¿Y en qué consistían esos términos? —dijo Quinto—. Adelante, joven, cuéntame lo que te han enseñado.

—Los romanos tuvieron que dejar sus armas y sus armaduras, y quitarse toda la ropa. Completamente desnudos, fueron obligados a salir del desfiladero pasando bajo un yugo, como símbolo de su rendición al enemigo. Incluso los cónsules fueron obligados a ello. Los samnitas los abuchearon y se rieron de ellos y blandieron sus espadas ante las caras de los romanos. Los soldados regresaron a casa vivos, pero deshonrados. Fue un día muy oscuro para Roma.

—¡El más oscuro desde la llegada de los galos! —declaró Quinto—. Pero antes que fingir que nunca sucedió, debemos reconocerlo y de este modo, percatándonos del error que cometieron los cónsules de no explorar previamente el camino que tenían por delante, nos aseguraremos de que nunca vuelva a sucedemos una cosa así. Mientras tanto, la guerra con los samnitas continúa y no hay duda sobre su resultado final. Sólo seguiremos prosperando si seguimos conquistando. ¡Sólo la conquista puede hacernos sentir seguros! Todo romano tiene el deber de levantar su espada y dejar su vida, si es necesario, para que Roma alcance su destino: la dominación de toda Italia y, después

de eso, la expansión hacia el norte, donde un día nos vengaremos de los galos y nos aseguraremos de que nunca vuelvan a suponer una amenaza. ¿Cumplirás con tu deber hacia Roma, jovencito?

Kaeso cogió aire.

—Me gustaría mucho matar a unos cuantos samnitas, si puedo. Y quizá también a algunos galos.

Quinto sonrió por primera vez.

—¡Bien dicho, joven! —Su mal humor retornó en cuanto empezó de nuevo a elucubrar sobre política. Como patricios, correspondía a los Fabio reafirmar en todo momento sus privilegios hereditarios y proteger dichos privilegios contra cualquier intento de usurpación por parte de los plebeyos—. Es evidente que existen algunos plebeyos merecedores de alcanzar altos cargos. Es en beneficio de Roma por lo que los plebeyos más ambiciosos y capaces han ascendido hasta sumarse a las filas de la nobleza, casándose con nosotros y gobernando la ciudad a nuestro lado. Roma recompensa los méritos. La chusma, los extranjeros, incluso los esclavos liberados tienen la oportunidad de abrirse camino y ascender en el escalafón, pese a las muchas barreras que ralentizan su avance... ¡y así es como tiene que ser! ¡Gracias a los dioses, la democracia tal y como se practica en algunas de las colonias griegas del sur de Italia, donde todo el mundo tiene los mismos derechos, se ha mantenido alejada de Roma! Aquí reinan los principios republicanos, y con ello me refiero a la libertad de la élite noble para competir igualitaria y abiertamente por los honores políticos.

Se recostó en su triclinio y abandonó por un momento su discurso para disfrutar de un plato de zanahorias y chirivías salteadas.

—Pero me he desviado del tema de la historia de la familia, un tema más adecuado para tu día de la toga. El origen de los Fabio está envuelto en misterio, naturalmente, como todas las cuestiones que se remontan al periodo anterior a la introducción de la escritura entre los romanos. Sin embargo, nuestras mejores autoridades creen que las primeras familias romanas eran descendientes de los dioses.

—Mi amigo Marco Julio afirma que su familia desciende de Venus —dijo Kaeso.

—En efecto —dijo Quinto, levantando una ceja—. Eso explicaría por qué los Julio son mejores amantes que combatientes. Nuestro pedigrí es un poco más heroico. Según los historiadores de la familia, el primer Fabio era hijo de Hércules y de una ninfa de los bosques, y nació a orillas del Tíber en la noche de los tiempos. Por lo tanto, incluso ahora, la sangre de Hércules corre por las venas de los Fabio. —Quinto obsequió a Kaeso con una segunda sonrisa, pero luego, de repente, hizo una mueca y se quedó en silencio.

Se produjo un momento incómodo cuando ambos se dieron cuenta de que estaban pensando en lo mismo, que la rama familiar inmediata de Kaeso, viniendo de una adopción, no llevaba en realidad la antigua sangre de los Fabio. Ni Quinto ni Kaeso tenían forma de saber que la verdad era muchísimo más complicada. De hecho, la afirmación de que los Fabio eran descendientes de Hércules era completamente ficticia, mientras que la sangre del visitante que después quedó identificado con Hércules sí corría por las venas de Kaeso, pues descendía de los Poticio, una circunstancia desconocida para ambos.

El incómodo momento se prolongó de forma intolerable. Kaeso se sofocó. Se habían acercado a un tema que incomodaba a Kaeso desde el mismo día en que se enteró, siendo un niño, de que su abuelo no era un Fabio, sino un huérfano adoptado. Le explicaron la historia con mucho orgullo, pues era una demostración de la piedad del gran Dorso, que entre las ruinas de Roma encontró a un huérfano recién nacido al que adoptó como hijo suyo. También le explicaron a Kaeso que su abuelo era un hombre especial. ¿No habría sido una decisión de los dioses que el huérfano fuera un Fabio? Los dioses eran quienes ponían la vida en movimiento: después de eso, lo que importaba era lo que cada hombre hacía de sí mismo. La verdadera prueba de un romano, o eso era al menos lo que decía el padre de Kaeso, no estaba en su pedigrí, sino en doblegar el mundo a su voluntad.

Pese a estas afirmaciones y palabras de consuelo, el hecho de que su linaje fuera desconocido llevaba a Kaeso a hacerse preguntas con frecuencia y a preocuparse sobre sus orígenes. Parecía inevitable que el tema saliera a relucir aquel día en concreto, y así había sido, aun sin hablarse en voz alta.

Kaeso estaba tan azorado que cambió de pronto de tema.

—Antes has hablado sobre tu ilustre carrera, primo, pero no has mencionado un episodio que siempre me ha intrigado.

—¿Oh, sí? —dijo Quinto—. ¿A cuál te refieres?

—Creo que sucedió poco antes de que yo naciera, cuando estabas en los inicios de tu carrera política. Tuvo que ver con un famoso caso de envenenamiento... o, más bien, con muchos casos de envenenamiento.

Quinto asintió, apesadumbrado.

—Te refieres a la investigación que tuvo lugar el año en que estuve como edil curul. ¡Una auténtica plaga de veneno!

—Si prefieres no hablar de ello...

—Estoy más que dispuesto a comentarlo. Igual que con el desastre de las Horcas Caudinas, no tiene ningún sentido esconder este episodio, por desagradable que fuese. Como bien has dicho, yo era entonces joven, y estaba orgulloso de haber sido elegido edil curul, una magistratura que me llevaba a ser admitido directamente en el Senado. Mi responsabilidad era mantener la ley y el orden en la ciudad.

—Parece un trabajo fascinante.

—¿Tú crees? En su mayor parte, son deberes administrativos tediosos: multar a los ciudadanos que han causado daños a la propiedad pública, investigar acusaciones de cobros excesivos por parte de prestatarios, ese tipo de cosas. ¡No es un puesto muy afortunado para un hombre que hubiera preferido estar combatiendo! Pero mis quejas no eran nada en comparación con la tristeza general que reinaba en la ciudad aquel año. La gente estaba amedrentada e inquieta, pues parecía que sobre nosotros había caído una terrible peste de inaudita naturaleza. Sus víctimas eran solamente hombres, no había ni una mujer, y los síntomas variaban inexplicablemente. Algunos morían de forma rápida. Otros se recuperaban durante un tiempo y luego recaían y morían. Más extraño aún era el hecho de que un número muy elevado de fallecidos estaba integrado por hombres de clase alta. Las pestes tienden a azotar a los pobres y a las clases bajas, no al revés. La naturaleza de aquella peste y los daños causados fueron percibiéndose tan sólo en el transcurso de los meses, y a aquellas alturas, los sacerdotes y los magistrados estaban ya muy alarmados. Parecía obra de la ira de los dioses. ¿Qué habría hecho el pueblo de Roma, especialmente sus hombres más destacados, para ofenderlos?

»Al final, el Senado echó mano de un antiguo recurso que se utilizaba en épocas de epidemias. Como sabes, en el interior del templo de Júpiter hay una tabla de madera pegada a la puerta que da acceso al santuario de Minerva, a la derecha. Desde la fundación del templo, cada año, en los idus de septiembre, uno de los cónsules da-va un clavo en esa tabla para marcar el paso de un nuevo año; así es como se calcula la edad del templo y de la República. La tabla adorna el santuario de Minerva porque los números fueron uno de los regalos que la diosa hizo a la humanidad. Pero la tabla tiene además otra función, más excepcional. En épocas de epidemia, puede nombrarse un dictador a propósito —un nombramiento religioso, no militar— para que lleve a cabo una única tarea: clavar un clavo adicional en la tabla de madera. Nadie sabe de dónde surgió esta costumbre, pero tiene como efecto aminorar los estragos de las pestes. De este modo, pueden recordarse también los años de las pestes y calcular la frecuencia de las epidemias.

»Y es lo que se hizo en este caso. Se nombró para este propósito un dictador, Cneo Quintilio, si no recuerdo mal. Ante la presencia de las vestales, los sacerdotes y todos los magistrados, Quintilio clavó un clavo en la tabla y luego, cumplido su cometido, abdicó del cargo. Pero el ritual no supuso ningún alivio. La peste continuó y el número de víctimas aumentó. El pueblo estaba cada vez más asustado y sus líderes más inquietos. Yo me sentía tan preocupado como cualquiera, por supuesto, pero como edil curul no me correspondía a mí proponer los medios adecuados para conseguir que los dioses nos fueran propicios y acabar con la peste.

»Entonces, un día, yendo a mi lugar de trabajo en las cámaras del Foro, se me acercó una joven. Se negó a decirme su nombre, pero por sus vestidos y sus modales comprendí que se trataba de una criada nacida libre que procedía de una casa respetable. Dijo que tenía algo terrible que contarme, pero sólo si yo le prometía protegerla del castigo por parte del Estado o de la venganza de aquellos

cuyos crímenes estaba dispuesta a revelar. La verdad es que pensé que aquello no iba a ser más grave que cualquier caso de contratista que se apropia ilícitamente de los ladrillos de la ciudad, o de algún instalador de tuberías que cobraba el doble de lo debido por reparar la alcantarilla pública. Le di mi garantía y ella me explicó que la peste que azotaba la ciudad era de origen humano... y que la estaban perpetrando no hombres, sino mujeres. Acusó a su propia ama, junto con algunas romanas de muy alta cuna.

»De entrada, parecía una historia descabellada. ¿Por qué motivo recurrirían tantas mujeres al envenenamiento de sus esposos y otros familiares masculinos? Una mujer podía recurrir al veneno, sí; pero ¿un gran número de mujeres, repetidamente, y todas en el mismo año? Por aquella época habían muerto ya cientos de hombres y seguía sin descubrirse la causa. Le pedí una prueba. Se ofreció a acompañarme a la casa donde se preparaban los venenos. Si estábamos de suerte, dijo, sorprenderíamos a algunas mujeres en el momento de elaborarlos.

»Tuve que actuar, y con rapidez. En aquella situación, el puesto que hasta entonces había considerado trivial y monótono pesaba de repente sobre mí como el mundo debe de pesar sobre las espaldas de Atlas. —Quinto suspiró, pero sus ojos brillaban; era evidente que el relato de aquella sombría historia le proporcionaba gran satisfacción.

—¿Y qué sucedió entonces, primo Quinto?

—La premura fue esencial, aunque era necesario observar ciertas formas, pues de lo contrario cualquier prueba podría verse comprometida. Alerté enseguida a los cónsules. ¡Cómo bramó el viejo Cayo Valerio cuando lo desperté de su siesta del mediodía! Con los cónsules como testigos, junto con sus lictores, me dirigí a la casa en cuestión, la de un patricio llamado Cornelio, una de las primeras víctimas de la peste. Su viuda se llamaba Sergia. La esclava que se encargaba de la puerta, al verme en tal compañía, palideció e intentó impedirnos la entrada. Me abrí paso a la fuerza.

»Descubrimos una habitación en la parte trasera de la vivienda, que en su día debió de ser una cocina, pero que estaba dedicada por completo a la elaboración de pociones. De las vigas colgaban manojos de hierbas atados con cuerdas. Había cacerolas hirviendo y echando humo. Una de las cacerolas estaba enfriándose sobre un estante de madera y junto a ella había una hilera de botellitas de arcilla. Sergia era la responsable, las demás mujeres eran simples criadas. Cuando nos vio y se dio cuenta de lo que sucedía, cogió una de las botellas y se la llevó a los labios. Le hice soltar la botella de la mano. Se partió al caer al suelo y salpicó mi túnica con un líquido de color verde. Los lictores la detuvieron. La rabia de su mirada me heló la sangre.

»Sergia se negó a responder a mis preguntas pero logramos persuadir a sus esclavas, que hablaron enseguida. Nos acompañaron a más de veinte casas donde pudimos encontrar los productos de la cocina de Sergia. Fue un día para recordar, entrando en una y otra casa, siendo testigos de la rabia de las mujeres, la incredulidad de sus maridos, el miedo y la confusión de los niños. Las mujeres implicadas fueron obligadas a presentarse en el Foro ante los cónsules, y también aportamos todas las pociones confiscadas.

»Antes de aquel día, nunca había habido una investigación pública por cargos de envenenamiento. Eran asuntos excepcionales, y cuando se producían, se solventaban siempre por completo en el seno de la familia afectada, siendo el paterfamilias el responsable de hacer justicia. «Empezó debajo de este techo, que termine debajo de este techo», dice el dicho. Si la esposa o la hija de un cabeza de familia, o su hijo, da lo mismo, se atrevieran a cometer un crimen así, era prerrogativa del paterfamilias determinar la culpabilidad y el castigo que se debía aplicar.

—Pero era evidente que aquello quedaba más allá del alcance de cualquier paterfamilias. No había precedentes de un caso así, de una inmensa red de crímenes cometidos gracias a una conspiración de mujeres. Los cónsules temían las repercusiones de las familias poderosas implicadas. De modo que estuvieron encantados de permitir que fuera yo, como edil curul, quien llevara a cabo los interrogatorios.

»Sergia por fin rompió su silencio. Dijo que las pociones eran remedios para diversos males, que ninguna era venenosa. Si es así, le dije, que cada una de las mujeres aquí presentes se beba la poción que se halló en su poder. Mi propuesta produjo gran conmoción entre las mujeres. Hubo muchos lloros, gritos y tirones de pelos. Finalmente, accedieron a someterse a la prueba. Siguiendo

al unísono la iniciativa de Sergia, las mujeres bebieron sus supuestos remedios. —Quinto movió la cabeza.

» ¡Qué espectáculo! ¡Qué sonidos! ¡La muerte violenta de más de veinte mujeres ante nuestros propios ojos! No todas las pociones eran iguales, por lo que sus efectos fueron distintos. Algunas de las mujeres fueron presa de violentas convulsiones. Otras se quedaron rígidas y murieron con una mueca horrorosa. Yo era joven entonces, pero había combatido ya en varias batallas, había matado hombres y había visto matar a hombres, ¡pero jamás había sido testigo de algo tan extraño y aterrador como la muerte de esas mujeres con sus propios medios!

Kaeso miró a su primo con los ojos abiertos de par en par. Los detalles de los envenenamientos en masa eran completamente nuevos para él. La historia le pareció tan emocionante como repulsiva.

—¿Y así acabó todo, primo Quinto?

—¡Ni mucho menos! Las amigas y las criadas de las mujeres muertas tenían muchas más cosas que contarnos. Al ver que había más mujeres implicadas, nos dimos cuenta de que la escala de la conspiración era mayor de lo que cualquiera podía haberse imaginado. Al final, encontramos culpables a más de ciento setenta mujeres, y todas fueron condenadas a muerte. El asesinato de tantos ciudadanos destacados, la sorprendente investigación, las ejecuciones... todo ello proyectó una sombra de desesperación sobre la ciudad. La verdad era demasiado estremecedora para que algunos pudieran aceptarla. Hubo quien dijo que fui demasiado lejos, que mi juicio estuvo mal llevado, que permití que gente malvada acusara falsamente a las esposas y las hijas de sus enemigos. ¡La verdad es que ni siquiera los dioses son infalibles! Creo que mi investigación fue concienzuda e imparcial y que nadie podía haberla hecho mejor. En cualquier caso, los envenenamientos terminaron y los ciudadanos de Roma me recompensaron en los años siguientes con la elección para puestos más elevados.

Kaeso sacudió la cabeza.

—No tenía ni idea de que los crímenes estuvieran tan extendidos, ni de que fueran tan extraños. Sólo había oído algún que otro rumor vago.

—No me sorprende. Cuando aquel terrible asunto hubo acabado, todo el mundo hizo lo posible por olvidarlo.

—Pero ¿por qué cometieron esos crímenes aquellas mujeres?

—Los motivos que alegaron fueron tan variados como los venenos que utilizaron: avaricia, venganza, odio, celos. Habiendo cometido asesinato una vez, muchas parecían incapaces de resistirse a volver a hacerlo. Fue como si entre ellas se hubiera extendido una especie de locura, un contagio homicida, un impulso asesino. Nadie pudo determinar la causa originaria de esa locura. La única curación segura era la muerte. Puse fin a la plaga de envenenamientos y, desde entonces, nunca ha vuelto a suceder.

—¡Una historia fascinante!

—¿De verdad lo crees?

—¡Por supuesto! Me gustaría saber más cosas aún. ¿Quiénes eran esas mujeres? ¿Cómo se llamaban? ¿A quién mataron, y por qué, y cuándo, y...?

Divertido y algo adulado por el entusiasmo de su joven primo, Quinto emitió un gruñido afable que sonó sospechosamente como una carcajada.

—Bien, joven, pues da la casualidad de que guardo un buen legajo de material relacionado con mi investigación... para protegerme, por si acaso, y si posteriormente me lo pedían, para poder presentar exactamente las pruebas que obtuve y las circunstancias bajo las que las obtuve. Allí están todos los detalles: nombres, fechas, incluso las recetas que utilizaron las mujeres para confeccionar sus diversos venenos.

Algunas sabían leer y escribir, y a veces guardaban abundantes notas sobre los venenos y sus efectos.

—¿Me permitirías ver ese legajo, primo?

—Por supuesto. ¿Sabes? Nadie me lo había pedido nunca. Y eso que esa investigación forma ahora parte de la historia de la familia, parte de la historia de Roma.

—No debería caer en el olvido —dijo Kaeso.

Quinto asintió.

—Muy bien. Estos materiales deben de estar en algún rincón, entre mis recuerdos. Cuando tenga tiempo, los localizaré y te dejaré que les eches un vistazo.

Más tarde, aquella misma noche, solo en su habitación en casa de su padre, Kaeso se preparó para acostarse. Con la luz parpadeante de una sola lámpara, se despojó de la toga sin ayuda de nadie; quitarse la prenda era mucho más fácil que ponérsela. Dobló con cuidado la toga y la dejó sobre una silla. Se quitó también la túnica que llevaba debajo y el taparrabos, quedándose desnudo con la única excepción del regalo que su padre le había hecho aquella misma mañana, el *fascinum* que colgaba de su cuello.

Entre los demás regalos que Kaeso había recibido aquel día estaba un pequeño espejo. Un esclavo se lo había colgado ya en la pared. Era un espejo redondo de plata bruñida y con el borde decorado con imágenes grabadas en el metal. Las imágenes describían las hazañas de Hércules. No cabía la menor duda de que el donante, un compañero del padre de Kaeso, había pensado que el espejo sería un regalo especialmente apropiado para la llegada a la mayoría de edad de un joven Fabio, pues los Fabio se consideraban descendientes de Hércules; pero el reflejo de su cara, rodeada por imágenes del semidios, sólo sirvió para recordarle a Kaeso que en realidad no era Fabio por sangre, sino por adopción.

Kaeso permaneció desnudo frente al espejo y observando su reflejo entre las sombras.

—Hoy eres un hombre, Kaeso Fabio Dorso —susurró—. Pero ¿quién eres? ¿De dónde vienes? Tu abuelo era un huérfano encontrado entre las ruinas; ¿fue tal vez engendrado por un dios, o por un galo? ¿Vivirás y morirás sin conocer nunca el secreto de tu origen, o existe un oráculo que pueda responder tu pregunta?

Acarició el amuleto que colgaba sobre su pecho. El oro del *fascinum* captó la luz parpadeante de la lámpara y Kaeso quedó deslumbrado por su reflejo en el espejo.

A la mañana siguiente, Kaeso volvió a vestirse con la toga para realizar una visita formal a un hombre con quien nunca se había visto.

Apio Claudio, el séptimo con ese nombre en la línea que descendía de Atta Clauso, pestañeó con incredulidad cuando su secretario le anunció la primera visita del día.

—¿El joven Fabio? —dijo—. ¿Estás seguro de haber oído bien el nombre?

El esclavo movió afirmativamente la cabeza.

Claudio frunció los labios y se acarició la barba, que aún era más negra que plateada.

—Muy bien, hazlo pasar. Lo recibiré aquí en el jardín. Que las demás visitas se esperen hasta que hayamos terminado.

De hecho, el jardín de Apio Claudio, con su fuente de agua flanqueada por la escultura de tres musas y sus terrazas de rosales, era incluso más majestuoso que el jardín de Quinto Fabio. Kaeso estaba impresionado, pero no sorprendido. Si había en Roma un hombre tan poderoso y respetado como su primo Quinto, ése era el eterno rival de Quinto, Apio Claudio.

—Me parece que es oportuno felicitarte, joven —dijo Claudio, levantándose para recibirlo—. La toga te sienta bien.

Kaeso se había vestido aquella mañana sin la ayuda de un esclavo y no había logrado que la prenda le quedase correctamente. Se alegró de tomar asiento cuando Claudio se lo ofreció. Sentado disimularía lo mal plegada que llevaba la toga.

—Gracias por recibirme, censor. —Kaeso se dirigió a su anfitrión por el título del prestigioso despacho que ostentaba. En muchos sentidos, la censura era una magistratura más elevada incluso

que el consulado y su alto rango se hacía evidente por el color púrpura de la toga que únicamente el censor podía vestir. El censor tenía poder para llenar las vacantes del Senado. Era además el responsable del mantenimiento y conservación de los rollos de la ciudadanía. Podía añadir nombres a la lista o, por motivos justificados, borrarlos de la misma. La lista del censor determinaba la división de los ciudadanos en unidades de voto, una herramienta que los patricios llevaban tiempo utilizando en su beneficio. Con la manipulación de la lista, el censor podía influir sobre el resultado de las elecciones.

Apio Claudio había utilizado también los poderes de su cargo para controlar por completo dos proyectos de obras públicas sin precedentes. Ésta era la razón de la visita de Kaeso.

—Si me ves un poco sorprendido, tendrás que comprender que hace mucho tiempo que ningún hombre llamado Fabio proyecta su sombra en este jardín —dijo Claudio, que sonreía tanto como Quinto fruncía el entrecejo. Kaeso había oído comentar que el encanto era la característica más destacada de aquel hombre; aunque cuando los Fabio lo decían, no era a modo de cumplido—. Siempre que surge un asunto político, parece que tu primo Quinto se inclina hacia una dirección y yo hacia la otra. Nunca nos encontramos en persona ni coincidimos en política.

Kaeso habló con cautela.

—Nadie tiene a Quinto Fabio en mayor estima que yo, pero soy un hombre independiente.

—¡Bien dicho! Estoy perfectamente familiarizado con la carga que supone tener parientes ilustres... y no tan ilustres. Por suerte, los peores murieron hace ya tiempo. Pero igual que tú, Kaeso, soy un hombre independiente. No soy más responsable del comportamiento criminal de mi tatarabuelo, el decenviro, que tú de la política torpe y anticuada de tu estimado primo. Somos hombres independientes, y todo hombre es el arquitecto de su propia fortuna. ¿Bebemos por ello?

Apareció un esclavo con dos copas de vino. Kaeso, sintiéndose algo desleal con Quinto pero deseoso de congraciarse con su anfitrión, bebió un sorbo. El vino no estaba diluido en agua y era más fuerte que el que él estaba acostumbrado a tomar. Casi al instante sintió calor y un poco de mareo.

Claudio indicó que rellenaran las dos copas.

—Dadas las gélidas relaciones que existen entre tu primo y yo, me imagino que debes de tener una razón muy buena para venir a verme.

Kaeso notaba que el vino empezaba a soltarle la lengua; a lo mejor, al final, no iba a resultarle tan complicado expresar su deseo. Abrió la boca para empezar a hablar, cuando su anfitrión lo interrumpió.

—Pero, no... sé que has venido aquí para hablar de negocios de algún tipo, y para mí aún es demasiado temprano como para iniciar una discusión seria sobre esos asuntos. Conozcámonos un poco antes. A lo mejor tenemos intereses en común. ¿Lees latín?

—Por supuesto, censor.

—¿Y griego?

—Bueno... un poco —dijo Kaeso.

—O sea, que nada de nada. ¡Una pena! Había pensado mostrarte mi biblioteca, que es la mejor de Roma, pero ya que prácticamente todos los libros están en griego, no tendría ningún sentido para ti. Todo romano debería aprender el griego necesario para, como mínimo, leer a los grandes dramaturgos: Esquilo, Sófocles, Eurípides. Y, por supuesto, a los grandes filósofos: Platón y Aristóteles. Pero te veo inexpresivo, Kaeso. ¿Te dicen algo estos nombres?

—Me temo que no, censor.

—¡Alas! —Claudio movió la cabeza—. ¿Y sabes de dónde viene esta palabra, «alas»?

Kaeso frunció el entrecejo.

—No.

—¡Y tú eres un Fabio, que tiene vínculos familiares con Hércules! «Alas» es la latinización de un nombre griego, «Hylas». ¿Y quién era Hylas?

Kaeso frunció el entrecejo aún más y se encogió de hombros. Claudio suspiró.

—Hylas era un joven muy guapo, el amante de Hércules. Los dos acompañaron a Jasón y los argonautas en su búsqueda del Vellocino de Oro. Cuando los argonautas echaron el anda en la

desembocadura del río Ascanio, Hylas fue enviado a los manantiales en busca de agua. Pero las ninfas estaban celosas de su belleza y arrastraron a Hylas hacia las aguas. Nunca volvió a vérsele. Hércules estaba desconsolado. Durante mucho tiempo, hasta mucho después de que la esperanza de encontrar al joven hubiera desaparecido, recorrió la orilla del río de arriba abajo gritando «¡Hylas! ¡Hylas!». Y éste es el motivo que aún gritemos « ¡Alas! ¡Alas!» cuando sentimos grandes penas.

Kaeso levantó las cejas. Hylas no estaba entre los personajes grabados en el espejo que le habían regalado.

—Nunca había oído esa historia. Es bonita.

—En mis libros hay diversas versiones del relato de Hércules e Hylas, pero para leerlas es necesario saber griego.

—Nunca pretendí ser un erudito, censor. El principal deber de un romano es servir al Estado como soldado...

—¡Por supuesto! Y como guerrero a buen seguro te beneficiarías de leer la *Ilíada* de Homero, o, mejor aún, *La vida de Alejandro,* de Cleón de Corinto. Ayer mismo recibí un ejemplar que me ha hecho llegar por un mensajero un librero de Atenas. ¿Has oído hablar de Alejandro?

—¿De Alejandro el Grande de Macedonia? ¿Quién no ha oído hablar de él? Primero conquistó Grecia y luego todo el mundo hacia el sur y el este: Egipto, Persia y las tierras lejanas que quedan más allá de los mapas. Mi padre dice que tuvimos suerte de que no volcara su atención hacia Occidente, pues de haber sido así, tendríamos que haberlo combatido en las orillas del Tíber. Pero Alejandro no conquistará nada más. Lleva diez años muerto.

—Once años, de hecho... al menos pareces saber quién era Alejandro. ¡Muy bien! —Claudio rió y se encogió de hombros—. Dado el pésimo estado en que se encuentra la educación romana, nunca se sabe lo que un joven puede saber o no. Prácticamente cualquier romano es capaz de nombrar a sus antecesores remontándose hasta diez generaciones... lo cual no es una gran gesta, teniendo en cuenta que los nombres suelen ser los mismos. Pero ¿cuántos podrían dar el nombre del tirano que reina en Siracusa o encontrar Cartago en un mapa?

Kaeso sonrió.

—Mi padre dice que estás obsesionado con Siracusa y Cartago.

—Por supuesto que lo estoy, pues el futuro de Roma reside en las vías marítimas del Mediterráneo, y esas vías marítimas serán controladas por Siracusa o por Cartago... o por nosotros.

—Mi primo Quinto dice que nuestro futuro está en el norte, no en el sur. Primero conquistaremos toda Italia, luego iremos a por la Galia...

—¡Tonterías! Los galos no tienen nada que ofrecernos, ni siquiera un dios a quien merezca la pena venerar o un idioma que merezca la pena aprender. La riqueza del mundo pertenecerá a quien quiera que controle el Mediterráneo. Para conseguirlo, tendremos que convertirnos en una potencia marítima, o hacernos súbditos de quienes ya tienen una armada, como los siracusanos y los cartagineses. La interpretación errónea que tu primo Fabio hace del destino de Roma la base del desacuerdo que reina entre nosotros. —Claudio, pensativo, se acarició los labios con el dedo—. Y, ya que te llamas Kaeso, supongo que puedo preguntarte acerca de tu postura sobre la controversia en torno a la letra K.

—¿Controversia?

—Mi opinión es que debería ser eliminada por completo del alfabeto romano. ¿Qué necesidad hay de una K cuando la C sirve para lo mismo? De este modo, tu nombre se escribiría C-A-E-S-O y se pronunciaría igual.

—Pero... la verdad es que le tengo cariño a la K de mi nombre.

—¿Y qué me dices de la Z? ¡Yo digo que es aborrecible y deberíamos anularla!

—¿Aborrecible?

—Representa un sonido tosco y no tiene cabida en un idioma civilizado. La Z rasca el oído y ofende a la vista.

—¿A la vista?

—Mira, observa mi cara mientras la pronuncio. —Claudio separó los labios, apretó los dientes y emitió un prolongado zumbido—. ¿Lo ves? El hombre que emite el sonido de la Z parece una

calavera sonriente. ¡Horrendo! El sonido y la letra deberían ser eliminados por completo del idioma latino.

Kaeso rió.

—¡Eres un apasionado del tema!

—La pasión es vida, joven Kaeso. Y sí, el lenguaje es mi pasión. ¿Cuál es tu pasión?

De pronto, Kaeso se sintió completamente sobrio. La conversación había llegado al motivo de su visita.

—Quiero ser constructor, censor.

Claudio levantó una ceja.

—¿De verdad?

—Sí. ¡Por encima de todo! Estoy dispuesto a luchar por Roma, claro está. Y si tengo que entrar en política y aprender algo de leyes, lo haré. Aprenderé incluso algo de griego, si los griegos pueden enseñarme alguna cosa sobre arquitectura e ingeniería... porque lo que de verdad quiero es construir. Es lo que deseo desde que era niño. Cuando era pequeño, mis juguetes favoritos eran los bloques de construcción. Cuando crecí lo bastante como para ir solo por la calle, en lugar de contemplar a los atletas en las carreras de carruajes o a los soldados entrenándose en el Campo de Marte, pasaba horas en las obras de cualquier nuevo templo o monumento, o incluso en cualquier lugar donde se estuvieran efectuando reparaciones de la muralla de la ciudad, observando a los obreros y las herramientas, viendo cómo se utilizaban las grúas y las palancas y las poleas, observando cómo se mezclaba el mortero y cómo se disponían los ladrillos para construir arcos y puertas. Debo admitir que no tengo ninguna formación concreta, pero sé dibujar... sé que un constructor tiene que saber dibujar, y soy muy bueno con los números, mucho mejor que con las letras.

—Entiendo. Y por eso has venido a verme.

—¡Sí! Dicen que la calzada que estás construyendo, la que va en dirección sur hacia Capua, no tiene nada que ver con cualquier otra que se haya construido antes: recta como una regleta de medición, plana como una tabla, dura como una piedra. Y todo el mundo habla de tu brillante idea de traer agua a la ciudad, de aprovechar los manantiales cercanos a Gabii, a diez millas de Roma, de llevar el agua por un canal subterráneo y luego traerla hasta la ciudad gracias a un canal elevado soportado por arcos. Un acueducto, creo que lo llamas. ¡Asombroso! Estos proyectos son lo más excitante que me ha pasado en la vida, más excitante que las batallas, o las elecciones, o incluso las historias sobre conquistadores en el otro extremo del mundo. Quiero formar parte de ellos. Sé que tendré que aprender muchas cosas, pero estoy dispuesto a trabajar duro. Quiero hacer todo lo que esté en mis manos para ayudarte a construir tu nueva calzada y tu acueducto.

Claudio sonrió.

—Tu entusiasmo resulta adulador.

—Hablo con toda sinceridad, censor.

—Me doy cuenta. ¡Qué extraño! Los Fabio siempre han sido guerreros, y algunos han sido supuestamente hombres de Estado, pero nunca constructores. Me pregunto de dónde habrás sacado esa característica.

A Kaeso le molestó el comentario pues le recordaba su origen desconocido, pero trató de que no se notara su humillación.

—¿Sabe tu padre que has venido a verme?

—Sí, censor. Aunque desaprueba tu política... dice que eres un populista radical...

—¿Radical? ¿Porque doy a los ciudadanos de a pie un trabajo bien remunerado en las obras públicas que benefician a toda Roma? Me imagino que también dirá que soy un demagogo.

Kaeso se puso colorado. Efectivamente, su padre había utilizado aquella odiosa palabra, importada del griego, y que se identificaba con el líder sin escrúpulos que explota las pasiones irrefrenables de la chusma.

—Pese a nuestras diferencias políticas, censor, mi padre comprende lo grande que es mi deseo de trabajar para ti. No hará nada para impedírmelo.

—¿Y tu primo Quinto?

—No lo he hablado con él. Pero no necesito su aprobación. Soy un...

—Sí, lo sé: eres un hombre independiente. —Claudio estuvo un rato tamborileando con los dedos sobre las rodillas, luego movió afirmativamente la cabeza y sonrió.

—Muy bien, Kaeso Fabio Dorso. Encontraré un puesto adecuado para ti en uno de mis proyectos.

—¡Gracias, censor!

—Y mientras, para complacerme, a lo mejor podrías plantearte cambiar la K de tu nombre por una C.

—Bien, si lo consideras necesario...

—Kaeso, es simplemente una broma... ¡alas!

Al amanecer del día siguiente, siguiendo las instrucciones de Apio Claudio, Kaeso salió de su casa en el Palatino. Pasó por delante de la cabaña de Rómulo y de la higuera conocida como Ruminalis, vástago del árbol que daba sombra a Acca Larentia cuando amamantaba a Rómulo y Remo. Descendió el sinuoso camino conocido como la Escalera de Caco.

Atravesó el Foro Boario —Bovario originalmente, según le había informado Apio Claudio, aunque la letra V había desaparecido hacía ya tiempo de su pronunciación habitual—. Los trabajadores de tiendas y mercados iniciaban su jornada. Pasó por delante de la antigua Ara Máxima, donde mucho tiempo atrás los antepasados de los Pinario y de los Poticio habían iniciado el culto a Hércules. Los Poticio seguían llevando a cabo el sacrificio anual en el altar, aunque un largo declive de la riqueza de la familia había reducido su banquete anual a un asunto menor. Incluso a pesar de su supuesta conexión con Hércules a través de los Fabio, Kaeso no estaba apenas al corriente del Banquete de Hércules que se celebraba cada verano en el Ara Máxima, y no tenía ni idea de que era el ritual más antiguo de todos los celebrados en la ciudad. Tampoco sabía nada sobre su relación familiar con los Pinario y los Poticio.

Se dirigía a una obra situada a los pies de la colina del Aventino, entre el templo de Ceres y el extremo norte del Circo Máximo. Supo que había llegado al lugar cuando vio las enormes montañas de tierra y la serie de tapias que se habían construido en torno a la excavación. Se había congregado allí un pequeño ejército de obreros, integrado por esclavos liberados y ciudadanos nacidos libres. Iban de un lado a otro, bromeando y quejándose por tener que levantarse tan temprano.

El cielo que se aclaraba a cada momento que pasaba, estaba salpicado por pequeñas nubes, y soplaba una brisa del este.

—Parece que será un día excelente para trabajar al aire libre —dijo uno de los hombres—. ¡Es una pena que tengamos que estar bajo tierra!

Apareció un capataz. Los hombres formaron una fila. Se les entregó picos y palas a todos y a continuación desaparecieron a los pies de la colina, por un agujero que recordaba la entrada de una cueva.

Kaeso esperó a que el capataz tuviese un momento libre, se acercó entonces a él y se presentó tal y como Claudio le había indicado.

El hombre era alto y delgado, pero enjuto y musculoso. Su túnica estaba impoluta, pero llevaba las uñas sucias.

—Así que eres el joven Fabio, dispuesto a aprender cosas sobre el acueducto. Me llamo Albino. Soy el responsable de todas las obras del acueducto dentro de las murallas de la ciudad, la parte más interesante del proyecto desde el punto de vista de su ingeniería. ¿Sabes de dónde se obtiene actualmente el agua de Roma?

—Del Tíber, me imagino, y de los manantiales que hay repartidos por la ciudad. Y hay gente que recoge el agua de lluvia.

—Eso es. Y es así desde los inicios. Pero el agua del Tíber no siempre está todo lo limpia que nos gustaría, hay manantiales que se han secado y no podemos depender de la lluvia

constantemente. Y cuanto más grande se hace Roma, más agua necesita su población. Agua para beber y cocinar, naturalmente, y para regar los campos de fuera de la ciudad, pero también para bañarse. A la mayoría de la gente le gusta lavarse un poco cada día, y muchos quieren lavarse de la cabeza a los pies cada pocos días. ¡Esto exige mucha agua! La demanda ha crecido tanto que ha llegado un momento en el que la ciudad no puede ya acomodar a más gente a menos que podamos conseguir más agua.

—¿Qué hacer? «Traeremos agua de cualquier otra parte», dijo Apio Claudio. «¿Piensas transportarla a carretadas?», contestaron los escépticos. «¡No, estáis locos! », respondió Claudio. «Haremos que el agua fluya hasta aquí por su propia cuenta a través del canal que construiré». Y así, gracias al genio del censor, fue como nació el acueducto, el primero de esta índole en el mundo, y muy pronto la envidia de cualquier ciudad sedienta de esta tierra. Aquí será el punto donde terminará el acueducto, donde el agua irá a parar a una gran fuente pública. ¿Sabes dónde empieza el acueducto?

—A diez millas al oeste de la ciudad, en los manantiales que hay cerca de Gabii —dijo Kaeso.

—Eso es. El agua fresca de esos manantiales se verterá en un canal subterráneo revestido con piedras y mortero. Como desde allí es cuesta abajo, el canal transportará el agua hasta las murallas de la ciudad, hasta un punto próximo a la puerta Capena. El canal subterráneo es impresionante de por sí, aunque sea sólo por la cantidad de trabajo que requiere la obra. ¡Diez millas significan muchas excavaciones! Y no es una línea recta, sino que va dando giros para seguir el contorno del paisaje y para que el agua fluya en todo momento cuesta abajo. Pero lo que sucede cuando ese canal llega a la ciudad es más impresionante todavía.

»Claudio quiere que el agua llegue hasta aquí, hasta el lugar donde nos encontramos en este momento. La forma natural de hacerlo, dejar que el agua siga el desnivel del terreno y corra cuesta abajo, significaría excavar un canal que fuera a parar directamente al centro del Circo Máximo donde corren los caballos. No sería acertado. Lo que quiere Claudio es que el agua rodee el Circo Máximo. Para conseguirlo, estamos excavando un túnel por debajo del Aventino. El canal desaparece por un lado de la colina y aparecerá por el otro. ¿Asombroso, verdad? Pero eso no es lo más impresionante. Sígueme.

Caminaron por los pies de la colina del Aventino, cruzando la zona abierta situada al sur de la pista de carreras. Y al aproximarse a la muralla de la ciudad y a la puerta Capena, apareció ante ellos la novedosa solución de Claudio para transportar el agua. Para tender un puente en el espacio entre el terreno elevado a la izquierda de la puerta y el terreno elevado a su derecha, se estaba construyendo un canal que corría por encima de una serie de arcos construidos con ladrillo y mortero. La calzada que se dirigía hacia la puerta pasaba directamente por debajo de uno de aquellos arcos.

—Para llevar el agua a Roma, Claudio no sólo la hará correr bajo tierra... ¡sino que también la hará fluir por encima de nuestras cabezas! —dijo Albino—. Esta parte elevada del acueducto supone sólo unos cientos de pies de la distancia total, que cuenta con muchas millas. Pero es una solución brillante. ¡Un río en el cielo! No hay razón por la que este tipo de construcción no pueda repetirse en otras partes, ni para que un acueducto elevado como éste no pueda construirse a una escala aún mayor, milla tras milla. Ahora podemos transportar agua desde cualquier punto elevado hasta cualquier punto más bajo. Lo único que se necesita es cavar un túnel y, donde sea necesario, hacer correr un canal por encima de una serie de arcos, tal y como hemos hecho aquí. Desde los principios del mundo, los hombres habían tenido que construir ciudades allí donde había agua. Pero ahora ya se puede construir una ciudad allí donde se desee y llevar el agua hasta ella. Era una posibilidad que no existía. ¡El acueducto cambiará no sólo Roma, sino el mundo entero!

El entusiasmo del capataz era contagioso, y Kaeso estaba impresionado. Le habría gustado pasar el resto de la jornada al lado de aquel hombre pero, siguiendo las instrucciones de Claudio, tuvo que despedirse de Albino por aquel día.

Kaeso pasó por debajo del inmenso arco del acueducto, atravesó la puerta Capena y cruzó las murallas de la ciudad. Una caminata rápida lo condujo hasta el otro gran proyecto de construcción del censor.

La obra bullía de trabajadores ocupados con las excavaciones, que mezclaban mortero y empujaban carretillas llenas de gravilla. Kaeso preguntó por el capataz, un hombre llamado Decio, y fue conducido en presencia del hombre más grande y fornido que se veía por allí.

—Así que estás aquí para aprender sobre construcción de calzadas, ¿no? —dijo Decio—. Muy bien, pues yo llevo en ello toda la vida. Alguna cosa habré aprendido en mis cuarenta y pico de años. Pero gracias a Apio Claudio, ésta es la primera vez que veo una calzada planificada de antemano con tanto detalle y precisión. Se ha diseñado todo el trazado, adquirido los materiales adecuados y reunido al mejor equipo de trabajadores de Roma... ¡por mucho que los chicos que trabajan en el acueducto digan que son ellos los mejores! Va a ser una obra de la que todo el mundo se sentirá orgulloso. De aquí a mil años, tus descendientes caminarán por esta vía y dirán: «¡Por Júpiter, qué trabajo más estupendo hicieron Apio Claudio y sus muchachos cuando construyeron esta calzada!

—¿Crees que la carretera seguirá aquí después de mil años?

—¡Por supuesto que sí!

Kaeso imaginó que el grandullón estaba exagerando, pero cuando Decio le explicó los pasos para su construcción, empezó a pensar que su afirmación podía tener algún fundamento.

—Los primeros caminos no eran más que senderos —dijo Decio—, abiertos en el terreno por el paso de los hombres... o de los animales, pues también ellos abren pistas y suelen adivinar la mejor manera de superar un paso difícil o rodear un lugar complicado. Cuando los hombres empezaron a utilizar carros, las ruedas abrieron surcos en el suelo y eso hizo más anchos los caminos. Al final, un genio desconocido decidió que había llegado el momento de construir una calzada con un fin determinado, en lugar de dejar que apareciese de modo espontáneo, y así fue como nació el arte de la construcción de calzadas.

—La vía que estamos construyendo sigue un camino muy antiguo que lleva siglos abierto; dice Apio Claudio que se remonta a la época de los antiguos comerciantes de sal y de metal, antes de que Roma existiese. Aquí puedes ver a algunos trabajando en el primer paso del proceso. ¿Ves cómo cavan dos trincheras poco profundas y paralelas entre sí? Las trincheras marcan la anchura de la vía. Ésta tiene quince pies de ancho, la suma de la longitud del cuerpo de tres hombres de la cabeza a los pies. Hombres romanos, claro está; con dos galos y medio bastaría para cubrir la misma anchura. ¡Dicen que el mejor galo es aquel que está cortado por la mitad, sobre todo si se trata de la mitad sin la cabeza!

Decio rió con ganas de su propio chiste y le dio a Kaeso una palmada en la espalda, como si sacudiéndolo así él fuera a hacer lo mismo.

—Ahora, si me sigues, verás cómo más allá ya se encuentran en el segundo paso. Han extraído la tierra que queda entre las trincheras y han excavado hasta alcanzar una base sólida sobre la que podrán descansar los materiales. La profundidad de la excavación depende del terreno. A veces, si se trata de un terreno pantanoso o de un suelo peculiar, es necesario clavar pilones en la tierra. Por suerte, no es el caso aquí. Un obrero fuerte puede alcanzar el firme sólido de la vía sin partirse la espalda. Estos tipos ni siquiera sudan. ¿No es así, eh?

Los obreros levantaron la cabeza para mirar a Decio y sonrieron. Kaeso se dio cuenta de que apreciaban al capataz.

—Sigue andando. Te mostraré la siguiente fase. ¿Ves allí adelante, aquellos grandes montones de piedras? Son para la primera capa de la vía. Las piedras se han clasificado por tamaños; éstas son las que llamamos del tamaño de una mano, ni más grandes ni más pequeñas que lo que cabe en la mano de un hombre. Por encima de éstas, dispondremos una capa de piedras partidas que tendrá unas nueve pulgadas de grosor, bien apisonadas y argamasadas con cal; es lo que llamamos cascotes. Por encima de eso, disponemos otra capa de la calzada, de unas seis pulgadas de grosor, y que está hecha de trozos de ladrillo y cerámica, más pequeños que las piedras de los cascotes, argamasadas también con cal. Podrás ver una sección donde esta parte ya está terminada, allí más adelante.

—Es un poco más alta en el medio que en los lados, ¿verdad? —dijo Kaeso.

—Muy observador. Lo hacemos con un objetivo, dejar que corra el agua. Y entonces, para

terminar la calzada, ponemos una capa de gravilla. Normalmente los trabajos se acaban aquí. Pero en este proyecto, la capa de gravilla será sólo temporal. Si el tiempo y el dinero lo permiten, el plan es retirar la gravilla para colocar bloques de la piedra más dura que podamos encontrar. En las cercanías de Roma, estaríamos hablando de lava basáltica. Las piedras no son uniformes, como los ladrillos; se parten y se cortan en todo tipo de formas (poligonales, las llamamos), y los obreros más habilidosos saben escogerlas y encajarlas hasta que la superficie queda tan perfectamente lisa y regular que incluso con los dedos costaría encontrar un diminuto agujero. He visto muros construidos así, y no hay razón para que no pueda hacerse también en una calzada. Allá arriba hemos terminado una pequeña sección de la vía y ya está rematada con una capa de piedra, aunque de momento no es más que un modelo. Aquí está. Échale un vistazo. Camina sobre ella. ¡Salta! Agáchate y pasa las manos. Es tan plana, suave y perfecta que dirías que está hecha de una única piedra sólida cuando en realidad tiene muchas junturas.

—¡Es asombrosa! —dijo Kaeso—. Y bellísima.

—Y con probabilidades de durar muchas más vidas que las de todos tus antepasados juntos.

—¿Crees de verdad que toda la calzada, hasta llegar a Capua, podrá tener este acabado tan bueno?

—Creo que calzadas tan buenas como ésta recorrerán algún día toda Italia de arriba abajo, y también más allá... hasta donde un romano se atreva a viajar. Desde las Columnas de Hércules hasta las orillas del mar Euxino, la gente dirá: « ¡Por aquí pasa una calzada romana! ». —Decio rió—. ¿Sabes qué me dijo Apio Claudio en una ocasión? Alejandro conquistó medio mundo con su ejército, pero ¿te imaginas lo qué habría hecho si los griegos hubieran sabido construir una calzada romana?

—¿Y cuánto tiempo hace que dura esto? —preguntó Quinto Fabio, con mala cara.

—Más o menos un mes. Desde el día después de mi día de la toga —dijo Kaeso.

—Lo que me imaginaba. Esta relación con Apio Claudio no vale, jovencito. ¡Simplemente, no vale!

Quinto había pedido a su primo más joven que fuera a visitarlo, pero no lo recibió en el jardín, sino en el vestíbulo. No sólo mantenía a Kaeso lejos del centro de la casa, como hace un comerciante con una visita que no es bienvenida, y no lo invitaba a sentarse obligándolo a quedarse de pie, sino que además en el vestíbulo, siguiendo la costumbre patricia, estaban los bustos esculpidos en cera de los antepasados de Quinto colocados en hornacinas en las paredes, mirando sin pestañear a todo aquel que entraba y salía. Kaeso tenía la sensación de que no sólo Quinto estaba juzgándolo y mirándolo con mala cara, sino también varias generaciones de los Fabio con mirada hosca.

—Primo, conozco tus desavenencias con Apio Claudio...

—¡Ese hombre es un degenerado! Tiene la cabeza contaminada con las supuestas enseñanzas griegas. Y a la mínima oportunidad, contaminará también la tuya.

—Me parece que no tienes que preocuparte por eso —dijo Kaeso. Hasta el momento, los esfuerzos de Claudio por enseñarle griego habían sido infructuosos. Por suerte, las aptitudes de Kaeso para la ingeniería superaban incluso sus mejores esperanzas y Claudio estaba impresionado con la inteligencia y el entusiasmo de su nuevo protegido—. Me dirigí a Apio Claudio únicamente por sus proyectos de obras públicas. Estoy aprendiendo mucho sobre la construcción de calzadas, y también mucho sobre el nuevo acueducto...

—Todo lo que necesitas saber sobre esos proyectos despilfarradores e ineficientes podrías haberlo averiguado preguntándomelo a mí, jovencito. Son el resultado de un grandioso abuso por parte del despacho del censor. No sé cómo, pero Claudio ha conseguido burlar al Senado y desvalijar el tesoro para financiar sus planes ilegales.

—Pero estos planes, como tú los llamas, son para el beneficio de toda Roma.

—Son para el beneficio de Claudio, ¡una forma de extender su mecenazgo político! Dándoles trabajo, compra la lealtad de los miles de ciudadanos a los que emplea. ¡Y no me cabe duda de que

además está enriqueciéndose!

Kaeso frunció el entrecejo.

—¿Estás acusándolo de malversar fondos públicos?

Quinto refunfuñó.

—¡No pondría la mano en el fuego por él! Eres joven, Kaeso. Aún no has visto suficiente mundo para poder juzgar el carácter de un hombre. Créeme, Claudio no es el tipo de hombre con quien deberían relacionarse los de nuestra clase.

—Pero es tan patricio como tú o corno yo —dijo Kaeso.

¿Dudó Quinto antes de responderle? ¿Estaría pensando en que el origen de Kaeso era una adopción y en su poco claro linaje? Negó con la cabeza.

—Los Claudio siempre han sido vanidosos y engreídos, pero al menos en los viejos tiempos eran sólidos como una roca a la hora de apoyar los privilegios de los patricios. Apio Claudio ha pegado un giro de 180 grados y se ha convertido en el adalid de las clases inferiores. Oh, sí, habla de boquilla de los ideales patricios, de la gloria de los antepasados y de los fundadores de la República, pero en el fondo este hombre es un demagogo. Claudica ante los caprichos de la chusma. Flirtea con peligrosas ideas democráticas, que seguramente ha descubierto leyendo a esos miserables filósofos griegos que tanto admira. Nunca deberían haberle dado el control de los rollos de la ciudadanía.

—Pero es su deber como censor.

—Actualizar los rollos, sí, pero no manosearlos, y del modo más irresponsable. Oh, sí, él te dirá que simplemente está reorganizando los bloques electorales para hacerlos más eficientes, pero su plan es conseguir unas elecciones más democráticas y menos dependientes de los bloques dominados por los patricios... ¡una idea muy peligrosa! Los fundadores, con su sabiduría, diseñaron expresamente el proceso electoral para dar más influencia a aquellas familias cuyos logros les proporcionaron hace mucho tiempo un lugar especial en el Estado. Nada debe hacerse que erosione ese sistema. Ha beneficiado a Roma desde el nacimiento de la República. Y nos beneficiará doscientos años más.

»Peor aún, joven, es el abuso que Claudio hace del derecho del censor a llenar las vacantes del Senado. Todas las vacantes se cubren con hombres fieles a Claudio... ¡y algunos de los nuevos senadores son hijos de esclavos liberados! Una degradación del Senado de ese calibre habría sido impensable en la época de mi abuelo. ¿A qué hemos llegado?

—Los tiempos cambian, primo —dijo Kaeso.

—¡Y pocas veces para mejor! En cuanto una idea radical echa raíces, ya nadie puede predecir lo rápido o lo lejos que se expandirá. Piensa en el consulado. Durante mucho tiempo sólo era posible elegir patricios para el más alto cargo, pues los plebeyos quedaban excluidos. El derecho exclusivo de los patricios sobre el consulado se convirtió en una tradición, que al final acabó adquiriendo el valor de una ley. Pero los llamados reformistas pusieron objeciones, y hace cincuenta y cinco años consiguieron promulgar una ley que permitía que uno de los dos cónsules fuera un plebeyo. Una cuestión de equidad, dijeron los reformistas; si un plebeyo es lo bastante inteligente como para conseguir ser elegido cónsul, entonces ¿por qué no? Pero aquello no fue más que el principio. Hace treinta años los reformadores consiguieron promulgar otra ley, ¡y esta vez ordenando que uno de los cónsules tenía que ser plebeyo! ¿Dónde acabará todo esto? Este tipo de cambios siempre los provocan los agitadores de masas, como Apio Claudio, traidores a su sangre patricia. Claudio es un hombre peligroso. Deberías mantenerte alejado de él.

Kaeso suspiró.

—Compréndeme, por favor, primo Quinto. Comparto tus puntos de vista políticos. ¿Cómo no hacerlo? Son las ideas que mi padre me inculcó desde pequeño. Pero igual que convencí a mi padre para que me permitiese trabajar con Claudio, espero poder convencerte de que abandones tus objeciones. No tengo intención ninguna de ayudar o apoyar a Apio Claudio en cualquier plan para agitar a las masas. Pero el acueducto y la nueva calzada se construirán igualmente, por muchas objeciones que tú hagas, y quiero participar en ello. Si esos proyectos producen beneficios políticos, ¿por qué Apio Claudio tendría que ser su único beneficiario? ¿Por qué no podría haber un Fabio implicado en los proyectos, aprendiendo cómo funciona el proceso? En los próximos años se

construirán más calzadas y acueductos, y cuando eso suceda, quiero ser el Fabio que se lleve los méritos y coseche los beneficios.

Quinto movió la cabeza.

—Caminas por un sendero peligroso, Kaeso. Aprender un poco sobre construcción e ingeniería no es malo. Pero Claudio es un hombre retorcido, y también encantador. Podría seducirte y llevarte hacia su forma de pensar.

—Te aseguro que no lo hará, primo. ¿Te quedarías tranquilo si te prometo que no aprenderé ni una palabra de griego? Sería una promesa fácil de cumplir, de todos modos, ya que me parece que soy incapaz de hacerlo.

Quinto sonrió a regañadientes.

—¡Kaeso, Kaeso! Muy bien. Ya que has convencido a tu padre, accederé a este acuerdo y no pondré objeciones, al menos públicamente. Mantendré la boca cerrada, y espero que tú sepas lo que haces. —Miró de reojo las hileras de efigies de cera en sus hornacinas—. Recuerda siempre a tus antepasados, Kaeso, ¡y conserva la dignidad de tu nombre! —¿Volvió a dudar y a pestañear al contemplar los rostros de los Fabio fallecidos y el rostro de Kaeso a continuación, que no guardaba con ellos ningún parecido familiar?

—Pero te he mandado llamar por otro motivo —dijo Quinto—. Tengo algo para ti... es decir, si aún te interesa. Acompáñame.

Kaeso lo siguió hasta una habitación con las paredes cubiertas de estantes llenos de pergaminos. En las diversas mesas, había documentos extendidos horizontalmente para su lectura, sujetos mediante pisapapeles por las esquinas. La biblioteca de Quinto Fabio era más pequeña que la de Apio Claudio y su contenido bastante distinto. No había ni un solo texto en griego, ni ejemplares pertenecientes a la historia de pueblos extranjeros. Todos los documentos de la biblioteca de Quinto Fabio tenían que ver con cuestiones legales, títulos de propiedad, transacciones económicas, historia familiar o genealogía.

—Expresaste tu interés por ver los diversos documentos relacionados con la investigación que llevé a cabo hace muchos años, como edil curul, sobre los envenenamientos en masa que tuvieron lugar en la ciudad. Estaban un poco dispersos, pero creo que he conseguido reunirlos en un solo lugar. —Quinto le indicó un tubo de cuero en el que se había insertado una gran cantidad de rollos—. Éste es el expediente del caso. Naturalmente, soy consciente de que tus estudios con Apio Claudio deben reclamar todo tu tiempo y atención...

—¡Ni mucho menos, primo Quinto! Te estoy muy agradecido por haberte acordado de mi interés por el asunto, y porque te hayas tomado la molestia de prepararme esto. —De hecho, con la excitación que le provocaba su trabajo con Claudio, Kaeso se había olvidado por completo de la charla sobre los envenenamientos, pero no estaría bien decírselo. ¿Pretendía su primo que se sentase allí en la biblioteca a examinar los documentos? Kaeso no tenía tiempo; estaba impaciente por volver a casa y llevar a cabo una tarea que Claudio le había asignado, calcular de nuevo las medidas de una sección del acueducto—. ¿Sería posible llevármelos conmigo para estudiar sus contenidos a placer?

Quinto frunció el entrecejo.

—Normalmente, nunca permito que estos documentos salgan de mi posesión. Algunos contienen información delicada. Muchos son irreemplazables. Pero... ¿por qué no? Sólo te pido que tengas mucho cuidado con ellos y que me los devuelvas a su debido momento. Espero que te proporcionen una perspectiva sobre los retos y las responsabilidades que supone tener una magistratura. La vida en el servicio público puede ser muy exigente, pero también ofrece muchas recompensas. Tienes que pensar en tu futuro, Kaeso, más allá de lo que estás realizando para el censor.

—Muy amable por tu parte, primo. Los miraré esta noche.

Resultó que, ocupado bajo la parpadeante luz de la lámpara con cabeza de hidra que colgaba del

techo de su habitación, aquella noche Kaeso trabajó hasta demasiado tarde y no tuvo tiempo de poder echar un vistazo a los documentos de Quinto. Cuando por fin cayó en la cama, estaba agotado.

Pero no durmió bien. Quizá tenía la cabeza demasiado llena de números. Quizá la desaprobación de su primo pesaba sobre él más de lo que se imaginaba.

En sus sueños, Kaeso se encontraba de nuevo en el vestíbulo de la casa de su primo, solo salvo por la compañía de los bustos de cera de sus antepasados colocados en las hornacinas. De pronto, todas las efigies le guiñaron el ojo a la vez. Las cabezas se volvieron al unísono para mirarlo, con mala cara, y entonces empezaron a hablar. Eran voces sarcásticas y odiosas.

—No es uno de los nuestros.

—¿Y quién es?

—¿De dónde viene?

—¿Quién sabe el tipo de sangre que fluye por sus venas?

—¡Debe ser descendiente de un galo!

—¡El inmundo producto de una violación!

—¡Contaminación!

—¡Corrupción!

—¡Porquería!

—¡La sangre de los nobles Fabio se remonta a muchos siglos atrás, pero esta criatura sale de la nada!

—¡Es como una mosca que levanta el vuelo desde un montón de estiércol!

En su sueño, Kaeso salía corriendo de la habitación. Se encontraba entonces en el Foro. Su padre lo acompañaba hacia los Rostra. Frente a la tribuna se había congregado una gran multitud para oír-lo hablar, pero cuando abrió la boca sólo decía tonterías. La gente se echaba a reír y se mofaba de él. Tenían la cabeza de cera, como las efigies de los Fabio.

Salía corriendo de los Rostra en dirección a la casa de Apio Claudio. El censor lo recibía con cariño, ignorando el nerviosismo de Kaeso. Desenrollaba un mapa que mostraba el recorrido del acueducto. La línea que llevaba hacia Gabii quedaba fuera del mapa, iba hacia una nada grisácea.

—Pero ¿dónde están los manantiales? —decía Kaeso.

—Oh, no te preocupes por eso —decía Claudio—. Sé de dónde vendrá el agua. ¡Lo que no sé, joven, es de dónde vienes tú! —De pronto, el censor miraba colérico a Kaeso, tan severo y desaprobador como las efigies del vestíbulo de Quinto.

Kaeso se despertó. Estaba empapado en sudor frío.

Su lámpara de lectura seguía encendida. Con el agotamiento había olvidado apagar las diminutas llamas que danzaban en las boquillas de cada una de las cabezas de la hidra. Desesperado por distraerse, cogió el expediente que su primo Quinto le había prestado. Extrajo los documentos, se frotó los ojos y empezó a leer.

La historia de los envenenamientos y la investigación posterior estaba relatada con el máximo detalle. La naturaleza fragmentaria del material sólo servía para hacerla más fascinante, como un rompecabezas con muchas piezas. Agradecido por tener algo que le ayudara a olvidar su pesadilla, Kaeso estuvo leyendo los documentos hasta altas horas de la noche.

En los meses siguientes, la vida de Kaeso se adaptó a una cómoda rutina. Trabajaba muy duro bajo la tutela de Apio Claudio, aprendiendo todo lo posible sobre cualquier aspecto de la gran calzada que empezaba a conocerse como Vía Apia, y sobre el canal de agua, al que llamaban Acueducto Apio. No había tarea, superior o inferior, en la que no tomara parte, desde cavar trincheras hasta calcular el volumen de agua que podía pasar a través de una determinada sección del acueducto en un periodo determinado de tiempo.

Consiguió incluso aprender el alfabeto griego y tener unas nociones rudimentarias del idioma,

pero siempre que Claudio le imponía la tarea de traducir al griego un pasaje sobre hidráulica o ingeniería, la complejidad del idioma seguía bloqueándolo.

—Una cosa está clara —le dijo Claudio un día, exasperado—. ¡En ti no corre ni una gota de sangre griega! —El comentario era completamente inocente, pero inició un nuevo ciclo de pesadillas que invadían el sueño de Kaeso.

Por las noches, después de una larga jornada de duro trabajo corporal y mental, lo que más deseaba Kaeso era una buena cena con sus padres, relajarse un poco en el jardín y luego pasar una hora leyendo los documentos que le había prestado Quinto. Le resultaba curiosamente relajante cribar con cuidado las confesiones de las envenenadoras, los listados e informes garabateados personalmente por Quinto, los decretos oficiales del Senado y los cónsules, y las diversas pruebas. Una referencia oscura en un documento lo llevaba a buscar en otro, y luego en otro más que quizá ya había leído antes pero que no habría comprendido del todo sin el conocimiento que aportaba su investigación posterior. La naturaleza de acertijo del material lo divertía y lo mantenía ocupado. A partir de fragmentos aparentemente inconexos, empezaba a emerger una idea de los acontecimientos cada vez más coherente, era como la creación de un mosaico a partir de extraños trocitos de piedra.

Una y otra vez, y tremendamente fascinado, leía las declaraciones hechas por las mujeres.

—Lo hice porque mi marido se acostaba con otra —decía una.

—Lo hice porque el tendero me miraba con malos ojos —explicaba otra.

—Mi hermano y yo estábamos siempre peleándonos —decía una—. Estaba cansada de peleas.

Y otra:

—Lo hice porque mis dos hermanas se lo habían hecho a sus maridos, y no quería sentirme excluida.

La célebre Sergia había experimentado mucho con diversas plantas y otras sustancias, tomaba notas sobre cómo extraer los venenos, cuáles de ellos eran los más fiables y cuáles los menos, los síntomas que provocaban, el tiempo que se requería para que surtiesen efecto, y cómo trabajaban en combinación unos de otros. Sergia había realizado también dibujos detallados de numerosas plantas, que servían de indicación a sus criadas cuando las mandaba a buscar aquellos ejemplares que crecían en el campo.

Un típico ejemplo de las notas de Sergia eran sus apuntes sobre el *aconitum,* ilustrados con un dibujo de la planta en flor:

> Aconitum. *Polvo blanco derivado de la planta conocida como casco de Plutón, debido a que su flor púrpura, que crece en racimos verticales, tiene la forma del casco de un guerrero con alto penacho y protecciones para las mejillas. La altura de la planta puede llegar hasta la rodilla o hasta el muslo y crece a la sombra de los árboles, sobre suelo húmedo. Un mercader griego me ha dicho que en su pueblo la llaman la Reina de los Venenos. Dice la leyenda que la planta se originó a partir de la saliva de Cerbero, el perro de tres cabezas guardián del inframundo. Todas las partes de la planta son tóxicas, pero sobre todo las raíces, de las que se obtiene el polvo blanco. Su ingestión provoca la muerte. El polvo puede matar también a una mujer si entra en contacto con sus genitales. Actúa muy rápidamente —la muerte puede producirse en diez minutos y es prácticamente segura en el plazo de cuatro horas—. La víctima presenta al poco tiempo entumecimiento y hormigueo en la boca* y *la garganta, que se quedan secas; se tiene también una fuerte sensación de quemazón que va desde la garganta hasta el abdomen. El hormigueo se extiende hasta manos y pies y luego por todo el cuerpo. La piel* y *las extremidades se quedan frías y pegajosas al tacto, y al mismo tiempo la víctima puede sentir como si la estuvieran despellejando. Las piernas se debilitan. La visión* y *el oído se embotan, pero la víctima mantendrá la cabeza lúcida hasta el momento de su muerte. Los músculos se contraen y se convulsionan. El pulso se debilita. Las pupilas se dilatan. El más mínimo esfuerzo da como resultado un desvanecimiento fatal.*

Y así solía ser cada día, hasta que Kaeso caía dormido con la cabeza llena de detalles de los asesinatos cometidos tiempo atrás. Aquella lectura era una válvula de escape a los problemas apremiantes de la jornada. Era menos probable que su último pensamiento consciente estuviera relacionado con algún fastidioso rompecabezas técnico planteado por el acueducto, que con la matrona patricia Cornelia, que mató a su marido mientras copulaban insertándole en el trasero su dedo corazón untado en aquel polvo blanco del *aconitum,* un método de estimulación que él le exigía y que a ella le resultaba desagradable. El veneno mató a la víctima en cuestión de minutos, pero no, según Cornelia, antes de que él alcanzara un orgasmo particularmente violento. El expediente estaba lleno de detalles extraordinarios similares a aquél. Pero ni toda esa lectura conseguía hacer desaparecer los sueños provocados por las ansiedades de Kaeso respecto a sus orígenes. Las pesadillas reaparecían de vez en cuando, normalmente provocadas por algún comentario casual recibido durante la jornada y que no tenía nada que ver con sus antepasados, pero que le hacía sentirse expuesto y vulnerable, un extraño, un intruso, un impostor dentro de una de las familias más antiguas y distinguidas de Roma.

Así pues, durante una temporada, la vida de Kaeso se adaptó a una cómoda rutina. Entonces llegó un día en que supo que iba a cambiar su vida para siempre, pero no por los motivos que pensaba.

El acontecimiento indiscutible del día era su compromiso con una chica llamada Galeria. El compromiso era la culminación de intensas negociaciones entre las dos familias patricias implicadas. Por el lado de los Fabio, estaba Quinto que presionaba a Kaeso para que se casase. El joven había demostrado ser brillante y ambicioso, pero también tozudo y contradictorio; las responsabilidades del matrimonio podían ser precisamente lo que necesitaba para domeñar su temeraria energía.

Kaeso se enfrentaba a la perspectiva del matrimonio con sentimientos opuestos, pero Galeria era una chica bonita, con la figura de una Venus, y en las conversaciones de cortejo que había mantenido con ella se había mostrado encantadoramente tímida y dulce.

El compromiso se cerró una tarde en casa de Quinto Fabio. Kaeso, su padre y el padre de Galeria hicieron varios brindis con el mejor vino de Quinto. Kaeso, sintiéndose un poco achispado, se escabulló tan pronto como pudo y se dirigió a casa de Apio Claudio, impaciente por compartir la noticia con su mentor.

El esclavo de la puerta, después de explicarle que el censor estaba reunido con una visita por un asunto oficial de Estado, le pidió que esperara en la antecámara que había junto a la biblioteca de Claudio. Era un día caluroso y las puertas estaban abiertas. Kaeso podía escuchar con bastante claridad la conversación que estaba teniendo lugar en la habitación contigua.

—Lo admito —estaba diciendo Claudio—, existen precedentes de lo que me estás pidiendo que se haga. La religión del Estado se ha vuelto tan grandiosa y tan compleja, hay tantos rituales que realizar a diario en toda la ciudad, que en los últimos años se han ido delegando muchos deberes a los esclavos de los templos, que son propiedad del Estado y reciben una formación especial por parte de los sacerdotes. De todos modos, lo que tú propones, Tito Poticio, es un poco distinto y seguro que será controvertido.

El nombre de Poticio significaba muy poco para Kaeso. Sabía que los Poticio eran una familia patricia, una de las más antiguas, pero actualmente pintaban muy poco en política y apenas frecuentaban los elevados círculos sociales de los Fabio. Presionándolo un poco, podría haber llegado a recordar que tenían algo que ver con el Ara Máxima y, de hecho, era sobre ese antiguo deber hereditario por lo que Tito Poticio había ido a hablar con Claudio.

—Por favor, compréndelo, censor. —Sonaba como la voz de un hombre mayor, cansado y humillado—. Si viera otra solución a los males de la familia, nunca habría venido aquí con esta petición. El triste hecho es que los Poticio no pueden permitirse por más tiempo el mantenimiento del altar, ni preparar el banquete anual en honor a Hércules. El altar en sí necesita urgentemente una

restauración. ¿Lo has visto en los últimos tiempos? ¡Es una vergüenza para todos nosotros! El festín se ha convertido en un banquete para indigentes; me causa mucha vergüenza admitirlo, pero es la simple verdad. Nuestra incapacidad para llevar a cabo debidamente estos deberes no honra a Roma, ni al dios, ni a los Poticio. Nuestros continuos intentos de hacerlo sólo consiguen hundir más en la pobreza a la familia. ¡Ay, en la época de nuestros antepasados, un altar podía ser una simple piedra plana, y el banquete podía consistir en un puñado de judías! Pero Roma ya no es así. Las exigencias en cuanto a la observancia religiosa han crecido al mismo ritmo que el poder y la riqueza de la ciudad. El Estado puede permitirse restaurar y mantener el Ara Máxima y honrar a Hércules con un banquete que haga sentirse orgullosa a toda Roma. Pero los Poticio no pueden.

—Comprendo lo que quieres decir, Tito Poticio. A cambio de ceder este privilegio al Estado, imagino que esperarás una cantidad sustancial.

—Sería lo adecuado.

—Una cantidad lo bastante importante como para que tú y tus familiares podáis salir del agujero financiero en el que os encontráis.

—La generosa recompensa del Estado será bien utilizada, censor.

—¿Así que un deber religioso exclusivo y hereditario, celosamente conservado durante siglos, se convierte en una simple mercancía que puede comprarse y venderse? Date cuenta de que esto será lo que dirá mucha gente.

—Como censor, creo que tienes la autoridad necesaria para aprobar la transacción.

—Y si lo hago, ¿qué dirá de mí la gente? «Ahí va Apio Claudio abusando de nuevo de su cargo. ¡No tiene bastante con llenar el Senado de amigos suyos de baja cuna y amañar las elecciones, sino que además ahora se dedica a fisgar en los ritos religiosos más antiguos de la ciudad!».

Poticio suspiró.

—Soy consciente de que es una decisión complicada para ti...

—¡Al contrario! Apruebo sinceramente tu idea.

—¿De verdad?

—Absolutamente. El concepto anticuado de que determinados sacerdocios y ritos religiosos permanezcan bajo el control exclusivo de una familia en particular me resulta desagradable. Cualquier función religiosa que afecte al Estado debería estar en manos del Estado. La religión del pueblo debería ser controlada por el pueblo. Por ese motivo, que no tiene nada que ver con los infortunios económicos de tu familia, apruebo totalmente tu oferta de ceder al Estado la autoridad sobre el Ara Máxima y el Banquete de Hércules. Con este fin, estoy seguro de que podré conseguir que a tu familia se le pague su justa compensación.

—Censor, no sé cómo expresarte mi gratitud...

—Pues entonces no lo hagas. Como ya te han alertado, habrá quien se oponga rabiosamente a este cambio. Me acusarán de irreligiosidad y de abuso de autoridad. Te difamarán a ti y a tus parientes. Tienes que estar preparado para sus calumnias.

—Lo comprendo, censor.

—Muy bien. Pero antes de actuar, debo preguntarte si de verdad representas la voluntad de toda tu familia. Según los rollos censa-les... —Kaeso oyó un crujido de pergaminos. Claudio gruñó—: Veo que sois menos de lo que me imaginaba. ¿Es así? En Roma sólo quedan doce casas de Poticio, unos treinta hombres que llevan el nombre...

—Es correcto. Nuestro número ha menguado a la par que nuestra fortuna.

—¿Y tienes tú autoridad para hablar por todos ellos?

—Soy el paterfamilias más anciano. El tema ha sido discutido a fondo en la familia y está decidido.

—Muy bien.

Claudio llamó a un secretario y le dio instrucciones. Intercambió las palabras de despedida de rigor con Tito Poticio y lo acompañó fuera de la estancia. Cuando los dos pasaron a la antecámara, Claudio vio a Kaeso y lo saludó con una amplia sonrisa. Kaeso vio que Poticio tenía el pelo y la barba grises, en consonancia con su voz de persona mayor, y que lucía una toga que había conocido mejores épocas. El anciano miró a Kaeso de pasada y entonces se detuvo en seco.

—¿Te conozco, joven? —dijo.

—Creo que no nos conocemos —dijo Kaeso.

—Permíteme que te presente a Kaeso Fabio Dorso —dijo Claudio—, un joven con una maravillosa cabeza sobre los hombros. Está ayudándome a construir la nueva calzada y el acueducto. Y éste, Kaeso, es el venerable Tito Poticio, paterfamilias de los Poticio.

—Una de nuestras familias más antiguas —dijo Kaeso, por simple cortesía.

—En los primeros tiempos, dejamos huella en la ciudad —dijo Poticio—. Ahora les corresponde a familias como los Fabio dejar la suya, como estoy seguro de que harás tú, joven. Pero debo decir... —Miró a Kaeso entornando los ojos, bizqueó y sacudió la cabeza—. Me recuerdas a alguien... a mi primo Marco, que murió hace unos años. Sí, eres la viva imagen de Marco cuando era joven. ¡El parecido es sorprendente! Incluso tienes su misma voz. Me pregunto si es posible que fuerais parientes. La verdad es que no recuerdo matrimonios entre los Poticio y los Fabio en los últimos años, pero tal vez...

—Creo que no —dijo cortante Kaeso—. Estoy seguro de que no existe relación familiar entre nosotros.

—¡Kaeso, te has puesto colorado como una teja! —dijo Claudio.

—Tengo calor —murmuró Kaeso—. Debe de ser el vino que he bebido en casa del primo Quinto.

—Ah, bien, el parecido es pura coincidencia, entonces —dijo Poticio, pero siguió mirando fijamente a Kaeso. Por fin bajó la vista... sólo para quedarse con la mirada clavada en el *fascinum* que Kaeso llevaba colgado al cuello de una cadena. Kaeso había decidido lucirlo aquella mañana con motivo de su compromiso.

—¿Qué es eso? —preguntó Poticio.

Kaeso dio un paso atrás, contrariado por el examen minucioso al que lo sometía aquel hombre.

—Es un recuerdo de familia. La famosa vestal Pinaria se lo dio a mi abuelo con motivo de su día de la toga. Estoy seguro de que no es la primera vez que ves un *fascinum.*

—Estas baratijas suelen estar hechas de metal barato, no de oro, y éste parece tener las alas extendidas... ¡de lo más inusual! Pero me resulta extrañamente familiar. Sí, estoy seguro de que me despierta algún recuerdo, ¿pero de qué? —Poticio se rascó la cabeza.

Kaeso empezaba a sentirse incómodo de verdad con aquel hombre. Claudio, hábilmente, cogió a Poticio del brazo y lo condujo hacia el vestíbulo.

—Debes estar impaciente por volver con tu familia y explicarles el éxito de tu propuesta —dijo—. Adiós, Tito Poticio. El esclavo de la puerta te acompañará.

—¡Adiós, censor, y gracias! —El anciano cogió las manos de Claudio y las apretó. Antes de irse, lanzó una última mirada de curiosidad a Kaeso y al amuleto que lucía.

—Un tipo desagradable —dijo Kaeso en cuanto Poticio se hubo marchado.

—Un poco alocado, pero inofensivo —dijo Claudio.

Kaeso arrugó la nariz.

—Se imagina que somos parientes.

Claudio se encogió de hombros.

—También yo soy pariente suyo, aunque lejano. La conexión se remonta a los primeros días de la República. Una hija del primer Apio Claudio se casó con un Poticio, pero el tipo se volvió un traidor y luchó contra Roma con Coriolano. Durante mucho tiempo hubo mala sangre entre las dos familias. Pero todo esto es historia, y los Poticio pasan tan mala época que lo único que siento por ellos es lástima. ¡Pero ven, Kaeso, hablemos de cosas más felices! A menos que me equivoque, has venido a compartir conmigo buenas noticias.

Kaeso le confirmó su compromiso. Y mientras los dos lo celebraban con una copa de vino, Kaeso alejó de su cabeza el desagradable encuentro con Tito Poticio.

—¡Qué vestíbulo más grande! —dijo la madre de Kaeso al cruzar la puerta de entrada a la pequeña casa del Aventino.

—Esto no es el vestíbulo, madre. No hay vestíbulo. Esto es la casa en sí.

—¿Qué? ¿Sólo esta habitación?

—Por supuesto que no. Hay un jardín en el centro de la casa...

—¿Esa pequeña parcela de tierra, bajo aquel agujero del tejado?

—Y hay otra habitación en la parte posterior, que sirve como cocina y despensa. Detrás hay un pequeño cuarto para que duerman los esclavos, aunque no creo que tengamos más que uno por cabeza; tendrán que dormir uno encima del otro, tal como están las cosas.

—¡Me imagino que amueblar esto no costará mucho! —Con cuarenta años de edad, Herminia seguía siendo una mujer bonita, pero tenía tendencia a hacer muecas desagradables que empañaban su belleza—. La verdad es que no te merece la pena abandonar la casa familiar para venir a vivir aquí con estrecheces.

—¡Tonterías! —dijo el padre de Kaeso—. El primo Quinto es muy generoso con su regalo de bodas. No todos los recién casados pueden celebrar la ceremonia en su propia casa. Necesita algunos arreglos, eso seguro...

—¡Espero que a Galeria le gusten los retos! —dijo Herminia. —Lo que más me gusta es su ubicación —dijo Kaeso.

—¿El Aventino? —Herminia hizo una mueca especialmente desagradable—. Bueno, al menos estás en la cara norte.

—Ven a ver la vista desde la ventana. Cuidado con esas baldosas. —Kaeso abrió los postigos—. Espectacular, ¿verdad?

—Sólo veo un montón de tejados apiñados —dijo Herminia, dubitativa.

—No, madre, mira allí... entre esas dos casas. —Kaeso señaló.

—Ah, sí... se ve un pedacito de la parte más elevada del acueducto, esa monstruosidad que tu amigo Claudio le ha infligido a la ciudad.

El padre de Kaeso tosió para aclararse la garganta.

—Tenemos mucho que hacer hoy, esposa.

—¡Por supuesto que sí! Tengo que preparar la lista de invitados.

—Entonces, quizá deberíamos irnos.

—Yo me quedaré un rato aquí, si no os importa —dijo Kaeso.

—Muy bien. —Herminia le dio un beso en la frente y salió de la estancia.

El padre de Kaeso se retrasó un momento. Dio golpecitos con el pie a las baldosas sueltas del suelo.

—No te preocupes, hijo. Encontraremos dinero para reparar la casa.

—Olvidas que dispongo de mis propios ingresos, padre. Claudio me paga con generosidad.

—Me parece que quien te paga es el Estado. El censor se limita a estipular tu salario.

—Naturalmente, padre. Anda, ve con madre antes de que se impaciente.

Kaeso se quedó solo. Los comentarios irónicos de su madre no habían desinflado en absoluto su buen humor. Los dioses le sonreían. Su trabajo con Apio Claudio era más fascinante que nunca, el día de su boda se aproximaba a toda velocidad y el regalo de una casa que había recibido por parte de su primo Quinto no sólo había sido una sorpresa, sino que además le había emocionado. Recordó uno de los proverbios favoritos de Claudio y lo pronunció en voz alta:

—Todo hombre es el arquitecto de su propia fortuna.

Kaeso contempló por la ventana el lejano acueducto.

—De ser eso cierto, entonces debo de ser un buen arquitecto.

—Estoy seguro de que lo eres —dijo una voz a sus espaldas.

Kaeso se volvió rápidamente. Su padre debía de haber dejado la puerta entreabierta. En medio de la habitación había un hombre vestido con una andrajosa túnica. Kaeso lo miró un momento y entonces arrugó la frente.

—¿Tito Poticio?

—Así que te acuerdas de mí.

—Me temo que sí. ¿Qué haces aquí?

—Hablas con un tono muy severo, joven. No son formas de dirigirse a una persona mayor... y mucho menos a un pariente mayor.

—¿De qué hablas, anciano? —Kaeso se cuadró de hombros, pero sentía en el pecho una sensación que le turbaba.

—Tú y yo tenemos mucho de que hablar, Kaeso.

—No tenemos nada de que hablar.

Poticio ladeó la cabeza y lo miró fijamente.

—Veo que hoy no llevas el *fascinum.*

Kaeso se llevó la mano al vacío que había en su pecho.

—Lo llevo sólo en ocasiones especiales.

—¿Sabes de dónde procede?

—La vestal Pinaria se lo dio a...

—¿Pero antes de eso? ¿Sabes de quién lo obtuvo ella?

—No. Pero sé que es muy antiguo.

—Lo es, sí... tan antiguo como los Poticio.

—¿Qué estás diciendo, anciano?

—Soy el paterfamilias de los Poticio. Soy también el cronista y el historiador de la familia. Tengo entendido que tu primo Quinto realiza la misma función para los Fabio: conservar viejos pergaminos y notas garabateadas sobre quién se casó con quién, los nombres de su descendencia, y quién hizo qué y cuándo y cómo. Nuestras familias son tan antiguas, y nuestros antepasados hicieron tantas cosas, grandes y pequeñas, maravillosas y terribles, que es muy complicado seguir la pista. A veces pienso que sería un alivio que todos nos convirtiéramos en polvo, para que el resto del mundo nos olvidara y pudiéramos seguir adelante como si no hubiéramos existido nunca.

—No creo que Quinto piense lo mismo.

Poticio emitió una especie de graznido, que Kaeso se tomó como una carcajada.

—Me atrevería a decir que tienes razón. ¡Pero imagínate las cosas que debe saber! Un cronista de familia tiene conocimiento de todo tipo de secretos. Sabe cosas de las que nunca se debe hablar: muertes misteriosas, bebés nacidos fuera del lecho matrimonial, bastardos engendrados en esclavas...

—¡Si tienes algo que decir, dilo ya!

—Muy bien. Tú y yo somos parientes, Kaeso. Desciendes de los Poticio.

A Kaeso se le quedó la boca seca de repente.

—¿Cómo lo sabes?

—En primer lugar, podría decirlo con sólo mirarte. Te pareces a mi primo Marco más que nadie, pero con esos ojos, esa barbilla y la forma de tu boca, podrías pasar por hijo o hermano de cualquiera de mis primos. Al principio pensé que tal vez el viejo Marco había derramado su semilla fuera del lecho conyugal, pero cuando empecé a seguirle la pista a la verdad, me di cuenta de que la conexión era más complicada y se remontaba mucho más atrás en el tiempo. Ahora, cuando se iba, le he mirado bien a tu padre. Él también tiene el aspecto de un Poticio, pero sus facciones son menos características. Por algún motivo, los dioses decidieron que los rasgos de la familia tenían que salir de nuevo a la luz en ti, con toda su fuerza.

—Fue tu precioso ff*ascinum* lo que me proporcionó la clave. Sabía que había visto una referencia a un *fascinum* alado hecho de oro en algún lugar de las crónicas de la familia. Lo llevaba un antepasado mío, llamado también Tito, que vivió en la época de los decenviros. Después de ese Tito, no hay más referencias al *fascinum* de oro y alado, que desaparece entonces del historial familiar. Sin embargo, según la leyenda de la familia, Tito engendró un hijo fuera del lecho conyugal y ese niño se convirtió en esclavo. Como puedes imaginar, apenas se habla de ello. Pero los esclavos son una propiedad, y los romanos conservan registros de la propiedad muy detallados, ¡tan detallados como los registros genealógicos! Con diligencia y dando mucho la lata pude seguir la pista de la descendencia de ese hijo bastardo hasta un esclavo llamado Penato. ¿Has oído hablar de él?

Kaeso tragó para deshacer el nudo que se le había hecho en la garganta.

—Fue un esclavo llamado Penato quien encontró a mi abuelo entre las ruinas dejadas por los galos.

—¡Eso fue! ¿Sabías que ese mismo Penato quedó atrapado durante varios meses en la cumbre del Capitolio con la vestal Pinaria, que de un modo u otro entró en posesión del *fascinum* dorado y, por razones nunca explicadas, se sintió obligada a donarlo a tu abuelo cuando llegó a la edad adulta? Ahora tú llevas ese *fascinum,* Kaeso... ¡y eres el puro retrato de un Poticio! ¿Empiezas a ver cómo se conecta todo?

—¡Conjeturas! ¡Insinuaciones! ¡Estás calumniando la memoria de una piadosa vestal! ¡No tienes prueba de nada!

—Los dioses conocen la verdad sobre ti, Kaeso. Y ahora también la conoces tú.

Kaeso sintió una punzada de dolor. La estancia parecía dar vueltas a su alrededor.

—¿Por qué me cuentas todo esto?

—¿No crees que siempre es mejor saber la verdad?

—¡No!

—¿Qué ha sido lo que te he oído decir cuando mirabas por la ventana? ¿Algo sobre ser el arquitecto de tu propia fortuna? ¿Cómo podrás construir un monumento duradero, una vida de virtudes y logros, a menos que empieces con una base firme de auto-conocimiento?

—¡Eres un viejo estúpido, Tito Poticio! Tú y tu familia de tercera categoría habéis derrochado la fortuna que en su día pudisteis tener. Has ofendido a los dioses vendiendo vuestros derechos por nacimiento sobre el Ara Máxima. ¿Cómo te atreves a venirme con esta mentira, sugiriendo que mi abuelo era el hijo bastardo de una vestal y un esclavo?

Poticio suspiró.

—Es una pena que esto haya ido así. Nunca pretendí ofenderte. No te preocupes, Kaeso. Seré discreto. Lo que he descubierto es sólo para tus oídos. Ni siquiera se lo he contado a los demás miembros de la familia.

—¡Grita tus mentiras desde los tejados, si te atreves! Sólo conseguirás ser un hazmerreír mayor del que ya eres.

Tito Poticio se dirigió hacia la puerta y desapareció. Kaeso dio una violenta patada al suelo y envió una baldosa volando contra la pared.

El día antes de su boda, Kaeso fue a la casa del Aventino para asegurarse de que todo estaba a punto para recibirlo a él y a la novia el día siguiente. Entre los preparativos para la ceremonia estaba el altar que se había erigido delante de la puerta para celebrar el sacrificio del cordero y escuchar los auspicios. Dentro de la casa estaban guardadas las sillas ceremoniales del novio y de la novia, listas para ser sacadas a la calle para celebrar la ceremonia al aire libre. Ambas sillas estaban cargadas hasta arriba con las guirnaldas de flores secas que se utilizarían para decorar la puerta. Entre las guirnaldas se hallaba la alfombra de piel de cordero en la que depositaría a Galeria después de cruzar con ella en brazos el umbral de la puerta, como si fuera su sabina raptada. El corazón de Kaeso se aceleró al pensar en lo trascendental del evento que estaba al caer. Mañana, a aquella misma hora, sería un hombre casado.

La casa tenía escasos muebles, pero las baldosas del suelo estaban reparadas y todo se encontraba limpio y reluciente. En el pequeño jardín se habían plantado arbustos y flores, y la cocina estaba equipada con cacerolas y sartenes. Vio la cama colocada contra la pared, cerca de la ventana, una cama nueva de mayor tamaño de la que él utilizaba para dormir solo, y sintió un escalofrío de deseo erótico. Galeria estaba más bella cada vez que se reunía con ella; pronto la vería desnuda, y estaría desnudo con ella, y la poseería. Cualquier duda que pudiera sentir respecto a la ceremonia se desvanecía cuando sus pensamientos se volcaban en el placer carnal que le esperaba. Atravesó la habitación para contemplar la cama desde más cerca.

Una voz, casi un susurro, dijo:

—La casa ha quedado muy bonita.

Kaeso se volvió.

—¿Qué haces tú aquí? ¡Vete!

Tito Poticio estaba en el umbral de la puerta.

—¿Acaso no puede un pariente visitar a otro pariente el día antes de su boda, para desearle lo mejor?

—Estás loco. Los dioses te han vuelto loco, como castigo por vender tus derechos por nacimiento.

—Entonces lo hemos vendido a cambio de muy poco.

—Apio Claudio debería haberte echado cuando le fuiste a mendigar. No debería haberte dado ni una moneda de cobre.

—Es curioso que menciones el dinero. Además de presentarte mis respetos, ése es uno de los motivos por los que he venido a verte. —Poticio permanecía con las manos unidas frente a su cuerpo y la mirada baja—. La familia de Galeria es rica. Me imagino que llega a ti con una dote sustanciosa. Además, pienso que el censor debe de haberte asignado un salario generoso, ¡incluso eres propietario de tu casa! Eres un joven de lo más afortunado, autosuficiente a tan temprana edad.

—Y tú eres un viejo loco, que lo has dilapidado todo a la tuya.

—Las penurias de los Poticio empezaron mucho antes de mi época. ¡Qué propio de nuestras desgracias que uno de los jóvenes más dotados de su generación, que debería ser el retoño de la familia, ni siquiera lleve el nombre de Poticio! Pero aun así, en momentos complicados, espero que el joven escuche la llamada de la sangre y ayude a sus parientes.

Kaeso apretó los dientes.

—¿Qué quieres de mí?

—Un préstamo. Sólo eso. Un pequeño préstamo, de un pariente a otro.

—¿Por qué ahora? ¿Por qué estropear un día en el que sólo debería estar pensando en mi boda?

—Mi petición no tiene nada que ver con tu boda... aunque estoy seguro de que el padre de la novia estaría conmocionado si se enterase de que su hija está a punto de casarse con el descendiente de un esclavo y una vestal mancillada.

A Kaeso le temblaron las piernas y tuvo que sentarse en la cama. La voz de Poticio era amable.

—Es curioso que seas constructor. Tu antepasado Tito Poticio, el amigo de Coriolano, era también constructor. ¿Lo sabías? Fue también el primero en traer la vergüenza a la familia. Sería una pena que siguieras su estela también en ese aspecto.

—¿Cuánto quieres?

Poticio mencionó una cantidad. Kaeso cogió aire, aterrado ante la avaricia de aquel hombre, pero aliviado de que no le pidiera aún más. Acordaron que Poticio regresaría en dos días y que Kaeso le pagaría entonces.

Sorprendentemente, pese a la excitación por su inminente boda y la ansiedad generada por una visita no deseada, Kaeso durmió como un tronco aquella noche. No tuvo pesadillas. Se despertó temprano, antes de que cantara el gallo, con la cabeza despejada y descansado. Encendió la lámpara.

Hacía algún tiempo que había acabado de leer todos los documentos que le había prestado su primo Quinto. Tenía pensado devolvérselos, pero con las prisas de los preparativos de la boda, no lo había hecho aún. Se encontró releyendo algunos de los documentos, moviendo afirmativamente la cabeza de vez en cuando y canturreando.

Al cabo de un rato, dejó los documentos, apagó la lámpara y durmió una hora más, como hacen los hombres cuando han tomado una decisión irrevocable y están en paz con los dioses y con su propia persona.

Cuando Tito Poticio fue a visitarlo de nuevo, lo hizo aparentemente para presentar sus respetos a los recién casados. Kaeso recibió al visitante en su nuevo hogar sin la más mínima muestra de rencor. Le habló incluso con cariño, se disculpó por haberlo tratado anteriormente con dureza y luego le presentó a su flamante esposa.

Poticio se quedó con la impresión de que la bendición marital había obrado maravillas en cuanto a corregir la actitud de Kaeso. ¿Y por qué no? Según su punto de vista, Kaeso no tenía motivos para mostrarse desagradable. Después de convencerse de que vender los derechos de la familia sobre el Ara Máxima era algo aceptable, Poticio, además, se había convencido de que su solicitud de ayuda a Kaeso era completamente razonable. Al fin y al cabo, eran parientes. Kaeso tenía mucho dinero y Poticio se encontraba en una situación extrema. Los dioses le sonreían con generosidad. No había motivos para que fuese una transacción desagradable. De hecho, Kaeso tendría que sentirse orgulloso de poder ayudar a un pariente mayor necesitado.

Con la cabeza hirviendo con estos pensamientos y la guardia baja, Poticio no pensó mal cuando la desposada le ofreció una ración del tradicional plato de judías que había quedado del banquete de bodas, ni se dio cuenta de que era Kaeso quien le ponía el recipiente en las manos. Tenía hambre y las judías estaban deliciosas. Kaeso le deslizó con discreción una bolsita con monedas y luego lo acompañó hasta la puerta. Poticio no se tomó como ofensa que lo despacharan tan rápidamente. Era natural que el novio quisiese estar a solas con su desposada.

Dando golpecitos a la bolsa de monedas que llevaba colgada a la cintura, tarareando una alegre canción, Poticio atravesó el Aventino en dirección a su casa, en el lado sur de la colina, un barrio menos elegante. Al pasar por delante del templo de Juno Regina, vio que una de las ocas sagradas se había escapado de su recinto y se contoneaba por el pórtico, ladeando el cuello hacia uno y otro lado. Poticio sonrió y entonces sintió un repentino hormigueo en la garganta. Tenía la boca muy seca; tendría que haber pedido algo de beber para bajar mejor las judías.

De pronto, fue como si una llamarada recorriera el trayecto entre su garganta y sus intestinos. La sensación era tan intensa y peculiar que supo que algo iba mal de verdad. Había alcanzado esa avanzada edad en la que un hombre puede morir en cualquier momento, de repente y sin causa aparente. ¿Sería eso lo que le sucedía? ¿Habrían decidido por fin los dioses acabar con la historia de su vida?

Sin saber cómo había llegado hasta allí, se encontró tendido en el suelo delante del templo, incapaz de moverse. A su alrededor se había congregado una multitud. La gente se inclinaba y lo miraba. Sus expresiones no eran en absoluto alentadoras. Los hombres movían la cabeza. Una mujer se tapó la cara y se echó a llorar.

—Frío —consiguió decir—. Parece que no puedo... moverme.

Como dispuestos a contradecirlo, sus brazos y sus piernas empezaron a retorcerse, un poco al principio, y luego con tanta violencia que la gente se apartó asustada. La oca, alarmada también, graznó y agitó las alas.

Poticio se dio cuenta de lo sucedido. No lo consideró como un asesinato, sino como una desgracia más que caía sobre los Poticio. ¡Cómo debían odiar los dioses a su familia! Nunca se le ocurriría culpar a Kaeso de su muerte; admitir su extorsión sólo oscurecería aún más su nombre y humillaría a su familia. Las convulsiones cesaron, al mismo tiempo que su respiración.

Tito, paterfamilias de los Poticio, murió rápidamente y en silencio.

Dos lictores enviados por el edil curul llegaron para vigilar el cuerpo hasta que un miembro de la familia lo reclamara. El lictor que realizó el inventario de las pertenencias del hombre reconoció a Poticio y expresó su sorpresa al ver que el anciano llevaba encima una cantidad de dinero importante.

—¡Los Poticio siempre andan llorando porque son pobres, y mira todas esas monedas!

—A lo mejor es lo que le quedaba de ese acuerdo al que llegó con el censor por vender sus derechos sobre el Ara Máxima —dijo su compañero—. Un sacrilegio de ese calibre no podía traerle

nada bueno.

—¡Nada bueno le sucederá ya a este pobre tipo!

Para Kaeso, Tito Poticio, el hijo del paterfamilias fallecido, tenía el mismo aspecto que su padre, aunque algo más joven.

—Así que ya ves —dijo Poticio—, por lo que he podido averiguar, debiste de ser una de las últimas personas que lo vio con vida. Mi padre comentó a uno de los esclavos que pasaría por aquí de camino a casa, pero no dijo por qué. No entiendo muy bien cómo llevaba tanto dinero encima. Nadie tiene ni idea sobre cómo consiguió esa bolsa con monedas.

Estaban los dos sentados en el diminuto jardín de la casa de Kaeso. La voz de Poticio no dejaba entrever ningún tipo de insinuación o sospecha, sino que hablaba como el hijo desconsolado que simplemente desea conocer detalles sobre las horas finales de la vida de su padre. Pero aun así, Kaeso sentía una oleada de ansiedad en el pecho. Eligió las palabras con cuidado y habló en un tono que esperaba sonase compasivo.

—Cierto es que tu padre realizó una breve visita aquel día. Nos habíamos visto brevemente en otra ocasión, en la casa de Apio Claudio. Fue muy amable por su parte pasar por aquí para felicitarnos por nuestra boda.

—Era un anciano muy agradable —comentó Galeria, sentada en un rincón de la estancia con su aguja y su rueca, tejiendo lana con la ayuda de una esclava. Galeria poseía muchas de las virtudes tradicionales, pero quedarse callada no era una de ellas, y la casa era demasiado pequeña para que Kaeso pudiera mantener una conversación sin que ella la oyera.

—Se lo veía muy encariñado contigo, Kaeso.

Poticio sonrió.

—Entiendo que le gustases a mi padre. Seguramente le recordabas al primo Marco.

—¿Eh?

—Sí, el parecido es sorprendente. Y mi padre era muy sentimental. Y... no le gustaba aprovecharse de la gente. No... —Poticio bajó la vista—. ¿Por casualidad te pidió dinero? Me temo que mi padre tenía la mala costumbre de pedir préstamos, incluso a gente que apenas conocía.

—¡Por supuesto que no!

Poticio suspiró.

—Tenía que preguntártelo, de todos modos. Estoy aún realizando el seguimiento de sus deudas pendientes. Sigue siendo un misterio dónde consiguió esa bolsa de monedas.

Kaeso asintió, con un ademán de comprensión. Era evidente que el joven Tito Poticio no sabía nada de los planes de extorsión que tenía su padre. Pero aun así, la preocupación de aquel hombre por la bolsa de monedas y su comentario sobre el parecido de Kaeso con un pariente le hacían sentirse incómodo.

Kaeso respiró hondo. El aleteo que sentía en el pecho había menguado. Igual que le había sucedido horas antes de la boda, acababa de tomar una decisión y con ella había llegado una sensación de paz.

Miró seriamente a Poticio.

—Igual que mi querido amigo Apio Claudio, me siento conmovido por la situación complicada de la familia. Que una de las familias más antiguas de Roma haya menguado de tal manera y caído en este estado de pobreza tendría que ser causa de preocupación para todos los patricios de la ciudad. Los componentes de las familias antiguas nos peleamos demasiado entre nosotros, cuando lo que deberíamos hacer es cuidarnos. Yo no soy más que un joven, y tengo poca influencia...

—Te infravaloras, Kaeso. Te haces escuchar tanto por Quinto Fabio como por Apio Claudio. Es algo que no pueden decir muchos hombres en Roma.

—Supongo que es verdad. Y me gustaría hacer lo posible para socorrer a los Poticio.

—Te estaría muy agradecido por cualquier ayuda que pudieras darnos. —Poticio suspiró—. ¡Los deberes del paterfamilias pesan mucho!

—A lo mejor puedo ayudarte a aligerar esa carga, aunque sea sólo un poco. Siguiendo mi recomendación, mi primo Quinto podría garantizar puestos a algunos de tus parientes, y lo mismo podría hacer el censor. Tendríamos que volver a reunirnos, Tito, y compartir una buena comida y vino.

—Sería un honor —dijo Poticio—. Mi casa no es muy adecuada para recibirte, pero si tú y tu esposa aceptarais una invitación para venir a cenar...

Y de este modo Kaeso empezó a frecuentar aquella casa y a ganarse la confianza del nuevo paterfamilias de los Poticio.

311 A.C.

La nueva fuente situada al final del acueducto no era simplemente la fuente más grande de toda Roma, sino una obra de arte espléndida. El estanque elevado y poco profundo donde caería el agua era un círculo de quince pies de diámetro. En el centro, y a partir de la boca de tres duendecillos del río magníficamente esculpidos en piedra, el agua caería continuamente en el estanque.

Los ciudadanos más distinguidos de Roma se habían reunido con motivo de la inauguración de la fuente. Destacaba entre ellos Apio Claudio, que lucía una amplia sonrisa e iba vestido con su túnica púrpura de censor deslumbrante. Quinto Fabio estaba también presente, frunciendo el ceño como siempre. Había accedido a acudir a regañadientes, y Kaeso se sentía obligado a permanecer a su lado.

Se habían tenido en cuenta los auspicios: el augur había avistado varias aves de río sobrevolando el Tíber, una señal segura del favor de los dioses. Mientras los ingenieros se preparaban para abrir las válvulas, se produjo un momento de calma en las fiestas. Quinto empezó a refunfuñar.

—Así que ésta es la excusa de tu amigo Claudio para continuar como censor, mucho después de haber superado el periodo legal... ¡una fuente!

Kaeso frunció los labios.

—Claudio argumenta que su trabajo en el acueducto y la calzada es demasiado importante para verse interrumpido. Pidió continuar como censor. Y el Senado estuvo de acuerdo.

—¡Sólo porque Claudio ha llenado el Senado con sus acólitos! Es tan retorcido y cabezota como sus antecesores, e igual de peligroso. Con sus fines egoístas, ha provocado una crisis política en la ciudad. —Quinto movió la cabeza—. Estos supuestos proyectos grandiosos no son más de una diversión y, mientras, él sigue presionando para la puesta en marcha de sus planes radicales de votación. No descansará hasta que haya convertido la República romana en una democracia griega gobernada por un demagogo como él... un desastre que nunca sucederá mientras quede aliento en mi cuerpo.

—¡Por favor, primo! Estamos aquí para celebrar una gesta de la ingeniería romana, no para hablar de política. El acueducto es algo de lo que todos podemos sentirnos orgullosos.

Quinto gruñó a modo de respuesta. De pronto, su gesto se suavizó.

—¿Cómo está el pequeño?

Kaeso sonrió. Galeria se había quedado embarazada poco después de su boda y acababa de dar a luz un hijo. Kaeso sabía que Quinto se sentiría satisfecho, pero le había sorprendido el entusiasmo con que su primo mimaba al bebé.

—El pequeño Kaeso tiene buena salud. Le encanta el sonajero de calabaza que le regalaste, y todos los demás juguetes.

Quinto movió afirmativamente la cabeza.

—¡Bien! Ese pequeño es muy brillante y despierto. Con los pulmones que tiene, será un potente orador algún día.

—La verdad es que se hace oír —dijo Kaeso.

Claudio ascendió a la tribuna y levantó los brazos para acallar al gentío.

—¡Ciudadanos! Estamos casi listos para llenar la fuente. Pero primero, si me lo permitís, me

gustaría decir algunas palabras sobre cómo se ha conseguido esta maravillosa obra de ingeniería. —Inició el discurso destacando la importancia del agua para el crecimiento de la ciudad, recordó la idea que le había inspirado para iniciar la planificación del acueducto y explicó unas cuantas anécdotas sobre la construcción. El discurso, recitado de memoria, estaba lleno de inteligentes juegos de palabras y giros. Incluso Quinto gruñó y se rió sin querer ante algunas de sus ocurrencias.

—Hay muchos, muchísimos hombres, a quienes debemos dar las gracias por su contribución a esta gran empresa —dijo Claudio—. Para no olvidarme de ninguno de ellos, he escrito sus nombres. —Claudio inició la lectura. Y Kaeso se sintió elogiado al oír el suyo al principio de la larga lista.

Mientras Quinto seguía leyendo, Quinto le susurró a Kaeso.

—¿Por qué entorna los ojos de esta manera?

Kaeso puso mala cara. Quinto acababa de tocar un tema que cada día le preocupaba más: la vista del censor. De repente, la visión de Claudio había empezado a empeorar, hasta tal punto que prácticamente tenía que pegar la nariz a sus amados pergaminos griegos para poder leerlos. La lista que estaba leyendo ahora estaba escrita con letras grandes, y aun así tenía que entrecerrar los ojos para descifrar los nombres.

Quinto vio la preocupación reflejada en el rostro de Kaeso.

—¿Es cierto el rumor, entonces? ¿Se está quedando ciego Apio Claudio?

—¡Por supuesto que no! —dijo Kaeso—. Simplemente, ha forzado mucho la vista trabajando.

Quinto levantó una ceja.

—Sabes lo que dice la gente, ¿verdad?

—¡La gente está loca! —susurró Kaeso. Había oído el malicioso rumor iniciado por los enemigos de Claudio. Decían que el censor, que tanto amaba los placeres de la lectura y la escritura, estaba siendo castigado por los dioses con la ceguera por haber permitido la transferencia de los deberes religiosos en el Ara Máxima de la familia de los Poticio a los esclavos del templo—. Independientemente de lo que puedas opinar de su política, Apio Claudio es un hombre religioso que honra a los dioses. Si le falla la vista, no es porque los dioses quieran castigarlo.

—Pero aun así, los dioses sí han castigado a esos otros desagradables amigos tuyos, los Poticio, ¿verdad? ¡Y de la forma más severa!

Kaeso cogió aire, pero no respondió. La relación que había mantenido con los Poticio a lo largo del último año había sido por su propio interés, para borrar por completo sus orígenes secretos y salvaguardar el futuro de su descendencia. ¿Pero habrían los dioses tenido algo que ver, convirtiéndolo en el instrumento de su ira contra una familia descreída en el momento justo para ser destruida?

—¿Dudas que el terrible fin de los Poticio no haya sido resultado del juicio divino? —presionó Quinto—. ¿Qué otra explicación podría haber para una sucesión de muertes tan extraordinaria? En cuestión de meses, todos lo hombres de la familia han enfermado y muerto. No queda ni un solo Poticio que pueda continuar su nombre. ¡Una de las familias más antiguas de Roma se ha extinguido!

—Algunos dicen que murieron de la peste —dijo Kaeso.

—¿Una peste que ataca únicamente a una familia, y sólo a los hombres?

—Eso era lo que los Poticio creían.

—Sí, y en su desesperación convencieron al Senado para que nombrara a un dictador especial que clavara un clavo en la tablilla de madera del santuario de Minerva, para alejar la peste. No sirvió de nada. Al menos tuvieron el consuelo de un amigo incansable... tú, Kaeso. Otros volvieron la espalda a los Poticio, temerosos de contagiarse de su mala suerte. Pero tú, un amigo reciente, permaneciste fiel a ellos hasta el final. Nunca dejaste de visitar a los enfermos y de consolar a los supervivientes. —Quinto asintió con sabiduría—. En una ocasión, hace mucho tiempo, los Fabio estuvimos a punto de extinguirnos, como tú bien sabes. Pero fue de manera honorable, en la batalla, y los dioses consideraron adecuado salvar a uno de nuestro linaje para continuar la descendencia. La historia hablará de forma muy distinta sobre el destino de los desgraciados Poticio. ¡Enorgullécete del nombre que has transmitido a tu hijo, Kaeso!

—El nombre es para mí más importante que la vida, primo. Apio Claudio acabó de leer la lista.

Entre aplausos, levantó la mano para ordenar la apertura de las válvulas.

—¡Que el agua fluya hacia el acueducto!

Una fuerte ráfaga de aire salió en primer lugar de las bocas de los tres duendecillos del río, como si gimieran. El sonido gorjeante le recordó a Kaeso el de los espasmos nerviosos de sus víctimas.

¡Qué enorme cantidad de ingenio, inteligencia y trabajo duro había sido necesaria para ganarse la confianza de los Poticio y asegurarse de que nunca sospecharan de él! Había aprendido de Apio Claudio las artes de la seducción; de su primo Quinto, todo lo que sabía sobre venenos. Una vez iniciada, su cruzada para erradicar a los Poticio se había tornado absorbente. Cada nuevo éxito era más estimulante que el anterior. Kaeso casi sentía haber perdido a la última de sus víctimas, pero cuando todo hubo acabado, sintió una sensación de alivio indescriptible. Su secreto estaba a salvo. Nadie podría nunca explicarle al hijo de Kaeso la vergonzosa verdad sobre sus orígenes.

El rugido de los duendecillos del río se hizo más potente. El ruido era tan misterioso que la multitud se apartó casi gritando. Entonces el agua empezó a salir disparada por las tres bocas a la vez. Era una visión espectacular. Lanzando espuma y salpicando, los torrentes de agua empezaron a llenar el estanque.

Claudio gritó por encima del rugido de la fuente.

—¡Os doy agua, ciudadanos! ¡Agua pura y fresca directa de los manantiales de Gabii!

El gentío irrumpió en un clamoroso aplauso.

—¡Ave Apio Claudio! —gritaron los hombres—. ¡Ave al constructor del acueducto!

279 A. C.

Frente al Senado, el anciano Apio Claudio, conocido ahora como Apio Claudio *Caecus* («el Ciego»), estaba dando el mayor discurso de su vida. Más de doscientos años después, el orador Cicerón consideraría este discurso como uno de los ejercicios más sublimes de la lengua latina, y Apio Claudio el Ciego sería reverenciado como el padre de la prosa romana.

La ocasión era un debate sobre la resistencia de Roma frente al aventurero rey griego Pirro, la mayor amenaza a la que se enfrentaban los romanos desde los galos. Igual que cincuenta años atrás su pariente, Alejandro Magno, conquistó Oriente a la velocidad del rayo, Pirro se creía capaz de invadir Italia y subyugar rápidamente a sus «bárbaros», un término griego con el que se calificaba a cualquiera que no hablara griego.

Hasta el momento, los romanos habían frustrado los planes de Pirro. El invasor seguía ganando batallas, pero eran triunfos costosos que alargaban sus líneas de suministro, debilitaban la moral de sus sobrecargados oficiales y menguaban sus cifras de combatientes.

—No habrá muchas más «victorias pírricas» —declaró Apio Claudio el Ciego—, ¡y el rey Pirro descubrirá muy pronto, para su consternación, que ha ganado ya demasiadas batallas! —La cámara retumbó con las risas. El infatigable ingenio y el inagotable optimismo del senador ciego eran tremendamente apreciados en contraste con los sombríos debates de los últimos años.

»Algunos abogáis por la paz con Pirro —dijo Claudio—. Queréis acabar con este baño de sangre romana y de sangre de nuestros aliados y súbditos. Estáis dispuestos a ofrecer concesiones. Permitiríais que Pirro consiguiera el punto de apoyo permanente que busca en suelo italiano, esperando que se contentara con un pequeño reino aquí y abandonara su sueño de un imperio occidental que rivalizara con el imperio oriental de Alejandro. ¡Os lo digo, Pirro nunca se conformará con eso! Nunca dejará de tramar para robárnoslo todo. No quedará satisfecho hasta que nos haya convertido en sus esclavos.

»Todos sabéis que soy un hombre que cultiva el aprendizaje del griego y las bellezas de la literatura y el arte griegos. ¡Pero nunca habrá un griego que gobierne sobre mí y nunca obedeceré una ley que no esté cincelada en latín! El futuro de Italia nos pertenece... al pueblo y al Senado de Roma. No pertenece a ningún griego, ni a ningún rey. Tenemos que continuar la lucha contra Pirro, cueste lo que cueste, hasta que lo expulsemos por completo de Italia. ¡Cuando el último navío

griego parta con los últimos vestigios de su agotado ejército, Italia será nuestra y Roma quedará libre para cumplir con el destino que los dioses han decretado para nosotros!

Una mayoría de los senadores se puso en pie para aplaudir y gritar elogios. Viendo que Claudio se había llevado el gato al agua aquel día, los que habían defendido apaciguar a Pirro tuvieron que unirse a regañadientes a la ovación. La guerra contra Pirro continuaría.

Abandonando el Senado, acompañado por un esclavo que le guiaba para bajar las escaleras, Claudio empezó a pensar ya en su siguiente discurso. Incapaz de leer o escribir, se había acostumbrado a componer y memorizar largos párrafos. El tema sería la relación de Roma con Cartago, el gran puerto marítimo de la costa de África fundado por los fenicios en la misma época en que Rómulo fundó la ciudad, cuya prominencia era equiparable a la de Roma en muchos sentidos. El Senado acababa de firmar un tratado de amistad con Cartago pues la incursión de Pirro en su mutua esfera de intereses había convertido en aliados a Cartago y Roma... pero ¿por cuánto tiempo? En cuanto Pirro fuera expulsado, Claudio creía que la rivalidad entre Roma y Cartago por la dominación de Sicilia, el sur de Italia y las vías marítimas del Mediterráneo occidental saltaría a primera plana.

—Naturalmente, una vez más, esos tontos de los Fabio no ven lo evidente —murmuró para sus adentros—. Piensan aún que Roma debería expandirse hacia el norte de los Alpes y seguir una política de moderación hacia Cartago. Pero nuestro destino está en el sur y en las vías marítimas. ¡El enfrentamiento con Cartago es inevitable!

El esclavo guardó silencio. Estaba acostumbrado a oír a su amo hablar solo. A veces, Claudio mantenía elaboradas discusiones consigo mismo que se prolongaban durante horas, cambiando de voz a la vez que alternaba puntos de vista.

Ahora, en el crepúsculo de su vida, frágil y casi ciego, un hombre inferior a Claudio habría sucumbido a la amargura. Sus intentos de reforma radical habían fracasado; unos años después de dejar el cargo de censor, Quinto Fabio había pasado a controlar aquel despacho y había deshecho de manera implacable prácticamente todas las promulgaciones populistas de Claudio. Quinto Fabio fue elegido cónsul repetidamente y sus seguidores pasaron a apodarlo Máximo. ¡Apio Claudio se convirtió en el Ciego, mientras que Quinto Fabio se convertía en el Mayor! Claudio se había visto obligado a reconocer que el verdadero gobierno popular jamás echaría raíces en Roma. Pero sus monumentos urbanísticos resistirían. El Acueducto Apio siguió siendo una maravilla de la ingeniería, y un nuevo tramo de la Vía Apia se pavimentaría con piedra y duraría siglos. Después de toda una vida de victorias y derrotas, Apio Claudio el Ciego sentía más pasión que nunca por el destino de Roma.

Atravesando el Foro, sujeto del brazo de su guía, Claudio oyó una voz que lo llamaba.

—¡Senador! ¿Podría hablar un momento contigo?

Claudio se detuvo en seco, casi seguro de haber reconocido la voz... ¡pero era imposible! Esa voz, tan estimada en su recuerdo, pertenecía a su antiguo protegido, Kaeso Fabio Dorso. Pero Kaeso ya no estaba entre los mortales. Había muerto muchos meses atrás en una batalla contra Pirro. Pese a que se habían ido distanciando con los años, Claudio había seguido a distancia la carrera de Kaeso. Su interés juvenil por la construcción había sido eclipsado por su excelencia militar; como un buen Fabio, Kaeso había nacido para convertirse en guerrero. Claudio lo sintió mucho cuando se enteró de su muerte. Oír su voz le devolvía una riada de recuerdos.

Claudio agarró con fuerza el brazo de su guía.

—¿Quién me habla? ¿Qué ves, esclavo? ¿Se trata de un hombre, o sólo de la sombra de un hombre?

—Te lo aseguro, senador, no soy una sombra —dijo la voz que tan familiar le sonaba—. Mi nombre es Kaeso Fabio Dorso.

—¡Ah! Debes de ser el hijo de mi viejo amigo.

—¿Te acuerdas, entonces, de mi padre?

—Por supuesto que sí. Te doy mis condolencias por su fallecimiento.

—Murió de forma honorable, luchando por Roma. Yo también combatí en esa batalla, bajo su mando. Lo vi caer. Después me ocupé de su cuerpo.

—Puedes sentirte muy orgulloso de él.

—Lo estoy. Era un guerrero que no conocía el miedo. Dicen que en esa campaña mató más hombres que cualquier otro soldado de la legión. Mi padre disfrutaba dando muerte a los invasores.

—La sed de sangre tiene su razón de ser en el campo de batalla —declaró Claudio—. El placer que sentía tu padre matando tuvo consecuencias para la gloria de Roma y el honor de nuestros dioses.

Kaeso se llevó la mano al talismán que llevaba colgado al cuello, el *fascinum* de oro que había retirado del cadáver de su padre en el campo de batalla. El amuleto no había protegido a su portador contra la lanza que lo había matado, pero seguía siendo de todos modos una herencia de familia que apreciaba mucho. Kaeso lo llevaba en memoria de su padre.

—Dime, Kaeso, ¿cuántos años tienes?

—Treinta y dos.

—¿Y tu padre, cuando murió?

—Tenía cincuenta.

—¿Es posible que hayan pasado tantos años con esta rapidez? —Claudio agitó la cabeza—. ¿Pero qué es eso, joven? ¿Te oigo llorar?

—Sólo un poco. Me siento muy honrado, señor, al oír a mi padre elogiado por un hombre tan renombrado por sus nobles discursos.

—¿Sí? —Claudio estaba resplandeciente.

El esclavo miró a Kaeso con recelo y le habló a Claudio al oído.

—¡Amo! Este hombre es un Fabio.

—Claro que lo es. Pero su padre era distinto a todos ellos. A lo mejor el hijo ha salido al padre. Me parece muy respetuoso.

—Te lo aseguro, senador. Tengo en muy alta estima tus logros. Por esa razón te he abordado hoy. Esperaba que atendieses mi solicitud.

—Tal vez, joven, aunque estoy muy ocupado. Habla.

—Mi padre siempre citaba tus aforismos. A veces, uno tenía la impresión de que la mitad de sus frases empezaban con «Tal y como Apio Claudio tan sabiamente lo expresó...». Esperaba, en honor a mi padre, que pudieras ayudarme a llevar a cabo una recopilación de tus sentencias. Muchas las conozco de memoria, naturalmente, pero no me gustaría equivocarme ni en una sola palabra, y puede que haya algunas que haya olvidado, y otras que ni siquiera he oído. Estaba pensando que podrías dictármelas, yo escribirlas y luego agruparlos por temas. Podríamos incluso intentar una traducción del latín al griego.

—¿Sabes griego?

—Lo bastante como para haber hecho de traductor para mi padre de los mensajes que interceptábamos a los emisarios de Pirro.

—¡El hijo de Kaeso no sólo tiene una inclinación literaria, sino que además domina el griego! La verdad es que cada generación mejora respecto a la anterior.

—No creo que llegue a ser nunca el matador que fue mi padre —dijo humildemente Kaeso.

—Ven, pasea conmigo. Hace un buen día y tengo que hacer ejercicio. Subiremos andando al Capitolio y me describirás la nueva ornamentación que, por desgracia, no puedo ver debido a mi mala vista.

Recorrieron sin prisas el serpenteante camino hasta la cima, donde en los últimos años la ciudad había dado rienda suelta a su fervor por las grandiosas obras públicas. La árida colina donde en su día Rómulo había instalado su refugio para indigentes se había convertido en un lugar lleno de fastuosos templos y majestuosas estatuas de bronce.

—Esa nueva estatua de Hércules —dijo Claudio—, ¿es tan impresionante como dicen? No la he tocado, pero es tan grande que sólo alcanzaría a enlazar los tobillos con los brazos.

La estatua no le parecía nueva a Kaeso, de hecho llevaba instalada allí desde que era niño, pero a lo mejor el viejo Claudio medía el tiempo de otra manera.

—Bien, claro está, mi familia desciende de Hércules...

—¡Ah! Vosotros los Fabio nunca desperdiciáis una oportunidad de recordarnos esa

reivindicación.

—Por eso tiendo a impulsar la ejecución de cualquier imagen del dios, y cuanto más grande, mejor. De hecho, el trabajo en bronce es bastante bueno. Hércules va vestido con la piel del león de Nemea y lleva un bastón. Su expresión es feroz. Si algún día los galos se atrevieran a volver, creo que sólo con ver esta imagen se espantarían y huirían Capitolio abajo a todo correr.

—¿Cómo la compararías con la estatua colosal de Júpiter que hay junto al templo?

—Oh, la de Júpiter es mucho más alta que la de Hércules, como imagino que todo padre tendría que ser. ¡La gente la ve desde el Monte Albano, a diez millas de distancia por la Vía Apia!

—¿Conoces la historia de la creación de esa estatua?

—Sí. Después de que Espurio Carvilio aplastase a los samnitas, fundió todas sus corazas, espinilleras y cascos para fabricar la estatua. El enorme tamaño del dios representa, literalmente, la magnitud de nuestra victoria sobre nuestro viejo enemigo. Con las limaduras de bronce que quedaron, el cónsul hizo fabricar la estatua a tamaño natural que le representa y se encuentra a los pies de la de Júpiter.

—No es necesario que me la describas. ¡Recuerdo bastante bien lo feo que es Carvilio! Y sobre el templo de Júpiter, ¿es tan magnífica como dicen esa cuadriga? Ya sabes que la anterior estaba hecha de terracota, un material muy maleable pero delicado. La reparaban de vez en cuando, pero había partes que eran tan antiguas como el templo, y seguramente hechas por la mano del mismo Vulca. Pero la terracota estaba tan deteriorada que la han sustituido por un duplicado exacto hecho completamente en bronce.

—Recuerdo el original de terracota —dijo Kaeso—. Créeme, la de bronce es mucho más impresionante. Los detalles de la cara de Júpiter, los orificios nasales de los corceles dilatados, la decoración del carruaje... es magnífica.

—¡Ay, ojalá tuviese aún ojos para ver! La cuadriga de bronce fue subvencionada por mis queridos amigos Cneo y Quinto Ogulnio, ya sabes. Me anima ver una joven generación tomando el relevo del estandarte populista. Durante el año en que ambos hermanos Ogulnio ocuparon el cargo de edil curul, llevaron a juicio a la peor calaña de prestamistas enriquecidos y los condenaron. Con las propiedades confiscadas, los Ogulnio pagaron esa nueva cuadriga de bronce. Costearon también la nueva estatua de Rómulo y Remo que hay en el Palatino y que se ha convertido en una especie de santuario para el vulgo de la ciudad.

—¿Sabes? Aún no la he visto.

—¿De verdad? Tampoco yo, aunque mi excusa es la ceguera. ¡Cómo debe detestar tu primo Quinto a los Ogulnio y su política!

Descendieron el Capitolio, atravesaron el Foro y subieron la Escalera de Caco. El esclavo apenas tuvo que ayudar a Claudio, que conocía el camino de memoria. A los pies de la higuera, no muy lejos de la Cabaña de Rómulo, se había erigido sobre un pedestal una estatua de los gemelos. No era colosal en tamaño, pero la imagen resultaba espectacular: debajo de una loba en pie, dos bebés desnudos, en cuclillas, levantaban la cara para poder mamar del animal.

—Y bien, ¿qué opinas, joven?

—Es excelente. Muy expresiva. Muy bella.

—¿Crees que el fundador de la ciudad y su desgraciado hermano fueron criados literalmente por una loba?

—Eso cuenta la leyenda.

—¿Y nunca te cuestionas las leyendas? Hay quien cree que lo de la loba es una metáfora, o quizá una interpretación excesivamente literal de un relato transmitido de boca en boca. Al fin y al cabo, esa palabra puede hacer referencia también a la mujer en su acepción de loba, es decir, prostituta. ¿No crees más probable que los gemelos fueran criados por una mujer de ese tipo, antes que por un animal salvaje?

Claudio no podía ver la expresión del joven, pero por el silencio que siguió a sus palabras diría que Kaeso estaba desconcertado. Claudio se rió con ganas.

—Perdona mi franqueza. ¡Evidentemente, son ideas que no se mencionan en la prudente familia de los Fabio!

—Tienes ideas que... que son novedosas para mí —admitió Kaeso—. Mi padre decía que solías desafiar sus planteamientos, pero que también habías sido su inspiración. Gracias por mostrarme la estatua de los gemelos y la loba.

Claudio sonrió.

—No estamos lejos de mi casa. ¿Te gustaría ver mi biblioteca? Ha crecido bastante desde la época en que intenté enseñarle griego a tu padre. Cada mes me llegan pergaminos nuevos. No puedo leerlos personalmente, claro está. Me los tienen que leer en voz alta. Tú tienes una voz muy agradable, Kaeso.

—Senador, sería para mí un verdadero honor hacerlo. El esclavo los condujo de regreso a casa.

—Tomaremos un refresco —dijo Claudio, cruzando el vestíbulo—. Luego, podríamos ponernos a trabajar en esa colección de aforismos que propones.

Kaeso asintió, feliz, pero luego hizo una mueca.

—Había uno de tus dichos que mi padre encontraba especialmente sugerente. Algo que tenía que ver con la arquitectura y la fortuna...

—Todo hombre es el arquitecto de su propia fortuna.

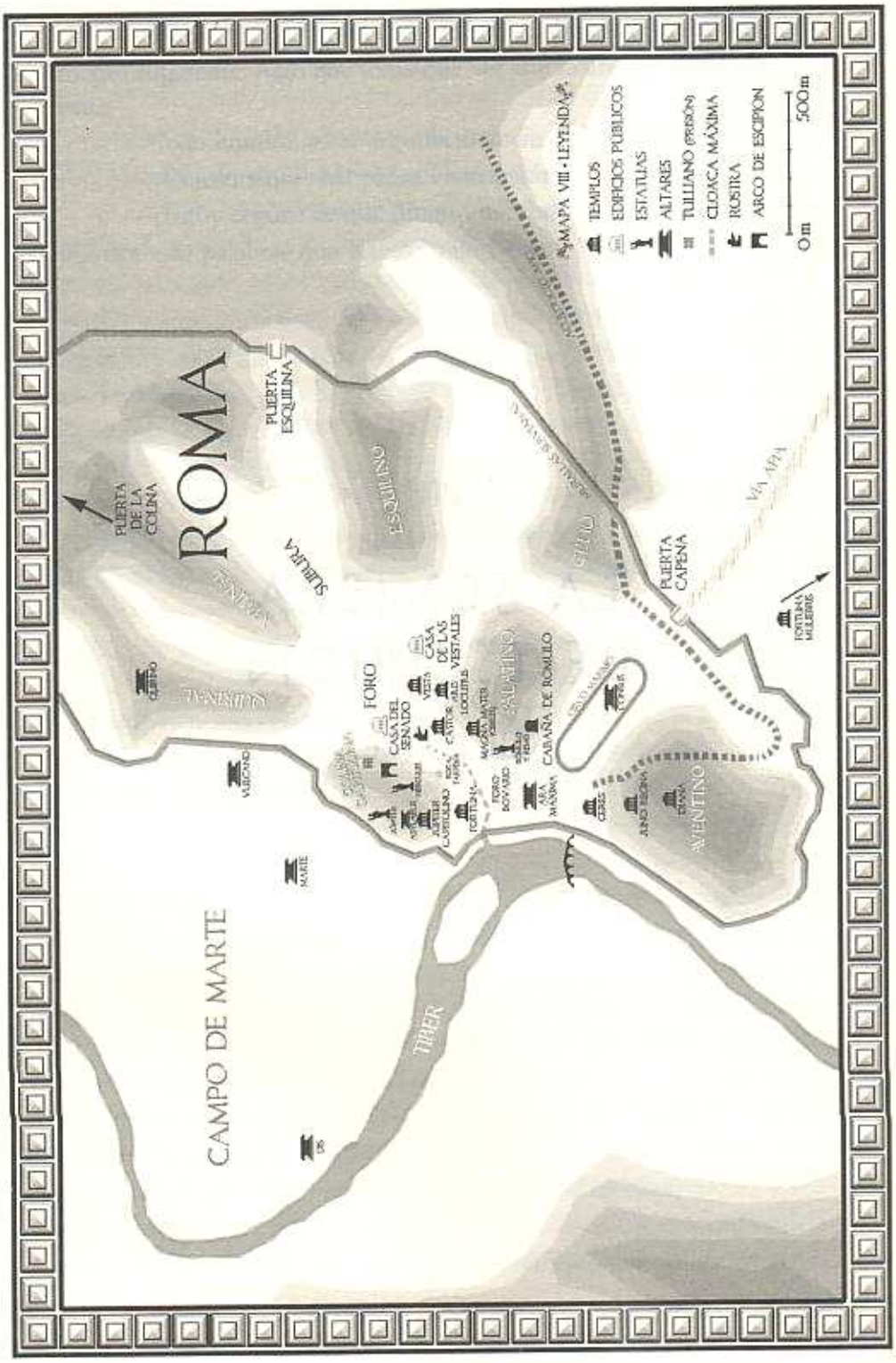
—¡Exactamente! Mi padre vivió según esas palabras.

—¡Estoy seguro de que ningún hombre puso más fielmente en práctica esas palabras que Kaeso Fabio Dorso!

VIII

LA SOMBRA DE ESCIPIÓN

216-183 a.C.



Doblegamos a esos malditos cartagineses en una ocasión. ¡Y volveremos a hacerlo! —Así habló Quinto Fabio Máximo, con una expresión tan seria que su bisabuelo, que había sido el primero en adoptar el nombre de Máximo noventa años atrás, se habría sentido tremendamente satisfecho. Sostenía una copa de vino en una mano. Con la otra daba golpecitos a su labio superior, un tic nervioso que llamaba la atención sobre su prominente verruga. Y debido a esta característica distintiva en un rostro que por lo demás era poco agraciado, sus amigos le habían puesto el sobrenombre de Verrugoso.

Desde el otro lado del comedor, el joven Kaeso miraba furtivamente a su anfitrión —un hombre que le resultaba intimidatorio—, deseoso de que sus imperfecciones físicas se hubieran limitado a un par de verrugas feas.

Kaeso tenía una de sus piernas más corta que la otra, el antebrazo torcido de una forma curiosa y no siempre podía controlar la musculatura del brazo afectado. Caminaba con una leve cojera y nunca había podido montar a caballo. Sufría también epilepsia. La cabeza le daba vueltas en los momentos más inoportunos. En el peor de los casos, perdía la conciencia por completo.

Pese a esas imperfecciones, la madre de Kaeso siempre le había asegurado que era guapo. A los veinte años de edad, Kaeso era ya lo bastante mayor como para mirarse al espejo de manera crítica y comprobar que no se trataba de lisonjas de una madre ni de ilusiones vanas, sino que era verdad. Sus ojos tenían un excepcional tono azul. Su brillante cabello era del color de la miel a la luz del sol. Su cara podría haber servido de modelo a un escultor griego. Pero ¿de qué le servía un rostro atractivo si su cuerpo de hombre no podía montar a caballo, ni correr ni luchar, tal y como los tiempos exigían? Mucho mejor tener un cuerpo fuerte y una verruga del tamaño de un guisante en el labio, como su gran y poderoso primo Máximo... que acababa de sorprender a Kaeso mirándolo y le había devuelto la mirada, frunciendo el entrecejo.

Kaeso bajó la vista y acarició nervioso el *fascinum* de oro que llevaba al cuello, una valiosa herencia de familia que se había puesto para aquella ocasión especialmente importante.

Los otros dos invitados a la cena eran de la misma edad que Kaeso. Su primo Quinto era el hijo de Máximo; Publio Cornelio Escipión era amigo de los dos. Las circunstancias eran sombrías. A la mañana siguiente, Quinto y Escipión marcharían a la guerra. ¡Cómo le habría gustado a Kaeso poder ir con ellos!

Habían pasado setenta años desde que Apio Claudio el Ciego había ofrecido en el Senado su conmovedor discurso contra el invasor griego Pirro. La retirada final de Pirro de Italia era ya un recuerdo lejano, pero todavía quedaban con vida antiguos combatientes que recordaban muy bien la guerra aún más terrible que siguió a aquélla, la guerra contra Cartago. Tal y como Apio Claudio había vaticinado, después de la derrota de Pirro, el enemigo común y rival marítimo de Roma había pasado a ser su adversario militar. Durante veinte años, en Sicilia y en África, por tierra y por mar, romanos y cartagineses habían librado una guerra sangrienta, La paz que siguió, con ventaja para Roma, había durado una generación, pero ahora las dos ciudades estaban de nuevo enfrentadas y Cartago, liderada por un general llamado Aníbal, había llevado la guerra hasta Italia.

—Cuando partáis para la batalla —dijo Máximo, dirigiéndose a su hijo y a Escipión, pero ignorando con mordacidad a Kaeso—, nunca olvidéis lo siguiente: no fue Roma quien rompió la paz. Fue ese loco maquinador de Aníbal, cuando se atrevió a atacar a nuestros aliados en Hispania. Ese hombre no tiene vergüenza, ni escrúpulos, ni honor. ¡Maldigo su ejército mestizo de libios, númidos[*], hispanos y galos! ¡Que sus elefantes se vuelvan locos y los lancen al suelo!

—¡Que así sea! —dijo Quinto, levantando la copa. Como su padre, era poco agraciado y tenía la

[*] Así en el original. La forma correcta del gentilicio es "númidas", en latín *numidae, -arum* [Nota del escaneador].

misma mueca de impaciencia, una mueca que en su rostro joven parecía más bien un puchero.

Escipión levantó la copa y se sumó al brindis. Igual que Kaeso, Escipión había sido bendecido por los dioses con un atractivo sorprendente, aunque su cabello era más oscuro y sus facciones más duras. Llevaba el pelo largo y peinado hacia atrás, dejándole la cara despejada —al estilo de Alejandro, decía la gente—, y era de constitución fuerte. Como estudiante, había rápidamente igualado y luego sobrepasado la erudición de sus tutores. Como atleta, destacaba por encima de los demás. Como soldado, ya se había hecho un nombre. Era conocido por su paso seguro y rápido, por su perseverancia. Escipión dejaba impresionado a cualquiera que lo conocía.

Kaeso levantó tardíamente su copa. Sólo Escipión se percató aparentemente de su acción, pues ladeó su copa en dirección a la de Kaeso y le regaló una sonrisa.

—Como bien dices, Máximo, los cartagineses se equivocan —dijo Escipión. Su voz profunda era potente pero suave. La gente solía comentar que cuando tuviera edad suficiente para ocupar un cargo, sería un buen orador—. Pero seguramente te equivocas tú cuando dices que Aníbal está loco. Obsesionado, quizá; todos conocemos la historia de cómo su padre, amargado por su humillación y por las concesiones hechas por Cartago después de la última guerra, hizo jurar a Aníbal, siendo un niño, su odio eterno hacia Roma y todo lo romano. Es evidente que Aníbal se tomó muy en serio su juramento. ¡Nadie puede acusarle de eludir su deber filial! Rompió deliberadamente la tregua al atacar a nuestros aliados en Hispania. Después, dicen, tuvo un sueño sobre el futuro: un dios lo colocaba sobre el lomo de una serpiente gigante y cabalgaba por toda la tierra sobre esa serpiente, arrancando árboles de raíz y rocas y sembrando la destrucción. Aníbal interpretó su sueño como que estaba destinado a devastar toda Italia.

—Y así se lo dijo a sus soldados. —Quinto soltó una risotada burlona—. Seguramente se inventó ese sueño para incitarlos.

—Sea verdad o mentira, partió de Hispania y atravesó la costa sur de la Galia. Todo el mundo decía que los Alpes lo mantendrían alejado de Italia; nadie pensaba que podría atravesar las montañas con su ejército y sus elefantes. ¡Pero encontró un paso y nos ha barrido como una tormenta de fuego! Hemos sufrido derrota tras derrota. Yo estuve con mi padre en el río Ticino, en las primeras batallas de la guerra, aquel día en el que todo nos salió tan mal...

—No seas modesto, Escipión —dijo Quinto—. Tú salvaste la vida de tu padre cuando resultó herido en el campo de batalla, y todo el mundo lo sabe.

—Hice lo que cualquier hijo habría hecho. —Si Escipión minimizaba su valentía, restaba importancia también a las repetidas derrotas que los romanos habían sufrido de manos de Aníbal.

En sus devastadoras incursiones por la península italiana, Aníbal había adquirido reputación de poseer un ingenio y una resistencia casi sobrehumanos. Se había mostrado como un maestro del disfraz, escapando a confabulaciones de asesinato con pelucas y disfraces. Se había recuperado de heridas terribles, incluyendo la pérdida de un ojo. Había concebido y ejecutado estratagemas audaces. Una noche oscura, había sembrado la confusión en un ejército romano prendiendo antorchas a los cuernos de un rebaño de ganado que en su pánico creó la ilusión de un ejército gigantesco corriendo en todas direcciones por una montaña que, en realidad, estaba desierta. A pesar de que su odio implacable y su fama de invencible inspiraban miedo y resentimiento, Aníbal se había ganado la admiración, aun a regañadientes, de muchos romanos, y Escipión hablaba de él con cierto respeto.

—Ese Caco tuerto y sus mercenarios mestizos han llegado hasta el mismo corazón de Italia —dijo Quinto—. Se pasean y saquean a voluntad, y están acabando uno a uno con nuestros aliados. Pero por poco tiempo más, ¿Verdad, Escipión?

—Tienes razón, Quinto. ¡Mañana partiremos para dar caza a Aníbal y acabar con él, de una vez por todas!

Máximo refunfuñó.

—Ya conocéis mi opinión al respecto —dijo en tono grave.

El año anterior, Máximo había sido nombrado dictador con poderes extraordinarios. Mientras que sus colegas del Senado clamaban por otra confrontación con los invasores, Fabio había practicado una guerra en la sombra, acosando y hostigando al ejército de Aníbal pero evitando la

batalla directa. Su consejo había sido, y seguía siendo, precaución y paciencia. Mientras los romanos seguían combatiendo contra los cartagineses en otros terrenos —en el mar, en Hispania y en Sicilia—, en Italia, creía, tenían que evitar batallas campales contra Aníbal, cuyos violentos elefantes y caballería númida habían demostrado ser invencibles hasta el momento. Los romanos tenían que mantenerse a la espera y dejar que hicieran mella los problemas logísticos que suponían el sustento y encontrar refugio en invierno para cincuenta mil mercenarios y diez mil caballos. Pero todo el mundo había ridiculizado y se había mofado de las tácticas de Máximo. Sus enemigos lo llamaban Cunctator, «el que se retrasa», y se había convertido en el hombre más impopular de Roma.

Ahora, el momento de gloria era para el recién elegido cónsul Cayo Terencio Varrón, un incendiario populista decidido a entrar en batalla contra Aníbal. Él y el cónsul que lo acompañaba en el gobierno, Lucio Emilio Paulo, partirían a la mañana siguiente al frente del mayor ejército jamás reunido en Roma, más de ochenta mil hombres. El plan era sencillamente superar a Aníbal en número. Pese a las objeciones que su padre tenía respecto a la campaña, Quinto ocuparía el puesto de tribuno militar, igual que Escipión.

Kaeso miró a los otros dos jóvenes sintiéndose tremendamente consciente de sus limitaciones físicas. Por suerte para él, sus imperfecciones no se hicieron aparentes en el momento de su nacimiento, pues de lo contrario habría sido expuesto a los elementos poco después de salir del vientre materno; antes de tenerlo a él, su madre había dado a luz a dos -hijos con defectos físicos tan acusados que habían sido eliminados a petición del padre de Kaeso. Después de Kaeso, su desesperada madre no había tenido más hijos. Cuando su padre murió en la batalla de Ticino, Kaeso se convirtió en el paterfamilias de esa pequeña estirpe de los Fabio. Pero su libertad y su posición le servían de bien poco; incapaz de completar los diez años de servicio militar indispensables, Kaeso nunca podría presentarse a ningún cargo público y, por lo tanto, nunca podría competir en la carrera política, la serie de puestos que conducía hasta el Senado y las más elevadas magistraturas.

Kaeso miró a su amigo Escipión, dividido en emociones enfrentadas. ¡Cuánto admiraba a Escipión! ¡Cuánto lo envidiaba! La incondicional amistad que mantenía con él le hacía sentirse especial, pero, siempre que se comparaba con su ídolo, lo único que sentía era desprecio hacia sí mismo. Escipión era todo lo que Kaeso no era.

—¿Añadimos la sordera a tu lista de defectos, joven? —espetó Máximo. A Kaeso, le despertaron de este modo grosero de sus elucubraciones y se quedó mirando a su primo sin saber de qué le hablaba—. Es un invitado fastidioso aquel que hace repetirse a su anfitrión. Acabo de pedirte que hagas un brindis. Dicen que eres bueno en oratoria, Kaeso, aunque en nada más. Estos dos jóvenes guerreros se merecen algunas palabras de ánimo por parte de los que no intervendrán en la batalla.

—Kaeso lleva toda la noche sin decir nada —dijo Escipión. Su cálida sonrisa y su tono amable contrastaban con la brusquedad de Máximo—. Nuestro Kaeso no es así. ¡Normalmente es de lo más divertido! Sospecho que esta noche mi querido amigo debe de estar enfrascado en pensamientos muy profundos.

—Estaba pensando... —Kaeso tosió para aclararse la garganta—. Estaba pensando que, seguramente, mi sabio primo Máximo lleva toda la razón. Por mucho que los demás digan, la estrategia adecuada para enfrentarse al taimado cartaginés es jugar a la evasión y esperarlo. Dejarlo que se agote frente a nuestros aliados. Cuanto más territorio ocupe, más tendrá que defender. Dejémosle que se desgaste en campañas por toda Italia, y que vayan menguando sus fuerzas. Dejemos que se echen a perder las cosechas, y quedémonos mirando cómo sus soldados pasan hambre. Dejemos que lleguen las tormentas de invierno y propaguen enfermedades entre sus hombres. Según te he oído declarar en más de una ocasión, primo Máximo, nuestro nuevo cónsul Varrón es un loco exaltado. No tienes pelos en la lengua, ¿verdad, primo? ¡Ni siquiera para un pobre lisiado como yo! Pero... —Kaeso cogió aire.

»Pero, si tiene que haber una batalla, y si tiene que ser pronto antes que tarde, Roma no podría contar con mejores hombres para luchar en ella que estos dos. —Levantó la copa—. ¡Si todos los hombres del ejército de Varrón y Paulo fueran como tú, Escipión, y como tú, primo Quinto, lo mejor que podrían hacer los elefantes de Aníbal es recoger sus trompas y salir en estampida de

Italia mañana mismo!

Los dos guerreros rieron y levantaron la copa.

—¡Ése es mi Kaeso! —dijo Escipión—. ¡El que me hace reír! Kaeso se deleitó con la mirada cariñosa de su amigo y olvidó sus indignos sentimientos de envidia.

Se sirvió entonces el último plato, consistente en cebollas estofadas con caldo de ternera. Quinto sugirió un brindis final, pero Máximo le pidió entonces a un esclavo que recogiera las copas.

—¡Me lo agradeceréis mañana, cuando salgáis de Roma con la cabeza despejada sobre los hombros!

Los invitados a la cena se dirigieron al vestíbulo para marcharse. Kaeso se arrastró cojeando tras Máximo, quien pasó el brazo por encima del hombro de Quinto y le habló al oído. Kaeso no pudo evitar oír el comentario.

—Me alegro de este rato que hemos pasado juntos, hijo... aunque, en mi opinión, esto tendría que haber sido una fiesta sólo para combatientes. Nunca habría invitado al primo Kaeso, pero tu amigo Escipión insistió. ¡No entiendo qué le ve a ese chico!

Quinto se encogió de hombros.

—Escipión dice que en la vida hay más cosas además de la guerra y la política. Él y Kaeso tienen intereses comunes. A los dos les encantan los libros y la poesía.

—Incluso así...

Una mano en el hombro reclamó entonces la atención de Kaeso.

—Me parece que esta noche has bebido demasiado vino —dijo Escipión—. Se te ve sofocado.

De pronto, Kaeso buscó en el interior de su túnica y extrajo un pedazo de pergamino fuertemente enrollado. Se lo entregó a Escipión.

—¿Qué es esto?

—Un regalo de despedida —dijo Kaeso—. No, no lo desenrolles ahora. Léelo después.

—¿Qué es?

—Le encargué un poema a Ennio. Sé que es tu favorito.

—¿Escrito especialmente para la ocasión? ¿Por qué no lo leíste en voz alta durante la cena? Podría haberle añadido algo de brillo a la velada.

Kaeso se puso aún más colorado. El poema no era algo que quisiese compartir ante la mirada ceñuda de Máximo.

—Ennio es un hombre de batalla, como tú. El poema es una llamada a las armas. Impresionante, te lo aseguro. Nadie lo hace mejor que Ennio.

—Un día de éstos se hará tan famoso como Homero, recuerda lo que te digo —dijo Escipión.

Kaeso se encogió de hombros.

—Quizá demasiado grandilocuente para mi gusto, pero sé lo mucho que te gusta su poesía. Léelo antes de la batalla, para intensificar tu coraje. O después de la batalla, para festejar el resultado.

—Suponiendo que sobreviva a la batalla —dijo Escipión.

Kaeso sintió un escalofrío.

—No digas eso, Escipión.

—En los días venideros, sea cual sea el resultado de la batalla, morirán grandes hombres. Yo podría ser uno de ellos.

—¡No! Los dioses te protegerán.

Escipión sonrió.

—Gracias por tu bendición, Kaeso. Y gracias por el poema.

Después de salir de la casa de Máximo, Escipión y Quinto marcharon en una dirección y Kaeso en otra.

La noche de verano era cálida. Había luna llena. Kaeso observó abatido su sombra, una figura tullida caminando por las calles silenciosas y oscuras del Palatino. La animosidad de Máximo y la

mención a la muerte de Escipión lo habían dejado en un estado melancólico y ansioso, pero conocía un lugar donde podría respirar libremente y relajarse, aun a esas horas de la noche.

Kaeso llegó a los pies del Palatino y atravesó el Foro. Dejando atrás el barrio de templos y espacios públicos, se adentró en una parte mucho más humilde de la ciudad. Las estrechas y serpenteantes calles del barrio de la Suburra ofrecían distracciones de todo tipo, sobre todo al caer la noche. Y en esta última, antes de su partida a la guerra, los soldados atiborraban las tabernas, los locales de juego y los burdeles. En las proximidades se oían los ecos de una reyerta y de otro lugar llegaban voces de borrachos entonando una vieja marcha militar. La zona apestaba a vino, orines y vómitos. Se abrieron entonces los postigos de una ventana de un piso alto. La luz de la luna reveló la figura de una prostituta sonriente vestida con una exigua túnica. Miró a Kaeso y lo llamó descaradamente con señas. Kaeso fijó la vista al frente y aceleró el paso.

Encontró el callejón que andaba buscando. El húmedo y malsano pasaje era tan estrecho que podía tocar ambas paredes extendiendo los brazos. En los muros no había antorchas y la luz de la luna no conseguía penetrar en aquel ambiente tan lóbrego; el camino estaba muy oscuro. Kaeso llegó a su destino. Llamó a la tosca puerta.

Se abrió una mirilla. Un ojo lo observó. Kaeso pronunció su nombre. La esclava abrió la puerta enseguida.

Kaeso entró en una concurrida estancia donde el ambiente era muy distinto al estilo formal y patricio que reinaba en la casa de Máximo. En una esquina, un músico tocaba la flauta, pero la animada melodía apenas se dejaba oír por encima del barullo de las conversaciones. Una gran variedad de gente de todas las edades, algunos ricamente vestidos, otros con andrajosas túnicas, estaban sentados en sillas o sobre las alfombras del suelo; había incluso algunas mujeres.

Todos tenían una copa en la mano. El anfitrión, un hombre corpulento y con barba que rondaría la treintena, estaba a punto de servir el vino de una jarra de barro con el asa rota. Tito Marcio Plauto levantó un momento la vista, vio a Kaeso, le regaló una amplia sonrisa y se acercó a él, derramando vino sobre uno de sus invitados, un joven de aspecto frágil que se retorció de la risa.

Plauto encontró una copa limpia, se la puso a Kaeso en la mano y le sirvió vino.

—¡Aquí tienes, jefe! Medicina para tu melancolía.

—¿Qué te hace pensar que estoy melancólico?

—Esa mueca que llevas en la cara. Pero enseguida nos libraremos de ella, jefe. —Plauto dio golpecitos en la espalda de Kaeso con una familiaridad paternal.

—No me llames así, estúpido sibarita.

—¡Eres mi jefe! Yo soy dramaturgo y tú posees una parte sustancial de la compañía de teatro. Eso te convierte en mi jefe, ¿no? Y en el jefe de todos los que están aquí. De los actores, claro está. No de sus admiradores.

Kaeso observó la habitación. Pese a que la presentación de obras teatrales estaba patrocinada por el Estado, pues formaba parte de diversos festivales religiosos, la de actor no era una profesión para ciudadanos respetables. Los actores de Plauto eran en su mayoría esclavos o antiguos esclavos de diversas nacionalidades. Los que representaban los papeles de héroe, o las chicas, solían ser jóvenes y atractivos. Todos eran extravertidos; en aquella habitación no había tímidos.

Uno de los actores, un hispano de tez morena, se levantó del suelo de un brinco y empezó a hacer juegos malabares con una copa, un broche de cobre y una pequeña lámpara de arcilla. Los espectadores abandonaron por un momento sus copas y empezaron a aplaudir siguiendo el ritmo de la música de la flauta. Pero el malabarista no estaba lo bastante sobrio como para mantener los objetos en el aire. De modo que montó todo un espectáculo tambaleándose y poniendo en peligro a los que estaban más cerca de él. Sus compañeros reían a carcajadas cada vez que estaba a punto de perder alguno de los objetos voladores.

Contemplando esta escandalosa payasada, Kaeso respiró hondo y empezó poco a poco a relajarse. ¡Allí se sentía mucho más en casa que con Máximo! La mirada de Kaeso fue a parar sobre uno de los actores más jóvenes, un recién llegado de facciones definidas y cabello rubio y largo. El joven le recordaba un poco a Escipión.

—No te culpo por mirar al chico griego —le dijo Plauto al oído—, pero a quien tenemos que

impresionar esta noche es al tipo que está sentado allí, con esa toga que tiene pinta de ser carísima.

—¿Quién es?

—Nada menos que Tiberio Graco, descendiente de una familia plebeya muy rica. Ha sido elegido edil curul, de modo que será el responsable de los Juegos Romanos anuales del próximo septiembre. Junto con la procesión religiosa, el Banquete de Júpiter, las carreras de caballos y las peleas de púgiles, habrá por supuesto un día de comedias para entretener a las masas. Como Graco paga la factura, y ya que es aficionado al teatro, ha puesto todo su interés en elegir personalmente el programa.

—¿Le has pasado algún guión para su aprobación?

—Por supuesto... una comedieta que he titulado *El soldado fanfarrón.* Una adaptación de un original de griego, siguiendo la moda, pero creo que he conseguido darle a la obra un giro decididamente romano. Graco ha venido a devolverme el guión y a ofrecerme sus comentarios.

—¿Y?

—¡Le encanta! Me ha dicho que se cayó del triclinio de tanto reír. Ve el bufonesco mujeriego que da título a la obra como una sátira de nuestro belicoso cónsul Varrón; dice que la comedia es a la vez oportuna y graciosísima. Lo cual es bueno, ya que para esta producción estoy pidiendo unos honorarios más elevados de lo que jamás me había atrevido a pedir.

—Tu trabajo lo vale, Plauto. Tienes mejores actores que cualquier compañía de la ciudad y escribes los diálogos más ingeniosos que cualquier dramaturgo vivo. Lo que Ennio es a la poesía, lo eres tú a la comedia.

Plauto levantó los ojos al cielo.

—Y pensar que me crié como un pobre campesino en Umbría. Cuando llegué a Roma tuve que ganarme la vida como panadero, creía que nunca me quitaría la harina del pelo. Pasé años sin ser más que otro aspirante a actor, soñador, y con un gracioso nombre escénico... sí, me llamaron Plauto por mis pies planos, un nombre que a cualquiera le costaría olvidar. Pero la rueda de la Fortuna da vueltas y más vueltas y Plauto el payaso se ha convertido en el mejor dramaturgo de la ciudad. Jefe, haces que me sonroje.

—¡No me llames así!

Los distrajo entonces un repentino ruido. Al malabarista se le habían caído todos los objetos a la vez. La lamparita se hizo añicos contra una pared. La copa rebotó en el suelo. El broche de cobre había ido a parar directamente contra la frente de un actor. El hombre se puso en pie y arremetió contra el malabarista, levantando los puños. El flautista empezó a tocar una melodía estridente, como si pretendiese animarlos. Plauto corrió enseguida a separarlos.

Kaeso oyó una risita a sus espaldas.

—¡Lo veía venir! Me he apartado justo a tiempo. Eres Kaeso Fabio Dorso, me parece.

Kaeso se volvió.

—Sí. Y tú eres Tiberio Graco.

—Efectivamente. —Resultaba difícil calcular la edad de aquel hombre. Su cabello empezaba a cubrirse de canas por las sienes pero su rostro, bronceado por el sol, no mostraba apenas arrugas. Tenía la mandíbula fuerte y los pómulos muy marcados, pero la dureza de sus facciones quedaba atenuada por la maliciosa chispa de diversión de sus ojos grises. Si estaba bebido, no lo demostraba. Se comportaba con una elegancia y dignidad que parecían completamente naturales.

Kaeso y Graco conversaron. Graco fue quien más habló, básicamente sobre los retos que suponía montar los Juegos Romanos y el estupendo trabajo que Plauto había hecho con *El soldado fanfarrón.* Graco tenía una memoria notable. Repitió de carrerilla largos fragmentos del diálogo y su cara impasible hizo morirse de risa a Kaeso. No hubo ningún comentario sobre Aníbal, ni sobre obligaciones ni muertes. Temas tan serios como aquéllos quedaban fuera de lugar en casa de Plauto.

Pasado un rato, la mirada de Kaeso fue a parar al joven recién llegado de cuya presencia se había percatado antes. El griego le devolvió la sonrisa.

—Me parece que se llama Hilarión —dijo Graco, siguiendo la mirada de Kaeso.

—¿Sí?

—Sí. Hilarión significa «alegre» en griego. El nombre le encaja. ¿Por qué no pruebas suerte esta

noche con el chico, antes de que se lo quede otro?

—No sé muy bien a qué te refieres —dijo Kaeso.

Graco sonrió astutamente.

—Divertirse con jóvenes rubitos no era el tipo de cosas que aprobaban nuestros serios antepasados, aunque sospecho que también harían de las suyas en este sentido, se hablara de ello o no. Aunque me atrevería a decir que tu adusto primo Máximo ni siquiera lo aprueba hoy en día. Pero vivimos en una nueva época, Kaeso. Vivimos en un mundo mucho más grande que el de nuestros antepasados... un mundo más grande que el que pueden ver los ojos de hombres como Máximo. Los espartanos, famosos por ser grandes guerreros, creen que no hay nada más varonil que el amor entre dos soldados; en su noche de bodas, una mujer espartana tiene que cortarse el pelo y vestirse con una túnica de mancebo para incitar el deseo del novio. Los atenienses sitúen el amor entre un anciano y un joven en el centro de su filosofía. Los generales cartagineses hacen el amor con sus jóvenes oficiales antes de permitirles casarse con sus hijas. Júpiter tuvo a su Ganímedes, Hércules a su Hylas, Aquiles a su Patroclo, Alejandro a su Hefestión... o a lo mejor era al revés, pues Alejandro era el más joven. La naturaleza nos da apetitos; los apetitos tienen que saciarse. Si tu mirada se posa en un esclavo griego atractivo y disponible, ¿por qué no hacer nada al respecto? Siempre y cuando mantengas tu rol dominante, por supuesto. El hombre romano siempre debe dominar.

Kaeso movió afirmativamente la cabeza. Notaba que el vino calentaba sus venas. Contempló al joven griego de largo cabello y se permitió sentir deseo, pero en su corazón a quien anhelaba era a Escipión.

El mes de *sextilis* trajo el bochorno a Roma. Todo el mundo se quejaba del calor; la gente estaba apática e irascible. Sobre la ciudad se había cernido una calima pegajosa y, junto con ella, una atmósfera de tensión y malos augurios.

El Foro se llenaba a diario de gente en busca de noticias de la guerra, y las noticias siempre eran las mismas: los cónsules romanos y Aníbal avanzaban en paralelo por toda Italia y cada uno de ellos maniobraba para iniciar la batalla en el lugar más oportuno. Era sólo cuestión de tiempo; la ansiada confrontación tendría lugar en cualquier momento.

El día en que llegó la terrible noticia, Kaeso caminaba con su característica cojera por el Foro, silbando felizmente una canción después de una placentera velada en casa de Plauto.

Cerca del templo de Vesta, se cruzó en su camino una mujer que lloraba. Después tropezó con dos ancianos senadores con su toga característica. Al principio pensó que discutían, pues uno de ellos le gritaba al otro:

—¿Todos? —decía el hombre—. ¿Cómo es posible? ¡No te creo!

—Pues no lo hagas —decía el otro—. La noticia no es oficial. ¡No hay noticia oficial, pues no han sobrevivido soldados que puedan comunicarla a Roma!

—¡No puede ser verdad! ¡No puede serlo, así de simple! Kaeso sintió un cosquilleo en la nuca.

—¿Qué noticia?

Los senadores lo miraron con rostros desvaídos.

—¡Un amargo desastre! —dijo el más callado—. Varrón y Paulo se encontraron con Aníbal en un lugar llamado Cannas, cerca de la costa del Adriático. Los romanos se vieron rodeados. Todo el ejército fue aniquilado. Se desconoce el destino que ha corrido Varrón, pero Paulo ha muerto, junto con la mayoría de los integrantes del Senado.

—¿Cómo lo sabes?

—Esta mañana han conseguido llegar al Foro algunos supervivientes. Todos cuentan la misma historia. ¡Una masacre total! El mayor ejército jamás reunido... ¡aniquilado! El peor día de la historia de Roma, ni siquiera la caída de la ciudad en manos de los galos puede compararse a esto. Y no hay nada que impida a Aníbal hacer lo que hicieron los galos, entrar en la ciudad y dejarla en nada. Nadie se interpone en su camino. ¡Ya no queda ejército romano!

—No puede ser tan terrible —dijo Kaeso, sacudiendo la cabeza.

Pero lo fue.

La victoria de Aníbal en Cannas fue abrumadora. El segundo día del mes de *sextilis* fallecieron más de setenta mil romanos y diez mil fueron hechos prisioneros. Escaparon sólo tres mil quinientos hombres, y muchos de ellos heridos. La magnitud de la pérdida era muy superior a cualquier otra desgracia que hubieran sufrido los romanos.

Máximo se hizo cargo de la situación cuando el pánico amenazaba con aplastar la ciudad. La sabiduría de su tan desdeñada política había quedado clara a todo el mundo y la mano firme con la que asumió el control de la ciudad impresionó a los romanos. Los miembros del Senado que quedaban, una asamblea de hombres canosos y desdentados, le otorgaron poderes extraordinarios. Nadie se opuso al nombramiento, aunque sólo fuera porque no quedaba nadie que pudiera hacerlo. Prácticamente todo miembro sano del Senado había muerto en Cannas o estaba en el extranjero luchando contra los cartagineses. En la ciudad no quedaba ningún hombre con la experiencia y la categoría de Máximo.

Básicamente por la misma razón, porque era uno de los pocos magistrados que quedaban, el edil curul Tiberio Graco fue nombrado jefe de caballería, la mano derecha del dictador.

En primer lugar, Máximo envió jinetes en busca de los supervivientes que pudieran haberse dispersado, esperando que hubiesen escapado vivos de la batalla más de los que se había creído en un principio. Cuando los jinetes regresaron a casa con un puñado de hombres, no hicieron más que confirmar la triste noticia.

Para crear un nuevo ejército, Máximo decretó el reclutamiento de jóvenes menores de edad. Viendo que la cifra seguía siendo insuficiente, declaró hábiles para el servicio militar a los esclavos. Se alistaron y armaron ocho mil esclavos. Era una decisión sin precedentes, pero nadie pudo sugerir una solución mejor.

Kaeso respondió ansioso a la llamada a las armas, pero sufrió un ataque de epilepsia ante el oficial de reclutamiento, en pleno Campo de Marte. Fue llevado a casa inconsciente y Máximo en persona, que no quería volver a sufrir situaciones incómodas por culpa de un miembro de la familia, le prohibió presentarse de nuevo.

Entre la histeria general, dos vestales, Opimia y Floronia, fueron acusadas de romper sus votos. La noticia provocó disturbios. Una muchedumbre congregada en el exterior de la casa de las vestales acusó a las transgresoras de llevar la ruina a la ciudad. Ambas vestales fueron rápidamente juzgadas y halladas culpables. Opimia se suicidó. Floronia fue enterrada viva cerca de la puerta Colina, ante los ojos de la multitud. Los hombres juzgados culpables de profanarlas fueron apaleados hasta la muerte por el pontífice máximo.

Cada día se confirmaba la muerte de más de mil hombres. Un gran número de mujeres, congregadas en el Foro para recibir la noticia, reaccionaban con un dolor incontrolable. Se rasgaban la ropa, se arrancaban el pelo y se derrumbaban en el suelo llorando. Su frenesí se extendió por toda la ciudad. Los lamentos se oían en las calles durante toda la noche. Roma era una ciudad al borde de la locura.

Finalmente, Máximo declaró que aquellas exhibiciones extremas de emoción ofendían la decencia religiosa; los alaridos de llanto alejarían a los dioses de la ciudad. Ordenó que todas las mujeres fueran encerradas en sus casas e impuso la regla del silencio. Se decretó que el periodo de duelo por los fallecidos en Cannas quedaba limitado a treinta días. Después de eso, la ciudad continuaría su ritmo de vida normal.

—¡El espectáculo debe continuar! —declaró Plauto, alzando la voz por encima del ruido de los golpes de martillo.

—Como tú digas —murmuró Kaeso.

—Es lo que dice tu primo, el dictador Máximo. Y lo que cree conveniente nuestro amigo Tiberio Graco, quien me garantiza que los Juegos Romanos se llevarán a cabo según lo planeado. Yo, como

todo el mundo, a la vista de la crisis, había asumido que se cancelarían las representaciones. ¿Crees que hay alguien con humor para asistir a un día entero de comedias? Pero el dictador cree que seguir con el calendario establecido tranquilizará al público. Estoy esperando que Aníbal no aparezca justo cuando representemos la primera escena de *El soldado fanfarrón.*

Un carpintero, arriba, dejó caer un martillo. Pasó rozando la cabeza de Plauto y no le dio de puro milagro.

—¡Idiota! —gritó Plauto—. Esto es lo que me pasa por contratar mano de obra libre en lugar de alquilar esclavos. La verdad es que quedarse debajo de este andamio quizá no sea muy buena idea.

Estaban en el Circo Máximo, donde, con motivo de los Juegos Romanos, se estaba construyendo un escenario temporal en la gran curva situada en un extremo de la pista de carreras. Las graderías harían las veces de asientos para el público y la gente más humilde se colocaría en el semicírculo abierto delante del escenario. El escenario en sí, una plataforma de madera elevada con una pared decorada a modo de telón de fondo, se construía rápidamente y con la misma rapidez desaparecería; después de un único día de representaciones, sería desmantelado durante la noche para dejar despejada la pista donde tendrían lugar las competiciones deportivas del día siguiente. En consecuencia, la calidad de los trabajos de artesanía no eran superiores a lo que tenían que ser. Las columnas decoradas y las esculturas en relieve del telón de fondo estaban hechas de madera, yeso, tela y pintura, chillonas y de mal gusto vistas de cerca, pero lo suficientemente convincentes de lejos.

—¿No tienen los griegos teatros permanentes construidos en piedra? —preguntó Kaeso.

—Sí, a veces los construyen en las laderas de las colinas, y tienen una acústica tan notable que los actores apenas necesitan alzar la voz para hacerse oír desde la última fila. Pero los griegos son un pueblo en decadencia y amante del placer, exageradamente sensual; los romanos, no. De modo que, aunque nos gustan las buenas comedias, una obra se disfruta sólo dentro del contexto de un festival religioso, y el escenario y toda la parafernalia que lo acompaña debe desaparecer una vez el festival haya terminado. Es una política estúpida, pero sirve para que estos carpinteros mediocres tengan trabajo. Te veo preocupado, jefe.

—Estoy preocupado por mis amigos. Aún no se sabe nada del primo Quinto... ni de Escipión... —Kaeso frunció el ceño.

—La falta de noticias es una buena noticia.

—Me imagino.

—Y la mejor noticia es que no hay noticias de que Aníbal esté acercándose a Roma. Me pregunto qué será lo que se lo impide.

—Máximo dio un discurso el otro día. Dijo: «La mano de Júpiter ha frenado al monstruo cartaginés».

Plauto arrugó la nariz.

—¿Sabes si últimamente le escribe Ennio los discursos? Estas tonterías religiosas entusiasman a las masas. Las tranquilizan, igual que poner en marcha un festival cuando el final de la guerra podría estar cerca. —Sacudió la cabeza—. La verdad es que me pregunto si Aníbal no será un poco como uno de sus elefantes: enorme y destructivo, pero al final, un estúpido.

—Tiberio Graco cree que Aníbal, en lugar de dirigirse directamente a Roma, tal vez pretenda derrotar primero a nuestros enemigos y sitiar a nuestros aliados, para de este modo asegurarse toda Italia y dejarnos indefensos e incapaces de detenerlo.

—¿Y por qué tendría que perder tiempo conquistando cada miembro, uno a uno, cuando podría cortar ya la cabeza? Pero aun así, pasan los días y Aníbal no llega.

—Ni tampoco Escipión —murmuró Kaeso.

—Mira, ahí viene Tiberio Graco... y no se le ve muy feliz.

De hecho, Graco estaba muy serio. Sin el brillo malicioso de sus ojos, su rostro ofrecía el aspecto severo del jefe de caballería en las horas más oscuras de Roma.

—¿Malas noticias? —dijo Plauto.

—Malas noticias y peores noticias —dijo Graco.

Plauto suspiró.

—En este caso, prefiero oír primero las malas noticias.

—Después de una discusión muy larga y muy desagradable, el dictador y yo hemos decidido que *El soldado fanfarrón* no es una obra adecuada para ser representada en los Juegos Romanos.

—¿Qué? ¡No! —Plauto estaba indignado—. ¿Se han cancelado entonces las comedias?

—No, las representaciones siguen en pie, pero *El soldado fanfarrón* no estará entre ellas.

—¿La excluyes? Tenemos un contrato, Graco. Lo firmaste como edil curul.

—¡Piensa un poco, Plauto! La comedia se burla de un militar mujeriego y bravucón. ¿Quién se va a reír de eso después de lo sucedido en Cannas?

—Tú la encontraste divertida. ¡Creías que se trataba de Varrón!

—¡Que casi sale de ésta sin vida! La gente se ha quedado pasmada ante la derrota de Varrón, sus errores de cálculo han dejado a todo el mundo asombrado, el pueblo está furioso... pero no quiere que nadie se burle de él, sobre todo después de la muerte de setenta mil hombres.

Plauto se rascó la nariz.

—Este martilleo incesante empieza a producirme dolor de cabeza. Sí, ya te entiendo. ¿Qué haremos entonces?

—La sustituirás por otra obra.

—¿En el último momento? ¡Imposible!

—Debes de tener alguna cosa. ¡Piensa!

—Bueno... hay un guión en el que estoy trabajando. No es ni mucho menos tan divertido como *El soldado fanfarrón.* Se titula *El cofre,* una farsa desenfadada sobre una doncella que había sido abandonada al nacer y que acaba encontrando a sus padres. Bajo las actuales circunstancias, me imagino que al menos tendrá la virtud de resultar inofensiva. Pero necesita trabajo. Hay varias escenas que tienen que reescribirse por completo.

—Simplemente tienes que hacerlas más atractivas —dijo Graco—. Puedes hacerlo, Plauto. Cuando escribes bajo presión siempre eres muy gracioso.

—No, cuando escribo bajo presión padezco indigestiones. Pero, si tengo que hacerlo... Sí, imagino que podré... si Hilarión puede representar a la chica...

La expresión de Graco se tomó más sombría aún.

Plauto se quedó rígido.

—Has dicho que traías malas noticias... y peores noticias. ¿Qué sucede, Graco?

Graco bajó la vista. ¿Qué tipo de noticia podía llevar al jefe de caballería a apartar la vista? Kaeso contuvo la respiración.

—¿Recordáis cuando las vestales fueron acusadas de haber roto sus votos?

—¿Cómo olvidarlo? —dijo Plauto—. La ciudad pasó unos días obsesionada con el escándalo. La gente dejó de pensar en Aníbal al tener a alguien a quien echarle la culpa de lo sucedido en Cannas. ¡Como si un par de vestales, por perder su virginidad, fueran las responsables de tantas muertes! Y eso si, en verdad, las vestales *eran* culpables. Si la gente quería venganza, es a Varrón a quien deberían haber enterrado vivo en lugar de a esa pobre mujer.

Graco cogió aire.

—Olvidas mi posición, Plauto. Como jefe de caballería represento la religión del Estado tanto como el pontífice máximo. Cuestionar el veredicto o el castigo de las vestales es equivalente a una blasfemia.

—Si tú lo dices. Soy un campesino de Umbría y la religión romana sigue resultándome un poco sorprendente...

—Hablo en serio, Plauto. La gente no está de humor para charlas poco patrióticas o irreverentes. Tienes que vigilar lo que dices. El dramaturgo chasqueó la lengua.

—¡Tomo nota! Pero ¿qué estabas diciendo?

—La vestal Floronia fue debidamente castigada, pero Opimia escapó a su castigo con el suicidio. Se tuvieron en cuenta los augurios. El avistamiento poco favorable de aves confirmó que los dioses no estaban plenamente satisfechos. Algo había de hacerse para solucionar el fracaso de haber podido enterrar con vida más que a una de las vestales. Se han consultado los Libros Sibilinos. Y se ha encontrado un pasaje.

Graco citó el párrafo elegido:

> *Un cordero destinado al sacrificio muere demasiado pronto.*
> *Sacrifica dos pares de animales antes de la próxima luna,*
> *de los campos al norte* y *al este del mediodía.*

Plauto arrugó la nariz.

—¡Ojalá mis patrocinadores fueran tan indulgentes con mis malos versos como lo fue Tarquinio con los de la sibila! ¿Y cuál ha sido la interpretación de estas encantadoras líneas?

—Los sacerdotes se reunieron para consultarlo. Se decidió que, para limpiar la ciudad de los pecados de las vestales, debíamos enterrar vivos a un par de griegos y a un par de galos.

Plauto negó con la cabeza.

—¡El sacrificio humano es una barbaridad de los cartagineses! Es uno de los motivos por los que los consideramos salvajes.

—Ni a ti ni a mí nos corresponde cuestionar los dictados de los Libros Sibilinos. —Graco suspiró—. Los sacerdotes han venido a verme con una lista de nombres.

—¿A ti?

—Los ediles curules llevan el registro de todos los extranjeros residentes en Roma. Igual que el registro de todos los esclavos, con su nacionalidad. Los sacerdotes me pidieron las listas. Se las di. No sé cómo eligieron a los dos griegos y a los dos galos, pero esta mañana me han informado de su decisión.

Plauto bufó.

—¡Personalmente poseo un par de galos y más de un par de griegos! —Se quedó pálido—. ¡Por Hércules! Ésta es la razón por la que has venido, ¿verdad? La cancelación de *El soldado fanfarrón* era sólo la mala noticia. Había noticias peores, dijiste...

—Uno de los griegos elegidos es Hilarión.

Kaeso, que había escuchado en silencio, ahogó un grito.

—Serás debidamente compensado, naturalmente —dijo enseguida Graco, desviando la mirada.

—¿Compensado?

—Por el sacrificio de un esclavo de tu propiedad.

—Pero... ¿por qué Hilarión?

—No lo sé. Los sacerdotes han elegido los nombres. El pontífice máximo ha confirmado su decisión.

—Me imagino que no tengo otra elección.

—Ninguna. Antes de que yo viniese aquí, habían enviado a los lictores a tu casa. Me imagino que ya tendrán a Hilarión bajo su custodia. Anoche las mujeres empezaron a cavar la fosa en el Foro Boario. El enterramiento tendrá lugar esta tarde.

—¿Cómo dice ese antiguo proverbio etrusco? «Cuanto más rápido, mejor» —dijo con amargura Plauto. Apretó con sus manos la cabeza—. ¡Oh, este martillo infernal!

Tiberio Graco dio media vuelta y se marchó.

Kaeso notó que le flaqueaban las piernas. La cabeza le daba vueltas, como le sucedía a veces antes de sus ataques. La visión se le tornó borrosa. Los ojos se le llenaron de lágrimas. Se estremeció, pero no lloró.

—¡Una locura! —susurró Plauto—. Cuando se produce una situación horrorosa como la de Cannas, ¿reaccionan los hombres con compasión, razón o bondad? ¡No! Echan la culpa a quien no tiene nada que ver; castigan al inocente. ¡Y si les llamas la atención sobre su locura, te acusan de traidor y blasfemo! Gracias a los dioses que tengo donde poder verter mis sentimientos más aciagos... ¡mis comedias! De lo contrario, me volvería tan loco como el resto.

—Tus obras no son dramáticas —dijo Kaeso, con voz apagada—. Hacen reír a la gente.

—La comedia es más amarga que la tragedia —dijo Plauto—. La risa nace siempre del sufrimiento de alguien, del mío en este caso. Y ahora... pobre Hilarión.

Los dos se quedaron inmóviles durante un largo rato, soportando el estruendo de los martillos.

De repente, Kaeso pestañeó y arrugó la frente.

—¿No es ése... mi primo Quinto?

Un joven oficial que lucía las condecoraciones de un tribuno militar atravesaba muy decidido el espacio abierto del circo. Kaeso corrió hacia él.

Quinto estaba pálido y ojeroso. Tenía una herida abierta en la frente pero, por lo demás, estaba ileso.

—¡Estás vivo! —dijo Kaeso.

—Por la voluntad de los dioses.

—No teníamos noticias. Tu padre está enfermo de preocupación.

—Aun así, da la impresión de que ha conseguido que la ciudad siga adelante. Tengo entendido que ha sido nombrado dictador.

—¿Lo has visto?

—No, acabo de llegar.

—¿Qué noticias traes?

—¿Noticias?

Kaeso tenía miedo de preguntar.

—¿Qué sabes de Escipión?

Quinto sonrió.

—¿No lo sabes? Demostró su valentía una vez más, igual que en el Ticino. Si de la catástrofe de Cannas tenía que salir un héroe romano, ése era Escipión.

—¡Cuéntame!

—Los mercenarios mestizos nos rodearon. La carnicería fue terrible. Sólo un puñado de los nuestros consiguió salir de allí y escapar con vida. Nos separamos. Estábamos heridos, ofuscados, temerosos de ser capturados en cualquier momento. Tardamos días en volver a encontrarnos, teníamos que escondernos constantemente de los mercenarios de Aníbal. Cuando por fin nos reagrupamos y pusimos una distancia suficiente entre nosotros y los enemigos, se inició el debate. ¿Dónde ir y quién nos guiaría hasta allí? Lo confieso, fui uno de los que cedieron a la desesperación y abogaron por abandonar Italia. Suponíamos que Aníbal marcharía sobre Roma enseguida, incendiaría la ciudad y convertiría en esclavos a sus ciudadanos. En Hispania hay un ejército romano y una armada romana librando la guerra en el mar. Unámonos a ellos, dije, y veremos hacia dónde nos guía el futuro, porque Roma está acabada para siempre y no es posible volver a casa.

»Pero Escipión no quería oír hablar de ello. Aunque su padre y su tío están combatiendo en Hispania, dijo que no tenía ninguna intención de sumarse a ellos, no mientras Roma nos necesitara para defenderla. Se burló de nuestra desesperación. Se avergonzó de nosotros. Nos hizo jurarle a Júpiter que nunca abandonaríamos la ciudad, que moriríamos luchando por ella antes que rendirnos a Aníbal. Después del juramento, fue como si nos hubiéramos quitado un gran peso de encima. Sabíamos que podríamos soportar cualquier cosa, pues Escipión nos había devuelto nuestro honor.

»Entonces observamos y esperamos. Pasaron los días, pero Aníbal no hizo ningún movimiento para avanzar hacia la ciudad. Estábamos perplejos, luego alborozados. Iniciamos el camino de regreso a Roma por caminos secundarios para que no pudieran localizarnos los escoltas cartagineses. El avance fue muy lento. Algunos de los hombres estaban heridos de gravedad y Escipión se negó a dejarlos atrás. Finalmente llegamos a la Vía Apia y yo me adelanté a caballo. He sido el primero en llegar.

—¿Y Escipión?

—Debería estar aquí mañana, o pasado.

—¿Está vivo, entonces?

—Sí.

—¿Estás seguro?

—Naturalmente.

Kaeso se echó a llorar, sin ninguna vergüenza, del mismo modo que no había sido capaz de llorar de pena por Hilarión. De hecho, con el alivio que le había supuesto saber que Escipión estaba vivo, se había olvidado por completo de su dolor por Hilarión. Quinto, que había visto cosas terribles en

Cannas y había pensado que jamás volvería a Roma, también tenía lágrimas sobre las mejillas.

Juntos fueron a ver a Máximo.

En vísperas de los Juegos Romanos, la ciudad se vio sumida en una nueva crisis.

Un emisario de Aníbal, un noble cartaginés llamado Cartalo, llegó a las puertas de la ciudad. A cambio de un elevado rescate, ofrecía la devolución de un gran número de prisioneros romanos. Le acompañaban algunos prisioneros para suplicar por su causa, pues los romanos tenían un largo historial de dar la espalda a los hombres que se habían rendido al enemigo. A pesar de la prohibición, una inmensa multitud de mujeres se congregó en el Foro para suplicar por el rescate de sus maridos, padres e hijos.

Detrás de las puertas cerradas, el Senado debatía el asunto.

Los representantes de los prisioneros defendieron las acciones que habían llevado a cabo. Habían permanecido en el campo de batalla de Cannas hasta que apenas quedaron supervivientes, luego habían conseguido romper el cerco del enemigo y huir hacia el campamento romano. Por la mañana, en lugar de morir en las murallas, se habían entregado. Cierto era que ninguno de ellos había muerto valientemente ni había sido lo bastante listo como para escapar. Pero, decían, ¿no era mejor pagar por el rescate de auténticos soldados romanos en lugar de enrolar a más esclavos para defender la ciudad?

Los que se oponían al pago del rescate decían que los cautivos se habían rendido en lugar de morir luchando, y que por lo tanto habían demostrado ser unos cobardes y merecían ser vendidos como esclavos por sus cautivos. Además, cualquier rescate pagado por el tesoro público enriquecería a Aníbal y le permitiría contratar más mercenarios.

Al final se decidió no pagar el rescate. Los prisioneros fueron abandonados a su destino. La mayoría fueron a Cartago como esclavos. Sus familiares nunca volverían a verlos.

La ciudad se llenó de amargas lamentaciones. Máximo envió a sus lictores para mantener el orden.

En un ambiente como aquél, llegó la fecha de celebración de los Juegos Romanos. La invocación a Júpiter en el Capitolio tuvo un deje de desesperación. La procesión desde el templo de Júpiter hasta el Circo Máximo fue un acto tremendamente conmovedor; muchos de los senadores y magistrados que normalmente habrían desfilado delante del pueblo estaban visiblemente desaparecidos. El Banquete de Júpiter consistió en poco más que las escasas raciones diarias autorizadas por el dictador en tanto se prolongara la crisis.

La compañía de Plauto representó El *cofre*. Los ensayos de la nueva obra habían sido precipitados y caóticos, y el terrible destino de Hilarión había hecho añicos la moral del grupo. La producción fue un desastre. El único consuelo de Plauto fue que los espectadores de la comedia estaban incluso más deprimidos que los actores. El público apenas se dio cuenta de las entradas a destiempo, las indicaciones confusas, las frases equivocadas. Nadie silbó ni abucheó; pero tampoco se rió nadie.

Las competiciones deportivas resultaron también deslucidas. Muchos de los mejores atletas y púgiles de Roma habían muerto en Cannas, y los esclavos mejor entrenados que destacaban en las carreras de carruajes habían sido reclamados para el servicio militar.

Los ciudadanos que tomaron parte en los Juegos Romanos se limitaron a seguir la inercia, llevando a cabo el deber patriótico de asistir a una celebración anual que se remontaba a la época de los reyes. Se habían mostrado insensibles a la masacre de Cannas, al escándalo de las vírgenes vestales y al doloroso rechazo de las súplicas de un rescate por parte de los prisioneros.

El dolor y la preocupación habían dejado aturdida a Roma. El futuro de la ciudad estaba en el aire.

212 A.C.

Cuatro años después, la guerra con Cartago seguía candente, sin que se vislumbrara su final.

Aníbal nunca llegó a atacar Roma. Este curioso hecho pasaría a formar parte de la leyenda de la ciudad, un elemento más de su mística. En su momento más vulnerable, Roma fue perdonada de un ataque que seguramente habría culminado en su destrucción. ¿Cómo y por qué sobrevivió Roma? Fabio Máximo recibió el reconocimiento por haberse hecho con las riendas de Roma cuando amenazaba el caos y Escipión fue elogiado como ejemplo relevante para la generación más joven; pero la mayoría de los romanos, coincidiendo con la opinión de los sacerdotes, creía que Júpiter en persona había aplacado la cólera de Aníbal y concedido a los romanos una oportunidad para recuperar sus fuerzas.

Aníbal y su ejército continuaron en Italia. Su supuesta estrategia —aislar Roma y socavar su dominio sobre la península derrotando a sus aliados, bien por la fuerza, bien por la persuasión—, alcanzó sólo un éxito limitado. Los romanos evitaron por todos los medios otro enfrentamiento directo con Aníbal, pero atacaron sin piedad a los aliados que los habían traicionado. Con el reagrupamiento de sus fuerzas, la reordenación de sus recursos y la recuperación de su moral, los romanos hicieron gala de una capacidad de resistencia notable.

Mientras, la amenaza de la guerra, librada ya en Hispania, Sicilia y en el mar, se expandió hacia Oriente. Filipo de Macedonia, el heredero de la tierra natal de Alejandro, se alió con Cartago. Para contraatacar la amenaza de Filipo, Roma envió embajadores a Grecia y Asia en busca de nuevas alianzas.

A medida que la lucha entre las dos ciudades fue extendiéndose por todo el universo mediterráneo, desde las Columnas de Hércules hasta el estrecho de Helesponto, los romanos fueron adoptando una política que cada vez ponía más sus miras en el exterior. Los hombres más visionarios del Senado se atrevieron a dejarse tentar por sueños embriagadores de un imperio que iba más allá de los confines de Italia. Roma era como la legendaria ave Fénix consumida por el fuego y dispuesta a levantar luego el vuelo a partir de sus propias cenizas.

Aquel giro imprevisto de la situación supuso también un vuelco de buena suerte para Kaeso. Debido a su cojera y su ausencia de posibilidades en el mundo de la política, sus padres habían perdido la esperanza de encontrarle una esposa adecuada. Después de la masacre de Cannas, y la resultante escasez de jóvenes solteros, la madre de Kaeso pudo dar por fin con una chica patricia perfectamente aceptable para que se casase con él.

Sestia no era bonita. Decía la gente que tenía una cara hombruna, pero Kaeso la encontraba bastante agradable. Igual que Kaeso, Sestia había perdido las esperanzas de casarse y se sentía satisfecha con que Fortuna le permitiera alcanzar la categoría de matrona. Parecía feliz con tan sólo limitarse a llevar la casa y no le exigía más atención a Kaeso que la que él le exigía a ella. Nunca cuestionaba sus gastos o sus negocios, sus repentinas idas y venidas, los extraños horarios que llevaba o los exóticos perfumes que con frecuencia impregnaban sus prendas. Sus necesidades sencillas y su naturaleza poco curiosa le iban perfectamente bien a Kaeso.

Ambos aceptaron, desde el principio, que el principal objetivo de su matrimonio era concebir un hijo. Hacían el amor con regularidad, aunque con poco entusiasmo por parte de los dos. Sus concienzudos esfuerzos se vieron recompensados. Al año de casados, Sestia dio a luz una hija.

Cuando Kaeso vio que la pequeña Fabia había nacido sin defectos físicos, se sintió enormemente aliviado. Temía que el bebé fuera un monstruo, como los niños que lo habían precedido a él en el vientre de su madre, o como mucho, débil y desgarbado como él. Pero Fabia era perfecta en todos los sentidos. Allí mismo, después de dar gracias a los dioses, Kaeso juró no tener más hijos.

Dejar como heredera a una hija no era habitual en el mundo romano. Los familiares directos y

políticos de Kaeso sugirieron que él y Sestia volvieran a intentarlo, para ver si ella podía darle un hijo varón. Pero Kaeso, temeroso de tentar al destino, y poco animado para seguir manteniendo relaciones sexuales con su esposa, se mostró inflexible en cuanto a no tener más hijos después de Fabia. La pequeña tenía ya casi tres años.

Sestia había aportado al matrimonio una pequeña, aunque muy rentable, dote. Con ella, Kaeso había podido comprar la parte que los demás inversores poseían en la compañía teatral de Plauto. Ser el propietario único de una compañía de comediantes nunca le haría rico y tampoco le serviría para ganarse el respeto de sus parientes patricios, pero Kaeso estaba feliz en su papel de empresario y participaba activamente en la dirección de la compañía. Discutía con Plauto sobre los textos griegos originales en que basaba sus obras, regateaba con los magistrados los presupuestos y las asignaciones para los festivales, y disfrutaba especialmente asistiendo a las audiciones de jóvenes esclavos que Plauto proponía como posibles nuevos miembros de la compañía.

El cuarto aniversario de Cannas llegó y pasó, removiendo amargos recuerdos de la masacre y sus terribles consecuencias, pero impulsando también una sensación de rejuvenecimiento y esperanza; la atroz desesperación de aquellos días parecía ahora lejana e irreal, como una pesadilla. *Sextilis* dio paso a septiembre y Kaeso empezó a pensar con particular deleite en los Juegos Romanos anuales, pues su querido amigo Escipión había sido elegido edil curul y era el responsable de los festejos.

Por ley, Escipión era demasiado joven para presentarse a la magistratura. Pero el día de las votaciones, una multitud de entusiastas subió a hombros a Escipión y lo paseó por toda la ciudad exigiendo su elección, entonando consignas, canciones y vítores ensordecedores. La muchedumbre se hizo tan numerosa y tan ingobernable que los funcionarios responsables de las votaciones se vieron completamente superados. Después de una precipitada reunión, permitieron la elección sin precedentes de un joven de veinticuatro años de edad para el puesto de edil curul.

Posteriormente, con un guiño y una carcajada, Escipión negó cualquier responsabilidad en el montaje de aquel casi motín «espontáneo» que dio como resultado su elección.

—Si toda Roma quiere convertirme en edil —dijo—, ¡pues debe de ser que ya soy lo bastante mayor para ello!

Sorprendido o no por su elección, estaba preparado para el puesto. El mismo día en que asumió el cargo, anunció un plan detallado para poner en marcha los Juegos Romanos más fastuosos de la historia.

—La ciudad necesita una celebración —declaró—, una huida hacia delante de los muchos meses y años de preocupaciones constantes. ¡Hagamos este año que los juegos dejen de ser un deber patriótico y se conviertan en puro placer!

Unos cuantos refunfuñones se quejaron argumentando que las leyes electorales que llevaban siglos funcionando en Roma se habían roto para recompensar a un joven advenedizo, y que las evasivas disculpas de autopromoción que había hecho Escipión demostraban que era un personaje retorcido y poco sincero. «Y bien», pensó Kaeso, «¿y qué político no lo es? Si alguien se merece que las reglas se inclinen a su favor, ¿no es ése el joven héroe del Ticino y de Cannas?». Kaeso estaba sobrecogido ante el empuje y la ambición inexorable de su amigo, aunque apenas sorprendido por su extraordinaria popularidad. Kaeso tenía la impresión de que no existía hombre más merecedor del amor de todo el mundo.

Naturalmente, para el programa teatral, Escipión solicitó una comedia de la compañía de Kaeso. Después de consultarlo con Plauto, Kaeso sugirió *El soldado fanfarrón.*

Era una apuesta arriesgada. Después de lo de Cannas, Graco había cancelado la obra temiendo que el retrato que hacía de un militar vanidoso y lascivo pudiera ser tomado como una sátira de mal gusto sobre los generales romanos derrotados. Pero ahora, con la inserción de nuevos retruécanos y algunas alegorías en los disfraces —¿sería demasiado evidente un parche cubriendo un ojo?—, el personaje del soldado fanfarrón podría verse como una parodia del militar más arrogante de todos: Aníbal. Hasta ahora, el miedo que el cartaginés inspiraba a los romanos era excesivo para permitirse

una sátira, pero en los años transcurridos desde la tragedia de Cannas se había mostrado como un personaje indeciso y cuyo fracaso era posible. Los romanos seguían odiando y despreciando a Aníbal; ¿estarían preparados para reírse de él?

Cuando Escipión se presentó en casa de Kaeso para recoger un ejemplar de la obra, Kaeso esperaba que se lo llevara para estudiarlo tranquilamente. Pero Escipión se puso a leerlo enseguida y allí mismo. Kaeso lo dejó solo en el estudio y deambuló mientras de un lado a otro del jardín. Entonces oyó las risas de Escipión. Durante la hora siguiente, las risas continuaron sin cesar. Finalmente, Escipión salió al jardín, con el pergamino en una mano y secándose las lágrimas provocadas por la risa con la otra. Le lanzó una sonrisa maliciosa, tan feliz y despreocupado como un chico que aún no se ha puesto la toga por primera vez.

—¡Divertidísima! ¡Fascinante! ¡Una delicia! Los amantes acaban juntos y el soldado fanfarrón recibe su merecido, una buena zurra, allí mismo, en la escena. «Si todos los lascivos fueran tratados así, la lascivia dejaría de crecer»... ¡Y tanto! Es la obra ideal para este momento. Por Hércules, necesitaba reír así... ¡y también lo necesita el pueblo de Roma! ¡Les va a encantar, y estarán contentos conmigo por haberles dado un regalo así! —Le dio unos golpecitos en el pecho a Kaeso con el pergamino—. Eres un tipo listo, Kaeso Fabio Dorso.

Kaeso bajó la vista.

—El que es listo es Plauto.

—Por supuesto que lo es. Pero si tú no financiaras la compañía, el dramaturgo no tendría escenario, y sin escenario, sus inteligentes líneas no serían más que murmullos que se lleva el viento. No seas modesto, Kaeso. Tienes vista para detectar el talento, igual que un buen general tiene vista para detectar al valiente. Eres un tipo muy valioso. —La obra había puesto a Escipión de tan buen humor que incluso le alborotó el pelo a Kaeso y luego le dio un alegre palmetazo en la espalda con el pergamino.

Kaeso se sonrojó con tanta intensidad que Escipión dio un paso atrás y se quedó mirándolo sorprendido, entonces volvió a darle en la espalda y se echó a reír a carcajadas. Kaeso respiró hondo y se puso también a reír. Se reía de sí mismo, de la absurdidad del mundo, de la ridícula vanidad del soldado fanfarrón. Rió hasta que las costillas empezaron a dolerle y los ojos se le llenaron de lágrimas. Llevaba muchísimo tiempo sin reír así.

El esplendor de los Juegos Romanos de aquel año alcanzó un nivel que Roma jamás había visto. Los ritos sagrados que se llevaron a cabo en el Capitolio rezumaban auténtica alegría y optimismo; los hombres sonreían al entonar los antiguos términos de homenaje en las festividades a Júpiter, el más grande de los dioses. La procesión por el Circo Máximo se convirtió en una celebración alegre, encabezada por los aurigas a caballo, vestidos con vistosos colores, seguidos por los púgiles con sus exiguos taparrabos y por bailarinas haciendo filigranas con las jabalinas al ritmo de la música de flautas, liras y panderetas. Mimos disfrazados de sátiros correteaban entre la multitud, pellizcando traseros y provocando gritos y sonrojos en mujeres y jóvenes. Incensarios en forma de cabeza de grifo colgaban de altos postes e inundaban el ambiente con nubes de incienso.

En los alrededores del Circo Máximo, el perfume de los incensarios daba paso al aroma de la carne asándose al aire libre, al del pan recién horneado, al olor picante del pescado en escabeche y al delicado perfume de las aceitunas salteadas servidas en aceite. Ningún edil curul hasta el momento había dado de comer tan bien a los ciudadanos de Roma, ni con tanta abundancia. Había tanta comida y se repartía por tantos lugares, que casi nadie tenía que hacer cola y todo el mundo podía repetir tantas veces como quisiera. El Banquete de Júpiter duraría todo el día y seguiría también el siguiente. Era como si, por un par de días, todos fuesen ricos, todos pudieran llenar el estómago a su antojo y pasar las horas abandonados al placer y con la bendición de Júpiter.

En el apogeo de la fiesta, un joven de rostro sonrosado y voz potente, uno de los actores en formación de la compañía de Plauto, se encaramó a una caja y se dirigió al gentío.

—¡Ciudadanos! ¡Dejad de llenaros el buche por una hora y venid a ver *El soldado fanfarrón!* ¡Se trata de una nueva comedia de Plauto... es decir, del dramaturgo de pies planos originario de Umbría, el que os hace reír hasta mearos encima! ¡Venid a ver *El soldado fanfarrón* en persona, a Pirgopolínices, a ver cómo rapta a su concubina, la bellísima Filocomasia!

La gente se echó a reír, aunque sólo fuera por oír al chico hacerse un lío con la pronunciación de los complicadísimos nombres griegos.

—¡Venid, ciudadanos, y contemplad al desconsolado Pleusicles, un joven desesperadamente enamorado, que se esfuerza por rescatar a la concubina del soldado! Venid a ver al anciano cascarrabias Periplectomeno... —El chico levantó la ceja y se acercó un dedo a los labios—. ¡Y hagáis lo que hagáis, *no* le contéis a Periplectomeno lo del pasaje secreto que une su casa con la del soldado, o echaréis a perder la trama! ¡Venid, venid a ver a los astutos esclavos Palestrión, Esceledro y Lurcio... saben más de lo que parece!

El chico saltó de la caja, sacó una flauta y tocó una alegre melodía para acompañar a los espectadores hacia el interior del Circo Máximo.

Debajo del escenario, Kaeso se encontraba cerca del escotillón —Plauto había ingeniado varias maneras de utilizarlo a lo largo de la representación— y observaba a través de una mirilla cómo se iban llenando las graderías. Escipión fue de los primeros en llegar y ocupó su puesto en la sección destinada a los dignatarios, acompañado por un séquito de amigos y colegas. Era un día apacible y el cielo estaba despejado, sin indicios de lluvia. El banquete había puesto al público de buen humor y todo el mundo estaba listo para pasar un buen rato. Con el estómago lleno y el calor del sol, el peligro era que cayeran dormidos.

Pero resultó que no hubo oportunidad para ello. Si un espectador hubiera dado una cabezada, se habría despertado al instante con las carcajadas del público. Los actores hicieron un trabajo sobresaliente. Kaeso nunca los había visto durante los ensayos atacar las frases de Plauto con tanto vigor; las carcajadas del público los inspiraban para superarse. Aquel día, algo que nunca había observado antes, Kaeso vio la prueba fehaciente de una creencia que Plauto le había confiado en una ocasión después de beber varias copas de vino: «¿Cuándo se torna sublime la comedia? Cuando existe en igual medida colaboración entre dramaturgo, actores y espectadores, cuando se integran todos en armonía para complacer a los dioses con la música de la risa humana. Cuando los hombres ríen, los dioses ríen y, durante un breve momento, este mundo miserable se torna no simplemente soportable, sino bello».

El aplauso al final de la obra fue ensordecedor. El público vitoreó a los actores, especialmente al que representaba al fanfarrón Pirgopolínices. Plauto subió al escenario para saludar varias veces. Luego Escipión, riendo y sinceramente sorprendido, fue puesto en pie a la fuerza y levantado en hombros por sus compañeros para recibir el agradecimiento de una multitud que lo adoraba.

Kaeso permaneció debajo del escenario, observando al público por su mirilla. En aquel momento le habría gustado están cerca de Escipión, pero aproximarse a él era imposible con todo aquel gentío. Vio que Escipión ordenaba alguna cosa a un joven esclavo, que diestramente se abrió camino entre la gente para llegar hasta la parte inferior del escenario.

El esclavo encontró a Kaeso y respiró hondo.

—Mi amo, Publio Cornelio Escipión, dice que te diga que desea felicitarte en persona pero que, con todos los actos del día, tiene que marcharse corriendo. Sin embargo, en tres días, cuando los Juegos hayan terminado, dice que será un honor que cenes con él.

—Por supuesto —dijo Kaeso—. Por supuesto que iremos. Plauto estará encantado.

El esclavo sonrió y negó con la cabeza.

—Mi amo te pide que vayas solo. Dice que ya lo festejará con el dramaturgo otra noche, pero que cuando terminen los Juegos quiere una cena tranquila en compañía de un viejo amigo.

Ningún poder en la tierra habría impedido que Kaeso se reuniera con Escipión la noche señalada.

—¡Qué torbellino! Me gustaría que mi padre hubiese estado aquí para verlo. —Escipión miró en el interior de su copa e hizo girar el vino. Kaeso tenía la impresión de que su amigo había bebido muy poco aquella noche. A lo mejor, el éxito de los Juegos ya le resultaba suficientemente embriagador.

—Tu padre está donde Roma necesita que esté, con tu tío, liderando las legiones en Hispania —dijo Kaeso—. ¿Has tenido noticias de ellos últimamente?

Escipión puso mala cara.

—La última carta de mi padre la recibí hace ya dos meses. Unos días después llegó una misiva de mi tío Cneo. Y desde entonces, nada. No hay ninguna noticia de Hispania. Sólo un largo silencio.

Kaeso se encogió de hombros.

—Los mensajes se pierden. Tu padre y tu tío son hombres muy ocupados y, de hecho, me sorprende que aún tengan tiempo para escribir de vez en cuando. Dicen que Hispania es un nido de víboras porque fue allí donde Aníbal tuvo su primera base de operaciones. Todo el mundo coincide en que en la guerra no hay campo de batalla más importante que aquél.

—O donde se combata más salvajemente. Llevan años allí intentando expulsar a los cartagineses. Según mi padre, si alguien nos odia más que Aníbal es su hermano Asdrúbal, que lidera a los cartagineses en Hispania.

Kaeso asintió, sin saber muy bien qué más decir. Le habría gustado un poco más de vino, pero beber más que el anfitrión era de mala educación. La copa llena de Escipión parecía un espejo oscuro donde poder centrar su mirada.

—En la última carta de mi padre —dijo Escipión—, se quejaba de la cobardía de los locales. Sus aliados celtibéricos desertaron por la noche del campamento romano. Argumentaron que en el otro extremo de la península tenía que celebrarse un cónclave tribal que requería su asistencia, pero era evidente que huían porque había corrido la voz de que un ejército de suesetanos bajaba de la Galia para reforzar al enemigo. —Escipión suspiró—. Antes de que sucediese eso, mi padre ya tenía la sensación de estar superado en número por los cartagineses y los númidas. ¡Esos bastardos africanos montan una caballería estupenda... tal y como aprendimos tan a nuestro pesar en Cannas! Los númidas han nacido a lomos de un caballo. Dice mi padre que en Hispania tienen un líder muy fuerte, un joven y audaz príncipe llamado Masinisa, que es quien le preocupa ahora, más incluso que Asdrúbal. —Escipión volvió a suspirar.

—A lo mejor este tal Masinisa era el verdadero ejemplo de soldado fanfarrón —dijo Kaeso. Para su tranquilidad, Escipión rió.

—¡Esa obra no tiene desperdicio! La verdad es que los miembros de tu compañía se han superado, Kaeso. Me han hecho sentirme muy orgulloso. He visto todas las demás comedias, pero ninguna de ellas me ha hecho reír ni la mitad que la tuya.

—Es Plauto quien debería llevarse los méritos. Pero, en su nombre, acepto agradecido tus palabras de elogio. ¡Por Plauto! —Kaeso levantó la copa. Escipión siguió su ejemplo y Kaeso se alegró al ver que apuraba la suya.

El vino pareció afectar a Escipión casi enseguida. A lo mejor, siendo habitualmente casi abstemio, era más vulnerable a la bebida que una persona mucho más acostumbrada, como Kaeso.

—Una obra espléndida —dijo, como en sueños—. Y las competiciones deportivas han sido también espléndidas. ¡Unas carreras de cuadrigas maravillosas! Las peleas de púgiles, las carreras pedestres y los lanzamientos de jabalina han sido excelentes. Me ha gustado en particular esa exhibición de lucha al estilo de los griegos, aunque los atletas no iban completamente desnudos, como les gusta a ellos. —Sonrió—. A lo mejor también lo habrías preferido tú, ¿no, Kaeso?

Kaeso balbuceó un instante, pero Escipión no parecía esperar una respuesta. Hablar de los juegos lo emocionaba.

—¿Qué te ha parecido el Banquete de Júpiter?

—Ha sido el mejor banquete público que recuerdo. Entregar vasijas con aceite de oliva a todos los asistentes ha sido un detalle muy bonito. Y el menú del segundo día era incluso mejor que el del primero.

—¿A que sí? Cerdo y aves de corral asados, brochetas de sabrosas cebollas y garbanzos con

garum[*]. ¿No te gusta el *garum*, Kaeso? Me refiero al *garum* del bueno, ni demasiado dulce, ni demasiado salado... no esa salsa barata de pescado en adobo que venden en el barrio de la Suburra, sino el que está bien fermentado, que es tan picante que te sube a la cabeza. Apostaría a que la mayoría de los que han asistido este año al Banquete de Júpiter no había probado nunca un *garum* tan bueno como el que yo les he dado. Cuando piensen en el mejor *garum* que han comido en su vida, siempre pensarán en mí.

—¿Y votarán por ti?

—¡Exactamente! —Escipión rió como un chiquillo y levantó un musculoso brazo para echar hacia atrás su mata de pelo de color castaño.

Kaeso pestañeó e intentó pensar en algo que decir.

—Los juegos deben de haberte costado una fortuna.

—¡Y tanto! Mi padre me suministró gran parte del dinero, pero no fue suficiente. ¡No puedes ni imaginarte la cantidad de gastos que hay! Ha sido como dirigir una campaña militar... logística, líneas de suministro, transporte. Me temo que he tenido que pedir bastante dinero prestado.

—¡Escipión! Me siento culpable pidiéndote ahora los honorarios que acordamos.

—Tonterías. Todo político se endeuda para financiar la diversión pública de los votantes. Para eso están los prestamistas. ¿Sabes? Me parece que voy a tomar un poco más de este vino tan bueno. ¡Al fin y al cabo, lo he pagado con el presupuesto de los juegos!

Escipión sirvió una copa más a los dos.

—¡Un brindis por nuestra amistad!

—Por nuestra amistad —musitó Kaeso, y apuraron ambos la copa.

Los ojos de Escipión brillaban con el resplandor de la luz de la lámpara.

—Valoro mucho nuestra amistad, Kaeso. No tienes nada que ver con los hombres con quien me relaciono hoy en día. Son todos tremendamente ambiciosos, siempre presionando para progresar, preocupados únicamente por las batallas y la política. Su vida no tiene más dimensión: la carrera política y nada más. Su matrimonio es simplemente un medio para alcanzar un fin, y lo mismo sucede con sus amistades. Y otro tanto con su formación: se dedican a memorizar unos cuantos párrafos para de vez en cuando dejar caer una cita previamente aprendida en un discurso, pero no aprecian ni la belleza de la escritura ni las ideas excelsas; no distinguen a Ennio de la *Ilíada.* Ni siquiera el culto a los dioses significa algo para ellos, exceptuando el papel que juega en el avance de su carrera.

Suspiró.

—Así es el mundo, me imagino, pero tú y yo, Kaeso, sabemos que en la vida hay algo más que la búsqueda de la riqueza y el honor. En nuestro interior hay una chispa de vida, única y distinta de todo lo demás, una especie de llama secreta que debemos amar y cuidar, igual que las vestales se ocupan y cuidan del fuego sagrado. A veces me cuesta recordarlo. A veces te envidio, Kaeso, por mantenerte apartado de la carrera política.

Kaeso consiguió reír e interrumpir así aquel discurso.

—Estoy seguro de que bromeas, Escipión. —Contempló a su amigo, admirando su belleza, tremendamente consciente de sus cumplidos y de la adoración que Escipión recibía de los demás, y le resultó muy difícil imaginar que Escipión pudiera sentir envidia de alguien.

El rostro de Escipión se puso serio. Posó la mano sobre la de Kaeso y lo miró a los ojos.

—No, Kaeso, no bromeo. Tu amistad es diferente de cualquier otra. Significa mucho para mí. *Tú* significas mucho para mí.

Kaeso miró la mano que seguía sobre la suya. Si se atrevía a mover el dedo índice, acariciaría el dedo índice de Escipión, un gesto inequívoco de intimidad.

—Me parece que toda esta conversación la está provocando el vino —susurró.

—Tal vez. Pero el vino es la verdad, dice el proverbio. ¿No sientes lo mismo por mí?

---

[*] El *garum* es una salsa hecha por maceración y fermentación en salmuera de vísceras y despojos de peces como el atún, la morena y el esturión. En la antigua Roma estaba considerado como un alimento afrodisíaco que sólo consumía la alta sociedad. *(N. de la T.).*

El pulso de Kaeso se aceleró. Se sentía mareado. De pronto, tenía la boca seca. «¡Vino, dame fuerzas para decir la verdad! », pensó. Pero ¿se atrevería a decir en voz alta lo que sentía por Escipión? No temía que su amigo se burlara o se echara a reír, o lo menospreciara o lo regañara, pero la más mínima expresión de pena o de desdén en el rostro de Escipión resultaría devastadora para él.

Kaeso abrió la boca para empezar a hablar. Levantó la vista, intentando mirar a Escipión a los ojos, pero su amigo estaba mirando más allá, a la esclava que acababa de entrar.

—¿Qué sucede, Dafne?

—Un mensajero, amo. Dice que es muy urgente.

Escipión resopló.

—Seguramente se trata de algún proveedor de los juegos que quiere cobrar.

—No, amo. Es un centurión. Trae un mensaje de tu tío en Hispania.

Escipión separó su mano de la de Kaeso. Se enderezó en su asiento. Cogió aire. Cualquier vestigio de embriaguez desapareció al instante.

—Dile a ese hombre que pase.

El centurión mostraba una expresión sombría. Le entregó a Escipión una tablilla de cera, de las que se utilizaban para escribir y reescribir misivas breves. Escipión se quedó un momento mirándola, luego movió la cabeza.

—No, léemela tú en voz alta.

El centurión vaciló.

—¿Estás seguro, edil?

—¡Léela!

El centurión deshizo las cintas y forzó las bisagras para abrir la tapa. Se quedó mirando durante un buen rato las diminutas letras grabadas en la cera y tosió para aclararse la garganta antes de hablar.

—«A mi sobrino Publio, envío noticias trágicas. Tu padre, mi querido hermano... —El soldado dudó durante un prolongado momento, luego empujó la mandíbula hacia fuera y continuó—. Tu padre, mi querido hermano, ha muerto. Cabalgando para enfrentarse a los suesetanos antes de que éstos pudieran alcanzar y reforzar a los cartagineses y los númidas, se encontró inesperadamente con los tres enemigos, uno tras otro. Se vio rebasado por el flanco enemigo. En el momento crítico de la batalla, combatiendo, dirigiendo a sus hombres, exponiéndose siempre que se vieron más presionados, fue alcanzado en el costado derecho por una lanza...».

Escipión gritó y presionó con fuerza el puño contra su boca. Pasado un instante, indicó con una señal al centurión que podía continuar.

—«Cayó del caballo. Los romanos perdieron todo su entusiasmo y salieron huyendo, pero la huida a través de las líneas de la caballería númida era imposible. Los únicos supervivientes fueron los que consiguieron mantenerse con vida hasta que cayó la noche, cuando la oscuridad puso fin a la batalla y les permitió eludir al enemigo.

»Sobrino, te expreso mis condolencias, pero en este momento no puedo escribir más. La muerte heroica de tu padre ha hecho que Asdrúbal y Masinisa se sientan más valientes que nunca. Nos presionan. Nuestros colaboradores hispanos se han esfumado. La situación es desesperada. ¡Júpiter, sé mi escudo! ¡Marte, sé mi espada! Hasta siempre, sobrino. Tu tío, Cneo».

Terminada la misiva, el centurión entregó la tablilla a Escipión, que la cogió pero parecía incapaz de fijar la vista en la cera. Dejó la tablilla en la mesa. Su voz sonó casi hueca.

—¿Es esto todo lo que manda mi tío? ¿No ha enviado ningún objeto de mi padre? ¿Un trozo de su armadura? ¿Algún recuerdo?

—Tu tío...

—¿Sí? ¡Habla!

—Tu tío también ha muerto, edil. Debido a las tormentas, me vi obligado a esperar muchos días para poder partir en barco desde Hispania. Y llegó otro mensajero justo cuando estaba embarcando. Traía noticias de la batalla en la que había fallecido Cneo Cornelio Escipión. El enemigo sitió su campamento y superó las defensas. Él se refugió en la torre vigía. Incendiaron la torre. El

comandante y sus hombres salieron de ella y murieron luchando. No sé más detalles, pero estoy seguro de que murió tan heroicamente como lo hizo su hermano antes que él.

Escipión mantenía la mirada fija en la llama oscilante de la lámpara que alumbraba la estancia. Su voz sonó extrañamente distante.

—Mi padre... mi tío... ¿muertos los dos?

—Sí, edil.

—¡Imposible!

—Te lo aseguro, edil...

—¿Y quién está ahora comandando las legiones en Hispania?

—No... no estoy seguro, edil.

Escipión permaneció un largo rato contemplando la llama. El centurión, acostumbrado a esperar órdenes, permaneció inmóvil y en silencio. Kaeso apenas se atrevía a mirar a su amigo -a la cara, temeroso de ver la angustia reflejada -en ella. Pero Escipión, con su pelo largo y sus atractivas facciones, parecía una efigie de Alejandro. Sin moverse, inexpresivo, siguió contemplando la llama.

Por fin se movió. Se incorporó y observó su cuerpo poco a poco con expresión de perplejidad, como si hubiera olvidado quién era y tuviera que examinarse para entenderlo. Entonces salió de la habitación.

Kaeso le siguió.

—¿Dónde vas, Escipión?

—Allí donde me reclaman los dioses —dijo Escipión, sin dar más explicaciones. Se detuvo en el vestíbulo para mirar los bustos de cera de sus antepasados. Entonces, sin cambiarse, vestido como iba con una sencilla túnica y zapatillas, abrió la puerta y salió de la casa.

Caminó sin detenerse por las calles oscuras y desiertas, descendió hasta el Foro y se dirigió hacia el camino que le conduciría a la cima del Capitolio. Kaeso le seguía a cierta distancia. En poemas y obras había leído sobre hombres poseídos por los dioses, pero él nunca lo había visto personalmente. ¿Estaría Escipión poseído por un dios? Su reacción ante las terribles noticias era tan extraña, sus movimientos tan controlados y deliberados, que a Kaeso le costaba creer que Escipión estuviera actuando por su propia voluntad.

Llegados a la cima del Capitolio, Escipión entró en el templo de Júpiter. Kaeso se detuvo a los pies de la escalinata. No le parecía correcto seguir a Escipión hasta el interior.

Kaeso esperó. El paisaje nocturno le resultaba desconocido y ligeramente misterioso. El sagrado recinto de los templos y las gigantescas estatuas permanecían inmersos en el silencio, como si los dioses estuvieran dormidos.

Pero no esperó mucho tiempo. Pronto llamó la atención de Kaeso el resplandor de unas antorchas. Se aproximaba un grupo de magistrados y sacerdotes, encabezado por el pontífice máximo.

El sacerdote lo saludó con un ademán de cabeza.

—Eres el joven primo de Máximo.

—Sí. Kaeso Fabio Dorso.

—¿Te has enterado? ¡Una catástrofe! ¡La peor derrota desde Cannas!

—Me he enterado de la noticia cuando estaba con el edil curul —dijo Kaeso en voz baja—. Lo he seguido hasta aquí.

—¿Está el joven Escipión en el interior del templo?

—Júpiter lo ha llamado.

—¿Que lo ha llamado?

—Eso es lo que ha dicho Escipión.

El pontífice máximo miró dubitativo las puertas abiertas del templo. Igual que Kaeso, él y los demás decidieron esperar a los pies de la escalinata. Pronto llegó más gente, pues la noticia del desastre había corrido rápidamente por la ciudad, igual que la de la vigilia en solitario que estaba guardando Escipión en el interior del templo. Poco a poco se congregó una multitud. El ambiente estaba lleno de murmullos de lamentación y gritos de dolor. La luz de las abundantes antorchas convirtió la noche en día. Si los dioses dormían, pensó Kaeso, habrían acabado despertándose.

Escipión salió por fin del templo. La gente gritó su nombre, junto con los de su padre y su tío, y clamó a Júpiter por su protección y salvación. Gran parte de la ansiosa y doliente multitud creía que Escipión había estado en comunicación con el dios y esperaba su mensaje.

Escipión permaneció un buen rato en el pórtico del templo, tan imperturbable y dando la impresión de que no se había percatado del gentío allí congregado, que Kaeso empezó a temer que su amigo hubiera perdido la cabeza.

De pronto, Escipión dio un paso al frente, levantó los brazos y gritó:

—¡Ciudadanos! ¡Callaos! ¿Acaso no oís la voz de Júpiter que os habla? ¡Callaos!

La multitud se quedó en silencio. Todas las miradas estaban clavadas en Escipión. Él ladeó la cabeza y respondió a la mirada del gentío con otra de desconcierto. Por fin, como si acabase de solucionar un rompecabezas, levantó las cejas y movió afirmativamente la cabeza.

—No, ninguno de vosotros puede oír lo que yo oigo... pero podéis oír mi voz, así que escuchad lo que tengo que deciros. ¡Ciudadanos! En una ocasión salvé la vida de mi padre en la batalla, hace mucho tiempo, junto al río Ticino. Pero cuando la combinación de la furia de nuestros enemigos lo rodeó por completo en Hispania, yo no estaba allí, y no pude salvarlo. Cuando volcaron su cólera contra su hermano Cneo, mi padre no estaba allí para ir en su rescate, y yo tampoco estaba.

»Mi padre ha muerto. Mi tío ha muerto. Las legiones de Hispania están destrozadas y sin un líder. Roma está indefensa contra nuestros enemigos del oeste. Si Asdrúbal consigue reunirse con su hermano Aníbal en Italia... si consigue sumar a sus fuerzas las de ese granuja númida llamado Masinisa... ¿Qué será de Roma? —En la multitud hubo gritos de alarma.

»¡Es algo que jamás debe suceder! —gritó Escipión—. Tenemos que suturar la herida sangrante sufrida en Hispania. Tenemos que expulsar de allí a Asdrúbal y a Masinisa. Debemos castigar a los suesetanos. Esta noche, aquí ante todos vosotros, en la escalinata de la morada del dios, hago el juramento que Júpiter me exige. Prometo ocupar el puesto de mi padre... si el pueblo de Roma considera adecuado dármelo. Prometo vengar su muerte. Prometo expulsar de Hispania a sus asesinos, y una vez cumplida esta tarea, prometo expulsar a ese demonio tuerto de Italia, junto con todos los mercenarios mestizos que luchen bajo su mando. En Oriente, Filipo de Macedonia será castigado por haberse aliado con nuestro enemigo. Llevaremos la guerra hasta Cartago. Haremos que se arrepientan de haberse atrevido a desafiar la voluntad de Roma.

»Tal vez me lleve muchos años conseguirlo, puede que me lleve todos los días que me quedan de vida, pero cuando haya acabado, me aseguraré de que Cartago nunca vuelva a suponer un peligro para nosotros. Hago esta promesa delante de todos vosotros, y hago esta promesa delante de Júpiter, el más grande de todos los dioses. A Júpiter, le pido fuerza. A vosotros, os pido que me otorguéis el puesto de mando de mi padre.

La multitud reaccionó. Los lamentos y las lágrimas se transformaron en gritos de euforia. La gente empezó a entonar:

—¡Enviad al hijo a Hispania! ¡Enviad al hijo a Hispania! ¡Enviad al hijo a Hispania!

Kaeso observó las caras de los magistrados y los sacerdotes situados al frente de la multitud. No se sumaron a los gritos, pero no se atrevieron a detenerlos. Los hombres más sabios podían argumentar que Escipión era demasiado joven e inexperto para ostentar un puesto de mando tan elevado, igual que había sido demasiado joven para ser nombrado, edil curul. Pero había pedido directamente al pueblo el mando de Hispania, ¿y quién dudaba de que fuera a recibirlo?

Kaeso inclinó la cabeza y se preguntó por su propia audacia. ¿Cómo podía habérsele pasado por la cabeza, aunque fuera sólo por un momento, poder pretender el afecto de un hombre tan amado por tanta gente? Destinado al triunfo o a la derrota, Escipión se había embarcado en un camino que Kaeso nunca podría pretender seguir.

—Creo que debo haberme sentido como debía sentirse la gente en presencia de Alejandro Magno —dijo Kaeso.

Plauto le lanzó una mirada irónica.

—¿Locamente enamorado de ese tipo, quieres decir? Kaeso le ofreció una sonrisa torcida.

—¡Qué idea tan absurda! —Incluso en el ambiente desinhibido de la casa del dramaturgo, se sentía incómodo hablando de sus sentimientos hacia Escipión.

—¿Tan absurda es? —dijo Plauto—. Todos los hombres de Alejandro estaban enamorados de él, ¿y por qué no? Decían que nunca hubo un hombre más bello o más lleno de fuego... de un fuego divino, de la chispa de los dioses. Y Alejandro amaba como mínimo a uno de ellos, a Hefestión, su compañero de toda la vida. Dicen que se volvió loco de dolor cuando Hefestión murió y por eso corrió a reunirse con su amado en el Hades. ¿Y quién dice que no podrías ser tú a Escipión, como Hefestión a Alejandro?

—¡No seas ridículo! Para empezar, Hefestión era tan atleta y tan guerrero como Alejandro. Además, los griegos son griegos y los romanos somos romanos.

Plauto movió la cabeza.

—Los hombres son iguales en todas partes. Por eso la comedia es universal. ¡Gracias a los dioses! Una carcajada es una carcajada, en Corinto o en Córcega... o en Cartago, me atrevería a decir. A todo hombre le gusta reír, comer, dejar su semilla y dormir luego a rienda suelta... normalmente en este orden.

Kaeso se encogió de hombros y bebió un poco de vino. El dramaturgo sonrió con afectación.

—Con chispa divina o no, tu amigo Escipión va rezagado en lo que a compromisos sociales se refiere. ¿No te dijo que me invitaría para celebrar nuestro éxito mutuo? Ha pasado casi un mes desde los Juegos Romanos y aún espero mi invitación a una cena.

—No puedes hablar en serio, Plauto. ¿Te imaginas lo ocupado que debe de estar Escipión preparándose para tomar el mando en Hispania? ¡No le queda tiempo para divertirse! Seguramente yo fui la última persona con quien se sentó y disfrutó de una cena.

—En este caso, tendrías que sentirte afortunado y honrado.

—Y así me siento. Pasará mucho tiempo, me imagino, antes de que Escipión vuelva a sonreír como sonrió aquella noche... relajado y feliz y sin apenas preocupaciones. Ahora, lleva sobre sus hombros todo el peso del destino.

Plauto movió afirmativamente la cabeza.

—Se ha impuesto una tarea muy difícil que hará de él alguien muy importante o lo destrozará.

—El tiempo lo dirá —susurró Kaeso. Rezó a Júpiter una oración en silencio para que cuidara de su amigo.

201 A.C.

Once años más tarde, Escipión había hecho realidad las promesas que le hizo en su día a Júpiter, a los espíritus de su padre y de su tío, y al pueblo de Roma.

Después de sus decisivas victorias en Hispania, Escipión inició la guerra en África y amenazó Cartago. Todo ello se hizo con fuertes objeciones por parte de Fabio Máximo, quien argumentó ante el Senado que Aníbal debía ser derrotado de una vez por todas en Italia antes que expulsado, y quien alertó sobre las incertidumbres y complicaciones que suponía una campaña africana. Pero la estrategia de Escipión fue un éxito brillantísimo. Presas del pánico, los cartagineses reclamaron la presencia de Aníbal, que seguía en Italia, para defender su ciudad. Igual que muchos aliados celosos y muchos súbditos de Roma habían traicionado a la ciudad, también traicionaron a Cartago muchos de sus vecinos. Escipión presionó y se benefició de la situación. La larga guerra alcanzó su momento decisivo en la batalla de Zama, a cien millas de Cartago.

Antes de la batalla, y en un intento final de negociación, Aníbal pidió hablar con Escipión y mantuvieron un encuentro personal en la tienda de éste. Durante un prolongado lapso de tiempo, ambos hombres enmudecieron tanto de odio como de admiración. Aníbal habló primero y solicitó la paz a pesar de lo amarga que sonaba la palabra en su boca. Ofreció condiciones ventajosas para

Roma, pero no lo bastante. Escipión deseaba una victoria, no un acuerdo. Su juramento ante Júpiter no quedaría satisfecho con menos.

Aníbal hizo una súplica final.

—Cuando yo inicié mi guerra contra Roma tú eras un niño. Has crecido. Y yo he envejecido. Tu sol está en ascenso. Yo tengo por delante el ocaso. Con la edad llega la fatiga, pero también la sabiduría. Escúchame, Escipión: cuanto mayor es el éxito de un hombre, menos puede confiarse en que dure. Fortuna puede cambiar el destino de un hombre en un abrir y cerrar de ojos. En estos momentos crees que en esta batalla saldrás triunfante, pero cuando empiece el derramamiento de sangre y la locura, todas esas probabilidades no contarán para nada. ¿Arriesgarás el sacrificio de tantos hombres y tantos años de lucha por el resultado de una sola hora?

Escipión no se dejó impresionar. Le comentó que Roma había hecho propuestas de paz en numerosas ocasiones, a las que Cartago siempre había hecho oídos sordos. La negociación había dejado de ser una alternativa válida. En cuanto a Fortuna, Escipión conocía muy bien sus caprichos. Se había llevado a sus seres más queridos, pero le había dado también una oportunidad para exigir venganza.

Aníbal regresó ileso al campamento cartaginés.

Al día siguiente, los dos generales más famosos, al mando de los dos ejércitos más poderosos del mundo, entraron en batalla. La encarnizada contienda fue una prueba de resistencia para ambos bandos. Escipión había rezado por una derrota aplastante; consiguió una simple victoria, pero una victoria, de todos modos. Derrotado, agotado, abandonado por Fortuna, Aníbal regresó enseguida a Cartago.

Las condiciones impuestas por los romanos fueron muy duras. Despojada de sus navíos de guerra y de sus reservas militares, y obligada a pagar importantes compensaciones, Cartago fue reducida a poco más que a un Estado dependiente de Roma. Por fin terminaba una guerra que había causado estragos en todo el Mediterráneo durante más de diecisiete años y Roma salía de ella más fuerte que nunca, con un poder que podía rivalizar con los legendarios egipcios o con los persas, en la cúspide de sus respectivos imperios. Los supervivientes que habían combatido y ganado la guerra podían merecidamente considerarse miembros de la generación más ilustre de la historia de Roma, y el más importante entre todos ellos era, sin lugar a dudas, Publio Cornelio Escipión, conocido en la posterioridad como el Africano: el conquistador de África.

—¡Se ha cortado el pelo! ¿Cuándo fue? Nunca lo había visto sin su larga melena de color castaño.

Kaeso hablaba con melancolía. A través de la mirilla, bajo el escenario, observaba las atiborradas graderías del Circo Máximo, donde Escipión acababa de ocupar su lugar de honor. La multitud se puso en pie y lo vitoreó mucho rato, gritando «¡Africano! ¡Africano!». Con el tiempo, los espectadores empezaron a sentarse y Kaeso pudo por fin ver con claridad al receptor de los vítores.

—¿Te sientes defraudado, jefe? —dijo Plauto, mientras realizaba una inspección de último minuto de la trampilla. Una tarea tan sencilla como aquélla le hacía resoplar sin parar; el paso de los años lo había hecho engordar de éxito—. ¿No le queda bien el pelo corto?

—¡Al contrario! Le sienta muy bien. —Kaeso entrecerró los ojos para ver mejor, su vista ya no era tan buena como antes—. Ya no parece un niño...

—¡Me lo imagino! Debe de andar por los treinta y cinco, como mínimo.

—Pero está más guapo que nunca. Ya no se parece tanto a Alejandro; más bien a Hércules, quizá. Creo que casi era demasiado bello, ¿sabes? Ahora tiene un aspecto más duro, más...

—¡Por Venus y Marte, deja ya de derretirte! —dijo Plauto, riendo—. No es más que un hombre.

—¿De verdad? ¿Viste la procesión triunfal?

—Un poco. Para mí es demasiado larga para aguantarla en su totalidad.

—¡Todos esos cautivos, todo ese botín! ¡El esplendor de su carruaje, la magnificencia de su

armadura! La gente gritando su nombre...

—Yo sólo me alegro de que decidiera incluir una tarde de comedia en los festejos... aunque debo admitir que me quedé un poco sorprendido cuando me pidió que para la ocasión resucitara *El soldado fanfarrón*.

—¿Por qué no *El soldado fanfarrón?* Le recuerda su primer cargo electo; la gente aún habla de los Juegos Romanos de aquel año. Y es una forma inteligente por su parte de demostrar que no se toma a sí mismo muy en serio. El público podría ver la obra como una parodia cariñosa del soldado más amado de Roma, un hombre que se ha ganado el derecho a fanfarronear, el invencible Escipión el Africano. Haciendo reír el público a sus expensas conseguirá que aún lo quieran más.

—Mientras que tú, mi querido jefe, creo que no puedes amar a Escipión más de lo que ya le amas.

Kaeso no respondió. Estaba inmerso en sus pensamientos, reflexionando sobre el espectacular éxito de Escipión. En comparación, su vida parecía desesperadamente monótona y deslucida: un matrimonio tranquilo pero desprovisto de amor, una hija a quien nunca se había sentido especialmente unido, una serie interminable de coqueteos con actores y esclavos jóvenes, y un sustento suficiente ganado gracias a su compañía de teatro y a su plantilla de escribas, especializados en copiar libros griegos para venderlos a las clases altas más cultas.

Plauto le dio una palmada en el hombro.

—¡Revienta ya, jefe! Llevas toda la vida siendo la sombra de Escipión. Lo has admirado, deseado, idolatrado, envidiado... todo, me imagino, excepto odiarlo.

—¡Nunca podría hacerlo!

—Ah, pues en eso eres distinto a los demás ciudadanos. Ahora lo adoran, lo veneran como a un dios, pero algún día se pondrán en contra de Escipión.

—¡Imposible!

—Inevitable. El público es inconstante, Kaeso. Sólo tú le eres fiel, como el responsable de un altar. ¡Escipión debería apreciarte más de lo que lo hace! ¿Te ha invitado a cenar, aunque sea una sola vez, desde que nos reunimos para hablar sobre los ensayos de la obra?

—Ha estado muy ocupado. —Kaeso puso mala cara. Entonces, el destello de un movimiento llamó su atención; uno de los actores había olvidado por qué lado tenía que hacer su entrada y estaba utilizando el pasillo que había bajo el escenario para cruzarlo. El actor era nuevo en la compañía y bastante joven; cada año eran más jóvenes. Era también espectacularmente guapo, con el pelo largo y ancho de hombros. Sonrió a Kaeso al pasar por su lado.

Plauto miró por encima del hombro, luego observó de nuevo a Kaeso y sonrió.

—Ah, sí, el chico nuevo, de Masilia. A pesar del corte de pelo de Escipión, veo que no has perdido por completo tu gusto por las bellezas de cabellos largos.

—Me imagino que no —admitió Kaeso, con una sonrisa esquiva.

La obra empezó en el escenario, sobre sus cabezas. Las pisadas de los actores en la tarima resonaban en sus oídos, pero no con tanta fuerza como las primeras carcajadas del público. En la penumbra, Kaeso estaba seguro de haber oído con claridad a Escipión, riendo más fuerte que nadie.

191 A.C.

—Parece que ya nunca coincidimos, excepto en el teatro —dijo Escipión—. ¿Cuándo fue la última vez que te vi, Kaeso? Debe de hacer un par de años, como mínimo.

La ocasión festiva era la inauguración de un templo en el Palatino dedicado a una nueva diosa de Roma: Cibeles, la gran madre de los dioses, a quien los romanos llamaban Magna Mater. Se decía que su culto se remontaba a épocas prehistóricas, pero no era originario de Roma, ni tan siquiera de Italia. Había sido importado a Roma por uno de sus nuevos aliados orientales, el reino de Frigia. Desde la derrota de Cartago, la expansión de la esfera de influencia de Roma había dado como resultado la llegada de nuevos habitantes, nuevos idiomas, nuevas ideas... y nuevas deidades.

Cibeles no tenía nada que ver con cualquier otra diosa que se hubiera visto en Roma hasta la fecha. La escultura del nuevo templo la describía vestida con prendas exóticas y adornada de la cabeza a los pies con testículos de toro. Junto con la estatua, también se habían importado de Frigia los sacerdotes de Cibeles. Eran los llamados *galli,* y se caracterizaban por algo que también era nuevo en Roma: eran eunucos.

Para celebrar el acontecimiento se habían organizado unos juegos y se había erigido también un teatro temporal delante del nuevo templo. La compañía de Plauto estaba a punto de estrenar una nueva comedia. Para esta representación, Kaeso había decidido sentarse entre el público en lugar de quedarse entre bambalinas, y había invitado a Escipión a sentarse a su lado. Antes de que le diera tiempo a responder la pregunta de su amigo, se produjo un pequeño barullo entre el público que los distrajo a ambos. Habían llegado los *galli* y estaban ocupando sus asientos de honor, no muy lejos de donde estaban sentados Kaeso y Escipión. Los sacerdotes iban llamativamente ataviados con turbantes rojos y largas túnicas de color amarillo. Llevaban esclavas en las muñecas y las mejillas maquilladas.

—¿Te imaginas a nuestros abuelos dando trabajo a eunucos extranjeros como sacerdotes? —preguntó Escipión—. Nuestros antepasados consideraban a los eunucos, si es que los tenían en consideración, única y exclusivamente como aduladores de reyes, medio hombres incapaces de engendrar, razón por la cual nunca podrían interponer a su descendencia por delante de los herederos del rey. Pero una república no tiene rey; en consecuencia, no tiene ninguna necesidad de eunucos. ¡Sin embargo ahora, gracias a Cibeles, tenemos eunucos en Roma! Son fascinantes, ¿verdad? He oído decir que son ellos mismos quienes se cortan los testículos. Lo hacen con tanto frenesí que ni siquiera se enteran. ¡Resulta sorprendente los actos a los que puede llegar un hombre por devoción religiosa!

Kaeso se estremeció al imaginarse a un hombre castrándose a sí mismo, pero sin darse cuenta se sorprendió contemplando a uno de los *galli,* un joven de ojos oscuros, excepcionalmente hermoso, con labios carnosos y una piel marmórea. Había oído decir que si la castración se producía después de haber llegado a la edad adulta, el apetito erótico perduraba. ¿Qué tipo de inclinaciones tendría un joven como aquél, un joven que había estado dispuesto a realizar algo así por su diosa? Kaeso no podía evitar sentir curiosidad.

Y comentó en voz alta:

—Si hay alguien que sepa de la Gran Madre y sus *galli,* ése eres tú, Escipión. Al fin y al cabo, fuiste tú quien les diste oficialmente la bienvenida a la ciudad y aceptaste el regalo de la piedra negra.

La piedra negra, más incluso que la estatua de la diosa, era la pieza central del nuevo templo. Se decía que había caído del cielo, y su forma describía toscamente una imagen más primitiva de la diosa, una masa amorfa que sugería la figura de una mujer sin facciones definidas y en avanzado estado de gestación. La piedra negra, además, no tenía nada que ver con cualquier cosa que se hubiera venerado en Roma hasta aquel momento, pero cuando los *galli* de la ciudad frigia de Pesinunte la ofrecieron como regalo, junto con su solicitud de establecer en Roma el culto a Cibeles, se encontró un verso en los Libros Sibilinos que pedía al pueblo de Roma que aceptara el regalo y diera la bienvenida a la nueva diosa.

Independientemente de su función religiosa, la importación de Cibeles tenía también una dimensión política. Los hombres clarividentes, como Escipión, creían que el futuro de Roma estaba en Oriente. Después de la derrota de Aníbal, los romanos volcaron su energía en vencer a Filipo de Macedonia, y lo habían conseguido con la ayuda de Frigia. La aceptación de la Gran Madre por parte de Roma reforzaría los vínculos con su nuevo aliado. Cuando la piedra llegó a Ostia en un navío, el verso de los Libros Sibilinos exigía que sólo el más grande de Roma la recibiera. Naturalmente, Publio Cornelio Escipión el Africano fue el elegido para ese honor.

Quizá porque estaba pensando en los *galli* y su sacrificio, acarició el *fascinum* dorado que llevaba colgado al cuello. Hacía muchos años que había dejado de lado aquella reliquia familiar y prácticamente se había olvidado, hasta que un día volvió a tropezarse con ella arreglando una caja donde guardaba objetos antiguos. El brillo del oro le llamó la atención y, como capricho, decidió

empezar a lucirlo de nuevo en ocasiones especiales, tal y como, según le habían contado, había sido la costumbre de sus antepasados.

El tacto con el *fascinum* desencadenó una nueva línea de pensamientos. Tosió para aclararse la garganta y le dijo a Escipión, en un tono informal:

—Con tantas religiones nuevas que llegan a Roma, algunas oficiales, otras... no tan oficiales, ¿qué opinas del llamado culto a Baco? Dicen que ofrece la iniciación a ritos secretos que prometen una liberación extática del mundo material.

Escipión lo miró de reojo y levantó una ceja.

—El culto a Baco es muy controvertido, por no decir algo peor. He oído hablar de él, como todo el mundo. Al parecer forma parte de un culto griego que venera a un dios del vino y de la locura. No sé cuánto de todo lo que he oído es creíble, o hasta qué punto está extendido el culto. Lo que sí sé es que el Estado no lo reconoce.

—¿De modo que no es ilegal?

—Técnicamente, no, me imagino. Pero, por lo que me han contado, los rituales extáticos del culto no son más que orgías de borrachos en las que se fomenta la realización de cualquier acto sexual posible. Además... —Escipión bajó la voz—, la iniciación de los hombres en este culto exige que se sometan a la penetración anal... ¡como si fueran esclavos! Me han dicho también que el culto no es más que una fachada detrás de la cual se oculta un grupo de criminales despiadados. Los supuestos sacerdotes y sacerdotisas son estafadores, chantajistas, asesinos incluso. —Escipión respiró hondo—. Te aconsejaría, Kaeso, que te mantuvieras alejado de cualquier culto que no sea oficial, ¡sobre todo del culto a Baco!

—Claro, por supuesto —murmuró Kaeso. Cambió rápidamente de tema—. ¡Ya soy abuelo!

Escipión sonrió.

—Eso me han dicho. Felicidades.

—Mi hija tuvo mucha suerte al casarse con el joven Menenio. Ningún hombre podría haberle dado un bebé tan precioso. Sólo me habría gustado que mi esposa hubiera seguido con vida para poder ver a la pequeña Menenia.

—Sí, sentí mucho lo de la muerte de Sestia.

Kaeso se encogió de hombros.

—A decir verdad, no fui un esposo para ella. Ni tampoco un padre para Fabia. Pero el papel de abuelo creo que me encaja. Adoro descaradamente a Menenia, como nunca adoré a su madre o a su abuela. ¿Y tú, Escipión? Acabas de tener una hija.

—¡Claro que sí! Y si piensas que adoras a Menenia, tendrías que verme a mí con Cornelia.

Kaeso movió afirmativamente la cabeza.

—Resulta curioso que tu hija y mi nieta sean casi de la misma edad.

—A lo mejor pueden ser amigas, igual que tú y yo hemos sido amigos, Kaeso.

—Me gustaría —dijo Kaeso—. Me gustaría mucho. —Examinó con detalle a Escipión. Su cabello de color castaño, que seguía llevando corto, estaba ahora salpicado de hilos de plata. De sus duras facciones había desaparecido cualquier rastro del joven que fue, excepto en los ojos, que a veces, cuando reía, brillaban con el exceso propio de su juventud. Y ésta era precisamente una de las razones por las que Kaeso había invitado a Escipión a sentarse a su lado en el teatro, porque le encantaba ver reír a Escipión.

El sonido de los aplausos y la agitación de los asistentes los distrajo de su conversación. Gran parte del público se levantó espontáneamente de sus asientos. Plauto acababa de entrar en el teatro y se disponía a ocupar el asiento que quedaba libre junto al de Kaeso. Con sesenta y tres años de edad, el dramaturgo de Umbría era el rey de la escena romana. El público lo conocía de vista y le regaló una ovación poniéndose en pie.

Los únicos que no lo reconocieron fueron los *galli.* Se miraron entre sí, perplejos, se levantaron también y se unieron al aplauso sin saber muy bien por qué.

Plauto abrazó a Kaeso y luego intercambió unas palabras de saludo con Escipión. Tomaron asiento los tres y los aplausos fueron apagándose gradualmente.

—Y bien, mi amigo de pies planos, ¿qué obra nos traes hoy? —dijo Escipión.

Plauto se encogió de hombros.

—Oh, una obra sin importancia que he titulado con el nombre de su personaje principal, un esclavo muy liante. Se titula *Pséudolo.*

—¿Sin importancia, dices? ¡Tu obra maestra! —declaró Kaeso.

—¡Dicho con toda la convicción que cabría esperar del propietario de la compañía! —Plauto se echó a reír—. Debo admitir que el diálogo resulta brillante en ciertos pasajes; pero no tiene la misma brillantez con que pueden relucir las palabras en la vida real. Me refiero, Escipión, al diálogo que mantuviste con tu viejo enemigo, Aníbal, cuando los dos os reunisteis cara a cara durante tu reciente misión en Oriente... si es que uno puede creer en los chismorreos que corren por ahí. ¿Se *puede* creer en esos chismorreos?

Escipión había contado antes la anécdota a Kaeso, cuando se habían encontrado fuera del teatro, pero gustosamente volvió a relatarla.

—Es verdad. Estando en Éfeso me enteré de que Aníbal también se hallaba casualmente allí y lo dispuse todo para reunirme con él. Nuestros espías dicen que lleva años dando vueltas por Oriente, ofreciendo sus servicios a cualquiera que esté dispuesto a desafiar a Roma. Y todo es debido a ese condenado juramento que le hizo a su padre; mientras quede un soplo de vida en su cuerpo, no dejará de confabular para nuestra caída. Hasta el momento, nadie se ha mostrado interesado en su propuesta. De hecho, creo que incluso se burlan un poco de él.

—¿Y de qué hablasteis? —dijo Plauto.

—De todo un poco. En un momento dado, le pregunté qué general, en su opinión, era el mayor de todos los tiempos.

—¡Una pregunta importante! —dijo Plauto—. ¿Y cuál fue su respuesta?

—«Alejandro», respondió Aníbal. Le pregunté entonces qué comandante situaría en segundo lugar, «Pirro», dijo. ¿Y en tercero? «A mí», declaró Aníbal. La verdad es que rompí a carcajadas. Le dije: «¿Y en qué puesto te situarías si me hubieses *derrotado?».* Aníbal me miró a los ojos y me respondió: «En ese caso, me habría colocado por delante de Pirro, e incluso también por delante de Alejandro... de hecho, ¡por delante de cualquier general que haya existido nunca!».

Plauto se dio una palmada en la rodilla.

—¡Escandaloso! La verdad es que nunca sería capaz de inventar un diálogo como ése, o a un personaje como Aníbal.

—Es adulación a la cartaginesa, ¿acaso no lo ves? —dijo Escipión—. Retorcida e indirecta. Pero... de todos modos me sentí adulado. —Suspiró—. Algún día, no me cabe la menor duda, Aníbal será asesinado, o acabará suicidándose. Pero no será obra mía, naturalmente, sino de los que vengan después de mí.

Kaeso negó con la cabeza.

—Nunca habrá otro hombre lo bastante grande como para ocupar tu lugar.

Escipión rió, con cierta tristeza, con cierta amargura.

—Dulces palabras, amigo mío, pero por desgracia cada día me hago más pequeño y el espacio que ocupo es más fácil de llenar. Noto que mi influencia está menguando. El mundo se ha cansado de mí, al igual que se ha cansado de Aníbal. La gente ya no se echa a temblar cuando oye mencionar su nombre, sino que sonríe burlonamente. Escuchan mi nombre y se encogen de hombros. Mis enemigos políticos me acechan como lobos, esperando la oportunidad para acabar conmigo con cualquier acusación falsa. Los mismos hombres de miras estrechas que asesinarán a Aníbal, tarde o temprano, acabarán llevándome al exilio, si pueden.

Kaeso estaba angustiado.

—¡No! No te creo. Estás en la cima de tu poder. Fuiste elegido para recibir la piedra negra de Cibeles. Se está construyendo un arco magnífico en tu honor, en el acceso a la colina Capitolina. El arco de Escipión el Africano permanecerá eternamente en pie como un monumento a tu gloria.

—Tal vez. Los monumentos perduran. Los hombres no. Y en cuanto a la gloria... —Escipión negó con la cabeza—. Cuando nos reunimos por vez primera, después de la batalla de Zama, Aníbal dijo una cosa que nunca he olvidado: «Cuanto mayor es el éxito de un hombre, menos puede confiarse en que dure». Ambos acabaremos arrinconados, Aníbal y yo, engullidos por el rápido

paso del tiempo. ¿Quieres ver el futuro? Mira allí.

Señaló a un senador que estaba entre el público, un hombre de unos cuarenta años de edad, tal vez un poco más joven que Escipión. Su cara delgada, vista de perfil, estaba dominada por una nariz ganchuda. Se hallaba inclinado hacia delante en una postura tensa, examinando a la multitud con mirada predatoria, como un ave rapaz.

—Mi Némesis: Marco Porcio Catón —dijo Escipión—. Un supuesto «hombre nuevo», el primero de su familia en ocupar un cargo por elección —añadió, con cierto desdén—. Pero su categoría de neófito no le impide calumniarme a la mínima oportunidad que se le presenta, y murmurar a mis espaldas sobre «acabar» la guerra con Cartago... como si tuviéramos algún motivo por el que querer atacar un puerto marítimo decrépito que ha sido desposeído de su adalid, su armada y sus colonias. Dice que tras la batalla de Zama mi actuación quedó desprestigiada, lindando con la incompetencia»; dice que no he conseguido nada considerándolo a largo plazo porque ni decapité a Aníbal, ni destruí por completo la ciudad de Cartago. Me vilipendia también en el plano personal; dice que me he «convertido en griego» porque me gustan las termas y el teatro. Dado el odio que Catón siente hacia todo lo que no es romano, me sorprende verlo hoy entre el público. ¿Qué es lo que hace hoy aquí, por Hades?

Justo en aquel instante, Catón se levantó de su asiento.

—¡Ciudadanos! ¡Ciudadanos! ¡Escuchadme! —gritó, con una voz tan potente y estridente que, al instante, consiguió la atención de todo el mundo.

—Ciudadanos, me conocéis bien. Soy Marco Porcio Catón. Empecé a servir a Roma a los diecisiete años de edad, cuando me enrolé en el ejército, en los tiempos en que ese sinvergüenza de Aníbal estaba viviendo su racha de suerte e incendió toda Italia. Desde entonces, he dedicado toda mi vida a la salvación de esta ciudad y a la conservación de la forma de vida romana. Hace cuatro años, me honrasteis eligiéndome cónsul y enviándome a Hispania; posteriormente, recibí un triunfo por pacificar la revuelta en aquellas tierras. Si se han producido más situaciones de malestar después de mi partida, pienso que podemos, sin duda alguna, atribuirlas a mi sucesor.

Escipión murmuró una obscenidad para sus adentros. Era Escipión quien había asumido el control en Hispania después de Catón.

—En cuanto a lo de ostentar un alto cargo, hay quien dice de mí que soy un «hombre nuevo» —dijo Catón—. ¡Pero en cuanto a la valentía y las gestas de mis antecesores, os aseguro que en esto soy tan viejo como cualquiera de ellos! De modo que espero que me prestéis vuestros oídos por unos breves momentos y reflexionéis sobre lo que os tengo que decir.

»¡Ciudadanos! ¿Qué hacéis hoy aquí? ¿Qué es este espectáculo decadente en el que habéis decidido tomar parte? Pensadlo bien: aquí estáis, reunidos para ver una obra basada en un original griego, representada en honor a una diosa asiática importada de una tierra gobernada por un rey.. ¡Y todo ello para que un grupo de eunucos extranjeros se sienta bienvenido! A todo esto yo digo: ¡no, no, no!

»¿Cómo se ha llegado a una abominación de este calibre? Os diré cómo. La riqueza y todos los vicios que surgen a partir de la riqueza, la avaricia, el amor al lujo, el oportunismo más craso... todo eso os está alejando de las virtudes honradas de vuestros antepasados. Miro a mi alrededor y veo en todas partes una moral distendida, formas de vida disipadas y pensamientos relajados. Y todo se resume en lo siguiente: estamos contaminando de manera deliberada la pureza de nuestro culto religioso, diluyendo y degradando nuestra veneración a los dioses antiguos que durante siglos han velado por nosotros.

»La situación va de mal en peor. Importar un sacerdocio de eunucos ya es malo de por sí, pero se empieza a hablar de cultos extranjeros más raros e insidiosos si cabe que se extienden entre el populacho. La obra que hoy vais a presenciar será mala, me atrevería a decir, un nuevo y nauseabundo compendio de obscenidades griegas. Y hace poco, algunos senadores, que deberían tener más juicio, han estado hablando sobre erigir un teatro *permanente* en Roma, construido en piedra. ¿Vamos los romanos a convertirnos en un pueblo tan ocioso y amante del placer como los griegos?

»¡Tú, allí, Marco Junio Bruto! —Catón señaló al pretor que patrocinaba los juegos—. ¿Qué diría

tu heroico antepasado, el que vengó el rapto de Lucrecia y derrocó a Tarquinio, el último rey, si pudiese ver este penoso espectáculo? ¿Ha alcanzado nuestra amada Roma cumbres de gloria sin parangón para caer ahora en un abismo de vergüenza?

»¡Ciudadanos, os lo imploro! ¡Si mis palabras han encendido en vuestros corazones aunque sea una minúscula chispa de patriotismo, haced lo que voy a hacer yo ahora y abandonad inmediatamente este lugar!

Catón recogió aparatosamente su toga. Después de dar unos pasos, se detuvo y miró hacia atrás.

—Ah, y una cosa más. ¡Cartago debe ser destruida! —Y con eso, salió del teatro, seguido por un numeroso cortejo.

Unas cuantas personas de entre el público siguieron su ejemplo, pero un número muy superior abucheó a Catón, que desapareció por la salida sin volver la vista atrás. La gente se agitó en sus asientos. Entre el público se extendió un murmullo.

Escipión se levantó de su asiento. No dijo nada para llamar la atención del público, pero poco a poco todas las miradas fueron a recaer sobre él. El público se quedó en silencio.

—¡Ciudadanos! Si el senador que acaba de aprovecharse de nuestra paciencia echando a perder la diversión propia de este acto no ha considerado adecuado atacarme personalmente, algo que por cierto suele hacer siempre de forma compulsiva, como si se tratara de un tic que no puede controlar, no me gustaría seguir poniendo a prueba vuestra paciencia dirigiéndome ahora a vosotros. Sin embargo, me siento obligado, ante todo, a decir lo siguiente: un hombre que deja un auténtico caos tras él no tiene derecho a poner en tela de juicio al hombre que lo sustituye. Pues igual que tuve que limpiar toda la porquería que dejaron los elefantes de Aníbal, también tuve que limpiar la porquería que Catón dejó tras él a su paso por Hispania.

El público estalló en carcajadas. La tensión dejada por la marcha de Catón se disipó al instante.

—En segundo lugar, si después de todos mis años de servicio al pueblo de Roma tengo algún derecho para hablar en su nombre, permitidme que me disculpe ante nuestros huéspedes de honor, los sacerdotes de la diosa Cibeles, por las calumnias que sobre ellos ha vertido el senador. Os lo aseguro, no todos los romanos son tan groseros y poco hospitalarios.

Los *galli,* que habían permanecido inalterables a lo largo de toda la arenga de Catón, sonrieron y movieron afirmativamente la cabeza en reconocimiento a la cortesía de Escipión.

—Del mismo modo, permitidme que me disculpe por las toscas palabras que mi colega te ha dirigido, Marco Junio Bruto, patrocinador generoso de estos festejos. En lugar de citar a tu gran antepasado para apoyar su dudosa tesis, mejor habría hecho citando el ejemplo de alguno de sus antepasados famosos. Oh, perdón, lo olvidaba... Catón no tiene antepasados famosos.

Bruto rió y gritó:

—¡Eso, eso! ¡Bien dicho, Africano!

—Y en cuanto a las demás estupideces que han salido de la boca del senador, sólo diré una cosa. —Escipión hizo un ademán en dirección a Plauto—. Aquel terrible año de Cannas, ni toda la furia de Aníbal fue capaz de detener la representación de la obra de este dramaturgo. Estoy seguro de que una pataleta de Catón no lo impedirá hoy. ¡El espectáculo debe continuar!

Riendo y aplaudiendo, el público se puso en pie y regaló a Escipión una gran ovación.

La respuesta de la muchedumbre tranquilizó a Kaeso. Aquí estaba la prueba, pensó, de que los tenebrosos miedos de Escipión sobre el futuro eran totalmente infundados. ¡Pero vaya carga la que tenía que soportar su amigo con los abusos continuados de hombres como Catón! Fueran cuales fueran lo pequeños problemas de Kaeso, al menos él no tenía que preocuparse por rivales sin escrúpulos que se confabulaban para verle caer. A lo mejor, llevar una vida insignificante tenía su lado bueno. Pensó en las palabras de Aníbal a Escipión, pero cambió el sentido de su significado. Murmuró en voz alta: «Cuanto más *pequeño* es el éxito de un hombre, más confianza puede haber en que dure».

—¿Qué has dicho? —preguntó Plauto cuando la ovación empezó a aminorar.

—Nada —dijo Kaeso—. Nada de nada.

La obra fue un éxito tremendo.

Una vez terminada, Kaeso declinó la invitación para celebrarlo en casa de Plauto. Cojeando

ligeramente, se fue solo. Los festejos oficiales de la jornada habían acabado pero seguía habiendo mucha gente por todas partes. Kaeso se vio empujado por la muchedumbre. En más de una ocasión, tuvo que esquivar un charco de vómito dejado por alguien que se había sobrepasado con las celebraciones. Pero él apenas se daba cuenta de aquellas molestias; como siempre le sucedía después de ver a Escipión, se sentía inquieto y agitado, su mente se veía ocupada por pensamientos sobre cómo habría sido su vida de ser un hombre distinto con un destino distinto, un hombre como Escipión, o un hombre que podría haber sido compañero de armas de Escipión, merecedor de compartir sus aventuras, su gloria, su tienda...

A medida que se acercaba a su destino, una casa en la colina del Aventino, la avalancha de gente fue disminuyendo. Las calles estaban casi vacías. Suspiró aliviado, feliz de haber salido de los apretujones y consciente de que el lugar hacia donde se dirigía le ofrecería alivio a todas sus preocupaciones terrenales.

En una calle respetable de un barrio respetable, llegó a una casa que tenía todas las ventanas cerradas. Llamó a la puerta. Se abrió la mirilla. Había olvidado la contraseña por un momento, pero recuperó enseguida la memoria.

—En el monte Falerno, en la Campania, crecen las vides de las que nace el vino de Falerna. — La frase se cambiaba a menudo, pero siempre tenía algo que ver con el vino, pues el vino era el regalo de Baco al ser humano y un elemento esencial de su culto.

Se abrió la puerta y se cerró rápidamente de nuevo después de que entrara Kaeso. El patio estaba cerrado, igual que todas las ventanas, protegidas por pesados postigos para que los ruidos no molestaran a los vecinos. Como resultado, el interior se hallaba casi oscuro y en silencio, exceptuando la tenue iluminación que proporcionaban las lámparas. Los sonidos procedentes del interior quedaban extrañamente amortiguados.

Entre esos sonidos destacaba la música exótica que provenía de panderetas y flautas. La melodía era a ratos lánguida y soñolienta, luego rápida y frenética. Entre las sombras surgían rostros familiares, masculinos y femeninos. Sonreían e inclinaban la cabeza en deferencia a él.

—Bienvenido seas, sumo sacerdote —decían al unísono. Uno de ellos le susurró al oído:

—Acaba de llegar un nuevo acólito y espera la iniciación.

Kaeso separó los brazos de los costados hasta dejarlos caer paralelos al suelo. Hombres y mujeres lo desnudaron, luego ungieron su cuerpo desnudo, de la cabeza a los pies, con un aceite de olor dulce. Le acercaron a los labios una copa llena de vino. Kaeso echó la cabeza hacia atrás y lo bebió. El vino se derramó por las comisuras de su boca y resbaló hasta el pecho, donde ávidas lenguas lo lamieron hasta apurarlo. Las manos se deslizaban por sus hombros, su pecho, sus caderas y sus nalgas, acariciándolo, sobándolo, excitándolo.

Lo tomaron por ambas manos para guiarlo hacia una estancia que olía a sudor e incienso. La música sonaba allí más suave, un cántico insistente en el que se invocaba el nombre de Baco. Una nube de incienso llenaba la habitación, así como cuerpos cálidos y desnudos apretados los unos contra los otros. Presidiendo la multitud, colocada sobre un pedestal elevado, la estatua del dios Baco, la deidad del vino y de la euforia, con hojas de parra entre el cabello y una sonrisa de dicha en su cara barbuda.

Kaeso levantó la vista hacia al dios con reverencia y gratitud. La llegada del culto a Roma había marcado el inicio de una nueva época en su vida. En el cálido y secreto abrazo del dios, Kaeso había encontrado por fin el significado de su existencia.

De pronto, Kaeso experimentó un vahído, similar a los que a veces precedían a sus ataques de epilepsia, pero no sintió ningún tipo de ansiedad. Los sacerdotes y las sacerdotisas de Baco le habían explicado que su dolencia no era una maldición, sino una señal de los favores especiales que recibía por parte del dios. Igual que Escipión había disfrutado siempre de una relación especial con Júpiter, Kaeso había descubierto por fin su particular vínculo con el dios Baco.

La sensación de vahído disminuyó. En esta ocasión, el dios había considerado adecuado pasar a través de su cuerpo sin que perdiera el conocimiento.

Alguien le susurró al oído:

—Sumo sacerdote, el iniciado está preparado para el ritual. Notó que alguien agarraba con

decisión su rígido sexo y otra voz le susurraba al oído:

—¡Y tú estás preparado también para el iniciado!

Kaeso acarició el *fascinum* que colgaba sobre su pecho desnudo. Cerró los ojos con fuerza. Paso a paso, los acólitos lo guiaron hasta que su sexo se encontró con unas nalgas que le ofrecían resistencia y luego fue engullido por un abrazo convulsivo. Oyó el grito amortiguado del iniciado, seguido por un gimoteo y un gruñido. Kaeso sucumbió a aquel estado de dicha.

¿Quién era el iniciado que tenía frente a él? ¿Hombre o mujer, joven o viejo? No lo sabía. Tras sus ojos cerrados era a Escipión a quien veía, a Escipión cuando aún llevaba el pelo largo y ni una sola cicatriz de guerra había echado a perder su perfecta belleza. Era en Escipión en quien hundía todo el amor y el deseo que llevaba dentro.

Incluso en pleno éxtasis, sabía que la visión de Escipión no era más que una fantasía. Pero la dicha era auténtica. Cuando ya todo estaba dicho y terminado, sólo aquellos breves momentos de liberación eran reales. Todo lo demás era ilusión. La gloria terrenal carecía de sentido; así lo había admitido el mismo Escipión. Él había llegado a una cima de supuesta grandeza desconocida para los demás hombres, pero ¿había alcanzado Escipión los placeres inenarrables que Kaeso había experimentado desde que se había unido al culto de Baco?

183 A. C.

Kaeso acarició su pelo cano y cerró los ojos para descansar la vista un momento. En los últimos años su visión se había debilitado mucho. Cuando era más joven, incluso pasados los cuarenta, podía leer sin ningún esfuerzo los poemas de Ennio y las comedias de Plauto, por pequeñas que fueran las letras. Ahora, por mucho que forzara la vista, le resultaba casi imposible leer cualquier texto que tuviera ante él. La lectura era tarea de su secretario, naturalmente, pero Kaeso quería asegurarse de que no se cometían errores.

Había decidido liquidar todos sus bienes. Había encontrado un grupo de compradores para su compañía de teatro y luego iría vendiendo poco a poco a todos los escribas que tenía en plantilla. También estaba repasando su testamento, aunque sus cláusulas eran muy sencillas: todas sus propiedades pasarían en depósito a su nieta, Menenia.

Kaeso abrió los ojos y observó su estudio, los casilleros llenos de pergaminos. Con el paso de los años había acumulado una biblioteca de considerable tamaño, en previsión de los largos años de jubilación en los que sus muchos libros serían su compañía.

Entre los casilleros había un pequeño santuario, un altar de piedra sobre el cual se encontraba una escultura en miniatura de Baco. Kaeso observó durante un largo rato los ojos sonrientes del dios, luego apartó la vista.

—Creo que hemos terminado. Puedes irte —le dijo a su secretario—. Que venga Cleto.

El secretario se retiró. Momentos después, entró en la estancia un atractivo esclavo joven, de anchas espaldas y cabello largo. —Cleto, hoy me apetece dar un paseo.

—Por supuesto, amo. Hace buen tiempo. —El esclavo ofreció a Kaeso un musculoso antebrazo a modo de apoyo. En realidad, Kaeso no necesitaba ayuda, pero le gustaba ir del brazo de Cleto.

Juntos, dieron un largo paseo por la ciudad.

En primer lugar, Kaeso visitó el arco que se había erigido para conmemorar las victorias de Escipión, llamativamente instalado en el camino que conducía a la cumbre del Capitolio. Los relieves que describían los triunfos del Africano eran tan magníficos como los recordaba. Era un monumento digno de su amigo.

A continuación, se aventuró hacia la necrópolis que se encontraba fuera de la ciudad, junto a la puerta Esquilina, donde depositó unas flores en el humilde monumento funerario de Plauto. Aquel día era el primer aniversario del fallecimiento del dramaturgo. Kaeso lo echaba mucho de menos... sus sutiles comentarios, su agudo ingenio, su inquebrantable fidelidad hacia sus amigos. Al menos, las numerosas obras que Plauto había escrito seguirían con vida; Kaeso tenía copias de todas ellas.

Apoyado en el brazo de Cleto, pues ahora sí que empezaba a sentirse un poco cansado, Kaeso se encaminó hacia la colina del Aventino como destino final de su excursión. En las cercanías del Circo Máximo se percató de la presencia de un grupo muy animado de hombres. Por la forma en que todos hablaban a la vez, debían de estar comentando alguna noticia importante. ¿Serían noticias tristes o alegres? A Kaeso le costaba adivinarlo por la expresión de sus caras.

Reconoció entre aquellos hombres a un viejo conocido, Lucio Pinario, y envió a Cleto a preguntarle qué sucedía.

—¿Qué sucede, Lucio?

—¿No te has enterado?

—No estaría preguntando de saberlo.

—Aníbal ha muerto.

Kaeso respiró hondo. Tan sencillo como aquello: Aníbal ha muerto. Era como escuchar que el mar se había secado o que la luna había caído del cielo. Pero debía ser verdad. ¿Qué otra cosa podía ser más sencilla o más inevitable? Aníbal había muerto.

—¿Cómo?

—Suicidio. Sesenta y cuatro años de edad, y aún tramando contra nosotros, intentando crear problemas en Grecia y en Asia. El Senado se cansó al final de su traición y envió una fuerza militar para extraditarlo. Me imagino que no pudo afrontar la humillación de ser juzgado y ejecutado. Se envenenó. Pero antes de morir, dictó a un escriba sus últimas palabras: «Pongamos fin al gran deseo de los romanos, que consideran demasiado largo y penoso esperar la muerte de un viejo a quien aborrecen».

—Un amargo final.

—Y muy necesario. Escipión el Africano...

—Sí, lo sé: Escipión debería haberle matado cuando tuvo la oportunidad y destruir Cartago hasta no dejar nada de ella. ¡Pero no pienso oír ni una sola palabra contra la memoria de mi querido amigo fallecido, y mucho menos hoy!

Kaeso se alejó de Pinario. Llamó a Cleto para que le prestara su brazo y poder marchar de allí.

¡Qué profético había sido Escipión! Todo había sucedido tal y como él lo había vaticinado. ¡Pero qué golpe del destino que los dos mayores generales que en su día dominaron el mundo como titanes hubieran muerto en el mismo año!

Con la ayuda de Cleto, Kaeso fue ascendiendo la cuesta del Aventino hasta llegar por fin a la humilde casa de Ennio. El poeta vivía solo, con la ayuda de una única esclava. La mujer le abrió la puerta a Kaeso y lo acompañó hasta el estudio de Ennio. Cleto se quedó esperando en el vestíbulo.

—Supongo que te has enterado de la noticia —dijo Kaeso.

—¿De lo de Aníbal? Sí. —El poeta, que no le daba ninguna importancia a la vestimenta y que siempre había necesitado un buen corte de pelo y un afeitado, lucía un aspecto más andrajoso de lo habitual—. No creo que Aníbal necesite un epitafio para su tumba. Por lo que me han dicho, murmuró su epitafio al expirar.

Kaeso sonrió.

—¿Y cómo llevas el epitafio de Escipión? ¿Lo has terminado ya? —Pues sí. Está listo para ser cincelado en su monumento funerario. Fue un gran honor para mí que en su testamento pidiera que fuese yo quien lo compusiera.

—¿Quién si no? Siempre fuiste su poeta favorito. ¿Y bien?

Ennio le entregó un trozo de pergamino.

Kaeso puso mala cara.

—Sabes que no puedo leerlo. Recítamelo en voz alta.

Ennio tosió para aclararse la garganta.

> *El sol que se alza por encima de las marismas más orientales del lago Maeotis*
> *no ilumina a ningún hombre que me iguale en hazañas.*
> *Si algún mortal ascendiera al cielo de los inmortales,*
> *sólo para mí permanecerá abierta la puerta de los dioses.*

Kaeso se quedó con una sonrisa ambigua.

—Un poco grandilocuente para mi gusto, pero justo lo que Escipión habría querido. ¿Y dónde está ese lago Maeotis?

Ennio levantó una ceja.

—En las aguas que se encuentran más allá del mar Euxino, en los extremos del mundo civilizado. No tengo recuerdos de él en esta vida, pero creo que en mi primera vida sí debí de ir allí; naturalmente, nunca pude ver la salida del sol, pues en esa encarnación era ciego.

Kaeso asintió. Desde que se había hecho seguidor de las enseñanzas del filósofo griego Pitágoras, Ennio estaba convencido de la transmigración de las almas. Estaba seguro de que había iniciado su existencia en el cuerpo de Homero, el autor de la *Ilíada*. Entre sus otras encarnaciones estaba un pavo real, grandes guerreros y también Pitágoras.

Ennio seguía hablando, pero Kaeso, que se aburría con aquellas divagaciones, dejó vagar su mente. Sus pensamientos volvieron a Escipión. ¡Con qué precisión había vislumbrado su amigo su destino! Al final, sus enemigos lo habían superado. Consiguió una última victoria militar, una exitosa campaña contra el advenedizo rey Antíoco, que pretendía desafiar la hegemonía romana en Grecia. Pero fue una victoria pírrica; cuando Escipión regresó a Roma fue acusado de aceptar sobornos del rey y conspirar para unirse a él como cogobernante. Ninguna acusación podía ser más irrecusable para un político romano que la de querer convertirse en rey. El cerebro de aquel pleito era Catón, naturalmente. Pero en lugar de enfrentarse a un juicio, Escipión decidió retirarse a su finca privada en Literno, en la costa sur de Roma. Detrás de los gruesos muros, con una colonia de veteranos fieles que lo protegían, se retiró de la guerra, de la política y de la vida. Desconsolado y amargado, cayó enfermo y murió a los cincuenta y dos años de edad. Y ahora, menos de un año después, moría también Aníbal.

—Dos gigantes, acosados hasta su muerte por hombres inferiores —murmuró Kaeso.

—Si quieres mi opinión, Escipión hizo bien en retirarse —dijo Ennio—. Roma se ha convertido en un lugar amargo. La atmósfera está envenenada. Ahora están en la cúspide reaccionarios de miras estrechas, como Catón.

Kaeso asintió.

—Los gustos de la gente también han cambiado. Lo veo en el teatro. Se acabaron las comedias de Plauto. Ahora tenemos tragedias de Ennio. La gente abandona el teatro con un humor sombrío, en consonancia con los tiempos sombríos que vivimos.

Ennio refunfuñó.

—Me encantaría escribir una comedia, si viese algo de lo que poder reírme. ¿Cómo hemos llegado hasta aquí? ¿Recuerdas el júbilo de la gente cuando finalmente vencimos a Cartago, la infinita sensación de bienestar y camaradería? Luego vinieron nuestras victorias en Oriente, días apasionantes, con riquezas infinitas y excitantes nuevas ideas que llegaban a Roma. Pero todo cambió muy rápidamente. El pueblo empezó a inquietarse. Hombres como Catón manipularon su miedo y el resultado fue un terrible contragolpe. —Ennio suspiró—. Me imagino que la peor manifestación de ese contragolpe fue la estremecedora represión del culto a Baco.

Kaeso se quedó rígido. Abrió la boca para cambiar de tema, pero Ennio sólo había iniciado su discurso.

—¡Qué horribles fueron aquellos días! La investigación oficial, las absurdas acusaciones de crímenes y conspiración contra el Estado, la proscripción del culto y de todos sus miembros. Miles de hombres y mujeres ejecutados, obligados a exiliarse, conducidos al suicidio. El odio que se desencadenó contra aquella pobre gente fue repugnante y no se pudo hacer absolutamente nada para detenerlo. ¡Si pronunciabas una palabra contra la investigación, te acusaban de simpatizante y eras perseguido como ellos! Yo nunca tomé parte en ese culto, pero conocía a hombres que sí lo hacían, e incluso esa sutil relación me puso bajo sospecha durante un tiempo. Estaba aterrorizado.

»Y aun así, hay vestigios del culto que sobreviven. Se ha producido una nueva serie de arrestos. Justo el otro día fui testigo de uno, en esta misma calle. La escena me resultó familiar: el acusado, aturdido, temblando de miedo, arrastrado fuera de su casa por imperturbables lictores. Mientras, el

esclavo de la familia que había traicionado al pobre desgraciado, se mantenía a un lado, tratando de no parecer culpable. ¡Un espectáculo escalofriante!

Kaeso no pudo aguantar más. Se levantó de pronto y le dijo a Ennio que tenía que irse.

—¿Tan pronto? Esperaba...

—Me temo que no tengo tiempo. Simplemente quería escuchar el epitafio de Escipión. Gracias. Pero tengo que irme, de verdad. Espero visita, a última hora.

—¿Invitados a una cena?

—No exactamente.

Ya en casa, cansado después del largo paseo, Kaeso se sentó solo en su estudio y observó los muchos pergaminos que llenaban su biblioteca; eran como viejos amigos a quienes debía una triste despedida. Se aseguró de que el testamento estuviera donde tenía que estar. Pese a no poder leerlo, encontró el párrafo que había ordenado subrayar a su secretario aquella misma mañana. Mencionaba muy concretamente el *fascinum* y su deseo de que Menenia lo luciera en ocasiones especiales y que, cuando lo hiciera, recordara a su querido abuelo. Kaeso se quitó el talismán que llevaba colgado al cuello y lo dejó sobre el testamento.

Cogió una jarra y se sirvió una copa de vino, un excelente vino de Falerno, y vertió dentro unos polvos. Con la copa en la mano, se arrodilló frente al altar de Baco. Besó la estatua del dios y esperó.

No tardó mucho en oír que llamaban a la puerta principal de la vivienda. Unos momentos después, Cleto entraba corriendo en el estudio.

—Hombres armados, amo. Solicitan entrar.

—Sí, estaba esperándolos.

—¿Amo? —Cleto se quedó lívido.

—¿No es a esta hora cuando les dijiste que vinieran? Ayer te oí hablar con un tipo en el Foro. ¿Por qué me has traicionado?

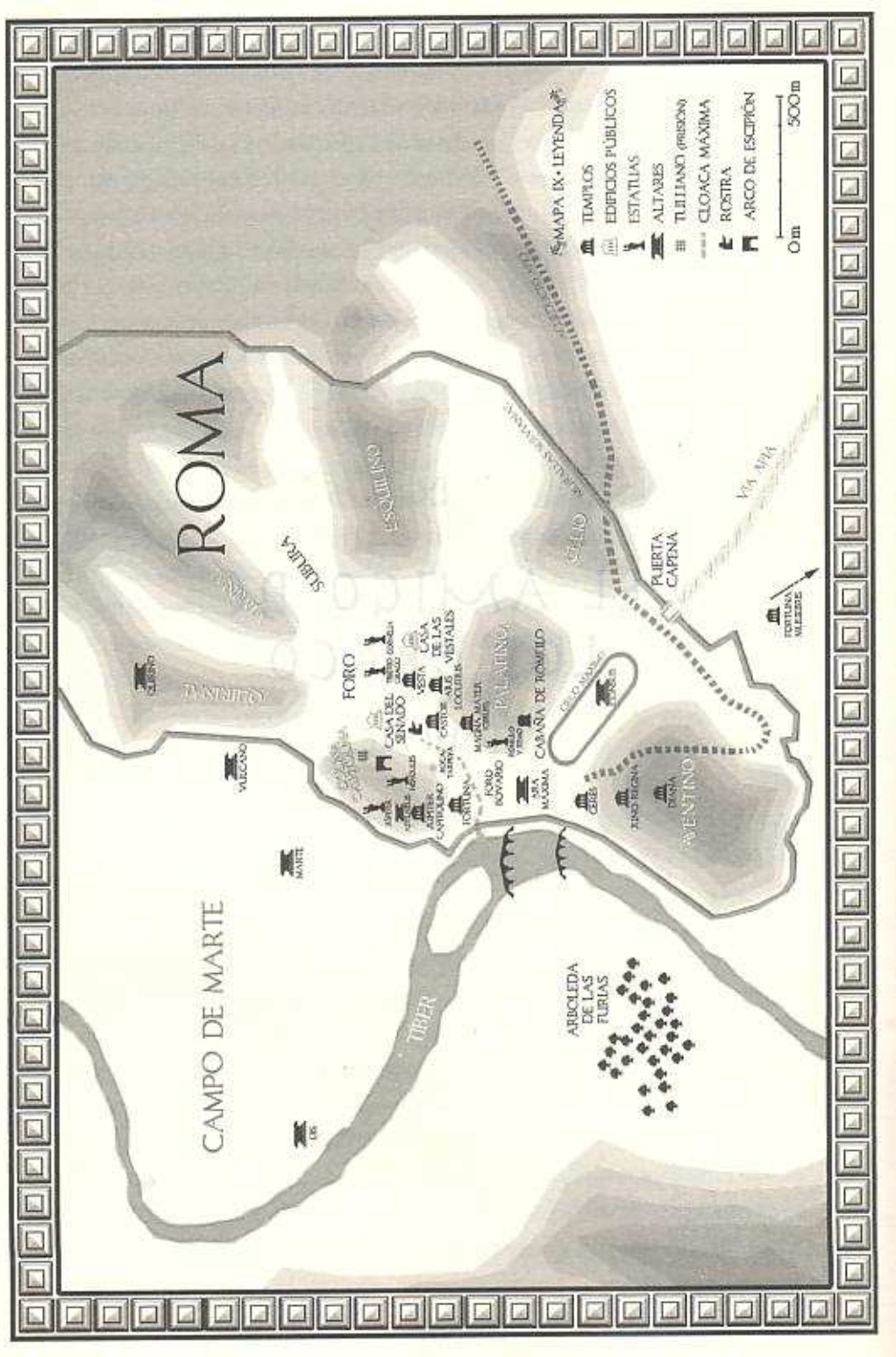
Hubo ruidos en el vestíbulo. Los lictores se habían cansado de esperar en la puerta. Cleto apartó la vista, incapaz de esconder su culpabilidad.

Kaeso bebió el veneno rápidamente. Moriría con el sabor de la cosecha favorita del dios en los labios.

IX

EL AMIGO DE LOS GRACO

146-121 a.C.



Hija, madre, esposa, viuda... Y pronunciando cada palabra, Cornelia levantaba un dedo de cada mano, un gesto de orador que había visto realizar a su padre. Cornelia era muy joven cuando su padre murió pero, aun así, le había dejado una huella indeleble y en ella revivían muchos de los gestos y expresiones de su padre, incluso sus juegos de palabras. Había heredado también la famosa belleza de su padre. Ahora, con casi cuarenta años de edad, Cornelia era una mujer increíblemente bella. Su cabello de color castaño brillaba con reflejos rojizos y dorados bajo la resplandeciente luz del sol que moteaba el jardín.

—Hija, madre, esposa, viuda —repitió—. ¿Cuál es el principal papel de la mujer en la vida? ¿Qué opinas, Menenia?

—Pienso... —Su amiga sonrió con cierta timidez. Menenia era de la misma edad que Cornelia e, igual que Cornelia, era viuda. Aun sin ser tan bella, se movía con suma elegancia y las cabezas se volvían tanto hacia ella como hacia Cornelia cuando entraban juntas en alguna parte—. Pienso, Cornelia, que has olvidado una categoría.

—¿Cuál?

—Amante. —Con una mano, Menenia acarició el talismán que llevaba colgado al cuello, un antiguo *fascinum* que había heredado de su abuelo. Con la otra mano, acarició con delicadeza el brazo del hombre sentado a su lado y los dos intercambiaron una mirada larga y cómplice.

Blosio era un filósofo nacido en Cumas. Con su cabello largo y canoso y su barba recortada, desprendía un aire de dignidad equiparable al de Menenia. Cornelia se sintió conmovida por aquella chispa especial que existía entre su más querida amiga y el tutor de sus hijos. Eran dos personas adultas y maduras que habían superado con creces la edad de los romances apasionados, pero ambos habían encontrado no sólo una pareja, sino también un alma gemela.

—¿Qué te ha llevado a formular esta pregunta? —dijo Blosio. Como pedagogo de la escuela de los estoicos, tenía la costumbre de devolver las preguntas en lugar de responderlas.

Cornelia cerró los ojos y levantó el rostro en dirección a la cálida luz del sol. Era un día tranquilo en el Palatino y se oía el trino de un pájaro en los tejados.

—Reflexiones triviales. Estaba pensando que Menenia y yo perdimos a nuestros padres a temprana edad. Y que ambas somos viudas, después de habernos casado y haber enterrado a esposos considerablemente mayores que nosotras. Después de la muerte de mi padre, mis parientes acordaron que me casara con el viejo y querido Tiberio Graco. Y tú fuiste la segunda esposa de Lucio Pinario, ¿verdad?

—La tercera, de hecho —dijo Menenia—. El pobre buscaba más una cuidadora que una yegua que le diera descendencia.

—Pero aun así, te dio un hijo envidiable, el joven Lucio.

—Sí. Y Tiberio te dio muchos hijos.

—Doce, para ser exactos. Todos ellos maravillosos para mí. ¡Por desgracia, sólo sobrevivieron tres!

—Pero esos tres son unos hijos admirables —dijo Menenia—, y en gran parte gracias a las enseñanzas de Blosio. —Apretó la mano de su amante—. Tu hija Sempronia está ya felizmente casada, y el mundo espera grandes cosas de tus hijos Tiberio y Cayo.

Cornelia asintió.

—Creo que, al menos por lo que a mí se refiere, hemos respondido a la pregunta que se ha planteado. Ya que no tengo ni padre ni esposo con vida, y ya que no tengo tiempo para amantes, la maternidad se ha convertido en mi papel principal. Mi logro serán mis hijos. Pretendo hacer cosas tan grandes para ellos que, cuando mi vida termine, la gente no dirá que fui la hija de Escipión el Africano, sino la madre de Tiberio y Cayo Graco.

Blosio hizo una mueca.

—Una aspiración muy noble. ¿Pero crees que una mujer debe existir sólo a través de los hombres de su vida: padres, esposos, hijos... amantes? —Lanzó a Menenia una mirada cariñosa—. El estoicismo nos enseña que cualquier hombre es valioso por sí mismo, sea cual sea su posición en la vida. Ciudadano o esclavo, cónsul o soldado raso, todos ellos llevan consigo una chispa única de esencia divina. ¿Y las mujeres? ¿No poseen ellas también un valor intrínseco, por encima y más allá del papel que puédan desempeñar en relación con los hombres de su vida?

Cornelia se echó a reír.

—¡Querido Blosio, sólo un estoico se atrevería a expresar un concepto tan radical! Una generación atrás, te habrían exiliado por el simple hecho de proponer una idea así.

—Tal vez —dijo Blosio—. Pero una generación atrás, es poco probable que se hubiera permitido a dos mujeres sentarse solas y sin vigilancia en un jardín para discutir ideas con un filósofo.

—Incluso hoy en día, más de un romano anticuado se asustaría al escuchar nuestra conversación —dijo Menenia—. Pero aquí estamos. El mundo cambia.

—El mundo siempre ha ido cambiando —coincidió Blosio—. A veces para peor.

—Entonces, de nuestros hijos dependerá cambiarlo de nuevo para mejor —declaró Cornelia.

Menenia sonrió.

—¿Y cuál de tus hijos hará más para cambiar el mundo?

—Es difícil decirlo. Son muy diferentes. Tiberio es muy serio y muy concienzudo para sus dieciocho años, muy maduro para su edad. Ahora que es soldado, que está lejos luchando contra esos pobres cartagineses, o contra lo que queda de ellos, espero que sus planteamientos no se tornen más sombríos aún. El pequeño Cayo sólo tiene nueve años, pero ¡qué distinto es! Me temo que es incluso *demasiado* impulsivo y acalorado.

—Pero muy seguro de sí mismo —dijo Blosio—, sobre todo para un chico de su edad. Como tutor de ambos, diría que los dos hermanos destacan por la seguridad que tienen en sí mismos, una característica que atribuyo a su madre.

—Yo la atribuyo a su abuelo, aunque muriera mucho antes de que ellos nacieran. Cómo me gustaría que los chicos lo hubiesen conocido y que yo hubiera podido conocerlo más de lo que lo hice. Pero he hecho todo lo que he podido para infundir en los chicos un profundo respeto hacia los logros de su abuelo. Llevan con mucho orgullo el nombre de Graco, y así debe ser, pero están también obligados a estar a la altura de los designios marcados por Escipión el Africano. —Menenia suspiró.

»En cuanto a mi Lucio, lo único que espero es que regrese sano y salvo de la guerra de Catón. —Éste era el nombre que mucha gente en Roma había dado a la renovada campaña que se libraba contra Cartago. Catón no había vivido lo suficiente para presenciar el estallido de la guerra, pero jamás había cesado de apoyarla. Durante años, independientemente de cuál fuera el tema (construcción de calzadas, asuntos militares, reparación del alcantarillado) había terminado invariablemente cualquier discurso en el Senado con la misma frase: «Y como conclusión... ¡Cartago debe ser destruida!». Todo el mundo se reía de su tenaz obsesión, pero al final, desde la tumba, las intenciones de Catón habían prevalecido. Parecía por fin que su sueño iba a hacerse realidad. Según los últimos despachos recibidos desde África, las fuerzas romanas habían sitiado Cartago y sus defensores no esperaban poder resistir durante mucho tiempo.

Cornelia pestañeó y se protegió los ojos con la palma de la mano. De pronto, en el jardín empezaba a hacer mucho calor y la luz del sol resultaba deslumbrante. Los pájaros se habían quedado en silencio.

—Dicen que ya no se trata de si Cartago es destruida...

—Sino de cuándo —añadió Blosio.

—Y cuando esto suceda...

—Cartago será la segunda ciudad que en cuestión de meses sufre este destino a manos de Roma. —El filósofo vivía en casa de Cornelia y los dos se veían casi a diario; sus ideas solían ir en paralelo, como caballos enganchados—. Cuando el general Mumio se hizo con Corinto, las calles de Roma se llenaron de júbilo.

—¡Y las de Corinto de llanto! —Cornelia meneó la cabeza—. ¡Todos sus hombres muertos,

todas sus mujeres esclavizadas! Una de las ciudades más refinadas y opulentas de toda Grecia, aniquilada por las armas romanas.

Blosio levantó una ceja.

—«Un ejemplo para cualquiera que se atreva a desafiar nuestra supremacía», según Mumio.

—Profanaron los templos. Obras de arte de valor incalculable fueron destruidas por los soldados exaltados. Incluso los romanos reaccionarios más contrarios a los griegos se avergonzaron ante el barbarismo de Mumio...

Cornelia se quedó de pronto en silencio. Siguió a la escucha. En lugar del canto de los pájaros, un sonido distinto empezaba a invadir el ambiente.

—¿Habéis oído? Hay mucho revuelo.

—¿En el Foro? —dijo Menenia.

—Más cerca, me parece. ¡Mirón! —Un joven esclavo que estaba sentado en el suelo se levantó de un brinco. Cornelia le envió a averiguar qué sucedía. Mientras esperaban su regreso, los tres permanecieron sentados en silencio, compartiendo la misma inquietud. Aquel revuelo significaba noticias, del tipo que fuese. Las noticias podían ser buenas o malas...

Mirón regresó por fin, sin aliento pero sonriente.

—¡Ama, hay noticias importantes de África! Cartago ha sido tomada. ¡La guerra ha terminado! Esta mañana ha atracado un barco en Ostia y acaban de llegar los mensajeros a Roma. Es todo lo que he podido averiguar hasta ahora, pero, si lo deseas, puedo bajar corriendo hasta el Foro.

Menenia se echó a llorar. Blosio la abrazó. Los dos parecían haberse olvidado de la presencia de Cornelia. Observándolos, se sintió de repente muy sola. El calor del jardín la hacía sentirse débil. La luz del sol la hacía llorar.

—Sí, Mirón, averigua todo lo que puedas. A lo mejor hay alguna noticia sobre... los heridos romanos.

—Enseguida, ama. —Mirón dio media vuelta y tropezó con un hombre que acababa de entrar en el jardín.

Cornelia se protegió los ojos de la luz del sol. Miró al recién llegado entrecerrando los ojos y gritó.

—¡Nicomedes! ¿Eres tú? ¿De verdad?

El hombre era uno de los esclavos de Tito. Había acompañado a su amo a Cartago.

—Pero Nicomedes, ¿qué haces aquí? ¿Por qué no estás con Tiberio? —Pese al calor, Cornelia sintió un escalofrío.

—En lugar de hablar por mi amo, mi amo hablará por sí mismo. —Nicomedes sonrió y extrajo una tablilla de cera del interior de la bolsa cerrada que llevaba.

—¿Una carta? ¿De Tiberio?

—Grabada por mi propia mano entre las ruinas humeantes de Cartago, según lo que me dictó tu hijo, ama, que no sólo está sano y salvo, sino que además es un héroe para las legiones romanas.

—¿Un héroe?

—Lo entenderás cuando leas su carta.

Cornelia asintió con la cabeza. Se sentía extrañamente tranquila.

—Mirón, ve a buscar al joven Cayo. Tendría que estar presente para escuchar la carta de su hermano. Blosio, ¿puedes leerla tú? —Le entregó la tablilla—. Me tiemblan las manos y me parece que me costaría darle sentido a las palabras.

Cayo apareció unos momentos después, corriendo por delante de Mirón. Era un chico muy guapo, la viva imagen de su abuelo.

—¿Es cierto, madre? ¿Es cierto que han tomado Cartago y que hemos recibido una carta de Tiberio?

—Sí, Cayo. Siéntate aquí a mi lado mientras Blosio la lee. El filósofo tosió para aclararse la garganta antes de hablar.

—«A mi querida madre, hija del gran Africano: te escribo estas palabras desde la ciudad que mi abuelo conquistó en su día y que acaba de ser conquistada de nuevo por las armas romanas. Nunca tendrá que ser conquistada por tercera vez. A partir de este día, Cartago dejará de existir.

»Junto con esta carta, Nicomedes te trae también un recuerdo de mi parte. Es la corona mural con la que fui galardonado por haber sido el primer soldado en escalar las murallas enemigas».

Nicomedes extrajo en aquel momento de sú bolsa una corona de plata fundida de tal modo que parecía una muralla almenada con torreones, como las que solían rodear las ciudades. Entregó la corona a Cornelia.

—Tu hijo la recibió en una ceremonia pública ante todas las tropas y la lució cuando ocupó un lugar de honor en el banquete para festejar la victoria. La ha enviado a su casa conmigo, para que su madre sea la primera persona en Roma que la vea.

—¡El primero que escaló las murallas! —susurró Cayo, mirando la corona que su madre sostenía en sus manos—. ¡El primer romano que entró en Cartago! ¿Te imaginas lo peligroso que debió de ser eso?

Cornelia se lo imaginaba perfectamente y nada más pensarlo se sintió mareada. Pero consiguió sonreír y colocar la corona en la cabeza de Cayo. Era demasiado grande para él y le resbaló hasta la altura de los ojos. Todos se echaron a reír. Cayo, enfadado, empujó la corona para quitársela y fue a caer sobre el pavimento con un estruendo metálico.

—¡No tiene gracia, madre! ¡La corona no estaba pensada para mí!

—¡Cállate, Cayo! —Con un suspiro, Cornelia se inclinó para recoger la corona y la dejó reposar en su regazo—. Oigamos el resto de la carta de tu hermano. Continúa, Blosio, por favor.

—«Tengo también buenas noticias para tu amiga Menenia. Su hijo Lucio combatió valientemente en la batalla, mató a muchos enemigos y salió ileso».

—¡Gracias a los dioses! —exclamó Menenia. Buscó la mano de Blosio, pero él estaba distraído con la carta. La miraba con atención, leyendo antes de hablar. Su rostro se tomó serio.

—Continúa, Blosio —dijo Cornelia—. ¿Qué más escribe Tiberio?

—Sólo... una pequeña descripción... de la batalla en sí. Nada personal.

—Muy bien. Oigámoslo.

—No estoy muy seguro de que deba leerlo en voz alta delante del joven. O delante de vosotras, es lo mismo. Me imagino que es una seña del profundo respeto el que Tiberio siente por ti cuando escriba a su madre con la misma sinceridad con que habría escrito a su fallecido padre...

—Pero, ¿no estabas precisamente hablando, Blosio, sobre el mérito de las mujeres?

—No es una cuestión de méritos, sino de... delicadeza.

—Tonterías, Blosio. Si no la lees tú en voz alta, lo haré yo. —Cornelia dejó la corona mural, se puso en pie y le cogió la tablilla.

—«En cuanto a Cartago —leyó—, el fantasma de Catón podrá descansar por fin. La ciudad, que era tan antigua como Roma, está ahora destruida. El puerto fue destruido, las casas incendiadas, los altares destinados a los sacrificios humanos reducidos a escombros. Los jardines asolados. Los majestuosos mosaicos de las plazas públicas convertidos en piscinas de sangre.

»Los hombres fueron masacrados mientras tuvimos fuerzas para masacrarlos; los pocos que sobrevivieron se convertirán en esclavos. Por lo que sé, todas las mujeres fueron violadas, independientemente de su edad o su posición. Muchas fueron asesinadas, aunque suplicaron clemencia; hasta ese punto llegó el frenesí de destrucción que superó a los vencedores. Las mujeres y los hombres que sobrevivieron serán separados según el sexo y vendidos en mercados de esclavos a cientos de millas de allí, para que los hombres y las mujeres cartagineses jamás puedan volver a copular y su raza se extinga. Antes de ser vendidos, se les cortará la lengua para que su idioma e incluso los nombres de sus dioses desaparezcan para siempre de la faz de la tierra.

»La tierra en sí quedará yerma. Están vertiendo sal en el territorio que rodea la ciudad para que durante una generación entera no pueda cultivarse nada allí. Según me enseñó Blosio, la sal fue lo que dio origen a Roma hace mucho tiempo, por lo que resulta adecuado que sea la sal la que selle el enterramiento de Cartago.

»Cuando Alejandro conquistó Persia, decidió dejar la ciudad de Babilonia intacta y convertir a sus habitantes en sus súbditos; su clemencia fue exaltada por dioses y hombres. Nosotros hemos seguido un ejemplo más antiguo, el de los despiadados griegos que saquearon la ciudad de Troya y sólo dejaron ruinas a su paso. Los dramaturgos griegos nos cuentan las muchas desgracias que

posteriormente sufrieron los victoriosos griegos: Áyax, Ulises, Agamenón y los demás. Rezo para que los dioses propicien lo que le hemos hecho a Cartago y garanticen un destino justo al pueblo de Roma, que ha cometido este acto terrible por la gloria de Júpiter».

Con manos temblorosas, Cornelia dejó la tablilla a un lado.

—¡Si pudiese haber estado allí! —dijo Cayo, con los ojos brillantes de emoción—. ¡Debió de ser un día glorioso! Y nunca se repetirá porque Cartago ha desaparecido, y yo era demasiado joven para estar allí y jamás volverá a haber otra guerra contra ella. Me muero de ganas de que Tiberio vuelva a casa y me dé más detalles.

Menenia bajó la vista.

—La guerra es la forma de ser del mundo, y siempre lo será —dijo en voz baja Blosio—. Es evidente que los dioses de Roma eran superiores a los de Cartago. Debemos estar agradecidos por eso. Pero aun así... temo por el futuro de Roma. Qué astuto es Tiberio al destacar el ejemplo de los griegos contra Troya. Recuerdo a Aquiles, el héroe griego que era casi invencible; pero aun así, cuando profanó el cadáver del troyano Héctor, los dioses vieron mal su arrogancia, le retiraron su protección y Aquiles murió en el campo de batalla como cualquier otro mortal.

»Roma ha entrado en una nueva era. Con la destrucción de Corinto, el respeto de los romanos hacia la cultura griega degeneró en un saqueo absurdo. Con la destrucción de Cartago, los romanos ya no tienen rival en el Mediterráneo. Pero ¿cómo soportará Roma las responsabilidades de un poder y una riqueza sin precedentes en la historia del mundo? Debemos rezar para que los dioses den a Roma hombres sabios que sepan conducirla en un futuro... y mujeres sabias que críen a estos hombres mientras sean niños.

Blosio, Menenia y Cornelia volvieron la mirada hacia el joven Cayo. Inspirado por las visiones de carnicería en Cartago, se había atrevido a coger la corona mural y estaba probándosela de nuevo, sin darse cuenta de que los mayores lo observaban atentamente.

133 A. C.

—Tiberio va camino de tener problemas, madre. Problemas graves. No tiene ni idea de a qué se enfrenta. No quiero tener nada que ver con ello. —Lucio Pinario, que tenía el cabello castaño rojizo y los luminosos ojos verdes típicos de muchos Pinario, comió un bocado de repollo hervido marinado en *garum*. El plato, servido frío, era uno de los favoritos de la familia para los calurosos días de pleno verano.

A pesar de que solía producirle indigestión, Blosio se sirvió también un poco de repollo. Aunque todos los hijos de Cornelia habían llegado ya a la edad adulta, Blosio seguía viviendo en su casa pero pasaba la mayor parte del tiempo en casa de Menenia, a escasa distancia de allí, en el Palatino. Era impensable que Menenia y Blosio, una patricia romana y un filósofo de Cumas, llegaran a casarse algún día, pero su relación había resistido con éxito la prueba del paso del tiempo. La viuda y el estoico estaban encaneciendo juntos.

Menenia no probó el repollo. Cuando hacía calor perdía el apetito y siempre se lamentaba de que durante todo el mes de *sextilis* no podía comer nada. Detrás de ella, un esclavo agitaba un abanico de plumas de pavo real para ventilar un poco el lánguido ambiente del jardín.

—Tiberio Graco siempre ha sido tu amigo, Lucio —dijo—. Deberías alegrarte por él. Tendrías que haber considerado su cargo de tribuno como una oportunidad para ti. Pero durante este último año lo único que has hecho ha sido evitarlo. ¿Qué me dices de la ley que ha conseguido promulgar en la que se establece una comisión para redistribuir las tierras de cultivo? Podrías haber trabajado para esta comisión...

—¡Si quisiese dar por terminada mi carrera antes de empezarla! Todo esto acabará en desastre.

—No necesariamente —dijo Blosio—. Es evidente que Tiberio se la juega. Francamente, su osadía me asombra, aunque no debería ser así; es descendiente de su abuelo, al fin y al cabo, e hijo de su madre.

—¡Y pupilo de Blosio! —explotó Lucio—. Vosotros los estoicos siempre vais diciendo que la mejor forma de gobierno no es la república, sino un rey. Le has metido en la cabeza a Tiberio un montón de ideas peligrosas.

Blosio se contuvo, pero el repollo empezaba a darle vueltas en el estómago.

—Tiberio es un visionario. Si mis enseñanzas le han servido de inspiración, me enorgulleceré de haberlo conseguido.

—¿Y sufrirás las consecuencias a su lado, cuando toda esta iniciativa se derrumbe?

—Tiberio es el hombre más querido de toda Roma —dijo Blosio.

—También es el hombre más odiado —contraatacó Lucio.

—¡Lucio! ¡Blosio! ¡Dejaos ya de peleas! —Menenia suspiró—. Quiero que los dos me expliquéis, una vez más y desde vuestro punto de vista, qué es exactamente lo que Tiberio pretende hacer y por qué se vislumbra un éxito tan grande... o un fracaso.

Blosio levantó una ceja.

—Finges ignorancia, querida, en tu esfuerzo por llevarnos a defender nuestras posiciones con más lógica que emoción. Podrías resumir la situación tan bien como cualquiera de nosotros.

Menenia rió.

—¡Si con ello os calláis los dos, lo haré! Si nos remontamos a los tiempos en que nuestros antepasados conquistaron Italia, trocito a trocito, veremos que Roma adquirió inmensas parcelas de terreno público. Posteriormente, hubo aún más terrenos confiscados a las ciudades italianas que se aliaron con Aníbal. La política que se ha llevado a cabo ha sido siempre la de distribuir estas tierras entre ciudadanos romanos y aliados de la península para recompensarlos por su servicio militar. Se sabe que las granjas pequeñas ayudan a mantener la estabilidad económica, además, suministran más soldados, pues los terratenientes están obligados a servir en la milicia. Para que las propiedades sigan siendo pequeñas en tamaño y las distribuciones justas, siempre han existido límites en cuanto a la cantidad de tierra que un único hombre puede poseer.

»Pero, según dice el proverbio etrusco, el dinero lo cambia todo. En lo que llevo de vida, han entrado en Roma cantidades asombrosas de plata y oro procedentes de las ciudades y provincias conquistadas y, como resultado de ello, un grupo muy pequeño de ciudadanos se ha hecho rico, muy rico. Hay algunos que han encontrado la manera de burlar los límites legales y han comprado superficies inmensas de suelo público, junto con esclavos para trabajar sus enormes propiedades. Como consecuencia de ello, los hombres libres de toda Italia se han visto obligados a abandonar sus tierras e instalarse en las ciudades, donde luchan por sobrevivir, evitan tener familia y no tienen obligación de servir en el ejército. La situación no beneficia a nadie, excepto a ese pequeño número de riquísimos terratenientes. Las masas pobres de toda Italia se ven desposeídas de sus tierras y la mano de obra disponible para las legiones romanas es cada vez menor. Algo hay que hacer para recuperar las tierras que los grandes propietarios han adquirido ilegalmente y para redistribuir de nuevo esa tierra. —Menenia parecía satisfecha consigo misma—. Ya está. ¿He explicado la situación general para satisfacción de mi público?

—Ni yo mismo podría haberlo hecho mejor —dijo Blosio—, aunque añadiría que las consecuencias van más allá de la simple gestión de la tierra. Actualmente, se está librando una guerra en Hispania, una lucha gratuita, prolongada y desastrosa, que es el resultado de las continuas trifulcas de la camarilla que gobierna en el Senado. Eso ha llevado a que en las filas del ejército reine la insatisfacción general y una disciplina severa y humillante. Estoy pensando en el ejemplo de los desertores de la campaña de Hispania que fueron acorralados, apaleados y vendidos como esclavos. —Miró con gula el repollo, pero decidió renunciar a un nuevo bocado.

»La enorme influencia de los esclavos ha generado sus propios problemas, como la gran revuelta que se está produciendo en Sicilia en estos momentos. ¡Los esclavos amenazan con hacerse con toda la isla! Y éste no es más que el último y más grave estallido de violencia por parte de esclavos renegados. Su número ha aumentado de forma alarmante por toda Italia y muchos de ellos están francamente embrutecidos. La situación es más peligrosa cada día que pasa. Campesinos expulsados de sus tierras, escaso respeto y poca retribución para las tropas, demasiados esclavos en situación desesperada y miserable. Los ciudadanos de Roma exigen que se haga algo... y Tiberio

Graco ha declarado que él va a ser quien lo haga.

—¡Sólo tiene veintinueve años y ya es tribuno! —dijo Menenia—. Cornelia puede sentirse muy orgullosa.

Lucio se lo tomó como una afrenta. Una sonrisa afectada se dibujó en sus facciones.

—¡Tener un suegro importante ayuda! Apio Claudio es seguramente el hombre más poderoso del Senado.

—¡Los Claudio, siempre los Claudio! Y sus políticos parecen volverse más radicales cada generación que pasa —dijo Blosio—. Sí, Tiberio tiene en Claudio un poderoso aliado. Pero los grandes terratenientes no se detendrán ante nada para conservar sus propiedades. Ya hemos visto cómo se han desarrollado las desavenencias hasta ahora. Tiberio presentó una propuesta para redistribuir la tierra, pero bastaba con que uno de los nueve tribunos la vetara, y los terratenientes convencieron al tribuno Marco Octavio para que lo hiciera.

Lucio estaba cada vez más agitado.

—Y ahora me darás la razón por la que no quiero tener nada que ver con Tiberio y su política. Cuando Octavio emitió su veto, Tiberio pidió que Octavio fuera expulsado por votación popular y se le retirara de su cargo. Pero Octavio se negó a dimitir, con lo cual uno de los libertos de Tiberio echó a la fuerza a Octavio de la tribuna de orador y, en el altercado que siguió, uno de los criados de Octavio resultó herido y se ha quedado ciego. Ahora, los detractores de Tiberio le llaman enemigo del pueblo por haber hecho lo que ni siquiera Coriolano logró hacer. ¡Echar a la fuerza a un tribuno de su puesto!

—La actuación de Tiberio estaba completamente amparada por la ley...

—No sé si la expulsión de Octavio fue legal o no. Lo que sí sé es que Tiberio recurrió a la violencia. Sí, al final se salió con la suya. Su propuesta se convirtió en ley. Para redistribuir la tierra, es necesario crear una comisión. ¿Y a quién nombra Tiberio para formar esa poderosa comisión? A sí mismo, a su suegro Apio Claudio y a su hermano menor, Cayo... ¡que apenas tiene veintiún años!

—Tiberio necesitaba hombres de confianza —insistió Blosio.

—Huele a nepotismo —dijo Lucio—. Madre, antes me sugerías que debería haberme asegurado un puesto en la comisión de Tiberio. ¡Te lo digo, ningún poder en la tierra me habría convencido para hacerlo!

—Y ahora estamos ante la última táctica de Tiberio. Como bien has dicho, madre, el dinero lo cambia todo. El rey Atalo de Pérgamo ha muerto y su testamento deja un hueco en su país que puede aprovechar Roma: las tierras que pertenecieron a Troya en la antigüedad serán ahora nuestras. La llegada de riqueza será enorme. Normalmente, ese oro y ese botín irían a parar directamente a los cofres del Senado, pero a Tiberio se le ha ocurrido otra idea. Propone que vayan directamente al pueblo, que se distribuyan junto con parcelas de tierra y sirvan para pagar los pertrechos de la granja y todo lo necesario para empezar las labores. Sus enemigos lo califican de soborno público a una escala sin precedentes. Acusan a Tiberio de pretender convertirse en rey.

—¡Jamás! —se mofó Blosio.

—Como mínimo, Tiberio pretende una especie de revolución desde las bases. Al utilizar el cargo de tribuno para hacer cosas que nunca antes había hecho un tribuno está desafiando la supremacía del Senado.

—Lo encuentro tremendamente excitante —dijo Menenia—. ¿Por qué estás tan convencido de que Tiberio fracasará?

—Porque, madre, su apoyo se debilita cada día que pasa. El pueblo, independientemente de que sirva o no a sus intereses, cree que Tiberio puso en tela de juicio su soberanía cuando expulsó a un tribuno rival de su puesto. Y si piensa que puede apropiarse de la riqueza de Pérgamo para sus objetivos políticos, eludiendo al Senado, está jugando con fuego. ¿Quiere Tiberio ser rey, tal y como afirman sus enemigos? —Lucio miró fijamente a Blosio—. De hecho, ya tiene una corte como si lo fuera, con un filósofo griego que actúa de consejero.

Blosio se mosqueó.

—Mi filosofía será griega, pero yo he nacido en Italia y soy de noble sangre de la Campania. Sí, fui el tutor de Tiberio cuando era niño. Y sí, aún me consulta siendo hombre, ¿por qué no?

—Porque los magistrados romanos no consultan los asuntos de Estado con filósofos griegos... a menos que quieran ser como los' tiranos griegos. Yo me limito a repetir lo que dicen los enemigos de Tiberio, quienes se preguntan también lo siguiente: cuando el embajador de Pérgamo llegó a Roma, ¿a quién entregó el testamento real, la diadema y el manto púrpura del fallecido rey Atalo? ¿Al Senado? ¡No! Fue directamente a casa de Tiberio.

—¡No para nombrarlo rey! —protestó Blosio—. El embajador visitó a Tiberio por simple cuestión de cortesía. Los vínculos diplomáticos entre los Graco y la casa de Atalo se remontan a una generación. Hace treinta años que el padre de Tiberio encabezó una embajada romana para investigar los cargos de sedición imputados al padre del fallecido rey, que fue encontrado libre de toda sospecha. Desde entonces, la familia real de Pérgamo ha mantenido una estrecha relación con los Graco.

—Sea cual sea la explicación, parece sospechoso.

Blosio negó con la cabeza.

—¡Tonterías! Los enemigos de Tiberio se rebajarán a cualquier calumnia con tal de acabar con él. Tiberio defiende al pueblo y los que ambicionan la tierra dicen que quiere convertirse en el rey del pueblo. Los votantes tendrían que tener más cabeza y no creer en esas mentiras.

—Pronto veremos lo que piensan los votantes —dijo Lucio—. Tiberio se presenta para un segundo mandato como tribuno. Evidentemente, es ilegal que los magistrados desempeñen el puesto dos años seguidos...

—Pero no como tribunos —dijo Blosio—. *Existe* un precedente para que un tribuno pueda seguir en su cargo. Si en un determinado año no se presentan suficientes candidatos para cubrir los diez puestos...

—¿Es *eso* lo que Tiberio anda tramando? ¿Seguir en su cargo sobornando o borrando de la lista a otros candidatos?

—Los demás renunciarán a su puesto porque el pueblo lo exigirá.

Lucio gruñó exasperado.

—¿Acaso no ves adónde lleva todo esto? Si gracias a algún tecnicismo Tiberio consigue presentarse de nuevo como tribuno y sale elegido, sus enemigos estarán aún más decididos a detenerlo como sea; y eso significa más violencia. Si pierde, perderá también la inmunidad que le proporciona su cargo y sus enemigos lo llevarán a los tribunales con cualquier acusación falsa y lo enviarán al exilio. Suceda lo que suceda, Tiberio se encuentra en una posición muy peligrosa.

Siguió un largo silencio, roto finalmente por un suspiro de Lucio.

—No es que no esté de acuerdo con la propuesta de Tiberio de redistribuir la tierra. Es un objetivo honorable. Debe hacerse, y se hará... algún día. Pero si Tiberio hubiese aplicado más lentamente su estrategia, si fuera más gradual...

—Los avariciosos terratenientes se hubieran opuesto igualmente a mí —dijo una voz ronca.

—¡Tiberio! —exclamó Menenia. Se levantó de un salto, abrazó al recién llegado y le estampó un beso en la mejilla—. ¿De dónde vienes?

—De hablar en el Foro, naturalmente. Se acerca el día de las elecciones. Pensé que encontraría a Blosio por aquí. —Tiberio Graco se había convertido en un hombre tremendamente atractivo; muchos que lo comparaban con los bustos de su abuelo decían que era aún más guapo que aquél. Pero ese día estaba un poco ojeroso; los incesantes trabajos de su campaña para la reelección empezaban a pasar factura. Pese a su fatiga, proyectaba un aura que resultaba superior a su presencia física, ese encanto indefinible que los griegos denominaban *kharisilla.* El íntimo escenario del jardín de Menenia parecía demasiado pequeño para darle cabida.

Blosio se levantó a saludarlo. Intercambiaron unas palabras. Entonces Tiberio se volvió hacia Lucio, que había permanecido sentado y en silencio.

—No, he podido evitar oír algunos de tus comentarios, Lucio. Me he ido acostumbrando a defenderme frente a mis enemigos. Y a lo mejor debería dedicar más tiempo a explicarme ante mis amigos.

Lucio se levantó y echó los hombros hacia atrás.

—No pretendía ofenderte, Tiberio. Pero aquí, en casa de mi madre, no tengo por qué hacer de

mis recelos un secreto. Delante de Blosio hablo con total libertad.

—Y Blosio me ha defendido, estoy seguro. Pero ni siquiera Blosio puede decir las palabras que salen directamente de mi corazón, porque ni siquiera Blosio ha experimentado lo que yo durante este último año. Menenia, ¿podría tomar un poco de vino? Tengo la garganta seca de tanto hablar.

Enseguida llegó un esclavo con una copa. Tiberio la apuró sediento, pero su voz no sonó después menos ronca que antes.

—Hace un año, Lucio, cuando inicié mi primera campaña para ser tribuno, tenía muy pocas diferencias con los demás hombres que se presentaban al cargo. Buscaba ganar terreno en el campo de la política, esperaba hacerme un nombre. Sí, creía en los discursos que pronunciaba o, mejor dicho, en los discursos que Blosio me escribía, y en la necesidad de una reforma de la tierra, en un trato mejor para la milicia, y esas cosas. Pero la defensa de estos objetivos era poco más que un medio para alcanzar un fin, una forma de encontrar un electorado e iniciar mi ascenso en la carrera política.

»Viajé entonces por todo lo ancho y largo de Italia para ver con mis propios ojos la situación en las zonas rurales. Lo que presencié fue asombroso. El campo estaba prácticamente vacío, no había hombres libres ni vivían allí sus familias. Es como si la mano de un Titán hubiera inclinado toda la península hacia un lado y toda esa gente estuviera cayendo sobre Roma y aquí vivieran apiñados los unos encima de los otros. Hoy en día, apenas se puede caminar por las calles de la Suburra, el barrio está abarrotado.

»Y cuando el campo quedó despoblado de hombres libres, volvió a llenarse... esta vez con esclavos. Arando la rica tierra de cultivo, esforzándose en los viñedos... ejércitos enteros de esclavos extranjeros, trabajando hasta caer muertos para ese puñado de hombres ricos que se hicieron con toda la tierra. Y hablo literalmente: esos esclavos caían en su puesto de trabajo y morían allí mismo. No es insólito ver un esclavo muerto en el campo mientras los demás siguen trabajando a su alrededor bajo el látigo de un cruel capataz. Los esclavos son tan baratos, tan prescindibles, que se los trata mucho peor que al ganado. —Tiberio negó con la cabeza.

»Todos sabemos que esta situación existe. Todos hablamos en abstracto del «problema de la tierra» y nos preocupamos por lo que se tendría que hacer y discutimos los diversos puntos de la política. Pero para ver la auténtica realidad, hay que viajar día tras día por el campo, es una experiencia completamente distinta. Lo que vi me sobrecogió profundamente.

»Pero lo que verdaderamente me cambió fue otra cosa. He dicho que las zonas rurales se han quedado despobladas de hombres libres, pero no es completamente cierto. De vez en cuando te encuentras con un pequeño campesino que ha conseguido conservar su propiedad y labra sus campos como antiguamente; los miembros de la familia trabajan codo con codo con unos cuantos esclavos, y todo el mundo coopera. Estas pequeñas propiedades han quedado rodeadas por granjas gigantescas, son como pequeñas islas de la campiña romana que existió en su día. Y ya que estos granjeros consiguen sus tierras gracias al servicio militar, o tienen hijos enrolados en las legiones, es frecuente ver un valioso pedazo de armadura o una réplica de un estandarte de determinada legión orgullosamente expuesto en su verja. En un momento comprendes la conexión entre una comunidad próspera de pequeños campesinos, un ejército fuerte y una Roma sana y llena de vida.

»Pasando por una de estas pequeñas granjas, en Etruria, vi un cartel en una verja. Rezaba: «Tiberio Graco, ayúdanos a conservar nuestra tierra». —Sonrió con tristeza—. Mi nombre estaba mal escrito y las letras eran muy toscas, pero aquel cartel fue como una sacudida. Y ése no fue más que el primer cartel que vi. Después de aquél, empecé a ver otros parecidos en todas las pequeñas propiedades supervivientes, incluso en las más alejadas de las vías principales. «Tiberio Graco, devuelve la tierra pública a los pobres». «Tiberio Graco, detén la proliferación de esclavos». «Tiberio Graco, devuélvenos nuestra tierra y nuestro trabajo». «Tiberio Graco, ayúdanos». Al parecer, la noticia de mi viaje había corrido de granja en granja, de boca en boca. Cuando regresé a Roma...

La emoción ahogaba la voz de Tiberio, tan ronco estaba que apenas podía hablar. Menenia le hizo traer más vino. Lo bebió y continuó.

—La misión que he emprendido es mucho más grande que mi persona. Los políticos van y

vienen, con sus dimes y diretes y sus calumnias y sus vergonzosas peleas para avanzar. Lo que importa es el destino de Roma, y el porvenir del pueblo romano, sobre todo de los que alimentan la ciudad y luchan por ella, que dan su sudor y su sangre y su descendencia por la gloria de Roma.

Siguió un largo silencio. Por fin, Blosio dio un paso al frente. Tenía los ojos llenos de lágrimas.

—¡Mi querido chico! ¡Me jacto de haber sido tu tutor, pero el alumno ha superado con creces al maestro! Siempre fuiste inteligente, siempre fuiste serio y disciplinado, pero nunca imaginé que el hijo pequeño de Cornelia crecería para proyectar una sombra tan inmensa sobre todos nosotros.

—Tiberio sonrió lánguidamente.

—Blosio, creo que no lo comprendes. Cuando digo que los políticos van y vienen mientras que el destino de la gente perdura, me refiero precisamente a eso. No me hago ilusiones sobre mi importancia o sobre mi permanencia, excepto en la medida en que encuentre una manera de canalizar el poder del pueblo para el beneficio del pueblo y para la mayor gloria de Roma.

—Naturalmente. ¡Bien dicho! —Blosio restregó sus ojos húmedos con las mangas de su túnica —. Pero ¿decías que venías a verme?

—Sí. Hay unas cuestiones puramente prácticas que me gustaría discutir. Apio Claudio piensa que, antes de las elecciones, debería proponer acortar el plazo del servicio militar. Cree también que deberíamos llevar adelante la idea de permitir a los no senadores actuar como jueces.

—Esto requiere una seria discusión. ¿Tal vez en casa de tu madre?

—Por supuesto. Menenia y Lucio ya han tenido bastante con mis charlas.

—¡Tonterías! —dijo Menenia—. En esta casa eres bienvenido en cualquier momento, Tiberio. ¡Sabes que me encanta oírte hablar! Pero tienes que cuidarte esta afonía. Una infusión de menta y miel con agua caliente obraría maravillas.

—Lo probaré —prometió Tiberio—. Que tengas un buen día, Menenia. Y tú también, Lucio. — Sonrió, pero Lucio se limitó a mover afirmativamente la cabeza a modo de respuesta. Tiberio y Blosio se marcharon.

De pronto, el jardín se quedó muy tranquilo y silencioso, vacío en cierto sentido. Madre e hijo se sentaron, cada uno perdido en sus propios pensamientos.

La historia de los carteles en las zonas rurales que había contado Tiberio, tan sentida en apariencia, había dejado a Lucio impertérrito. Tenía la sensación de que Tiberio era o bien un político compulsivo, incapaz de dejar de emocionar a la gente y dar discursos aun estando en el jardín de la casa de un amigo, o bien un auténtico idealista, cegado por visiones de grandeza e indiferente a los terribles peligros que tenía delante. En cualquier caso, las palabras apasionadas de Tiberio habían conseguido que Lucio se sintiese más incómodo que nunca.

Menenia pensaba en su amiga Cornelia y en lo distintos que habían salido sus hijos. ¿Qué era mejor? ¿Tener un hijo que dejara tras sí como una cola de cometa, con la brillante incertidumbre del fuego celestial, o tener un hijo tan apático y previsible como un montón de tierra? Menenia tenía que admitir que envidiaba a Cornelia, al menos de momento. ¿Pero tendría motivos en el futuro para sentir lástima por Cornelia?

—Ojalá las elecciones a tribunos no se celebraran en pleno verano —se quejó Tiberio—. Es precisamente la época de la cosecha, cuando mis más fieles seguidores están fuera de Roma buscando trabajo. Blosio, ¿crees que podrías...?

Uno de los pliegues de la toga de Tiberio se resistía a caer correctamente por encima del hombro. Blosio lo colocó en su lugar.

—No es casualidad que las elecciones se celebren en esas fechas —observó el filósofo—. Las familias gobernantes de Roma siempre han dispuesto hasta del más mínimo detalle de cualquier cita electoral para que les beneficie a ellos al máximo y al pueblo lo mínimo. Pero si se trata de una causa justa y el candidato es perseverante, la voluntad del pueblo no puede verse frustrada.

Cornelia entró en la habitación.

—Deja que te mire, Tiberio. —Su hijo, obedientemente, retrocedió un paso y posó para su madre sujetando con una mano los pliegues de la toga—. ¡Estás espléndido! Tu padre y tu abuelo se sentirían muy orgullosos. Me gustaría que tu hermano menor estuviese aquí para verte. —Cayo había sido enviado a recorrer la campiña en busca de seguidores y a convencerlos para que

regresasen a Roma para las elecciones.

Cornelia le dio un beso en la mejilla.

—Ven, entonces. El augur ha llegado ya. Está esperándonos en el jardín. ¡Deja de poner los ojos en blanco, Blosio! Ya sé lo que piensas sobre las formalidades religiosas, pero este ritual tiene que observarse por el bien de la tradición. El padre y el abuelo de Tiberio jamás se habrían presentado frente a los votantes un día de elecciones sin haber consultado previamente a un augur.

En el jardín, el augur depositó en el suelo una jaula con tres pollos en su interior. Dio tres vueltas a la jaula, invocando a los dioses y a los antepasados de Tiberio Graco. Desparramó grano en el suelo, una pequeña cantidad a la derecha de la jaula y otro poco a la izquierda, y luego abrió la portezuela. Los auspicios quedarían determinados con la observación de los movimientos de las aves: si se movían en grupo o cada una por su cuenta y en qué dirección; hacia la derecha indicaría el favor de los dioses y hacia la izquierda, su desaprobación.

Pero los pollos no salieron de la jaula. Cacarearon y se empujaron los unos a los otros, ignorando la portezuela abierta. El augur dio golpes con los pies. Hizo movimientos para espantarlos. Al final, cogió la jaula por arriba y la sacudió con fuerza. Uno de los pollos decidió por fin salir. El ave ignoró el grano de ambos lados. Levantó el ala izquierda, dio media vuelta y volvió a la jaula.

El augur estaba tremendamente abochornado.

—Los auspicios... no son concluyentes —dijo.

Cornelia lo miró con mala cara.

—El ala izquierda —musitó. Significa una mala premonición.

—Por desgracia —dijo Tiberio—, la ciencia del augurio no es tan exacta como nos gustaría. El futuro es incierto. Pero el futuro llegará de todos modos.

Madre e hijo intercambiaron una larga mirada. Cornelia se daba cuenta de que Tiberio estaba tan inquieto como ella, pero no dijo nada.

Tiberio se dirigió al vestíbulo. Se detuvo para contemplar las imágenes de sus antepasados. Acarició la frente del gran Africano y, con un ademán, le indicó a un esclavo que abriera la puerta.

Fuera, en la calle, le esperaba una multitud de seguidores. Muchos de ellos habían pasado la noche delante de la casa, turnándose para dormir y vigilar la puerta. En los últimos días de campaña, la retórica de ambos bandos se había tornado tan acalorada, y las riñas callejeras entre las facciones tan violentas, que muchos temían por la seguridad de Tiberio. Corría el rumor de que sus enemigos conspiraban para asesinarlo antes de las elecciones; sus oponentes decían que había sido el mismo Tiberio quien había iniciado el rumor, para provocar a sus seguidores. Fuera cual fuese la verdad, una gran muchedumbre lo esperaba en la calle y, al verlo, el gentío se puso a lanzar gritos de ánimo.

Con una gran sonrisa, Tiberio empezó a andar. Pero tropezó con el umbral de la puerta y perdió el equilibrio. Tambaleándose, se golpeó con tanta fuerza contra una piedra del pavimento el dedo gordo del pie izquierdo, que creyó incluso oír cómo se partía un hueso. Como mínimo, se había roto la uña. La sangre empapó la parte delantera del zapato y oscureció el cuero. Se sentía débil y mareado. Buscó donde apoyarse, encontró el brazo de Blosio y se agarró a él con fuerza.

—¿Te has hecho daño? —preguntó Blosio.

—¿Lo han visto? —Tiberio miraba hacia el suelo y hablaba apretando los dientes.

Blosio examinó la multitud, que seguía animándolo.

—Me parece que nadie se ha dado cuenta.

—Bien. Entonces continuemos como si no hubiese pasado nada.

—¿Pero podrás caminar?

—Sí, si me sujeto firmemente a tu brazo. Pero, primero, diré unas palabras. Esta gente ha pasado toda la noche aquí, esperando este momento.

Tiberio miró a la multitud y esbozó una sonrisa. Levantó los brazos pidiendo silencio.

—Fieles seguidores, queridos amigos, compañeros romanos. La larga noche ha pasado ya y, sea cual sea la artimaña que nuestros enemigos puedan haber planeado, ¡seguimos aún con vida! —Sus palabras fueron recibidas con risas y vítores.

»Habéis cuidado de mí durante toda la noche. Os doy las gracias por ello. Y a cambio, en mi

segundo año como tribuno, prometo hacer lo posible para cuidaros, para devolveros las tierras que son vuestras por derecho, para protegeros de los avariciosos usurpadores de tierras y sus terribles bandas, y para que la Roma de vuestros hijos sea un lugar más justo, más rico y mejor para todos los que trabajan duro.

»Pero para conseguir todo eso, debo ganar las elecciones que hoy se celebran. Y para ganar las elecciones, primero y ante todo, debo seguir con vida. La amenaza de nuestros enemigos es muy real. En cualquier momento y en cualquier lugar, podría ser víctima de un atentado. ¡No temo las peleas; estoy harto de pelear! Fui el primero en escalar las murallas de Cartago y recibí como premio la corona mural. Combatí asimismo en Hispania, junto con muchos valientes como vosotros. Pero aquí en Roma no soy un soldado, sino un ciudadano. No llevo armas. Debéis ser mis guardianes. Sin vuestra protección, estoy indefenso.

—¡Te defenderemos! —gritó uno de los hombres situado en la parte delantera de la multitud—. ¡En caso necesario, moriremos por ti, Tiberio Graco! —Los demás lo corearon.

—Rezo a Júpiter para que nunca llegue a eso. Pero en el caso de que percibiera una amenaza inmediata y precisara un círculo de hombres valientes que me rodeara, no podría gritar pidiéndoos ayuda. Estoy afónico y seguramente la algarada sería muy fuerte. De modo que mi señal será ésta. —Tiberio levantó los brazos en dirección al cielo y, a continuación, dobló los codos hasta que ambas manos quedaron señalando la cabeza. La señal era inequívoca: concentración de fuerzas en apoyo de su jefe.

La multitud aplaudió y coreó su nombre. Tiberio se agarró al brazo de Blosio con una mano y saludó con la otra. Echó a andar intentando que su rostro no mostrase ninguna mueca de dolor.

—A lo mejor lo del tropezón ha sido buena señal —le susurró a Blosio—. Los auspicios han indicado un mal comienzo. ¡Y ahora ya he dejado atrás ese mal comienzo!

Cojeando ligeramente, aun con el apoyo de Blosio, Tiberio partió hacia el Capitolio, donde tendrían lugar las votaciones. En el descenso del Palatino más seguidores fueron sumándose al séquito. Muchos más lo esperaban en el Foro. Le abrieron paso, lo vitoreaban y alargaban los brazos para tocarlo cuando pasaba por delante de ellos para después sumarse a la comitiva.

De camino al Capitolio, Tiberio pasó por delante del arco de Escipión el Africano. El monumento estaba decorado con imágenes de los triunfos conseguidos por su abuelo tanto en África como en Asia. Escipión había sobrevivido a la batalla de Cannas y avergonzado a sus compañeros con su fortaleza, había perdido al padre cuya vida había salvado anteriormente en el campo de batalla y había desarrollado su ingenio hasta equipararlo al de Aníbal y derrotarlo. Tiberio rió ante la absurdidad de que un golpe en un dedo del pie le diera un momento de pausa. Juró en silencio ascender hasta el lugar de las votaciones sin cojear ni apoyarse en Blosio, y sin mostrar ningún signo de dolor.

Había pasado ya por debajo del arco y avanzado un poco en su trayecto cuando escuchó un sonido por encima de su cabeza. Gritando y agitando las alas, dos cuervos se peleaban en el tejado de un edificio situado junto al camino, a su izquierda. El altercado desprendió una teja del tejado. La teja cayó directamente delante de Tiberio y se partió con un fuerte ruido. Tiberio se estremeció.

—El augurio, el tropezón... ¡y ahora esto! —murmuró—. Un mal presagio tras otro...

—¡Tonterías! —le dijo Blosio al oído—. Los pollos se comportan como pollos. La gente se lesiona a diario los dedos de los pies. Los cuervos se pelean. Tiberio, si empiezas a ver presagios en cualquier ocurrencia y suceso, acabarás dándote aires de rey; sólo un tirano se imagina que el universo gira a su alrededor. Un cuervo ha desprendido una teja que estaría ya suelta... ¡nada más!

Tiberio asintió, se colocó bien la toga y continuó su ascenso.

El gran espacio abierto que había delante del templo de Júpiter estaba ya lleno de gente cuando Tiberio llegó con su séquito. Sólo los plebeyos podían votar para elegir a sus tribunos y lo hacían reuniéndose en primer lugar en los bloques de votantes que denominaban tribus. Incluso en los días de elecciones más tranquilos, los funcionarios responsables de los comicios se veían obligados a mantener el orden; para su propia protección y para controlar a los desobedientes, tenían permiso para llevar palos de lanza sin sus puntas metálicas. La noticia de la llegada de Tiberio fue recibida con un tremendo griterío, una mezcla de aclamaciones y abucheos. Empujados por todos lados,

algunos de los integrantes de la multitud respondieron empujando a su vez. Los funcionarios trataron de mantener el orden blandiendo sus lanzas.

Con el paso de los siglos, la zona de la asamblea se había llenado de altares y estatuas, y el número de votantes había aumentado de tal manera, que el simple proceso de conformación de las tribus se había convertido en un auténtico desafío logístico. Las elecciones podían ganarse o perderse dependiendo de si los seguidores de un candidato conseguían estar reunidos cuando se les llamaba. Los seguidores de Tiberio habían llegado temprano y en grandes cantidades para conseguir los mejores lugares desde donde dirigirse a la multitud y mantener vías de acceso abiertas. Si conseguían mantener a los seguidores de los candidatos de la oposición en la periferia de la zona de votación, o completamente alejados de allí, las probabilidades de triunfo de Tiberio aumentarían.

Con Blosio a su lado y rodeado por un plantel de sus seguidores más fanáticos, Tiberio fue empujado entre el gentío y escoltado hasta los peldaños del templo de Júpiter. Al verlo, se oyeron más vítores en la zona central de la muchedumbre y más pitidos en los extremos.

Tenía pensado dirigirse a la multitud, pero el ruido reinante lo hacía imposible. Nunca había visto una asamblea electoral tan escandalosa. Los participantes estaban en continuo movimiento, gritando y gesticulando. Habían empezado las trifulcas aquí y allá, sobre todo en la periferia o en los lugares más concurridos, donde una estatua o un altar dificultaban el movimiento. No era muy distinto a la visión que podía ofrecer un campo de batalla.

Los funcionarios electorales, cada vez más exasperados, aporreaban el suelo con los palos, llamando al orden y exigiendo el inicio de la reunión de las tribus. Los votantes no parecían dispuestos a cooperar, o no los oían. La escena era caótica.

De pronto, uno de los partidarios de Tiberio en el Senado, Fulvio Flaco, se abrió paso entre el gentío, corrió hacia él, alarmado y casi sin aliento.

—Tiberio, acabo de salir de una reunión de urgencia en el Senado. Tus enemigos llevan toda la mañana exigiendo que el cónsul Escévola declare que las elecciones de hoy son una asamblea ilegal...

—¿Ilegal? El pueblo tiene derecho a elegir a sus tribunos...

—Dicen que el desorden es absoluto, una amenaza para la seguridad pública... o peor.

—¿Peor?

—Tu primo Escipión Nasica dice que estás congregando a la chusma para derrocar el Estado. Y que después de que aniquiles a tus oponentes en el Senado, te nombrarás rey...

—¡Nasica! —Tiberio escupió casi la palabra. Los dos primos, herederos ambos del linaje del Africano, se odiaban. En el Senado no había reaccionario mayor que Nasica. Mientras que Tiberio se había convertido en el adalid del pueblo, Nasica no ocultaba a nadie el desprecio que sentía hacia el populacho. Aun haciendo campaña para conseguir sus votos, era incapaz de resistirse a la tentación de insultar a la gente. «Sé mejor que todos vosotros lo que es bueno para el Estado», había gritado en una ocasión frente a una muchedumbre exaltada; sus oponentes bromeaban diciendo que ésa era su idea de eslogan para una campaña electoral. Y, en otra ocasión, estrechando la mano callosa de un campesino, Nasica había comentado en tono burlón: «¿Cómo es posible tener unos callos así? ¿Caminas con las manos?».

Habló entonces Blosio.

—El cónsul Escévola es un buen hombre.

—Por supuesto que lo es —dijo Flaco—. Se ha negado a apoyar cualquier intento de cancelación de las elecciones. Pero eso no ha detenido a Nasica. «Si el cónsul no actúa para salvar el Estado, tendrán que hacerlo los ciudadanos», eso ha sido lo que ha dicho Nasica. Él y otros senadores se han congregado en el exterior y a ellos se ha sumado una banda de asesinos... los tipos más salvajes que puedes imaginarte, y van armados con palos.

—Lo tenían todo planeado —dijo Blosio.

—¡Evidentemente! —dijo Flaco—. Y ahora vienen hacia aquí, con Nasica encabezándolos. ¡Pretenden matarte, Tiberio! Creen que su misión es sagrada. ¡Los senadores se han atado a la frente el dobladillo rojo de sus togas, como si fueran sacerdotes a punto de llevar a cabo un sacrificio!

La sangre de Tiberio se quedó helada. Miró a la muchedumbre, que no sospechaba nada.

—¡La señal! —gritó Blosio—. ¡Da la señal!

Tiberio alzó los brazos. El movimiento llamó la atención de la multitud. Con todos los ojos fijos en él, Tiberio señaló su cabeza.

Sus seguidores lo comprendieron enseguida. Se hicieron con los palos que portaban los funcionarios electorales, los rompieron y se repartieron los fragmentos; las partes más largas podían servir como porras y los extremos astillados, como armas blancas. En la zona de la asamblea había diversos bancos. Los rompieron también en pedazos para utilizarlos a modo de armas.

Los oponentes de Tiberio, dispersados entre la multitud, entendieron que la señal significaba algo más.

—Señala su cabeza... ¡está exigiendo una corona! —gritaron los hombres—. Mirad a sus seguidores, están haciéndose con armas... quieren tomar el Capitolio a la fuerza. ¡Declararán rey a Tiberio!

El caos iba en aumento, pero la conmoción era mayor si cabe en el acceso a la zona de la asamblea. Acababan de llegar Nasica y los senadores que lo acompañaban, junto con su banda de asesinos.

Lo que siguió fue una violenta batalla campal. Desde el Palatino, desde abajo en el Foro, incluso desde la lejana orilla del Tíber, podían oírse los sonidos del combate que estaba librándose en la cima del Capitolio.

Varios de los seguidores de Tiberio corrieron a su lado para ofrecerle sus armas, pero él se negó a aceptarlas. Lo que hizo, en cambio, fue dar la espalda al barullo, ponerse de cara al templo de Júpiter y levantar los brazos para rezar.

—Júpiter, el más grande de los dioses, protector de mi abuelo en la batalla...

Blosio se recogió los pliegues de la toga y le gritó:

—¡Entra en el templo! ¡Corre! Cuando vengan a por ti, pide protección a Júpiter...

Blosio recibió un golpe de garrote en el estómago. Falto de aire, cayó de rodillas en el suelo.

Un montón de manos se echaron sobre Tiberio. Lo agarraron por la toga y se la arrancaron. Vestido únicamente con la túnica interior, Tiberio escapó escaleras arriba en dirección al templo, cojeando debido a la herida en el pie; tropezó en un escalón y cayó. Antes de que pudiera incorporarse, un palo lo golpeó en la cabeza y lo derribó. Se incorporó sin ver nada y permaneció un momento tambaleándose. Otro palo, blandido con una fuerza tremenda, le dio en la cabeza y, con un horripilante crujido, le partió el cráneo.

Blosio había conseguido ponerse en pie. Su ropa quedó salpicada en aquel instante por manchas rojas y trozos de cerebro de color claro. Se quedó horrorizado y boquiabierto ante los restos ensangrentados que yacían en la escalera.

Uno de los asesinos lo reconoció.

—Es el filósofo griego... ¡el consejero del aspirante a rey!

—¡Arrojadlo desde la roca Tarpeya!

Lanzando gritos de alegría y riendo, cogieron a Blosio por los pies y las manos y lo condujeron escaleras abajo. Se encaminaron hacia la roca, esquivando golpes de palo y saltando sobre los cadáveres que sembraban el camino.

Llegaron al precipicio, pero en lugar de arrojarlo por él, jugaron a balancearlo de un lado a otro, de un lado a otro, para coger impulso. —Contaremos hasta tres: uno... dos... ¡tres!

Lo soltaron y lo enviaron volando precipicio abajo.

Por un breve instante, Blosio pareció desafiar el tirón de la fuerza de la gravedad. Se alzó en dirección al cielo. Entonces, con una sensación de náusea, empezó a caer.

Lo habían lanzado directamente al precipicio. En circunstancias normales, su caída habría terminado a los pies del Capitolio. Pero antes que él, habían caído por la roca Tarpeya muchos hombres más. Algunos habían logrado asirse a la cara de la roca y se mantenían agarrados a la abrupta pared del acantilado. Debatiéndose frenéticamente, Blosio se agarró a los ropajes de uno de aquellos hombres y detuvo su caída. Casi al momento, se soltó y fue a caer sobre el hombre que había debajo. De esta manera, amarrándose a un hombre desesperado tras otro, interrumpiendo repetidamente su caída e iniciándola de nuevo, fue descendiendo acantilado abajo. En más de una

ocasión, uno de los hombres que estaba por encima de él acababa soltándose y caía gritando.

Por fin, agotado su último vestigio de voluntad, superado por el terror, sin nada más a lo que sujetarse, Blosio cayó de veras.

Pero no aterrizó sobre la tierra dura, sino sobre un montón de cuerpos. A su alrededor siguieron cayendo más cuerpos, como granizo caído del cielo.

Cuando cayó la noche, los asesinos reunieron los cadáveres de los muertos, los cargaron en carros y cruzaron con ellos el Foro Boario para arrojarlos al Tíber.

Blosio fue despertando poco a poco de su inconsciencia. Al principio se imaginó que lo habían enterrado vivo, pero la masa que lo aprisionaba no era de tierra, sino de carne muerta. El carro crujía y saltaba, provocando un terrible dolor en todo su cuerpo. Habría gritado de quedarle algo de aire en los pulmones. La presión que sentía sobre el pecho no le permitía ni respirar.

Oía sonidos amortiguados... mujeres llorando y gritando. Una mujer decía:

—¡Dejadme tener el cuerpo de mi marido! ¡Entregadme al menos su cuerpo!

Una ronca voz masculina le ordenó callarse.

El carro se detuvo. El mundo empezó a bascular. La masa de carne que lo rodeaba empezó a desplazarse y a ceder, como un barranco que se desintegra debido a un corrimiento de tierras. Fue cayendo sin poder evitarlo.

De pronto se encontró sumergido en el agua. El impacto le hizo recuperar de golpe la conciencia. Resoplando, agitando los brazos, encontró la superficie y engulló una bocanada de aire.

El cielo estaba oscuro y estrellado. La rápida corriente arrastraba los cuerpos. En su estado de aturdimiento, consiguió ver la orilla más alejada y nadó hacia ella. Chocó una y otra vez con cadáveres flotantes. Tuvo la sensación de que uno de ellos pretendía abrazarlo. Presa del pánico, luchó para liberarse de su abrazo. No podía estar vivo; su cráneo partido no dejaba lugar a dudas.

Cuando Blosio consiguió liberarse, vio la cara del muerto. Era Tiberio.

Impulsivamente, quiso atrapar el cuerpo, pero la corriente lo arrastró, hizo rodar su cuerpo, sus extremidades se sacudían, tan carentes de vida como una rama flotando en el río.

Fatigado hasta no poder más y roto por el llanto, Blosio se arrastró hasta la orilla y se quedó inconsciente.

—¡Imagínate las consecuencias si hubiese seguido tu consejo, madre, si hubiese unido mi destino al de Tiberio! —Lucio Pinario deambulaba nervioso por el jardín—. Ahora eres tú quien tiene que seguir mi consejo. ¡Expulsa a ese loco peligroso de nuestra casa!

Señaló a Blosio, sentado en una silla desnudo de cintura para arriba, permitiendo pacientemente que Menenia cuidara sus muchas heridas con ungüentos y le aplicara vendajes nuevos. Habían transcurrido tres días desde su encuentro con la muerte y seguía terriblemente afectado.

La ciudad entera se tambaleaba por la conmoción de la masacre del Capitolio. Habían perdido la vida trescientos hombres, como mínimo. Nadie recordaba una cosa parecida; por primera vez desde la caída de Tarquinio y los precarios años iniciales de la República, las hostilidades políticas habían explotado hasta convertirse en un derramamiento de sangre masivo y los romanos habían acabado matando romanos. La imprudente profanación de los cuerpos había resultado enormemente ofensiva, incluso para muchos de los que se oponían a Tiberio, y la rabia y el resentimiento se habían extendido. Pero la facción senatorial que había acabado con Tiberio, liderada por Escipión Nasica, se mostraba impenitente. Habiendo obtenido ventaja, se había ordenado el arresto, interrogatorio y ejecución, sin juicio previo, de cualquiera que estuviese implicado en lo que se empezaba a denominar la «sedición de los Graco». La lista de sospechosos crecía constantemente con nuevos nombres; los arrestados eran torturados hasta que delataban a más hombres. Los rumores y el pánico controlaban la ciudad. El Tíber estaba atestado de embarcaciones dispuestas a conducir a muchos hombres hacia Ostia, donde esperaban embarcar en navíos que los llevaran lejos de Italia, al exilio.

Blosio hizo una mueca de dolor cuando Menenia empapó con el ungüento el corte que tenía en el hombro; luego le cogió la mano y la besó.

—Tu hijo tiene razón —dijo—. He escapado de la masacre del Capitolio y, hasta el momento, los esbirros de Nasica no me han encontrado. Pero vendrán a por mí, muy pronto.

En aquel momento, aporrearon la puerta. Blosio se quedó rígido, se incorporó y se cubrió.

Entró en el jardín una tropa de lictores armados. El lictor jefe dedicó una única mirada a Lucio y a su madre, y a continuación miró a Blosio.

—¡Aquí tenemos al filósofo! Hemos ido a buscarte a casa del aspirante a rey. ¿No es ésa tu dirección oficial aquí en Roma, donde vives de gorra a costa de la hija del Africano? ¿Creías que podrías eludirnos escondiéndote aquí? ¿O es así como os ganáis la vida los filósofos, yendo de casa en casa de las viudas romanas solitarias, bebiendo su vino y derramando vuestra semilla en sus camas?

Lucio dio un paso adelante, rabioso, pero el lictor enarboló su vara y Lucio retrocedió. Su madre se mostró menos tímida. Sumergió los dedos en el bote de ungüento y lanzó el líquido contra la cara del lictor. El hombre soltó la vara y se frotó los ojos en un intento de suavizar el escozor provocado por el ungüento.

—¡Puta! —gritó—. ¡Si no fueras mujer, esto sería considerado un acto de sedición y acabarías desnuda y azotada por ello!

El hombre se agachó para recoger la vara. Al levantarse, golpeó a Blosio en el estómago con la vara. Blosio se dobló de dolor. Un par de lictores lo agarraron por los brazos y le obligaron a abandonar el jardín.

Menenia se tapó la cara y se echó a llorar. El lictor la miró de forma lasciva.

—¿Tanto vas a echar de menos al viejo estoico? Se le ve un poco decrépito para servir de semental. Tú eres aún una yegua atractiva. ¡Seguro que encontrarás un joven romano y fuerte que te monte!

El hombre miró de reojo a Lucio; el insulto iba dirigido tanto hacia él como hacia su madre, incitándolo para que contraatacara. Lucio apretó los puños e inclinó la cabeza, hirviendo de rabia y vergüenza.

Tan pronto como los lictores se hubieron marchado, Menenia lo agarró por el brazo.

—Sígueles —le suplicó—. ¡Haz todo lo que puedas por Blosio!

—Madre, en esta situación nadie puede hacer nada.

—Entonces, entérate al menos de dónde lo llevan y de qué le hacen. Si desaparece y nunca me entero de qué ha sido de él, no podré soportarlo. ¡Por favor, Lucio, te lo suplico!

Incapaz de escuchar su llanto, Lucio salió corriendo de la casa. Con el corazón latiéndole a toda velocidad, siguió a los lictores a cierta distancia y los vio entrar en una y otra casa del Palatino, arrestando a un hombre detrás de otro. Ataban con cuerdas a los prisioneros y los conducían en fila india por el sinuoso camino que descendía hacia el Foro.

Siguiendo a los prisioneros, Lucio fue testigo de una escena que parecía más digna de una pesadilla que del Foro a plena luz del día. Un círculo de hombres bien vestidos, algunos de ellos senadores, observaban la escena y lanzaban improperios mientras los lictores obligaban a un hombre vestido con harapos ensangrentados a meterse dentro de una caja de madera donde apenas cabía. Antes de cerrar la tapa, vaciaron en su interior un recipiente lleno de serpenteantes víboras. Incluso amortiguados por la caja, los gritos del hombre resonaron por todo el Foro. El círculo de espectadores, armado, se puso a golpear la caja, sin parar de reír.

Los prisioneros fueron conducidos frente a un tribunal instalado al aire libre. Lucio se sumó a la multitud de espectadores, aunque manteniéndose en un lugar discreto para no llamar la atención.

Entre los jueces sentados en la tribuna estaba Escipión Nasica, que lideraba el interrogatorio. Blosio fue el primer prisionero en ser interrogado.

—¿Eres Blosio de Cumas, el filósofo estoico? —dijo Nasica. —Sabes perfectamente que así es.

—Limítate a responder a mi pregunta. Existe un protocolo para interrogar a los ciudadanos y otro para los extranjeros. ¿Eres Blosio de Cumas?

—Sí. Dices que soy extranjero, pero he nacido en Italia.

—Italia no es Roma.

—No obstante, soy de noble sangre de la Campania. Nasica levantó una ceja.

—Sí, el tribunal sabe perfectamente que entre tus antepasados están los Blosio que traicionaron a Roma e incitaron a los campanos a tomar las armas junto con Aníbal.

Blosio suspiró.

—De eso hace mucho tiempo.

—Tal vez. Procedes de Cumas, ¿verdad?

—Sí.

—Como ya he dicho, Italia no es Roma... y Cumas apenas si puede considerarse como una parte de Italia. Los habitantes de Cumas hablan griego. Practican vicios griegos. Envían filósofos a difundir sus contaminadas ideas a Roma.

—Cuando Tiberio Graco era niño, le enseñé virtudes, no vicios. Cuando se convirtió en un hombre, le ofrecí consejos y asesoramiento...

—El tribunal no siente el menor interés por tu dudosa carrera. Aquí estamos investigando una sedición muy real, no tu filosofía imaginaria. Principalmente, estamos interesados en conocer todo lo que sabes sobre las actividades del aspirante a rey, Tiberio Graco, y su reciente intento de derrocar el Estado.

—¡Esto es absurdo! Ese intento nunca existió.

—¿Estabas presente cuando Tiberio Graco se reunió con el embajador de Pérgamo quien hizo entrega del testamento real del fallecido rey Atalo?

—Sí.

—¿Y viste a Tiberio Graco recibir la diadema y el manto púrpura del rey?

—Sí. Pero...

—¿Se puso la diadema en la cabeza?

—Tal vez, por un breve momento, como una broma...

—¿Llevaste, por requerimiento de Tiberio Graco, un libro de cuentas para el desembolso del legado dejado a Roma por el rey Atalo?

—Ese libro de cuentas era puramente hipotético y dependiente de...

—Veo, Blosio, que no estás acostumbrado a responder a las preguntas con un sencillo «sí» o «no». ¡Cómo os gusta oíros hablar a los filósofos! A lo mejor, para agilizar este testimonio, tendría que ordenar que te cortasen la lengua. Así podrías responder a las preguntas dando golpes en el suelo con el pie: un golpe para el «sí» y dos para el «no».

Blosio se quedó lívido. Los espectadores estallaron en carcajadas. Lucio, que estaba entre ellos, se encogió, deseando hacerse invisible.

A medida que el interrogatorio fue avanzando, se hizo evidente que el objetivo de Nasica no era tanto incriminar a Blosio como reforzar su argumento por haber actuado contra Tiberio. Pregunta capciosa tras pregunta capciosa, siguió obligando a Blosio a responder sí o no.

—Por tus respuestas, creo que el tribunal debe llegar a la conclusión de que todos y cada uno de los crímenes que has cometido contra el Estado de Roma fueron llevados a cabo a requerimiento de Tiberio Graco. ¿Sí o no?

—Sí.

—Muy bien. Una última pregunta: ¿y si Tiberio Graco te hubiera ordenado prender fuego al Capitolio? ¿Lo habrías hecho?

—¡Esto es una locura! Tiberio nunca me habría dado esta orden.

—¡Responde a la pregunta!

Blosio apretó los dientes.

—¡Si Tiberio me hubiese ordenado una cosa así, habría sido lo correcto, pues Tiberio nunca dio una orden que no fuera para el bien del pueblo!

Nasica se recostó en su asiento y se cruzó de brazos, exagerando su insatisfacción.

—Ahí lo tenéis... ¡el filósofo habla y vemos claramente lo corruptas e insidiosas que son sus ideas! Mi interrogatorio ha terminado. ¿Alguno de los presentes desea ofrecer su testimonio en favor del acusado? —Miró a los espectadores. Lucio bajó la cabeza y se escondió entre el gentío.

Los jueces que estaban en la tribuna consultaron brevemente entre ellos. Nasica se puso en pie y se dirigió a los espectadores.

—Declaramos que Blosio de Cumas ha testificado libre y sinceramente con respecto a la reciente sedición perpetrada por Tiberio Graco. Declaramos además que Blosio, según sus propias palabras, se ha desacreditado, tanto a él, como a sus enseñanzas y a cualquiera que pudiera haber sido su alumno. De ser ciudadano, habría sido condenado a muerte por traición, pero siendo como es un simple extranjero, será exiliado de la ciudad para toda la vida. Queda en libertad para abandonar este tribunal. Tendrá que abandonar Roma antes del amanecer o enfrentarse a una ejecución inmediata. ¡Traed al siguiente prisionero!

—¡Ni una sola pregunta sobre mis creencias! ¡Ni una sola acusación, por tener algo que ver con el estoicismo, o por los valores que le enseñé a Tiberio! ¡Qué arrogancia la de esos hombres! ¡Yo, Blosio de Cumas, tan insignificante que ni siquiera merezco la pena de ser ejecutado!

Blosio había recogido ya sus pertenencias de casa de Cornelia. Y estaba en casa de Menenia para despedirse.

—Tendría que irme contigo. Aquí nada me retiene. —La voz de Menenia era apagada y mortecina. El terror que le había provocado la detención de Blosio, el alivio de verlo libre y luego la noticia cruel de su exilio la habían dejado tremendamente agotada.

—Tonterías —dijo Blosio—. Tu hijo está aquí. ¿No llegamos a la conclusión, hace un tiempo, de que el principal papel de la mujer es el de ser madre?

—Ésa fue la conclusión de Cornelia, no la mía.

—Cornelia necesita tu amistad ahora más que nunca. La pérdida de Tiberio la ha dejado destrozada.

Menenia negó con la cabeza.

—Tendría que marcharme contigo.

—No, amada mía. El exilio no es para ti.

Lucio estaba junto a ellos, sin decir nada. 2 había tenido razón y allí estaba la prueba: la política radical de Tiberio había acabado en desastre para él y para todos los que tenían que ver con él. Pero haber tenido razón no le proporcionaba satisfacción alguna. Únicamente sentía vergüenza y amargura.

—¿Dónde irás, Blosio? —preguntó Menenia.

—Primero, cogeré un barco río abajo que me lleve hasta Ostia...

—¿En plena noche?

Blosio refunfuñó.

—Es el momento en que hay más tráfico en el río últimamente. ¡No soy el único hombre que huye de la ciudad! Cuando llegue a Ostia, me embarcaré en el primer navío que parta hacia Oriente. Algún monarca habrá, en algún lugar de Grecia o de Asia, que me ofrezca asilo... algún simpatizante de las enseñanzas estoicas... algún hombre que no tema a Roma...

«Un loco, quieres decir... como tú», pensó Lucio. Pero se mordió la lengua y no dijo nada.

129 A.C.

Lucio Pinario cogió la carta de la mano temblorosa de su madre. Estaba escrita en griego, en pergamino de la mejor calidad. Lucio leyó lentamente, prestando mucha atención a todas y cada una de las palabras.

De Blosio para Menenia, saludos y mi más profundo cariño:

¡Qué consuelo son tus cartas para mí, como bálsamo en una herida! El día que llega un

mensajero con una misiva tuya es para mí un día de celebración.

Me alegro de saber que tú y Lucio disfrutáis de buena salud. Me alegro de que el negocio de tu hijo prospere. Como contratista del Estado podrá ganar mucho dinero, sobre todo si trabaja en el sector de la construcción.

Gracias por hacerme llegar noticias de Cornelia. Que siga en duelo, tres años después de la muerte de Tiberio, es, en mi opinión, completamente apropiado. La naturaleza del fallecimiento de su hijo, la profanación de su cuerpo y las ultrajantes secuelas justifican un periodo de duelo más largo del que usualmente se considera adecuado.

Dices, sin embargo, que el hermano de Tiberio ya no viste de negro. Cayo es un hombre joven y debe seguir adelante con su vida. Albergo sentimientos confusos sobre la que parece su decisión de retirarse del todo de la vida política y dedicarse por completo —igual que Lucio— a ganar dinero. En ciertos aspectos, el potencial de Cayo como líder superaba al de su hermano. ¡Una pena que haya decidido no seguir la carrera política! Pero después de ver lo que se le hizo a Tiberio, ¿quién puede culparle de haber decidido seguir un destino distinto?

Me pregunto, sin embargo, si Cayo no acabará encontrándose arrastrado de nuevo hacia la vida pública. ¡El aliciente de la política corre con fuerza en su sangre!

En cuanto a mi carrera, me siento orgulloso de informarte que el rey Aristónico confía más en mí cada día que pasa. Sí, le llamo con orgullo rey, aunque los romanos se niegan a reconocer su estatus y lo tildan de rebelde. La voluntad del fallecido rey Atalo quedó anulada cuando el general Aristónico reclamó el trono de Pérgamo, tanto por la fuerza de las armas como por autoridad moral. Qué furiosos deben sentirse los senadores romanos al ver esfumarse sus sueños de hacerse con el tesoro de Pérgamo; la avaricia que sentían por ese tesoro fue uno de los motivos que los llevaron a asesinar a Tiberio.

El rey Aristónico es un hombre notable. Confío plenamente en que, con mi consejo, alcanzará el ideal estoico de un rey justo. Habla a menudo del nuevo capitolio que sueña fundar —lo llamamos Heliópolis, la ciudad del sol—, en el que todos los hombres de todas las clases, incluyendo los esclavos, serán libres.

¡Aristónico es además, gracias a los dioses, un genio militar! Defenderá con osadía su reivindicación del trono de Pérgamo contra las armas romanas. Cuando su prevalencia quede demostrada, hay la esperanza de que otros líderes de Asia y de Grecia se subleven y acaben con el dominio de Roma y su corrupta República. La única esperanza para el resto del mundo está en resistir en todo momento la dominación de Roma.

¡Pero ya estoy con mis discursos sobre política! Perdóname, amor mío. Sin ti a mi lado, tengo poco en qué pensar. Mi vida está desequilibrada; esa parte de mí que está esencialmente con vida —un hombre corpóreo capaz de amar, desear, llorar y reír— está marchita y agotada, como la viña que en su día fue robusta y es arrancada del suelo rico y húmedo. ¡Cuánto te echo de menos! ¡Tus palabras, tu cara, la música de tu voz, el calor de tu cuerpo! Tal vez, algún día, ¿en Heliópolis?, volveremos a estar juntos de nuevo. ¡Pero, por desgracia, ese momento no ha llegado aún!

*Como siempre, te insto a que destruyas esta carta inmediatamente después de leerla. Resiste cualquier tentación de conservar mis cartas por motivos sentimentales. ¡Quémalas! Yo hago lo mismo con toda carta que recibo de ti, aunque después mis lágrimas caen sobre las cenizas. Se trata de tu seguridad, no de la mía. Hemos visto, a nues*tro *pesar, lo despiadados que llegan a ser los enemigos de la virtud, y cómo pueden volver contra ellos las palabras de los virtuosos. Con todo mi amor...*

Lucio dejó el pergamino con un escalofrío. No estaba seguro de qué era lo que más le ofendía: si el sarcástico y ambiguo comentario de Blosio sobre sus intenciones de ganar dinero, sus típicas lisonjas engreídas sobre el advenedizo Aristónico o sus salaces metáforas sobre él y Menenia. ¡Una viña robusta arrancada del suelo rico y húmedo!

—Prométeme, madre, que has hecho exactamente lo que él te ha ordenado, que has destruido todas las cartas que te ha enviado.

Menenia lo miró con lágrimas en los ojos. Juntó las cejas. Encogió sólo un hombro.

—¡Por Hércules y Hades! No las has quemado, ¿verdad? Las has guardado.

—¡No todas! Sólo unas cuantas —musitó Menenia—. Sólo las más... personales. En las cartas que he guardado no hay nada que pueda...

—*Cualquier* carta de Blosio es peligrosa, madre. ¿Acaso no lo entiendes? Tenemos que destruir cualquier cosa que establezca un vínculo continuado entre él y nosotros desde que abandonó Roma, y especialmente desde que está con Aristónico. El contenido no importa... ¡aunque la verdad es que esta última carta no podía ser más digna de condena! ¿Dónde tienes las cartas que has guardado? ¡Ve a buscarlas! ¡Ahora mismo! Hazlo tú misma, no envíes a ningún esclavo. Tráelas aquí enseguida. Avivaré el fuego del brasero.

Solo en el jardín por un momento, Lucio agachó la cabeza y dejó caer los brazos a ambos lados de su cuerpo. Las rodillas le flaquearon y por un instante pensó que iba a desplomarse. Se había puesto una máscara por el bien de su madre, mostrando sólo enfado y ocultando el pánico que había ido creciendo en su interior desde que aquella mañana, al atravesar el Foro, había oído noticias procedentes de Pérgamo.

Aristónico el Pretendiente había sido capturado. Sus ejércitos habían sido aniquilados. El reino del fallecido Atalo y su inmenso teso*ro* estaban por fin en manos del ejército romano. El comandante romano, Marco Perperna estaba ya jactándose del triunfo que disfrutaría cuando hiciera desfilar a Aristónico desnudo por Roma, cuando lo hiciera flagelar en público hasta que suplicara la muerte, y cuando luego lo estrangulara en la húmeda celda del Tuliano.

Al enterarse de la noticia, Lucio regresó corriendo a casa, le explicó apresuradamente a su madre que Aristónico había sido derrotado y le exigió ver cualquier pedazo de correspondencia que guardase de Blosio. No le había explicado nada sobre el destino de Blosio. Hasta el momento, bien fuera porque estaba demasiado conmocionada o demasiado asustada para hacerlo, su madre no había hecho preguntas. ¡Cómo temía Lucio que llegara aquel momento!

Menenia regresó con algunos pergaminos. Por su experiencia, Lucio adivinó que los había releído innumerables veces. Suspirando, le cogió las cartas.

—¿Estás segura de que son absolutamente todas las cartas?

—Sí, Lucio.

—Debemos rezar a los dioses para que Blosio hiciese lo que te dijo y quemase también todas y cada una de tus misivas. —Una a una, Lucio fue echando las cartas al fuego. Él y su madre las vieron arder hasta quedar reducidas a cenizas.

—Todas sus cartas... todas sus palabras... se han ido —susurró Menenia. Se rodeó el cuerpo con los brazos—. ¿Y Blosio?

—Blosio ha muerto, madre. Tomó el camino más inteligente, el más digno. Si lo hubiesen hecho prisionero... —Lucio se acobardó y no pronunció las palabras en voz alta: «tortura», «humillación», «muerte lenta». Tosió para aclararse la garganta—. En lugar de enfrentarse a la posibilidad de ser hecho prisionero, se suicidó. Murió como un romano.

—Murió como un estoico. —Menenia cerró los ojos. El calor desprendido por las llamas de las cartas, el último vestigio que quedaba en la tierra de la existencia de Blosio, calentó las lágrimas que rodaban por sus mejillas.

Lucio miró a su madre. Independientemente de lo que opinara de Blosio, su dolor lo conmovía. Desde el día de la marcha de Blosio,

Lucio había dejado de reivindicarse para sentir únicamente una vergüenza y un dolor muy profundos.

124 A. C.

—Cuando era un niño —dijo Cayo Graco, sonriendo a su audiencia—, mi viejo tutor, Blosio, me obligaba a leer todos los textos de Eurípides hasta la última línea. ¡El querido y viejo Blosio! Siento

decir que no recuerdo mucho de lo que leí de Eurípides, excepto unas pocas líneas de *Las bacantes.*

Los dioses tienen muchos disfraces.
Los dioses llevan las crisis al clímax
y el hombre, mientras, hace conjeturas.
El final anticipado
no ha sido consumado.
Pero el dios ha encontrado una forma
que ningún hombre esperaba.
Y así termina la obra.

—Pues bien, mis queridos amigos, la «obra» no ha terminado, ni mucho menos. ¡No ha hecho más que empezar! Pero los dioses han encontrado ya una forma «que ningún hombre esperaba». ¿Quién de entre todos nosotros podía, nueve años atrás, cuando murió mi hermano Tiberio, haber previsto que llegaría este día?

Cayo hizo una pausa deliberada para permitir que sus palabras calaran en el público. Contó en silencio hasta diez. La pausa deliberada y oportuna era una técnica de orador que Tiberio le había enseñado: «Corres demasiado, hermanito. Detente de vez en cuando, sobre todo después de haber dicho alguna cosa inteligente o bien pensada. Inspira hondo, cuenta hasta diez, permite que tu audiencia *piense* y *sienta* por un momento...».

Cayo no estaba en el Foro, arengando a un variopinto grupo de ciudadanos, sino en casa de su madre, en el Palatino, en el jardín iluminado por la luz de las lámparas y dirigiéndose a un pequeño grupo de sus más ardientes seguidores. Era la celebración de una victoria. Cayo Graco, que había jurado mantenerse alejado de la política después de la muerte de su hermano, acababa de ser elegido tribuno de la plebe, siguiendo los pasos de Tiberio.

—A lo mejor mi madre sí lo habría previsto. —Cayo hizo un ademán en dirección a Cornelia, que permanecía recostada en un triclinio—. No hubo día en mi infancia en que no fuera exhortado a hacer honor al ejemplo de vida de mi abuelo. Pero aun así, es el ejemplo de mi madre el que más me inspira, el que supone para mí un mayor reto. ¿Ha existido otro mortal, hombre o mujer, con más fortaleza y coraje? Todos, uníos a mí en el saludo: ¡Cornelia, hija del Africano, esposa de Tiberio Graco, que fue cónsul dos veces y cuya escultura está erigida en el Foro, madre de Tiberio, el mártir del pueblo!

Cornelia sonrió, con una elegancia tal que cualquier observador pensaría que jamás había oído aquellas palabras. De hecho, durante la campaña, había aparecido numerosas veces al lado de Cayo, tanto en Roma como en las zonas rurales, representando el papel de madre orgullosa y radiante receptora de los extravagantes tributos de su hijo. Los seguidores de Cayo adoraban a Cornelia, y adoraban a Cayo porque él la adoraba a ella.

En los últimos días de la campaña, el tamaño de las multitudes que se acercaban a escuchar los discursos de Cayo había aumentado, superando todas las expectativas. Ni siquiera Tiberio, en la cúspide de su popularidad, había logrado congregar a tanta gente. Cuando llegó el día de las elecciones, se produjo en Roma una aglomeración tan enorme de gente dispuesta a votar que las posadas no dieron abasto. Los hombres se vieron obligados a dormir en los árboles, en las cunetas y en los tejados.

Uno de los resultados de la masacre de los Graco había sido el cambio de lugar para la celebración de las votaciones. Las elecciones habían dejado de celebrarse en la cumbre de un atiborrado Capitolio para tener lugar en el Campo de Marte, fuera de las murallas de la ciudad, donde había espacio suficiente para que las tribus pudieran reunirse con holgura. Se construyeron unas estructuras que recordaban a los rediles para que los votantes pudieran ir pasando, de uno en uno, a depositar su voto. Pero incluso esta nueva reorganización se quedó corta para la gran cantidad de votantes que se desplazó para dar su apoyo a Cayo. En más de una ocasión, la aglomeración había amenazado con acabar en disturbios, pero al final las votaciones concluyeron sin derramamiento de sangre. Cayo se había erigido como claro vencedor con la intención de llevar

a cabo una serie de reformas más radicales aún que las propuestas por su hermano.

Después del saludo a Cornelia, Cayo dirigió su mirada a otra de las personas sentadas a su lado.

—Y no nos olvidemos de mi querido amigo Lucio Pinario. Ni siquiera él preveía mi regreso a la política. Pero aun así, cuando decidí presentarme a tribuno, este hombre consagró por completo a mi campaña tanto su persona, como su considerable fortuna. Lucio representa una fuerza nueva y poderosa en esta ciudad: la clase de hombres que denominamos «ecuestres», en honor a la tradición de nuestros antepasados de recompensar a sus mejores guerreros con un corcel pagado con dinero público. Hoy en día, es el censor quien admite a los ciudadanos dentro de las filas de los caballeros, y lo que los distingue no es la caballería ni el heroísmo, sino la acumulación de riqueza; son hombres con medios que han decidido renunciar a la carrera política y que, por lo tanto, forman una clase de elite distinta a la del Senado. Lucio Pinario es un hombre de negocios tan excelente que juraría que lleva el comercio en la sangre, igual que yo llevo la política en la mía. Los miembros del orden ecuestre de Roma, que trabajan duro y arriesgan su fortuna para que esta ciudad sea cada vez más próspera, son el futuro. Los senadores ociosos que consumen más riqueza de la que generan, y que miran a los demás por encima del hombro, representan un pasado que ya ha muerto.

»Lucio es constructor, responsable de proyectos repartidos por toda la ciudad. Tiene una esposa entregada y un hijo, y todo el éxito mundano que cualquier hombre podría desear. Lucio y yo llevamos muchos años como socios en el mundo de los negocios. Nos conocemos tan bien que...

—¿...cuando uno empieza una frase el otro la acaba? —apuntó Lucio.

—¡Eso es! Pero cuando decidí presentarme a tribuno, nadie se quedó más sorprendido que Lucio. Y nadie se quedó más sorprendido que yo cuando Lucio se metió de cabeza en política a mi lado, o detrás de mí, diría más bien, pues él prefiere desempeñar el papel de persona influyente entre bambalinas. Uníos a mí en el saludo: ¡Lucio Pinario, distinguido caballero, mi amigo, mi apoyo financiero, mi confidente más leal!

A diferencia de Cornelia, Lucio no estaba acostumbrado a ser elogiado en público. Rondaba los cuarenta, pero se sonrojó como un chiquillo.

Todo el mundo conocía la historia de Graco: el trauma que le había provocado el asesinato de Tiberio, su retirada del terreno público, el final y triunfal retorno a la política. Pero nadie sabía la historia de Lucio, excepto el mismo Lucio. Sólo él conocía la maraña de emociones que lo habían llevado hasta aquella noche. La vergüenza de su falta de actividad antes y después del asesinato de Tiberio nunca había dejado de corroerle. Su carrera profesional le había proporcionado una distracción lucrativa, la vida familiar le había aportado muchas recompensas, su estatus como ecuestre le había dado mayores satisfacciones si cabe. Pero ni siquiera todos aquellos logros habían conseguido apaciguar su sensación de fracaso. Únicamente había encontrado la redención siguiendo la estela de Cayo, olvidándose de todas sus precauciones y plantando cara a las fuerzas reaccionarias que habían destruido la felicidad de su madre y su propia autoestima.

—Al lado de Lucio está sentada su madre, la virtuosa Menenia. Y a su lado, mi encantadora esposa, Licinia —dijo Cayo—. Os agradezco a las dos las noches que habéis permanecido junto a mi madre cuando yo llegaba tarde a casa después de invitar a una ronda de vino a los votantes.

Su esposa agachó la cabeza tímidamente.

—Pero Cayo, querido, ¿era necesario invitar a una ronda todas las noches, a todos los votantes, en todas las tabernas de Roma?

El comentario provocó carcajadas entre los presentes y peticiones de una nueva ronda de vino.

—Queridos amigos, podría pasarme la noche entera reconociendo públicamente el esfuerzo realizado por cada uno de vosotros y dando las gracias personalmente a cada votante, pero ésta es una fiesta para celebrar la victoria y lo que vais a escuchar es un discurso de victoria. Ya habéis oído mis compromisos, lo sé, pero aquí está la diferencia: antes salían de boca de un simple candidato, ¡ahora los oiréis en boca del recién elegido tribuno de la plebe! —Cayo esperó a que la estruendosa ovación fuera amainando.

»En primer lugar, en referencia a la milicia, propongo que el Estado pague la ropa a sus soldados en lugar de exigir que corran ellos con ese gasto. Propongo además que nadie menor de diecisiete años de edad tenga que servir en el ejército. Y lo que es más importante, se establecerán nuevas

colonias para proporcionar nuevas granjas para nuestros veteranos. Hoy en día, hay hombres valientes vagando sin rumbo fijo por las calles, hombres que dieron años de servicio y arriesgaron sus vidas y sus cuerpos a cambio de la promesa de una vida mejor. ¡Esa promesa tiene que ser cumplida!

»Por el bien común, propongo que el Estado sea quien establezca el precio del grano. No estoy diciendo con ello que el grano vaya a entregarse *gratuitamente,* como afirman mis oponentes, sino que el grano tendrá un precio razonable, estabilizado mediante subsidios del tesoro y la construcción de graneros en la ciudad para almacenar el excedente. Si el Estado no puede proporcionar alimento al ciudadano trabajador y a su familia, ¿para qué sirve entonces el Estado?

»Propongo un programa gigantesco de construcción de calzadas, supervisado por caballeros cualificados y que dé empleo a ciudadanos sanos y robustos, no a esclavos. El tesoro está inflado gracias a las conquistas extranjeras; ¿por qué dejar que el dinero se quede sin trabajar cuando podemos ponerlo en manos de los trabajadores y conseguir, a cambio, nuevas y mejores calzadas?

»Debe producirse también una reforma en los tribunales. Desde tiempos inmemoriales, solamente los senadores, y no los demás ciudadanos, han tenido el derecho de juzgar. Dirigen los tribunales civiles y criminales. Se juzgan incluso entre ellos; cuando un gobernador provincial es acusado de extorsión, sus compañeros senadores son quienes determinan su inocencia o culpabilidad. Al conjunto de trescientos senadores elegibles como jueces, propongo añadir trescientos caballeros.

¡El sistema judicial recibirá una muy necesaria reorganización y quizá así empezaremos a ver una verdadera responsabilidad en la gestión!

»Esto, amigos míos, resume el programa que hoy han refrendado masivamente los votantes. Convenceremos a los ciudadanos más pobres con el subsidio del grano, el empleo estatal y las nuevas colonias. Convenceremos a los ricos caballeros con lucrativos contratos públicos y con los nuevos privilegios judiciales. ¡Lo siento por los pobres senadores... no les quedará otra cosa que su dignidad!

Los invitados aplaudieron calurosamente. Algunos gritaron:

—¿Y qué hay sobre la reforma de la tierra?

Cayo hizo una mueca y forzó a continuación una frágil sonrisa.

—Sí, ¿y qué hay sobre la reforma de la tierra? En estos últimos nueve años ya se ha llevado a cabo gran parte de la necesaria redistribución de la tierra. Una ironía, ¿verdad? Mi hermano Tiberio veía la abrumadora necesidad de realizar una reforma en este sentido. La defendió con valentía, presionó por ella... y fue asesinado por esa causa. Después sus asesinos se dieron cuenta de que esa reforma era inevitable, que era o eso o la revolución, y lo siguiente que sabemos es que esas víboras cínicas empezaron a loar los objetivos de Tiberio, diluyeron un poco su legislación y le pusieron sus propios nombres, se dieron unas palmaditas en la espalda ¡y se felicitaron por haber salvado la República!

La voz de Cayo se elevó hasta convertirse en un grito agudo. Un criado situado detrás de él se llevó una flauta a los labios y emitió una nota. La tensión que reinaba en la estancia fue sustituida por las risas y los aplausos. Cayo se relajó visiblemente. Sonrió, se volvió y rodeó con el brazo al flautista, un hombre bajito y calvo.

—Todos conocéis a Licinio; es uno de los libertos de mi esposa. Licinio me ayuda a practicar un truco de orador que mi hermano me enseñó. Cuando empiezo a salirme un poco de madre, si me emociono o me acaloro demasiado, Licinio toca una nota con su flauta y me retengo. Me tiene bien entrenado, ¿no os parece? —Cayo estampó un beso en la calva del hombrecillo. Los invitados no paraban de reír.

»Bien, volviendo a mi discurso. Llegamos al punto culminante, al proyecto más ambicioso de todos: extender la plena ciudadanía a todos los aliados que Roma tiene en Italia. Durante años, hemos sido testigos de los abusos realizados por magistrados romanos contra los súbditos de Italia, que pagan impuestos y combaten en las legiones a nuestro lado, pero no poseen los privilegios de la ciudadanía completa. Démosles ese regalo y Roma conseguirá una afluencia masiva de nuevos ciudadanos leales... y estos nuevos votantes recordarán al tribuno que les facilitó esos derechos. Con

una base de poder así, ese tribuno podría guiar a Roma hacia su destino más elevado. —Cayo bajó la vista.

»Cuando era niño, Blosio me habló de la Edad de Oro de Atenas, y sobre el gran líder que hizo posible esa Edad de Oro, un hombre de visión extraordinaria llamado Pericles. Roma, pese a todos sus logros, tiene aún pendiente entrar en su Edad de Oro. Pero con esta elección, rezo a los dioses para que Roma haya encontrado por fin a su Pericles.

Lucio, mientras escuchaba, cogió aire. Una nueva floritura retórica. Cayo no le había mencionado nunca una Edad de Oro, ni se había comparado con Pericles. Aquello era embriagador. Insinuaba ambiciones que iban mucho más allá de las de Tiberio. Escuchando aquel discurso, Lucio sintió un escalofrío de excitación, pero también un temblor de auténtica aprensión. Observó los rostros de su madre, de Licinia y de Cornelia, y vio la misma reacción ambivalente.

Cayo terminó con una nota sombría.

—Por donde quiera que viajara en mi campaña para ser elegido tribuno, todo el mundo me formulaba dos preguntas: ¿Qué te convenció para iniciar la campaña? ¿No temes el mismo destino que acabó con tu hermano?

»A aquellos ciudadanos, y a los que estáis aquí esta noche, ofrezco la siguiente respuesta: fue un sueño lo que me incitó a dejar de lado el miedo y la desidia y a dejar de esconderme del mundo. En el sueño, Tiberio me llamaba. Me decía: «Hermano, ¿por qué te entretienes? No hay manera de escapar del destino. Todos tenemos marcada una vida y una muerte: agota la primera y encuentra la segunda, y haz que ambas estén al servicio del pueblo».

Todos los invitados habían oído ya aquella historia durante la campaña para las elecciones. Pero al oírla de nuevo en aquel momento feliz, irrumpieron en un clamoroso aplauso y muchos lloraron.

Concluido su discurso de la victoria, Cayo se paseó entre los invitados, dando las gracias personalmente a todos ellos. Después se retiró a un rincón tranquilo con su madre, su esposa, Menenia y Lucio.

—¡Qué refinado te has vuelto! —dijo Menenia—. ¿Sabes? Pienso que eres aún mejor orador que tu hermano. ¡Si Blosio pudiera oírte! Me siento orgullosa de que honres su nombre en tus discursos.

—A mí me produce escalofríos oír esa historia de tu sueño con Tiberio —dijo Cornelia—. Hablar tan a la ligera de los muertos...

—Es una gran historia, madre. Ya viste cómo les gusta, y siempre que la explico obtengo la misma reacción. Además, es cierta. El sueño fue real, y cambió mi vida.

—Pero profetizar tu propia muerte...

—Aquí no hay ninguna visión de un oráculo. ¡Por supuesto que moriré sirviendo al pueblo! A lo mejor mientras hago un discurso en el Foro, a lo mejor dormido en la cama, a lo mejor mañana, o a lo mejor de aquí a cincuenta años. Como Tiberio, soy patriota y político. ¿Cómo puedo morir si no es al servicio de Roma?

—¡Oh, Cayo, qué cinismo! —Cornelia arrugó la nariz, pero su locuaz respuesta la dejó claramente aliviada.

Lucio, en secreto, también se sintió aliviado. A lo mejor el cinismo de Cayo era exactamente la cualidad que podía mantenerlo con vida.

122 A. C.

—¿Pero dónde está todo el mundo? —Lucio dio una vuelta al peristilo, inspeccionando el exuberante jardín y asomando la cabeza por las distintas estancias que lo rodeaban.

La nueva casa de Cayo en el barrio de la Suburra era más grande pero no tenía el encanto de la casa solariega de los Graco en el Palatino. Para su segundo periodo electoral consecutivo como tribuno, Cayo había decidido expresamente alejarse de su madre y del Palatino, con sus opulentas residencias. Como nuevo hogar había elegido una casa laberíntica, aunque desvencijada, en el humilde barrio de la Suburra, con la intención de ubicarse personalmente entre los ciudadanos de a

pie que mayor apoyo le daban.

Lucio había comprendido las motivaciones políticas que habían impulsado a su amigo a realizar aquel traslado, pero el barrio, con prostitutas en cada esquina, veteranos de guerra mutilados mendigando por las calles y emanaciones de olores fétidos, seguía resultándole deprimente. ¿Por qué estaba vacía la casa? ¿Dónde estaban los contratistas e ingenieros del Estado, los embajadores extranjeros, los magistrados, los soldados y los eruditos que normalmente pululaban por la casa del Palatino durante el primer año de Cayo como tribuno, cuando su implacable programa legislativo y su infatigable energía lo establecieron como la persona con mayor poder en el Estado?

—Volverán —dijo Cayo, saliendo de detrás de una de las columnas del peristilo. Parecía inquieto, y también cansado. Acababa de regresar de pasar varias semanas en Cartago, donde se había desplazado para iniciar los trabajos previos de la que sería una nueva colonia romana. Había transcurrido una generación desde que Tiberio ganara la corona mural por escalar las murallas enemigas; los campos salados que rodeaban la devastada ciudad volvían a ser fértiles. La nueva colonia romana se llamaría Junonia.

—¿Qué tal todo... en Junonia? —preguntó Lucio.

—Veo que preguntas con cautela, Lucio. ¿Qué has oído por ahí? Lucio se encogió de hombros.

—Rumores.

—Y no de los buenos, me atrevería a decir. —Cayo suspiró—. Debo confesar que los auspicios que se dieron a conocer en la ceremonia de fundación fueron malos. Hubo fuertes vientos que partieron los estandartes y se llevaron volando los sacrificios que había encima de los altares. ¡Ese condenado viento! El sacerdote dijo oír en él las carcajadas de Aníbal.

—Y... dicen que los lobos destruyeron las señales que marcan los límites de la ciudad —dijo Lucio.

—¡Eso es una mentira redomada inventada por mis enemigos! —explotó Cayo. Cerró los ojos y respiró hondo—. ¿Dónde está Licinio con su flauta para tranquilizarme? Lo más importante es que, pese a todos los obstáculos, Cartago va a renacer como colonia de Roma. —Sonrió—. Si algún día te quedas sin proyectos de construcción de calzadas aquí en Italia, allí abajo tendrás mucho trabajo, Lucio. ¿Y qué has hecho tú mientras yo no estaba?

Lucio reflexionó su respuesta, feliz de poder cambiar de tema, y luego se echó a reír.

—Si tienes algo de qué reírte —dijo Cayo—, ¡compártelo entonces conmigo, por Hércules!

—Muy bien. Hace unos días estuve en el Foro Boario. Había una larga cola de hombres y mujeres con los vales para comprar su ración de cereales. ¿Y a quién veo en la fila pacientemente si no a ese viejo sapo de Pisón Frugi?

—¿A Pisón Frugi? ¡No puedo creerlo!

—¡Precisamente, al senador que con más vehemencia se opuso al establecimiento del subsidio para los cereales! Me quedé mirándolo boquiabierto un buen rato y al final le pregunté: «¿Cómo te atreves a beneficiarte de una ley a la que con tanta fuerza te opusiste?».

—¿Y qué te dijo?

—El viejo miserable me miró pestañeando y luego hizo un mohín. «Si ese ladrón de Cayo Graco me hubiera robado todos mis zapatos para repartirlos entre los ciudadanos y la única manera de recuperarlos fuera haciendo cola con todos los demás, lo haría, por una simple cuestión de principios. Lo que ése hace es sisar del tesoro para comprar cereales para sus acólitos. ¡De modo que sí, haré cola porque quiero recuperar todo lo que sea posible! ».

Cayo movió la cabeza.

—¡Increíble! ¿Te has percatado de que los hombres que protestan con más fuerza contra los beneficios públicos siempre acaban abriéndose camino a empellones para ponerse en primera fila cuando esos beneficios se reparten?

—¡Es exactamente lo que yo pensaba!

—¿Y qué más ha sucedido en Roma durante mi ausencia? —Cayo formuló la pregunta en tono informal, pero su mirada subrayaba la importancia de la pregunta. Cuando vio que Lucio dudaba, refunfuñó exasperado—. ¡Vamos, Lucio, cuéntame lo peor! se trata de Livio Druso, ¿verdad? ¿Qué ha hecho ese malvado traidor?

El problema con el otro tribuno electo se había iniciado antes de que Cayo marchara para África. La partida de Cayo debería haber estado marcada por un gran logro: la aprobación por parte de la asamblea popular de una ley que extendía la ciudadanía romana a todos los aliados de Italia. Pero en el último momento, el tribuno Livio Druso, que siempre había apoyado las reformas de Cayo, se había vuelto en contra de la legislación, apelando básicamente a los intereses de la chusma.

—¿Creéis que hoy en día es complicado encontrar un buen asiento en el teatro? —decía—. ¡Pues esperad a que todos los italianos vengan a la ciudad para ver nuestros festivales! ¿Os gusta hacer largas colas para asistir a los banquetes públicos o para obtener el subsidio del grano? ¡Entonces os encantará ver a todos esos italianos colándose delante de vosotros! ¿Queréis ver desaparecer todos y cada uno de vuestros privilegios sólo para que Cayo Graco pueda congraciarse con sus nuevos amigos? —Cuando Druso vetó la legislación, lo hizo con el apoyo popular. Fue una derrota dolorosa para Cayo justo en vísperas de su partida.

—Druso no se ha quedado con los brazos cruzados durante tu ausencia —admitió Lucio—. De hecho, se ha mostrado implacable en sus esfuerzos por socavar tu poder. Te ha acusado de explotar a los pobres...

—¡Qué!

—... porque tus leyes cobran una renta a la gente que desea obtener tierra de cultivo del Estado.

—¡Se trata de una renta nominal! Era una concesión necesaria para conseguir más soporte para la ley.

—Druso propone una legislación que permita a los pobres tierra de cultivo del Estado completamente gratuita.

—¿Y qué dicen a eso los reaccionarios chapados a la antigua del Senado?

—Apoyan a Druso en todo momento. ¿No lo ves? Druso es su testaferro. Al superarte en «graquismo», te roba tus seguidores. Tus enemigos están dispuestos a legislar contra sus intereses egoístas de manera temporal con tal de lanzarle algún hueso al populacho.

—Y en cuanto me hayan neutralizado, quedarán libres para escupirle al pueblo a la cara y actuar igual que antes.

—Exactamente. Por desgracia, los ciudadanos de a pie parecen incapaces de ver más allá de la fachada de Druso. Los ha ganado consintiendo todos sus caprichos.

Cayo dejó caer los hombros. Parecía tremendamente agotado.

—Durante mi primer año como tribuno, nada salió mal. ¡Pero en este segundo año, nada sale bien! Lo único que espero es que en mi tercer año...

—¿Un tercer año como tribuno? Eso no es posible, Cayo. Te permitieron un segundo año sólo por el tecnicismo legal que Tiberio pretendía utilizar, la falta de candidatos para ocupar los diez puestos. Para sacarlo adelante fue necesaria la cooperación de hombres que en condiciones normales habrían sido tus rivales.

—Y lo mismo sucederá este año, ¡porque el pueblo lo exigirá! Lucio no pensaba lo mismo, pero se mordió la lengua.

121 A.C.

—Si pueden, me incitarán para que utilice la violencia. Eso es lo que quieren: arrinconarme, deshonrarme, llevarme a tal estado de desesperación que acabe devolviéndoles el golpe. Así podrán destruirme y afirmar que lo hicieron por el bien de Roma.

Cayo, nervioso, caminaba por el peristilo, dando vueltas al exuberante jardín de su casa en el barrio de la Suburra. Desde que no había conseguido obtener el puesto de tribuno por tercer año consecutivo, su posición era cada vez más precaria.

—Las elecciones fueron una farsa —dijo—, con abundantes irregularidades...

—Eso es agua pasada, Cayo. Ya lo hemos hablado muchas veces. El pasado, pasado está. —Lucio, a quien nunca le había gustado caminar mientras hablaba, permanecía quieto apoyado en una

columna. Su desgaste era interno, nadie lo veía.

¿Cuándo dejaría Cayo de hablar sobre las elecciones que le habían robado? El hecho ineludible era que cuando llegó el día de las votaciones su apoyo había disminuido de forma considerable; la estrategia de debilitamiento de sus enemigos había funcionado tal y como ellos lo tenían planeado. Después de las elecciones, durante sus últimos días en el puesto, la influencia de Cayo había seguido menguando. Su frustración había dado paso a la imprudencia.

—Lo admito, fue un error...

—Un error crucial.

—... cuando ordené a mis seguidores demoler los asientos de madera construidos para aquella lucha de gladiadores. Tenía buenos motivos para hacerlo. Una zona de asientos de pago para los ricos tapa la visión de los pobres...

—Pero recurriste a la violencia.

—Fueron daños materiales. Nadie resultó herido grave.

—Incitaste los disturbios, Cayo. Jugaste el papel que querían tus enemigos. Dicen que eres un agitador peligroso, un demagogo violento. —Lucio suspiró. Habían hablado del tema muchas veces.

Ahora que Cayo había dejado su cargo, sus enemigos estaban revocando sistemáticamente todas las leyes que él había promulgado, borrando del mapa todos sus logros. Las noticias de hoy eran aún peores. El Senado tenía programado debatir la revocación del estatuto de fundación de Junonia. La colonia que tendría que haber sido el monumento más perdurable de Cayo, estableciendo para siempre un vínculo entre su abuelo, el conquistador de Aníbal, su hermano, el primero que escaló las murallas de Cartago, y él, el fundador de Junonia, era un proyecto que acabaría siendo abandonado.

Cayo estaba amargado. Tenía miedo, además. Estaba convencido de que lo único que acabaría aplacando a sus enemigos era su propia sangre.

—¿Es cierto lo que la gente anda diciendo sobre las obras benéficas de Cornelia? —preguntó Lucio.

—¿De qué me hablas?

—Tu madre estableció un programa para que los campesinos recolectores desempleados de las zonas rurales viniesen a Roma a buscar trabajo.

—Eso lo sabe todo el mundo. Ni siquiera Pisón Frugi puso objeciones. Los campesinos son mano de obra barata.

—Hay quien dice que el programa no es más que un pretexto, una forma de aumentar el número de tus seguidores leales en la ciudad... por si acaso.

—¿Por si acaso qué?

—Por si acaso surgen brotes de violencia para la que están preparándose ambos bandos. —Lucio miró por encima del hombro. En aquel mismo momento, había recolectores en casa de Cayo, dando vueltas por allí, inquietos, armados con cayados y guadañas—. ¿Qué pasará, Cayo?

—Sea lo que sea, tú estás fuera del tema, Lucio.

—Ya no compartes tus planes conmigo. Desde que regresaste de Junonia, me mantienes a cierta distancia. Celebras reuniones sin mí. Demoliste los asientos para el encuentro de gladiadores sin decirme palabra. No conocí con antelación el programa de Cornelia para ayudar a los recolectores.

—Si te he mantenido fuera de mis reuniones, Lucio, ha sido por tu propio bien. La gente ya no habla de nosotros como conjunto. Con un poco de suerte, olvidarán que en su día fuiste mi mayor apoyo entre los caballeros. Tú eres un hombre de negocios, Lucio, no un político. No participas en la carrera política. No supones una amenaza real para mis enemigos en el Senado. ¿Por qué deberías sufrir también mi destino?

—Soy tu amigo, Cayo.

—También eras el amigo de Tiberio, pero nunca levantaste un dedo para ayudarle, ni tampoco para ayudar a Blosio.

Lucio cogió aire. La desesperación sacaba a relucir el lado más mezquino y odioso de Cayo.

—Cuando Fortuna te favoreció, Cayo, disfruté de los placeres de tu amistad. Tal vez Fortuna te haya dado la espalda, pero yo nunca lo haré.

Cayo se encogió de hombros.

—Entonces, acompáñame ahora.

—¿Adónde?

—Al Foro. Habrá una protesta contra la propuesta de abandonar el proyecto de Junonia. —Era como si Cayo acabase de recibir un empujón de energía renovada. Empezó a dar vueltas por la casa, gritando y reuniendo a su séquito—. ¡En pie todo el mundo! ¿A qué esperáis? ¡Basta de gandulería! ¡Nos vamos a la casa del Senado!

Con un impulso, Lucio entró rápidamente en el estudio de Cayo y cogió una tablilla de cera y un estilete. Cayo seguía siendo el mayor orador de su generación. En esta ocasión, pronunciaría palabras que no debían caer en el olvido. El estilete de metal era un instrumento formidable, confeccionado con elegancia pero sólido y fuerte en la mano de Lucio, y tremendamente afilado en uno de sus extremos.

El día era caluroso y sofocantemente húmedo, los truenos retumbaban a lo lejos.

Cuando Cayo y su séquito llegaron al Senado, vieron salir por una puerta lateral a un hombre alto y de facciones angulosas cargado con un recipiente poco profundo. El hombre era Quinto Antilio, secretario del cónsul Opimio. Y el recipiente que llevaba estaba lleno de entrañas de cabra. Antes de iniciar sus actividades diarias, el Senado celebraba un sacrificio ritual y los órganos del animal sacrificado eran examinados por un augur. El augurio había terminado ya. Y Antilio era el encargado de eliminar las entrañas.

Cuando pasó por su lado, Antilio sonrió socarronamente a Cayo y sus seguidores.

—¡Apártate de mi camino, basura callejera! Abrid paso a un ciudadano decente.

El insulto incitó la rabia que Lucio reprimía normalmente. Notó que la sangre le latía con fuerza en las sienes. Estaba sofocado.

—¿A quién te atreves a llamar basura? —preguntó.

—A este montón de estiércol. —Antilio utilizó el recipiente para hacer un gesto en dirección a Cayo. Las entrañas se derramaron y fueron a caer sobre la toga de Cayo. Cayo arrugó la nariz y dio un brinco, un gesto que hizo retorcerse de risa a Antilio.

Sin pensarlo, actuando por puro impulso, Lucio se abalanzó sobre él y le hundió en el pecho el estilete de metal.

Todos los presentes sofocaron sus gritos. Antilio dejó caer el recipiente. Las entrañas se esparcieron por todas partes, haciendo retroceder rápidamente a los transeúntes. Antilio cogió con fuerza el estilete e intentó arrancarlo de su pecho, pero la sangre había convertido el metal pulido en un material tremendamente resbaladizo. La parte delantera de su toga se tiñó de rojo. Se convulsionó y cayó hacia atrás, golpeándose la cabeza contra el pavimento.

Cayo se quedó mirando boquiabierto el cuerpo muerto, luego a Lucio, incapaz de creer lo que veían sus ojos.

Alguien que pasaba por la calle había visto el asesinato y corrió a informar del suceso a los senadores. Salieron enseguida, algunos por la puerta principal, otros por la lateral, convergiendo todos en el lugar donde se encontraban Cayo y sus acompañantes. Encabezando el grupo estaba el cónsul Opimio. Cuando vio el cuerpo de Antilio, su primera expresión fue de rabia, seguida rápidamente por una mirada de júbilo que apenas podía disimular.

—¡Asesino! —gritó, mirando directamente a Cayo—. Has matado a un sirviente del Senado mientras realizaba un deber sagrado.

—Ese hombre ha arrojado entrañas sangrientas sobre un tribuno de la plebe —gritó Cayo—. ¿Le propusiste tú la idea?

—Tú ya no eres tribuno. No eres más que un loco... ¡y un asesino!

Los integrantes de ambos bandos empezaron a proferirse insultos. Uno de los hombres de Cayo corrió en busca de los seguidores que estaban congregándose delante del Senado. Cuando empe-

zaron a llegar, algunos de los senadores pensaron que se trataba de una encerrona deliberada. Cundió el pánico. Empezaron los puñetazos.

El destello de un relámpago iluminó la escena con una luz deslumbrante. Cayo gritó a sus hombres ordenándoles que mantuvieran la calma, pero el rugido ensordecedor de un trueno engulló sus palabras. El cielo se abrió momentos después. Una intensa lluvia sorprendió a la multitud. El Foro se vio barrido por un auténtico vendaval. Los alborotadores se dispersaron.

Criado entre libros de historia, Lucio recordó un relato de los primeros tiempos de la ciudad y sintió un escalofrío de terror. Rómulo, el primer rey, había desaparecido en el transcurso de una tormenta cegadora. Cayo había sido acusado de querer una corona y estaban en aquellos momentos bajo una tormenta de tal magnitud, que Lucio no recordaba haber visto otra similar en su vida. Lucio desconocía el papel que otro Pinario había desempeñado en la muerte de Rómulo, pero sabía que su loco acto de impulsividad acababa de sentenciar el destino de Cayo Graco.

Al día siguiente, Lucio hizo algo que sólo había hecho en otra ocasión. Se colgó al cuello el *fascinum* de la familia.

De vez en cuando, siendo niño, se lo había visto a su madre. Cuando Lucio se convirtió en padre, Menenia le había donado ceremoniosamente aquella herencia familiar; le había explicado su gran antigüedad y lo poco que conocía sobre su origen, y le había hablado de su poder como talismán protector contra el mal. Lucio se lo puso el mismo día que lo recibió, simplemente para complacer a su madre, después lo había guardado y se había olvidado de él.

Pero aquella noche, mientras la tormenta continuaba con toda su furia, el *fascinum* se le apareció en sueños, cerniéndose sobre una gran hoguera. Cuando Lucio se despertó, lo buscó entre una maraña de abalorios que la familia no utilizaba y que guardaba en el interior de una caja fuerte. Se pasó la cadena por el cuello. Sintió al instante sobre el pecho la frialdad del talismán de oro, oculto debajo de la túnica y la toga. Lucio no era un hombre especialmente religioso, pero si el *fascinum* poseía algún tipo de poder protector, aquélla era la ocasión ideal para lucirlo.

Para llegar a la casa de Cayo, en la Suburra, Lucio tenía que atravesar el Foro. Oyó ecos de gritos y llantos procedentes de la dirección donde se encontraba el Senado. El gentío lloraba la muerte de Quinto Antilio.

La casa de Cayo estaba más llena de gente que nunca. El ambiente era de histeria reprimida. Entre los hombres que corrían como locos de un lado a otro había un espíritu sorprendentemente optimista, una sensación casi de celebración. La última vez que Lucio había presenciado aquella mezcla de miedo, anticipación y camaradería había sido delante de las murallas de Cartago, junto a Tiberio, momentos antes del asalto final. Era la sensación de que estaba a punto de nacer un nuevo mundo, para bien o para mal, y de que, al día siguiente, muchos de los que se hallaban allí no estarían vivos para verlo.

Cayo, de pie entre un grupo de segadores con sus guadañas, lo vio y lo saludó con la mano.

—¿Has venido por el Foro?

—Sí, pero me he mantenido alejado de la casa del Senado. Oí gritos, pero no vi...

—No importa. —El tono de voz de Cayo era extrañamente distante—. Los ojos y los oídos de mis sustitutos van continuamente de aquí para allá, trayendo noticias frescas cada pocos minutos. Quinto Antilio ha sido depositado en un féretro justo delante de los Rostra. Varios senadores compiten para ver cuál de ellos logra recitar la elegía más mojigata. Las plañideras lloran y se tiran del pelo. Mientras, me temo que mis más fieles seguidores se han congregado ya en la periferia. Nada de violencia aún, sólo algún que otro insulto. Cuando las plañideras exclaman «¡Antilio!», mis hombres les responden con un «¡Tiberio!». Naturalmente, el cadáver de mi hermano fue arrastrado por las calles y lanzado al río. Nadie puede acusarnos de haber hecho con Antilio una cosa así.

—Cayo, lo que hice ayer... es imperdonable.

—¡Y absolutamente atípico! —Cayo sonrió, pero su mirada era triste—. Las Furias en persona

debieron liberar tu rabia. ¿Quién iba a imaginarse que tenías tanta guardada? La verdad es que Quinto Antilio no supone una gran pérdida para el mundo. Naturalmente, Opimio me culpa a mí del asesinato. Incluso ahora sigue arengando a los senadores con todo tipo de acusaciones disparatadas y asegura que pretendo asesinar a todos y cada uno de ellos. «¡Los Graco planean un baño de sangre! », proclama. Resulta curioso ver cómo los de su clase acusan a la oposición de los mismos crímenes que ellos andan tramando.

—¿Acabará en eso, Cayo? ¿En un baño de sangre?

—Pregúntaselo a Opimio. Está haciendo todo lo posible para incitar y poner frenéticos a los senadores. Ha propuesto una medida que denomina «Decreto de excepción». Suena amenazador, ¿verdad? Permitirá a los cónsules «tomar todas las medidas necesarias para defender el Estado». Es decir, estarán autorizados para matar a cualquier ciudadano allí mismo donde se encuentre, sin juicio previo.

—No puede ser que esto esté sucediendo, Cayo.

—Los dioses lo han permitido. Un simplón como Opimio no se percata de que una cosa como la que él denomina Decreto de excepción no se utilizará una única vez. Están abriendo la Caja de Pandora. Si permites que el Estado asesine a sus ciudadanos en una ocasión, la situación volverá a repetirse una y otra vez. —El tono elocuente de Cayo desapareció de repente y su voz se quebró—. ¡Ay, Lucio! ¿Qué será de nuestra querida República? ¿De nuestra maltrecha y desesperadamente perdida República?

Cogió un instante las manos de Lucio, se retiró y se volvió para dirigirse a los recolectores y a todos los demás.

—¡Reunid todos las armas que tengáis! ¡Filócrates, trae mi espada! No pienso esperar a que vengan a mi casa a atacarme. Iré al Foro y rezaré una oración delante de la estatua de mi padre.

Licinia entró corriendo. Se agarró a su toga.

—¡No, esposo! En esta casa estás seguro, aquí tus seguidores te protegen.

—Sólo los dioses pueden protegerme en este momento.

—¡Entonces, ve desarmado! Si sales armado, rodeado de hombres armados, habrá violencia y te culparán a ti de ello.

—Prefiero morir en batalla que como un cordero ofrecido en sacrificio. —Le obsequió una media sonrisa.

—¡Cayo, esto no va en broma! Los mismos hombres que mataron a Tiberio están decididos a asesinarte a ti también.

—Mientras quede aire en mi cuerpo, sigo siendo un ciudadano libre de Roma. Nunca me convertiré en un prisionero encerrado en mi casa. —Cayo se alejó de ella y se dirigió a la puerta.

Licinia estaba rota en llanto. Lucio trató de rodearla con el brazo, pero ella lo apartó bruscamente, negándose a dejarse consolar. Cuando el último de los acompañantes de Cayo abandonó el vestíbulo, Lucio salió corriendo tras ellos.

Los postigos de las casas fueron abriéndose al paso de Cayo por las calles de la Suburra. Todos lo vitoreaban, pero fueron muy pocos los hombres que se sumaron a su séquito. Lucio miró nervioso a su alrededor. ¿Dónde estaban las inmensas multitudes que en su día habían prometido defender a Cayo hasta la muerte? Era como si se hubiesen fundido. Cuando el pequeño grupo entró en el Foro, holgazanes y transeúntes los miraron con curiosidad para dispersarse acto seguido, intuyendo problemas y huyendo de ellos.

Cuando Cayo llegó al punto donde se erigía la estatua en honor a Tiberio padre, se quedó allí un buen rato. Su joven y fiel esclavo, Filócrates, permaneció a su izquierda. Lucio a su derecha. Cayo habló con voz soñolienta.

—Mi abuelo proyectó una sombra imponente; se me conoce como el nieto de Escipión el Africano, no como el hijo de Tiberio Graco. Pero mi padre fue también un gran romano. Sus victorias en Hispania establecieron una paz que se prolongó durante veinticinco años. Sus embajadas en Asia lo convirtieron en confidente de reyes. Fue elegido cónsul dos veces, dos veces fue galardonado con triunfos y fue además censor. Mi hermano, de haber vivido, habría sido tan grande como él. Sólo esperaba que yo pudiera... —Se le quebró la voz. Las lágrimas corrían por sus

mejillas—. ¿Acaso vivimos y morimos para nada?

Lucio oyó gritos procedentes del Senado, seguidos por los típicos sonidos de una pelea callejera. Los ruidos se aproximaban.

—Cayo, tenemos que volver a tu casa. No somos suficientes para hacerles frente.

Cayo avanzó. Aguzó los oídos y luego movió la cabeza.

—La pelea se ha trasladado a algún lugar entre donde nos encontramos nosotros y el barrio de la Suburra. No podemos regresar. Aquí me haré fuerte. Aquí será donde caeré.

A Lucio le dio un vuelco el corazón, pero respiró hondo y dijo:

—No pienso abandonarte, Cayo.

—Eres un amigo de verdad, Lucio.

A lo lejos apareció un grupo de hombres armados. Avistaron a Cayo, gritaron y corrieron hacia él. El séquito de Cayo era muy inferior en número. Los hombres miraron a Cayo a la espera de recibir órdenes, pero él se mantuvo tan rígido y silencioso como la estatua de su padre. Algunos de sus seguidores cayeron presas del pánico y huyeron en todas direcciones.

Por fin Cayo gritó, desesperado.

—¡Lucio! ¡Filócrates! ¡Seguidme! —Se despojó de la toga, y Lucio y los demás que la llevaban siguieron su ejemplo, mejor correr sólo con la túnica interior.

Con sus perseguidores pisándoles los talones, corrieron hacia el Foro. Rodearon la colina del Palatino y atravesaron a toda velocidad el Circo Máximo. Perdieron a sus perseguidores en las estrechas callejuelas del Aventino. Llegaron al templo de Diana, próximo a la cumbre de la colina.

Cayo entró corriendo en el templo. El puñado de seguidores que le seguía lo vio caer arrodillado a los pies de la estatua de la diosa.

—¡Reina de la caza! —gritó, casi sin aliento—. ¡Hija de Júpiter, hermana de Apolo! ¡Acepta este sacrificio! —Dejó en el suelo la empuñadura de su espada y apuntó la hoja hacia su pecho. Antes de que pudiera caer sobre ella, dos de sus seguidores corrieron a detenerlo. Uno de ellos lo agarró por los hombros y lo echó hacia atrás. El otro cogió la espada y se la entregó a Filócrates.

Cayo lloraba. Aporreó el suelo con los puños.

—¡Desagradecidos, romanos traidores, os maldigo! —gritó—. Os señalé el camino hacia la libertad y os volvisteis contra mí. Lo arriesgué todo por vosotros y ahora me abandonáis. ¡Sed esclavos para siempre, entonces, de todos los asesinos que hay en el Senado!

Lucio tenía la sensación de que su amigo se había vuelto loco. Cayo siempre había sido un hombre valiente y un luchador, pero ahora parecía decidido a darse muerte sin combatir. Cayo había estado siempre completamente convencido de su causa y ahora renunciaba a ella, había estado completamente consagrado a los ciudadanos más pobres de Roma y ahora los maldecía. Lucio estaba sobrecogido, pero no podía criticar a Cayo. También él había caído presa de la locura el día anterior, cuando mató a Antilio sin pensarlo.

Entró un rezagado en el templo.

—¡Vienen detrás de mí! —gritó—. ¡Vienen hacia aquí!

Lucio y Filócrates ayudaron a Cayo a incorporarse. Se volvieron todos hacia la entrada. Aturdido, Cayo salió corriendo a la calle. Sus perseguidores le vieron y empezaron a gritar. La persecución se reanudó.

La precipitada huida le parecía a Lucio una pesadilla. Las sinuosas calles del Aventino, la vieja fuente en la boca del Acueducto Apio, los almacenes de sal a orillas del Tíber y los animados mercados del Foro Boario, lugares todos tremendamente familiares pero que le parecían completamente desconocidos. Al verlos pasar, la gente reía y los animaba, como espectadores que presencian una carrera pedestre. Otros abucheaban al desesperado grupillo y les lanzaban rábanos y nabos y trozos de huesos y pezuñas de las tiendas del mercado.

Algunos de los hombres se detuvieron al llegar al puente que cruzaba el Tíber y decidieron hacerse fuertes allí. Le suplicaron a Cayo que siguiera corriendo, jurándole retener a los perseguidores en el puente todo el tiempo que les fuera posible. Acompañado solamente por Filócrates y Lucio, Cayo llegó a la otra orilla del Tíber justo en el momento en que sus perseguidores alcanzaban el puente. Los sonidos de la batalla retumbaron al otro lado del río.

La orilla oeste del Tíber estaba prácticamente silvestre y sin habitar. El grupo de tres hombres se apartó del camino con la idea de desaparecer entre la densa vegetación. Un camino estrecho los condujo hasta un bosque de árboles altos. La tierra blanda amortiguaba el sonido de sus pasos. Entre las sombras del follaje, un rayo de sol iluminó un altar de piedra en un pequeño claro. Lucio tenía, más que en ningún momento, la sensación de estar viviendo un sueño.

—¿Qué lugar es éste?

—La arboleda de las Furias —dijo Cayo con voz cavernosa—. Tisífona, Megera y Alecto: las hermanas vengativas que castigan con la locura a los mortales pecadores. Sólo aceptan el sacrificio de ovejas negras. ¿Veis su imagen en el altar? Portan látigos y antorchas. Tienen serpientes a modo de cabello. Son más antiguas que Júpiter. Nacieron de la sangre derramada cuando Crono, el titán, castró a su propio padre, Urano... nacieron del crimen de un hijo contra su padre. ¡Pero yo siempre he honrado a mi padre y a mi abuelo! ¿Por qué las Furias me habrán conducido hasta aquí?

Cayó de rodillas ante el altar. Los gritos resonaban entre las copas de los árboles. Sus perseguidores se acercaban.

—Filócrates, ¿tienes mi espada?

El joven esclavo lo miró, desanimado.

—Amo, por favor...

—Acaba conmigo, Filócrates. En el templo de Diana he perdido el valor. He permitido que me impidiesen suicidarme. Hazlo por mí, Filócrates. ¡Ahora! —Echó la cabeza hacia atrás y levantó el pecho.

—Amo, no puedo soportar hacerlo.

—¡Te lo ordeno, Filócrates!

Llorando y tembloroso, el joven esclavo volvió la espada hacia sí mismo y se dejó caer hacia delante. Su grito de angustia reverberó en los bosques. Los perseguidores lo oyeron y empezaron a gritar también. Estaban muy cerca.

Cayo se arrodilló sobre el esclavo. Acarició el cabello del joven y le retiró la espada del pecho. Levantó la vista hacia Lucio y extendió hacia él la empuñadura.

—Es lo que quieren las Furias —susurró Cayo—. Es lo que exigen de ti, Lucio. Tú desataste la violencia quitándole la vida a Antilio. Ahora debes terminarla.

—¿Haciendo lo que menos deseo en este mundo? —gritó Lucio.

—¿Permitirías que mis enemigos me torturasen y me hiciesen pedazos?

Lucio cogió la espada. No podía mirar a Cayo a la cara. Lo rodeó, se arrodilló detrás de él y lo sujetó con fuerza por un brazo. Levantó el filo en dirección a la garganta de Cayo.

Con su último suspiro, Cayo pronunció una maldición.

—¡Que sean para siempre esclavos del Senado!

Lucio atravesó la garganta de Cayo con la espada. Cayo se convulsionó. La sangre caliente y húmeda empapó el brazo con el que Lucio sujetaba su cuerpo.

Lucio se retiró y se incorporó, tambaleándose. Estremeciéndose aún, el cuerpo de Cayo cayó junto al del esclavo muerto. Lucio dejó caer la espada entre los dos.

Se adentró en las sombras y se escondió entre la vegetación justo cuando sus perseguidores llegaban al claro.

—¡Por las pelotas de Numa! ¡Ya está muerto! —gritó uno de ellos—. Miradlos a los dos... ha dejado que el esclavo lo matase y luego se ha matado el esclavo. ¡El muy cobarde nos ha engañado!

—No importa —dijo otro—. La recompensa es la misma, es igual quién lo haya matado. El cónsul Opimio prometió una recompensa generosa por la cabeza de todos y cada uno de los ciudadanos de su lista, y la más generosa de todas es la que ofrece por la cabeza de Cayo Graco. ¡La reclamaré yo!

Echando a los demás de allí con un gruñido, el hombre levantó su espada y seccionó el cuello de Cayo hasta separarlo de la cabeza. La cogió por el pelo y empezó a girarla a modo de trofeo por encima de su propia cabeza, lanzando alaridos de triunfo. Sangre y pedazos de carne salpicaron a los demás hombres y mancharon el altar. Algunas gotas penetraron la densa vegetación y salpicaron a Lucio en la cara, pero no se acobardó.

—¿Qué hacemos con el esclavo? —dijo alguien, dándole una patada al cadáver.

—No vale nada. Déjalo aquí de momento. ¡Volvamos a la ciudad, amigos míos, donde hay que seguir matando!

Con sensación de náusea, encendido de rabia, paralizado por el miedo, Lucio permaneció en silencio y escondido entre las sombras. Cuando los hombres se hubieron marchado, se llevó la mano al pecho y palpó el *fascinum* debajo de la túnica. Asombrado de seguir aún con vida, susurró una oración al poder que hubiera considerado adecuado protegerlo.

En los días que siguieron, y bajo el Decreto de excepción, más de tres mil ciudadanos romanos fueron condenados a muerte. El movimiento de los Graco fue aniquilado.

Lucio salió ileso de la masacre. Permaneció muchos días recluido en su casa, esperando una llamada en la puerta que nunca llegó. Su nombre nunca apareció en la lista oficial de enemigos del Estado. No comprendía aquella omisión. Ciertamente, hacia el final, su relación con Cayo había sido cada vez menos pública y privada. Por la razón que fuese, los enemigos de Cayo lo pasaron por alto, un golpe de buena suerte sobre el que Lucio nunca dejó de preguntarse.

Lucio tenía la sensación de que su destino se desenvolvía sin fundamento. Había rechazado a Tiberio y a Blosio, y con ello, para su vergüenza y su pesar, había sobrevivido a sus locuras; había abrazado audazmente la causa de Cayo, y aun así había sobrevivido a su caída, para más vergüenza y pesar. Lucio había llegado a la conclusión de que su vida estaba hechizada, que era curiosamente inmune a los golpes de fortuna normales y corrientes. En los años siguientes dio la espalda a la política y se consagró a su carrera profesional, que lo mantenía muy ocupado; siempre había más calzadas que construir. Se tomó también más religioso. Cada noche, antes de acostarse, rezaba una oración de agradecimiento al dios del *fascinum* que le había salvado la vida teniendo la muerte tan cerca. Fue en su cama donde murió muchos años después, amante padre y esposo, afamado constructor de calzadas y muy respetado miembro del orden ecuestre.

El cónsul Opimio fue finalmente llevado a juicio por perpetrar aquella carnicería con los ciudadanos romanos, pero salió absuelto; el Decreto de excepción fue confirmado como acto jurídico, lo que lo protegió contra el castigo. Hacia el final de su carrera, no obstante, fue condenado por haber aceptado sobornos del rey Yugurta de Numidia siendo embajador en aquellas tierras. En sus años de ocaso, Opimio se convirtió en un hombre amargado y odiado, y murió después de caer en desgracia. Su legado a Roma fue la autoría del Decreto de excepción que, tal y como Cayo había vaticinado, sería invocado repetidamente en los años posteriores, cada vez más caóticos y sangrientos.

Siguiendo el ejemplo que sentó su padre al final de su vida, Cornelia abandonó Roma y se retiró a una villa en la costa, situada en un promontorio llamado Miseno y se llevó como compañía a Menenia. En Miseno recibía la visita de dignatarios y filósofos, y su fortaleza estoica ante tanta tragedia se hizo legendaria. Si le preguntaban, compartía feliz los recuerdos de su padre, pero más feliz aún se sentía cuando hablaba de sus hijos. Hablaba de Tiberio y de Graco sin dolor ni lágrimas, como si estuviese hablando de los grandes hombres de los primeros días de la República. Después de su muerte, se erigió una estatua en su honor en la ciudad, que acabó convirtiéndose en un altar de culto para las mujeres de Roma.

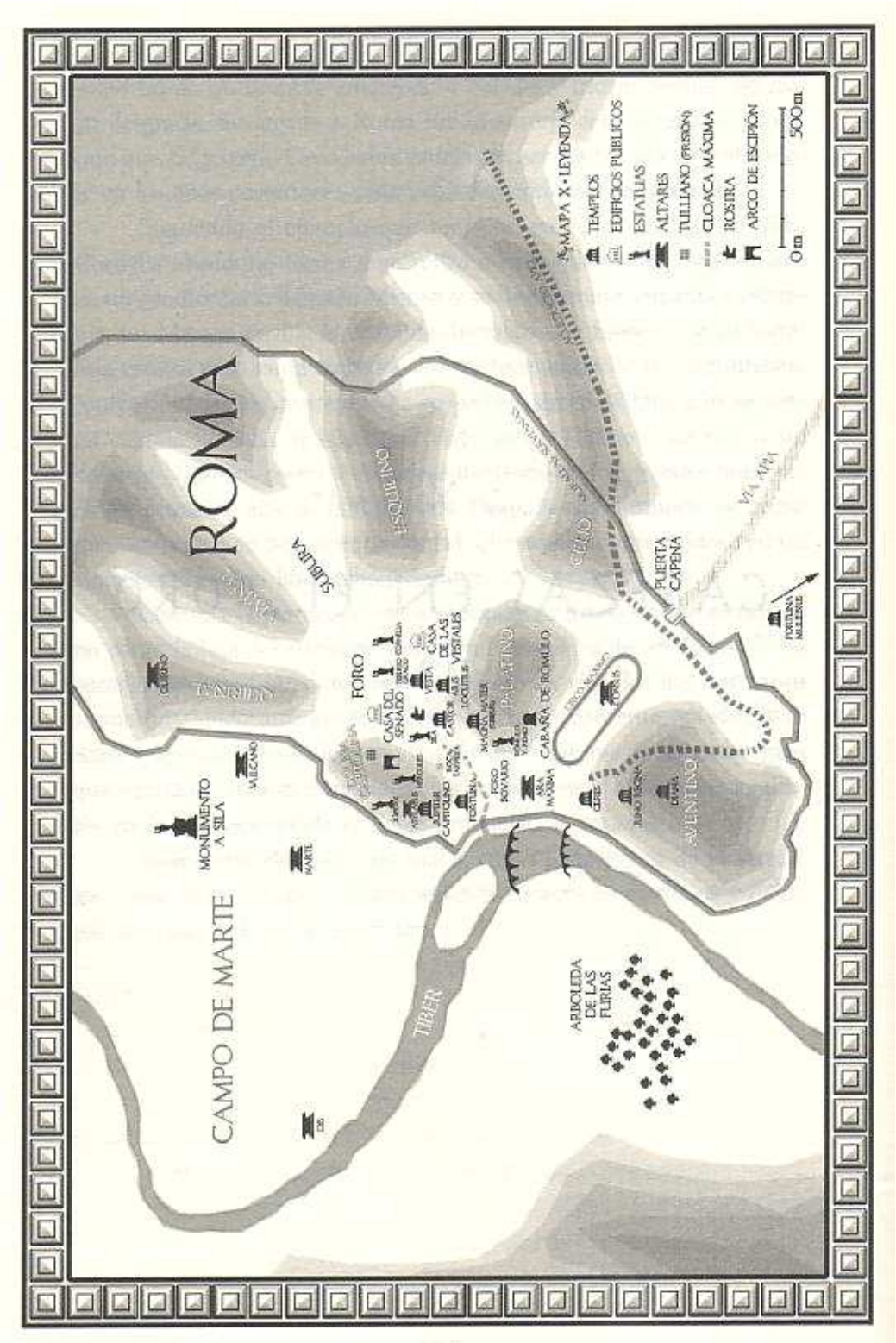
Cornelia había expresado a menudo su deseo de ser recordada no como la hija del Africano, sino como la madre de los Graco. Y así sucedió. Muertos, igual que había sucedido en vida, los dos hermanos siguieron siendo amados con fervor y enconadamente odiados, y la doble tragedia de su muerte los convirtió en figuras de leyenda. Igual que su madre, fueron inmortalizados en estatuas y se levantaron altares en los lugares donde se había producido su muerte.

Bien como ejemplos del mal o como parangones de la virtud, los nombres de Tiberio y Graco serían invocados en discursos y debates mientras la República perdurara.

X

CABEZAS EN EL FORO

81-74 A.C.



—¿Cómo hemos llegado a esto? —murmuró Lucio Pinario, hablando para sus adentros para mantener el coraje mientras atravesaba corriendo el Foro. Pese al benigno tiempo de primavera, se había vestido con un manto con capucha. Toqueteó nervioso el *fascinum* que llevaba colgado sobre el pecho, un recuerdo de familia que había recibido de su abuelo, y susurró una oración para que los dioses lo mantuvieran sano y salvo.

El sol bajo de última hora de la tarde asomaba por encima de los tejados con un rojo sanguinolento, proyectando sombras alargadas. Acelerando el paso, Lucio pasó por delante de los Rostra. Los mascarones de los navíos capturados no eran los únicos trofeos que adornaban actualmente la tribuna del orador. Lucio intentó no mirar, pero aun sin quererlo echó una rápida ojeada a las cabezas cortadas plantadas sobre la hilera de elevadas estacas que rodeaban ahora la tribuna. Algunas de aquellas cabezas llevaban más de un mes en los Rostra y estaban en avanzado estado de descomposición, sus facciones eran ya irreconocibles. Otras, goteando sangre, habían sido colocadas allí tan recientemente que sus bocas entreabiertas y sus ojos expuestos expresaban aún su conmoción y su horror.

Lucio examinó rápidamente las caras. Dio gracias a los dioses por no haber reconocido ninguna.

En la lejanía, más allá de los Rostra, colocada sobre un elevado pedestal, se vislumbraba el adorno más reciente del Foro, la estatua ecuestre de un general. La escultura dorada brillaba como fuego encendido bajo la luz del sol poniente, un resplandor tan intenso que a Lucio le dolieron los ojos al mirarla. El escultor había captado a la perfección la postura confiada y las prominentes facciones del dictador, Lucio Cornelio Sila. La estatua parecía contemplar las cabezas cortadas con una plácida sonrisa de autosuficiencia.

Y por encima de la estatua de Sila, otro recordatorio de la situación desesperada a la que había llegado Roma: la escarpada cima de la colina Capitolina sobre la que los antiguos templos estaban calcinados y en ruinas. Dos años atrás, un gran incendio había asolado el Capitolio, destruyéndolo todo a su paso, incluyendo el antiguo templo de Júpiter. El incendio había sido un mal presagio, augurando el inconfesable terror a una guerra civil y a la horripilante venganza del vencedor.

Lucio se alejó de los Rostra. Corrió hasta llegar al tablón de anuncios. Delante del tablón se había congregado un grupo de hombres para leer las últimas listas. Listas de proscripción, las llamaban, pues contenían los nombres de todos los denunciados oficialmente como enemigos del dictador Sila. Un hombre proscrito podía ser asesinado con total impunidad por cualquiera, incluso dentro de su propia casa. Su cabeza valía una recompensa. Después, el Estado confiscaba sumariamente sus propiedades para luego subastarlas.

Después de leer las nuevas listas, algunos suspiraban aliviados. Unos pocos sofocaban gritos de desesperación. La mayoría escondía la cara. Y bajarse la capucha hasta los ojos fue lo que hizo Lucio para adelantarse entre el gentío y examinar las listas.

El nombre que Lucio tanto temía ver, el del hermano menor de su esposa, no aparecía. Lucio acarició el *fascinum* y susurró aliviado una oración.

—¿Qué es esto? —Un hombre a sus espaldas se inclinó hacia delante y forzó la vista para leer la lista por encima del hombro de Lucio. Hablaba con un tono de voz extrañamente elevado—. ¿Es posible? ¡Veo que han publicado el nombre de un tal... Lucio Pinario!

Lucio se volvió enseguida, con corazón latiéndole con fuerza. Conocía al hombre, pero muy someramente; se trataba de un amigo de un amigo cuyo nombre no recordaba en aquel momento. Viendo la expresión de la cara de Lucio, el hombre soltó una carcajada fantasmagórica.

—¡Sólo bromeaba! —dijo.

—No tiene gracia... ¡ninguna gracia! —exclamó Lucio, con la voz quebrada—. Decir eso, aun siendo en broma... ¡podrían haberme matado, estúpido! ¡Podrían haberme asesinado aquí mismo,

antes de que me diera tiempo a abrir la boca!

Y era cierto. A diario se producían atrocidades como aquélla. Se acercaba un hombre al tablón de anuncios para leer la lista, descubría horrorizado que su nombre aparecía en ella, se delataba con un grito de desesperación y entonces, en cuestión de momentos, moría en manos de los asesinos que rondaban por allí a la espera de la oportunidad de matar a alguno de los enemigos del dictador para reclamar luego la recompensa.

Lucio se abrió paso a codazos entre la multitud y atravesó corriendo el Foro, caminando a la velocidad máxima que consideró adecuada; caminar demasiado rápido podía llamar la atención. El camino recto y empinado que pasaba por detrás del templo de Cástor le condujo rápidamente hasta la cima del Palatino. Desde allí hasta su casa el recorrido era muy corto.

Lucio se adentró en una calle estrecha. Se llevó un sobresalto. Un grupo de hombres con mala pinta pretendía llevarse a la fuerza a un vecino. El vecino estaba agarrado al umbral de la puerta, aferrándose a ella desesperadamente con las uñas hasta que los hombres tiraron de él y lo sacaron a la calle. En el interior de la casa se oían los gritos de su familia.

Los escasos transeúntes de la calle dieron media vuelta y huyeron corriendo, excepto Lucio, tan asustado que era incapaz de moverse. Observó horrorizado cómo los asesinos apuñalaban al hombre hasta darle muerte. El sonido del metal desgarrando la carne le producía náuseas. La esposa y los hijos del hombre salieron a la calle justo a tiempo de ver a los asesinos arrancarle la cabeza.

El líder del grupo levantó en alto la cabeza cortada. Lucio reconoció al asesino, un destacado esbirro de Sila llamado Cornelio Fagites.

—¿A que parece increíble? —dijo Fagites a sus compañeros—. Éste llevaba en la lista más de un mes. Desde entonces se había mantenido escondido, hasta hoy, cuando se ha atrevido a volver a casa. ¡El estúpido cabrón pensaba que conseguiría escabullirse de Fagites! Existe una prima especial para los que llevan mucho tiempo en la lista. ¡Cuando le entreguemos a Sila esta cabeza, nos dará una pequeña fortuna!

Fagites sonrió, exhibiendo sus dientes torcidos y un hueco en el centro de su dentadura. Vio a Lucio mirándolo y le sonrió con tanta malicia que Lucio pensó que acabaría perdiendo el control de su vejiga.

—¿Y tú qué miras, ciudadano?

Lucio no dijo nada y continuó apresuradamente su camino.

Llegó a casa tremendamente conmocionado. El esclavo que le abrió cerró enseguida la puerta a sus espaldas. Su esposa se encontraba en el atrio, pasado el vestíbulo, amamantando a su hijo recién nacido. La niñera rondaba cerca, preparada para acostar al bebé cuando terminara de comer. Al ver a Lucio con aquella expresión tan terrible, Julia separó al bebé de su pecho. Lo besó en la frente y se lo entregó a la esclava. Esperó a que el niño se hubiese retirado para empezar a hablar.

—Malas noticias, ¿verdad? ¡Por favor, Lucio, cuéntamelo enseguida!

—No es lo que piensas. —Corrió a abrazarla, tanto para consolarse como para tranquilizarla—. Viniendo a casa... he visto algo... horroroso. ¡Terrible! Pero la nueva lista...

—¿Estaba Cayo en la lista, o no? —Julia se apartó de sus brazos. Clavó los dedos en los brazos de su marido.

—¡No, Julia, no! Tranquilízate. Su nombre no estaba allí.

—Aún no —dijo una voz ronca entre las sombras—. Pero cualquier día de éstos publicarán mi nombre. Es lo que dicen mis informantes.

Julia soltó a Lucio y corrió hacia la figura acurrucada que seguía oculta entre las sombras.

—Hermano, ¿qué haces fuera de la cama? Estás demasiado enfermo para levantarte.

Cayo Julio César tenía sólo dieciocho años, pero su rostro estaba demacrado y se movía como un anciano, rígido y encorvado.

Iba sin afeitar y su cabello desgreñado y descuidado convertía su nombre en un verdadero chiste; varias generaciones atrás, su rama de la familia de los Julio había adoptado el cognomen «César», que significa «poseedor de una excelente cabellera».

—Me encuentro mucho mejor, hermana. De verdad. La fiebre ha bajado. Los escalofríos han desaparecido.

—Volverán. Así es como funcionan las fiebres recurrentes de la malaria. Van y vienen hasta desaparecer totalmente.

—¿Resulta que ahora, además de mi hermana, eres también mi médico?

Julia le dio un beso en la frente.

—Estás más frío que antes. ¿Crees que podrías comer un poco de caldo? Tienes que recuperar fuerzas.

En el comedor, Lucio, sujetando un platillo de plata con ambas manos, inclinó la cabeza hacia delante y entonó una oración.

—Asylaeus, a ti te ofrecemos los mejores bocados de esta comida, a ti que fuiste especialmente venerado por nuestro padre Rómulo; a ti, patrón de vagabundos, fugitivos y exiliados, cuyo antiguo altar en el Capitolio ofreció un santuario a aquellos que no podían encontrarlo en otra parte. Mantén sano y salvo a este querido visitante de mi casa, a mi hermano por matrimonio, al joven Cayo. Concédele asilo aquí, en el cobijo de esta casa. A ti, Asylaeus, rezo esta oración.

—¡Asylaeus, protege a mi hermano! —dijo Julia.

—¡Protégenos a todos nosotros! —susurró Cayo.

Lucio se reclinó en el triclinio al lado de Julia. Picoteó pedacitos de carne de cerdo asada presentada en una bandeja de plata. Tenía el estómago vacío, pero después de los horrores que había presenciado aquel día, la visión de la carne chamuscada le producía náuseas. Tampoco Julia tenía apetito, pero Cayo terminó enseguida con una taza de caldo y empezó otra.

Cayo se dio cuenta de que Lucio lo observaba. Consiguió esbozar una débil sonrisa.

—Cuñado, tu salida de hoy para bajar hasta el Foro y consultar la nueva lista ha sido muy valiente. Te doy las gracias por ello. Lucio se encogió de hombros.

—Lo he hecho por mi propia paz espiritual. Mientras no aparezcas oficialmente en la lista, ni a Julia ni a mí pueden castigarnos por albergar bajo nuestro techo a un hombre buscado.

—Mañana me iré, lo prometo.

—¡Tonterías! —dijo Julia—. Puedes quedarte todo el tiempo que quieras.

Lucio refunfuñó interiormente, pero Cayo le ahorró el mal trago de poner reparos a la propuesta de Julia.

—Gracias, hermana, pero por mi propia seguridad tengo que irme. Tengo que abandonar la ciudad tan pronto como pueda y alejarme de Italia todo lo posible. Si no fuera por estas condenadas fiebres, lo habría hecho ya. Sila me quiere muerto.

Lucio movió la cabeza.

—¿Cómo hemos llegado a esto? En la época de nuestros abuelos, Cayo Graco fue decapitado, su asesino cobró una recompensa y los cuerpos de los Graco fueron arrojados al Tíber, sin un funeral adecuado; romanos decentes fueron ultrajados. Ahora, cada día se suman más cabezas a la exhibición de los Rostra y nadie hace nada. Los cuerpos decapitados de los ciudadanos se lanzan al río, sin pensárselo, como si fueran desechos del mercado del pescado. ¿Os habéis enterado del último ultraje? Sila desenterró y profanó de forma deliberada el cuerpo de tu tío Mario, el único hombre que podría haber detenido su locura. Descuartizó el cadáver y lo embadurnó con heces, le arrancó los ojos de sus órbitas y le cortó la lengua. ¡En qué época vivimos! Los hombres en el poder ya no temen a los dioses. La maldad no tiene límites.

Cayo se quedó lívido.

—¿Es cierto lo que dices de Mario? ¿Sería capaz Sila de cometer una abominación así?

—Todo el mundo habla de ello. ¿Por qué no podría ser cierto? Sila no se detendrá ante nada con tal de castigar a sus enemigos. Los tortura en vida. Y ahora profana sus cadáveres después de su muerte.

Cayo se quedó con la mirada fija en el tazón de caldo. Mantenía un rostro inexpresivo, pero Lucio sabía muy bien que su cuñado estaba inmerso en sus pensamientos. Cayo era un joven

analítico y templado por naturaleza. En horas bajas debido a su enfermedad y encontrándose en circunstancias precarias, seguía manteniendo a raya sus emociones. Lucio envidiaba el control que tenía de sí mismo.

—Te preguntas cómo hemos llegado a esto, Lucio. Y cuando has mencionado a los Graco has apuntado la respuesta. En la época de nuestros abuelos, el destino de Roma estaba en uno de estos dos caminos: el camino de los Graco o el camino de sus enemigos. Ganaron sus enemigos. Se tomó el camino equivocado. Desde entonces, nada ha salido bien.

»Cayo Graco intentó ampliar los derechos de los ciudadanos de a pie y también hacerlos extensivos a nuestros aliados. Sus enemigos, egoístas y cortos de miras, frustraron su legislación, pero los problemas surgidos de la injusticia y la falta de equidad no desaparecieron. Todo lo contrario, estalló una larga y sangrienta guerra entre nosotros y nuestros aliados italianos. Lo que los Graco podrían haber conseguido pacíficamente fue establecido con derramamiento de sangre y fuerza bruta. ¡Un derroche!

»Los Graco fueron destruidos por haber vislumbrado un futuro mejor. Sus enemigos salieron adelante con asesinatos y, desde entonces, los hombres que han llegado al poder no han dudado en ningún momento en recurrir a la violencia. Cuando los Graco fueron asesinados, la gente se quedó conmocionada al ver a romanos matando romanos. Y ahora hemos sufrido una guerra civil a gran escala y una catástrofe que sería impensable para nuestros antepasados: ¡un ejército romano sitiando Roma!

Considerándolo en retrospectiva, tal vez la guerra civil de la que hablaba Cayo fuera inevitable. Las guerras en el extranjero libradas para la expansión de Roma habían llevado a la formación de ejércitos más numerosos que nunca y a que los mandos militares se hiciesen con cuantiosas riquezas. Aquella época de conquistas había originado una generación de señores de la guerra cuyo poder llegó a superar al del Senado. Guiados más por la ambición personal y los recelos mutuos que por la política, los señores de la guerra se habían enfrentado entre sí. En la breve pero feroz guerra civil que resultó de todo ello, fue Sila, que sobrevivió a sus rivales Mario y Cinna, quien emergió como el último hombre de prestigio. Sila había marchado sobre Roma; había sitiado la ciudad y había obligado al Senado a nombrarle dictador.

—El ganador tiene ahora la ciudad atada y bien atada —dijo Cayo—. Jura piadosamente que restaurará la República y el funcionamiento legal del Senado, pero no antes de purgar el Estado de todos sus enemigos y potenciales enemigos, y dividir las propiedades de éstos entre sus esbirros.

Cayo bajó la vista y se quedó mirando la taza de caldo. Estaba seguro de contarse entre los enemigos de Sila, pues Mario era su tío y, además, había contraído recientemente matrimonio con Cornelia, cuyo padre, Cinna, había sido otro de los rivales de Sila.

—Que un monstruo así gobierne sobre todos nosotros es prueba de nuestra decadencia —declaró Julia—. Los dioses están enojados. Nos castigan. Antiguamente, el título de «dictador» era un puesto de gran honor y respeto. Nuestros antepasados fueron bendecidos con la suerte de tener un dictador como Cincinato, un hombre que se levantó para salvar el Estado y luego se retiró. Después de Sila, la palabra «dictador» siempre tendrá un sentido negativo.

—Un monstruo, como bien dices —murmuró Lucio, mordiéndose con nerviosismo la uña del dedo pulgar—. ¡Un loco! ¿Recuerdas cuando se publicó la primera lista de proscritos? Todo el mundo se congregó frente al tablón de anuncios para leer los nombres. Qué conmoción al ver ochenta nombres en la lista... ¡ochenta! Ochenta ciudadanos desprovistos de todo tipo de protección, ochenta buenos romanos proscritos como animales listos para ser cazados y masacrados. Fuimos ultrajados con la impunidad de Sila, nos quedamos horrorizados ante esa cifra. Y entonces, al día siguiente, hubo un añadido a la lista, doscientos nombres más. Y al día siguiente, ¡doscientos más! El cuarto día, Sila hizo un discurso sobre reinstaurar la ley y el orden. Alguien se atrevió a preguntarle cuántos hombres pretendía proscribir. Respondió con un tono de voz como queriendo disculparse, como un magistrado que no ha cumplido con su deber. «Hasta ahora, he proscrito a todos los enemigos cuyo nombre he sido capaz de recordar, pero, sin duda, alguno se me habrá olvidado. Os prometo que, tan pronto como recuerde sus nombres, proscribiré también a esos hombres».

—Era un chiste —dijo Cayo tristemente—. Hay que admitir que Sila posee un ingenio malicioso.

—¡Está tan loco como Casandra! —exclamó Lucio—. La matanza no cesa. Cada día aparece una nueva lista. Y todo aquel que da cobijo a un proscrito queda a su vez proscrito, incluso sus padres. Los hijos y los nietos de los proscritos pierden su ciudadanía y les roban sus propiedades. Y esto sucede no sólo en Roma, sino también en las ciudades de toda Italia. Hay hombres asesinados cada minuto, cada día, y los asesinos reciben una recompensa, incluso el esclavo que mata a su amo, incluso el hijo que mata a su padre. Es una locura... un insulto a nuestros antepasados, un crimen contra los dioses.

—Es la manera de que Sila y sus amigos acumulen grandes cantidades de riqueza —apuntó Cayo—. Los primeros hombres de la lista eran sus enemigos de verdad, hombres que habían combatido contra él en la guerra civil. Después empezamos a ver otros nombres: caballeros que jamás habían mostrado interés por la política o campesinos ricos que ni siquiera habían estado nunca en la ciudad. ¿Por qué estaban proscritos? Para que Sila pudiera usurparles sus propiedades. El Estado vende los bienes en subastas públicas, pero los amigos del dictador son los únicos que se atreven a pujar.

—Tan sencillo como eso —dijo Lucio—. Están siendo asesinados debido a sus propiedades.

—Están siendo asesinados por sus propiedades —aseguró Cayo—. El otro día me encontraba en Alba. Pasé a caballo por delante de una preciosa villa con jardines y viñedos, y el hombre que venía conmigo me dijo: «Ésta es la propiedad que mató a Quinto Aurelio».

Julia protestó.

—¡Cayo, eso no tiene ninguna gracia!

—Entonces, supongo que no te reirás cuando te cuente que hay hombres que cometieron asesinatos que están disponiéndolo todo para que sus víctimas queden incluidas retroactivamente en las listas. Dicen que Lucio Sergio Catilina lo hizo después de asesinar a su cuñado. ¡El asesinato no sólo quedó legalizado, sino que además Catilina recibió una recompensa por él!

La sombría conversación decayó durante un rato. Cayo bebió más caldo. Lucio observó la comida sin tocar que tenía todavía enfrente. Fue Julia la que habló por fin.

—¿Creéis que podemos tomarnos en serio a Sila cuando promete que abandonará la dictadura y se retirará de la vida pública? Dice que lo hará en un año, en dos como mucho.

—Sólo nos queda rezar para que esté diciendo la verdad —contestó Lucio con abatimiento.

—¿Y si fuera así? —preguntó Cayo—. ¿Qué habrá cambiado si Sila renuncia al cargo? Se reanudarán las elecciones y el Senado volverá a gobernar... con todos los hombres de Mario muertos y los de Sila ocupando sus escaños. Pero el Estado seguirá cojo. Todo lo que se destrozó antes de la guerra civil seguirá destrozado, con apenas unos simples remedios caseros. Cayo Graco, de haber tenido la oportunidad, habría solucionado estos asuntos e insuflado nueva vida a la República; un tirano malvado y vengativo como Sila no es el tipo de persona adecuada para hacerlo. Para salvar a Roma se necesitará otro hombre, alguien capaz de combinar la visión política de los Graco, el genio militar de Escipión el Africano y, también, una pizca de la crueldad de Sila.

Cayo tenía la mirada perdida, como si estuviese hablando de sus propias ambiciones de futuro. Pero eso era absurdo, pensó Lucio. La fiebre provocaba delirios de grandeza en su cuñado. De lo que debería preocuparse Cayo en aquellos momentos era de conservar la cabeza en su lugar, no de soñar despierto en salvar la República.

—Tal vez —sugirió Lucio—, el hombre en que estás pensando sea Pompeyo Magno. —Se refería a uno de los protegidos de Sila, un prodigio militar sólo seis años mayor que Cayo. Sila, a quien le gustaban los apodos —se había apodado a sí mismo Félix, «afortunado»—, había decidido, medio en broma, medio en serio, dirigirse al joven Cneo Pompeyo con el apodo de Magno, «el grande». Y el apodo había arraigado.

—¡Pompeyo! —exclamó en tono burlesco Cayo—. Me cuesta creerlo. No posee la fortaleza de carácter necesaria para ser un auténtico líder.

—Bueno... —Lucio levantó una ceja. No sentía ningún cariño especial por Pompeyo, pero pensaba que Cayo no estaba lo suficiente versado como para hacer un comentario tan mordaz como

aquél. Cayo le leyó los pensamientos.

—¿Tengo que justificar mi comentario? Muy bien, citaré sólo unos ejemplos para demostrar la debilidad fundamental del carácter de Pompeyo. Aparte de cortar cabezas, ¿cuál es el comportamiento más despótico de Sila? Disponer los matrimonios de todos los que le rodean. Y no se trata precisamente de emparejamientos inocentes. Ha obligado a mujeres a casarse en contra de su voluntad con sus hombres favoritos; eso convierte el matrimonio en una violación, en una ofensa a los dioses. Ha disuelto incluso matrimonios ya existentes, cónyuges que se divorcian para casarse con las parejas que él decide.

—Otro síntoma de la locura de Sila —dijo Lucio.

—Tal vez. Pero si esto es lo que piensa Pompeyo, el supuesto «grande» no lo fue lo suficiente como para plantarle cara a su superior. Sila ordenó a Pompeyo divorciarse de Antiscia, una esposa fiel, por cierto, para casarlo con su hijastra, Emilia... ¡aunque Emilia estuviese ya embarazada de su anterior esposo! Y Pompeyo, como el típico sicofante de un monarca asiático, obedeció sin pestañear. ¿Es éste el hombre que debe liderar a Roma y sacarla de esta jungla? ¡Me parece que no! —Cayo negó con la cabeza—. Yo jamás me sometería a un comportamiento tan poco honorable y vergonzoso para obtener los favores de otro hombre, fueran cuales fuesen las consecuencias. ¡Jamás!

—Bien —intervino Julia, intentando disipar la tensión acumulada en la estancia—, recemos para que nunca debas enfrentarte a una decisión así. ¡Que tu matrimonio con Cornelia sea largo y fructífero! —Sonrió lánguidamente—. Cuando pienso en un buen matrimonio, pienso en nuestros padres, ¿tú no, Cayo? Se les vio siempre tan felices. De no haberse llevado los dioses a nuestro padre tan pronto, de forma tan repentina...

Julia y Cayo habían perdido a su padre tres años atrás. Según las apariencias, Cayo padre era un hombre sano y vigoroso en la flor de la vida, pero un día, mientras se calzaba, sufrió un ataque y cayó muerto. Su padre también había muerto joven, de un modo muy parecido. Los hermanos habían sentido profundamente su pérdida y su relación se había hecho más estrecha, si cabe, durante los años transcurridos desde la muerte del progenitor.

Cayo, viendo la expresión de tristeza en el rostro de su hermana, se inclinó hacia ella y le acarició delicadamente el brazo.

De pronto se oyeron ruidos en el vestíbulo, tan fuertes que los tres sufrieron un sobresalto y se pusieron en pie al instante. No sólo aporreaban la puerta, sino que parecía además que quisieran romperla. Se oyó cómo la madera se resquebrajaba y el crujido de las bisagras al ceder y partirse.

Cayo se preparó para huir, pero sólo consiguió dar unos pasos. Estaba demasiado débil para correr. Se tambaleó y habría caído al suelo de no haber corrido Julia a su lado para sujetarlo.

Súbitamente, irrumpió en la habitación una banda de hombres armados. Lucio se quedó lívido al reconocer a su líder: Comelio Fagites.

Fagites sonrió, mostrando el hueco entre sus dientes torcidos.

—¡Ah, aquí tenemos precisamente al que andaba buscando... al joven César!

Julia se colocó delante de Cayo, como una madre protegiendo a su hijo. Pese a que le temblaban las piernas, Lucio se acercó a Fagites, que era mucho más alto que él, y levantó la barbilla.

—Has cometido un error. Es el hermano de mi esposa, Cayo Julio César. Su nombre no aparece en la lista de proscritos. Fagites se echó a reír.

—¡«Su nombre no aparece en la lista de proscritos»! —repitió en tono burlón—. ¿Cuántas veces lo habré oído?

—¡Es verdad! He comprobado las nuevas listas personalmente, esta misma tarde. Me viste cuando regresaba del Foro. ¿No te acuerdas?

Fagites lo miró entrecerrando los ojos.

—Bien... si su nombre no aparece todavía en la lista, siempre puede añadirse más tarde —dijo, pero en su voz había una sombra de duda. Lucio hizo lo posible para aprovechar la circunstancia.

—Una cosa es capturar a los hombres que aparecen en la lista, Fagites. Pero otra muy distinta es buscar a los que no aparecen en ella. Tarde o temprano, si cumple su promesa, Lucio Cornelio Sila abandonará la dictadura. Se ha otorgado inmunidad judicial de por vida, pero dudo que a ti te haya

concedido ese tipo de protección. ¿Te la ha dado, quizá?

Fagites puso mala cara.

—No.

—Lo que significa que algún día *se te pedirán* responsabilidades por... por los errores cometidos. Y éste es uno de esos errores, Fagites, Cayo Julio César *no* está en la lista. Es un ciudadano con todos sus derechos, no un enemigo del Estado. No tienes derecho a hacerle ningún daño.

Fagites se volvió hacia uno de sus secuaces, que extrajo un trozo de pergamino, y ambos lo estudiaron minuciosamente durante un rato, comentando en voz baja entre ellos. Fagites recuperó de nuevo su postura fanfarrona. Sonrió socarronamente y miró con desdén a Lucio.

—¿Cuánto estás dispuesto a pagarme para asegurarte de que no cometa ningún... error?

Lucio se mordió el labio. Reflexionó durante un buen rato y luego murmuró una cifra en voz baja.

Fagites se echó a reír.

—¡No te culpo por hablar tan bajo! Deberías avergonzarte por ofrecer tan poco a cambio de que nada malo le suceda al querido hermano de tu esposa. Multiplica esa cantidad por cuatro y consideraré tu oferta.

Lucio tragó el nudo que se le había formado en la garganta.

—Muy bien.

Fagites movió afirmativamente la cabeza.

—Eso ya está mejor. Ahora, todo lo que tienes que hacer es suplicarme que coja el dinero y me largaré.

—¿Qué?

—Suplícamelo. Con algo tengo que divertirme esta noche, ¿no? Arrodíllate, ciudadano, y suplícame que acepte tu oferta.

Lucio miró de reojo a Julia, que apartó la vista. El pánico parecía haber agotado el último gramo de fuerza que pudiera quedar en Cayo y apenas podía mantenerse en pie. Lucio cayó de rodillas.

—¡Te lo imploro, Cornelio Fagites, toma el dinero que te ofrezco y déjanos en paz!

Fagites soltó una carcajada. Le alborotó el pelo a Lucio.

—¡Mucho mejor, hombrecito! Muy bien, ve a buscar mi dinero. Pero estás cerrando un trato de imbéciles. Tu cuñado estará muerto antes de los próximos idus. Me llevaré tu dinero y dejaré que el joven César conserve su cabeza; y después, cuando se la corte, recibiré un segundo pago por parte de Sila. Me pagarán dos veces por la misma cabeza... ¡sobre los hombros y separada de ellos!

Lucio le entregó el dinero. Fagites y sus hombres partieron sin decir nada más. Julia estaba tan consternada que no podía ni hablar. Cayo se acercó tambaleándose al triclinio y se derrumbó en él.

Lucio palpó la frente de Cayo. El joven volvía a estar ardiendo de fiebre.

Pese a la enfermedad de Cayo, aquella misma noche Lucio y Julia consiguieron una litera y lo transportaron a otro escondite. Si Fagites había encontrado a Cayo, cualquiera podía hacerlo. El hecho de que su nombre no apareciese aún entre los proscritos no garantizaba que estuviese a salvo.

En los días y las noches que siguieron, y aunque las fiebres no remitían, Cayo fue trasladado de un refugio a otro. Mientras, los miembros más ancianos de la familia de los Julio entraron en arduas negociaciones con los miembros del círculo interno de Sila para tratar de alejar a Cayo del peligro. Lucio se reunía a diario con los Julio a la espera de recibir buenas noticias.

Las proscripciones continuaron. Cada día se sumaban nuevos nombres a las listas. Lucio empezaba a temer ver también su nombre algún día en ellas. Se aseguró que la puerta que habían echado abajo Fagites y sus hombres fuera reparada enseguida y reforzada. Llevaba siempre encima un puñal. Compró un veneno de acción rápida a un dudoso personaje del puerto y se lo entregó a Julia para que lo guardase. La muerte por decapitación era espeluznante pero rápida, se dijo, pero se estremecía sólo de pensar en lo que sería de Julia cuando él ya no estuviera. Quería que dispusiese

de medios para acabar pronto con todo. ¡En qué época vivían, que un hombre tuviera que estar listo incluso para aquellas eventualidades!

Un día llegó un visitante a la casa, rodeado por numerosos guardaespaldas. Era un hombre atractivo con una mata de cabello dorado. Lucio lo reconoció: Crisógono, un actor que se había convertido en uno de los favoritos de Sila. Sila había sentido debilidad por los actores desde muy joven, y especialmente por los rubios. Crisógono iba vestido con una túnica de rico tejido de color verde con bordados plateados. La prenda debía de haber costado una fortuna, pensó Lucio. Se preguntó quién habría muerto para que el amante de Sila pudiera lucirla.

—No me quedaré mucho tiempo —dijo Crisógono, examinando el vestíbulo con una mirada acostumbrada a ello, como si estuviese inspeccionando una propiedad que algún día podría llegar a ser suya—. Mi amigo Félix te envía un mensaje.

Lucio apenas pudo reprimir su repugnancia al oír a un antiguo esclavo y actor hablar con tanta familiaridad del hombre más poderoso de Roma. Crisógono, intuyendo su desdén, le clavó una fría mirada. Lucio notó una tremenda sequedad en la boca.

—¿Qué dice Sila?

—El hermano de tu esposa será perdonado...

—¿Estás seguro? —Julia, que se había mantenido hasta entonces fuera de la vista de los visitantes, corrió a situarse junto a Lucio.

—¿Me permitirás terminar? —Crisógono levantó una ceja—. Cayo Julio César será perdonado... pero sólo con la condición de que mi amigo Félix pueda tener un encuentro personal con él.

—¿Para poder ver con sus propios ojos cómo decapitan al chico? —espetó Lucio.

Crisógono le lanzó una mirada funesta.

—El dictador vendrá a verte esta noche. Si desea sinceramente recibir el perdón del dictador, el joven César tendrá que estar aquí. —Con un teatral saludo, Crisógono dio media vuelta y se marchó rodeado por sus guardaespaldas.

Aquella noche, se presentó una comparsa festiva delante de la casa de Lucio. Crisógono estaba entre sus integrantes, junto con otros actores y mimos, hombres y mujeres; reían y bromeaban entre ellos, como si hubieran salido a pasear y divertirse bajo la luz de las antorchas. Los guardaespaldas parecían más unos matones y alborotadores callejeros que serios y sobrios lictores. La sobriedad era un bien escaso. Varios miembros del grupo estaban claramente borrachos.

Lucio movió la cabeza, preocupado, cuando observó el grupo a través de la mirilla de la puerta principal.

Sila acababa de llegar en una litera con cortinas rojas portada por una falange de fornidos esclavos. Uno de ellos se colocó a cuatro patas para que el dictador pudiera utilizar su espalda a modo de escalón para descender de la litera a la calle. Al verlo, Lucio ahogó un grito, horrorizado de que el destino de la República y sus ciudadanos estuviera en manos de un ser tan decadente. Sila, que en su día había sido un hombre musculoso, la pura imagen de un deslumbrante general romano, se había convertido en un hombre gordo y con papada. Siempre había tenido una tez salpicada de manchas —«moras cubiertas con harina de avena», según la describían algunos—, pero a sus defectos se sumaba ahora una auténtica madeja de venas rojizas.

El dictador aporreó la puerta. Lucio dio un paso atrás, indicó con un ademán a un esclavo que abriera e irguió su cuerpo a la espera de recibir al visitante. Sila pasó por su lado y cruzó el vestíbulo sin pronunciar palabra, solo, sin ningún guardaespaldas. ¿Se creería invulnerable? Al fin y al cabo, él mismo se había puesto el apodo de Félix.

Cayo lo esperaba en el atrio. Físicamente, el joven no podía presentar mayor contraste con el dictador. Delgado por naturaleza, de rostro alargado, la enfermedad había dejado a Cayo más flaco si cabe y sus luminosos ojos brillaban como consecuencia de la fiebre. Se había levantado y mantenía el cuerpo erguido, los hombros echados hacia atrás y la barbilla alta. Para la ocasión, se había vestido con una toga que le había prestado Lucio. Pero incluso con los pliegues y los

recogidos que le había arreglado Julia, le quedaba muy holgada.

Lucio se hizo a un lado mientras Sila lanzaba una prolongada mirada de evaluación hacia Cayo. Se acercó un poco más.

—De modo que éste es el joven César —dijo por fin—. Te miro, y me devuelves la mirada. Arrugo el entrecejo, pero no palideces. ¿Quién te crees que eres, joven?

—Soy Cayo Julio César. Soy hijo de mi padre, que fue pretor. Soy descendiente de los Julio, una antigua casa patricia. Nuestro linaje se remonta hasta Venus.

—Tal vez. Pero cuando te miro, joven, veo a otro Mario. Lucio contuvo la respiración. El corazón le retumbaba en el pecho. ¿Pretendía Sila matar a César con sus propias manos?

El dictador rió.

—Pese a todo, he decidido perdonarte la vida, y así lo haré... siempre y cuando mis condiciones queden satisfechas.

Lucio dio un paso al frente.

—Dictador, has pedido reunirte personalmente con el joven César, y aquí está. ¿Qué más...?

—Primero y ante todo —interrumpió Sila, dirigiéndose a Cayo—, debes divorciarte de tu esposa, Cornelia. Y después...

—Jamás. —Cayo permaneció inmóvil. Su rostro no traslucía emoción alguna, pero su tono de voz era inflexible.

Sila levantó una ceja. Su carnosa frente estaba llena de arrugas.

—Lo repito: debes divorciarte de Cornelia. Tu matrimonio reúne las casas de mis enemigos Mario y Cinna. No puedo permitir una unión así...

—Me niego.

—¿Qué?

—Me niego. Ni siquiera un dictador puede exigir esto a un ciudadano romano.

Sila lo miró sin comprenderlo. Su colorado semblante enrojeció aún más. Movió lentamente la cabeza en sentido afirmativo.

—Entiendo.

Lucio se rodeó el cuerpo con los brazos. Palpó el puñal debajo de la toga y se preguntó si en un momento dado tendría el coraje necesario para utilizarlo. ¿En qué estaría pensando Cayo al dirigirse a Sila de aquella manera? Tenía que ser la fiebre que le hacía deliran

Y entonces Sila se echó a reír a grandes carcajadas.

Cuando por fin dejó de reír, habló con perplejidad.

—¿Es a Mario a quien veo en ti, joven... o a mí mismo? ¡Me lo pregunto! Muy bien, entonces, podrías conservar tu cabeza y también a tu esposa. Pero a cambio de este favor, me parece justo que algún miembro de tu familia vuelva a contraer matrimonio para complacerme. —Sila miró por encima del hombro. Por primera vez desde que había entrado en la casa, miró directamente a Lucio—. ¿Qué me dices de ti?

—¿Yo, dictador?

—Sí, tú. ¿Qué relación tienes con este joven? ¿Eres su cuñado?

—Sí, dictador

—¿Y dónde está la hermana del chico, tu esposa? Me imagino que estará rondando por aquí, es lo que siempre suelen hacer ¡Sal de ahí, mujer! Ven al atrio donde yo pueda verte.

Julia salió de un rincón exhibiendo un aspecto humilde.

—¡Si es la viva imagen de su hermano! Muy bien, puede ocupar su lugar. Tú y este hombre de aquí... ¿Me repites tu nombre?

—Lucio Pinario, dictador

—Tú y Lucio Pinario os divorciaréis enseguida. Teniendo en cuenta que es un matrimonio patricio, hay que observar ciertas formalidades. Os doy dos días, no más. ¿Me habéis entendido los dos?

—Dictador, por favor —musitó Lucio—. Te lo suplico...

—Una vez disuelto el matrimonio, no me importa lo que hagas, Pinario. Pero tú, Julia, tienes que volver a casarte enseguida. Eres la sobrina de Mario, igual que tu hermano es su sobrino, y tengo

que controlar a todos los integrantes de la familia Julia. ¿Con quién te casaremos? Déjame pensar —Se dio un golpecito en la frente y chasqueó los dedos—. ¡Quinto Pedio! Sí, es el tipo adecuado.

—¡Ni siquiera lo conozco! —dijo Julia. Estaba a punto de echarse a llorar.

—¡Pues pronto lo conocerás, y muy bien! —Sila esbozó una amplia sonrisa—. Bien, todo arreglado. El nombre del joven César será excluido de las próximas listas de proscripción. Incluso así, te aconsejo que te ausentes una temporada de la ciudad; los accidentes ocurren. El joven César podrá conservar así a su esposa y vosotros dos os divorciaréis...

—Dictador...

—Llámame Félix, por favor.

—Lucio Cornelio Sila... Félix... te suplico que lo reconsideres. Mi esposa y yo nos amamos profundamente. Nuestro matrimonio es un... —Quería declarar que su matrimonio había sido un enlace por amor, pero le parecía obsceno hablar de amor enfrente de Sila—. Tenemos un hijo pequeño. Se amamanta aún del pecho de su madre...

Sila se encogió de hombros.

—Que el niño se quede entonces con su madre. No tendrás ningún derecho sobre él. Que lo adopte Quinto Pedio.

Lucio lanzó un grito sofocado, demasiado aturdido como para poder hablar. Julia empezó a sollozan

Cayo dio un paso al frente, tambaleándose. Estaba blanco como la tiza.

—Dictador, veo que he hecho mal en oponerme a tu propuesta. Haré lo que me has pedido. Me divorciaré de Cornelia...

—¡No harás nada de eso!

—Dictador, nunca fue mi intención...

—Tus intenciones no valen aquí para nada. La que prevalece es mi voluntad. Se te ha perdonado la vida. Tu matrimonio continúa. Pero tu hermana y su esposo se divorciarán. —Se volvió hacia Lucio—. ¡O eso, o haré poner tu nombre en las listas de los proscritos, Pinario, y colgaré tu cabeza de una estaca!

Con una reverencia dramática, digna de Crisógono, Sila dio media vuelta y salió de la casa. Su séquito lo recibió con vítores y risas de borrachera. Un esclavo cerró rápidamente la puerta para acallar el escándalo.

Lucio se quedó con la mirada clavada en el suelo.

—Después de tantos esfuerzos... de todos nuestros... sacrificios... de nuestras noches en vela... del soborno que pagué a Fagites... la humillación...

—Cuñado —susurró Cayo—, nunca imaginé...

—¡No me llames así! ¡Ya no soy tu cuñado!

En el cuarto de los niños, el bebé empezó a llorar. Julia cayó de rodillas, llorando también.

Lucio miró fijamente a Cayo.

—Julia y yo tenemos que pagar ahora el precio de tu orgullo. Para salvar tu cuello y conservar tu preciosa dignidad, nosotros debemos perderlo todo. ¡Todo!

Cayo abrió la boca, pero no encontró nada que decir.

—¡Nos la debes! —gritó Lucio, señalando a Cayo con el dedo—. ¡No lo olvides nunca! ¡Jamás, mientras vivas, olvides la deuda que tienes con mi hijo, y con los que serán sus hijos!

Poco a poco, mientras los hombres morían a miles o huían al exilio, el ritmo frenético de proscripciones decretadas por Sila fue decayendo, pero el dictador siguió gobernando Roma con puño de hierro.

El divorcio dejó a Lucio Pinario convertido en un hombre amargado y destrozado. Nadie le echó la culpa de su desgracia. Sus amigos, muchos de los cuales también habían sufrido grandes penalidades, hicieron todo lo posible por consolarlo y elogiaron incluso su sacrificio. «Hiciste lo

que tenías que hacer, salvar la vida de un hombre», decían. «Lo hiciste por tu hijo y por tu esposa; de haber desobedecido, Sila te habría proscrito y tu familia habría quedado en situación de indigencia».

Pero no había argumento capaz de aliviar la angustia y el remordimiento de Lucio. Había perdido a su familia intentando salvarla. Había renunciado a su dignidad para conservar la cabeza.

El nuevo esposo de Julia, Quinto Pedio, no hizo nada para impedir que Lucio viera a su hijo, o a Julia, pero Lucio estaba tan avergonzado que era incapaz de enfrentarse a ellos. Doblegarse delante de un dictador reducía a cualquiera a un estado que en poco superaba al de un esclavo; un romano sin honor no era un romano.

Sería mejor, decidió, si sus seres queridos lo consideraban un hombre muerto. Que Julia fuese una viuda que se había vuelto a casar. Que su hijo fuera un huérfano. Habría sido mucho mejor que Lucio hubiese muerto. ¡Ojalá se hubiese contagiado de las fiebres de Cayo y muerto como consecuencia de ello!

De modo que, igual que si hubiera muerto, legó prematuramente a su hijo una herencia muy preciada: el *fascinum* dorado que llevaba incontables generaciones con la familia. El amuleto estaba muy gastado, su forma era apenas reconocible. Pero, igualmente, Lucio se lo hizo llegar a Julia junto con una oración para que protegiese al hijo de ambos de un desastre como el que había asolado a su padre. El talismán debería ser transmitido a la siguiente generación.

Sin ningún deseo de volver a casarse, deprimido y desesperado, continuó viviendo solo en su casa del Palatino.

En cuanto a Cayo, siguió el consejo de Sila y abandonó Roma tan pronto como recuperó fuerzas para viajar. Aceptó un destino militar en la costa del Egeo, bajo el mando del pretor Minucio Termo.

Lucio pensaba en Cayo lo menos posible, pero un día, cruzando el Foro, pasó junto a un grupo de hombres que estaban charlando y oyó de refilón a un extranjero mencionando el nombre de Cayo. Lucio se detuvo a escuchar.

—Sí, Cayo Julio César —repitió el hombre—, aquel cuyo padre cayó muerto hará un par de años.

—¡Pobre chico! Me imagino que el rey Nicomedes debe recordarle la gallarda figura del padre, pero ningún romano debería jamás doblegarse para satisfacer a otro hombre, ni siquiera a un rey.

—¡Sobre todo a un rey!

El comentario fue seguido por una risotada obscena. Lucio se acercó a ellos.

—¿De qué habláis?

—De las escapadas del joven César por Oriente —dijo uno de los chismosos—. El pretor Termo le mandó a Bitinia en una misión en la que tenía que encontrarse con el rey Nicomedes. Cuando César llegó allí, ya no se quiso marchar. Al parecer, se llevó enseguida muy bien con el rey, no sé si me explico... Esa vida regalada que se lleva en la corte real trastornó un poco al chico... y Nicomedes es un tipo atractivo, a juzgar por sus monedas. Termo se ha quedado como un marido desairado y envía un mensajero tras otro exigiendo el regreso de César, ¡pero César no soporta la idea de abandonar la cama del rey!

—¿Cómo es posible que sepáis estas cosas? —espetó Lucio—. Que César se demore en una misión podría tener un centenar de explicaciones distintas...

—¡Por favor! —El chismoso puso los ojos en blanco—. Todo el mundo habla del asunto. ¿No has oído el último chiste? Sila le permitió conservar la cabeza... ¡pero Nicomedes se ha llevado su virginidad!

Hubo grandes carcajadas. Lucio, asqueado, marchó de allí apretando la mandíbula, los puños cerrados, los ojos inundados de lágrimas. ¿Para aquello lo había sacrificado todo? ¿Para que un joven vanidoso desertara de su puesto militar para vivir en los lujos de Bitinia? ¿Qué clase de romano era César para hablar con admiración de Cayo Graco, soñar despierto en reconstruir el Estado romano, y luego huir y jugar a ser el amante de un monarca oriental? ¡Lucio debería haber permitido a Sila llevarse a aquel joven estúpido para que hiciese con él lo que le viniese en gana!

78 A.C.

Desmintiendo los peores temores de sus enemigos —de los pocos que quedaban con vida—, Sila hizo honor a su promesa de renunciar a la dictadura transcurridos dos años.

Después de declarar que su trabajo estaba completado, restauró la plena autoridad del Senado y de los magistrados. Desde el retiro, dictó sus memorias y se jactó con orgullo de que, tras haber librado a Roma de los peores «alborotadores» (como denominaba a todos los que se oponían a él), había instituido reformas que devolverían la República «a los días dorados de antes de que los Graco removieran la olla y crearan un mar de confusión».

Pero ¿era posible regresar al pasado? Desde la destrucción de Cartago, la política de Roma había estado regida por las grandes riquezas y la expansión acelerada, lo que había dado como resultado injusticias y desigualdades aún mayores. Roma necesitaba generales poderosos para conquistar nuevos territorios y esclavizar nuevas poblaciones. ¿Cómo, si no, acumular más riqueza? ¿Qué hacer cuando estos generales empezaban a tener celos y a sospechar los unos de los otros, y cuando una ciudadanía dividida, llena de avaricia y rencor, se veía obligada a tener que elegir bando? En una ocasión el resultado fue la guerra civil. Y ninguna de las reformas de Sila serviría para impedir que volviera a estallar una guerra. En todo caso, su ejemplo era un estímulo para los supuestos señores de la guerra que albergaban sueños de poder absoluto. Sila había demostrado que cualquiera podía exterminar con crueldad a todo aquel que se le opusiera, declarar sus acciones legítimas y legales, y luego retirarse para terminar sus días en paz y tranquilidad y apreciado por los amigos y seguidores que se habían beneficiado de su generosidad.

El mes de *martius,* en su villa situada en una bahía cercana a Nápoles, a los sesenta años de edad, Sila moría por causas naturales. Pero su enfermedad fue terrible, y en los repugnantes síntomas que lo achacaron hubo quien vio la mano de la diosa Némesis, que restaura el equilibrio y lo devuelve al orden natural cuando se han cometido injusticias.

La enfermedad se inició con una úlcera intestinal, agravada por el exceso de bebida y un depravado ritmo de vida. Poco a poco, la podredumbre fue extendiéndose y se llenó de gusanos. Día y noche, los médicos retiraban los gusanos, pero volvían a reaparecer y a extenderse más. Después, los poros de su piel empezaron a desprender un flujo repugnante en cantidades tan grandes, que su cama y sus prendas estaban continuamente impregnadas de aquel líquido. No había baño ni masaje capaz de detener la supuración.

Incluso en aquel lastimero estado, Sila continuó con sus actividades. El último día de su vida, dictó el capítulo final de sus memorias, concluyéndolas con la siguiente bravuconería: «Cuando era joven, un adivino caldeo predijo que llevaría una vida honrada y honorable y que acabaría mis días en la cumbre de mi prosperidad. El adivino tenía razón».

El secretario de Sila le recordó entonces que le había sido solicitado que cerrara el caso de un magistrado local acusado de malversar fondos públicos. El magistrado, que deseaba defenderse, se encontraba en la antecámara esperando ser recibido en entrevista. Sila accedió a verlo.

El magistrado entró. Antes de que el hombre pudiera pronunciar palabra, Sila ordenó a sus esclavos que lo estrangularan allí mismo. Los esclavos eran criados de Sila, no asesinos; viéndolos dudar, Sila se puso furioso y les gritó. La tensión reventó un absceso que tenía en el cuello. Empezó a sangrar profusamente. En la confusión resultante, el magistrado salió corriendo y salvó la vida.

Llegaron enseguida los médicos para detener la hemorragia, pero a Sila le había llegado su hora. Empezó a sentirse desorientado hasta perder la conciencia. Sobrevivió esa noche, pero murió a la mañana siguiente.

Una tentación perversa pero irresistible, el deseo de ver el amargo final de un terrible episodio o la necesidad de estar absolutamente seguro de que una criatura tan aterradora estaba realmente

muerta, empujó a Lucio Pinario fuera de su casa y a caminar por las calles para presenciar el funeral de Sila.

La ciudad entera se había volcado a ver la procesión. Lucio encontró un lugar con buena vista y se maravilló de la suerte que había tenido hasta que se dio cuenta de por qué el lugar estaba vacío. Cerca de allí se había instalado un mendigo harapiento que emitía un olor tan fétido que todo el mundo a su alrededor se había ido. Lucio ignoró el hedor. Si podía soportar ver a Sila en su féretro, se dijo, podría soportar perfectamente el olor de otro ser humano.

Encabezaba la procesión una imagen de Sila, un duplicado de la estatua ecuestre erigida en el Foro. La efigie emitía a su paso un aroma a especias que borraba incluso el hedor del mendigo. El hombre miró a Lucio y le regaló una sonrisa desdentada.

—Dicen que la efigie está hecha con incienso y canela y todo tipo de especias caras. Se ha recogido una colecta entre todas las mujeres ricas de Roma para esculpirla. La quemarán en la pira funeraria junto con Sila. ¡Y el humo que emita perfumará la ciudad entera!

Lucio arrugó la frente.

—¿Que van a incinerar a Sila? Sus antepasados de la familia de los Cornelio siempre fueron enterrados.

—Tal vez sea así como dices —dijo el mendigo—, pero el dictador especificó en su testamento que sus restos fueran quemados hasta quedar reducidos a cenizas. —Hombres como aquél, que tenían todo el día libre para dedicarlo a escuchar comentarios y recopilar chismorreos, solían saber muy bien de qué hablaban—. Ya puedes imaginarte por qué.

—¿Por qué?

—¡Piensa un poco! ¿Qué le sucedió a Mario, el rival de Sila, después de morir? ¡Sila abrió la cripta y se cagó encima! Hay muchos que harían lo mismo con Sila, para vengarse, no lo dudes. Y para no darles esa oportunidad, ha ordenado su cremación.

Lucio miró de reojo al mendigo. Al hombre le faltaba la mano izquierda y se apoyaba en una muleta que sujetaba con la axila del brazo derecho. Una enorme cicatriz cruzaba su cara y parecía que no tenía visión en un ojo.

Siguiendo la efigie desfilaron los cónsules y demás magistrados, y luego todos los miembros del Senado, vestidos de negro. Les seguían los caballeros más destacados, después el pontífice máximo y las vírgenes vestales. Detrás, a centenares, los veteranos de Sila, equipados con su mejor armadura y liderados por el joven Pompeyo Magno.

Desfilaban después músicos y un coro de plañideras profesionales, integrado únicamente por mujeres. Los músicos tocaban flautas y liras haciendo sonar una melodía de duelo mientras que el coro cantaba una canción elogiando a Sila.

Seguían los mimos, rompiendo el ambiente sombrío con sus payasadas. Los mimos eran un elemento tradicional en el funeral de los ricos y, en este caso, destacaban entre ellos algunos de los actores más famosos de Roma, miembros del círculo íntimo de Sila desde la época de su juventud. El mendigo se sintió obligado a señalarlos.

—¡Mira, aquél es Roscio, el comediante! Lo vi en una ocasión representando *El soldado fanfarrón.* Dicen que es más rico que muchos senadores. Y ése es el viejo Metrobio, especializado en papeles femeninos. Dicen que durante años representó en la cama de Sila el papel de actriz principal hasta que ese chico tan mono, Crisógono, le robó el puesto; ya está entrado en años, pero vestido con esa estola aún está de muy buen ver. Y, naturalmente, ése que hoy representa el papel de mimo pícaro debe de ser Sórex, vestido como Sila y personificando al muerto. Imita a la perfección sus andares y sus gestos, ¿no te parece? ¡Esperemos que no se ponga ahora a cortar cabezas!

Detrás de los mimos, la procesión seguía con los antepasados de Sila: hombres que lucían las máscaras funerarias de cera de los muertos y vestían las prendas ceremoniales que aquéllos habían utilizado en vida. Sujetaban en lo alto guirnaldas, coronas y otros honores militares que Sila había recibido a lo largo de su prolongada y victoriosa carrera.

Y, finalmente, desfiló la guardia de honor, portando el féretro. El cuerpo de Sila yacía sobre un lecho de marfil decorado en oro, envuelto en tela de color púrpura y guirnaldas hechas con ramas de

ciprés. Le seguían su esposa Valeria y los hijos nacidos de sus cinco matrimonios.

La procesión no se dirigía hacia la necrópolis situada después de cruzar la puerta Esquilina, sino en dirección contraria.

—¿Dónde lo llevan? —murmuró Lucio.

—¿No lo sabías? —dijo el mendigo—. Han instalado la pira funeraria de Sila en el Campo de Marte. Y también su monumento. Lo han erigido ya.

—¿El Campo de Marte? ¡Allí sólo hay enterrados reyes! El mendigo se encogió de hombros.

—Incluso así, Sila precisó en su testamento que su monumento fuera erigido en el Campo de Marte.

La procesión terminó. Los espectadores empezaron a seguirla. Lucio, decidido inexorablemente a presenciar la incineración del cadáver, se sumó al gentío. El mendigo siguió su ejemplo, manteniéndose a su lado. Siempre que pensara en el día del funeral de Sila, Lucio recordaría el hedor que desprendía aquel hombre.

Cuando la multitud se congregó en el Campo de Marte, el cielo se cerró con nubes de tormenta. Se oscureció de tal modo que los hombres encargados de la pira se reunieron nerviosos para dialogar. Pero las nubes se dispersaron tan rápidamente como se habían juntado. Un rayo dorado de sol iluminó el féretro colocado en la pira.

—Ya sabes lo que dirán —susurró el mendigo, acercándose aún más a Lucio. Su olor les había abierto camino hasta poder situarse casi en primera fila—. Dirán que la buena suerte siguió a Sila incluso hasta su pira funeraria. ¡Que Fortuna alejó la lluvia!

Hubo discursos. Sila fue elogiado como el salvador de la República. Se contaron historias para demostrar su virtud y su genialidad. Las palabras resonaban en los oídos de Lucio como el zumbido de una plaga de langostas.

Prendieron fuego a la pira. Las llamas se elevaron hacia el cielo. Lucio estaba tan cerca que el calor le llegaba a la cara y estaba rodeado de cenizas. El mendigo señaló el monumento funerario, una cripta imponente del tamaño de un pequeño templo. Dijo algo que Lucio no pudo oír debido al crepitar del fuego. Lucio frunció el entrecejo y movió negativamente la cabeza. El mendigo subió el tono, gritando casi.

—¿Qué pone? ¿Cuál es la inscripción que hay en el frontispicio del templo? Dicen que Sila redactó su propio epitafio.

Oleadas de aire caliente oscurecían la visión, pero Lucio forzó la vista para poder descifrar las letras. Leyó en voz alta:

—«Ningún amigo me ha hecho favores, ningún enemigo me ha inferido ofensa alguna que yo no haya devuelto con creces».

El mendigo estalló en carcajadas. Lucio se quedó mirando al hombre, sintiendo por él pena y repugnancia.

—¿Quién eres? —dijo.

—¿Yo? Nadie. Cualquiera. Uno de los enemigos de Sila a quien se lo devolvió con creces, me imagino. Era soldado. Luché a las órdenes de Cinna, luego con Mario... siempre contra Sila, aunque sin ningún motivo en particular. ¡Y mírame ahora! Sila me la devolvió con creces. ¿Y tú, ciudadano? Vestido con ropas tan elegantes, tan pulcro y acicalado, con todas tus extremidades intactas... imagino que serías uno de sus amigos. ¿Te dio Sila lo que te merecías?

Lucio llevaba encima una bolsita con monedas. Hurgó en su interior, pero se lo pensó mejor y se la entregó entera al mendigo. Antes de que el hombre pudiera darle las gracias, Lucio desapareció entre el gentío. Se abrió camino entre la muchedumbre y regresó a la ciudad.

El Foro estaba vacío. Sus pisadas, atravesando a paso ligero el suelo pavimentado, retumbaban en el amplio espacio. Al pasar junto a los Rostra, sintió un escalofrío. Levantó la vista y vio la silueta de la estatua dorada de Sila; el sol, detrás de la cabeza de la estatua, formaba un brillante halo. Incluso muerto, el dictador proyectaba sobre su vida una fría sombra.

74 A.C.

El invierno de aquel año fue excepcionalmente crudo. Tormenta tras tormenta, la ciudad sufrió tempestades de lluvia y aguanieve. Muchas mañanas, los valles rebosaban de una humedad fría y blanquecina, parecían tazones llenos de leche, y las colinas estaban glaseadas con escarcha, convirtiendo las sinuosas calles pavimentadas que ascendían y descendían por sus laderas en superficies traicioneras para los viandantes.

Lucio Pinario había contraído un resfriado a principios de invierno y no podía quitárselo de encima; la dolencia le afectaba a una y otra parte de su cuerpo y no acababa de irse. Apenas salía de casa y recibía muy pocas visitas. Con cierta demora, y gracias a un obrero parlanchín que había acudido a reparar una gotera en el tejado, se enteró de la noticia que todos los chismosos del Foro conocían ya: Cayo Julio César había sido secuestrado por los piratas mientras navegaba por el Egeo.

Lucio llevaba muchos meses sin ver a Julia ni a su hijo. Sus excepcionales visitas resultaban demasiado dolorosas y violentas para todos los implicados. Pero al enterarse de la desgracia de su hermano, pensó que Julia debía de estar destrozada y se sintió obligado a hacerle una visita.

Tosiendo con saña, Lucio se cubrió con un pesado manto de lana. Un único esclavo lo acompañó por las calles húmedas y heladas hasta el otro extremo del Palatino, donde Julia vivía con su esposo, Quinto Pedio.

En apariencia, el matrimonio había ido transcurriendo favorablemente para Julia. En los primeros tiempos, por infeliz que fuera y teniendo en cuenta que no había forma de saber cuánto tiempo estaría reinando Sila como dictador, consideró que lo más prudente era sacar el máximo partido de la situación. Julia se adaptó rápidamente a sus nuevas circunstancias; como su hermano, era una superviviente, pensaba con amargura Lucio. Lucio también se adaptó a ellas, aunque a su manera. Para no volverse loco, descartó de entrada de sus pensamientos cualquier idea de que Julia pudiera algún día divorciarse de Pedio para volver a casarse con él. Después de la muerte de Sila, la idea había regresado de vez en cuando, sobre todo en los momentos más agudos de soledad. Pero el acto de someterse a Sila le había robado su dignidad de romano; sin dignidad, no tenía ni la autoridad ni la voluntad para intentar recuperar lo que había sido suyo. Era inútil culpar de todo ello a los dioses, o a Cayo, ni siquiera a Sila. Todo hombre tenía que soportar su propio destino.

Un esclavo le abrió la puerta y le hizo entrar en casa de Pedio. Sorprendida y en absoluto recelosa, Julia lo recibió en una habitación situada junto al jardín donde ardía un brasero y los postigos estaban cerrados para resguardar la estancia del frío.

Verla siempre era como si le clavasen un cuchillo en el corazón. Aunque los pliegues sueltos de su estola lo disimulaban, se dio cuenta de que estaba embarazada. Ella se percató de que Lucio estaba mirándole el vientre, y bajó la vista.

Las flemas vibraban en su pecho. Trató de reprimir la necesidad de toser.

—He venido porque me he enterado de lo de tu hermano. Julia tomó aliento.

—¿Qué has oído?

—Que fue secuestrado por los piratas.

—¿Y?

—Solamente eso.

Julia arrugó la frente. Eran noticias ya desfasadas. La había alarmado haciéndole pensar que sabía alguna cosa que ella no conocía y ahora estaba furiosa.

—Si algo puedo hacer... —dijo él, con poca convicción.

—Muy amable por tu parte, Lucio, pero Quinto y yo hemos conseguido reunir el dinero del rescate. Lo enviamos hace ya algún tiempo. Lo único que podemos hacer ahora es esperar.

—Entiendo.

Una débil sonrisa iluminó el rostro de Julia.

—Sus secuestradores deben de ser analfabetos. Si hubieran leído lo que Cayo dice de ellos en sus cartas, nunca le habrían permitido enviarlas.

—¿Sus cartas?

—Así fue como nos enteramos de su situación. «Querida hermana, me han secuestrado», escribió... ¡siempre tan prosaico! «¿Serías tan amable de reunir el dinero para mi rescate?». Y a partir de ahí, empezó a escribir los insultos más cáusticos para sus secuestradores, lo incultos que son, lo estúpidos que son... Tal y como Cayo lo explica, está comportándose como si fuera su dueño y señor: dándoles órdenes, exigiéndoles comida decente y un lugar más confortable donde dormir, intentando incluso enseñarles modales. «Con estas criaturas se impone utilizar un tono autoritario, como si estuvieras dirigiéndote a un perro». Como si la experiencia fuera simplemente un ejercicio de aprendizaje para él... ¡la manera adecuada de gobernar una tripulación de piratas! —Bajó la vista—. Naturalmente, su valentía podría ser simplemente un intento de tranquilizarme y mantener alta su moral. Esos hombres son ladrones y asesinos, al fin y al cabo. Lo que le hacen a la gente... esas cosas terribles que se oyen...

Julia tembló y se le quebró la voz. Era todo lo que Lucio podía hacer para no correr hacia ella y tomarla entre sus brazos. Resistió el impulso porque no tenía derecho a hacerlo y porque, si ella lo rechazaba, no podría resistirlo.

—Cayo es un superviviente —dijo Lucio; «como su hermana», pensó—. Estoy seguro de que estará bien. —Tosió acercándose la manga a la boca.

—No te encuentras bien, Lucio.

—Suena peor de lo que en realidad es. Tendría que ir volviendo a casa. Simplemente he venido a ofrecer... —Se encogió de hombros—. No sé por qué he venido.

Julia dejó que su mirada se perdiera en las llamas del brasero.

—¿Querías ver a...?

—Tal vez sea mejor que no.

—Está creciendo muy rápido. ¡Tiene sólo seis años y ya sabe leer! Sabe lo de su tío. Tiene pesadillas de piratas. Es igual que tú.

Lucio sintió un enorme peso en el pecho, como si estuviese aplastándolo una piedra. Ir allí había sido un error. En el momento en que se volvía para marcharse, entró un esclavo corriendo. El hombre sujetaba con fuerza un pergamino, enrollado, atado y lacrado con cera. Cuando Julia lo vio, abrió los ojos de par en par.

—¿Es...?

—Sí, ama, ¡De tu hermano!

Julia le arrancó la misiva de las manos y la desenrolló. Examinó el contenido y empezó a llorar. Lucio se preparó para lo peor, pensando que serían malas noticias. Pero justo en aquel momento, Julia echó la cabeza hacia atrás y empezó a reír.

—¡Es libre! ¡Cayo está vivo, sano y salvo, y libre! ¡Es maravilloso! Tienes que escucharlo, Lucio: «Querida hermana, he estado cautivo contra mi voluntad durante cuarenta días. Me han dado la libertad gracias al rescate que enviaste. La experiencia ha sido de lo más desagradable, pero no me ha dejado muy maltrecho; no te preocupes por mi bienestar. No puedo decir lo mismo sobre el de mis captores. Tan pronto fui liberado, me propuse organizar una partida para dar caza a los piratas. No fue muy complicado; los muy simples estaban ansiosos por dilapidar la ganancia que habían obtenido ilegalmente y se dirigieron al puerto más cercano que encontraron y que dispusiera de una taberna y un burdel. Los capturamos fácilmente y recuperamos una parte importante del rescate; te devolveré ahora todo lo que pueda y el resto más adelante. En cuanto a los piratas, plantamos cruces en una colina visible para todos los barcos que navegan por la zona y los crucificamos. Durante mi tiempo de cautividad, les puse sobre aviso diciéndoles que me encargaría de que acabaran mal, y así lo hice. Los vi morir, uno a uno. Difunde .esta noticia por toda Roma, a través de todos los medios que te sea posible. Entre tú y yo, me siento bastante orgulloso de cómo ha terminado todo esto. Se ha hecho justicia y se ha mantenido la dignidad romana. Cuando me llegue el momento de iniciar la carrera política, este episodio se convertirá en un espléndido relato de campaña.

Julia rió.

—¡Querido Cayo... siempre con un ojo puesto en el futuro! Pienso que algún día llegará a cónsul, ¿no crees?

Lucio tenía la boca seca. Le dolía el pecho de tanto toser.

—A lo mejor será el próximo Sila —dijo.

—¡Lucio! ¡Qué cosas tan terribles dices!

—O a lo mejor es el próximo Graco... excepto que tu hermano seguramente tendrá éxito allí donde los Graco fracasaron.

Antes de que Julia pudiera replicarle, su hijo entró corriendo en la habitación seguido por su anciano tutor griego, azorado.

—Ama, no he podido detenerlo. Por toda la casa ha corrido la voz de que has recibido noticias de tu hermano. El pequeño Lucio quiere saber...

—¿Dónde está el tío Cayo? —gritó el chico. Lucio vio que llevaba colgado el *fascinum* de sus antepasados. Ver el amuleto le causó tanta satisfacción como dolor—. ¿Dónde está el tío Cayo? ¿Lo tienen aún cautivo los piratas?

Julia cogió al niño por la carita.

—¡No, ya no! Tu valiente tío Cayo ha escapado de los piratas.

—¿Ha escapado?

—Pues sí. ¿Y sabes qué hizo luego? Les dio caza y los mató.

—¿A todos los piratas?

—¡Sí, a todos! El tío Cayo los clavó en cruces y les dio la terrible muerte que se merecían. Esos terribles piratas ya nunca volverán a molestar a nadie.

—¡Porque el tío Cayo los ha matado!

—Eso es. De modo que se acabaron las pesadillas de piratas. Mira, ha venido alguien a quien deberías saludar.

Julia levantó la vista, pero Lucio había desaparecido.

Ya en la calle, Lucio tosió con mucha violencia. Su aliento formaba nubes de vaho en el aire frío. Echó a andar con prisa, sin rumbo fijo, con los pensamientos confusos; su esclavo tuvo que correr para darle alcance. Tenía los ojos inundados de lágrimas. Notaba las lágrimas resbalando calientes por sus mejillas. Le empañaban la visión. No vio la placa de hielo que había en el suelo. El esclavo sí la vio y gritó para avisarle, pero demasiado tarde.

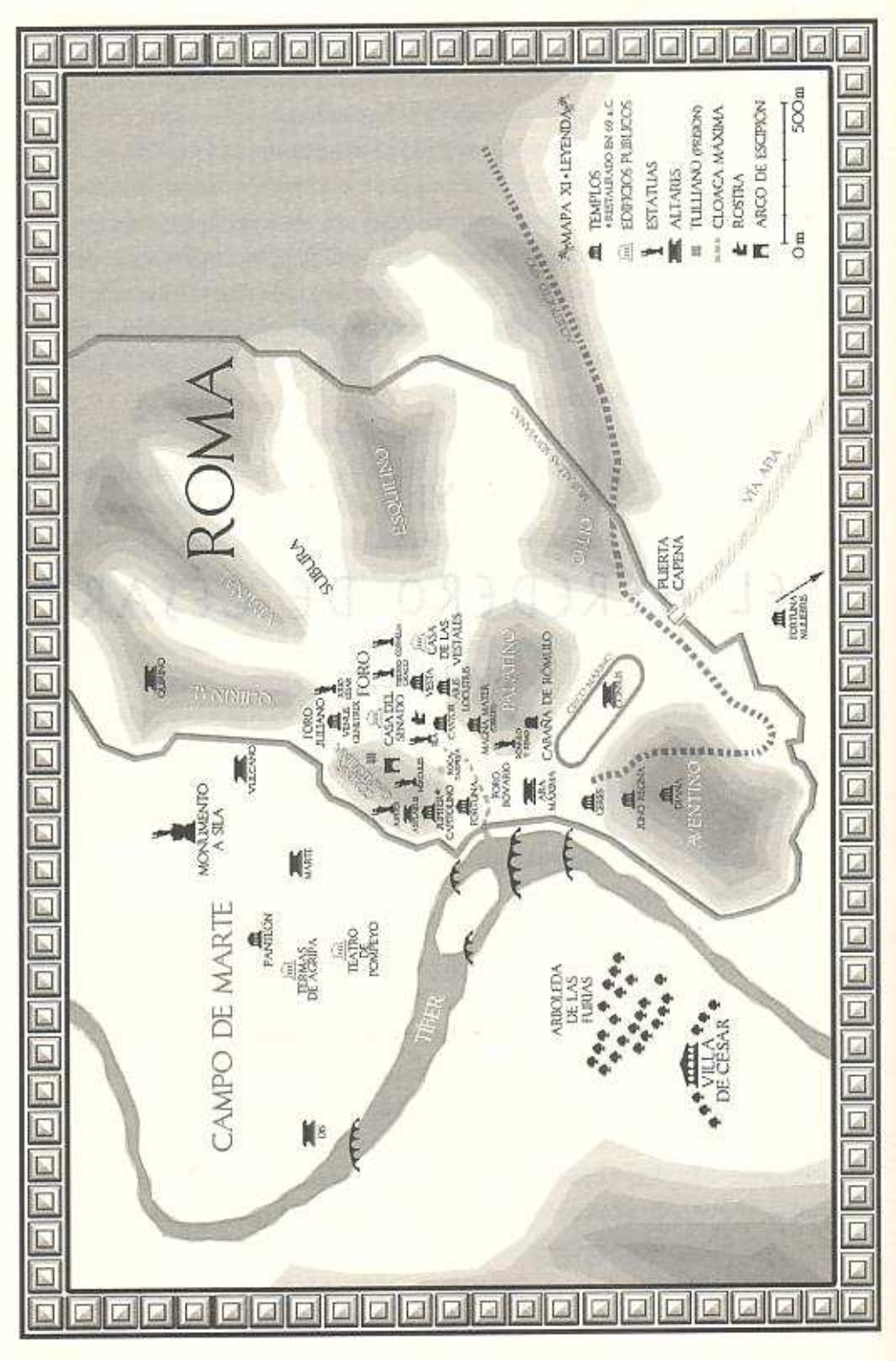
Lucio pisó el hielo. Le fallaron las piernas y cayó hacia atrás. Se golpeó la cabeza en una piedra. Se estremeció y se retorció, pero luego se quedó tendido en el suelo, inmóvil. De su cabeza empezó a brotar sangre.

Viendo la mirada vacía en los ojos abiertos de par en par de su amo y la forma tan peculiar en que se había torcido el cuello, el esclavo soltó un grito, pero ya no se podía hacer nada. Lucio estaba muerto.

XI

EL HEREDERO DE CÉSAR

44-1 a.C.



Eran los idus de *februarius.* Desde tiempos del rey Rómulo, era el día reservado para el ritual conocido como las Lupercalia. El origen de las Lupercalia, el escandaloso suceso en que los jóvenes Rómulo y Remo y su amigo Poticio corrieron desnudos por las colinas de Roma y con sus rostros ocultos con pieles de lobo, había caído en el olvido mucho tiempo atrás, igual que sucedía con los orígenes de muchas festividades romanas. Pero los romanos, por encima de todo, honraban las tradiciones legadas por sus antepasados. Prestando escrupulosa atención a los mínimos detalles, y mucho después de que los orígenes de los ritos se hubieran perdido, continuaban practicando muchos rituales arcanos, sacrificios, banquetes, fiestas y penitencias ante los dioses.

El calendario romano estaba repleto de rituales y festividades religiosas enigmáticas y se habían establecido numerosos sacerdocios para mantenerlas en vigor. Debido al hecho de que la religión determinaba, o como mínimo justificaba, las actuaciones del Estado, eran comités senatoriales los encargados de estudiar las listas de precedentes para determinar los días en que ciertos procesos legislativos podían llevarse a cabo o no.

¿Por qué se adherían tan fielmente los romanos a las tradiciones? Su acusada devoción estaba respaldada por un razonamiento lógico. Los antepasados habían llevado a cabo determinados rituales y los dioses, a cambio, los habían favorecido a ellos por encima de otros pueblos. Tenía todo el sentido del mundo que los romanos actuales, los herederos de la grandeza de sus predecesores, continuaran llevando a cabo aquellos rituales exactamente tal y como les habían sido transmitidos, sin tener en cuenta si los comprendían o no. Hacer lo contrario sería tentar a las Parcas. Esta lógica era la base del conservadurismo romano.

Y de este modo, tal y como sus antepasados habían hecho durante cientos de años, el día de las Lupercalia los magistrados de la ciudad, junto con los jóvenes de las familias nobles, corrían desnudos por las calles de la ciudad. Portaban correas hechas con pellejos de cabra y las blandían en el aire como si fuesen látigos. Las jóvenes embarazadas y las que querían quedarse embarazadas, corrían hacia ellos y ofrecían las manos para recibir en ellas los golpes de las correas, creyendo que con ello su fertilidad quedaría mágicamente garantizada y el parto vendría sin complicaciones. Nadie sabía de dónde venía esta tradición, pero formaba parte del gran compendio de creencias que había llegado hasta ellos y que, por lo tanto, merecía la pena observar.

Presidiendo los festejos, sentado en un trono dorado en los Rostra, vestido con suntuosos ropajes de color púrpura y atendido por un consagrado séquito integrado por escribas, guardaespaldas, oficiales militares y sicofantes diversos, se encontraba Cayo Julio César.

Con cincuenta y seis años de edad, César era un hombre atractivo. Mantenía una figura delgada pero, irónicamente dado su cognomen, había perdido casi todo el pelo, sobre todo en la zona de la coronilla y las sienes; el que le quedaba lo peinaba en dirección a la frente en un vano intento de ocultar su calvicie. Los hombres que lo rodeaban escuchaban atentamente todas y cada una de sus palabras. Los ciudadanos congregados para asistir a las Lupercalia lo miraban con miedo, sobrecogimiento, respeto, odio e, incluso, amor, pero nunca con indiferencia. Por las apariencias, César podría muy bien ser un rey presidiendo a sus súbditos, exceptuando el detalle de que no llevaba corona.

César había llegado donde estaba después de toda una vida de maniobras políticas y conquistas militares. Al principio de su carrera, había demostrado ser un maestro en los procesos políticos; nadie era capaz de manipular las enrevesadas reglas del Senado tan hábilmente como César, y en muchas ocasiones había frustrado a sus rivales invocando algún que otro oscuro procedimiento. Había demostrado asimismo ser un genio militar; había conquistado toda la Galia en menos de diez años, esclavizado a millones de personas y acumulado una enorme fortuna personal. Cuando sus

envidiosos y terribles enemigos en el Senado intentaron privarle de sus legiones y su poder, César marchó sobre Roma. Se había iniciado entonces una segunda guerra civil, el gran temor de todos los romanos desde los tiempos de Sila.

Pompeyo Magno, que había sido a veces aliado de César, lideró la coalición contra él. Las fuerzas de Pompeyo fueron destruidas en la batalla de Farsalia, en Grecia. Pompeyo huyó a Egipto, donde los acólitos del rey Ptolomeo XIII acabaron con él. Presentaron su cabeza a César a modo de regalo.

César había dado la vuelta completa al Mediterráneo destruyendo cualquier vestigio de oposición. Había puesto en su debido lugar a los estados sometidos a Roma, confirmando la lealtad de sus gobernantes y obligándolos a rendirle cuentas sólo a él. Egipto, el mayor productor de grano del mundo, seguía siendo independiente, pero César se había deshecho del rey Ptolomeo para sentar en el trono a Cleopatra, la hermana mayor del joven. La relación de César con la joven reina era tanto política como personal; se decía que Cleopatra le había dado un hijo. En aquel momento, ella y el niño residían en las afueras de Roma, en la otra orilla del Tíber, en una grandiosa mansión adecuada para un cabeza de Estado en visita.

La autoridad de César era absoluta. Igual que había hecho Sila antes que él, había asumido con orgullo el título de dictador. Pero a diferencia de Sila, no había mostrado indicios de querer abandonar el poder. Todo lo contrario, había anunciado públicamente su intención de reinar de por vida como dictador. «Rey» era una palabra prohibida en Roma, pero César era un rey en todo, excepto en el nombre. Había acabado con las elecciones y había nombrado magistrados para varios años; su mano derecha, Marco Antonio, actuaba como cónsul. Las filas del Senado, debilitadas por la guerra civil, estaban llenas de nuevos senadores elegidos personalmente por César. Entre los nuevos senadores había, para afrenta de muchos, algunos galos cuya lealtad era más hacia César que hacia Roma. No estaba muy claro cuál sería la función del Senado en un futuro, excepto la de aprobar las decisiones de César. Había asignado el control de la fábrica de moneda y del tesoro público a sus propios esclavos y libertos. Toda la legislación y toda la moneda quedaban bajo su control. Su fortuna personal, adquirida a lo largo de muchos años de conquistas, era inimaginable. A su lado, los hombres más ricos de Roma eran pordioseros.

Fuera cual fuese su título, lo que todo el mundo tenía claro era que el triunfo de César marcó la muerte de la República. Roma no sería nunca más gobernada por un Senado de iguales que debaten acuerdos, sino por un solo hombre con poder absoluto sobre todos los demás, incluyendo el poder para decretar la vida y la muerte.

La larga guerra civil había interrumpido muchas tradiciones. Con todo el poder vinculado de por vida al dictador, de él dependía supervisar el retorno a la normalidad. Y fue así como, en los idus de *februarius,* César se sentó en el trono de los Rostra y presidió las Lupercalia.

Entre los corredores congregados en el Foro, estirando las piernas y preparándose, se encontraba Lucio Pinario. Su abuela era la fallecida Julia, una de las hermanas de Julio. Su abuelo era Lucio Pinario Infélix, «el desafortunado», llamado así, según le habían contado a Lucio, debido a su prematura muerte como consecuencia de una caída en una calle helada. Lucio tenía diecisiete años y ya había corrido las Lupercalia, pero aquel día estaba especialmente motivado para hacerlo, pues su tío abuelo Cayo presidía el acto.

Un hombre corpulento, de amplio torso velludo y potentes extremidades, se acercó a él, pavoneándose. Hay hombres que, a los treinta y seis años de edad, empiezan a ablandarse y a engordar, pero no era el caso de Marco Antonio. Se movía con una confianza extrema, parecía sentirse completamente a sus anchas, satisfecho incluso, paseándose desnudo en público. Lucio tenía aún el cuerpo de un niño, delgado y terso, y sentía envidia ante el físico atlético de Antonio, lo consideraba un gran personaje. Lucio se sentía también fascinado por la reputación que rodeaba al cónsul: nadie superaba a Antonio ni en el juego, ni en la bebida, ni en las peleas, ni en las prostitutas. Pero Antonio era un personaje tan simpático que Lucio jamás se sentía cohibido o tímido a su lado, al contrario de lo que solía sucederle con su tío.

—¿Qué es eso? —Antonio señaló el colgante que llevaba Lucio colgado al cuello con una cadena.

—Un amuleto de buena suerte, cónsul —dijo Lucio. Antonio resopló.

—Llámame Marco, por favor. Si algún día estoy tan inflado como para que mis amigos tengan que dirigirse a mí por mi título, clávame una aguja para que me desinfle.

Lucio sonrió.

—Muy bien, Marco.

—¿De dónde lo has sacado? —dijo Antonio, refiriéndose al colgante—. ¿Es un regalo de César?

—Oh, no, es una herencia de mi familia por parte de padre. Me lo entregó el año pasado con motivo de mi día de la toga.

Antonio examinó con detalle el amuleto. Tenía los ojos algo irritados como consecuencia de la juerga de la noche anterior.

—No consigo descifrar su forma.

—Nadie lo consigue. Ni siquiera estamos seguros de lo que era. Dice mi padre que el tiempo ha ido desgastándolo. Dice también que es muy, pero que muy antiguo, quizá de la época de los reyes, o incluso anterior.

Antonio movió afirmativamente la cabeza.

—«De la época de los reyes»... eso es lo que dice la gente cuando se refiere a algo que es tan antiguo que ni siquiera cabe en la imaginación. Como si nunca pudiéramos volver a tener reyes. —Levantó la vista en dirección a los Rostra e hizo un ademán a César con la cabeza. César le respondió del mismo modo y a continuación se puso en pie para dirigirse a la multitud.

—¡Ciudadanos! —gritó César. Aquella simple exclamación sirvió para silenciar al gentío y captar la atención de todos los presentes. Entre sus muchos logros, César destacaba por ser uno de los mejores oradores de Roma, capaz de proyectar su voz a gran distancia y de hablar de manera improvisada y con gran elocuencia sobre cualquier tema. En esta ocasión, su discurso fue breve y directo.

»Ciudadanos, nos hemos reunido aquí para cumplir con uno de nuestros rituales más antiguos y más reverenciados, la carrera de las Lupercalia. Tomarán parte en ella los más elevados servidores del Estado y los jóvenes de nuestras más antiguas familias. Las Lupercalia nos devuelven a los días pastoriles de nuestros antepasados, cuando los romanos vivían cerca de la tierra, cerca de sus rebaños y cerca de los dioses, que obsequiaron a Roma con los dones de la fertilidad y de la abundancia.

»Ciudadanos, en estos últimos años, y debido a las interrupciones sufridas como consecuencia de las guerras, hemos desatendido muchos rituales o los hemos llevado a cabo con negligencia. Las Lupercalia se han corrido con un contingente muy escaso de jóvenes y con poca alegría. Pero desatender nuestras obligaciones religiosas es desatender a nuestros antepasados. Llevar a cabo nuestros rituales vitales de forma poco adecuada es venerar a los dioses de forma simplemente inadecuada. Hoy, me siento satisfecho de poder decir que tenemos un grupo muy nutrido y muy fuerte dispuesto a correr las Lupercalia. Nuestra querida ciudad se ha visto despoblada por las desgracias de la guerra y hemos perdido a muchos hombres excelentes. ¡Dejemos que blandiendo sus cueros sagrados estos corredores pongan en marcha la repoblación de Roma! ¡Que haya regocijo y abundancia!

»Ciudadanos, los augures han observado los auspicios para el día de hoy. Los auspicios son buenos. Por lo tanto, ¡levantando mi mano, yo, Cayo Julio César, vuestro dictador, declaro el inicio de las Lupercalia!

Los corredores salieron corriendo entre la explosión de aplausos de la multitud. La carrera los llevaría por diversos puntos de la ciudad y recorrerían el circuito un total de tres veces.

Lucio se mantuvo cerca de Antonio. Le gustaba la familiaridad con que lo trataba, como si fuesen antiguos compañeros de borrachera o de guerra, inclinándose para acercarse a él y bromear sobre el trasero caído de uno de los magistrados participantes o hacer un comentario lascivo sobre las mujeres congregadas a lo largo del circuito. Al ver a Antonio, las mujeres murmuraban y reían nerviosas, bromeando entre ellas para dar un paso al frente y dejarse azotar por él las muñecas. ¡Qué sencillo le resultaba a Antonio flirtear con ellas!

Cuando Antonio vio que Lucio vacilaba, le animó a intentarlo.

—¡Grúñeles, les encanta! Da vueltas a su alrededor. No tengas miedo de mirarlas a los ojos y de arriba abajo. Imagínate que eres un lobo eligiendo la oveja más rolliza.

—Pero Marco, no estoy muy seguro de tener...

—¡Tonterías! Ya has oído a tu tío, jovencito. ¡Se trata de tu deber religioso! Tú sígueme y haz lo mismo que yo. ¡Pídele a ese amuleto que llevas que te dé coraje!

Lucio respiró hondo e hizo lo que Antonio le decía. Con Antonio como ejemplo todo era muy fácil. Notaba la fuerza de sus piernas guiándole y la respiración agitada en sus pulmones. Vio las caras sonrientes de las chicas congregadas para seguir la carrera y les devolvió la sonrisa. Blandió en el aire la tira de cuero, echó la cabeza hacia atrás y aulló.

Se sintió invadido por una sensación de euforia y la naturaleza sagrada del ritual se hizo manifiesta en él. Cuando en otras ocasiones había corrido las Lupercalia, había llevado a cabo su deber por pura rutina, sin abandonarse al espíritu de la ocasión. ¿Qué sucedía aquel día que todo era distinto? De entrada, ya era un hombre y, además, Antonio corría a su lado y su tío abuelo Cayo era el soberano indiscutible de Roma y presidía el renacimiento del mundo. Brotaba en Lucio el gran manantial de la fecundidad de la tierra, que encontraba su expresión en las Lupercalia. Cuando azotó con sus tiras de cuero las muñecas de una risueña joven, sintió una conexión con algo divino que nunca antes había experimentado. La sensación se manifestó físicamente también. De vez en cuando, sentía una agitación placentera y una pesadez entre las piernas. Miró de reojo el sexo de Antonio y vio que su amigo estaba también un poco excitado.

Antonio vio el cambio en el cuerpo de Lucio y se echó a reír.

—¡Eso es, joven! ¡Ése es el espíritu!

Acabaron el primer circuito y atravesaron de nuevo el Foro, donde, delante de los Rostra, se había congregado aún más gente. Todo el mundo quería estar presente para ver el final de la carrera y asistir al banquete público que seguiría a continuación. Mientras los corredores pasaban por delante de los Rostra, César permaneció sentado en el trono pero levantó el brazo a modo de saludo.

—Espérame aquí —le dijo Antonio a Lucio. Se apartó del grupo y subió a los Rostra dando pasos de gigante. De algún lugar, pues no la llevaba antes encima, extrajo una diadema de oro enlazada con hojas de laurel. Sujetó la diadema en lo alto para que la multitud pudiera verla. Se arrodilló ante César, se levantó a continuación y sujetó la corona por encima de la cabeza de César.

La multitud reaccionó con sorpresa. Aquello no formaba parte del ritual de las Lupercalia. Unos cuantos se atrevieron a mofarse y dar muestras de desaprobación. César reprimió una sonrisa. Consiguió mantener la seriedad, levantó la mano e impidió con ello que Antonio le colocara la corona en la cabeza.

La multitud aplaudió y lanzó vítores. César siguió sentado inmóvil. Lo único que se movían eran sus ojos, escudriñando la muchedumbre, observando con detalle su reacción. Con la mano levantada hizo un gesto desdeñoso, indicándole a Antonio que siguiera la carrera.

—¿Qué ha sido eso? —le preguntó Lucio a Antonio cuando éste se unió de nuevo al grupo.

Antonio seguía sujetando la diadema en una mano y las tiras de cuero en la otra. Se encogió de hombros.

—El brillo de la calva de tu tío abuelo me deslumbraba. Se me ocurrió que lo mejor era cubrirla con algo.

—Marco, lo digo en serio.

—Para un hombre de la edad de César, no hay nada más serio que una calva.

—¡Marco!

Pero Antonio no dijo más. Gruñó y aulló y saltó hacia un grupo de jóvenes que gritaban excitadas. Lucio lo siguió, ansioso por recuperar la euforia que había experimentado durante la primera vuelta al circuito.

Cuando atravesaron el Foro para pasar por segunda vez por delante de los Rostra, vieron que la multitud había aumentado. Una vez más, Antonio se separó del grupo y ascendió corriendo a la tribuna. Una vez más, mostró la diadema a la multitud. Varias personas empezaron a entonar:

—¡Corónalo! ¡Corónalo! ¡Corónalo!

Y otros entonaban:

—¡Jamás un rey, jamás una corona! ¡Jamás un rey, jamás una corona!

Como un mimo sobre un escenario, Antonio hizo alarde de intentar colocar la corona sobre la frente de César. César volvió a rechazarla, sacudiendo la mano como si quisiese ahuyentar un insecto. La reacción de la muchedumbre fue más entusiasta que antes. Hubo vítores y la gente golpeaba el suelo con los pies.

Antonio se retiró y volvió a sumarse al grupo.

—¿Qué sucede, Marco? —preguntó Lucio.

Antonio gruñó.

—César es mi comandante. He pensado que esa calva es muy vulnerable y podría necesitar algo adecuado con que esconderla.

—¡No tiene gracia, Marco!

Antonio movió la cabeza y rió.

—¡No hay nada más gracioso que la calva de tu tío abuelo!

—Y no dijo más.

Completaron la tercera y última vuelta al circuito. Enfrente de los Rostra se había congregado una multitud inmensa, integrada no sólo por personas piadosas y por aquellos que querían disfrutar del banquete, sino también por muchos más, pues había corrido por toda la ciudad la voz de que César se había negado a lucir una corona. Cuando Antonio subió otra vez a los Rostra, los gritos eran ensordecedores.

—¡Corónalo! ¡Corónalo!

—¡Jamás un rey, jamás una corona! ¡Jamás un rey, jamás una corona!

Por tercera vez, Antonio intentó colocar la diadema sobre la cabeza de César. Y por tercera vez, César se negó a ello.

El ruido de los aplausos era atronador.

César se puso en pie. Levantó las manos pidiendo silencio. Cogió la diadema de las manos de Antonio y la sujetó por encima de su cabeza. La multitud se quedó a la espera, intrigada. Por un momento, dio la impresión de que César iba a coronarse.

—¡Ciudadanos! —gritó—. Los romanos sólo conocemos a un rey: Júpiter, el rey de los dioses. Marco Antonio, coge esta diadema y llévatela al templo de Júpiter. Ofrécela al dios en nombre de Cayo Julio César y el pueblo de Roma.

El aplauso de la multitud fue ensordecedor. César volvió a levantar las manos pidiendo silencio.

—Declaro que las Lupercalia han sido una buena carrera. ¡Que empiece el banquete!

Avanzando entre la aglomeración allí congregada, Lucio consiguió situarse justo delante de los Rostra y levantó la vista para mirar a su tío abuelo. No sabía qué pensar del espectáculo del que acababa de ser testigo, ni de la reacción de la multitud ante el mismo. Tenía la sensación de que los que habían entonado «¡Corónalo!» habían gritado más fuerte cuando César se había negado a recibir la corona, como si el rechazo de aquel símbolo le confiriera el derecho al poder que éste representaba. Los que entonaban «¡Jamás un rey, jamás una corona!» también habían lanzado vítores; ¿eran tan tontos como para creer que por el simple hecho de que César se negara a lucir una diadema no era, en realidad, su rey? «En política, las apariencias lo son todo», le había dicho Antonio en una ocasión. Pero aun así, todo resultaba muy confuso.

Lucio tampoco estaba seguro sobre qué pensar de César. Todo hombre, mujer o niño de Roma lo reverenciaba o lo odiaba con gran intensidad, pero para Lucio, César siempre había sido el tío Cayo, algo imponente, pero muy humano con su aspecto siempre preocupado, su pelo peinado hacia delante y su algo absurda costumbre de hablar de sí mismo en tercera persona. César había sido una figura que se cernía sobre Lucio durante toda su vida, pese a haberse mostrado siempre un poco distante y reservado. De hecho, en todas las ocasiones en que habían estado a solas los dos, Lucio había intuido cierta incomodidad en su tío abuelo. A veces, César desviaba la vista en lugar de mirar a Lucio a la cara. ¿Por qué?

Algunas veces el padre de Lucio había hecho referencias veladas a una deuda que César tenía con la familia, pero nunca se había explicado. Lucio intuía que algo trágico o vergonzoso había sucedido en el pasado, alguna de esas cosas que los mayores nunca comentan delante de los niños.

Se imaginaba, aunque no podía decir por qué, que el asunto tenía que ver con sus abuelos, Julia y Lucio el Infeliz. ¿Qué les habría hecho, o dejado hecho, César? Seguramente la cuestión tenía que ver con dinero, o con un insulto a la dignidad de alguien, o con ambas cosas. Fuera cual fuese el desliz o la transgresión, sería poca cosa en comparación con la esclavitud de la Galia o la carnicería de la guerra civil. Pero aun así, Lucio seguía sintiendo curiosidad. Ahora que ya era un hombre, ¿le contarían lo que sucedió en aquella misteriosa y remota época, mucho antes de que él naciera?

Un mes después, el día anterior a los idus de *martius*, Lucio Pinario asistió a una cena en casa de Marco Lépido, en el Palatino. Lépido había combatido bajo las órdenes de César y ahora era caballerizo mayor del dictador. En la cena estaban presentes César, Marco Antonio y diversos oficiales de confianza de César.

Antonio fue quien más bebió. No mostraba signos evidentes de embriaguez, ni hablaba con dificultad y controlaba sus gestos a la perfección, pero sus ojos brillaban con un resplandor malicioso.

—Y bien, comandante, ¿cuál es este grandioso anuncio para el que nos has congregado aquí esta noche?

César sonrió. Los había mantenido en suspense durante todo el plato de pescado y el plato de carne de caza, pero, al parecer, Antonio no estaba dispuesto a comer el plato de huevos revueltos sin antes oír lo que César tuviera que decir.

—Te aburres y te impacientas enseguida, Antonio. La verdad es que me imagino que últimamente me he vuelto un poco soso. Por eso le pedí a Lépido que invitara a cenar a este grupo en particular. Algunos servisteis a mis órdenes en la Galia y fuisteis testigos de la rendición de Vercingétorix. Otros servisteis conmigo en Farsalia, donde humillamos a Pompeyo. Algunos estuvisteis en Alejandría, donde hicimos las paces con los belicosos egipcios, pese a sus traiciones y sus artimañas. Y otros más estuvisteis en Tapso, donde Catón conoció su fin. Todos habéis superado la prueba de la batalla... o la superaréis pronto. —Sonrió y miró de reojo a Lucio—. Sois un grupo selecto, la flor y nata de los guerreros de Roma. Sois mis hombres de armas de más confianza. Por esto he querido reunirme esta noche aquí con vosotros, antes del anuncio oficial que realizaré mañana.

—¡Sí! —susurró Antonio—. Se trata de...

—Partia —dijo César, que se negó a permitir que Antonio pronunciara la palabra antes que él—. He llegado a una decisión en cuanto a la viabilidad de una invasión de Partia.

En la estancia se produjo cierta agitación. Todo el mundo sabía lo que César estaba a punto de decir, pero la magnitud del asunto era tan grande que no sería del todo evidente hasta que las palabras se pronunciaran en voz alta.

—¿Y? —dijo Antonio, que no podía parar quieto, como un niño. César se echó a reír.

—¡Paciencia, Antonio! ¡Paciencia! El siguiente plato viene de camino. Disfrutaremos de tiernos cortes de pollo y cerdo sobre huevo revuelto especiado con *garum*... ¿no es eso, Lépido? Lépido posee uno de los mejores cocineros del Palatino...

—¡Por favor, comandante!

—Muy bien, el revuelto tendrá que esperar. —César tosió para aclararse la garganta—. Me imagino que debería ponerme en pie para hablar del asunto y que todos vosotros deberíais estar preparando vuestras copas. Amigos míos: mañana, César presentará en el Senado la solicitud... y el Senado, estoy seguro, dará su consentimiento. —El comentario levantó risas—. César solicitará una nueva autorización. El objetivo concreto de esta autorización será una campaña militar contra... Antonio, se te ve a punto de estallar. —Hubo más risas, hasta que por fin César pronunció la palabra que todos esperaban oír—: ¡Partia!

—¡Partia! —gritaron todos, levantando las copas.

De modo que el rumor era cierto, pensó Lucio, apurando su copa junto con el resto de los invitados. Su tío abuelo, no satisfecho con el dominio de todo el mundo mediterráneo, había puesto

su punto de mira en una nueva conquista: la tierra de los antiguos persas que, desde su conquista por parte de Alejandro, se había convertido en el reino de Partia.

En el mundo conocido, Partia era el único poder que quizá podía rivalizar con Roma. Cuando Lucio tenía nueve años de edad, un hombre llamado Marco Licinio Craso, famoso por haber dado fin a la gran revuelta de esclavos liderada por Espartaco, lideró un ejército romano dispuesto a enfrentarse con los partos y cuya base de operaciones se situó en Siria. Craso era el hombre más rico de Roma y el equivalente político de Pompeyo y César; durante un tiempo, los tres formaron lo que se conoció como Triunvirato, que estabilizó temporalmente la rivalidad entre ellos, aun cuando todos siguieron tramando para conseguir una parcela mayor de poder. La apuesta de Craso había sido la invasión de Partia. Esperaba conseguir con ello lo que César estaba logrando ya en la Galia: cosechar riquezas y gloria, aunque la diferencia estaba en que el fabuloso botín que podía conseguirse en Partia excedía con creces cualquier cosa que hubiera en la Galia.

Pero Craso encontró su Némesis. En la batalla de Carrhae, su ejército se vio rodeado y sujeto a un implacable aluvión de flechas partas que taladraron todas las armaduras. El hijo de Craso, Publio, murió liderando una unidad de caballería en su intento de atravesar las líneas partas; los partos le cortaron la cabeza y la utilizaron para mofarse de su sitiado padre. Después de la pérdida de veinte mil soldados romanos y la captura de diez mil más, los partos ofrecieron una tregua a Craso que luego rompieron, traicionándolo, para acabar cortándole la cabeza igual que habían hecho con su hijo. Los partos celebraron con gran pompa su triunfo contra los invasores romanos y presentaron la cabeza de Craso como un regalo a su aliado, el rey de Armenia, quien, según se decía, la utilizó en una representación de *Las bacantes* de Eurípides. Craso pretendía ser la cabeza del mundo, pero su cabeza acabó como una pieza más del atrezo teatral.

La sombra de la derrota de Craso había obsesionado a los romanos desde entonces. Los partos seguían siendo el gran enemigo invicto de Oriente. Ahora que la guerra civil y la lucha por el poder en el seno de la resquebrajada República habían terminado, parecía natural que el amo de Roma volcara su atención hacia Partia.

—Permitidme afirmar rotundamente que no debemos pasar por alto las habilidades militares de los partos —dijo César—. Pero tampoco debemos sobrevalorarlas. La derrota de Craso no puede disuadirnos. Para ser sincero, como comandante no llegaba a la altura de ninguno de los aquí presentes... y te incluyo a ti, Lucio, aunque aún tengas que demostrarlo. Siendo oficial primerizo, Craso sirvió correctamente a las órdenes de Sila, aunque siempre eclipsado por Pompeyo. Cierto es que acabó con la revuelta de esclavos de Espartaco, pero después el Senado se negó a recompensarlo con un triunfo, y sus motivos tenía; habría sido impropio de un romano celebrar una victoria sobre un ejército de esclavos. La campaña de Partia fue el intento desesperado de Craso de dejar huella como hombre de milicia. Se extralimitó.

—Incluso así —dijo Antonio—, si atacamos a los partos, me aseguraré antes de dejar mi testamento cerrado tal y como es debido. —El sombrío chiste era típico de su humor, sobre todo cuando bebía.

El comentario de Antonio fue recibido con un jocoso abucheo por parte de los presentes, pero César desestimó sus objeciones.

—Antonio habla sabiamente. Las vírgenes vestales guardan mi testamento. Un hombre debe anticiparse al día en que todo lo que quede de él sea su nombre. Mientras los demás mencionen su nombre, su gloria seguirá con vida. En lo que a las posesiones terrenales se refiere, sean grandes o pequeñas, deben darse los pasos necesarios para que se distribuyan tal y como él considere oportuno. —César miró de reojo a Lucio y después a Antonio, aunque con unas miradas cuyo significado era difícil de interpretar.

¿Qué cláusulas debía incluir el testamento de César? Nadie lo sabía. César era un rey, excepto por el título, pero era un rey sin claro heredero. Nunca había reconocido como suyo al hijo de Cleopatra. Los rumores daban por cierto que Marco Junio Bruto, que había combatido contra César y había sido perdonado por él, era hijo bastardo de César, pero César nunca había reconocido esa posibilidad. Los parientes masculinos más cercanos de César eran los descendientes de sus dos hermanas: su sobrino Quinto Pedio, que había servido en la Galia a sus órdenes, y sus jóvenes

sobrinos nietos, Cayo Octavio y Lucio Pinario. De los tres, sólo Lucio estaba presente en la cena; los otros dos estaban lejos de Roma cumpliendo con sus deberes militares. Antonio dejó constancia de su ausencia.

—Es una pena que tus otros dos sobrinos no hayan podido estar aquí esta noche.

—Sí. Pero los tres tendrán oportunidad de cubrirse de gloria en la campaña contra Partia. Quinto ya ha superado la prueba de la batalla. En cuanto a Cayo... —Los ojos de César se iluminaron; estaba muy orgulloso de Cayo Octavio—. Solamente tiene dieciocho años, pero está lleno de energía; me recuerda a mí cuando tenía esa edad. Pese a sus contratiempos durante el último año, varias enfermedades y un naufragio, consiguió tomar parte en el esfuerzo final contra los últimos pompeyanos que quedaban en Hispania, y salió airoso de ello. Perdió a su padre con sólo cuatro años. También yo perdí a mi padre siendo un niño, por lo que he hecho todo lo posible por atenderlo. Además, no es mal orador.

—Tuvo el mejor maestro posible —dijo Antonio.

César negó con la cabeza.

—Ése no soy yo. Es un don natural en él. Recuerdo aún la elegía que recitó en el funeral de su abuela, cuando tenía doce años de edad.

—¿Y qué hay de este chico? —dijo Antonio, sonriéndole a Lucio. Por un momento, Lucio temió que Antonio alargara el brazo para alborotarle el pelo, como si aún fuera un niño. Escuchando a César elogiar a su primo Cayo, Lucio se sentía tremendamente consciente de su falta de logros.

—Lucio justo acaba de empezar su carrera —dijo César—. Pero le tengo echado el ojo. Partia le dará la oportunidad de demostrar al mundo de qué madera está hecho.

—¡Por la campaña de Partia, entonces! —dijo Lucio impulsivamente, cogiendo su copa y levantándola.

—¡Por la campaña de Partia! —dijo Antonio. Todos se sumaron al brindis. César movió afirmativamente la cabeza en un gesto de aprobación.

Hubo más comida y más vino. Cambió el tema de conversación. Lépido comentó el hecho de que César hubiera encontrado adecuado restaurar las estatuas de Sila y de Pompeyo, que habían sido derribadas y destrozadas por la chusma poco después de su victoria. ¿Por qué había devuelto César a los pedestales a sus dos enemigos?

—Lépido, sabes que la política de César siempre ha sido mostrar clemencia; el rencor no aporta nada a la larga. Tanto Sila, pese a sus crímenes, como Pompeyo, pese a sus errores fatales, fueron grandes romanos. Merecen ser recordados. Y así, por orden de César, la estatua dorada ecuestre de Sila volverá muy pronto a su pedestal cerca de los Rostra. La efigie de Pompeyo ha regresado ya a su lugar de honor, en el salón de actos del teatro que hizo construir en el Campo de Marte. Allí es donde se reunirá mañana el Senado. La estatua de Pompeyo será testigo de mi solicitud para iniciar la campaña contra Partia.

Comió un poco de revuelto y sonrió.

—Una de las cosas buenas que hizo Pompeyo fue proporcionar a Roma su primer teatro permanente. Lo recordaremos por eso, y no por otra cosa. En cuanto a Sila, fue un zopenco político por abandonar su dictadura. Pero de no haberlo hecho, ¿dónde estaría hoy César?

—¿Dónde estaríamos todos nosotros? —preguntó Antonio, que vio en ello la ocasión para otro brindis.

Lucio se sentía por fin lo bastante envalentonado por el vino y por la camaradería de los demás presentes para unirse a la conversación.

—Tío —dijo—, ¿sería muy atrevido preguntarte por tus intenciones respecto a Roma?

—¿A qué te refieres, joven?

—Me refiero a las intenciones que tienes para la ciudad. Corre el rumor de que podrías trasladar la capital al antiguo sitio de Troya, o incluso a Alejandría.

César lo miró con picardía.

—¿Cómo han empezado esos rumores? ¿Por qué Troya, me pregunto?

Lucio se encogió de hombros.

—Mis tutores afirman que existe un antiguo vínculo entre Troya y Roma. Hace mucho tiempo,

antes incluso de la época de Rómulo y Remo, el guerrero troyano Eneas sobrevivió a la caída de su ciudad, huyó por mar y se estableció cerca del Tíber. Su sangre fluye por la sangre de los romanos.

—¿Y por ese motivo debería yo abandonar mi ciudad natal y convertir Troya en mi capital? —preguntó César—. Lo que es evidente es que su localización en la costa de Asia la convierte en un punto central entre Oriente y Occidente, sobre todo si nuestras posesiones se expanden hacia Partía y más allá. Pero no, no construiré una nueva capital en Troya. ¿Y por qué motivo debería trasladar la capital a Alejandría? La razón del rumor es evidente, me imagino. Entre Roma y Egipto existe, diríamos, una relación especial.

—Has hecho colocar una estatua de la reina Cleopatra en tu nuevo templo de Venus, justo al lado de la diosa —apuntó Antonio.

—Así es. Me pareció un gesto apropiado para conmemorar su visita de Estado. En cuanto a Alejandría, es una ciudad muy antigua, muy sofisticada...

—Una ciudad fundada por un conquistador, y acostumbrada a ser gobernada por reyes —dijo Antonio.

—Pero, de todos modos, no tengo intención de convertirla en la capital del mundo.

—Pero tienes que comprender, tío —dijo Lucio—, por qué la gente anda tan preocupada con esos rumores. Temen que si te llevas a otro lugar el tesoro y la burocracia del Estado, Roma quede reducida a un lugar apartado y provinciano, y el Senado se quede en poco más que el consejo de una ciudad.

César rió.

—Por graciosa que pueda resultar la idea, no tengo ninguna intención de trasladar la capital. Supongo que debería dejarlo claro en mi discurso de mañana ante el Senado, para apaciguar la preocupación. Los dioses dictaminaron que Roma sería el centro del mundo; y siempre lo será. Lejos de abandonar la ciudad, tengo planes para ampliarla y enriquecerla. Mis ingenieros están trabajando en un proyecto que desviará el curso del Tíber y se construirán rompeolas a lo largo de la costa con el fin de que Ostia se convierta en un puerto tan grande como en su día lo fue Cartago. ¡Pensad en lo ventajoso que será eso para el comercio de Roma!

—Y, hablando de Cartago... —dijo Antonio.

César asintió.

—Sí, ya he empezado a construir nuevas colonias en Cartago y Corinto, las dos grandes ciudades que nuestros antepasados destruyeron en un solo año. Los griegos elogiarán el renacimiento de Corinto, y la colonia de Cartago satisface el viejo sueño frustrado de Cayo Graco. Sí, tenemos grandes planes en marcha. Grandes planes...

La conversación se tomó más distendida a medida que fue corriendo el vino. Lucio se dio cuenta de que César bebía mucho menos que los demás, y Antonio mucho más.

Fue Lépido quien sacó a relucir el tema de la muerte.

—Todos sabemos cómo murió Sila, en su cama y como resultado de una horrible enfermedad; pero se comportó como un tirano cruel hasta el final, ordenando la muerte de otro hombre más. También Craso sufrió un final lamentable. Después de Farsalia, Pompeyo se embarcó rumbo a Egipto esperando infligirle una derrota final, pero los acólitos del rey Ptolomeo lo apuñalaron hasta darle muerte antes de que pudiera poner pie en tierra y luego entregaron su cabeza a César a modo de trofeo. Después de la batalla de Tapso, Catón se dejó caer sobre su espada, pero sus leales sirvientes lo encontraron y le suturaron la herida; tuvo que esperar a que todos durmieran para arrancarse los puntos con las manos y acabar con su vida destripándose.

—¿Y a dónde quieres llegar repasando este horripilante listado, Lépido? —preguntó Antonio.

—La muerte puede llegar de muchas maneras. De poder elegir, ¿cuál sería la mejor muerte?

César respondió enseguida.

—La muerte repentina e inesperada, aun siendo sangrienta y dolorosa. Mucho más preferible que una agonía prolongada. De todos los episodios que has mencionado, Lépido, creo que la muerte de Pompeyo fue la mejor. Todos los demás vieron la sombra de la muerte mucho antes de que les llegara la hora, y debieron contemplarla con horror, pero Pompeyo conservó la esperanza, por frágil que fuese, hasta el final, y su muerte, aun siendo estremecedora, fue una sorpresa para él. No cabe

duda de que su cuerpo fue profanado, pero cuando me entregaron sus restos, comprobé que estaban purificados y que habían sido sometidos a los rituales pertinentes. Su fantasma descansa en paz.

La cena llegó a su fin. Los invitados se fueron. César anunció su intención de acompañar a solas a Lucio hasta casa de sus padres.

—Hay un asunto privado que me gustaría discutir con mi sobrino —dijo, mirando a Lucio y apartando la vista de inmediato.

——¿Sólo con él? ¿Sólo los dos? —dijo Antonio.

—¿Por qué no?

—Alguno de nosotros debería acompañaros, como mínimo —dijo Antonio—. Por cuestiones de protección. Si necesitas intimidad, podemos mantenernos un poco rezagados.

César negó con la cabeza.

—¿Con qué finalidad ha hecho César tantas cosas para satisfacer al pueblo de Roma, ha celebrado grandes banquetes públicos y festejos, si no es para poder pasear tranquilamente por la ciudad sin un guardaespaldas?

—La teoría está muy bien —dijo Antonio—, pero la práctica...

—No, Antonio. No pienso caminar por las calles de mi ciudad temiendo por mi vida. Un hombre sólo muere una vez. El temor a la muerte causa mucha más desdicha que el acto en sí, y no pienso someterme a ella. La distancia desde aquí hasta la vivienda de Lucio es un paseo corto, y más corto aún desde allí hasta mi casa. Estaré perfectamente seguro.

Antonio iba a protestar, pero César lo silenció con una mirada.

La pareja atravesó la colina del Palatino bajo la luz de la luna, Lucio, como siempre, sintiéndose algo incómodo en presencia de su tío abuelo e intuyendo que también él se sentía así. César inició varias veces la conversación para quedarse enseguida en silencio. El general más grande del mundo y el segundo orador más importante porque incluso César cedía el primer puesto al elocuente Cicerón parecía incapaz de expresarse.

—¡Al Hades con esto! —murmuró finalmente—. Lo diré de la forma más sencilla posible. Lucio, tu abuelo...

—¿Aquél al que llamaban Infeliz?

—Sí. En una ocasión me hizo un gran favor. Me salvó la vida.

—¿Y cómo fue eso, tío?

—Me resulta muy difícil hablar de ese asunto. De hecho, es una historia que jamás he compartido con nadie. Pero mereces conocer la verdad sobre tus abuelos, Lucio, y el sacrificio que hicieron por mí. Fue durante la dictadura de Sila, en el momento más álgido de las proscripciones. Yo era muy joven, sólo un año más que tú ahora. Corría un gran peligro. Además, estaba muy enfermo, pues había contraído la malaria. —Levantó la vista para contemplar la luna. Bajo su suave luz, Lucio pudo imaginarse al joven que en su día había sido César—. A lo mejor es el motivo de que ahora me niegue a temer a la muerte. Iba escondiéndome de casa en casa, ocultándome de los esbirros de Sila, y mientras estaba escondido en casa de tus abuelos, un tipo llamado Fagites descubrió mi paradero...

Le explicó a Lucio el soborno que había tenido que pagar su abuelo para salvarle la vida y cómo luego, en presencia de Sila, había aceptado el extraordinario sacrificio al que tuvieron que someterse Julia y Lucio el Infeliz: la disolución de su matrimonio después de que César se negara a divorciarse de su esposa para acatar los caprichos de Sila.

—Tu abuela quedó destrozada, pero se adaptó rápidamente a la situación; era así por naturaleza. Pero tu abuelo nunca volvió a ser el mismo. Era un hombre roto. Había actuado con honor, pero se sentía deshonrado. De haber seguido con vida, habría acabado encontrando la manera de recompensarlo, algún modo de ayudarle a recuperar su autoestima. Pero murió siendo yo aún joven, antes de que empezara a dejar mi huella en este mundo.

Estaban paseando lentamente. César se paró entonces en seco.

—¿Sabes cómo murió?

—Resbaló sobre una placa de hielo.

—Sí. ¿Sabes dónde?

Lucio se encogió de hombros.

—Creo que en alguna calle de por aquí, en el Palatino.

—Fue exactamente aquí, donde estamos ahora.

Bajo el resplandor plateado de la luz de la luna, no costaba imaginarse el pavimento helado y brillante. Lucio se estremeció.

—Por lo que cuentas, tío, la suya fue una buena muerte... rápida y sin previo aviso. A lo mejor los dioses le proporcionaron una muerte temprana porque se apiadaron de él.

—A lo mejor. Pero la deuda que tenía con tu abuelo ha pesado sobre mis hombros desde entonces. Ni siquiera los dioses pueden cambiar el pasado, y los muertos quedan lejos de nuestro alcance. Pero *puedo* asegurarte que tú, Lucio, dispondrás de todas las oportunidades necesarias para que te ganes un puesto de honor. Lo habría hecho de todos modos, pues eres pariente mío; pero quería que conocieses el sacrificio de tu abuelo para que entre nosotros dos quede claro lo que sucedió en su día. Me sentiría satisfecho viéndote alcanzar la dignidad que tu abuelo creyó haber perdido.

Lucio reflexionó.

—Gracias por contármelo, tío. No sé muy bien qué decir. —En silencio, se preguntó sobre las palabras que con tanta seriedad había pronunciado César. ¿Qué significaban en aquellos momentos la «dignidad» y el «honor»? En un mundo gobernado por un rey, la antigua carrera política, en la que los hombres competían entre sí como iguales para convertirse en líderes del Estado, había perdido todo su sentido.

Fue como si César le leyera el pensamiento.

—En el futuro, la carrera política no tendrá el mismo significado que tenía para nuestros antepasados. Pero en el campo de batalla, los hombres ambiciosos seguirán pudiéndose ganar la gratitud de Roma, junto con la riqueza personal y la gloria. ¿Puedo confiarte un secreto, Lucio? ¿Algo que no he compartido ni siquiera con Antonio?

Reinició la marcha en dirección a casa de Lucio.

—Mis ambiciones militares, las ambiciones de Roma, son mayores aún de lo que suponen Antonio y los demás. La idea de conquistar Partia les excita, ya lo has visto, pero su imaginación sólo llega hasta ahí. Los planes de César se extienden más allá de la conquista de Partia. Mi sueño es conquistar Partia, sí... y después atravesar el extremo más alejado del mar Euxino, rodearlo y regresar, conquistar Escitia y Germania y todos los territorios que las rodean, atravesar el canal y llegar a Britania, y luego regresar a Italia pasando por la Galia y acabar por donde empecé. Cuando César haya terminado su periplo, el dominio de Roma abarcará un auténtico imperio mundial, limitado a ambos lados por el océano.

Lucio se sintió sobrecogido ante la grandeza de aquella visión. Y adulado porque César se la hubiera confiado. Pero César no había acabado todavía.

—Un imperio así no ha existido jamás; ni siquiera el imperio de Alejandro llegó a ser tan vasto. Y, naturalmente, después de su muerte, los territorios que Alejandro conquistó no se mantuvieron unificados, sino que se dividieron entre sus herederos en medio de una gran confusión y de un tremendo baño de sangre. Ptolomeo, el general de Alejandro, se llevó la mejor parte al tomar Egipto; la reina Cleopatra es su descendiente directa. ¿Y qué será del imperio de Roma cuando yo muera, Lucio? ¿Será un único reino con un único gobernante? ¿Se verá cuidadosamente dividido en muchos reinos aliados entre sí? ¿O quedará fragmentado en reinos rivales en guerra?

—¿No podría volver a ser una república, tío?

César sonrió, como si estuviera maquinando alguna idea misteriosa.

—Todo es posible, supongo... ¡incluso eso! Ningún hombre de mi generación sabría cómo hacer funcionar la República, pero a lo mejor más adelante habrá hombres que sepan hacerlo. Pero mientras, prevengo el futuro. Hago lo posible para trazar el camino hacia él. Tal vez viva hasta una edad muy avanzada y encuentre un medio para transmitir mi legado intacto; pero también podría darse el

caso de que muriera esta misma noche, tal y como murieron mi padre y mi abuelo, como consecuencia de un achaque repentino asestado por los dioses sin previo aviso. En estos momentos, mi testamento está repartido entre mis herederos y, naturalmente, tú te encuentras entre ellos, Lucio. Pero si mi poder perdura y mis planes llegan a fructificar, será necesario llevar a cabo preparativos más complejos.

—Te cuento todo esto, Lucio, porque podría ser que los dioses tuvieran en mente para ti un destino muy especial. Por tu linaje de los Julio, eres descendiente de Venus, igual que yo. Por parte de padre, posees uno de los nombres más antiguos de la historia de Roma. Los Pinario son un linaje muy antiguo... pero tú, Lucio, eres muy joven. No has conseguido nada, todavía; pero tampoco has cometido errores. Prepárate. Seme fiel. Demuestra tu valía en la batalla. Observa la conducta de otros hombres; adopta sus virtudes y evita sus vicios. Estoy pensando concretamente en Antonio. Sé que te sientes unido a él. Pero de ti depende convertirte en un hombre mucho mejor que él.

Lucio frunció el entrecejo.

—Tú confías mucho en Antonio.

—Así es. Pero no estoy ciego ante sus defectos.

Habiendo alcanzado tal grado de confianza con César, Lucio se sintió envalentonado para preguntarle sobre el incidente que había tenido lugar un mes antes, cuando en el transcurso de las Lupercalia, Antonio le había ofrecido tres veces la corona a César.

—Tú estabas presente —dijo César—. Viste todo lo que sucedió. ¿Qué opinas?

—Creo que escenificasteis el incidente como si fuese una obra de teatro para tantear la reacción de los ciudadanos ante una corona. Cuando visteis que había tantos que lo desaprobaban, los tranquilizaste diciéndoles que no tenías ningún deseo de ser su rey.

César asintió.

—En política, la realidad y las apariencias tienen una importancia equivalente. No puedes ocuparte de una y descuidar las otras. Un hombre tiene que decidir tanto lo que es, como lo que los demás creen que es. Lo de las coronas y los títulos es un tema complicado. ¿Te cuento otro secreto?

Lucio movió afirmativamente la cabeza.

—Mañana, antes del debate para la solicitud de la orden para invadir Partía, uno de los senadores leales a mi causa anunciará algo relacionado con los Libros Sibilinos. Al parecer, los sacerdotes encargados de interpretar los versos han descubierto un párrafo de lo más destacable que indica que sólo un rey podrá conquistar a los partos. Rechacé la corona que Antonio me ofreció durante las Lupercalia, con la aprobación del pueblo. Pero ¿qué sucedería si el Senado implorara a César que aceptara un título real para garantizar la conquista de Partia?

—Entonces, ¿te *convertirás* en rey? —dijo Lucio—. ¿Y eso será mañana?

César sonrió con cautela.

—El plan es el siguiente: el Senado declarará que César es el rey de todas las provincias romanas que se encuentran fuera de Italia, separadas por tierra o por mar. Este tecnicismo satisfará tanto la necesidad de autoridad de César, como la necesidad del Senado y de los ciudadanos de considerarse libres de un rey. César será el rey del resto del mundo, en nombre de Roma.

Lucio puso mala cara.

—Augurios y presagios, y los Libros Sibilinos... ¿son simplemente herramientas en manos de los hombres? ¿No expresan acaso la voluntad de los dioses?

—Tal vez ambas cosas sean ciertas. Los augurios y todo lo demás son herramientas, sí; y el hombre que domina dichas herramientas lo hace porque disfruta del favor de los dioses. Resulta destacable la frecuencia con que la voluntad divina coincide con los proyectos de los hombres de éxito. —César sonrió—. Naturalmente, no todos los presagios son favorables. ¡Si hiciera caso a todas las advertencias que escucho por parte de todos y cada uno de los adivinos que aparecen en todas y cada una de las esquinas de Roma, no saldría nunca de casa, ni me aventuraría a dirigirme mañana al Senado de Roma!

—¿Has recibido alguna advertencia en concreto?

—¡Tantas que ni podría contártelas todas! Estrellas fugaces, cabras nacidas con dos cabezas, estatuas que lloran, cartas escritas en la arena de manera misteriosa... en el transcurso del último

mes me han llamado la atención sobre todo tipo de augurios. Algunas de estas advertencias citan específicamente los idus de *martius* como un día de malos presagios. Ésa es una de las razones por las que Antonio ha estado últimamente comportándose como una madre protectora. Piensa que debería andar constantemente rodeado por guardaespaldas. Pero César ha decidido ignorar esos supuestos augurios y hacer lo que desea.

Su tranquila conversación se vio de pronto interrumpida por un vocerío procedente de una calle secundaria. Un grupo de hombres se acercaba directamente hacia ellos. César agarró a Lucio por el brazo y lo arrastró hasta el umbral de una puerta.

Los hombres se pusieron a cantar, en voz alta y desafinando. Era evidente que estaban borrachos. Uno de ellos divisó las dos figuras en la sombra de la puerta y se acercó a mirarlos.

—¡Por las bolas de Numa! Si es el descendiente de Venus en persona... ¡nuestro amado dictador!

—¿Quién? —gritó uno de sus compañeros.

—¡Cayo Julio César!

—¡Mentiroso!

—¡No, lo juro! Venid a comprobarlo por vosotros mismos.

Los hombres se amontonaron junto a la puerta. Se quedaron sobrecogidos por un instante al reconocer a César, pero iniciaron una serie de gestos burlescos haciendo reverencias y postrándose a sus pies.

—¡Rey César! —exclamaron—. ¡Aclamad todos al rey! César no se amedrentó. Sonrió y elegantemente acusó recibo de sus gestos con un movimiento afirmativo de cabeza.

Uno de ellos dio un traspiés y mantuvo el equilibrio extendiendo los brazos, imitando una crucifixión.

—¡Mírame! ¡Soy un pirata! ¡Oh, gran César, ten piedad de mí! Otro, se subió la túnica para ocultar la cabeza.

—¡Mírame! ¡Soy Pompeyo a su llegada a Egipto! ¡Piadoso César, devuélveme mi cabeza!

—¡Y yo soy la reina del Nilo! —dijo otro, caminando de manera amanerada y escondiendo las manos en el interior de la túnica para dar la sensación de que tenía unos pechos enormes—. ¡Hazme tuya, gran César! ¡Nuestro hijo será el próximo rey de Egipto!

Siguieron con sus bromas durante un rato y luego parecieron olvidarse del tema. Despidiéndose con la mano, prosiguieron su camino y entonaron otra canción. Sólo cuando desaparecieron, César relajó la mano que en todo momento había estado sujetando el brazo de Lucio.

Lucio observó el rostro de su tío abuelo bajo la luz de la luna. Los ojos de César brillaban con una emoción peculiar. Aunque fuera por un breve instante, César había sentido un momento de auténtico miedo. El suceso no lo había dejado ni airado ni conmocionado, sino alegre.

El día siguiente eran los idus de *martius*.

Lucio se despertó empapado en sudor. La habitación estaba oscura. La débil luz azul que precede el amanecer perfilaba los postigos cerrados sobre la ventana. A lo lejos cantaba un gallo.

Había tenido uno de aquellos sueños extraños en los que el protagonista tiene tanto el papel de participante como el de observador, en los que es consciente de que está soñando pero es incapaz de detener el sueño. En el sueño, César había muerto y se había congregado un auténtico gentío para escuchar la lectura de su testamento. En la escalinata del templo, una virgen vestal presentaba un pergamino y se lo entregaba a Marco Antonio. Antonio desenrollaba el documento y procedía a su lectura. Lucio estaba situado en las primeras filas pero, por mucho que aguzara el oído, no podía escuchar los nombres que anunciaban. El rugido de la muchedumbre era ensordecedor. Quería pedir a la gente que se callara, pero no podía abrir la boca para hablar. Ni podía moverse. Antonio seguía leyendo, pero Lucio no podía oírlo, ni hablar, ni moverse.

El sueño no era exactamente una pesadilla, pero aun así se despertó conmocionado y empapado

en sudor. Se levantó tambaleante de la cama y abrió los postigos. El gallo volvió a cantar. Desde su ventana se veía un amasijo de tejados, las agujas irregulares de los cipreses y también un pedacito del templo de Júpiter, en la cima del Capitolio, reconstruido después de que fuera destruido por un incendio en la época de Sila. La escena estaba bañada por una luz muy suave, como si el mundo estuviera hecho de un mármol antiguo y erosionado por el paso del tiempo, sin color ni perfiles definidos.

Lucio llenó los pulmones de aire fresco. La capa de sudor se evaporó de su piel, dejándolo con piel de gallina. El sueño había sido agobiante y perturbador, pero por fin estaba despierto. El mundo estaba tal y como lo había dejado, y el primer rayo de sol sobre los tejados marcaba el principio de un día como cualquier otro.

Pero aun así, en cuestión de horas, César recibiría la aprobación del Senado para iniciar la conquista de Partia. Sería declarado rey de todas las provincias más allá de Italia. La edad de la República tocaría a su fin y empezaría una nueva época.

Ansioso por salir de su habitación y dejar atrás su desasosegado sueño, Lucio se vistió rápidamente. Se puso su mejor túnica, una de color azul con ribete amarillo, y se calzó su mejor par de zapatos. Cuando la gente empezara a vitorear la decisión de César de librar la guerra contra Partia, no estaría bien que su joven pariente se encontrara vestido con prendas que utilizaba a diario.

Salió de su casa y caminó durante un rato sin rumbo fijo, observando el despertar de la ciudad. En las grandes mansiones del Palatino, los esclavos abrían las puertas principales para ventilar los vestíbulos, apagaban las lámparas que habían estado alumbrando toda la noche y barrían las entradas. Lucio vislumbró a lo lejos, entre dos casas, el Foro Boario y la orilla del Tíber. En el mercado, los comerciantes empezaban a instalar sus tenderetes. Muchos habían preparado cestas especiales llenas de comida. Los clientes empezaban a hacer cola para comprar. Lucio había olvidado por completo que era el día de la festividad de Anna Perenna, un festejo que únicamente celebraban los plebeyos.

Anna Perenna era la diosa bruja, representada siempre con pelo gris, cara arrugada y joroba, vestida con manto de viaje y cargada con cestas llenas de comida. Su leyenda se remontaba a los inicios de la República, cuando los plebeyos protagonizaron la primera secesión, retirándose en masa de la ciudad como protesta por los privilegios especiales de los patricios y para exigir la creación de la figura del tribuno para proteger sus intereses. Cuando los plebeyos se quedaron sin provisiones, apareció una anciana que dijo llamarse Anna Perenna cargada con cestas de comida. Por mucha comida que la gente se llevara de sus cestas, éstas permanecían milagrosamente llenas y, de este modo, los plebeyos nunca pasaron hambre.

Después de la secesión, Anna Perenna desapareció y nunca nadie volvió a saber de ella. El día consagrado a su memoria, los idus de *martius,* las familias plebeyas salían de la ciudad para comer al aire libre a orillas del Tíber. Preparaban sus propias cestas llenas de comida o las compraban ya listas en el mercado. Montaban tiendas y extendían mantas sobre el suelo. Los niños jugaban en la hierba con pelotas y palos. Las parejas se cortejaban bajo las pérgolas. La gente comía y bebía hasta no poder más y después sesteaba a orillas del río. Al caer el sol, las familias plebeyas regresaban a la ciudad en una informal procesión y entonando canciones en honor a Anna Perenna.

La festividad apenas significaba nada para Lucio. Siendo patricio, nunca había tomado parte en la misma. Pero aquel día, paseando por el Foro, viendo a las familias dirigirse hacia el río cargadas con sus cestas de comida, sus mantas y sus juguetes, no pudo evitar contagiarse del ambiente festivo. Más gracia le hizo aún pensar que, de entre todos aquellos juerguistas despreocupados, sólo él sabía que aquel día acabaría convirtiéndose en una jornada trascendental y memorable gracias a las peticiones especiales que César plantearía al Senado.

Pensando en César, Lucio se encaminó directamente a la zona situada al norte del antiguo Foro, donde en los últimos años su tío abuelo había hecho limpiar y reconstruir una parcela de gran extensión a la que había dado su nombre. El Foro Juliano estaba rodeado por un inmenso pórtico rectangular con relucientes columnas de mármol. En uno de sus extremos se alzaba el nuevo templo consagrado a Venus, construido en mármol macizo, el cumplimiento de un juramento que César había hecho a la diosa antes de su victoria en Farsalia. Delante del templo había una fuente

decorada con ninfas. Dominando la plaza abierta, se alzaba una magnífica escultura de César con armadura de batalla y montado a lomos de un corcel blanco.

Los trabajos del Foro no estaban aún terminados. Cuando estuviera acabado, el pórtico albergaría salas de justicia y tribunales. Las idas y venidas de escribas, secretarios, jueces y abogados convertirían el Foro Juliano en uno de los lugares más concurridos de Roma. Pero de momento, aquella mañana, Lucio era la única persona allí presente. Pasó por debajo de la estatua de César, riendo entre dientes al contemplar el semblante tremendamente serio de su tío abuelo, y luego por delante de la fuente, llena de agua pero sin los surtidores en funcionamiento. Su superficie en calma reflejaba las proporciones perfectas y la fachada de mármol reluciente del templo de Venus.

Lucio subió la escalera. Un esclavo del templo que sesteaba junto a la puerta se enderezó al verlo aproximarse. En cuanto reconoció a Lucio, pues los familiares del dictador visitaban con frecuencia el templo de su antepasada, el esclavo le abrió rápidamente las puertas.

Para Lucio, el interior del templo era el espacio más bello de toda Roma, quizá del mundo entero. Suelos, paredes, techos y columnas eran de mármol macizo y exhibían una cantidad impresionante de tonalidades, y al ser tan reciente su construcción, las superficies brillaban como un espejo. Las paredes del pequeño vestíbulo estaban decoradas con dos de las pinturas más famosas del mundo, la de Áyax y la de Medea, realizadas por el renombrado artista griego Timómaco. En el interior del santuario, exhibidas en seis vitrinas, se encontraban las extraordinarias colecciones de joyas y piedras preciosas que César había adquirido en el transcurso de sus viajes. Para Lucio, el objeto más fascinante era un peto de coraza de aspecto bárbaro decorado con diminutas perlas procedente de la isla de Britania.

En el extremo de la cámara, majestuosa sobre su pedestal, se erguía la propia Venus, capturada en mármol por Arcesilao, el escultor más remunerado del mundo. La diosa se tocaba el hombro con un brazo y tenía el otro ligeramente extendido; uno de sus pechos estaba desnudo. El cincelado de sus serenas facciones y de los pliegues de su fino vestido era extraordinariamente delicado.

Junto a Venus se levantaba una escultura de Cleopatra, igualmente impresionante, ejecutada en bronce y cubierta de oro. La reina no estaba representada con el estrafalario atuendo de los faraones, del que se habían apropiado los Ptolomeos al asumir el gobierno de Egipto, sino con un elegante vestido griego, más castamente cubierta que Venus y luciendo una sencilla diadema en la frente. Para Lucio, Cleopatra no era una mujer especialmente bella, a decir verdad no tan bella como la idealizada Venus que tenía a su lado, pero el escultor había conseguido capturar esa cualidad indefinible que había conseguido cautivar a un hombre como César. La decisión de César de colocar su estatua en el nuevo templo de Venus había levantado intensas especulaciones sobre sus intenciones. Si el objetivo del templo era honrar a su antepasada, ¿qué lugar ocupaba allí la reina de Egipto, a menos que César pretendiera convertirla en la madre de su descendencia?

Lucio sólo había visto a la reina en una ocasión, cuando llegó a Roma para su visita de Estado. Durante el banquete y los divertimentos, Lucio había sido brevemente presentado como uno de los parientes jóvenes de César. La reina se había mostrado amable pero distante y Lucio se había quedado completamente cortado. Desde entonces, César había instalado a Cleopatra en una suntuosa finca ajardinada en la orilla opuesta del Tíber, donde la reina había celebrado diversas cenas suntuosas para presentarse a la élite de la ciudad.

Contemplando su estatua, Lucio experimentó un repentino impulso de ir a visitarla. ¿Por qué no? Las confidencias que César le había hecho la noche anterior lo habían envalentonado. Lucio no sólo era uno de los principales herederos de aquel gran hombre, sino que además era el confidente de César. Tenía tanto derecho como cualquier otro romano a realizar una visita de cortesía a la reina de Egipto. Era evidente que no iba vestido con la toga, pero sí llevaba su mejor túnica. Dio media vuelta, salió del templo y se encaminó hacia el puente que cruzaba el Tíber.

Al pasar por el mercado y el Foro Boario se vio rodeado por las oleadas de plebeyos que iban a celebrar la festividad de Anna Perenna. Había tanta gente saliendo de la ciudad que incluso se había formado una cola para atravesar el puente. En la orilla opuesta, los que habían llegado ya allí para almorzar en el campo, iban instalándose en los espacios públicos situados a orillas del río, pero Lucio siguió adelante su camino, en dirección a las grandiosas fincas privadas que daban a la franja

del Tíber más cotizada. Allí era donde los ricos de Roma tenían sus segundas residencias alejadas de la ciudad, donde podían relajarse en sus jardines, dedicarse a la apicultura, que se había convertido en la afición de moda, salir a pasear en barca y nadar en el río.

Cleopatra se había instalado en una de las mansiones más opulentas, propiedad de César. Cuando Lucio llamó a la puerta exterior, un esclavo egipcio con los ojos perfilados con kohl lo observó por la mirilla. Lucio se anunció, «Lucio Pinario, sobrino nieto de Cayo Julio César», y el esclavo abrió la puerta unos instantes después.

El hombretón miró por encima del hombro de Lucio.

—¿Vienes tú sólo? —dijo en griego.

Lucio rió.

—Supongo que la reina tiene pocos visitantes que lleguen hasta aquí sin séquito y a pie. Pero sí, voy solo. Mi tío está hoy muy ocupado, como probablemente sabrá la reina.

Fue conducido a un soleado jardín con vistas al río. Tenía un diseño formal, con arbustos recortados, senderos de gravilla y rosales cuidadosamente podados. Entre los arbustos había pintorescas obras de escultura griega. Lucio se fijó en un Eros alado arrodillado para poder tocar una mariposa y en otra que representaba a un chico absorto mientras se extraía una espina que se le había clavado en el pie. Lucio tomó asiento en un banco de piedra y contempló los destellos de sol matutino reflejados en el agua del río.

—Eres tan hermoso como una estatua.

Lucio se levantó y al volverse descubrió a la reina a su lado.

—Quédate sentado, por favor —dijo ella—. Estaba disfrutando de tu visión. Eras como otra estatua del jardín: «Niño romano contemplando el Tíber».

—No soy un niño, Majestad —dijo Lucio, un poco ofendido—. Me gustaría haber venido vestido con la toga, pero...

—¡Los hombres romanos y sus togas! Temo decirte que me resultan un poco ridículos.

—¿Los hombres o las togas?

Cleopatra sonrió.

—Veo que eres avispado —dijo—. Y por supuesto que no eres un niño. No pretendía ofenderte. Sé lo fastidioso que puede llegar a ser cuando uno es joven y quiere que lo tomen en serio.

Cleopatra no tendría más de veinticinco años. La escultura del templo le añadía años, pensó Lucio, igual que el vestuario real que lucía cuando Lucio la vio por vez primera. Aquel día iba vestida con un sencillo vestido de lino sin mangas sujeto a la cintura con un fajín bordado en oro. Su cabello, normalmente recogido en lo alto de la cabeza, caía suelto a ambos lados de su cara. No llevaba diadema. Era temprano y la reina no se había vestido aún para recibir visitas formales.

—Es muy amable por tu parte que me hayas recibido —dijo Lucio.

—Nunca podría rechazar la visita de un pariente de César. ¿Hay alguna celebración? Me han dicho los centinelas que la margen del río está llena de gente de todo tipo divirtiéndose. ¿Tiene algo que ver con el anuncio que hará César en el Senado?

Lucio sonrió ante aquel error.

—La festividad de Anna Perenna es una celebración plebeya muy antigua. No tiene nada que ver conmigo ni con César. Él no hablará ante el Senado hasta más entrada la mañana.

—Entiendo. Tengo aun mucho que aprender sobre las costumbres romanas. A lo mejor podrías enseñarme tú.

—¿Yo, Majestad?

—Por derecho, la tarea debería recaer en César. Cuando él estuvo en Alejandría, fui yo quien lo educó sobre el protocolo de la corte egipcia. Pero César está ocupadísimo. Y en la ciudad hay muy poca gente en quien pueda confiar.

—Pero desde tu llegada has conocido a muchas personas. Lo mejor de Roma ha asistido a las cenas que has ofrecido en la villa.

—Sí, y todos se marchan tremendamente encantados con la reina de Egipto... o simulando estarlo simplemente para hacerse con los favores de César. De vez en cuando, me llegan noticias sobre su verdadera reacción. Ese tal Cicerón, por ejemplo. Delante de mí, el famoso abogado es

todo sonrisas y adulación. Pero a mis espaldas, escribió una carta a un amigo diciéndole que no soportaba estar en la misma estancia donde me encontrara yo.

—¿Y cómo lo sabes?

Ella se encogió de hombros.

—En Alejandría no se puede sobrevivir como princesa si no aprendes a descubrir la verdad. Francamente, no entiendo cómo César permite que ese hombre siga conservando la cabeza. ¿No se opuso Cicerón a él durante la guerra civil y en la lucha con Pompeyo?

—Sí, Bruto también se opuso a él, pero, después de Farsalia, César los perdonó a los dos. César es famoso por su clemencia. La reina entornó los ojos.

—Me imagino que la clemencia era una herramienta más del arte de gobernar cuando funcionabais como República. Pero cuando César deje por fin atrás los últimos vestigios de esta forma primitiva de gobierno, aprenderá nuevas maneras de tratar a los enemigos.

—¿Primitiva? —Lucio echó los hombros hacia atrás. En aquel momento, deseaba más que nunca haber ido vestido con su toga, puesto que daba a quien la llevaba un aire de autoridad—. Roma es muchísimo más antigua que Alejandría. Y creo que la República de Roma antecede en casi doscientos años el establecimiento de tu dinastía.

—Tal vez. Pero cuando mi antepasado Ptolomeo heredó de Alejandro el control de Egipto, asumió el título, la insignia real y el estatus divino de los faraones que lo precedieron. Sus dinastías se remontan a miles de años atrás, al principio de los tiempos. En comparación, la civilización de los romanos es muy joven, casi infantil, de hecho. Las grandes pirámides fueron construidas muchos siglos antes de que los griegos sitiaran Troya, y Roma fue fundada cientos de años después de la caída de Troya.

Frunció el entrecejo.

—El otro día, recibí a un grupo de eruditos romanos para hablar de los fondos bibliográficos de la Biblioteca de Alejandría. Acabamos hablando sobre los orígenes de Roma y me presentaron una teoría novedosa. Decían que un guerrero troyano, Eneas, consiguió escapar del saqueo de la ciudad, se embarcó hacia las costas de Italia y se instaló cerca del Tíber, por lo que en los romanos sobrevive la sangre de Troya. Pero cuando les pedí pruebas que sustentarán su teoría, no supieron darme ninguna. Me pregunto si vuestros eruditos estarán tomándose demasiadas licencias cuando hablan de este vínculo entre Roma y Troya.

—Hay quien dice que los historiadores se inventan el pasado —admitió Lucio.

Cleopatra sonrió.

—Yo preferiría inventar el futuro.

Paseó lentamente hasta un lugar desde donde se veía mucho mejor el agua. Río abajo, a lo lejos y diminutas, había figuras holgazaneando en la orilla.

—La verdad es que sabemos muy poco sobre nuestros antepasados, incluso nosotros, que podemos nombrarlos remontándonos muchas generaciones atrás. Imagino que la familia de los Pinario debe de ser muy antigua.

—Cuando Hércules apareció en Roma y mató al monstruo Caco había ya un Pinario. Y la familia de los Julio es igual de antigua. Dice César que el linaje se inició a partir de una unión con Venus.

—Lo que convierte a César en un personaje casi tan divino como yo. La verdad es que se comporta como un dios. —Sonrió, pero a continuación hizo una mueca—. Mientras están en la tierra, los dioses hacen grandes cosas; pero cuando la abandonan, guardan el mismo silencio que los mortales fallecidos. Suelo rezar con frecuencia al primer Ptolomeo, que con toda seguridad fue un dios; le hablo, pero nunca me responde. Combatió al lado de Alejandro, se bañó a su lado, comió a su lado. Hay miles de preguntas que me gustaría preguntarle... ¿Cómo era la risa de Alejandro? ¿Roncaba? ¿Cómo olía?... pero jamás obtengo respuesta a mis preguntas y jamás la obtendré. Los muertos no son más que polvo. El pasado es tan desconocido como el futuro. Cuando César y yo nos hayamos convertido en polvo, ¿conocerán los hombres del futuro nuestro nombre y nada más acerca de nosotros?

Lucio no sabía qué decir. Nunca había oído a una mujer, y tampoco a un hombre, hablar de aquella manera. Ni siquiera a César, que tendía a cavilar más sobre movimientos de tropas que

sobre cuestiones relacionadas con la eternidad.

Cleopatra sonrío.

—Es curioso que yo sea tan joven y César tan mayor, él me dobla con creces en años, y que con referencia a la edad relativa de nuestros reinos suceda precisamente lo contrario. Egipto es como una reina madura, rica, mundana, cubierta de joyas, sofisticada hasta la médula. Roma es una advenediza fornida, impetuosa, temeraria. Ninguna necesita para nada enfrentarse a la otra. En ciertos aspectos, son aliados naturales, igual que César y yo somos aliados naturales.

—¿Es eso lo que sois? ¿Aliados?

—Para conquistar Partia, César necesitará la ayuda de Egipto.

—Pero estoy seguro de que entre vosotros hay algo más que eso. —Viendo sus elegantes movimientos, oyéndola hablar, Lucio había empezado a comprender la atracción que Cleopatra debía de ejercer sobre César. Había atisbado también las cualidades que debían resultarle tan odiosas a un hombre como Cicerón, que creía en las virtudes serias y calladas de la matrona romana.

Por vez primera, Lucio veía posible, incluso probable, que César pretendiera divorciarse de su esposa romana. César tenía una excusa admisible: Calpurnia no le había dado un hijo. Si el rey de Roma se casaba con la reina de Egipto, ¿sería Partia un regalo para su hijo? ¿Qué sería de los demás herederos de César?

Un chillido infantil salió de un extremo del jardín. Aparecieron dos criadas, con aspecto de estar realmente mortificadas. Entre ellas, un niño pequeño levantaba los brazos. Las mujeres lo cogieron de las manos o, mejor dicho, lo sujetaron, pues lo que quería el pequeño era soltarse y correr hacia su madre.

Cleopatra rió y aplaudió.

—¡Ven aquí, Cesarión!

El niño corrió hacia ella. Más de una vez, Lucio pensó que acabaría de bruces en el suelo, pero el pequeño recorrió toda la distancia sin caerse. Se arrojó sobre su madre y se aferró a sus piernas, luego levantó la vista hacia Lucio y lo miró con timidez.

—¿Cuántos años tiene? —dijo Lucio.

—Tres.

—Es grande para su edad.

—Y eso es bueno. Tiene que crecer muy rápido. —La reina hizo un ademán en dirección a las criadas, que se acercaron para recoger a Cesarión y entretenerlo en el jardín—. Y ahora, tendrás que excusarme, Lucio Pinario. César vendrá a buscarme más tarde, cuando acabe en el Senado. Tengo que prepararme. Me alegro de tu visita. Tú y yo deberíamos conocernos mejor.

Lucio emprendió el camino de regreso a la ciudad.

Eligió un sendero que le conduciría a través de la Arboleda de las Furias. Aquel lugar sagrado, apartado de la ciudad, estaba desierto y en silencio, pese a que a lo lejos se oían los cantos alegres de la gente que seguía disfrutando de la fiesta a orillas del río. Al pasar junto al altar, Lucio recordó la historia de Cayo Graco y del terrible destino que había sufrido en aquel preciso lugar, perseguido hasta el final por sus enemigos y muerto a manos de un esclavo de confianza que después se quitó la vida. El tatarabuelo de Lucio había sido amigo de Cayo Graco, o al menos eso era lo que le habían contado a Lucio; de la relación que había existido entre los dos hombres, Lucio no tenía ni idea.

Recordó entonces algo que Cleopatra había dicho: «La verdad es que sabemos muy poco sobre nuestros antepasados, incluso nosotros, que podemos nombrarlos remontándonos muchas generaciones atrás». Era cierto. ¿Qué sabía Lucio sobre quienes le habían precedido? Conocía sus nombres gracias a las listas de matrimonios e hijos que su familia conservaba y merced a los registros oficiales que enumeraban los magistrados de la República. Había oído un par de anécdotas sobre algunos de ellos, aunque los detalles diferían a menudo dependiendo de quién contara la

historia. En el vestíbulo de la casa de su padre había bustos de cera de algunos antepasados, de modo que Lucio tenía una vaga idea de su aspecto. Pero no sabía prácticamente nada de los hombres y las mujeres en sí, de sus sueños y sus pasiones, sus fracasos y sus triunfos. Sus antepasados eran para él unos desconocidos.

Hasta la noche anterior, ni siquiera conocía el terrible sacrificio que sus abuelos habían hecho para salvarle la vida a César. ¿Cuánto más había que él desconocía? La magnitud de su ignorancia le superaba... tantas vidas, tan llenas de incidentes y sentimientos, desconocidas por completo y para siempre. ¿Qué había dicho Cleopatra? «El pasado es tan desconocido como el futuro». De repente percibía su propia existencia como un punto diminuto iluminado por una tenue rendija de luz, el ahora, situado entre dos infinitos de oscuridad: el antes y el después.

Salió de la arboleda, cruzó el puente y caminó por el Foro Boario. Cerca del templo de Hércules se erigía el Ara Máxima, el altar más antiguo de Roma, dedicado a Hércules, quien había salvado al pueblo de Caco. ¿Habían existido realmente un Hércules y un Caco, un héroe y un monstruo? Eso declararon los sacerdotes, y los historiadores coincidían en ello; así lo atestiguaba el monumento. Si la historia era cierta, incluso en aquella época, había ya un Pinario entre los romanos y los Pinario, desde los primeros días de la República, habían sido responsables del deber sagrado de conservar el Ara Máxima y celebrar el Banquete de Hércules. Habían compartido aquel deber con la familia de los Poticio, que había dejado de existir. ¿Por qué habían abandonado su deber los Pinario? ¿Qué había sido de los Poticio? Lucio no lo sabía.

Oyó la voz de un hombre en el templo de Hércules que decía: «¡Fuera! ¡Fuera!». Y entonces apareció un esclavo en el umbral de la puerta abierta, blandiendo un penacho hecho con una cola de caballo para ahuyentar una mosca del interior del santuario. Todo el mundo sabía que las moscas tenían la entrada prohibida al templo, pues las' moscas se habían arremolinado sobre Hércules y lo habían confundido durante su pelea contra Caco. Tampoco los perros podían acercarse al templo, pues el perro de Hércules no le había alertado de la aparición del monstruo. Eran hechos que tenían que haber sucedido a la fuerza porque, de lo contrario, ¿por qué existirían rituales para conmemorarlas tantísimo tiempo después?

Lucio recordó la historia de los romanos atrapados por los galos en la cima del Capitolio; las ocas dieron la alarma, pero los perros no ladraron. Para conmemorar aquel hecho, un perro era empalado cada año y desfilaba luego por toda la ciudad, junto con una de las ocas sagradas de Juno, que era transportada en una litera. La primera vez que Lucio presenció aquel espectáculo siendo un niño sintió repugnancia y perplejidad, hasta que su padre le explicó su significado. Ahora, cuando Lucio presenciaba cada año el ritual, le resultaba tranquilizador, un recordatorio tanto de la ciudad del pasado como de su propia infancia y de la primera vez que vio la procesión.

Lucio se sintió reconfortado al pensar en todos los rituales que tenían lugar a lo largo del año y en todas las tradiciones de los antepasados que de forma tan escrupulosa se habían preservado pese al paso de los siglos. La religión existía para honrar y aplacar la ira de los dioses, pero ¿acaso no servía también para que el pasado y el futuro fueran un poco menos misteriosos y, en consecuencia, menos amedrentadores?

Perdido en sus pensamientos, Lucio siguió su tranquilo camino de vuelta a casa. Al doblar una esquina, se dio cuenta de que estaba muy cerca de la casa de Bruto. Había visitado a Cleopatra siguiendo un impulso. Otro impulso espontáneo le empujó en aquel momento a rendirle una visita a Bruto que, según los rumores, era otro de los posibles herederos de César.

Todo el mundo sabía que César había sido amante de Servilia, la madre de Bruto. El asunto había salido a la luz antes de que Lucio naciera, y nada más y nada menos que en el Senado. Servilia era hermanastra de Catón, nieto del famoso Catón que había defendido hasta el final la destrucción de Cartago. Catón era uno de los enemigos más acérrimos de César. Veinte años atrás, y mientras en el Senado se celebraba un acalorado debate sobre una supuesta conspiración por parte del populista Catilina, César había recibido una nota de manos de un mensajero. Catón,

sospechando que aquello pudiera implicar a César en el complot, insistió en que leyera la nota en voz alta. César se negó. Catón continuó receloso y con actitud vehemente hasta que César acabó claudicando y leyendo en voz alta el mensaje. Era una nota de amor de Servilia, la hermana de Catón. Catón se sintió humillado. César, divertido. Desde aquel día, su relación con Servilia se hizo pública y se iniciaron las especulaciones que insinuaban que César podía ser el padre de su hijo, Marco Junio Bruto. El especial aprecio que César había mostrado siempre hacia Bruto, incluso cuando éste se puso del lado de Pompeyo, había servido para alimentar aún más las especulaciones.

Fuera cual fuese la relación, Bruto estaba entre los hombres que César había elegido para ocupar diversos puestos cuando inició la reconstrucción del gobierno. En aquel momento, Bruto era el pretor de la ciudad, pero el año siguiente partiría hacia Macedonia con el cargo de gobernador provincial. Teniendo en cuenta que la campaña que César pensaba iniciar en Partia podría mantener al dictador alejado de Roma durante un periodo indefinido, los nombramientos no se habían hecho por el periodo habitual de un año, sino para cinco años.

Bruto era además un miembro clave del Senado, por lo que Lucio pensó que tal vez ya habría salido de casa y hubiera emprendido camino hacia el Campo de Marte para asistir a la reunión del Senado que iba a tener lugar en el salón de actos del Teatro de Pompeyo. Pero Bruto seguía aún en casa, a buen seguro, pues cuando Lucio se aproximó vio entrar por la puerta principal a varios hombres vestidos con las características togas con ribete rojo de los senadores. Lucio supuso que estarían reuniéndose allí para salir juntos en grupo en dirección al salón de actos. No era el momento más adecuado para hacerle una visita a Bruto. Pero, igualmente, Lucio siguió caminando hacia la casa de éste

De pronto oyó un sonido de pasos a sus espaldas. Un numeroso grupo de hombres se puso a su altura y enseguida lo superó. Lucio no vio más que una nube de togas y algunos rostros que le resultaban familiares. Pese a que estaba seguro de que algunos senadores lo habían reconocido, ninguno de ellos lo saludó. Apartaron la vista al verlo. Y mientras seguían andando y comentando entre ellos, creyó oír mencionar su nombre. Todo le parecía muy extraño.

Los senadores llegaron a casa de Bruto, llamaron a la puerta y desaparecieron en su interior.

Lucio llegó al umbral a continuación y se quedó mirando la puerta sin saber qué hacer. ¿Qué sucedía en casa de Bruto? Algo no marchaba como debía. Pensó que los senadores podían ser portadores de malas noticias... ¿algo relacionado con César, quizá? Lucio se armó de valor y llamó a la puerta.

Se abrió una mirilla. Lucio dio su nombre. Un par de ojos lo examinaron de arriba abajo sin pestañear. Se cerró la mirilla. Lucio estuvo tanto tiempo esperando que llegó a la conclusión de que se habían olvidado de él y decidió marcharse. Pero la puerta se abrió justo en aquel momento. Un esclavo de mirada sombría lo hizo pasar al vestíbulo.

—Espera aquí —dijo el esclavo, y desapareció acto seguido.

Lucio empezó a deambular de un lado a otro del vestíbulo. Examinó los bustos de los antepasados en sus nichos, prestándoles escasa atención, hasta que se fijó en uno que ocupaba un lugar de honor entre todos ellos al estar colocado en un nicho especial y flanqueado por candelabros con velas encendidas. La máscara parecía muy antigua. Era una cara famosa, conocida por todos los romanos gracias a las estatuas públicas que había repartidas por toda la ciudad.

—No es más que una copia, naturalmente —dijo una voz—. Las máscaras de cera no duran eternamente y más de una rama de la familia la reclama, de modo que ha habido duplicados. Aun así, ésta en concreto es muy antigua y muy sagrada, como puedes imaginar. Las velas están siempre encendidas, día y noche.

Era Bruto quien hablaba. Con la curiosidad despierta para ver si podía detectar algún parecido, Lucio miró el rostro de Bruto y la cara de su famoso antepasado y tocayo, el que fuera sobrino del último rey, Tarquinio, quien se vengó de la violación de Lucrecia, quien ayudó a derrocar la monarquía, quien se convirtió en el primer cónsul y quien presenció la muerte de sus hijos por haber traicionado la República.

Lucio frunció el entrecejo.

—Por lo que veo, no os parecéis en nada.

—¿No? Aun así, pienso que podríamos compartir un destino similar. En cualquier caso, su ejemplo me inspira, sobre todo hoy

¿Tendría fiebre Bruto? Le parecía a Lucio que sus ojos brillaban con un resplandor poco natural.

—¿Por qué has venido? —dijo Bruto.

—No lo sé muy bien. Pasaba por casualidad. Vi que llegaban visitas. Pensé que algo... que quizá algo iba mal...

Sus palabras se desvanecieron cuando vio aparecer a otro hombre detrás de Bruto. Cayo Casio Longino era el cuñado de Bruto, casado con su hermana. Era uno de los senadores que había pasado corriendo por la calle. Lucio lo saludó.

—Buenos días, Casio.

Casio no le devolvió el saludo. Le susurró algo a Bruto al oído. Se le veía tenso y estaba muy pálido.

Intercambiaron más cuchicheos y lanzó miradas furtivas a Lucio. Era como si estuviesen discutiendo sobre algún asunto y tratando de tomar una decisión. Lucio empezó a ponerse nervioso con tantas miradas de escrutinio.

Bruto agarró a Casio por el brazo y se lo llevó a un rincón del vestíbulo, pero pese a que sólo murmuraban, Lucio alcanzó a escucharlo.

—¡No! Ya hemos llegado a un acuerdo... César y sólo César. ¡Nadie más! De lo contrario, no demostraríamos ser mejores que...

Casio lanzó una gélida mirada a Lucio, acalló a Bruto con un siseo y tiró de él para seguir hablando en la habitación contigua.

Lucio no sabía si seguían aún cuchicheando, pues su corazón latía con tanta fuerza que le resonaba en los oídos y no pudo escuchar nada más. Miró hacia la puerta de entrada. El paso estaba bloqueado por el esclavo de rostro sombrío. Aparecieron entonces más esclavos procedentes del atrio, seguidos por Bruto.

—¡No le hagáis daño! —gritó Bruto—. Sólo quiero que lo inmovilicéis. Tendrá que quedarse aquí hasta que...

No había tiempo para pensar. Un escalofrío de pánico recorrió el cuerpo de Lucio y lo llevó a actuar por puro instinto. Se abalanzó hacia la puerta, pero una serie de manos le sujetaron los brazos y los hombros. Intentó escabullirse de ellas, pero las manos lo agarraron con más firmeza. Se liberó haciendo uso de todas sus fuerzas, se volvió y enseñó los puños. Conectó un golpe con los nudillos en la mandíbula de uno de los esclavos y la sacudida le dejó el brazo dolorido. El esclavo se balanceó y lo golpeó en el hombro. Lucio le dio entonces en plena cara. El esclavo se tambaleó y cayó hacia atrás, con la nariz sangrando.

En aquel momento, sólo se interponía en su camino el esclavo que cerraba la puerta. Lucio corrió hacia él, bajó la cabeza y le estampó un cabezazo en el estómago. El esclavo lanzó un alarido de dolor y se inclinó hacia delante, llevándose las manos al vientre. Lucio lo apartó, consiguió abrir la puerta y salir a la calle.

Pensó en correr hacia la casa de César, pero la calle estaba llena de hombres que le cortaban el paso. Dio media vuelta y echó a correr en dirección contraria, alejándose del Foro, alejándose del Campo de Marte y del teatro de Pompeyo.

Lucio era joven y rápido y conocía bien las calles del Palatino. Sacó una buena ventaja a sus perseguidores. Dobló una esquina y luego otra, y acabó despistándolos. Pero empezaba a sentirse cansado; necesitaba encontrar un refugio. Se dio cuenta de que estaba cerca de la casa de Publio Servilio Casca. Podía confiar en Casca, que estaba en deuda con César. Casca, orondo y coloradote, era como una especie de bufón. Era imposible imaginárselo como una amenaza.

Lucio se paró un momento para orientarse y luego corrió hasta el final de la calle y dobló una esquina. Allí estaba la casa de Casca, y Casca en persona en el umbral de la puerta, a punto de salir pero deteniéndose un momento para asegurarse de que no se olvidaba nada. Rebuscaba en el interior de los pliegues de su voluminosa toga, buscando alguna cosa, aturdido.

Estimulado por la carrera y por haber escapado de la situación por los pelos, Lucio respiró hondo y ruidosamente. Casca, sorprendido al verlo de pronto allí, dio una sacudida y tropezó con la jamba

de la puerta.

—¡Casca! ¿Qué andas buscando? —dijo Lucio, casi sin aliento—. Si pudieras esconderme la mitad de bien...

Y mientras Lucio pronunciaba aquellas palabras, Casca dio por fin con lo que estaba buscando. En su puño cerrado sujetaba una daga corta pero muy afilada. Su mirada puso en alerta a Lucio.

Lucio oyó gritos a sus espaldas. No había conseguido escapar de sus perseguidores. Se dispuso a huir, pero Casca lo agarró por el brazo. El hombre estaba más fuerte de lo que aparentaba. Llamó a los esclavos para que acudieran en su ayuda. Lucio se defendió. Cuando consiguió liberarse, notó un dolor abrasador en el antebrazo. El filo de la daga de Casca le había rozado, lo suficiente para que brotase un hilillo de sangre. Lucio se sentía mareado, pero no se atrevió a dejar de correr.

La huida continuó por el valle del Circo Máximo y por las serpenteantes calles del Aventino. Cuando se aproximaba al templo de Juno, Lucio supo que los había esquivado. Se escondió en un umbral, con el corazón latiéndole con fuerza y sus pulmones ardiendo. El hilo de sangre se había secado. La herida era superficial pero le ardía, como si lo hubieran marcado con hierro candente.

¿Dónde estaba César? A aquellas alturas, debía dirigirse a su reunión del Senado. Antonio estaría con él, seguramente, junto con otros que también lo defenderían. Pero ¿podía confiarse en Antonio? ¿Y si César insistía en ir sin guardaespaldas? Lucio pensó en el riesgo que los dos habían corrido la noche anterior, caminando solos por el Palatino, y se echó a temblar.

Tenía que llegar hasta César y ponerlo sobre aviso, ¿pero cómo? Lucio era un corredor rápido, pero aunque tuviera alas y volara, César llegaría al teatro de Pompeyo antes que él, y si Bruto y los demás estaban ya esperándolo...

Lucio tenía que intentarlo. Respiró hondo para coger aire y echó a correr de nuevo.

Bajó el Aventino corriendo, rodeó la fuente del Acueducto Apio y pasó por delante del Ara Máxima. De repente se sentía muy cansado. Las piernas le pesaban como plomo y era como si una barra de hierro le aprisionara el pecho. Tenía ampollas en los pies. Los zapatos que se había calzado aquella mañana no eran buenos para correr.

Pero siguió corriendo, más rápido de lo que creía posible.

Por fin se alzaba ante él la sólida fachada del teatro. Para evitar acusaciones de decadencia, Pompeyo había consagrado el complejo no como un teatro, sino como un templo. Gracias a una inteligente solución arquitectónica, las hileras de asientos del teatro hacían las veces de peldaños que conducían hasta un santuario de Venus situado en la parte más elevada. Ramificándose a partir de lo que era el teatro en sí, había varios pórticos decorados con centenares de estatuas. Las arcadas albergaban santuarios, jardines, tiendas y estancias públicas, incluyendo la gran sala donde iba a reunirse el Senado.

La plaza pública y la amplia escalinata que conducía hasta el pórtico principal estaban vacías. Lucio esperaba encontrarse la zona inundada de rojo y blanco, pues allí era donde los senadores vestidos con sus togas ribeteadas en color escarlata solían congregarse antes de entrar en la sala. Habrían entrado ya.

Pero no, no todos estaban dentro. Lucio divisó dos figuras en las escaleras, en lo más alto. Estaban juntas, al parecer enfrascadas en una seria conversación. Lucio atravesó corriendo la plaza y llegó a los pies de la escalinata. Levantó la vista y vio que uno de los hombres era Antonio. El otro era un senador que apenas conocía, un hombre llamado Trebonio.

Lucio subió las escaleras de dos en dos. Los hombres lo vieron e interrumpieron su conversación. Lucio se acercó a ellos, mareado y casi sin aliento. Se tambaleó. Antonio lo sujetó por el brazo para que no cayese.

—¡Por Hércules, estás hecho un adefesio! —Antonio sonrió. Parecía más divertido que alarmado por el aspecto que llevaba Lucio—. ¿Qué sucede, joven?

Lucio estaba tan ahogado que le costaba hablar.

—César... —consiguió decir.

—Está dentro, con todo el mundo —dijo Antonio.

—Pero ¿por qué... por qué no estás tú con él?

Antonio levantó una ceja.

—Me ha llamado Trebonio...

—Para discutir un tema importante... en privado. —Trebonio lanzó a Lucio una mirada grave y amenazadora.

—Pero ya hemos terminado, ¿no es así, Trebonio? Tendríamos que ir entrando. No han cerrado aún las puertas, ¿verdad? —Antonio miró por encima del hombro, en dirección a la entrada del salón de actos. Delante de las gigantescas puertas de bronce, que permanecían abiertas, los sacerdotes limpiaban lo restos de sangre y órganos del altar de piedra donde se leían los auspicios antes del inicio de las tareas diarias. Antonio, cuyo buen humor parecía inquebrantable, sonrió y luego se echó a reír.

—No te creerías la carnicería que acaba de producirse aquí —le dijo a Lucio—. Una pobre criatura tras otra sacrificada y abierta en canal para determinar los auspicios. El primer pollo no tenía corazón, lo que ha alarmado a los sacerdotes. César ha ordenado luego otro sacrificio y otro más, y los sacerdotes decían que las entrañas estaban en mal estado y que todos los presagios eran contrarios. Finalmente les ha dicho: «Al Hades con esta tontería, los presagios antes de la batalla de Farsalia también eran malos. ¡Que el Senado siga adelante con su trabajo!».

Antonio sonrió. ¿Por qué estaría tan alegre? Lucio dio un paso atrás para distanciarse de ambos hombres. ¿Podía confiar en Antonio?

Lucio sentía dolor. Empezó a ver puntitos flotando ante sus ojos. El momento parecía irreal, como un sueño. Se quedó con la mirada fija en el altar, donde un sacerdote estaba ocupado limpiándolo. La visión de aquel trapo, empapado de sangre y chorreando, le provocó un escalofrío de terror. Se abrió paso entre los dos hombres y corrió hacia la entrada.

El salón de actos tenía forma oval, con asientos a ambos lados dispuestos en filas que descendían hasta el nivel del suelo. La sesión no había empezado todavía. Se oía el murmullo de las conversaciones. La mayoría de los senadores había tomado ya asiento, pero aún había algunos deambulando por la zona que se abría delante de la silla de Estado —nadie se atrevía todavía a llamarlo trono— donde estaba sentado César. ¡Qué aspecto tan sereno tenía César, qué confiado parecía! Sujetaba en una mano un estilete para rotular documentos. Jugueteaba con el estilete entre los dedos, el único indicio del nerviosismo que debía de sentir ante una jornada tan memorable como aquélla.

Uno de los senadores, Tulio Cimberio, se adelantó hasta él caminando ligeramente inclinado, como si fuera a importunar a César para pedirle un favor. Al parecer, César creyó que la solicitud no era adecuada. Negó con la cabeza y movió el estilete en un gesto de rechazo. Pero en lugar de retirarse, Cimberio dio un paso al frente y cogió la toga de César por el hombro.

—¡No! —exclamó Lucio. Su voz sonó fuerte y aguda, como la de un niño. Todas las cabezas se volvieron hacia él. César levantó la vista, lo vio y puso mala cara. Luego, volcó de inmediato su atención sobre Cimberio.

César le habló entre dientes.

—¡Quítame la mano de encima, Cimberio!

Cimberio, en lugar de apartarse, tiró de la toga con tanta fuerza que César casi se cae de la silla. La toga quedó ladeada y dejó su hombro al desnudo.

Sin soltar la toga de César, Cimberio miró a los senadores que tenía más cerca. Y mientras César trataba de liberarse, la expresión de Cimerio era de desesperación.

—¿A qué estáis esperando? —gritó Cimberio—. ¡Hacedlo! ¡Hacedlo ya!

El corpulento Casca dio un paso al frente. Tenía la frente bañada en sudor. Su sonrisa mostraba sus encías. Levantó su puñal.

La visión del objeto provocó gritos y exclamaciones en todo el salón. Sólo César parecía no haberse dado cuenta de lo que estaba a punto de suceder y seguía mirando fijamente a Cimberio, enojado y confundido. Volvió la cabeza justo en el momento en que Casca hacía descender el puñal. En el instante en que la hoja alcanzaba la piel desnuda de la zona inferior del cuello, su rostro expresó sorpresa.

César lanzó un rugido. Agarró a Casca por la muñeca con una mano. Con la otra clavó su estilete en el antebrazo de Casca. Casca lanzó un alarido de dolor, retiró el puñal ensangrentado y se

escabulló.

Los demás se abalanzaron sobre César, desenfundando sus armas.

César se liberó de Cimberio. Tenía la toga tan descolocada que tropezó con ella. La herida del cuello sangraba profusamente. Su rostro expresaba a la vez rabia e incredulidad.

Lucio pensó que el desastre podía todavía evitarse. César estaba herido, pero se mantenía en pie. Disponía de un objeto que podía hacer las veces de arma: su estilete. Si conseguía mantener a raya a sus potenciales asesinos el tiempo suficiente para que los demás senadores corrieran en su ayuda, todo acabaría bien. ¡Si Lucio tuviese un arma!

¿Y dónde estaba Antonio?

Lucio miró en dirección a la entrada. Antonio acababa de hacer su aparición. Estaba en el umbral de la puerta observando la escena, perplejo, dándose cuenta, gracias al repentino alboroto, de que algo iba mal.

Lucio lo llamó.

—¡Antonio! ¡Date prisa! ¡Ven enseguida!

Pero cuando Lucio volvió a mirar a César, todas sus esperanzas se desvanecieron. Los asesinos habían caído sobre su víctima. César había soltado el estilete. Levantaba ambos brazos, intentando desesperadamente defenderse de sus atacantes. Lo apuñalaron una y otra vez. Con la confusión, algunos se habían incluso herido entre sí.

Había sangre por todas partes. La toga de César estaba empapada de sangre y las de los asesinos se veían salpicadas de rojo. Había tanta sangre en el suelo, que Casca resbaló y cayó.

Entre los destellos de los puñales, Lucio pudo ver a César por un instante. Su rostro, contorsionado por la agonía, era casi irreconocible. Exhaló un alarido que parecía provenir más de un animal que de un hombre. Aquel sonido dejó helado a Lucio.

César se liberó de los hombres que lo rodeaban. Se tambaleó hacia atrás, tropezando con la toga y abriéndose camino por delante de la silla de Estado, buscando la pared, donde una estatua del fundador ocupaba un lugar de honor. César se derrumbó junto al pedestal de la estatua de Pompeyo. Al deslizarse, manchó de sangre la inscripción. Acabó desplomado en el suelo, la espalda apoyada en el pedestal, las piernas extendidas.

El desorden de sus ropajes resultaba indecente; la túnica interior estaba retorcida y había quedado de tal manera que dejaba al descubierto el espacio de carne donde el muslo se une con la entrepierna. Sacudiéndose espasmódicamente, convulsionándose de manera grotesca, parecía estar tratando de cubrirse la cara con un pliegue de la toga y con la otra mano, tapar su desnudez. César estaba muriendo, pero aun así intentaba mantener la dignidad.

Algunos de los asesinos parecían sentirse horrorizados por lo que acababan de hacer. Otros estaban alborozados, alegres incluso. Entre estos últimos destacaba Casio, cubierto de sangre. Se acercó a Bruto, situado en un extremo del grupo y sin la mínima mancha de sangre. Tampoco había sangre en el puñal que llevaba en la mano.

—¡También tú, Bruto! —exclamó Casio.

Bruto estaba aturdido. Parecía incapaz de moverse.

—Tienes que hacerlo —insistió Casio—. Todos debemos asestarle una puñalada. Veintitrés hombres valientes; veintitrés puñaladas para la libertad. ¡Hazlo!

Bruto avanzó lentamente hacia la figura retorcida y ensangrentada apoyada en la base de la estatua de Pompeyo. Se le veía horrorizado por el aspecto de César. Tragó saliva, agarró con fuerza el puñal y se arrodilló a su lado.

Con la sangre manando de su boca y cayéndole por la barbilla, César logró articular sus últimas palabras.

—¿También tú... hijo mío?

Aquellas palabras envalentonaron a Bruto. Apretó los dientes, levantó el puñal y lo hundió en el lugar desnudo donde el muslo de César se unía con su entrepierna. César se agitó y se convulsionó. La sangre salió burbujeando entre sus labios. Se quedó rígido, emitió un último gruñido y no volvió a moverse.

Lucio, observando la escena a cierta distancia, lo vio todo. El horror lo había paralizado, era

completamente ajeno a la estampida de senadores que corría en dirección a la salida. Notó una mano en el hombro y dio un respingo. Era Antonio. Estaba blanco. Le temblaba la voz.

—Ven conmigo, Lucio. Aquí no estás seguro.

Lucio negó con la cabeza. Estaba clavado allí, era incapaz de moverse. Había corrido para alertar a César. Había fracasado.

Bruto se acercó a ellos caminando lentamente y con aspecto tranquilo. El brillo enfebrecido de sus ojos había desaparecido. Caminaba con los hombros echados hacia atrás, la barbilla levantada. Tenía el aspecto del hombre que ha hecho algo que le resultaba muy difícil y lo ha hecho bien.

—Nadie te hará daño, Lucio Pinario. No tienes nada que temer. Ni tampoco a ti, Antonio, siempre y cuando no levantes tu espada contra nosotros.

La sala estaba casi vacía. Los únicos senadores que quedaban dentro eran demasiado viejos para correr.

Bruto movió la cabeza, disgustado.

—No era ésta la reacción que esperábamos. Pretendía ofrecer un discurso después, para explicarnos ante todo el mundo. Pero todo el mundo ha salido huyendo, como gansos asustados.

—¿Un discurso? —dijo Antonio, incrédulo.

Bruto buscó en el interior de su toga y extrajo un pergamino. Manchó el documento con la sangre que tenía en los dedos. Puso mala cara, contrariado por haberlo estropeado.

—Estuve toda la noche trabajando en él. Pero si no es hoy, lo pronunciaré mañana, cuando el Senado reanude su trabajo normal.

—¿Trabajo normal? —Antonio negó con la cabeza, sin poder creérselo.

—Sí. El trabajo normal del Senado de Roma, una vez liberado del gobierno de un tirano. Se ha restaurado la República. El pueblo se alegrará de ello. Hace quinientos años, mi antepasado Bruto liberó a Roma de un rey malvado. Hoy, hemos seguido su ejemplo...

—¡Dale tu discurso a otro! —gritó Lucio. Esquivó a Bruto y echó a correr en dirección a la salida, llorando.

Antonio lo atrapó.

—Ven conmigo, Lucio. Por mucho que diga Bruto, no estamos seguros. Mi casa tiene puertas robustas, muros elevados...

Estaban en la escalinata, descendiendo hacia la plaza pública. No se veía un alma.

—Pero... ¿y su cuerpo? —dijo Lucio—. ¿Y si lo arrojan al Tíber, como hicieron con los Graco?

—Eso no sucederá —dijo Antonio, muy triste—. No permitiré que eso suceda. César tendrá el funeral que merece. ¡Te lo prometo por mi honor de romano!

Cuando estaba enojado, la voz de Cayo Octavio podía resultar bastante chillona. Lucio pensaba que necesitaba formación como orador para superar ese defecto. En los días transcurridos desde el asesinato de César y el regreso a Roma de Cayo Octavio, Lucio se había hartado de oír aquel tono chillón en la voz de su primo.

—De hoy en adelante, Antonio, te dirigirás a mí como «César» —dijo Octavio, con un tono más chillón y enojado incluso de lo que era habitual en él—. No te lo pido. ¡Lo exijo!

—¿Exigir? ¿Que *tú* me exiges a *mí* algo? —Antonio se recostó en su asiento y se cruzó de brazos. Arrugó la nariz—. En primer lugar, joven, ésta es mi casa; aquí, las órdenes las doy *yo*. Solía aceptar órdenes de César porque era mi comandante, pero César ha muerto. Fue el último hombre del que aceptaré órdenes en mi vida. Y lo que es evidente es que no pienso aceptarlas del mocoso de su sobrino... ¡y no pienso llamarte por su nombre! Y si discutimos sobre títulos, tal vez deberías dirigirte a mí como cónsul, ya que soy el único de los tres que estamos en esta habitación que, de hecho, ostenta una magistratura.

—Sólo porque César consideró adecuado designarte para ella... ¡igual que consideró adecuado nombrarme a mí su hijo y heredero! —espetó Octavio.

Antonio empezaba a enojarse.

—Ésta es mi casa, Octavio. Y tú eres mi invitado...

Lucio se puso en pie.

—¡Marco! ¡Primo Cayo! ¿Es necesario que esta reunión tenga que tener un tono tan beligerante? La ciudad bulle como un avispero. Si quiero verme metido en discusiones depravadas y palabras odiosas, me basta con cruzar la puerta y poner un pie en la calle. ¿Acaso no podemos hablarnos manteniendo cierto grado de decoro?

—Buena idea, primo —dijo Octavio—. El decoro empieza por dirigirse a un hombre por el título que le corresponde. El testamento de César me convierte en su hijo adoptivo, y por eso he tomado su nombre. Ahora soy Cayo Julio César Octaviano.

—Lo comprendo —dijo Lucio—. Pero si por casualidad Antonio se dirige a ti por tu viejo nombre, ¿por qué no permitirlo? Octavio es un nombre honorable, un nombre patricio, y cuando lo pronuncia te honra a ti y a tus antepasados. Antonio es nuestro amigo, primo. Lo necesitamos. Es el escudo que se interpone entre nosotros y los asesinos de nuestro tío. ¿Acaso no somos aliados? ¿No compartimos un objetivo común? ¿No estamos lo bastante unidos como para llamarnos por nuestro nombre, o por nuestro nombre de familia, o por el nombre que más nos apetezca? ¿No podrías, simplemente, dejar pasar esta cuestión por el momento, primo Cayo? Lo que ahora nos incumbe no es cómo nos llamamos entre nosotros, ni iniciar una nueva discusión sobre el testamento de César... lo que ahora más nos importa es qué tenemos que hacer para conservar nuestras respectivas cabezas.

Octavio se calló de momento, igual que Antonio. A Lucio seguía sorprendiéndole ser capaz todavía de captar su atención y de argumentar los temas con tanta confianza en sí mismo. Casi de la noche a la mañana, superada la conmoción inicial que había supuesto el asesinato de César, Lucio se había sentido transformado. Había dejado de ser un joven sin experiencia que dudaba en imponer su opinión en las conversaciones con los mayores. Era uno de los herederos de César, comprometido en una lucha desesperada por el futuro.

La verdad era que Octavio era sólo un par de años mayor que él y sólo tenía un poco más de experiencia. Cierto era que Octavio había presenciado alguna batalla, pero no las suficientes como para demostrar su valía como estratega excepcional, y mucho menos como héroe. Su arrogante orgullo era fruto de la vanidad, no de los logros. En ciertos aspectos, al menos en opinión de Lucio, su primo tenía bastantes deficiencias. Para empezar, las habilidades de Octavio para la oratoria no eran en absoluto impresionantes, por mucho que así lo pensara César.

Antonio era un orador mucho más refinado y persuasivo, tal y como había demostrado cuando pronunció la oración fúnebre de César delante de una enorme multitud. El discurso había sido intensamente dramático y, pese a todo, notablemente sutil. Antonio no dijo ni una palabra contra los asesinos, sino que elogiando a César había provocado en su audiencia lágrimas de dolor y gritos de rabia. Sin decirlo directamente, había argumentado que Roma se había visto profanada por el asesinato de un gran líder, y no liberada gracias al asesinato de un tirano. Antonio había revelado además una de las cláusulas del testamento de César. César había decretado que, en cuanto a su inmensa fortuna personal, se estableciera un generoso reparto de setenta y cinco dracmas áticos para todos los habitantes de Roma. Esto había sido un gran punto para inclinar a la ciudadanía en contra de los asesinos de César.

Pero, según Lucio había podido comprobar en el transcurso de los últimos días, también Antonio tenía sus fallos. Para empezar, bebía demasiado. En tiempos más felices, las ansias de desenfreno de Antonio habían impresionado, incluso amedrentado, a Lucio. Ahora le parecían temerarias; la situación peligrosa en la que se encontraban exigía tener la cabeza muy fría en todo momento. Antonio tenía también cierta vena de mezquindad. Su negativa a dirigirse a Octavio como César era quizá comprensible, pues tocaba un asunto espinoso: Octavio era el principal benefactor del testamento de César, mientras que Antonio, para sorpresa de todo el mundo, había quedado excluido por completo de él. En cualquier caso, el pique constante de Antonio con Octavio no servía para nada.

El testamento era el quid de la cuestión. César había adoptado a Octavio como hijo con carácter

póstumo y le había legado la mitad de sus bienes. La otra mitad había quedado repartida equitativamente entre su sobrino Quinto Pedio, que seguía aún fuera de la ciudad, y su sobrino nieto Lucio Pinario. Ninguna mención a la deuda tan especial que César tenía contraída con Lucio debido al sacrificio de su abuelo. ¡Quien se había ganado la adopción era Octavio, no Lucio! Lucio tenía sus motivos para estar resentido con Octavio, pero estaba decidido a superarlos.

El testamento no mencionaba en ningún momento a Cesarión, el hijo de Cleopatra. Inmediatamente después del asesinato, la reina egipcia había abandonado la villa de César y partido para Alejandría.

Políticamente, quedaba en manos de Antonio y Lépido, los subordinados de César desde hacía mucho tiempo, hacer respetar sus edictos y mantener el orden que él había impuesto en el Estado, pero sin el beneficio de sus poderes dictatoriales. La cooperación entre los herederos de César era vital para su causa. Los tres primos habían heredado una enorme fortuna, y cada uno de ellos podía despertar sentimientos de adhesión en quienes habían apoyado a César y ahora lloraban su muerte. A cambio, los herederos necesitaban la protección y el consejo experto que Lépido, y especialmente Antonio, podían proporcionarles. Forjada por pura necesidad, esta alianza había sido incómoda desde el principio, llena de recelos y rencores mutuos, sobre todo entre Octavio y Antonio.

Después del asesinato de César, Roma se había convertido en un caldero en ebullición lleno de intrigas. Los conspiradores contra César ascendían a un mínimo de sesenta hombres; algunos de ellos habían tomado parte activa en el asesinato, mientras que otros se habían limitado a apoyarlo. ¿Deberían todos esos hombres ser declarados criminales y llevados a juicio, o por el contrario ser aplaudidos como salvadores de la República? Tres días después de los idus de *martius,* el Senado votó la amnistía para los asesinos, redactada en un cuidadoso lenguaje que ni reconocía su culpa, ni elogiaba su patriotismo.

Pese a la amnistía proclamada por el Senado, los partidarios más apasionados de ambos bandos habían recurrido a la violencia. Un tribuno inocente llamado Cinna, lo bastante desgraciado como para ser confundido con uno de los conspiradores, había sido literalmente hecho pedazos por una banda de exaltados que posteriormente habían esparcido los restos de su cuerpo por el Foro. Después de que las bandas amenazaran con prender fuego a las casas de Casio y de Bruto, ambos abandonaron prematuramente Roma para asumir los cargos de gobernadores provinciales que César había previsto para ellos.

El asunto sacó a la luz una nueva pregunta: ¿seguían siendo válidos los nombramientos realizados por César? Bruto y Casio afirmaban que César era un tirano y un usurpador. De ser así, ¿cómo era posible que sus decretos, incluyendo sus nombramientos como gobernadores provinciales, siguieran siendo legalmente válidos?

La legitimidad de todos y cada uno de los actos llevados a cabo por todos y cada uno de los magistrados era cuestionada de manera sistemática por partidarios de uno y otro bando. ¿Quién poseía la autoridad legal, y con qué derecho? Los que esperaban que la muerte de César diera como resultado la rápida y armoniosa restauración del poder quedaron amargamente defraudados. Roma estaba suspendida sobre el filo de una espada, a punto de caer en el caos. Después de muchos años de muerte y destrucción, el estallido de otra guerra civil era una posibilidad casi insoportable, aunque cada vez parecía más inevitable.

El porvenir estaba plagado de incertidumbre. El futuro era el tema que Lucio y su primo habían ido a discutir a casa de Antonio. Pero la discusión daba vueltas y más vueltas y volvía eternamente a las recriminaciones sobre asuntos que ya pertenecían al pasado.

Fue Octavio quien rompió el tenso silencio.

—Se tendría que haber terminado con los conspiradores enseguida, inmediatamente después del asesinato. Tú, Antonio, como cónsul, tenías poder para arrestarlos. Podrías haber invocado el Decreto de excepción...

—¡En la cámara no quedaban senadores para votar la propuesta!

—Incluso así, en lugar de huir hacia tu casa, deberías haber actuado inmediatamente contra los hombres que mataron a mi padre...

—Si piensas que habría sido tan sencillo como eso, joven, entonces es que eres más ingenuo de

lo que me imaginaba. ¡Y lo que está claro es que *no* eres hijo de César!

—¡Ya basta! —dijo Lucio—. Ambos tenéis que acabar con estas peleas y volver al tema que nos ocupa. A saber, la necesidad de solucionar el asunto de Casio y Bruto. No sabemos si será posible convencer al Senado para que declare que el asesinato de César fue un acto criminal. La mayoría de los senadores parece inclinada a imitar a Cicerón. Los senadores evitarán tomar partido mientras puedan permitírselo, hasta que vean hacia qué lado de la balanza se inclina la situación. Por ahora, la amnistía del Senado protege a los asesinos.

—Sin embargo, me parece que la toma prematura de sus respectivos cargos provinciales por parte de Casio y de Bruto es sin duda alguna ilegal. Son acciones que podrían interpretarse como actos hostiles contra el Estado y, por lo tanto, quedar abiertos a una intervención militar por tu parte, Antonio, actuando como cónsul.

—Si se emprende una acción militar, César deberá tomar parte en ella —dijo Octavio, adoptando la costumbre de su tío abuelo de referirse a sí mismo en tercera persona, y para la indignación de Antonio, tal y como evidenciaba su gesto de apretar los dientes—. Es la fortuna de César la que sustenta a las tropas. Es al nombre de

César al que sus veteranos jurarán lealtad. Y si tengo que comandar a mis soldados en el campo de batalla, debo tener plena autoridad consular.

—¡Imposible! —dijo Antonio—. Eres demasiado joven.

—¿Según qué cálculos? Mi tío abuelo nombró magistrados que aún no habían alcanzado la edad exigida. Por lo tanto, existe un precedente legal...

—Un punto importante, primo —dijo Lucio—. Es imprescindible que se vea que acatamos la ley. Cualquier acción militar que se emprenda debe ser percibida como justa y necesaria. No tiene que haber motivos sobre los que alguien pueda apoyarse para decir que hemos iniciado... —dudó incluso de pronunciar aquellas palabras—... que hemos iniciado una guerra civil para obtener un beneficio personal o conseguir una venganza privada. Tenemos que lograr el apoyo del Senado, de las legiones y del pueblo. Pero ¿cómo? Éste es el tipo de desafío en el que el tío Cayo destacaba con tanta brillantez.

Lucio respiró hondo. Miró a los dos hombres que lo acompañaban. No se hacía ilusiones de poder asumir las responsabilidades de liderazgo que ostentaba César, pero cada vez veía más claro que ni Antonio ni Octavio podían hacerlo, por mucho que uno hubiera sido la mano derecha de César y el otro fuera su hijo adoptivo. ¡Si apenas podían mantener la paz entre ellos!

Como para demostrar que tenía razón, ambos hombres se pusieron a hablar a la vez. Ninguno de los dos cedía, sino que alzaron cada vez más la voz. Lucio se tapó los oídos con las manos.

—¡Marco! ¡Primo Cayo! Callaos y escuchad lo que tengo que deciros. Los dos sois hombres ambiciosos. Los dos deseáis gobernar el Estado. ¡Felicidades! Los dioses admiran la ambición, sobre todo en un romano. Pero mi ambición, mi única ambición, es vengar la muerte de César. Todos los asesinos deben ser declarados criminales. Deben ser apresados. Deben morir. Bruto y Casio son nuestra principal preocupación. Estoy ansioso por coger las armas contra ellos. Poned una espada en mi mano y gustosamente serviré bajo el mando de cualquiera de vosotros dos: de ti, Cayo, o de ti, Marco, me da lo mismo. Pero no creo que ninguno de los dos pueda llevar esto a buen fin sin la ayuda del otro. ¡Os lo ruego, dejad ya estas riñas y doblegad vuestra voluntad a un objetivo común!

Miró fijamente a Antonio, que al final se encogió de hombros y movió afirmativamente la cabeza.

Miró entonces a Octavio. Su primo levantó una ceja.

—Tienes razón, por supuesto. Gracias, primo Lucio. Lo que necesitamos para mantenernos firmes en nuestro camino es precisamente una visión del objetivo clara y lúcida como la tuya. ¿Y bien, Antonio? ¿Nos ponemos de nuevo a trabajar?

La discusión que siguió fue fructífera. Lucio se alegraba de haber expresado su opinión. Pero mirando a Octavio y Antonio, sabía que sus palabras no habían sido del todo sinceras. Había dicho que no le importaba bajo cuál de aquellos dos hombres tendría que servir, pero en el fondo de su corazón no albergaba la menor duda respecto a cuál de los dos prefería: a Antonio, apasionado,

sincero, amante de los placeres, a veces tosco y grosero. En parte era por el cariño que aquel hombre le había demostrado. En parte porque su primo Cayo era vanidoso y frío. Podría servir a Antonio con entusiasmo. Serviría a Octavio sólo si debía hacerlo.

Lucio rezó a los dioses para no tener que verse nunca obligado a elegir entre los dos.

1 A.C.

Lucio Pinario tenía un viejo sueño recurrente. Era una pesadilla que ya había vivido unos idus de *martius* mucho tiempo atrás, cuando era joven.

En el sueño, era tanto participante como observador, consciente de que estaba soñando pero incapaz de detener el sueño. César había muerto. Se había reunido una gran multitud para escuchar la lectura de su testamento. Una virgen vestal presentaba un pergamino. Marco Antonio desenrollaba el documento y procedía a su lectura. Aunque Lucio estaba situado en las primeras filas del gentío, no podía escuchar los nombres que se anunciaban. El rugido de la muchedumbre era ensordecedor, como olas chocando contra la costa. Quería pedir a la gente que se callara, pero no podía abrir la boca para hablar. Ni podía moverse. Antonio seguía leyendo, pero Lucio no podía oírlo, ni hablar, ni moverse.

Con un sobresalto y un escalofrío, se despertó del sueño. Estaba temblando y empapado en sudor. El sueño era como un viejo enemigo que seguía hostigándolo después de tantos años, provocándolo con recuerdos de su juventud y de las brillantes promesas que se habían visto sacudidas por la muerte de César. Pero el sueño llevaba tantos años visitándolo que también se había convertido casi en un viejo amigo. ¿Dónde si no en el sueño podía volver a ver el rostro de Antonio vivo y en la flor de la vida?

Lucio se restregó los ojos para despabilarse. Recuperó la consciencia lentamente. El sueño se desvaneció.

Contra todo pronóstico, Lucio Pinario se había convertido en un anciano. Tenía sesenta años de edad. Muchos hombres de su generación habían muerto en las guerras civiles que siguieron al asesinato de César. Si habían sobrevivido a las guerras, los accidentes o la enfermedad habían acabado arrastrándolos hacia el Hades. Pero Lucio seguía con vida.

Se levantó de la cama, utilizó el orinal y se cubrió con una túnica. Más tarde se vestiría con la toga senatorial, pues aquél era un día importante, pero por el momento con la túnica le bastaría.

El cocinero le preparó un desayuno sencillo a base de harina cocinada con un poco de leche y agua y endulzada con una cucharada de miel. Lucio seguía teniendo buena dentadura, pero sus digestiones ya no eran las de antaño. Cuanto más blandas fuesen las comidas, mejor. Masticando un bocado de aquella papilla, pensó en los días de interminables banquetes que había vivido en Alejandría. Vinos de Grecia, dátiles de Partia, huevos de cocodrilo del Nilo, camareras de Nubia, bailarinas de Etiopía, cortesanas de Antioquía... Por mucho que la gente dijera sobre Antonio y Cleopatra, nadie podía negar que la pareja sabía cómo celebrar un banquete... sobre todo en sus últimos meses y días, cuando el final se acercaba.

Ya estaba pensando de nuevo en Antonio por culpa del sueño. Los recuerdos entristecían a Lucio. Notó un sabor amargo en la papilla que tenía en la boca.

Pero el día de hoy no era para pensar en el pasado. El día de hoy tenía que ver con el futuro. Su nieto iría a visitarlo.

Y justo cuando estaba pensando en él, el esclavo de la puerta anunció que el joven Lucio Pinario acababa de llegar y aguardaba en el vestíbulo.

—¿Ya? —dijo Lucio—. Llega temprano. Que se pase unos minutos contemplando las efigies de sus antepasados mientras yo trago un poco más de esta papilla. Mientras, ordena a los porteadores que acerquen una litera a la puerta principal.

—¿Qué litera, amo?

—Oh, la más elegante, diría yo, la de las cortinas amarillas y cojines bordados, la que tiene todas

esas baratijas de latón colgando. ¡Hoy es un día especial!

—Antiguamente, antes de esta maldita rigidez que sufro en las rodillas, habría ido a las termas de Agripa caminando, por mucho que estén más allá del Campo de Marte. Pero aquí nos ves, dos romanos recorriendo las calles en litera. ¡Me sonrojo sólo de pensar qué dirían nuestros antepasados ante una indulgencia así! —Lucio sonrió a su nieto, sentado a su lado y disfrutando del paseo. El chico estaba sentado inclinado hacia delante y volvía la cabeza en todas direcciones, observando las vistas con la insaciable curiosidad de un niño de diez años. A Lucio le habría gustado esperar al día de la toga de su nieto, pero aún faltaban unos años para ello. Tal vez Lucio no viviera para verlo. Mejor cumplir con su deber ahora, mientras estaba aún en forma y en su sano juicio.

—¿Por qué llaman a esto el Campo de Marte, abuelo?

—A ver, déjame pensar. Hace mucho, mucho tiempo, creo que lo llamaban Campo de Mavors, porque ése es el nombre antiguo de Marte. Me imagino que alguien construiría un altar para el dios, y por eso le dieron a toda la zona un nombre en honor a Marte...

—Sí, pero ¿por qué dicen que es un «campo»? Aquí no hay ningún campo. Sólo veo calles y edificios.

—Ah, ya entiendo a qué te refieres. Sí, ahora está todo construido. Pero no siempre fue así. Recuerdo la época en la que el Campo de Marte, o al menos una gran parte del mismo, era aún una zona abierta, un lugar donde los soldados realizaban su instrucción y donde podían congregarse grandes grupos. Ahora, la ciudad ha crecido y ocupa hasta el último pedazo de tierra existente entre las antiguas murallas y el Tíber. Veo que estamos pasando por delante del teatro de Pompeyo. Cuando se inauguró, yo tenía prácticamente tu edad.

Los ojos de Lucio siguieron los peldaños que conducían hasta el pórtico principal. Jamás pasaba por delante del teatro sin recordar lo que había presenciado allí, pero en aquel momento no tenía ganas de comentarlo y se alegró de que el niño no le preguntara al respecto.

—Más arriba está el Panteón, que, por supuesto, fue construido por Marco Agripa, la mano derecha del emperador. Y cerca del Panteón están las termas, que Agripa construyó también entonces. Su inauguración, hace ya veinte años, fue todo un acontecimiento, pues en Roma nunca había habido nada igual. Después de su apertura, se construyeron en los alrededores todo tipo de tiendas y comercios.

El niño arrugó la frente.

—Si las termas de Agripa fueron las primeras construidas en Roma, ¿quiere decir que antes nadie se bañaba?

Lucio sonrió.

El chico, al menos, sentía curiosidad por el pasado. Había mucha gente que se mostraba totalmente ajena a todo lo sucedido anteriormente, como si Roma siempre hubiese vivido en paz y hubiese estado gobernada por un emperador... como si nunca hubiera existido una república, o una serie de guerras civiles, o un hombre llamado Antonio.

Ya estaba otra vez, de nuevo, pensando en Antonio...

—Las termas de Agripa no fueron las primeras de Roma, pero sí que fueron mucho más grandes y mucho más hermosas que cualquier instalación que existiese antes. Pero su popularidad se debió a que fueron las primeras que se abrieron a todo el mundo, y gratuitas además, un regalo del emperador al pueblo. En cierto modo, el motivo por el que se acude a las termas es para ver y ser visto, y también para mezclarse con gentes de otras clases. Las disparidades económicas y sociales entre ciudadanos tienden a desaparecer cuando todos van desnudos y están mojados.

El joven Lucio se echó a reír.

—Siempre dices cosas muy graciosas, abuelo.

—Lo intento. Y hablando de termas, ya hemos llegado.

Lucio disfrutó inmensamente de la mañana. El tiempo que pasaba con su nieto era siempre una bendición, y las diversiones que ofrecían las termas se contaban entre los mayores placeres de la vida ciudadana. El día empezó con un afeitado realizado por su esclavo de más confianza. El joven Lucio observó el proceso con enorme interés. Su padre llevaba barba, de modo que el pequeño no estaba acostumbrado a ver el habilidoso rasurado de una cuchilla afilada sobre la piel de la cara de un hombre.

Después del afeitado, salieron a la piscina al aire libre —un lago artificial, según decían algunos, a tenor de su tamaño—, donde los dos nadaron juntos unos cuantos largos. El niño tenía aún un estilo de brazada intermitente, pero su técnica respiratoria era buena. Independientemente de hacia dónde lo llevara la vida, el joven Lucio tendría a buen seguro la ocasión de viajar en barco, y era importante que aprendiera a nadar. ¿Cuántos soldados de Antonio se habían ahogado en la decisiva batalla naval de Actium, no porque el peso de su armadura los arrastrara hacia las profundidades, sino porque, simplemente, no sabían nadar?

Ya estaba de nuevo pensando en Antonio...

Uno de los gimnasiarcas, los atletas responsables de las instalaciones, había organizado una serie de competiciones en la pista de carreras situada junto a la piscina. Lucio animó a su nieto a participar. Disfrutó viendo a su nieto ganar sus dos primeras eliminatorias. El joven Lucio fue derrotado en la tercera carrera, pero por una distancia mínima. Su nieto era un corredor potente.

Otro gimnasiarca organizó diversos encuentros de lucha. Todos los competidores eran de más edad y tamaño que Lucio, que permaneció sentado junto a su abuelo entre los espectadores. Los luchadores competían al estilo griego, desnudos y con el cuerpo untado en aceites. Lucio encontraba algo decadentes ese tipo de diversiones, igual que el transporte en litera. ¿Qué pensarían sus antepasados? Los auténticos romanos preferían ver a los gladiadores enzarzados en peleas a muerte.

Lucio recordó entonces cómo el emperador, en su acalorada guerra de propaganda contra Antonio y Cleopatra, había despotricado contra el peligroso influjo de los vicios extranjeros, diciendo que la reina de sangre griega había corrompido a Antonio con los apetitos del lujoso Oriente. Pero después de que el emperador triunfara sobre sus rivales, se dedicó a convertir Roma en una ciudad más cosmopolita que nunca. Permitió que Agripa construyera las termas. Importó el culto a dioses exóticos. Atendió todas las peticiones de diversión y placer que recibió por parte de los ciudadanos.

Finalizado el ejercicio matutino, Lucio y el niño se bañaron. Empezaron retirando el sudor de sus cuerpos con la ayuda de estrígilos.* Lo hicieron a la sombra de la famosa escultura realizada por Lisipo que representaba un atleta desnudo haciendo exactamente lo mismo que ellos, doblando uno de sus musculosos brazos para pasar el estrígilo por el otro, extendido delante de él. Agripa había instalado la escultura en las termas con un gran festejo. Lisipo había sido el escultor de la corte de Alejandro Magno. Pese a las muchas copias que se habían realizado del *Apoxiomeno,* nombre con el que la figura del «Rascador» se conocía en Grecia, el bronce original tenía un valor incalculable. La estatua era otro espléndido regalo del emperador al pueblo de Roma.

Lucio y su nieto recorrieron piscinas con diversas temperaturas de agua. La más fría resultaba tonificante después del ejercicio. La más caliente estaba velada por una cortina de vapor y exigía un proceso de inmersión gradual. Incluso el suelo estaba ardiente gracias a la canalización de agua que corría por debajo de las baldosas. Las paredes eran de mármol, e incluso en las zonas más húmedas, los decoradores de Agripa habían encontrado la forma de adornarlas con pinturas, inyectando pigmentos en cera de abeja, y luego fijando y solidificando las imágenes con calor. Las pinturas representaban dioses, diosas y héroes. Daba la impresión de que la neblina estaba poblada por escenas de leyenda.

---

* Especie de cepillo metálico con acanaladuras en forma de S que usaban griegos y romanos para quitarse el aceite y el sudor. *(N. de la T.).*

Después del baño, abuelo y nieto se envolvieron en prendas de lino y disfrutaron de una comida ligera en una taberna cercana. El niño comió pedazos de pan generosamente untados con *garum.* Lucio se abstuvo del *garum* picante y se decantó por la pasta de higos.

Hablaron sobre los estudios del chico. Estaba leyendo la *Eneida,* del fallecido Virgilio, el poeta favorito del emperador. Cuando el emperador le pidió a Virgilio que crease una epopeya romana que pudiera equipararse a la *Ilíada* y la *Odisea* de los griegos, obtuvo como resultado la *Eneida.* El largo poema sobre las aventuras de Eneas celebraba al guerrero troyano como hijo de Venus y fundador de la raza romana. Resultaba que Eneas no sólo era antepasado del emperador y su tío, el Divino Julio, sino también de Rómulo y Remo. Si Lucio albergaba dudas sobre la validez histórica de la *Eneida,* no se las expresó al chico. No cabía duda de que Virgilio había creado una obra de arte que había dejado plenamente satisfecho al emperador.

Después de comer, descansaron. Algunos viejos amigos y colegas se detuvieron para saludarlo, y Lucio, encantado, les presentó a su nieto. Las conversaciones giraron sobre importaciones extranjeras, el coste de los esclavos, las ventajas y desventajas del transporte por tierra y por mar, y sobre quiénes habían sido agraciados con los contratos para los diversos proyectos de construcción de la ciudad.

—Como ves, chico —comentó Lucio—, últimamente se hacen más negocios aquí en las termas que en el Foro.

En los viejos tiempos, naturalmente, las conversaciones habrían girado únicamente en torno a política y guerras. Pero, actualmente, la guerra era una actividad que se desarrollaba en las fronteras lejanas y que podía afectar o no al comercio, y la política —la verdadera política, tal y como sus antepasados entendían el término, aquélla en que todo el mundo discutía libremente y gritaba para hacerse oír— había dejado de existir. Podía especularse sobre las intrigas de la familia imperial, o conjeturar sobre la influencia relativa que ejercían los miembros del círculo inmediato del emperador, pero sólo en voz baja.

Ejercitados, bañados y alimentados, abuelo y nieto se retiraron al vestuario. El joven Lucio se vistió con la túnica que llevaba antes, pero su abuelo, ayudado por el esclavo que le había afeitado, se vistió con la toga. Mientras el chico lo observaba, hizo hincapié en el uso correcto de la toga.

—El hombre que viste una toga no está simplemente envuelto en ella —le explicó—. La luce como una muestra de dignidad y orgullo, y así debe comportarse él. Los hombros hacia atrás, la cabeza bien alta. Y los pliegues deberían caer por igual. Pocos pliegues, y parece que alguien te haya echado una sábana encima. Demasiados pliegues, y parece que lleves la colada al abatanador[*].

La risa del niño regocijó a Lucio. Significaba que su nieto estaba prestándole atención. Lo observaba, escuchaba y aprendía.

El esclavo entregó a su amo una baratija brillante colgada de una cadena de oro. Lucio se pasó el colgante por la cabeza y lo escondió debajo de la toga.

—¿Qué es eso, abuelo? ¿Algún tipo de amuleto?

—No es sólo un amuleto, pequeño. Es muy antiguo, y muy importante, y hoy es el último día que lo llevaré. Pero ya hablaremos más tarde del asunto. Lo que quiero ahora es enseñarte un poco la ciudad. Hay lugares que me gustaría que vieras a través de mis ojos.

—¿Pido la litera? —preguntó el esclavo.

—De hecho, me parece que no. El baño caliente me ha aligerado tanto las rodillas que creo que estaré en forma para caminar un poco. Pero debes tener paciencia, joven Lucio, y no correr por delante de mí.

—Me quedaré a tu lado, abuelo.

Lucio movió afirmativamente la cabeza. Qué educado era aquel niño, siempre respetuoso y haciendo gala de buenos modales. Era, además, estudioso, y muy limpio y aseado. El niño era un producto de su época. El mundo era un lugar mucho más ordenado, pacífico y tranquilo que en los viejos tiempos de las guerras civiles. Sus antepasados se sentirían orgullosos del joven Lucio. Se sentirían orgullosos del mundo armonioso que sus descendientes, aunque a costa de mucho

[*] Así en el original. Será *batanero* [Nota del escaneador].

derramamiento de sangre y muchas dificultades, habían conseguido por fin.

Cuando salieron de las termas, un destello de excitación iluminó la cara del joven Lucio, que se mordió el labio, nervioso.

—¿Qué sucede, pequeño?

—Estaba pensando, abuelo, que ya que vamos a dar un paseo, y ya que estamos tan cerca... pero mi padre dice que es algo de lo que no te gusta hablar. Pero dice que tú estabas allí, cuando pasó...

—Ah, sí. Me parece que ya sé lo que intentas decirme. Sí, será nuestra primera parada. Pero tengo que avisarte de que no hay nada que ver.

—¿Nada?

—Como bien verás.

Pasearon en dirección al teatro de Pompeyo. Lucio subió lentamente la escalinata, pero no por culpa de sus rodillas. Cuando llegaron arriba, sentía el corazón latiéndole con fuerza en el pecho. Se le puso la piel de gallina y notó que le faltaba el aire. Aun después de tantos años, la sensación de terror se apoderó de él cuando llegaron al lugar.

Llegaron a una pared de ladrillo.

—Fue aquí —dijo—. Aquí es donde el Divino Julio, tu tío bisabuelo, conoció el fin de su vida mortal.

El niño frunció el entrecejo.

—Creía que había sucedido en una especie de salón de actos, a los pies de la estatua de Pompeyo.

—Sí. La entrada a la sala estaba aquí, y el lugar donde cayó César se encontraba a unos cincuenta pasos de este sitio. Pero la sala está cerrada. Hace unos años, el emperador decretó o, mejor dicho, el Senado votó a requerimiento del emperador, que este lugar debía ser declarado maldito y que jamás volvería a ser visto o pisado. La estatua de Pompeyo fue retirada y colocada en otro punto del complejo del teatro. La entrada al salón fue tapiada, como una tumba. Los idus de *martius* fueron declarados un día de oprobio y se prohibieron las reuniones del Senado en esa fecha. Como te había dicho, no hay nada que ver.

—Pero ¿es verdad, abuelo, que tú estabas allí? ¿Que viste cómo sucedía?

—Sí. Fui testigo del ataque de los asesinos. Vi a César caer. Oí las últimas palabras que dirigió al ruin de Bruto. Antonio también estaba aquí, aunque llegó después que yo. Lo entretuvieron a propósito en el exterior, en parte para impedir que protegiera a César, pero también, creo, porque no querían matarlo. Los asesinos poseían cierto sentido del honor. Creían de verdad que lo que estaban haciendo era para el bien de Roma.

—Pero ¿cómo es posible? Eran asesinos sedientos de sangre.

—Sí, también eran eso.

El chico puso mala cara.

—Y Antonio, creía que era...

—Pero no hablemos más del tema —dijo Lucio—. Hay muchas más cosas que quiero enseñarte.

Caminaron hacia la zona más antigua de la ciudad. En él Foro Boario, Lucio le mostró al chico el Ara Máxima y le informó del papel que en su día desempeñaron los Pinario en la conservación del culto a Hércules. La familia había abandonado esa función mucho tiempo atrás, pero aquello marcaba la primera aparición de los Pinario en la historia, por lo que nunca debía caer en el olvido. Habían compartido sus deberes con otra familia, pero los Poticio se habían extinguido hacía mucho tiempo, igual que numerosas familias patricias, cuyos nombres existían actualmente sólo en los anales y las inscripciones.

Subieron al Palatino, ascendiendo poco a poco la antigua Escalera de Caco, por lo que tuvieron que pasar por delante de un recoveco en la roca que se decía había sido la cueva donde en su día había vivido el monstruo. Hicieron una pausa bajo la sombra de una higuera que decían era vástago de la legendaria Ruminalis, debajo de la cual Acca Laurentia había amamantado a los pequeños Rómulo y Remo. Cuando visitaron la cabaña de Rómulo, incluso el niño se dio cuenta de que era demasiado nueva para ser aquélla donde realmente había vivido el fundador; aquel monumento cívico había sido reconstruido muchas veces a lo largo de los siglos.

Bajaron hacia el Foro, que en los últimos años se había poblado aún más de monumentos y templos.

—Antiguamente, todo esto era un lago, o al menos es lo que dicen —señaló Lucio—. Resulta difícil de creer, ¿verdad? Los primeros templos eran de madera.

—Pues todo lo que veo está construido en mármol —dijo el niño. Lucio asintió.

—Tal como dice la orgullosa proclama del emperador: «Encontré Roma hecha una ciudad de ladrillos, pero la dejaré convertida en una ciudad de mármol». Durante su reinado se han restaurado, renovado e incluso construido de nuevo desde sus mismos cimientos muchísimos edificios. Se ha quitado el polvo a los santuarios originales, se ha sacado el brillo a las viejas glorias; todo es más grande y más bonito que antes. El emperador nos ha dado paz y prosperidad. El emperador ha convertido Roma en la ciudad más resplandeciente que haya existido nunca, el centro indiscutible del mundo.

Llegaron a una estatua del emperador, una de las muchas que había en la ciudad. En esta ocasión estaba representado como un joven guerrero, atractivo, viril y armado para la batalla. La inscripción hacía referencia a su gran victoria en Filipos, en Macedonia, cuando sólo tenía veintidós años de edad: «Envié al exilio a los asesinos de mi padre, y cuando entraron en guerra con la República, los derroté en la batalla». Lucio tenía la sensación de que la escultura adulaba en exceso a su primo. Octavio nunca había sido tan atractivo, y tampoco había sido nunca tan musculoso y ancho de hombros.

El chico contempló la estatua con una mirada menos crítica.

—Mi padre me ha explicado que también tú estuviste en Filipos, abuelo, cuando sometieron a juicio a los asesinos Bruto y Casio. Dice que luchaste al lado del emperador.

Lucio levantó una ceja.

—No exactamente. —Octavio, por lo que recordaba, había pasado la mayor parte de la batalla enfermo en su lecho, excepto el tiempo que pasó escondido en unas marismas después de que Bruto invadiera su campamento—. Yo no derramé ni una gota de sangre en Filipos. Era el responsable de las líneas de suministro de las legiones lideradas por Marco Antonio.

—¿Antonio? —El niño hizo una mueca—. Pero si él era el enemigo del emperador, ¿no? ¡Se convirtió en el esclavo voluntario de la prostituta egipcia!

Lucio se estremeció.

—Eso fue más tarde, mucho más tarde. En Filipos, Octavio y Antonio...

—¿Octavio?

—He hablado incorrectamente. Octavio era el nombre de pila del emperador. Más tarde, naturalmente, fue adoptado por el Divino Julio y a partir de entonces recibió el nombre de César. Posteriormente, adoptó el majestuoso título de Augusto, por eso lo llamamos César Augusto. Pero ya estoy divagando. Como iba diciendo, en Filipos, el emperador y Marco Antonio eran aliados. Lucharon juntos para vengar al Divino Julio. Casio y Bruto fueron derrotados, y se suicidaron. Pero Filipos no fue más que el principio. La conspiración contra César estuvo integrada por unos sesenta senadores; en cuestión de pocos años, habían muerto todos y cada uno de ellos. Algunos perecieron en naufragios, otros en la batalla; algunos se quitaron la vida, utilizando la misma arma con la que habían apuñalado a César. Murieron incluso algunos que no habían conspirado contra César, como Cicerón; se convirtió en enemigo de Antonio, y perdió la cabeza y las manos por ello.

—¿Las manos?

—Cicerón hizo malvados discursos contra Antonio, de modo que cuando Antonio ordenó su muerte, mandó que las manos de Cicerón fueran cortadas junto con su cabeza, por haber escrito palabras tan ofensivas. Nadie puede negar que Antonio tenía un carácter vengativo.

—¿Fue ése el motivo de que el emperador matara a Antonio, por haber asesinado a Cicerón?

—No. —Lucio suspiró. La verdad era muy complicada, sobre todo cuando grandes partes de ella no podían pronunciarse en voz alta—. Los dos siguieron siendo amigos durante varios años, o más bien dicho, aliados. Después Antonio decidió unir su suerte a la de Cleopatra y hubo quienes pensaron que Antonio y Cleopatra gobernarían Egipto y Oriente, y el emperador gobernaría Roma y Occidente. Pero, tal y como nos cuentan los filósofos, igual que el cielo es sólo uno y está bajo el

gobierno de Júpiter, también la tierra debe permanecer naturalmente unida bajo un único emperador. Los sueños de Antonio se fueron al traste.

—¿Por culpa de la prostituta egipcia?

Lucio volvió a poner mala cara.

—Ven conmigo, jovencito. Hay algo más que quiero que veas.

Se dirigieron al Foro Juliano. César lo había dejado inacabado, y fue el emperador quien completó las galerías que albergaban tribunales y despachos. Dominando el espacio de la plaza abierta se erguía la majestuosa estatua de César montado en un corcel. Se notaba que el Divino Julio se sentía como en casa vestido con su armadura, nada que ver con su sucesor, pensó Lucio.

La plaza estaba abarrotada de gente yendo de un lado a otro, hablando y cargando con documentos. Bajo el gobierno del emperador, el código legal se había tornado más complicado que nunca y los abogados estaban aún más ocupados que en tiempos de la República dirimiendo disputas privadas, arbitrando quiebras y negociando contratos.

Lucio y el niño pasaron junto a una fuente con surtidor y entraron en el tempo de Venus. Lucio seguía considerando su interior como el más bello de toda Roma, no superado siquiera por los proyectos más grandiosos del emperador. Allí estaban las famosas pinturas de Áyax y Medea realizadas por Timómaco, así como las vitrinas que contenían las fabulosas joyas y piedras preciosas que César había ido reuniendo a lo largo de sus viajes.

Sin soltar la mano del niño, Lucio se situó delante de las dos estatuas del fondo del santuario. La Venus de Arcesilao seguía siendo incomparable. Y junto a la Venus, pese a las desgracias que le habían acontecido al original de carne y hueso, se erguía la estatua dorada de la reina Cleopatra, la última de la larga dinastía de los Ptolomeos que había gobernado Egipto desde los tiempos de Alejandro Magno. Hubo quienes pensaron que el emperador ordenaría retirar la estatua, pero allí seguía, donde Julio César en persona la había hecho instalar.

—Pese a lo que puedas haber oído, no fue una prostituta —dijo Lucio en voz baja—. Por lo que yo sé, en toda su vida se acostó únicamente con dos hombres: el Divino Julio y Marco Antonio. Dio hijos a ambos. El emperador, con toda su sabiduría, consideró oportuno ejecutar a Cesarión, pero perdonó la vida a los hijos que tuvo con Antonio.

—Pero todo el mundo dice que...

—Lo que todo el mundo diga no tiene por qué ser siempre la verdad. Al emperador le interesó llamarla prostituta y seductora, pero Cleopatra fue mucho más que eso. Ella se consideraba una diosa. Para bien o para mal, se comportaba como tal.

El chico se puso serio.

—Y cuando engatusó a Antonio para que se fuese con ella, ¿te pusiste del lado del emperador para luchar contra ellos?

—No. Al principio no. En los inicios de la guerra entre ellos, luché con Antonio.

—¿Con Antonio? ¿Con Cleopatra? ¿Contra el emperador?

—El niño no podía creérselo.

—Antonio era mi amigo. Fue mi protector cuando yo era muy joven, durante los peligrosos días que se sucedieron después del asesinato de César. Siempre había sido fiel a César; y yo me sentí obligado a serle fiel a él. De modo que en Filipos serví bajo su mando, y después permanecí a su servicio, incluso cuando estalló una nueva guerra civil y el emperador lo declaró enemigo de Roma. Antonio me destacó a la ciudad de Cirene, para controlar su flanco occidental. ¿Sabes dónde está Cirene?

El niño hizo una mueca.

—La verdad es que no.

—Está en la costa del Líbano, al oeste de Alejandría, que era la capital de Cleopatra. Si ella y Antonio hubieran vencido, pequeño, Alejandría, y no Roma, se habría convertido en la capital del mundo. Roma habría quedado reducida a poco más que un lugar apartado y provinciano.

—¡Imposible!

—Sí, tienes razón. En una ocasión escuché al Divino Julio en persona declarar que los dioses habían elegido Roma para gobernar el mundo. ¿Cómo podría olvidarlo? Pero en aquellos tiempos

apasionantes, cuando yo era joven y Antonio y Cleopatra estaban en lo más alto, todo parecía posible. ¡Todo! —Suspiró—. En cualquier caso, allí estaba yo, en Cirene. Tenía que ser el perro guardián de Antonio y vigilar que sus enemigos no intentaran navegar hacia Egipto partiendo desde la costa libia. Mientras tanto, mientras vigilaba y esperaba e instruía a mis soldados, hice acuñar monedas para que Antonio pagara sus deudas. ¡La guerra es cara! Eso me recuerda que tengo un denario de plata para ti, una de las monedas que acuñé para Antonio. —Lucio buscó en el interior de su toga—. Son muy escasos hoy en día. Muchas de estas monedas acabaron siendo fundidas de nuevo con la imagen del emperador.

El niño aceptó la pesada moneda y la observó con enorme interés.

—Reconozco a Victoria, el perfil de su pecho desnudo y las alas a su espalda, llevando una guirnalda... pero hay algo más que no sé qué es...

—Una hoja de palmera —dijo Lucio—. En las orillas del Nilo crecen palmeras.

El niño dio la vuelta a la moneda.

—¿Y quién es este tipo, con esa barba rizada?

—Nada menos que el rey de los dioses, Júpiter.

—¡Pero si tiene cuernos de carnero!

—Eso se debe a que es Júpiter Amón, su manifestación egipcia, a quien los alejandrinos, que hablan griego, denominan Zeus Amón. Alejandro Magno veneraba a Zeus Amón. Igual que el general Ptolomeo, que fue quien heredó Egipto. Ptolomeo fue el fundador de la dinastía que gobernó Egipto durante casi trescientos años, hasta que la casa real finalizó con Cleopatra.

—Y... ¿no era una prostituta? —El niño seguía con sus dudas.

—Sus enemigos en Roma afirmaban que lo era, mientras ella vivió. Y ahora, tiempo después de su muerte, todo el mundo parece creérselo. Pero César no era de la misma opinión. Ni tampoco Antonio. Cleopatra se consideraba a sí misma la manifestación de la diosa Isis. ¡Una mujer suele tomarse la procreación bastante en serio cuando piensa que la unión carnal podría dar como fruto de su vientre un dios o una diosa!

—Fuera lo que fuera, lo perdió todo, ¿verdad? Y se llevó a Antonio con ella.

Lucio asintió.

—Antonio y Cleopatra reunieron una gran armada y partieron rumbo a Grecia para enfrentarse contra el emperador. Yo me quedé en Cirene, a la espera de noticias. La batalla marítima tuvo lugar en Actium. La armada del emperador, bajo el mando de Marco Agripa, destruyó la armada de Antonio y Cleopatra. Fue el momento en que se acabó todo, y todo el mundo fue consciente de ello. Antonio me envió un mensaje desesperado, diciendo que venía a verme para llevarse mis tropas.

—¿Y qué sucedió entonces?

El rostro de Lucio se ensombreció.

—Maté a los mensajeros. Informé a Antonio de que no sería bienvenido en Cirene. Finalmente, acabé entrando en razón. Vi que los dioses se habían puesto del lado del emperador, que siempre habían estado de su lado, y que únicamente un hombre impío continuaría enfrentándose a él.

El chico movió afirmativamente la cabeza, muy serio, como si acabara de escuchar una moraleja, satisfecho de que su abuelo hubiera entrado por fin en razón. Pero la expresión del rostro de Lucio era muy triste.

—Antonio y Cleopatra regresaron a Alejandría, a esperar el final. Hay quien dice que pasaron aquellos meses finales abandonándose a todos los vicios posibles, exprimiendo la vida hasta sacar de ella los últimos vestigios de placer. A lo mejor esa historia no es más que otra calumnia contra ellos, pero para mí tiene ciertos aires de veracidad. ¡Cuánto le gustaba a la pareja beber y pasárselo bien! Cleopatra empezó entonces a probar diversos venenos con sus esclavos, para determinar cuál de ellos provocaba la muerte menos dolorosa. Cuando el emperador y sus legiones llegaron a Egipto, y todas las esperanzas se habían esfumado, Antonio se dejó caer sobre su propia espada. Pero Cleopatra...

—¿Sí, abuelo? ¿Qué le sucedió a Cleopatra? —El niño examinó la cara de su abuelo. Abrió los ojos de par en par—. ¿Estabas allí, abuelo? ¿Estabas en Alejandría cuando...?

—Sí, estaba allí. Octavio... el emperador, insistió en que lo acompañara. Estaba decidido a

llevarse a Cleopatra con vida. Quería regresar con ella a Roma y hacerla desfilar en su triunfo. Pero la reina tenía otros planes.

¿Cuánto debía contarle al niño? No la historia completa, a buen seguro. Nunca se la había contado a nadie...

Antonio había muerto. La armada de Cleopatra se había esfumado, como el humo en el viento. Ocupada por las fuerzas de Octavio, la ciudad de Alejandría esperaba con ansiedad. La reina seguía en el palacio real, encerrada con dos criadas en una estancia a la que sólo se podía acceder trepando por una cuerda hasta una trampilla que había en el suelo. No podía huir, pero tampoco podía ser obligada a salir de allí a la fuerza.

Lucio fue convocado en presencia de Octavio en una terraza del palacio que tenía una vista espléndida sobre el puerto y el famoso faro. El comandante se ahorró los saludos de rigor y fue directo al grano.

—Conoces bien a la reina desde hace tiempo. Ella te conoce a ti, primo. Confía en ti.

—Ya no. La traicioné.

—Aun así, tienes más posibilidades que yo de convencerla para que salga de su guarida. Quiero a Cleopatra viva, no muerta. Ve a verla. Háblale de Antonio y de los viejos tiempos, y de lo que podría haber sido. Adúlala. Camélala. Cuando hayas recuperado su confianza, dile todo lo que tengas que decirle para convencerla de que se rinda. Asegúrale que pretendo tratarla con todo el respeto que se le debe por su rango y su linaje. Aparecerá en mi procesión triunfal, pero no será ultrajada.

—¿Es ésa la verdad?

Octavio se echó a reír.

—Por supuesto que no. Pretendo destrozarla y humillarla antes de que muera. Roma exige la destrucción completa de la prostituta egipcia. Será violada y golpeada, encadenada, pasará hambre y será torturada. Cuando el pueblo la vea arrastrarse desnuda delante de mi carroza, se preguntará cómo una bruja miserable como ella pudo llegar a seducir a un hombre como Antonio. Será ahorcada en el Tuliano, pero no antes de que presencie cómo acabo con la vida de su hijo Cesarión.

—El chico sólo tiene catorce años —dijo Lucio.

—Y nunca llegará a los quince.

A Lucio no le quedaba otra elección. Accedió a hacer las veces de emisario de Octavio.

A través de la trampilla, susurrando, negoció con las criadas de la reina, Charmion e Iras. Cleopatra accedió a verlo al día siguiente, pero únicamente si acudía solo, sin ningún otro romano.

Al día siguiente, Lucio llegó a la hora señalada. Llevaba un regalo para la reina. Ella le había comentado que le apetecía comer higos. La cesta que Lucio levantó para que pasase por la trampilla estaba llena de higos hermosos y maduros presentados sobre un lecho de hojas de higuera. Iras aceptó la cesta. Un poco después, Charmion hizo bajar una cuerda para que Lucio pudiera subir.

Esperaba encontrarse a las tres mujeres agazapadas en una habitación pequeña y sórdida, pero la estancia era magnífica. Unas pequeñas aberturas en lo alto de las paredes dejaban pasar los rayos de sol. El suelo era de mármol negro. Las columnas, de granito rojo. Las paredes estaban pintadas de resplandecientes colores. Cleopatra estaba sentada en un majestuoso trono en forma de buitre con alas extendidas y decorado en oro, plata y lapislázuli. Lucía una diadema con una cabeza de cobra y un vestido con incrustaciones de piedras preciosas. Iras estaba sentada a sus pies con la cesta de higos.

—¿No cambiarás de idea, majestad? —dijo Lucio.

—Demasiado tarde —dijo Cleopatra. Tenía un higo en una mano. En la muñeca tenía la marca de dos picaduras: la mordedura del áspid que Lucio había conseguido de uno de los agentes de la reina y que estaba escondido entre las hojas de higuera—. Gracias, Lucio Pinario. Cuando vea a Antonio en el Elíseo, le contaré el gran favor que me hiciste.

Sus parpados temblaron y se cerraron. Su cabeza cayó hacia un lado. El higo, al suelo.

Los ojos de Lucio se llenaron de lágrimas.

—¿Ha sido éste un final apropiado? ¿Ha sido digno de vuestra ama? —preguntó a las criadas.

Iras permanecía en silencio. Se había unido ya a su ama en la muerte. Charmion, que empezaba a tambalearse y a flaquear, estaba aprovechando sus últimos momentos para colocar en su debido lugar la corona de la reina, para que su aspecto una vez muerta fuera perfecto.

—Ha sido muy digno —musitó—, como corresponde a la última de todos los faraones.

Lucio lloró, pero sólo por un momento. Se armó de valor para comunicarle la mala noticia a Octavio...

Pero a su nieto, Lucio se limitó a decirle:

—La reina se sometió a la mordedura de un áspid. El emperador la quería para su triunfo, pero ella, como mínimo, consiguió engañarlo con aquella victoria.

—Pero incluso así, dicen que fue el mayor triunfo de todos los tiempos —dijo el niño.

—Lo fue. Un gran triunfo. Aquel día, mi primo Cayo, que había nacido como Octavio y luego se había convertido en César, adoptó el nombre de Augusto para celebrar su elevación a la divinidad. El mundo entero tenía que ver que el emperador merecía ser venerado... no sólo como rey, sino también como un dios en la tierra.

Lucio contempló la estatua de Cleopatra durante un largo rato, cogió la mano del niño y se lo llevó de allí.

Cuando salieron del templo de Venus, reinaba una gran excitación en la plaza.

—¡El emperador! ¡El emperador! —gritaba la gente.

Apareció una litera espléndidamente engalanada con púrpura y oro y rodeada por un auténtico ejército de criados. Los curiosos retrocedían, sobrecogidos. En el interior de la litera se veía claramente a Octavio, recostado entre almohadones de color púrpura. Octavio seguía teniendo aquel aspecto de chico inexperto que reivindicó osadamente el legado de César, se dejó arrastrar por el torbellino hacia la grandeza, aniquiló a cualquier rival y nunca echó la vista atrás.

La forma de hacer de los dioses era caprichosa e imposible de predecir, pensaba Lucio, y sus métodos solían ser terriblemente oscuros; pero aun así, con toda seguridad y de manera sostenida, la historia del ser humano seguía avanzando. Después de muchas convulsiones, el mundo había alcanzado por fin un estado de estabilidad y paz, tal vez incluso de perfección: un imperio, en constante expansión, gobernado por un único emperador, de una única ciudad: Roma.

Era evidente que hombres como Rómulo, Alejandro o César podían surgir de la nada y cambiarlo todo. Si los hombres podían convertirse en dioses, entonces todo era posible. ¿Acabarían pereciendo algún día los dioses más antiguos, igual que les sucedía a los hombres? ¿Quién podía decir si en aquel mismo momento, en otra parte del mundo, tal vez en algún rincón oscuro del otro extremo del imperio, estaría produciéndose el nacimiento de un determinado hombre o movimiento que alterara una vez más el destino del mundo? ¡Tal vez el mismo Júpiter acabaría siendo derrocado y siendo sustituido por otro rey de los cielos! No sólo un único imperio y un único emperador, sino también un único dios: ¿no sería un mundo así un estado aún mayor de perfección?

Lucio desterró aquel pensamiento blasfemo y se concentró en el esplendor terrenal de la comitiva de César Augusto, emperador de Roma, el más grande de los hombres que había vivido o viviría jamás en la tierra.

¡Lucio casi había olvidado lo más importante! Buscó en el interior de su toga y se quitó el colgante que llevaba.

—Es para ti, pequeño. Me habría gustado esperar hasta tu día de la toga para regalártelo, pero pienso que ya estás preparado para recibirlo.

—¿Qué es, abuelo? —El niño contempló el amuleto que tenía en la mano.

—Su origen es desconocido. Ni siquiera conozco el nombre del dios que representa. Pero cuando lo recibí, me dijeron que este talismán es más antiguo que Roma. Ha sido transmitido en herencia en nuestra familia durante muchas generaciones, desde antes de la época de Rómulo.

El joven Lucio miró el objeto con curiosidad, incapaz de averiguar lo que pretendía representar. Después de tantos años y de tantos portadores, los detalles del falo alado se habían desdibujado. El perfil de la figura recordaba una sencilla cruz, no muy distinta, pensó el niño, a los crucifijos donde los romanos solían ejecutar a los criminales.

—En su día me fue transmitido a mí —dijo su abuelo—, y yo ahora te lo entrego, tocayo mío. Tienes que jurarme que harás lo mismo con la generación que te siga.

El niño miró el colgante y se lo pasó solemnemente por la cabeza.

NOTA DEL AUTOR

Los orígenes y el desarrollo inicial de Roma representan una de las áreas de estudio histórico más excitantes del mundo actual. Durante la mayor parte del siglo XX se puso de moda desestimar los relatos de fundación procedentes de fuentes antiguas por considerarlos meras invenciones, pero recientes descubrimientos arqueológicos han otorgado nueva credibilidad a historias que en su día fueron rechazadas como leyendas. De ahí el epigrama extraído de *The Foundation of Rome: Myth and History*, de Alexandre Grandazzi, que abre este libro: «La leyenda es histórica, igual que la historia es legendaria».

Inicié mi investigación para Roma leyendo y releyendo *Los orígenes de Roma*, c. 1000-264 a.C.: *Italia y Roma de la Edad de Bronce a las Guerras Púnicas* (editado en España por Editorial Crítica, Barcelona, 1999). Si desea conocer las fuentes específicas para este periodo y comprender el estado de los actuales estudios sobre Roma, recomiendo la lectura del libro de Tim Cornell.

En sus primeras páginas, me impactó el comentario del autor de que «toda historia contiene un elemento de ficción», y su observación de que los historiadores de la antigüedad, a diferencia de sus homólogos modernos, practicaban abiertamente ciertas técnicas comunes a las empleadas por los novelistas históricos modernos. En la novela histórica, apunta Cornell, «y en la historiografía premoderna [...] los autores tienen permitido reconstruir, a partir de su propia imaginación, los sentimientos, aspiraciones y motivos de personas y grupos, para evocar escenas verosímiles —en el campo de batalla, en las calles o en la alcoba—, e incluso poner sus propias palabras en boca de los personajes del drama. Estas normas eran aceptadas sin que nadie las pusiera en duda en la antigüedad, cuando la historia era, al menos en parte, un ejercicio retórico».

R. M. Ogilvie (citado por Betty Radice en su introducción a *Livy: The War with Hannibal)* compara explícitamente al gran historiador romano con un escritor de ficción: «Como un novelista [Livio] subordinaba la precisión histórica a las exigencias del personaje y la trama. Daba rienda suelta libremente a la invención y a la imaginación para presentar una imagen con vida». Incluso así, tal y como Radice apunta irónicamente, Livio «nunca cae en el error de intentar crear una atmósfera extraída de las páginas de Baedeker.[*] [...] George Eliot y lord Lytton intentaron tenazmente hacer todo lo posible con Florencia y Pompeya, pero las piedras no hablan. Lo que hace, en cambio, es minimizar las descripciones y recrear el espíritu de Roma penetrando en los sentimientos de la gente de la época [...]».

Tito Livio vivió durante el reinado de Augusto. Su historia monumental, *Ab Urbe Condita* (Desde la Fundación de la Ciudad), es nuestra principal fuente de información para los primeros siglos de la historia romana, desde sus míticos orígenes hasta los inicios de su imperio mediterráneo. Por puro placer y evasión, la lectura directa de la obra de Livio es una experiencia comparable a la lectura de Tolkien, Tolstoi o Gibbon; es decir, es una de las grandes experiencias lectoras de las que se puede disfrutar en la vida.

Otras fuentes antiguas de la historia de Roma son las biografías de Plutarco, De República de Cicerón, la Geografía de Estrabón, las historias de Dionisio de Halicarnaso, Diodoro Sículo, Dión Casio y Polibio, las obras de Plauto, y los Fasti de Ovidio, una obra poco conocida del gran poeta latino que ofrece detalles fascinantes sobre la práctica y el origen de diversas costumbres y ritos religiosos romanos. Nuestras fuentes para la época final de la República son la historia de Apiano y la biografía de Julio César escrita por Suetonio.

Los libros escritos por autores modernos que he encontrado especialmente estimulantes son *The Foundation of Rome*, de Augusto Fraschetti (Edinburgh University Press, 2005; publicado

[*] Nombre por el que se conoce la serie de guías turísticas editadas por la editorial alemana fundada por Verlag Karl Baedeker. *(N. de la T)*

originalmente en Italia como *Romolo II Fondatore*, en 2002), *Remus: A Roman Myth*, de T. P. Wiseman (Cambridge University Press, 1995), *The Rise of Rome to 264 B.C.,* de Jacques Heurgon (University of California Press, 1973*), The Punic Wars 264-146 B.C*., de Nigel Bagnall (Osprey, 2002) y *Daggers in the Forum*: *The Revolutionary Lives and Violent Deaths of the Gracchus Brothers*, de Keith Richardson (Cassell, 1976).

También encontré inspiración en *Lays of Ancient Rome*, de Thomas Babington Macaulay, una imaginativa «reconstrucción» del siglo XIX de baladas de la antigua Roma, la tragedia de Shakespeare, *Coriolano* y el largo poema narrativo de Shakespeare, *La violación de Lucrecia*.

Mis compañeros inseparables fueron el *Dictionary of Greek and Roman Antiquities* (poseo un ejemplar de la edición de 1869, así como de sus tres volúmenes del *Dictionary of Greek and Roman Biography and Mythology* de 1870) y *A Topographical Dictionary of Ancient Rome* de Samuel Ball Platner (el mío corresponde a la edición de 1928). Es posible encontrar ambos libros en su versión electrónica, junto con muchos otros textos, mapas e información adicional en una página web llamada LacusCurtius, puesta al día por Bill Thayer; durante la investigación y la redacción de *Roma,* mis visitas a este extraordinario cuerno de la abundancia fueron tan numerosas que es imposible contarlas. Siempre que necesité pedir prestado un libro «de verdad», visité las bibliotecas de la Universidad de California, en Berkeley.

Los lectores que deseen conocer la localización precisa de los monumentos y puntos de referencia deberían consultar el libro *Mapping Augustan Rome* (Journal of Roman Archaelogy Supplementary Series, 2002), elaborado en su mayoría por especialistas de la Universidad de Pensilvania. Los mapas a gran escala que acompañan sus libros son trabajos resultado de una investigación prodigiosa y un diseño exquisito. Por puro placer, invito a los lectores a echar un vistazo al mapa *Roma Arcaica* (una publicación del Museo della Civilitá Romana, disponible en la American Classical League), una imagen a vista de pájaro de la ciudad tal y como sería en los primeros tiempos de la República romana.

Esta novela ha sido el proyecto más grande y complicado que he emprendido en mi vida y estoy muy agradecido a todos los que me ayudaron en su andadura. Los orígenes de *Roma* se remontan a Nick Robinson, de Constable, mi editor en el Reino Unido, quien me propuso intentar escribir una novela que fuera más allá del alcance de mi serie de novelas Roma Sub Rosa; fue en el piso de Nick, en Londres, donde puse en marcha la idea que acabó convirtiéndose en este libro. Fue durante un paseo por Barton Creek, en Austin, Texas, cuando comenté la idea con mi editor en St. Martin's Press, Keith Kahla, que comprendió enseguida lo que pretendía hacer; unos años (y unas veinte mil palabras) después, recibí agradecido los interesantes comentarios de Keith sobre el primer borrador. Krystina Green, mi editora en Constable, en el Reino Unido, desempeñó también un papel muy activo en el seguimiento del desarrollo del libro. Quiero mostrar también mi agradecimiento a Gaylan DuBose, profesor de latín y autor de *Farrago Latina,* que leyó las galeradas y aportó sus valiosos comentarios.

Mi agradecimiento especial, como siempre, a mi compañero, Rick Solomon, y a mi agente, Alan Nevins, que nunca dejan de darme aliento cuando lo necesito.

Las a veces misteriosamente familiares batallas políticas y maquinaciones partidistas que aparecen en Roma no son resultado de mi invención, ni he tenido que hacer mucho para modernizar las expresiones empleadas en las discusiones. El largo tira y afloja entre patricios y plebeyos, la cínica táctica de la belicista clase gobernante para explotar a su favor la retórica religiosa y el miedo a las amenazas externas, el giro político de los descendientes de Apio Claudio, que pasaron de la extrema derecha a la extrema izquierda, la caza de brujas que erradicó el «subversivo» culto a Baco, el atractivo que los Graco, de alta cuna, ejercieron sobre una chusma privada de todo derecho, son incidentes que las fuentes de información nos describen con todo detalle. La República de los romanos duró casi el doble de lo que lleva durando la de Estados Unidos y se enfrentó a las paradojas y los paradigmas de la lucha de clases mucho antes que nosotros. Queda por ver si la

República norteamericana terminará con la llegada al poder de un ejecutivo todopoderoso, como sucedió con la romana.

¿Fue Fascinus la primera deidad de los romanos, tal y como se explica en *Roma?* Según la *Historia Natural* de Plinio (28-7), Fascinus era el nombre de un dios venerado por las vírgenes vestales, que colocaban su imagen (un *fascinum,* o amuleto en forma de falo) debajo del carruaje de los que desfilaban en los triunfos para protegerlos contra la «fascinación» (lo que llamaríamos mal de ojo). Varrón nos cuenta que era frecuente colgar amuletos fálicos en el cuello de los niños romanos para protegerlos; los colocaban también en los jardines, en las chimeneas y en las fraguas. Cualquiera que visite Pompeya verá con sus propios ojos grafitis y esculturas con formas fálicas, pero pocos se darán cuenta de que una imagen que podría parecer obscena para el ojo moderno, era sagrada para los antiguos.

El falo místico que surge de una hoguera aparece en el mito original del rey romano Servio Tulio e incluso antes, en una variante de la historia de Rómulo relatada por el historiador Promathion. Los antiguos autores griegos, como Promathion, fueron los primeros en especular sobre los principios de Roma, sobre los que solían superponer sus propios mitos; al final, serían los mismos romanos los que vincularían la fundación de su ciudad con una leyenda griega, la caída de Troya (el tema de la *Eneida,* de Virgilio). Tal y como T. P. Wiseman destaca en *Remus:* «Lo que es extraordinario sobre Promathion, es que este temprano autor griego evidentemente contaba una historia de origen romano. El falo fantasma es un concepto que no aparece jamás en el mundo griego. Los dioses griegos no se manifiestan de esa manera».

Si la descripción que Promathion hace del falo divino está extraída de un mito romano auténtico y muy temprano, y si este falo que surge de la hoguera es la misma deidad que posteriormente fue conocida como Fascinus, podría muy bien ser que Fascinus fuera el primer dios romano. Livio, me imagino, comprendería mis razones para pensarlo.

ÍNDICE*

Árbol genealógico		11
Nombres de los meses romanos		13
I.	Un alto en la ruta de la sal (1000 a.C.)	15
II.	Un semidiós entre nosotros (850 a.C.)	37
III.	Los gemelos (757-716 a.C.)	73
IV.	Coriolano (510-491 a.C.)	139
V.	Las doce tablas (450-449 a.C.)	227
VI.	La vestal (393-373 a.C.)	267
VII.	El arquitecto de su propia fortuna (312-279 a.C.)	351
VIII.	La sombra de Escipión (216-183 a.C.)	419
IX.	El amigo de los Graco (146-121 a.C.)	491
X.	Cabezas en el foro (81-74 a.C.)	559
XI.	El heredero de César (44-1 a.C.)	595
Nota del autor		673

* La paginación corresponde a la edición original [Nota del escaneador]